

Cordillera Ibérica

recuerdos y olvidos
de un guerrillero



José Manuel Montorio Gonzalvo

CORDILLERA IBÉRICA. RECUERDOS Y OLVIDOS DE UN GUERRILLERO

JOSÉ MANUEL MONTORIO GONZALVO

IMPORTANTE

PRINCIPALES ERRATAS DETECTADAS

- **Página 129.** Donde se lee:

“Éste era de esas personas que parecen disfrutar dándole gusto al dedo y de las que no me he fiado nunca mucho”.

Debe leerse:

“Éste **no era** de esas personas que parecen disfrutar dándole gusto al dedo y de las que no me he fiado nunca mucho”.

La aclaración de este error es importante ya que altera el sentido no sólo de esta frase sino de la siguiente, cuando la intención del autor es la contraria, es decir, desvincular la figura de “*Angelillo*” de esas personas que “*suelen mostrarse muy decididas cuando tienen las espaldas bien cubierta pero, si las tienen descubiertas..., la decisión se evapora como por arte de magia*”.

- **Página 139.** Donde se lee:

“Aferrándose a las orientaciones recibidas, *Manolo* quería salir para el 11 sector no escuchando nada sobre las posibilidad de marchar todos a pie (...)”.

Debe leerse:

“Aferrándose a las orientaciones recibidas, *Manolo* quería salir para el **17 sector** no escuchando nada de la posibilidad de marchar todos a pie (...)”.

Dedico estos recuerdos a todos los enlaces y puntos de apoyo de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón; a los guerrilleros mismos y a todos sus familiares. También los dedico a mi amiga y compañera Trinidad Sardina Merino por su paciencia y por las horas que le he robado para poderlos mal escribir. Con todo cariño y respeto.

José Manuel Montorio Gonzalvo. *Chaval*

Edita:
Gobierno de Aragón.
Departamento de Educación, Cultura y Deporte

Diseño, maquetación e ilustraciones:
Jesús Lapuente

Imprime:
Gráficas Alós

ISBN:

Depósito Legal:

Í N D I C E

Unas palabras sobre José y sus recuerdos	9
A modo de introducción	13
CORDILLERA IBÉRICA	33
De cara a España	35
Camino de Javalambre 55	
Fundación de la Agrupación Guerrillera de Levante	73
Se amplía la zona de la Agrupación Guerrillera de Levante	95
En el 5 Sector (agosto 1946-enero 1947)	105
En el 11 Sector (febrero 1947-mayo 1947)	145
Reorganización del 5 sector (junio 1947-abril 1948) 167	
Otra vez en el 11 Sector (abril 1948-finales de año)	193
Nueva zona guerrillera (de comienzos a noviembre 1949)	239
El gran viraje (finales de 1949-mediados de 1951)	277
El desenlace final se aproxima (de mediados de 1951 a la evacuación de la AGLA)	321
A modo de epílogo	357



Desde que la guerrilla iniciara sus primeros movimientos en la península, el discurso franquista mantuvo siempre el paralelismo entre la figura del guerrillero y la del delincuente tradicional, atribuyendo de este modo al primero características propias y exclusivas del segundo. Se buscaba, con esto, crear confusión en la sociedad en detrimento del verdadero valor y significado de la lucha guerrillera, negando el carácter político y militar de los enfrentamientos.

Tras la muerte del dictador Francisco Franco, las sucesivas investigaciones de los historiadores y las aportaciones de los testimonios vivos de los protagonistas de aquellos años de lucha antifascista, han contribuido a superar la identificación del guerrillero como atracador y bandido reconociendo a los componentes de las diferentes agrupaciones guerrilleras, repartidas por la geografía española, como continuadores de la lucha que se inició como consecuencia de la sublevación militar de julio de 1936. José Montorio, el *Chaval*, autor de *Cordillera Ibérica, recuerdos y olvidos de un guerrillero*, contribuye y nos sumerge en los entresijos de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, de la que fue miembro, transmitiéndonos las glorias y miserias de aquellos hombres y mujeres que se “echaban al monte” en una España que todavía hoy imaginamos gris.

El programa público Amarga Memoria, impulsado por el Gobierno de Aragón a través del Departamento de Educación, Cultura y Deporte, que pretende recuperar la memoria de todas aquellas personas que defendieron los valores democráticos, ofrece con esta publicación un importante ejercicio de recuperación de memoria, pues en ella no sólo se recoge decenas de nombres y de vidas relacionadas con la lucha antifranquista, sino que se puede considerar un especial homenaje del autor a las personas y a las familias que sufrieron represión o fueron asesinadas por prestar ayuda a los guerrilleros. Ahora han pasado más de treinta años desde que José Manuel Montorio decidiera escribir sus memorias en Praga, y durante este tiempo ha repasado de nuevo cada línea para evitar que la balanza se inclinase más hacia los olvidos que hacia los recuerdos. Tal y como los ha escrito se han mantenido, pues suyos son los recuerdos. En efecto, el ejercicio de recuperación que realiza a través de sus memorias es enorme, sobre todo a favor de aquellos que compartieron con él las ansias de derrotar al franquismo y sin embargo no pudieron contemplar su desaparición y la reinstauración del sistema democrático en España. El valor máximo de estas memorias es su autenticidad, sinceridad y capacidad de transmitir sentimientos además de relatar hechos históricos y acontecimientos cotidianos de un duro periodo en la vida del *chaval*. Por esta razón los editores de las memorias hemos respetado completamente el texto redactado por José Montorio: como puro ejercicio de recuperación de la memoria de un periodo clave de la Historia de España.

Departamento de Educación, Cultura y Deporte

Unas palabras sobre José y sus recuerdos

Cuando en el año 2003 tuve noticias a través del Centro de Estudios Borjanos de la existencia de un guerrillero de Borja que vivía en Praga, no imaginaba que pocos años después iba a saludar personalmente en nuestra ciudad natal al que, para mí, es la persona más impresionante que he conocido.

José Montorio es un trozo de nuestra historia más silenciada; la que muy pocas veces nos han contado por el miedo, el dolor o la rabia que produce su recuerdo. Es enjuto, de mirada penetrante, amable y cariñoso, reposado en la conversación, extremadamente correcto en sus asertos y con una firme convicción política. A sus 85 años posee una prodigiosa memoria que desgrana continuamente en infinidad de datos y anécdotas que hacen interminable una tertulia con él.

Aunque reconoce en sus memorias que *“...como miles de muchachos de mi generación, sólo he frecuentado la escuela, incluidos los “novillos”, como cosa de tres o cuatro años”*, es un hombre de sólida formación intelectual que su prudencia trata de minimizar. Esta cultura, que no ha sido adquirida en universidades ni colegios distinguidos, se debe en parte a las clases nocturnas a las que asistía en su etapa de obrero en Barcelona, y a las diversas situaciones en que ha tenido que sobrevivir aprendiendo de manera autodidacta en la escuela de la vida. Tiene una predisposición natural hacia la artesanía. En sus manos los objetos se transforman hasta convertirse en auténticas obras de arte con la ayuda de pequeños utensilios: maquetas de barco a escala formadas por infinidad de piezas trabajadas con una sencilla navaja, grabados en tabla, cuadros de paisajes checos, retratos, bodegones, trabajos en metal..., recuerdos de una dilatada vida repartida por muchos lugares.

José es bondadoso, tenaz, orgulloso de su pasado y sincero en sus manifestaciones. Se siente molesto con los halagos y su lenguaje directo le ha debido causar en la política más de una

mala cara. Pero es así, y ya no cambia. Es de los que dicen al pan, pan, y al vino, vino; y estas personas, a mi juicio, son de admirar.

Nos hemos conocido en marzo de 2006 al poco de su llegada a Borja, y hemos hecho una gran amistad. Raro es el día que no nos vemos y, fumando un cigarrillo, tenemos largas conversaciones sobre los más diversos asuntos que nos rodean, aunque el tema principal de todas ellas sea el contenido de sus memorias.

José escribió sus recuerdos en Praga a lo largo de varios años. Fue mecanografiando y luego corrigiendo lo que su memoria guardaba de muchos años atrás (los guerrilleros -dice él- no deben llevar diarios escritos ni apuntes que puedan caer en manos del enemigo. Los que los llevan, no son auténticos guerrilleros).

Tras componer un corto relato de su estancia en Francia como introducción de su entrada en España en 1945, desgrana con mucho detalle el itinerario hasta la sierra de Javalambre en Teruel y todo lo acaecido hasta 1952 en que se organiza la evacuación definitiva a Francia de los restos de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, evacuación que a él personalmente le tocó dirigir. Este apasionante relato, salpicado de jugosos comentarios sobre la situación política de la época, y detallado con un realismo escalofriante, me lo ha cedido José para pasarlo a una aplicación informática, darle formato de libro y, finalmente, editarlo.

De más está que diga lo que para mí representa este trabajo: tener en mis manos siete años de una parte de la historia de España contada directamente por el protagonista de la misma, produce un emocionante orgullo que soy incapaz de describir. No me importa cuántas horas haya podido dedicarle al teclado del ordenador escribiendo sus recuerdos; no me importa cuántas horas haya podido quitarle al sueño; sólo sé que cada folio que he transcrito me he recreado leyéndolo antes de escribirlo, y al mecanografiarlo he sentido la satisfacción de ayudar a que las generaciones que no conocen estos hechos y las circunstancias que los motivaron, puedan saber cómo fue la realidad.

Debo dejar claro que este texto es una transcripción literal del escrito original, y que la copia del mismo ha sido supervisada por el autor que, en todo momento, ha estado al tanto de alguna palabra ininteligible para mí, o de alguna redundancia inadvertida. No ha estado en mi ánimo, pues, trastocar el valioso contenido que José escribió a lo largo de algunos años de su largo exilio (tampoco hubiera tenido valor para hacerlo), porque tan preciado legado debe llegar intacto a todos aquellos que, como él, se consideran víctimas de la cruel represión franquista, y a los que no habiéndola sufrido directamente repudian tanto su ideario como su origen fascistas.

Tampoco se piense que la lectura de estas memorias es exclusiva para los nostálgicos de la Segunda República española o para antifranquistas recalcitrantes. El conocimiento de estos

hechos y los motivos que los causaron esclarecen un período desfigurado por la “versión oficial” que hasta ahora habíamos tenido de los mismos, y muestra muchos detalles sobre el origen y desarrollo de la lucha guerrillera. Esta visión sesenta años después de los sucesos relatados, debe servir no para reabrir heridas cicatrizadas, sino para conocer la verdad de los que tuvieron que estar callados tanto tiempo por pertenecer al bando de los perdedores, y muchos de ellos -como es el caso de José- alejados a la fuerza de la España por la que tanto habían luchado y a la que deseaban ver libre y democrática.

Es un honor inmerecido haber podido copiar esta obra de mi amigo y contribuir así a su difusión. Le expreso mi mayor gratitud a José Manuel Montorio por tener la valentía de haberla escrito. De él es todo el mérito.

Dimas Lajusticia González.

A modo de introducción

Al proponerme asentar sobre estas cuartillas mis recuerdos y olvidos sobre lo que fue la actuación de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón en su lucha contra la dictadura franquista, siento, desde este momento, la necesidad de prevenir al que se dé el trabajo de leerlas, para que su paciencia y buena fe no se vean defraudadas desde el comienzo. Nadie espere que vaya a describir combates encarnizados con la Guardia Civil que no existieron. Nadie espere de mí un relato elegante y cultivado. Bastará saber que, como miles de muchachos de mi generación, sólo frecuenté la escuela -incluidos los “novillos”- tres o cuatro años. Es también mi deseo dejar bien sentado que no poseo nota alguna para guiarme; que lo que recuerde y lo que olvide -¡que no será poco!- ha de verse confiado a la memoria, que, según expresión de Ernest Renan: *La memoire des hommes n'est qu'un imperceptible trait du sillon que chacun de nous laisse au sein de l'infini. Elle n'est cependant pas chose vaine.* Lo que, volcado a nuestro castellano, viene a decir: *La memoria de los hombres no es más que un trazo imperceptible del surco que cada uno de nosotros deja en el seno del infinito. Sin embargo, no es cosa vana.*

Ateniéndome, pues, a lo expresado por Renan, las cuartillas que a continuación siguen, producto de mi memoria, no pueden dejar de ser otra cosa que una huella borrosa de aquellos casos vividos en compañía de un puñado de hombres que, equivocados o no, con posibilidades de vencer o sin ellas, hicieron todo cuanto estuvo en sus manos por recuperar España y devolverle su personalidad política y geográfica enajenadas por el régimen dictatorial franquista.

Para las nuevas generaciones que han crecido bajo la dictadura de Franco tal vez les resulten incomprensibles los acontecimientos que me propongo relatar y que se sitúan entre los años 1944 y 1952.

No hay que olvidar que, en estos años, media España pasaba hambre: faltaban el pan, el

arroz, las patatas, las judías y los garbanzos en los hogares; el aceite era suplantado en las cocinas por una grasa amarillenta que olía a perros muertos, y la carne y el pescado ¡ni soñarlos!

Reconociendo desde este momento que no podré evitar el tomar partido por la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón y por las soluciones políticas que defendía para España, declaro que no me anima ninguna intención oculta; que no me propongo escarbar la tierra donde reposan su último sueño los muertos, tampoco buscar “cabezas de turco” y responsabilidades, menos todavía abrir heridas que los años transcurridos han cicatrizado y que puedan servir para reavivar la hoguera de odios y rencillas seculares, ni levantar muertos que sirvan de bandera partidista. Si me asaltara el presentimiento de que estos recuerdos y los olvidos que todo recuerdo lleva emparejado pudieran servir para fomentar nuevas luchas fratricidas, los dejaría descansar en el rincón más apartado de mi memoria. Mi propósito es tan sólo ofrecer un modesto recordatorio que vendrá a demostrar que los hombres del monte, los guerrilleros, no fuimos la “cuadrilla de bandoleros desalmados” que la dictadura franquista ha venido describiendo a lo largo de los años. Que, muertos de hambre, descalzos y ateridos por el frío, con metralleta en bandolera y pistola al cinto, fuimos lo suficientemente humanos para respetar la vida y hacienda de muchas personas que, ganadas por el terror franquista, denunciaron nuestra presencia en los montes y nuestro paso por los caminos; que solamente ante la trágica disyuntiva de ser o no ser hicimos uso, pero nunca abuso, de nuestras armas. Más de un guardia civil fue desarmado por la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón y se le dejó libre para que se reintegrara a su puesto sin ignorar, desde luego, que al día siguiente sería lanzado nuevamente tras las huellas de los grupos guerrilleros. No puede decir otro tanto el régimen. Cualquier tribunal competente podría apelar al testimonio de estos guardias civiles para denunciar como se merece la fatídica “Ley de Fugas” y la no menos criminal “Ley contra el Bandolerismo y el Sabotaje” que, con tanto esmero, aplicaron los tribunales de excepción montados por el régimen franquista contra los demócratas españoles. Salta a la vista en toda la tinta vertida por el franquismo sobre el movimiento guerrillero en España, que se propone una y otra vez juzgar a los componentes de las guerrillas y a sus puntos de apoyo aislándolos de la realidad política y social española para mejor golpearlos. Esgrime el gastado fantasma del comunismo para reavivar la hoguera de odios y rencillas y hacer imposible la convivencia cívica entre españoles al presentar a las distintas agrupaciones guerrilleras que tuvieron vida en España tras la derrota de la República, como cosa exclusiva del Partido Comunista de España. Nada más lejos de la realidad... Las agrupaciones guerrilleras surgieron a la sombra de la salvaje represión desencadenada por el clan franquista contra todo lo que tuviera el más ligero matiz republicano, como una autodefensa. Los hombres que defendieron la República no estaban

seguros en ninguna parte. A no importa qué hora del día o de la noche eran sacados de sus hogares para aparecer más tarde cosidos a balazos en un cruce de caminos, en las cunetas de las carreteras o en las tapias de los cementerios. Eran años en que se hacía formar a los soldados de la zona republicana caídos prisioneros para presenciar el apaleamiento hasta la muerte de uno de sus compañeros. Eran años en que las bandas falangistas removían la paja y el estiércol de las cuadras buscando al “maldito rojo”. Años de pesadilla, en que salvar la vida fue la preocupación constante de cada republicano, de cada antifascista español, y no había nada que ofreciese más seguridad que internarse en la maraña y escabrosidad de los montes. Grupos de personas y hasta familias enteras buscaron el abrigo de los mismos para escapar de las garras de la muerte.

Tras la derrota de la República, quedan en las tierras donde seis años más tarde actuaría la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, algunas partidas de estos hombres: la de *Pepito*, de Mosqueruela, la de la Masía del Sidal, la de *Valencia*, la del *Petrol*, la del *Rabos* y la del *Pinchol* ⁽¹⁾. Esta última, apoyándose en la sierra de Gúdar, se desplazará por los términos de Gúdar y Alcalá de la Selva.

La comida para sostener sus vidas la consiguen por conducto de los familiares y de algún amigo de entera confianza, y cuando ni unos ni otros pueden llegar en su ayuda debido a la estrecha vigilancia establecida por la Guardia Civil en caseríos, pueblos y aldeas, con la que colabora estrechamente el Somatén y la Falange, es del asalto a un ventorro, de la entrada en una aldea o caserío de donde la sacan. Pese a que algunas de estas partidas se deslizaron con el tiempo por la pendiente de los simples salteadores de caminos, fueron estos hombres, quiéralo el franquismo o no lo quiera, los embriones de la lucha guerrillera que alcanzó su punto culminante dos años después de la Segunda Guerra Mundial.

El Partido Comunista de España desde el exilio, al igual que otras formaciones políticas antifascistas, no dejó nunca de enviar sus hombres al interior del país para que los grupos guerrilleros ya existentes fueran tomando un carácter más político e ir forjando de este modo la resistencia armada al franquismo. Desde Francia y la Unión Soviética, desde el lejano México y la lejana Cuba, escondidos en la cala de los barcos, dentro de cajones, en armarios y debajo de los catres de los marineros, respirando el hedor de sus propias necesidades depositadas en latas de conserva, cruzan los mares los militantes comunistas, los hombres que poco a poco fueron dando a estas partidas un contenido político y social, lo que facilitó el que en Andalucía, Galicia, Asturias y Castilla comenzaran a moverse algunas agrupaciones de marcado sello comunista. Pero hubo también grupos guerrilleros anarquistas, socialistas y republicanos.

(1) *Pinchol*, Florencio Guillén (natural de Gúdar). En la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón tomó el nombre de *Viejo*.

El triunfo de los ejércitos aliados sobre el fascismo tras la Segunda Guerra Mundial, abrió nuevas posibilidades de lucha contra el franquismo. El Partido Comunista de España reforzó las agrupaciones ya existentes y ayudó a la organización de otras nuevas, como fue el caso de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, de la que fui uno de sus fundadores (aun sin pertenecer al Partido Comunista) en la primavera del año 1946 y en la que permanecí hasta su evacuación a Francia a mediados de 1952.

No ha llegado a mi conocimiento que exista un intento serio para rescatar del olvido la historia de estos años, ni las direcciones que se han sucedido en el Partido Comunista han mostrado mayor interés por él. Desgraciadamente, son muy contadas las personas que se han interesado, ya sea por falta de materiales o por simple desconocimiento de los hechos. Otros, no desearán recordar (¡razones no les faltan!). Sólo algunas plumas cercanas al clan franquista han abordado este asunto desligándolo de su médula político-social y bajo títulos de lucha contra el bandolerismo y el sabotaje que por sí solos vienen a deformar los acontecimientos. Considero, por tanto, que la historia del movimiento guerrillero antifranquista del siglo XX está todavía por ver la luz. Creo que no existe un análisis responsable del mismo que, en mi opinión, debe partir, en primer lugar, del hecho histórico concreto de la guerra civil, de la derrota de la República y la subida del general Franco al poder. En segundo lugar, hay que tener presente en todo momento la agresión hitleriana y su derrota por los ejércitos Aliados, sin lo cual no es posible comprender los orígenes del movimiento guerrillero, su desarrollo posterior y su extinción. Sin pretender -¡Dios me libre!- agotar el tema, quisiera llamar la atención sobre algunas fechas y escritos de personalidades políticas de la época que mejor que todas mis palabras justifican los hechos: en 1931 el imperialismo japonés ocupó el sureste de China y se creaba el primer foco de guerra en Asia; en 1935, Abisinia (Etiopía) se vio invadida a su vez por la Italia fascista de Mussolini y se creaba un segundo foco de guerra en África. Sobre este acontecimiento la prensa española informó ampliamente a la opinión pública y la clase obrera se colocó desde un primer momento del lado del Negus; puede decirse que, en esta guerra, se enfrentaron lanzas abisinias contra fusiles fascistas italianos. Finalmente, en 1936 estallaba la guerra civil española en la que intervinieron con todo descaro en apoyo de un grupo de generales sublevados contra la República, la Alemania hitleriana y la Italia fascista de Mussolini, con lo que se abre un nuevo foco de guerra, esta vez en Europa.

Dieciséis meses más tarde, el 19 de noviembre de 1937 en Obersalzberg, se entrevistaba el lord Halifax con el Führer y, contestando a inquietudes del inglés, apuntaba sus baterías contra la libertad de prensa y el comunismo:

“El único desastre es el bolchevismo... Sólo la prensa desempeña un papel funesto... La crisis española y la imaginaria ocupación de Marruecos por las tropas

alemanas son ejemplos que ilustran netamente lo peligroso del periodismo irresponsable...

Lord Halifax estuvo de acuerdo con la opinión del Führer...” (2)

Cabe preguntarse si, cuatro meses después, el 11 de marzo de 1938, el lord Halifax estuvo también de acuerdo con Hitler al ser ocupada Austria por las tropas nazis.

El 14 de julio de 1938, cuando escasamente habían transcurrido cuatro meses, el dirigente de los nazis de Dantzig, Foerster, declaraba a Mr. Churchill:

“... Si la Gran Bretaña y Alemania llegasen a un acuerdo, podrían repartirse el mundo...” (3)

A los dos meses de las declaraciones de Foerster tuvo lugar la histórica conferencia de Munich en la que tomaron parte Daladier y Bonnet por Francia, Halifax y Chamberlain por Gran Bretaña, Hitler y Ribbentrop por Alemania, y Mussolini y Ciano por Italia. En ella, los representantes diplomáticos franceses e ingleses se plegaron una vez más ante las exigencias de Hitler y Mussolini y dejaron que las tropas alemanas ocuparan Checoslovaquia. La confabulación imperialista culminaría en 1939, con la estrangulación de la República española:

“Para ello -escribe G. Deborin-(4) ingleses y norteamericanos organizaron en Madrid un complot contra el Gobierno legítimo de la República... Ya antes, el cruzado inglés Devonshire tomó parte en las operaciones de los facciosos contra los defensores de la República en la isla de Menorca”.

Estos hechos fueron motivando a las fuerzas progresistas que se alzaron en todo el mundo, decididas a cerrar el paso al fascismo y que en los frentes de batalla españoles lucharon hombro con hombro por una misma causa: fueron los patriotas de más de 50 países enrolados en las Brigadas Internacionales.

¡Quién les iba a decir a los republicanos españoles que gobiernos “democráticos” como el francés (presidido por el socialista Leon Blum), el británico de Su Majestad y el norteamericano de Roosevelt fueran a poner obstáculos y levantar barreras...! Nació la mal llamada Política de No Intervención y Neutralidad, dirigida y alentada por los hombres de estado franceses, británicos y norteamericanos que fue, prácticamente, el bloqueo descarado

(2) Del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania. Publicado por el Ministerio de Negocios Extranjeros de la Unión Soviética. *Documentos y Materiales de vísperas de la Segunda Guerra Mundial*. Tomo I, noviembre de 1937.

(3) De la misma fuente.

(4) G. Deborin, *La segunda Guerra Mundial. Ensayo político-militar*, Moscú, Lenguas extranjeras,

al Gobierno de la España republicana y antifascista que se desangraba en los parapetos. Aclarando los rincones ocultos y la doblez de los estados “democráticos” ante la insolencia de las potencias fascistas, escribía el que fuera por aquel entonces embajador de los Estados Unidos en la España republicana, Mr. Bowers:

“El Comité de No-intervención y nuestro embargo representan una poderosa contri- bución al triunfo del Eje sobre la democracia española”.

Los gobernantes españoles declararon en reiteradas ocasiones que el triunfo del fascismo en España tendría como consecuencia inmediata la amenaza directa a nuestra vecina del otro lado de los Pirineos. Estos vaticinios se vieron plenamente confirmados por la triste y dolorosa realidad. Envalentonado el fascismo por sus victorias diplomáticas fáciles y por los buenos resultados de su intervención armada en España, Francia se vio atacada a los pocos meses de terminada la contienda española.

Poco más de cuatro meses habían transcurrido desde que se alzaran los generales fascistas cuando Hugh Thomas, un hombre al que no se le pueden atribuir simpatías por el comunismo, nos ofrece el cuadro siguiente de la intervención armada de las potencias del Eje en favor del pronunciamiento fascista en España:

“El 6 de noviembre de 1936, la ‘Legión Cóndor’, mandada por el general Von Sperrle, con el coronel Richtofen como Jefe de Estado Mayor, se encontraba acantonada en Sevilla. Se componía de un grupo de 4 escuadrillas de 12 aviones de bombardeo cada una, un grupo de cazas de la misma importancia, y una escuadrilla de hidroaviones de reconocimiento. Estas fuerzas se completaban con baterías antiaéreas y antitanques, y dos unidades blindadas formadas por cuatro compañías de cuatro carros de combate cada una, bajo el mando de Von Thomas. El personal alcanzaría los 6.500 hombres”. (5)

Los 32 meses de guerra impuestos al pueblo español por la intervención italo-germana y por la política de “no-intervención” y “neutralidad”, fueron una sangría para todas las organizaciones sindicales y partidos políticos de la clase obrera y de los campesinos. En los distintos frentes de combate cayeron sus hombres más representativos, los que gozaban de una personalidad influyente entre las masas. De haber triunfado la república, estas bajas se hubieran repuesto rápidamente ya que en el curso de la misma lucha se iban forjando hombres nuevos. Pero, esto no fue así..., y a la sangría de los parapetos vino a sumarse la de los piquetes de ejecución franquistas, la de las cárceles, la del exilio de miles de personas que se vieron y todavía se ven desperdigadas por el mundo sin patria ni hogar.

Siguiendo estas tres direcciones, el movimiento obrero en el interior del país se quedó sin

(5) Hugh Thomas, *Histoire de la Guerre d’Espagne*, Robert Laffont, París 1967.

los hombres que lo pudieran haber dirigido y orientado en las nuevas y difíciles condiciones que creaba la derrota de la República y el repliegue desorganizado de todas las fuerzas políticas y sociales que la habían apoyado. El terror franquista se adueñó de la voluntad de las personas..., el Conde Ciano en sus memorias escribiría tratando el asunto de la represión, a los tres meses de terminada la guerra civil:

“Los fusilamientos son numerosísimos aún: sólo en Madrid hay de 200 a 250 al día, en Barcelona 150, y 80 en Sevilla, ciudad que nunca estuvo en manos de los rojos...”.

Supongo que estas cifras del Conde Ciano a muchos les han de parecer muy exageradas, veamos qué nos dice el ex falangista Dioniso Ridruejo sobre este mismo asunto:

“Consumada en tres tiempos, la represión cruenta alcanzó un volumen cuyas cifras escapan a mis cálculos pero que debemos calificar de aplastante... En las tres fases mantuvo una única y misma intención central: la destrucción física de los cuadros de los partidos del Frente Popular, de los sindicatos obreros y de las organizaciones masónicas, sin perder de vista tampoco a los partidos democráticos más moderados y a las personalidades independientes (...) se puede y debe hablar de una operación perfecta de extirpación de las fuerzas políticas que habían patrocinado y sostenido a la República...”.

Miles de hombres y mujeres condenados a muerte esperaban en las mazmorras del franquismo el minuto fatal..., mientras que en cada pueblo, en cada aldea o caserío, en cada barriada obrera de las grandes ciudades, se aposentaban bandas de delatores, de agentes policíacos y provocadores que sembraban la confusión y la desconfianza entre los trabajadores desorganizados.

Para explicarse este baño de sangre, esta avalancha represiva puesta en movimiento por el régimen franquista y alentada por el avance de las tropas hitlerianas en Europa, hay que situarse en el puesto de las castas tradicionalmente privilegiadas que vieron llegado el día de la desaparición de todos sus privilegios y prebendas de clase explotadora.

Mas el hielo impuesto al pueblo español a punta de bayoneta fue roto... La victoria de los aliados alentó nuevas esperanzas. Y entre los exiliados políticos, que jamás se consideraron vencidos por el franquismo, se tenía el convencimiento de que se volvía una página sangrienta de la historia de España y se abría otra nueva de libertad y democracia. Se creyó llegado el momento entonces de tomarse cumplida revancha. Unidades de guerrilleros que pertenecían a las Fuerzas Francesas del Interior y que estaban controladas por el Partido Comunista de España, con sus armas dispuestas y una gran experiencia de lucha, se van concentrando sobre la frontera franco-española para irrumpir en España a la primera señal que se les dé.

Convergen en este momento, que ha de revelarse crucial para estos hombres, palabras y

hechos que les empujan a dar un paso decisivo adelante: la euforia triunfal de ver batidas en todos los frentes a las tropas hitlerianas y el comienzo de la liberación de Francia; la presión que las capas progresistas de todo el mundo, pero fundamentalmente la clase obrera, ejercen sobre sus respectivos representantes gubernamentales para que se adopten medidas de sanción contra el régimen franquista capaces de devolver la libertad y soberanía a España; la Carta del Atlántico que, como escribe G. Deborin: “contenía el importantísimo compromiso de los EE.UU. y de Inglaterra de cooperar al restablecimiento de los derechos nacionales y de la soberanía de los pueblos. Sin embargo, se hacía en él la salvedad de que sólo podía ser aplicado a los pueblos que se hubieran visto privados de sus derechos por manifiesta violencia...” (6)

En el mismo tono, aunque más radical en sus declaraciones, decía Stalin en 1943 con motivo del XXVI aniversario de la Gran Revolución Socialista de octubre:

“3.- Adoptar medidas para que sobre todos los criminales fascistas, culpables de la guerra actual y de los sufrimientos de los pueblos, sea cual sea el país en que se oculten, recaiga la rigurosa pena y castigo por todos sus crímenes...” (7)

Es decir, se había abierto un período en que de todos los puntos de la tierra se hacían declaraciones condenando al fascismo que, implícitamente, estigmatizaban al régimen franquista y alentaban las esperanzas de un pronto retorno de la República española.

Y como catalizador de todas estas manifestaciones, aparecen las directivas cursadas desde Toulouse por el equipo dirigente del Partido Comunista de España en Francia a todas las organizaciones de base y a las unidades de guerrilleros españoles bajo su dirección y control. La base eran los informes llegados de España (según dice este equipo) en los que se hacía un análisis de la situación en el país: descomposición del ejército y de la Falange, incremento en todas las regiones de la lucha guerrillera y disposición de las organizaciones del Partido -y del pueblo en general- a secundar un alzamiento armado tan pronto los hombres que se van concentrando en los Pirineos pisen territorio español.

En este ambiente desbordante de alegría y de fe en la liberación de España tuvo lugar, en 1944, la entrada voluntaria (no forzada, como algunos han querido decir) por el valle de Arán de las unidades guerrilleras mandadas por los comunistas. La sorpresa de una acción armada tan arriesgada y poco común facilitó la ocupación de algunos pueblos de la zona pirenaica, pero el alzamiento popular que se esperaba disparar con esta acción no se produjo. Los campesinos recibían a los guerrilleros con simpatía, pero de ahí no pasaban.

(6) El subrayado es mío. Op. cit.

(7) El subrayado es mío.

La represión franquista había sido tan sangrienta que los paralizaba. Nadie estaba dispuesto (salvo contadas excepciones) a empuñar las armas en una lucha que no tenía claro su desenlace final y que podía muy bien desencadenar una segunda guerra civil. Presentían que aquella acción de las guerrillas estaba condenada al fracaso.

Por estos días llegaron a Francia algunos miembros del Buró Político y del Comité Central procedentes de la Unión Soviética y de Cuba entre los que se encontraba Santiago Carrillo, que fue designado para que se trasladara al valle de Arán con la orden terminante de retirar a todos los hombres. La decisión evitó el que esta acción se transformara en un descalabro sangriento para el Partido Comunista de España, y dio comienzo la tarea de buscar responsabilidades.

Cerrando los ojos al sentir de la mayoría de los comunistas en Francia y de cientos de simpatizantes entre los exiliados (ya que ellos mismos, los más altos dirigentes del Partido Comunista, habían aconsejado y fomentado la idea de acabar con el franquismo antes del desplome vertical del hitlerismo) se buscó una responsabilidad que en mayor o menor grado alcanzaba a miles de personas, señalando a Jesús Monzón como único responsable.

Si los mayores dirigentes del Partido Comunista de España hubieran hecho un estudio objetivo y subjetivo de la situación internacional, y en particular de la situación del franquismo antes de la caída del nazismo, informando a todo el partido y muy especialmente a la Agrupación de Guerrilleros Españoles en Francia, dudo mucho de que se pudiera haber llegado a la situación del valle de Arán. No se hizo..., y todos lo pagamos muy caro.

Como digo, de las invasiones pirenaicas –pues fueron varios los puntos por donde los guerrilleros cruzaron la frontera– se culpó a Jesús Monzón, que antes de los hechos del valle de Arán había entrado en España clandestinamente. Se le acusó también de que la personalidad política del partido se perdía en la variopinta Unión Nacional española y de las corrientes oportunistas que se manifestaban en el seno del Partido Comunista en Francia. No faltaron tampoco las acusaciones de que las células del partido organizadas por él en la región levantina y otros puntos de España, a espaldas del Comité Central, estaban en manos del franquismo.

Siguiendo esta tónica, no tardaron en aparecer en el partido las acusaciones de traidor y agente del imperialismo. Por todas estas causas, y alguna más que ignoro, Jesús Monzón fue expulsado del Partido Comunista de España.

Pronto en el léxico comunista apareció una nueva palabra: “monzonismo”. El “monzonismo” fue considerado en el seno del Partido Comunista *como una desviación del marxismo-leninismo-stalinismo y como agente del imperialismo al que había que desenmascarar y destruir.*

Que nadie vaya a figurarse que yo me las quiera dar aquí de listo y clarividente: en la escuela

de Cinclar (Francia) se armaba a los guerrilleros con destino al interior del país con todos estos conceptos que estos grupos, a su vez, se encargaban de propagar por las zonas rurales en que hacían vida.

Yo no fui una excepción a la regla. Cuando los altibajos de la lucha (más los bajos que los altos) me llevaron a desplazarme por la región levantina, al entrar en contacto con algún camarada comunista de esas “células organizadas por Jesús Monzón a espaldas del Comité Central”, no podía ver en él esa doble personalidad de comunista y provocador, pero esto no impedía el que yo le soltara el “disco” de la lección aprendida en Cinclar. Y si la suerte –o la desgracia- me condujera un día a darme de narices con Monzón, no dudara un momento en pegarle un par de tiros que lo dejaran frito en el suelo. Y no creo que nadie me recriminara por ello.

Esto no sucedió; no podía suceder nunca porque nunca vi a Jesús Monzón ni vivo ni muerto, de lo que bien me alegro ahora.

Esta tarea de desenmascaramiento que los guerrilleros realizábamos no encontraba su eco en el pueblo pues, careciendo como carecíamos de todo contacto con las poblaciones, quedaba restringida al estrecho marco de las zonas en que hacíamos vida.

Finalmente, fue el régimen franquista el que se encargó de “desenmascarar” a Jesús Monzón y al monzonismo. El año 1948 o 1949 (no recuerdo bien), Jesús Monzón fue detenido por la Brigada Político-Social, y no fue fusilado porque amigos influyentes que tenía en la Falange intervinieron para salvarlo del piquete.

No puedo remediarlo, bajo mi punto de vista todo son interrogantes que quedan abiertos y que cada uno podemos cerrar según nuestro modo de pensar y ver los problemas. Me expongo a que algunos digan que soy más pesado que el plomo y que la presunción salta a la vista en todo lo que voy escribiendo y, lo más grave, que soy un anticomunista. A pesar de todo, quiero traer aquí, porque lo considero muy importante, algo que he leído en los materiales publicados por la dirección del Partido Comunista de España y que todo el mundo podrá leer a poco que rebusque entre las publicaciones del partido. Se trata de la valoración que la dirección del Partido Comunista de España hace de la lucha armada (las guerrillas) durante la Segunda Guerra Mundial, y que dice:

“...Las guerrillas impidieron la entrada del franquismo en la Segunda Guerra Mundial...”

¡No!, y mil veces ¡no!

Aunque no puedo presentar pruebas, por lo menos voy a tratar de argumentar esta negación. Los puntos que considero se deben estudiar para realizar esta tarea, y al mismo tiempo valorar la importancia de las guerrillas en España durante el período de la Segunda Guerra Mundial, son los que siguen:

1. Estabilidad o inestabilidad del régimen franquista durante la Segunda Guerra Mundial.

2. Efectivos humanos de las guerrillas.
3. Armamento.
4. Grado de organización de las guerrillas.
5. Métodos de lucha.
6. Plan de lucha común a toda la guerrilla.
7. Medios económicos.

En lo que a continuación sigue, me propongo únicamente tratar de averiguar con números –siempre aproximados-, de lo que se plantea en el segundo punto. Los números que resulten, repito, serán siempre aproximados porque nadie ha llevado esta cuenta, y han sido redondeados al alza, a mi modo de ver de manera muy exagerada.

Con todas las personas que he hablado y en todo lo que he podido leer sobre las guerrillas, coinciden –y me sumo a esta coincidencia- en que la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón fue la mejor organizada y la más fuerte de todas las que existieron en España.

Veamos, pues, su potencial humano y partiendo de este conocimiento llegaremos a establecer un número que, una vez más repito, será aproximado para las otras agrupaciones. La Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón se componía en sus primeros meses de dos sectores: el 11 y el 17. Más adelante, al entrar en contacto con un grupo guerrillero que hacía vida por las zonas de Utiel y Requena y que tenía un campamento por las estribaciones de la sierra Martés y otro en las hoces del río Cabriel por debajo del embalse de Contreras, surgió el 5 sector. Casi al mismo tiempo, en el 17 sector se dan una serie de ingresos en hombres que aconsejan dividir este sector en otros dos, apareciendo el 23 sector.

Para mis cuentas tomaré como base el potencial en hombres del sector 5 y del 11 porque son los que mejor conozco, al pasar en ellos seis años. Hago estas aclaraciones para que todo el mundo pueda ver que no hablo a humo de paja ni de oídas.

En el período más floreciente, el 11 sector podría tener unos 60 hombres, entre los que incluyo muertos y desertores; al 5 sector no le doy más de 35 hombres. Es decir, que según voy recordando, entre los dos sectores sumarían de 95 a 100 hombres. En apoyo de este número podría traer aquí los nombres de muchos guerrilleros del 11 sector y muchos del 5 sector.

Pero no me voy a conformar con el número 100 y, por mi cuenta y riesgo, le sumo otros 100 hombres, con lo que tenemos 200 para los dos sectores (no me sorprendería que si Florián García Velasco, *Grande* en la Agrupación -por oposición a *Peque*-, nombre de guerra que adoptó en la guerrilla urbana de Valencia, leyera esto, se llevase las manos a la cabeza exclamando: “¡hombre, a dónde vas a parar!”).

Prosigamos: pasaré la suma de 200 hombres al 17 y 23 sectores, lo que nos da 400 hombres. Sé que el 17 y el 23 sectores son mayores en hombres que el 5 y 11, y como a éstos les he agregado 100 hombres, haré lo propio con el 17 y el 23. Pero, como son mayores no les voy a agregar 100, sino 200. El resultado total de mis cuentas es que la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón tiene 600 hombres para seis años de existencia.

Para conocer la fuerza humana de las agrupaciones guerrilleras que existían en España durante la Segunda Guerra Mundial y llegar a la conclusión de si fue o no fue posible que esta fuerza impidiera la entrada del régimen franquista en la guerra, nos falta por averiguar el número de agrupaciones existentes en España en el período a que me refiero. Tengo noticia de la existencia de cuatro:

Agrupación Centro
Agrupación Andalucía – Extremadura
Agrupación Asturias – Santander
Agrupación Galicia – León

No incluyo la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón porque ésta se fundó después de la Segunda Guerra Mundial.

Posiblemente hubiera otras agrupaciones además de las cuatro que indico, y ante esta duda, partiré del supuesto de que existían 8 agrupaciones guerrilleras en España durante la Segunda Guerra Mundial, y multiplicando 8 agrupaciones por 600 hombres que nos da la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, llegamos al número no despreciable de 4.800 hombres. Pero como siempre he ido aumentando el número, hago lo propio con éste y le agrego 1.200 más, así tendré un número bien redondito delante de los ojos: 6.000 hombres en armas contra el régimen franquista durante la Segunda Guerra Mundial.

Hasta aquí todo ha sido, como solemos decir, “coser y cantar”. Y ahora llega lo gordo... ¿Podrían tener 6.000 hombres en armas tanta fuerza como para “*impedir que el régimen franquista entrara en la Segunda Guerra Mundial?*”

Mi respuesta ya la dejo fijada anteriormente. La que puedan dar los que hayan tenido la paciencia de seguirme en mis devaneos de cabeza..., cada uno se la dará a sí mismo.

No descarto que alguno pueda formularse al mismo tiempo la pregunta: ¿por qué no dijo este hombre todo esto en las reuniones de la célula del partido en las que él también participaba?

La pregunta no es corta..., y la respuesta será larga. Estas ideas me vienen ahora a la cabeza, después de haber leído y releído varias veces esto que llamo “*A modo de introducción*” y darme cuenta de que había muchas palabras muy mal escritas, y que el corregirlas sobre el papel llenaría las cuartillas de rayas y borrones. Me he decidido al final por volver a escribirlas y corregir aquellas faltas que buenamente pueda, porque mis escuelas no han sido

las universidades. Mis escuelas han sido los años amargos del exilio, las guerrillas con todo su rosario de hambre, fatigas y miedos mal disimulados, y el trabajo físico. En esta tarea de corregir faltas es cuando me vienen a la memoria muchos recuerdos del pasado y entre ellos se encuentra éste de la valoración de la importancia de las guerrillas. A buen seguro, cuando lo leí halagó mi vanidad de haber sido uno más entre los muchos que siguieron las pisadas de estos hombres, hombres que supieron mantener en alto la bandera republicana y decir al franquismo que no entregarían su cuello como lo entrega el borrego al cuchillo que lo degüella.

Podría añadir otras cuestiones que, al final, no harían otra cosa que alargar mi contestación y buscar formas y maneras de justificarme, pero el fondo del problema seguiría siempre siendo el mismo: mi ignorancia, mi falta de inteligencia para captar el problema, y cuando llego a alcanzar una vaga conciencia del mismo, puedo llegar al extremo de no plantearlo por las consecuencias que me podría acarrear su solo planteamiento, es decir, por miedo. Y no es un miedo infundado..., tengo mis motivos para pensar de este modo.

¿A qué viene ahora este tira y afloja, este pugilato entablado conmigo mismo? Viene a lo que estoy diciendo: a que la dirección del Partido Comunista de España sienta -a mi modo de ver- un precedente histórico con el que no estoy de acuerdo, para que sea recogido en las páginas de la historia de España que se escriba en años venideros. También puede suceder que el Partido Comunista de España quiera reivindicar de este modo su participación, su papel dirigente de la lucha armada contra el franquismo.

Creo que nadie puede poner en tela de juicio que el Partido Comunista, con todas sus fallas y con todos sus errores, fue el partido que más leña echó en la hoguera del antifranquismo y no tiene ninguna necesidad de recurrir a valoraciones exageradas. De ello hablan muy alto sus muertos.

Es sorprendente la rapidez con que cambia la correlación de fuerzas en un par de años: durante la segunda Guerra Mundial, 6.000 hombres (por tomar el número tan elevado al que he llegado) impiden la entrada de la España franquista en guerra.

La capitulación de la Alemania hitleriana tiene lugar el día 5 de mayo de 1945 y la de Japón el 15 de agosto del mismo año. Días antes de la capitulación de Japón entramos en España un grupo de 5 personas. En Francia se nos ha dicho (nosotros lo creímos a pies juntillas porque ya estábamos predispuestos a ello: entre los exiliados españoles en Francia la corriente más generalizada era que el franquismo tenía sus días contados) que por toda la geografía española brotan como las setas las organizaciones del partido, que la clase obrera se moviliza y que el pueblo está preparado para secundar un alzamiento armado. Creíamos muchas cosas más, pero las que privaban son las tres que indico, y que no me vengan ahora que si fue, que si vino, que si las narices del tío Marcelino. Lo real es que llevábamos

metido en la cabeza todo esto y, ¡no faltaba más!..., que el régimen franquista tenía sus días contados.

¿Qué situación encontramos en España? Nos encontramos con una población rural amedrentada por la salvaje y sangrienta represión franquista y no como solíamos decir “*ganada por la pasividad y el comodismo*”, sin esas organizaciones del partido que “*brotaban como las setas*”, sin esa movilización de la clase obrera, sin “na de na” porque todo lo había aniquilado el franquismo.

Entre los exiliados en Francia sí que existía esa corriente de “pasividad y comodismo” sembrada por Indalecio Prieto, presidente del Partido Socialista Obrero Español. Ese concepto lo introdujimos los guerrilleros que pasábamos de Francia y que aplicamos en alguna que otra ocasión porque nuestra vida no nos permitía aplicarla con más frecuencia: vivíamos en contacto con la población rural, conocíamos sus problemas y sus deseos, pero estábamos completamente aislados de los centros urbanos donde podía darse algún caso que permitiera su aplicación. Es decir, que era un trasplante de una situación que se daba en un lugar y que introdujimos y aplicamos sin más ni más a la situación de España.

El choque con la realidad de la situación de España, ¿hizo vacilar nuestra convicción de que al franquismo se le podía derribar con sólo un empujón?.. No, ni mucho menos. El franquismo era poco menos que un pelele a nuestro modo de ver y pensar.

¡Maldita sea! ¡Qué ciegos estábamos! ¡Qué locura la nuestra! Cuánto sacrificio malogrado, cuántas detenciones y torturas, cuánto muerto...

Por la forma de expresarme y exponer mis recuerdos puede dar la sensación de que trato de minimizar la importancia y el valor de estos, digamos, primeros guerrilleros. No, no la rebajo, no puedo rebajarla de ningún modo. Yo sé del camarada, del compañero de lucha y fatigas que queda sin tumba de bruces contra la tierra en un claro del bosque, de las horas de impaciente espera, de los sobresaltos, del hambre, del frío y del miedo, de ese deseo obsesionante esperando que llegue la noche pronto para que te oculte con su manto negro. Y sé también lo que significa sentirse solo todas las horas del día, pues sabes que tu compañero no podrá tenderte una mano cuando más la necesites porque también él necesitará la ayuda de alguien.

Todo esto lo sé y lo recuerdo como si lo estuviera viviendo nuevamente. Y porque lo sé y no podré olvidarlo por muchos años que viva, yo inclino mi cabeza y doblo mi rodilla ante estos primeros guerrilleros que fueron el embrión y la base de todas las agrupaciones guerrilleras.

Entre escribas y fariseos han removido tanto las aguas del río que bajan turbias y, si queremos beber de ellas, no nos queda otro remedio que filtrarlas. Yo no puedo filtrar toda el agua que baja por el río para que todos nos amorremos y saciemos nuestra sed. Me daré

por contento y satisfecho si consigo filtrar un vaso para poderlo beber.

Estos cortes bruscos, estas desviaciones de lo que andaba diciendo me han llevado muy lejos y se hace necesario volver atrás para coger nuevamente el hilo donde lo he dejado. Tratava de las invasiones pirenaicas y su fracaso. Es de suponer que la dirección del Partido Comunista estudiaría las causas de este fracaso y sacaría alguna enseñanza, pero la lección del valle de Arán no cambió en nada o casi nada el problema fundamental, que no era otro que el de la vía armada como salida inmediata a la dictadura franquista. La táctica del partido no cambió: se siguió pensando que la lucha armada, unida a la acción revolucionaria de las masas de la ciudad y del campo y a medidas de carácter internacional que aislaran al franquismo, daría al traste con el régimen dictatorial. Así pues, en lugar de una penetración masiva, se organizó la penetración por grupos reducidos (seis u ocho hombres todo lo más), a los que les era más fácil suministrar por el camino, que tendrían más movilidad y por tanto, serían más difíciles de localizar por las fuerzas armadas de la Guardia Civil encargadas de su represión.

El error de los comunistas españoles en Francia consistió en comparar la resistencia francesa con la que se intentaba organizar en España, trasladar los patrones de una Francia ocupada por las tropas nazis (que servían como acicate del despertar de los sentimientos nacionales del pueblo francés, y en la que todo el pueblo se movilizaba contra el invasor) a una España en que la lucha armada podía suponer abrir un nuevo episodio de luchas fratricidas que nadie estaba en condiciones de aceptar. Así lo demuestra la amarga y sangrienta experiencia de todas las agrupaciones guerrilleras que tuvieron vida más o menos dilatada en algunas provincias de España.

Uno de los lastres que más costó desarraigar de los grupos de paso fue precisamente el de la adaptación a la situación concreta de España, el saber comprender y discernir las características especiales que se daban y que hacían imposible el trasplante mecánico de los métodos de lucha seguidos en Francia y otras latitudes. La adaptación tenía que realizarse sobre la propia marcha y no admitía largos plazos ni demoras, de lo contrario, llegaba la muerte. Esto sucedió, desgraciadamente, a los grupos que no vieron la diferencia existente entre la situación de Francia y la de España. Localizados por la Guardia Civil, unos fueron aniquilados y otros desperdigados a los pocos días de pisar tierra española.

El año 1943 había marcado como un hito el comienzo irreversible del ocaso de los dioses. La máquina de guerra nazi es detenida en las puertas de Stalingrado y da comienzo la ofensiva del Ejército Rojo que lanzaría al invasor lejos de las fronteras de la URSS. Desde este momento, la iniciativa de las operaciones militares pasa a manos de los aliados, y para el franquismo, que se ha visto comprometido en la guerra por la participación en los frentes del Este de la División Azul mandada por Muñoz Grande, se hace cuestión de vida o muerte

el tener en las manos una baza que presentar a los aliados. Entre las potencias agresivas del Eje y el régimen franquista se perfila en este momento un ligero distanciamiento..., y mientras que los hombres de la División Azul caen bajo la metralla de los aliados y los rigores del crudo invierno ruso, en Madrid dan comienzo, “*el 15 de agosto de este mismo año, negociaciones militares secretas entre el general Castellano, en nombre de Italia, y representantes de Inglaterra y Estados Unidos*”. (8)

Escasamente nueve meses y medio más tarde, el 24 de mayo de 1944, Mr. Churchill declara en la Cámara de los Comunes, tendiendo su mano protectora a Franco:

“Al tiempo que hoy digo palabras amables hacia España, quiero añadir que espero que ella represente una fuerte influencia para la paz del Mediterráneo después de la guerra. En cuanto a los problemas políticos internos de España, eso es cosa de los propios españoles. A nosotros como gobierno, no nos compete intervenir en tales asuntos...”

La intervención italo-alemana en España y los tres años de guerra impuestos al pueblo español no son para Mr. Churchill actos de “*manifiesta violencia*” y por tanto no se podía pensar en aplicar al régimen franquista el tercer punto de la Carta del Atlántico...

Son estos los primeros pasos que se dan en el desdoblamiento que se ha establecido entre la guerra civil antifascista española y la segunda conflagración mundial. Y si defender Madrid, como declaraban los partidos comunistas en aquellos meses de luto para España, era defender París, Londres, Praga, Moscú..., es porque las fuerzas democráticas del mundo libraban sobre el suelo español los primeros combates serios contra el fascismo internacional. En buena ley, la guerra civil española fue la primera batalla de la Segunda Guerra Mundial ganada por la reacción y el fascismo a las fuerzas progresistas.

Al analizar los acontecimientos que se van materializando a la par de las operaciones militares, dos corrientes diametralmente opuestas se abren paso entre los españoles en el exilio: unos lo esperan todo de las potencias aliadas (Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña), otros lo supeditan a la acción armada y a la ayuda que pueda prestar la Unión Soviética.

La primera de estas corrientes pudiera tener sus fuentes más directas en las palabras que Indalecio Prieto, presidente del Partido Socialista Obrero Español, pronunciara el 12 de octubre de 1943 en México: “*Franco y su Falange se hunden por sí mismos..., la caída ocurrirá sin nuestro esfuerzo*”. (9)

(8) G. Deborin, op. cit.

(9) *Historia del Partido Comunista de España*, Éditions sociales, París 1960.

(10) Op. cit.

Y, para que no quedase ninguna duda del camino que Prieto pensaba tomar para alcanzar la democracia en España, el III Congreso del PSOE en el exilio lo definía en este sentido: “*Camino no hay otro... que el de servir los deseos de las potencias occidentales reduciéndonos a lo que dichas potencias quieran concedernos*”. (10)

La segunda corriente, alentada y dirigida por el Partido Comunista de España, se proponía acabar con el régimen dictatorial franquista y su Falange por medio de la insurrección armada y, a ser posible, antes de que se terminase la Segunda Guerra Mundial. Con esta idea como punto de mira fundamental en la política del Partido Comunista, se declaraba reiteradamente: “*La España democrática tiene que acabar con la dictadura franquista antes de que se produzca el desplome inevitable de Hitler*”.

Recuerdo que, recién liberada Francia, visité a unos amigos socialistas que tenía en Solferino y, como siempre entre españoles, la conversación no tardó en girar en torno a la situación del país. Al manifestarles que tenía la intención de regresar encuadrado en un grupo guerrillero, trataron de convencerme de que aquello era una locura, que Franco se hundiría como resultado del triunfo de los aliados sobre el fascismo. “*Márchate -me dijeron- y cuando hayáis liberado España, nos avisas para ir con nuestras maletas*”.

¿Tenían razón mis amigos socialistas? ¿Correspondían estos criterios a las condiciones de España en aquellos días?

Sigo pensando, después de muchos años de que fueran pronunciadas estas palabras, que estaban equivocados... Si Franco y su Falange pudieron capear el temporal que se les venía encima, se debió en gran parte a la desunión y desorganización de los republicanos españoles dentro y fuera del país. Si el Partido Socialista Obrero Español y el Partido Comunista de España hubieran llegado a un entendimiento y presentado un frente compacto unido al Gobierno Republicano en el exilio, ¡otro gallo le hubiera cantado a Franco en aquellos días!

Para terminar de una vez con esta introducción (que hace rato vengo pensando que resulta demasiado larga) quisiera traer aquí tres puntos que me parecen de especial interés para todo aquel que desee analizar de forma seria y responsable la vida de las agrupaciones guerrilleras:

1. Nuestra actitud de cara a los sindicatos verticales organizados y dirigidos por la Falange.
2. Medios económicos de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón en sus seis años de existencia.

(11) Op. cit.

3. Armamento y munición de la misma.

El Comité Central del Partido Comunista de España “... a partir del año 1944, y con la perspectiva de un rápido hundimiento de la dictadura, había preconizado la creación de sindicatos clandestinos en vez de trabajar en los sindicatos verticales”. (11)

Con esta orientación, y partiendo del convencimiento de que el pueblo estaba en condiciones y dispuesto a secundar activamente una insurrección armada, nuestra postura de cara a los sindicatos verticales fue la de declararles el más completo boicot. Ningún antifranquista, a poco que se preciara, debía pertenecer a ellos; error que nos hizo estar años enteros esperando que el pueblo subiera a las guerrillas, que nos costó muchas vidas y vernos solos entre los pinos y jaras.

Subsanar esta gran falla, o, como escribiera Lenin, *Enfermedad del izquierdismo en el comunismo*, a que nos habían conducido las orientaciones que el partido daba a los grupos guerrilleros con destino al interior del país, también corrió a cargo del Comité Central y del Buró Político. Pero a nosotros, a la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, llegó con un par de años de retraso, cuando ya la suerte de las guerrillas estaba echada y los hombres moral y físicamente destrozados.

El boicot declarado a los sindicatos verticales y a las hermandades de labradores y campesinos es la prueba que mejor ilustra nuestra ignorancia en materia tan complicada como es la organización revolucionaria de la lucha. Era también muy corriente en estos años tropezarse con personas que, siendo antifranquistas, estaban convencidas de que la lucha era imposible si no venían en nuestra ayuda ciertos gobiernos (el francés, el británico y el norteamericano).

Hacer saltar estos puntos de vista (como la dirección del partido nos había enseñado a decir) “*dictados por la pasividad y el comodismo*”, y demostrar con el ejemplo que la lucha era posible en todas las situaciones, fue uno de los resultados positivos que alcanzó la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón en las zonas donde hacía vida.

La Agrupación Guerrillera no se vio nunca respaldada por medios económicos que nos permitieran suministrar, comprar ropa y calzado, armamento o munición para nuestras armas y, por qué no, sobornar a un alcalde, jefe de Falange o Guardia Civil. Los pocos recursos monetarios con que contamos en seis años de guerrillas nos fueron proporcionados por el Partido Comunista y fueron recaudados peseta a peseta entre los miles de exiliados y simpatizantes de la República española. Personalidades políticas, de la ciencia, de las artes y de la cultura aportaron también su ayuda con sumas importantes. Otras sumas (siempre escasas) provenían de los “*golpes económicos*” que nos veíamos en la necesidad de realizar -sabiendo a ciencia cierta que eran mal vistos por la población- para cubrir las necesidades más apremiantes. Queda pues claro, que del “*oro de Moscú*” los guerrilleros no vimos ¡ni

que en las mismas condiciones o peores se encontraban todos los hombres con los que compartí esta dura prueba.

Esto por sí solo le dirá a toda persona que tenga conocimientos elementales de la intensidad de fuego de un arma automática, el carácter que revistieron las guerrillas, más concretamente la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón. Hay que decir que permanecemos siempre a la defensiva, evitando en la medida de lo posible, todo encuentro frontal con las fuerzas de la Guardia Civil lanzadas sobre nuestras pisadas.

Teníamos la certidumbre de que, si agotábamos la munición que cada uno llevábamos encima, pasaría mucho tiempo antes que pudiéramos hacernos con más. Era, pues, necesario conservarla para los momentos decisivos, para los momentos en que salvar la vida sólo era posible haciendo frente al tiroteo y poniendo tierra de por medio. Aceptar un combate de diez minutos suponía quedarnos sin una bala, y esto fue lo que nos sucedió en el último encuentro que tuvimos con la Guardia Civil en las proximidades de Cofrentes: de siete guerrilleros que nos enfrentamos con los civiles, uno resultó muerto, dos salieron heridos, tres agotaron su munición, otro cayó en manos de los civiles y dos nos quedamos solamente con dos cargadores.

Al opinar sobre estas cuartillas podrá decirse que lo que presento no es otra cosa que una apología de los guerrilleros. Por de derecho natural, la defensa no se le puede negar a nadie. Lo cierto es que, desde el bando contrario se nos ha tratado de *“asesinos y criminales al servicio del comunismo ruso”*, y, desde el amigo, algunos como Vicente Uribe, miembro del Comité Central del Partido, tuvieron la “genial” idea de decir: *“¡cuántas barbaridades no habréis cometido los guerrilleros!” “Menos de las que vosotros nos mandabais”* –le contestó Grande.⁽¹²⁾

La defensa la considero en este caso más necesaria de cara a los militantes del partido que de cara a todo lo escrito y a lo que aún puedan escribir los plumíferos al servicio del régimen franquista. Es más necesaria porque de lo que se trata es de recuperar del ingrato olvido la memoria de unos hombres que no dudaron en exponer sus vidas por una España democrática, que murieron y sufrieron las torturas en las cárceles franquistas.

Praga, 17 de junio de 1975

(12) Palabras textuales que Grande (Florián García Velasco) me dijo el año 1955 en Usti-nad-Laben (Checoslovaquia).

CORDILLERA IBÉRICA

recuerdos y olvidos de un guerrillero

DE CARA A ESPAÑA

Bases de partida

Los cañones no habían terminado de retumbar en los frentes de la Segunda Guerra Mundial, cuando el Partido Comunista de España en Francia organizó, bajo el nombre de “Empresa Vallador”, la explotación de unos bosques próximos a la frontera española con vista a la obtención de los medios económicos necesarios para hacer frente a los gastos que el desarrollo del movimiento guerrillero en España conllevaba. Unidades de guerrilleros españoles que habían combatido contra el ocupante nazi en tierra francesa y que estaban bajo la dirección del Partido Comunista se constituyeron en equipos de leñadores que trabajaban en la “Empresa Vallador”. A la vez, estos equipos se organizaron en una especie de colectividades de producción en las que se implantó la norma de un salario igualitario para todos, sin que en ello jugara papel alguno la cantidad de trabajo individual realizado. Pronto se dejaron sentir los primeros brotes de descontento en el seno de estas colectividades, pues se daba el caso de que elementos poco escrupulosos que en ellas había se tumbaban a la bartola en los carasoles; luego, con declarar que habían cortado tantos y cuantos metros de leña, tenían el salario asegurado. Esta leña era transformada en carbón por otros equipos y éste era vendido para los vehículos que circulaban por Francia a base de gasógeno. Los ingresos de la venta nunca correspondían a los desembolsos pagados por salarios. Otros, por el contrario, no se daban un minuto de reposo y fueron ellos los que le dieron al Partido Comunista de España la posibilidad de hacer frente a la explotación de estos bosques. Fracasaron las colectividades como puede fracasar todo experimento que tiene como base la utopía igualitaria de algunas personas, por muy buena voluntad que tengan.

Enterada la dirección del partido de estas anomalías que poco a poco iban minando la unidad de que siempre han dado prueba sus organizaciones de base, tomó cartas en el asunto y, cortando por lo sano, decidió que se establecieran los jornales de acuerdo con el trabajo individual realizado, y que un grupo reducido controlara los metros de leña que se declaraban.

La existencia de la “Empresa Vallador” ha motivado en algunas personas la falsa idea de que el Gobierno francés facilitó al partido Comunista de España la explotación de una mina de oro. Difícilmente ninguna empresa forestal francesa se hubiera comprometido, no bien liberada Francia, a organizar la explotación de unos bosques que en las inversiones en medios mecánicos (tendido de cables de arrastre, animales de tiro para arrimar la leña a las plataformas) hubieran absorbido una parte muy importante de las ganancias.⁽¹³⁾

Lo que sí hizo el Gobierno francés (y no sé si los comunistas españoles se darían cuenta), fue sacudirse de encima el dolor de cabeza que significaba la desmovilización de unos miles de hombres a los que no se podía internar de nuevo en los campos de concentración, a los que había que proporcionar trabajo y un techo donde cobijarse. La “Empresa Vallador” vino a solucionar esto en buena medida.

Servía también dicha empresa, y tal vez esto tuviera más importancia que la obtención de medios económicos, de cobertura a las actividades preparatorias de los grupos guerrilleros con destino al interior de España. Entre los bosques se montaron unas escuelas en las que se impartían nociones elementales de táctica guerrillera, de explosivos, de topografía y de política. A una de estas escuelas o bases de partida que se hallaba ubicada en los bosques próximos a Cinclar, entre Quillan y Lapradelle, fui a parar en la primavera del año 1945 con un grupo de guerrilleros, casi todos militantes comunistas,⁽¹⁴⁾ que habíamos pertenecido a la brigada del *Barbas* (J. Casado), de la XXIV División de Guerrilleros Españoles en Francia. Que recuerde, al frente de esta base había sido designado *César* (José Blázquez) y Luis Fernández, ambos generales de guerrilleros en Francia, Aguado y Miguel Ángel, y un minero asturiano (no recuerdo su nombre) que nos daba las clases sobre el manejo de los explosivos.

Allí, en un barracón hecho con tablas y cubierto con maleza del bosque que nos servía de escuela y de comedor para los equipos de leñadores y carboneros, nos reunimos de

(13) Los militantes del Partido Comunista y los simpatizantes suplieron la falta de medios mecánicos y de animales de tiro.

(14) Yo pertenecía a la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y hasta el año 1947, en los montes levantinos no solicité mi ingreso en el Partido Comunista de España, sin renunciar a mi militancia en la CNT.

nuevas amistades de los campos de concentración donde habíamos sido recluidos los republicanos españoles que cruzamos la frontera al final de la guerra civil; caras casi olvidadas y otras que jamás nos habíamos visto. Formamos un mosaico bastante bizarro: los hay que pertenecen al Partido Socialista Obrero Español, a la Confederación Nacional del Trabajo, a partidos republicanos y de las nacionalidades históricas de España y, aun otros, sin filiación política determinada, simplemente antifranquistas, y claro está, el núcleo comunista, que es el más importante y el que dirige y organiza todas las actividades de cara a España.

Se tenía conocimiento de que el franquismo trataba de penetrar el secreto que encerraban estos “tajos de leñadores” y que elementos de la 2ª Bis⁽¹⁵⁾ -organización policíaca franquista que obraba en territorio francés de acuerdo con la policía francesa- estaban al acecho del menor descuido. En prevención, antes de llegar al barracón-escuela, sobre un picacho que dominaba el camino de acceso, se tenía montada una guardia de dos hombres armados con metralletas.

En pleno trajín preparatorio de estudios y ejercicio de marchas de noche con más de treinta kilos de peso a las espaldas, en las que en ocasiones nos acompañaba como instructor el que fuera general del Ejército Popular, Juan Modesto Guilloto, nos llegó la visita de la hija de Dolores Ibárruri (*Pasionaria*), Amaya Ruiz, a la que acompañaba Enrique Líster. Las charlas que con este motivo se organizaron versaron sobre la guerra en la Unión Soviética y la participación de los refugiados españoles. Al esbozar la situación de España, tanto Amaya Ruiz Ibárruri como Enrique Líster, emplearon para los guerrilleros alabanzas superlativas: los guerrilleros eran ya héroes, brazo armado del pueblo en sus bocas, los vengadores de las víctimas del régimen franquista y los embriones del nuevo Ejército Republicano que se constituiría tras la victoria.

De este modo, se exaltaba nuestra moral combativa y se nos iba preparando, poco a poco pero con tesón, para enfrentarnos a toda clase de sacrificios que la lucha exigiera de nosotros. Pocas semanas después, cuando se consideró que estábamos lo suficientemente politizados y en condiciones de afrontar la gran prueba, se nos encuadró a cada uno en su respectivo grupo de paso.

Dentro de unos días nos tendremos que separar y por distintos caminos y medios cruzaremos la frontera. Algunos, los más afortunados, nos volveremos a ver andando el tiempo; otros

(15) Me extraña que en ningún escrito posterior a estos años no se haga mención a esta organización policíaca, y llego a preguntarme si no sería alguna invención del PCE para despertar en nosotros el sentido de vigilancia a que tendríamos que someter nuestro cerebro en España.

se perderán para siempre... Sólo el recuerdo de sus nombres de guerra y el de las horas amargas pasadas juntos perdurará en la memoria de quienes los conocimos, y aun éste se irá perdiendo con el tiempo. Se olvidarán nombres, se olvidarán dichos y hechos, se olvidarán fechas que harán difícil la reconstrucción de la experiencia vivida.

Optimistas, ebrios de gloria después de la victoria sobre las fuerzas negras del fascismo, llegó el día de emprender el camino de la frontera. Nadie, estoy plenamente convencido de ello y lo digo con toda responsabilidad, se hacía la más remota idea de lo dura, larga y compleja que iba a ser la organización de la lucha armada en España. Todos teníamos la pretensión de que en unos meses (tres mesecillos, solía decir Modesto con su acento gaditano) concluiría, y que la bandera republicana luciría sus colores en los antepechos de ventanas y balcones; que ondearía al viento de la libertad en los portalones de los ayuntamientos y que los exiliados españoles regresarían dichosos al calor de los hogares de sus mayores. En nuestras cabezas no quedaba el menor resquicio para la duda y, si alguien se hubiera manifestado en este sentido, tenía asegurada la expulsión del grupo de paso y, de pertenecer al Partido Comunista, nadie lo hubiera librado de verse apartado del partido y puesto en cuarentena.

¡Qué ilusos! ¡Qué ceguera la nuestra! ¡Qué poco sabíamos de todo lo que nos aguardaba en España!

Los informes que se decía llegaban del interior resultaron ser papel mojado..., delirios de refugiados en el mejor de los casos. O incluso actos de manifiesta megalomanía, enmascarada con exclamaciones patriotas de elementos que se proponían escalar la cima del Partido Comunista de España, aunque para ello se sacrificaran unas decenas de sus militantes. Sólo Dios sabe de dónde saldrían y a qué intereses servirían los dichosos “informes”. Sin necesidad de pasar por la escuela de Cinclar, todos estábamos convencidos de que Franco y su Falange no podrían capear la tormenta que se les venía encima. Lo cierto es que nunca discutíamos ni poníamos en entredicho lo que se nos decía; todo lo aceptábamos como verdaderos autómatas, sin criterios ni ideas propias.

Camino de la frontera

Mediaba el mes de septiembre de 1945 cuando siete personas nos encontramos sentadas en la caja de una camioneta que va rodando con estrépito camino de la frontera. No hay

conversación entre nosotros ni movimiento que a ella invite. Con los nervios en tensión, de no ser por el brillo que se supone en los ojos y por el movimiento acompasado de la respiración, cualquiera podría suponer que somos personas petrificadas. Cinco formamos el grupo de paso salido de Cinclar al que con el tiempo se conocería como grupo de los “*Maños*”, las otras dos me son completamente desconocidas; nos fueron agregadas en la ciudad de Toulouse, en el momento de la comida de despedida con que fuimos agasajados por la dirección del Partido Comunista y en la que estuvieron presentes tres miembros del Comité Central: Juan Modesto Guilloto, Enrique Líster y Francisco Antón (este último, secretario de Organización del partido en estas fechas). De los desconocidos, uno dijo llamarse *Antonio* y al otro, por desconocer su santo y seña, lo designaré por “el de la maleta misteriosa”, por llevar una de un tamaño más que regular, dentro de una mochila de alpinista.

El primer contratiempo lo tuvimos todavía en territorio francés. A la salida de una población fue detenida nuestra camioneta en un control de carretera, y como salvo el chofer y su ayudante ninguno llevábamos documentación encima, nos vimos conducidos a presencia de las autoridades locales. Pisadas recias en los pasillos, puertas que se abren y cierran con más estrépito del necesario. Una de éstas nos fue franqueada y nos vimos en presencia de un oficial que, con cara de justicia mayor, se sienta detrás de una mesa escritorio. Contestando a las preguntas que le son formuladas, nuestro chofer le va explicando que somos leñadores de la “*Empresa Vallador*” y que nos dirigimos a uno de sus tajos de leña, finalmente, le da un número de teléfono y el oficial descuelga el aparato y lo marca. Insiste varias veces que los detenidos son un grupo de españoles indocumentados. La conversación telefónica se prolonga unos minutos hasta quedar “aclarada” nuestra identidad y nos dejan libres para continuar nuestro camino.

La noche se nos echó encima rodando por una carretera que se adentra por los montes pirenaicos. El chofer⁽¹⁶⁾ quiere recuperar el tiempo perdido y pisa el acelerador a fondo. Los faros horadan las sombras donde se hunde nuestro vehículo conducido por mano experta.

Tratar de penetrar los pensamientos en que cada uno vamos ensimismados, por la expresión de la cara, resulta imposible. Por lo que me concierne, y visto que ya habíamos experimentado el primer contratiempo, no pensaba en otra cosa más que si seríamos detenidos por segunda vez o, por el contrario, llegaríamos sin más tropiezos a nuestro destino que, naturalmente,

(16) Juan Bravo, destinado por el PCE para el servicio de pasos. En 1955 a mi llegada a Usti-nad-Laben (Checoslovaquia), me encontré con él.

ninguno de los que vamos sentados en la caja de la camioneta conocemos. La camioneta empezó a frenar hasta quedar parada y el corazón me dio un vuelco y me faltó el aire en los pulmones para respirar al ver asomar las cabezas de dos guardias de frontera franceses por uno de los laterales.

Saltaron dentro de la caja y buscaron dónde acomodarse con la mayor naturalidad del mundo. Después de un corto recorrido, hay un nuevo alto. Me tranquilizo al oír la voz del ayudante del chofer que nos grita: “*¡voy a cambiarle el agua al canario!*”. Nadie se dio por enterado y al momento volvió a ponerse en marcha la camioneta.

Tengo la sensación de estar sentado encima de un cojín de alfileres. Por el rabillo del ojo trato inútilmente de sorprender algún movimiento sospechoso en los dos guardafronteras. No, no estoy tranquilo ni lo estuve hasta que mandaron parar, se apearon y se perdieron tragados por las sombras de la noche.

¡Cuernos!, bien se los podía haber tragado la tierra, pensé para mi capote.

Desde que los inoportunos pasajeros nos dejaran solos, no habríamos recorrido una docena de kilómetros cuando volvió a detenerse la camioneta. Desde la cabina, el chofer nos ordenó bajar.

¡Cuál no sería mi sorpresa al ver apearse a un desconocido del lugar que tenía que ocupar el ayudante del chofer! Nos fue presentado por éste como el guía que nos conduciría durante el paso de la frontera hasta un lugar determinado. ¡Vaya con el cambio de agua al canario!, pensé.

El guía se nos tenía que sumar en una parte de nuestro recorrido pero, como en la camioneta se encontraban los dos pájaros de marras, al ayudante sólo se le pudo suplantar en aquel momento, sin que ninguno nos diéramos cuenta. De los guardas de frontera, ni preguntamos ni nadie dijo una palabra. Formular tal pregunta tampoco hubiera conducido a parte alguna ya que el secreto de los pasos se guardaba celosamente.

Siguiendo al guía en fila india, nos metimos por entre la maraña del monte. Al poco, se detuvo y empezó a escarbar la tierra con una rama hasta dejar al descubierto unos paquetes con comida que nos fueron entregados y que metimos en nuestras mochilas. Más adelante repitió la operación y nos entregó siete metralletas inglesas con una dotación de 500 balas. La octava se la colgó él al hombro.

El corazón me saltaba en el pecho loco de alegría, la sangre corría acelerada por las venas y me latían las sienas... ¡por fin se acercaba el momento tan esperado desde hacía cerca de cinco años! El paso de la frontera..., mi regreso a la España de donde había salido siguiendo las pisadas del Ejército Republicano en retirada.

Las restantes horas de la noche las pasamos caminando en absoluto silencio. Al amanecer, hicimos alto en un lugar bien camuflado. El guía nos hizo sacar de las mochilas los paquetes

que nos había entregado y comenzó el reparto de lo que a cada uno correspondía: frutos secos, queso en tubos, galletas saladas y no recuerdo que más cosas para la boca. Luego llegó el turno al armamento: cada uno entró en posesión de la metralleta que ya llevaba colgada al cuello y de las 500 balas de dotación que he indicado antes; una pistola (a mí me tocó en suerte una Astra del 9 largo), dos bombas de mano, tres o cuatro pastillas de tolita y algunos fulminantes de retardo de fabricación inglesa (“lapiceros”, solíamos llamarlos por su parecido con éstos). Finalmente, metimos en las mochilas unos paquetes de propaganda que pesaban como un burro muerto. Terminado el reparto, se designó a uno de guardia y los demás nos tumbamos en el suelo para descansar.

El día pasó sin novedad. Al caer el sol, nos echamos las mochilas a la espalda y, metralleta en mano, dimos comienzo a la primera noche de marcha. A nadie nos pasó por la mente que a ésta tendríamos que sumarle centenares de noches más. No recuerdo que se hiciera ningún comentario que merezca la pena señalar. Parábamos a descansar a intervalos bastante regulares y teniendo gran cuidado de cubrir el resplandor de la brasa con el hueso de la mano, encendíamos un cigarrillo cuando el guía nos lo permitía. Así, hora tras hora anduvimos hasta que llegó la del amanecer y, tras buscar un lugar apropiado y montar la correspondiente guardia, los que quedamos libres de esta obligación descabezamos un sueño. Sobre las tres de la tarde todos estábamos despiertos y, para matar el tiempo de espera que nos quedaba, nos dedicamos a repartir el suministro por jornada de marcha. Esta sencilla operación nos demostró que teníamos de cinco a seis noches por delante antes de que pudiéramos reabastecernos y que la comida, además de ser bastante escasa, resultaba poco adecuada para las marchas. Los encargados de esta tarea o desconocían lo que es andar de noche por trochas de montaña o la dirección del partido no había puesto a su disposición los medios necesarios. Dos o tres kilos de pan, alguna lata de leche condensada y un poco de alcohol, nos hubieran venido de perilla en lugar de las galletas secas y saladas que nos prepararon.

Llevamos bastantes horas caminando y hemos sido advertidos por el guía de tener mucho cuidado: que nadie pierda de vista al que va caminando delante; que no rueden piedras ni se pisen ramas. ¡Madre mía!, ¿cómo evitarlo? Los descansos se hacen más espaciados y se prohíbe fumar porque estamos encima de la frontera. Sin rechistar nos plegamos a su santa voluntad.

Los guías eran responsables absolutos de las marchas y de todo lo que en ellas pudiera suceder. Mientras seguían con los grupos de paso no había más autoridad que la suya, y desoír sus advertencias e instrucciones era incurrir en gravísima falta. Sin consultar con nadie, tenían atribuciones de la dirección del partido para decidir si debían seguir adelante con el grupo o dar media vuelta y regresar al punto de partida. Por lo general los hombres

responsables de la realización de esta tarea solían ser de origen campesino, prácticos del terreno por ser hijos de los pueblos fronterizos, parcós en palabras y razonables en el planteamiento de sus exigencias.

En uno de los descansos nos comunicó que nos encontrábamos a pocos pasos de la frontera. Abrí más los ojos, si cabe, y agucé el oído. Quería ver..., sentir en la oscuridad de la noche la presencia de la Guardia Civil vigilando la raya fronteriza. Ni luz, ni ruido de que por las cercanías se hallara alma viviente pude captar por más que me esforcé en ello. Centrando todo nuestro empeño en evitar las piedras y las ramas que se nos cruzan entre las piernas, con la metralleta montada y sujetando el émbolo con la mano para que no se escape ningún tiro, empezamos a escalar la ladera que teníamos delante rodeados de un silencio que se hace doloroso por la tensión de los nervios. Un pajarraco, al que nuestra proximidad ha despertado, levanta el vuelo y nos deja clavados en el sitio con todos los sentidos en alerta; un conejo huye despavorido por entre la maleza baja haciendo rodar una piedra que resuena en los oídos como la explosión de un volcán. Duelen los ojos..., y los tendones de los dedos se resienten de tanto apretar el hierro frío de las metralletas. A cada paso nos detenemos intentando percibir algún ruido ajeno a los de la noche. Convencidos de que por aquellos parajes no había alma en pena, ganamos la cumbre de la montaña que se extendía delante de nosotros formando una pequeña meseta. A los pocos pasos que dimos por ella, el guía, volviendo la cabeza, nos dijo apagando su voz en la garganta: *“¡camaradas!, estamos en España”*.

“Miré los muros de la patria mía” sumergida en la larga noche franquista, preñada de rancios odios y venganzas que se iban transmitiendo de generación en generación. Noche negra que se prolonga en el más allá de los años que precedieron al régimen franquista y que engendró el señoritismo degenerado y prostituido, amalgama del despotismo terrateniente y latifundista y de una burguesía timorata incapaz de romper en su día las trabas de las reminiscencias feudales que frenaban su desarrollo.

Girando sobre los talones dirigí la vista por última vez -según suponía entonces- a la tierra francesa donde había pasado cinco años interminables entre campos de concentración, compañías de trabajo y guerrillas. Paso a paso, me alejaba de ella sin el menor remordimiento de conciencia.

El guía quería comunicarnos alguna cosa y me aproximé a él. *“Creo -comenzó diciendo, y siempre con su voz apagada- que antes de seguir adelante lo mejor será que cada uno diga si se siente con fuerzas para proseguir. Todavía estamos a tiempo de deshacer lo andado; más adelante esto será imposible”*.

Un pozal de agua helada que me hubieran dejado caer encima de improviso no me hubiera hecho mayor efecto. Mira que si se le ocurre a alguien decir que no puede más... ¡sería como para darle un coscorrón contra una piedra! -pensé para mi capote-.

En Cinclar ya nos vimos precisados a separar a tres compañeros de los grupos de paso. Se mostraban indecisos y en varias ocasiones se dejaron decir que tenían reparos (léase: miedo) del porvenir. La lucha guerrillera en España se les antojaba un salto en el vacío.

Mis temores se desvanecieron con la misma rapidez con que me habían asaltado... “¡Adelante!” -respondimos todos-.

Como sombras, nos fuimos adentrando en la tierra española. Ya el monte por donde pasaba la raya fronteriza no era más que una mancha oscura a nuestra espalda y, sin tardar mucho, lo perderíamos de vista. De esta noche me quedaría en la memoria el recuerdo de ocho hombres caminando doblados bajo el peso de las mochilas donde se aprietan unos con otros los paquetes de propaganda. Había que darse prisa, acortar la distancia que nos separaba del día de la victoria sobre el franquismo.

Sin duda, éstos debieron ser los deseos que experimenté en aquellas primeras noches de marcha. Los guerrilleros habíamos liberado una buena parte del territorio francés de los invasores nazis y no dudaba que al franquismo le esperaba en breve plazo la misma suerte que a sus amos. El pueblo español se uniría en masa a nuestra lucha y de su seno surgirían nuevos *Empecinados* y *Minas* que, como en los años gloriosos de la guerra de la Independencia, conducirían a las guerrillas por la senda victoriosa que aquellas otras trazaran. Un nuevo Dos de Mayo sería la señal para el alzamiento de todas las capas patrióticas y a los nombres de Daoiz y Velarde se sumarían los de los nuevos héroes contemporáneos.

Presiento que me he alargado más de lo que el buen sentido aconseja en persona de tan magros conocimientos culturales como los míos, lo que fueron estas primeras noches de marcha. Mil vueltas he dado en mi cabeza buscando cómo transmitir a estas cuartillas el estado moral que nos embriagaba. Porque lo fundamental es meterse en nuestro pellejo, impregnarse, por así decir, de la melopea triunfal que nos brotaba por cada poro de la piel, sin lo cual no creo sea posible comprender el rumbo seguido por los acontecimientos y menos el absurdo de nuestro empeño de arrastrar al pueblo español a las posiciones de una insurrección armada para la que no estaba preparado ni deseaba. Si lo he conseguido me sentiría dichoso y podría decir que lo principal ya está hecho.

Muy duras son las marchas..., no tanto por las distancias que nos vemos obligados a cubrir, como por la clase de caminos y sendas, y en no pocas ocasiones sin unos ni otras, en que nos enzarzamos para evitar un paso o una casa que el guía tiene clasificada como peligrosa. Grande es el cansancio, pero sacando fuerzas de flaqueza logramos seguir tras los pasos de nuestro puntero. El que más flaqueaba, aunque el que más y el que menos llevásemos las tripas en la boca, era el amigo cargado con la maleta “misteriosa”. Una noche se vino al suelo con toda su carga y nos llevamos un verdadero susto al ver que no daba señales de ponerse en pie. El hombre estaba agotado y no hubo más remedio que aligerarle de peso y

pedirle al guía que, si era posible, hiciese los descansos a intervalos un poco más cortos. ¡Mala burra hemos comprado! Si a las tres o cuatro noches de marcha ya no puedes con tu alma..., ¿qué sucederá en lo que nos queda por delante?

A trancas y barrancas continuamos nuestro camino. Menudearon los descansos y también los cigarrillos. No era necesario haber pasado por ningún cursillo guerrillero para comprender que la marcha no llevaba el ritmo que el guía se había fijado. Se le notaba nervioso y no hacía más que arrearnos como a bueyes cansinos. Justicia sea hecha, no nos llamó la atención en toda la noche. No sucedió lo mismo a la siguiente. Antes de cargar con nuestros bártulos nos leyó la cartilla. De todo ello se desprendía que teníamos que hacer un esfuerzo para llegar a los puntos que él se tenía fijados de antemano, ya que no era posible acampar en todos los lugares y estar seguros de no ser vistos.

Como ya se ha señalado, esta advertencia llegaba en un momento crítico para el de la maleta “misteriosa”. Se sintió picado en lo vivo y se entabló con él una corta discusión. Bajo ningún razonamiento consintió que le llevásemos parte de la carga, como era nuestra intención. *“El partido -alegó- me ha responsabilizado de ella y no la abandonaré por nada del mundo”*.

Teníamos muy arraigado en el cuerpo el sentido de responsabilidad. Acostumbrados como estábamos a que otros pensasen por nosotros, cuando nos daban una orden o nos encomendaban una tarea (que viene a ser lo mismo), se cumplían al pie de la letra, lo que en ocasiones colocaba en grave riesgo la realización del objetivo central.

El resultado de esta cabezonería (y creo que no era maño), lo veríamos en los últimos pasos que dimos esta noche: al final de la marcha, nuestro guía nos indicó un picacho al que teníamos que gatear para pasar el día, que ya estaba clareando. Nos hallábamos a pocos pasos de la cumbre y algunos ya habíamos puesto nuestra planta en ella, cuando a este amigo, que hacía unas horas venía arrastrando los pies, se le cortó la respiración y si *Antonio* no se hubiera encontrado a su lado para tenderle una mano, hubiera caído dando trompicones monte abajo.

El grupo de los *Maños*

Antes de seguir más adelante, y para una orientación mejor con los nombres que irán surgiendo a través de estas cuartillas, me parece conveniente dejar bien definido aquí el grupo de los “*Maños*” y, adelantándome a los acontecimientos, la suerte corrida por cada

uno de sus componentes.

Ibáñez o *Maño*, (Doroteo Ibáñez Alconchel), natural de Azuara (Zaragoza), de origen campesino. Responsable del grupo. En 1947, designado para realizar el enlace a pie de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA) con la dirección del Partido Comunista de España en Francia (PCE). Después de la evacuación de las guerrillas, el partido lo siguió utilizando en los servicios al interior del país. Cumpliendo estos servicios, fue detenido por la policía franquista y fusilado (esto lo cito de oídas). El fusilamiento de *Ibáñez* pudo tener lugar a finales de 1956.

Perico (León Quílez Quílez), natural de Camarena de la sierra (Teruel), de origen campesino. Guía de la AGLA y enlace con Valencia en la época de *Andrés* (Vicente Galarza). En esta ciudad, estando en casa de un punto de apoyo con el *Francesito*, fueron localizados por la Guardia Civil. En el tiroteo que se entabló cayó el *Francesito*, y *Perico*, al verse acorralado entre las cuatro paredes de la casa, se descerrajó un tiro en la sien. Posiblemente fuera por el tiempo en que fue detenido *Andrés*, en marzo o abril de 1947. Todo lo tengo de oídas, de lo que se rumoreaba y de lo que me decía *Grande* (Florián García Velasco).

Bernardino (Luciano Mamilo Muñoz), natural de Agüero (Huesca), como los anteriores, también campesino. Junto con *Ibáñez* (Doroteo Ibáñez Alconchel), realiza el servicio de enlace de la AGLA con la dirección del PCE en Francia. No puedo fijar año de su muerte. El caso es que, cuando regresaba con una suma de dinero para las guerrillas y al intentar vadear el río Gállego, es arrastrado por las aguas y muere ahogado. Su cuerpo, dicen, fue descubierto por unos campesinos entre las cañas y plantas acuáticas del río.

Julio (Antonio Ardanuy), natural de Barbastro (Huesca), también de origen campesino. Muerto en el curso de una operación guerrillera en Las Monjas (Valencia).

Y el que esto escribe, *Chaval* (José Manuel Montorio Gonzalvo), natural de Borja (Zaragoza), de origen obrero. Responsable de grupo al constituirse el 5 sector, después de ingresar en el PCE, miembro del Comité Regional de Levante y Aragón en el monte, según me comunicara *Teo*. En 1952 la dirección del PCE para las guerrillas me encomienda llevar a cabo la evacuación a Francia de las guerrillas levantino-aragonesas (también es *Teo* quien me comunica esta decisión).

Es hora ya de que diga dos palabras sobre el amigo *Antonio* (Ángel Fuertes Vidosa), maestro nacional natural de Agüero (Huesca). Primer jefe de la Agrupación Guerrillera de Levante que, meses después de su fundación pasó a denominarse AGLA. Muerto en combate por la Guardia Civil en una masía del término de Portel (Castellón). *Antonio* resultó ser el responsable de un grupo guerrillero que merodeaba por la sierra de Santo Domingo (Huesca) y que había regresado a Francia para asegurar la penetración de nuestro reducido grupo. Se descubrió también que ya conocía a *Bernardino*, lo que ambos disimularon a la

perfección durante toda la marcha. Como maestro nacional que había sido, fue el promotor de unas clases que se organizaron en el monte para que cada guerrillero aprendiese las primeras letras y se defendiese con la escritura. Desde los primeros días me sentí atraído por su persona: era paciente y amable con todos y siempre tenía una palabra de aliento que decir. No era fumador, pero siempre llevaba por los bolsillos algún cigarrillo para ofrecerlo a cualquier guerrillero. A pesar de que la vida en el monte degenera casi siempre en una falta de aseo personal, él siempre se mostró cuidadoso y preocupado porque no se abandonara la limpieza.

Del amigo de la maleta “misteriosa”, poco o nada puedo decir. Era el radista que el PCE enviaba para la organización comunista de Zaragoza y la maleta encerraba una emisora. En una de las muchas redadas que practicaba la policía, tengo entendido que cayó. Si logró escapar con vida o fue fusilado, es cosa que ignoro.

Tanto los componentes del grupo de los “*Maños*”, como *Antonio* y el amigo de la maleta “misteriosa”, todos hemos pertenecido a las Fuerzas Francesas del Interior (FFI).

El campamento de la sierra de Santo Domingo

Sin más tropiezos que los que cada uno damos por la noche, alcanzamos nuestra meta. Cruzamos la sierra de la Peña entre Jaca y Sabiñánigo y se apareció ante nosotros el puerto de Santa Bárbara. Acampamos en buen lugar para descansar y, al amanecer del día siguiente, entramos en el campamento guerrillero situado en la sierra de Santo Domingo. Aquí, según los planes establecidos, tenía el grupo que descansar y recuperar fuerzas para continuar en las semanas venideras (que resultaron meses) nuestro viaje a tierras turolenses.

Cuatro hombres eran los efectivos del grupo apostado en aquel campamento, más *Antonio*. De este grupo guerrillero solamente recuerdo el nombre del *Tuerto de Fuencalderas*. De los otros tres no recuerdo sus nombres; posiblemente fueran de Biel o San Felices. Uno de ellos era bastante joven, de mi edad (en 1945 yo tenía 24 años) o incluso menos.

Ni que decir tiene que los abrazos y las palmadas en la espalda se prolongaron un buen rato. Pasada esta primera efusión de alegría, nos sentamos formando corro y los recién llegados nos vimos acosados por un aluvión de preguntas sobre la situación política de Francia y sobre la labor del PCE en todos sus aspectos. Al quedar enterados de que yo pertenecía a la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), casi estoy por decir que las muestras de amistad

se hicieron más expresivas. Era una rareza ver en un grupo guerrillero llegado de Francia a uno que no perteneciera al PCE. Este hecho se apuntaba con letras de oro en la política de unidad del PCE.

No intentaré aquí inventarme respuestas a las preguntas que nos fueron formuladas. Creo no incurrir en error ni falsear nada, si aseguro que estarían a tenor de la euforia que nos poseía ya, que como digo y repito muchas veces, nadie pensaba que el franquismo pudiera sostenerse mucho tiempo. “*Tres mesecillos*” de vida le daba Juan Modesto Guilloto. Es una expresión como otra cualquiera; sólo que ésta caía en terreno bien abonado para que se afianzara la idea general de que Franco tenía los días contados.

Debimos de dar muestras de cansancio. Los cuatro guerrilleros dejaron de hacernos preguntas y nos señalaron una chabola en la que nos metimos para descansar. El espacio era más que reducido, los pies de los unos daban en las narices de los otros y el tufo que despedían nuestros calcetines sudados lo respiramos a pleno pulmón, pero la fatiga de las noches de marcha era tal que no impidió que, a los pocos segundos de hallar cada cual su postura favorita, quedásemos dormidos como troncos.

Nos despertaron para comer y con gran sorpresa, porque había descartado esa posibilidad, me llegó el olor agradable de la comida caliente. Es decir, habían encendido fuego, cosa que me figuraba que no se haría para no delatar la presencia del campamento. La tarde la pasamos charlando amigablemente en voz baja y, cuando se hizo de noche, después de nombrar el relevo de las guardias, nos acomodamos como Dios nos dio a entender y nos entregamos al apacible sueño.

Durante las semanas que permanecemos en este campamento tuve oportunidad de contemplar el terreno que nos rodeaba: estaba situado en una ladera muy escarpada y se había allanado un poco de terreno para poderse asentar. La vegetación se componía de pinos, sabinas, enebros y bojés bastante altos; el monte bajo era tupido y abundante en aliagas que eran un verdadero martirio para las piernas: sus afiladas agujas atravesaban la tela de los pantalones y nos las ponían chorreando sangre. Alejado de caminos y sendas, y con una vista al sur que permitía vigilar gran extensión de terreno, a la espalda se alzaba la sierra, lo que nos daba una relativa seguridad de no ser sorprendidos durante el día por esta parte. Por la noche era imposible dar un paso sin remover las piedras y quebrar las ramas que se entrelazaban formando un espeso tejido. A nuestros pies se prolongaban las barranqueras de Santo Domingo, peñascales y lomas con escasa vegetación. Donde los peñascales dejaban

(17) El año 1954, en París, me presentaron a un camarada y reconocí en él al que había sido guía del grupo de los “*Maños*”. Estaba muy excitado y comprendí que era el miedo el que lo ponía en este estado. Tenía que desplazarse a Bélgica por tren y tenía horror de ello.

paso a una estrecha faja de tierra, los dueños de estos “campos” habían tenido que levantar muros secos para que no fuera arrastrada por las aguas de lluvia. Unas culebrinas de humo denuncian el enclave de los pueblos: San Felices, en la provincia de Huesca, lo tenemos a nuestros pies un poco a la izquierda; más retirado está Agüero y a lo lejos, como saliendo de las entrañas de la tierra, más que verse, se adivina Huesca por el resplandor del alumbrado que se proyecta en el cielo en las noches oscuras. Biel y Fuencalderas, en la provincia de Zaragoza, los tenemos a nuestra derecha y algo más lejos se encuentra Luesia.

Nuestro guía⁽¹⁷⁾ que, por cierto, durante los tres o cuatro días que permaneció en el campamento hasta que se reunió la comida necesaria para su regreso, se mostraba nervioso, hace un par de días que ha tomado el camino de Francia. *Antonio, Ibáñez y Bernardino* llevan un buen rato discutiendo alguna cosa. Anochece cuando se echaron las mochilas a la espalda y salieron del campamento comunicando que regresarían aquella misma noche, como así lo hicieron. En ausencia de *Antonio*, un guerrillero de los cuatro de este campamento quedó como responsable por si sucedía alguna cosa.

Ya en la escuela guerrillera de Cinclar se nos había advertido infinidad de veces que al establecer contactos con la población teníamos que ser muy precavidos, sobre todo si se trataba de nuestros familiares, ya que podían estar vigilados por la policía. Tanto se insistió sobre el particular, que casi se daban por descontados estos contactos. Pero, el tiempo, más aleccionador que todas las recomendaciones del mundo juntas, demostró que las personas más predispuestas a prestarnos su apoyo eran precisamente aquellas que con mayor insistencia se nos habían señalado como las más peligrosas. Solamente apoyándonos en los familiares y amigos de los guerrilleros es como únicamente conseguimos organizar una red insignificante de puntos de apoyo y enlaces que fueron el sostén y la columna vertebral indiscutible de la AGLA. Mil veces más expuestas que nosotros mismos a recibir los zarpazos del régimen franquista, y comprendiendo los primeros que la lucha había desembocado en un callejón del que no se podía salir si no era camino del cementerio, nos siguieron abriendo las puertas de sus humildes moradas cuando llegábamos agotados de andar y muertos de hambre, empapados de agua y descalzos. Luchadores desconocidos e ignorados de este combate entre montes y barrancos, de esta lucha silenciosa y silenciada, olvidada en no pocos casos por los hombres que desde el exilio fueron en su día los que la dirigieron y propagaron. Muchos de ellos pagaron con su vida o con años de prisión en las cárceles franquistas su lealtad al PCE, a la República y a los guerrilleros.

Por palabras sueltas que llegaban a mis oídos tuve el convencimiento de que el primer servicio realizado por *Bernardino* fue para entrevistarse con sus padres y hacer de ellos punto de apoyo para la guerrilla de Santo Domingo. Y es natural que así ocurriese... ¿En quién podíamos confiar si no era en las personas conocidas? ¿A quién conoce uno mejor que

a sus padres y hermanos? En ellos nos apoyamos y no recuerdo caso que nos diera motivo para arrepentirnos.

Aquí, en Santo Domingo, apareció el problema crucial de la comida, al que nos tendríamos que enfrentar diariamente en los años venideros. Nos despierta el hambre en lo mejor de nuestro sueño y ya no hay modo de volver a pegar ojo. Queda demostrado que los puntos de apoyo con que contamos no pueden suministrar a un grupo guerrillero de diez o doce personas. Aumenta la importancia de este hecho el saber que cuatro guerrilleros son hijos del terreno: *Antonio* y *Bernardino*, de Agüero, el *Tuerto de Fuencalderas*, de Fuencalderas; de Biel o Luesia algún otro más. Los familiares y amigos de entera confianza son puntos de apoyo. Estos lazos familiares entre guerrilleros y puntos de apoyo y entre guerrilleros y amigos de confianza, lógicamente tenían que facilitar, en el sentido de un mayor interés, la peligrosa tarea de abastecernos.

Si nos hubiésemos parado a pensar, (cosa que nunca hicimos), en todos los inconvenientes y peligros que presagiaba para el porvenir la escasa y casi nula participación del pueblo en la lucha armada, a buen seguro que nuestra moral combativa se hubiera visto comprometida y resquebrajada en no pocos puntos tácticos de nuestro objetivo fundamental. Pero nosotros, con nuestro optimismo imperecedero, lo achacamos a las dificultades con que tropiezan todos los comienzos, sin comprender que si cuatro familias de guerrilleros a las que se les entregaba el dinero necesario para hacer las compras, no podían abastecernos de harina, arroz y aceite, que era nuestro alimento básico, es que en nuestras cuentas había más fallas que aciertos. Esta situación de hambre inmortal nos colocó en un par de ocasiones ante la necesidad de salir en busca de un rebaño de ovejas y robar media docena de cabezas.

En alguna parte se ha escrito -y no seré yo quien lo ponga en tela de juicio- que “donde no hay harina todo es mohína”. Al cinto le hemos tenido que abrir un par de agujeros más para que no nos ocurra lo que al galgo Lucas, que perdió el collar por el culo; la cara afilada y los ojos como dijera Quevedo, “*mirando por cuévanos*”, y la conversación girando todas las horas del día en torno a la comida, son otros tantos signos que no pueden pasarse por alto. Se comenzó a pensar en la necesidad de que el grupo de los “*Maños*” estableciese su campamento propio. Claro que los más interesados eran los guerrilleros de Santo Domingo que, con nuestra llegada, conocieron también las punzadas en el estómago a las que estaban poco acostumbrados.

La sierra Carbonera⁽¹⁸⁾, situada entre El Frago y Ayerbe, fue objeto de nuestra especial

(18) Este topónimo no lo he encontrado por ninguna parte; tal vez sea un nombre dado por los campesinos a aquellos montes.

atención. Por ella se descolgaron un par de veces en viaje de exploración *Ibáñez, Perico y Bernardino*. Mientras se buscaba emplazamiento para nuestro grupo, *Antonio* preparaba la salida del monte del amigo con la maleta “misteriosa”. De él no volví a tener más noticias. Se rumoreó si cayó o no cayó en una de las redadas que la policía realizaba frecuentemente en Zaragoza y que dieron al traste en varias ocasiones con la organización del PCE. No tengo conocimiento de si lo fusilaron o escapó con vida. De su maleta, ignoraba entonces su contenido pero sería alguna emisora, ya que, posteriormente, pasaron por mis manos otras parecidas y pude ver lo que contenían.

Por estos años, y muchos después, el blanco por excelencia del régimen franquista eran las organizaciones del PCE a las que dismantelaba por completo. Los comunistas que podían escapar de las redadas tenían que empezar de nuevo una y otra vez a colocar piedra sobre piedra hasta que podían reconstituirse.

Antes de que el grupo de los “*Maños*” abandonara la sierra de Santo Domingo, se realizó una operación de suministro. El blanco de nuestras necesidades fue la tienda de ultramarinos propiedad de un falangista de por aquellos contornos. La operación corrió a cargo de *Antonio, Ibáñez, Perico y Bernardino*, más dos guerrilleros del campamento; otro quedó nombrado responsable de los cuatro que quedábamos hasta que regresaran los seis que salían a operar. A las cuatro o cinco noches, regresaron chorreando agua (la noche se había cerrado en lluvia), muertos de frío y con las caras no muy satisfechas de la hazaña consumada. Junto con un poco de comida, trajeron algunas pesetas, demasiado pocas para lo que empezaban a ser nuestras necesidades. Se hizo una reunión para estudiar los fallos y aciertos de la operación. No puedo recordar los fallos que se le encontraron. Lo que sí quedó claro es que la información recibida no correspondía a la situación económica del dueño de la tienda de ultramarinos, que resultó ser un tenducho que no vendía nada o casi nada.

Después de dos noches de marcha, nos encontramos en la sierra Carbonera. A nuestro reducido equipo le hemos agregado una media manta y una piel de oveja que extendemos en el suelo para dormir. Recuerdo que debajo de una piedra que retiré para extender mi piel de oveja, me encontré una hoja de afeitar francesa, señal de que por aquellas lomas otros guerrilleros habían merodeado antes que nosotros. Un par de días los pasamos reconociendo el terreno. Nuestro campamento lo establecimos en una abrupta ladera poblada de pinos y abundante maleza baja. Al paio de una roca que sobresalía como la visera de una gorra, buscamos abrigo para librarnos del relente de las noches, que empezaban a ser bastante frías. La ladera terminaba en un barranco angosto por el que discurría un arroyuelo al que se podía acceder para nuestra provisión diaria de agua. Con poco cuidado que se tuviera, los rastros podían camuflarse con bastante facilidad.

Por estas lomas tenemos que merodear hasta que se organice el paso del río Ebro, obstáculo

que se interpone entre nosotros y la sierra de Javalambre, meta final de nuestra marcha. Esta tarea la tenía en sus manos *Antonio*, que se desplazó un par de veces a Zaragoza desde la sierra de Santo Domingo.

Nuestra estancia en el campamento de la sierra de Santo Domingo nos fue de una ayuda inapreciable; nos familiarizamos con las medidas de seguridad a tomar y con las reglas del juego que tenían que presidir al establecer nuevos puntos de apoyo. En este terreno juega un papel importantísimo la sagacidad del guerrillero para comprender, casi en el acto, si te puedes fiar de la persona con quien hablas y te dice la verdad o tiene pensamientos ocultos.

A los pocos días de estar en la sierra Carbonera, ya teníamos contacto con una familia de El Frago y con unos carboneros de por aquellas lomas. Enlazamos también con un campesino de Luna, militante de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Por mi condición de cenetista fui el que más veces se entrevistó con esta persona a la que siempre aconsejé, siguiendo las orientaciones del PCE, que organizara en su pueblo el sindicato clandestino de la CNT y dejaran de pertenecer a los sindicatos verticales y hermandades de labradores que eran instrumentos en manos de la Falange para mejor controlar a la población y de los que no podían esperar una defensa de los intereses y necesidades del campesinado. Hablamos también del restablecimiento de la República y de la necesidad de implantar un gobierno provisional que asegurase la convocatoria de unas elecciones libres y democráticas en las que el pueblo decidiera la clase de régimen que quería para España.

Fue este campesino quien me facilitó los relatos que corrían de boca en boca de cuando los hechos del valle de Arán. Las hazañas de un tal *Sotoca*, paisano y conocido de *Bernardino*, que durante un tiempo fue el terror de los falangistas del contorno. De él se decía, que al alcalde de uno de aquellos pueblos le impuso como castigo sentarse a culo pajarero en una mata de aliaga. Al decir del campesino de Luna, *Sotoca* murió en 1944 al ir a avisar a un grupo de los que penetraron por el valle que se encontraban en una aldea, de que estaban siendo cercados por la Guardia Civil. En el choque que se produjo al salir de la aldea, cayeron *Sotoca* y algún guerrillero más.

Sé a ciencia cierta que a *Sotoca* lo mató la Guardia Civil. Si fue en las condiciones que me contaba el campesino de Luna o en otras, ya no puedo asegurarlo.

A estas entrevistas nunca iba solo, siempre me acompañaba *Julio* o *Bernardino* y teníamos que dar cuenta a nuestro responsable *Ibáñez*. Eso de desplazarse uno solo no entraba en nuestros planes y si se veía aparecer a uno del grupo, se podía estar seguro que los otros cuatro no andábamos muy lejos.

Como en Santo Domingo, aquí también se demuestra que los puntos de apoyo que hemos logrado establecer no pueden comprar la comida que necesitamos. Cada tienda es vigilada

por los alcaldes, somatenistas y falangistas en colaboración estrecha con la Guardia Civil. Son los propios tenderos muchas veces los que llevan el parte a la Guardia Civil de las adquisiciones que consideran sospechosas. Y sospechoso era en estos años comprar tres kilos de arroz, cinco de harina, dos litros de aceite, dos pares de alpargatas... La situación económica de cada familia campesina era conocida al dedillo en todos los pueblos cercanos. Campesinos que en toda su vida habían podido comprar un botón, aparecían un día como compradores y nadie se explicaba este “maná” caído de la noche a la mañana. Así comenzaron para el grupo de los “*Maños*” una serie de hambres que nunca nos pudimos quitar de encima. Por fortuna, pasamos la frontera bien prevenidos. Pero, “una cosa es predicar y otra dar trigo”, y de que a uno le digan que le esperan días de privaciones de todo género a tenerlos que sufrir meses y meses y no ver nunca el momento de librarse de ellos, hay un buen trecho. Hambre, frío y agotamiento formaron un trío inseparable que nos siguió a todas partes como nuestra propia sombra.

En toda nuestra existencia como guerrilleros, la Guardia Civil detuvo, apaleó y mató a decenas de nuestros puntos de apoyo y nunca llegamos a saber quién o quiénes los habían delatado. No era necesario andar muy lejos para encontrar a los culpables: éramos nosotros mismos con nuestras necesidades de comida y calzado; eran esas compras que nadie se explicaba las causantes de las detenciones. (Estas reflexiones me las hago ahora, en el momento que escribo estas cuartillas; en el momento en que ya nada se puede hacer sino recordar y sufrir con el recuerdo).

Una mañana se rompió la monotonía habitual. *Julio*, que estaba de guardia, avisó que llegaban voces desde el barranquillo. Prestamos atención y al poco se oyó una especie de chapoteo en el agua y unas coplas entonadas con bastante gracia por una voz femenina:

*“Mi novio estaba en la esquina
y con la capa me llama,
y yo con el delantal
le digo que no se vaya...”*

Intrigados, y más que intrigados, curiosos, nos aproximamos hasta dar vista al barranquillo. Arrodillada junto a una losa medio sumergida en el agua, una moza de unos 17 o 18 años estaba haciendo la colada.

La lavanderita nos prestó un gran servicio con lavar sus ropas en el arroyo. Todavía no habían hecho su aparición los piojos, pero hacía tiempo que sentíamos la necesidad de mudarnos la camisa si no queríamos vernos plagados de ellos. Bien habíamos pensado en lavar nuestra muda sucia pero como el arroyo tenía escasa corriente, la espuma del jabón se hubiera quedado retenida entre las hierbas del ribazo, lo que no dejaría de llamar la atención al que tal descubrimiento hiciera si no se tenía por costumbre lavar en aquellas aguas. Cogiendo la

ocasión por los pelos, aquella misma noche hicimos nuestra colada y nos pudimos mudar, ¡que buena falta nos hacía!

Tan simple es lavar una camisa que, al que desconozca la vida de una guerrilla, se le han de antojar estas líneas una bobada. Sin embargo, era una de las tantas precauciones que teníamos que tomar para no ser descubiertos.

Había otra solución: subir agua al campamento. Esto suponía tener que hacer varios viajes al riachuelo porque no teníamos un recipiente de ocho o diez litros para subirla.

En otra ocasión, fueron tres parejas de la Guardia Civil las que nos hicieron poner en pie como empujados por un resorte. Por las apariencias se podía asegurar que andaban de recorrido ordinario. Las fuimos siguiendo con la vista hasta que se perdieron por los caminos del bosque.

Lo fundamental para que el guerrillero descanse tranquilo es saber con quiénes comparte su vida. En este sentido no hay charlas ni escuela guerrillera que valga. Sólo el examen detenido en ésta o aquélla ocasión pueden ayudarle a conocer la reacción de sus compañeros. Fue, aparte de asegurarme de la dirección seguida por los civiles, una de mis preocupaciones.

Por primera vez desde que cruzamos la frontera, el grupo de los “*Maños*” tenía a la Guardia Civil a la vista. Nuestra seguridad no corría peligro alguno y, sin embargo, percibí que no todos podían permanecer tranquilos... Todas las precauciones que se tomen son pocas para pasar desapercibidos, burlando la vigilancia del enemigo que se tiene delante y que cuenta con todos los medios que el Estado pone a su disposición para organizar rápidamente la persecución de la guerrilla: una burbuja de jabón, una colilla, una hoja de afeitar o su envoltorio, una hebra de hilo, los restos de una cerilla, un recorte de periódico..., pueden ser otros tantos rastros que conduzcan al paradero de la guerrilla. Pero estamos rozando la línea que

separa las precauciones del pánico. No hay terreno de nadie ni término medio, de un estado de alerta se pasa a otro de pánico sin hallar poste indicador. Cruzar esta línea puede tener consecuencias fatales para el grupo guerrillero, ya que ello crea un ambiente de inseguridad y de nerviosismo que puede culminar, en determinados momentos, en el chaqueto vergonzoso, en la desertión de los más pusilánimes o en la simple traición.

Bernardino estuvo cerca de cruzar la raya. Sin llegar al estado de pánico, se mostró más nervioso de lo que la proximidad de tres parejas de la Guardia Civil requería. Apartado del grupo (el guerrillero debe huir de formar grupo compacto con sus compañeros donde las balas encuentran siempre un blanco fácil y donde las conversaciones se generalizan distrayéndolo de la atención a que debe tener sometidos sus cinco sentidos en todo momento), estaba yo observando a *Bernardino* por tener la intuición de que era un tanto exagerado en la toma de precauciones; en varias ocasiones se había puesto muy nervioso

CAMINO DE JAVALAMBRE

En el río Ebro

El año 1945 está tocando a su fin. Entre unos matorrales de zarzamora, de ramas gruesas como el dedo pulgar, con unos espinos parecidos a uñas de gato montés que nos hieren manos y cara, con la ropa chorreando agua, semidescalzos y rendidos por la larga caminata, dando diente con diente, el grupo de los “*Maños*” nos encontramos a unos 300 metros de las márgenes del río Ebro. Mientras acondicionamos un reducido espacio para pasar el día entre las zarzas, nuestro responsable y *Perico* han salido a colocar una contraseña (estafeta) con el enlace que nos tiene que pasar al otro lado del Ebro. A su regreso cerramos el pasadizo abierto en el matorral y nos sentamos espalda contra espalda para darnos un poco de calor. *Ibáñez* reparte los últimos terrones de azúcar que nos quedan y sin más comida ni bebida (esta última ni falta que nos hacía), esperamos pacientes la llegada de la noche con la promesa de sacar de penas nuestras maltratadas tripas, según nos asegura *Ibáñez*.

El murmullo (a mí se me antoja fragor) de la corriente cercana que se desliza buscando los grandes espacios del mar, llega hasta nosotros. Continuos escalofríos me recorren el cuerpo. Debe de ser la humedad de la ropa, pienso; como si ello pudiera ahuyentar de mi cabeza las ideas negras que la cruzan de saber que a un tiro de honda corren las aguas del Ebro.

Desde nuestro escondite, a unos diez kilómetros aguas abajo, podemos contemplar el resplandor del alumbrado de Zaragoza que palidece entre los albores del nuevo día. El lugar, un coto de caza de algún ricachón, no parece ser desconocido de *Ibáñez*; es más que seguro que ésta había sido la meta de su viaje con *Antonio*.

Aunque sentimos los cuerpos como si hubieran recibido una soberana paliza, un gran peso se nos ha ido de encima: sin contratiempo alguno, sin ser vistos de día ni de noche, amanece el 23 de diciembre⁽¹⁹⁾ y, como se tenía previsto, estamos en el lugar de la cita. Lo fundamental ahora es que nadie se nos eche encima y llegue pronto la noche.

Si nos fue posible realizar este desplazamiento en cinco o seis noches (no las puedo fijar con seguridad), y teniendo presente que desconocíamos el terreno, se lo debimos a *Perico*, que nos condujo por montes y barrancos sin perder la orientación ni una sola vez. Desde ese momento y del modo más positivo, quedó demostrado que en el grupo de los “*Maños*” tenía en él un guía inapreciable, tenaz y precavido, que posteriormente realizaría decenas de servicios para la AGLA. De encontrarme solo en estos primeros meses de mi aprendizaje guerrillero (la práctica de Francia para nada me servía en España) por los barrancos en que *Perico* nos metía y sacaba como si tal cosa, jamás lograría salir de ellos sin la luz del día, y aún con ésta, me las vería y deseería. Muchas noches de marcha tendrían que sumarse antes de que me acostumbrara a retener en la memoria las sendas, caminos y los accidentes del terreno que de tanta utilidad son para el guerrillero.

En la sierra Carbonera, antes de ponernos en camino, amasamos un poco de harina que nos quedaba e hicimos unas tortas fritas con sebo de oveja que, unidas a un par de kilos de pan, tres o cuatro latas de sardinas y cosa de un kilo de azúcar que conservamos de la tienda del falangista en Santo Domingo, suponían todo el suministro a nuestra disposición para pasar los días con sus correspondientes noches de marcha hasta llegar al río Ebro. Los puntos de apoyo del grupo, que no pasarían de cinco, aunque hicieron todo lo que estaba en sus posibilidades, no lograron comprar comida suficiente para el desplazamiento.

Entre sierra de Luna y Las Pedrosas, salimos del terreno de montaña: de 1300 metros bajamos a unos 600 y hasta las estribaciones de la sierra de Alcubierre, al otro lado del río Gállego, se puede decir que el monte era bastante escaso. El llano de las Cinco Villas que desde Valpalmas veníamos dejando a mano derecha, era una serie de lomas y montículos semipelados sin otra vegetación que las aliagas y cuatro carrizales; en las anchas cañadas se extendían los rastrojos surcados por hondas quebranzas abiertas por las aguas torrenciales que de tarde en tarde se abaten sobre estas tierras. Un montón de piedras y de adobes calcinados por el sol que se deshacen al tocarlos, restos de alguna casa abandonada por causa de la sequía que azota estos lugares, indican que en tiempos remotos allí habían vivido personas. En verano, esta tierra tenía que ser un verdadero infierno donde los segadores se

(19) Ésta es una de las pocas fechas que conservo en la memoria. Dos causas contribuyen a ello: ser vísperas de Navidad y el día de mi cumpleaños. 24 años cumplía ese día.

dejaran el sudor y la salud en cada gavilla de trigo, donde las notas de la jota cobraran toda la rudeza de mi tierra aragonesa:

*Ya vienen los segadores
de segar de los secanos,
de beber agua de balsa
toda llena de gusanos.*

La provisión de agua para el día la hacemos en las balsas de agua de lluvia “toda llena de gusanos” que encontramos a nuestro paso y que sirven de abrevadero de mulos y ovejas. Los recipientes de que nos servimos y que luego fueron adoptados por todos los guerrilleros de la AGLA, junto con las pieles de oveja para dormir, son pura y simplemente las folclóricas botas de vino españolas. Las preferimos a las cantimploras francesas con que pasamos la frontera por lo prácticas que nos resultan: si reciben un linternazo con una rama no resuenan, el cuero apaga el golpe; otra de las ventajas consistía en que vacías ocupaban poco lugar, reduciendo así el volumen de nuestro equipo.

No discuto que el vino en bota, para el que tenga el paladar acostumbrado, sea muy agradable; lo que no resulta tan agradable es el agua. No hay paladar que pueda acostumbrarse a ello. El agua tomaba el gusto de la pez, adquiriendo una especie de amargor asqueroso que se hacía más insoportable si cometíamos el descuido de dejar las botas expuestas a los rayos solares. En los meses de verano se reblandecía la pez y se les desprendía el pelo, todo ello, mezclado con el chorrillo de agua pestilente que se taponaba diez veces antes de que se remojará el paladar, pasaba a nuestras tripas aumentando el martirio a que de continuo estaban sometidas.

Antes de llegar al río Gállego, entre los montes de Zuera y El Castellar, nos encontramos con las narices encima de un mapa militar. Aquella rayita azul insignificante tiene a mis paisanos preocupados desde que emprendimos la marcha. Con la pregunta que se les salía por los ojos, se me quedaron mirando: ¿podremos cruzar el río?

Sabía, y para ellos no era ningún secreto, que el Gállego es un río con bastante desnivel y aunque de aguas poco profundas, su corriente es bastante fuerte, pero confiaba que nos sería fácil encontrar un vado. Y esto fue todo: si les bastaba para su tranquilidad, bien, y si no...

Para descargo de mis paisanos en todo lo que a ríos se refiera, tengo que aclarar que ninguno sabía nadar y todo era meter los pies en el agua y parecerles que les iba a llegar a las narices. Sobre media noche sería cuando dimos vista a las dichosas aguas. Nos dejamos caer por un terraplén y sin pérdida de tiempo me puse a buscar un vado. Quiso la suerte que lo hiciera por un lugar que permitía su paso sin grandes dificultades. Nos despojamos la ropa de cintura para abajo y nos metimos en el río. La corriente era bastante rápida y el lecho estaba cubierto de piedras entre las que los pies buscaban impacientes dónde afianzarse. El

agua helada que bajaba de la sierra de la Peña y del valle de Tena parecía cortar los cuerpos por la cintura. Tiritando, alcanzamos la orilla opuesta y, para no quedarnos hechos unos carámbanos, reemprendimos la marcha. Para alivio de nuestras penas el cielo se ha ido cubriendo de un color plomizo y empiezan a caer unos cristallitos de hielo diminutos que se quedan adheridos a las cejas y pestañas; el vaho del aliento se solidifica en torno a las fosas nasales cubriéndolas de una capa de escarcha, los dedos de las manos se agarrotan sobre el hierro frío de las metralletas y los pantalones crujen igual que una hoja de papel de estraza estrujada con la mano. Pero nada de todo esto tiene importancia..., ya entraremos en calor con el cansancio; lo verdaderamente importante es que hemos cruzado el río y el camino hasta el Ebro se nos presenta libre de obstáculos.

No sabría decir el tiempo que llevamos andando. Los tirantes de las mochilas se clavan en los hombros y a cada paso que damos parece como si aumentara su peso. Nos metemos en una paridera que encontramos a nuestro paso para descansar y encender un cigarrillo. Pronto nos vemos obligados a desistir de nuestro propósito: la ropa humedecida se nos queda tesa, pegada al cuerpo. Si tardamos en ponernos en marcha, no podremos dar ni un paso. Cargamos de nuevo con las mochilas a la espalda y nos perdemos en esta noche de perros. Desde este momento, la memoria me deja de ser fiel. Sólo recuerdo una tierra encharcada donde los pies van chapoteando y unos tetones pelados donde pasamos un día y después..., el zarzal del río Ebro.

Estoy deseando que caiga la noche y no sé si por meter algo caliente en el cuerpo o por secarme la ropa y entrar en calor al amor de un buen fuego que, al decir de *Ibáñez*, nos tendrá preparado en un caseto el enlace con el que tenemos que entrar en contacto. Las pocas palabras que cruzamos durante el día adquieren un timbre raro y, por vez primera, reparo en el fenómeno que se opera en las voces cuando el estómago está vacío y el cansancio le anda de pareja. Los cinco tenemos la voz bastante recia y, sin embargo, las palabras adquieren un timbre atiplado. Algo así como si las cuerdas vocales resonasen en el interior de las tripas y no tuvieran fuerzas para exteriorizar los sonidos. Este fenómeno me habría de servir en los años venideros para medir el grado de agotamiento físico de las personas con quienes compartí esta dura existencia. Era infalible: cuando el hambre y el cansancio apretaban, las voces tomaban este extraño sonido que me advertía que más allá no era posible pedir sacrificios sin antes descansar por lo menos una noche.

Con alegría mal contenida, saludé las primeras sombras del atardecer que empezaban a proyectarse sobre la tierra. Comenzamos a poner orden en nuestro equipo y a tapar los rastros que habíamos hecho cuando *Ibáñez*, vio que se acercaba el enlace. Después de las presentaciones nos condujo a un caseto donde nos estaba esperando una buena fogata y una cena soberbia: un cabrito frito, abundante pan y una bota de vino de Cariñena

estupendo, según diagnóstico de los entendidos en la materia.

Muerto quien nos mataba, se soltaron las lenguas. La conversación se generalizó y cada uno metíamos baza para hacer una pregunta sobre la situación del campo o sobre la moral antifranquista del pueblo. Nuestro caballo de batalla era el programa del PCE para la reforma agraria. En él se decía que para sacar a España del atraso económico en que el franquismo la había hundido, era necesario expropiar, mediante indemnización, a los latifundistas y terratenientes ausentes de las tierras y repartirlas entre los campesinos pobres y obreros agrícolas. La República por la que los guerrilleros luchábamos tenía que facilitarles aperos de labranza, semillas y préstamos; tenía que fomentar nuevos cultivos y establecer precios justos para los productos del campo; tenía que llevar el agua donde hiciera falta y abrir escuelas para acabar con el analfabetismo secular de los campesinos, y tenía que abrir guarderías infantiles y a las madres asegurarles el descanso maternal pagado. Los medios económicos para atender a todas estas necesidades, el Gobierno Provisional que se estableciese tras la derrota del franquismo, tenía que sacarlos de los impuestos progresivos sobre las grandes fortunas amasadas con la miseria del pueblo y de los impuestos sobre las herencias fabulosas. Este Gobierno tenía también que asegurar la convocatoria de elecciones libres y democráticas para que el pueblo decidiera el régimen por el que quería gobernarse.

A cada una de estas afirmaciones (aquí no se planteaba la duda de si sería posible o no lo sería), nuestro interlocutor asentía con un movimiento de cabeza aprobatorio. Este largo preámbulo, salpicado aquí y allá con citas de Lenin y de Stalin que venían al caso, en ocasiones se prolongaba más de una hora para desembocar siempre en el mismo callejón: nada de sindicatos verticales, nada de hermandades de labradores que estaban dirigidas por los gerifaltes falangistas. Los campesinos tenían que luchar unidos en sus propios sindicatos de clase a los que era necesario organizar con vista a las nuevas luchas que se avecinaban. Y si nuestro don Quijote aseguró haber tocado los cuernos de la Luna con la mano, nosotros, por no ser menos, afirmamos que el franquismo tenía sus días contados y que el triunfo de la República estaba a la vuelta de la esquina.

Que nadie me pregunte en qué estudios económicos, políticos y sociales basábamos estas afirmaciones. Acostumbrados como estábamos a que otros pensasen por nosotros, nunca nos paramos a cavilar si estos conceptos reflejaban la realidad española. Ya dejé dicho al comienzo de estos recuerdos que no me propongo buscar “cabezas de turco” ni cargarle el muerto a nadie. No busco otra cosa que el que cada uno tomemos la parte que nos corresponde en el entierro.

El enlace, que nos escuchaba atentamente, se manifestó en términos que pueden quedar condensados en estas palabras: *“En el pueblo carecemos de todo: el Cupo Forzoso y la*

Fiscalía de Tasas arramblan con toda la cosecha. Los falangistas obran como dueños y señores de vidas y haciendas. La mínima protesta se castiga con un montón de años de cárcel, el descontento es general y sólo el terror imperante mantiene a los campesinos en la pasividad”.

De estas conversaciones salíamos convencidos de la justicia de nuestra lucha, sin llegar a comprender que una cosa era el descontento generalizado de la población campesina y su odio a la dictadura franquista, y otra muy distinta el que estuviera dispuesto a secundar una insurrección armada.

A todo esto no dejaba de atender el fuego para que se nos secara la ropa y sus ojos no se detenían un momento; las metralletas inglesas, que si las comparamos con los “naranjeros” eran una puñetera birria, parecían tenerlo encandilado. Concebidas para el asalto, no tenían precisión y para pegarle un tiro a un elefante a más de 150 metros, era preciso vaciar un cargador.

Al preguntarle cómo bajaba el río de agua la contestación nos dejó pasmados: “*si hubierais llegado dos meses antes -nos dijo- se podía pasar con agua a la rodilla, pero ahora lleva bastante”.*

¡Dos meses antes! Esto era casi todo el tiempo pasado en la sierra Carbonera haciendo planes y rompiéndonos los cascos en cómo haríamos para cruzarlo. Se pensó en buscar un puente a riesgo de toparnos con la Guardia Civil que los vigilaba, en cruzarlo a nado y hasta en construir una balsa, y no dudo que mis paisanos se inclinaron por esta última solución antes que cruzarlo a nado, ya que sólo de pensarlo se les ponían los pelos de punta. Era también una muestra de lo que supone para un grupo guerrillero vivir aislado y falto de toda información. Se puede decir que ésta fue la tónica general de toda la vida guerrillera aunque nos emperrásemos en no querer reconocerlo. Agregó que tenía dispuesta una barca y que debíamos esperar al amigo *Antonio*, que deseaba tener una conversación con nosotros.

Bernardino, que en este momento se encontraba de guardia en la puerta del caseto, entró diciendo que alguien se acercaba. Por lo que pudiera ser, salimos todos y momentos después, *Antonio* estaba delante de nosotros. Cada uno quiso ser el primero en abrazarlo pero nos vimos detenidos en seco. “*¡Cuidado... -exclamó- llevo dos botellas de anís en los bolsillos y las vamos a romper”.* Las puso en el suelo, junto con unas barras de turrón y se explicó: “*como mañana no estaremos juntos, vamos a celebrar hoy la nochebuena”.*

Celebramos la tradicional fiesta familiar en armoniosa camaradería y brindamos por los buenos éxitos y por la pronta victoria. Después, *Antonio* tuvo un aparte con nuestro responsable y hablaron sobre la próxima marcha. Sobre la medianoche, nos dirigimos a donde el enlace tenía ocultada la barca y, aunque la procesión iba por dentro, nos despedimos de *Antonio* -que se quedaba esperando el regreso del barquero- con frases

esperanzadoras. Si la Guardia Civil que patrullaba a caballo la ribera del Ebro nos descubría en mitad del río, nuestra situación se hubiera visto muy comprometida.

Con mano segura del que está muy acostumbrado a realizar la travesía, el enlace condujo la embarcación hasta la orilla opuesta. En un abrir y cerrar de ojos nos vimos en tierra firme. Nos despedimos de este amigo y la emprendimos con la marcha.

Ibáñez va de guía. Estamos en tierras que le son conocidas y se ha apoderado de él una especie de fiebre caminante que nos hace sacar los bofes por la boca. Cada zancada se lleva un metro por delante. Es la añoranza de la tierra que se vuelve a pisar después de muchos años de ausencia, la esperanza que renace y que hace correr la sangre por las venas atropelladamente. Nuestro próximo objetivo es ganar Azuara, su pueblo natal.

Los paisanos de *Ibáñez*

La luna, mostrándose entre los desgarrones de las nubes que encapotan el cielo, nos deja ver la configuración del terreno. El camino carretero que seguimos sube por Valmadrid. Es este un ancho valle de tierra blanquecina que desemboca en la huerta del Ebro a 15 o 20 kilómetros por debajo de Zaragoza. A ambos lados del valle se alzan unos montes en los que abundan las matas de esparto, las aliagas, los romeros y jarales; de trecho en trecho, aparecen grupos de pinos retorcidos y algunos enebros chaparros. Un par de horas antes de hacerse de día dejamos el valle a nuestra izquierda y nos internamos por la montaña hasta llegar a la linde de un coto de caza donde el monte bajo era bastante enmarañado y que, a condición de no ponerse en pie, nos ofrecía un buen camuflaje. Por la tarde, se levantó un aire frío y comenzó a lloviznar. *Ibáñez* fue del parecer de salir caminando antes que se hiciera de noche porque el terreno era muy desierto y complicado y no había riesgo, con semejante atardecer, de que nos viera nadie. A cada paso nos saltaba un conejo de entre los pies que me hacía prorrumpir en exclamaciones ahogadas: “¡mira, mira, otro!”. “*Si te paras a contarlos, Chaval, -me dijo Ibáñez- no llegaremos nunca a puesto*”. Me tragué la lengua y veinte más que hubiera tenido. No por ello dejé de mirar cómo saltaban los dichosos animalitos... ¡Quién pillara sus patas!

Aprovechamos bien la jornada y nos valió que a eso de las cuatro de la mañana, nuestro responsable decidiera hacer alto porque ya habíamos andado bastante. Aunque con poco bosque, dimos con un lugar para pasar el día entre un grupo de peñascos aislado de sendas

y caminos. Como de costumbre, se montó la guardia y, arropados con las mantas, buscamos el modo de acurrucarnos entre las piedras. El día pasó sin novedad. Cuando anocheció tomamos por un camino de herradura que nos tenía que llevar hasta las paredes de Azuara. Antes de llegar nos salió al encuentro un paisano de *Ibáñez*. El recién llegado traía colgada del hombro una gran bota de vino “*para matar el frío*” -según dijo-. Cuando dimos vista a las primeras casas del pueblo, se desprendió de las sombras que daban una persona: era otro paisano de *Ibáñez* apostado de vigilancia con la misión de salirnos al encuentro en caso de alguna anomalía en el pueblo. Procurando no hacer ruido, doblamos por entre los pajares y nos metimos en una casona de las afueras. Mientras nos acomodamos en el granero, nos dejaron solos. Regresaron al poco rato acompañados de tres paisanos más, portadores de un gran puchero de judías cocidas con oreja de cerdo, chorizo y morcilla. Cenamos todos juntos y se entabló la charla; ni que decir tiene que le dimos a la “*sin hueso*” de lo lindo: se habló de majuelos, de trigos y cebadas. *Ibáñez* preguntaba por fulanito y menganito y, finalmente, cayó la pregunta que todos parecían estar esperando: “*¿qué ha sido de mi familia?*”.

“Ya estarás enterado que tu madre murió hace años..., tu padre también murió, pero no de muerte natural..., se lo llevaron a Zaragoza detenido y acabó sus días de las palizas que le dieron. Todo porque tú te escapaste a Francia”.

Ibáñez escuchaba con avidez estas dolorosas noticias sin que se le contrajeran una sola vez los rasgos de la cara. Finalmente, quedamos de acuerdo en que descansaríamos un par de días en el granero durante los cuales tenían que recoger toda la comida en frío que les fuera posible. Al tratar de las cuestiones relacionadas con nuestra próxima marcha, aquellos hombres ávidos de libertad y de hacer algo que acercara la caída del franquismo, se ponían serios y trataron por todos los medios de convencernos para que nos quedásemos por los montes cercanos. Llenos de fe y confianza en la República, de la que hablamos tendido, se comprometían a prestarnos su ayuda, a organizar a los campesinos del pueblo y a suministrarnos el tiempo que fuera necesario. Nuestra negativa los dejaba desarmados. Nosotros no estábamos menos impresionados ante aquellas caras tristes de unos campesinos que después de haber saludado nuestra llegada como un rayo de luz y esperanza, pensaban que nuevamente se quedaban a merced del terror franquista. Pero, no había otra solución..., nuestra meta estaba señalada en la sierra de Javalambre.

De madrugada, se retiraron todos a sus casas y se encargaron de montar la guardia en el pueblo durante el día para que nos avisara en caso de algún imprevisto. Tranquilizados por esta parte, dormimos a pierna suelta.

Como estaba previsto, a los dos días salimos de Azuara. Aquel grupo de amigos nos llenó las mochilas de comida sin admitir por ella un solo céntimo. La despedida fue emocionante: las seis personas que habían participado en la organización del paso del Ebro se hallaban

presentes en el granero y a *Ibáñez* le costaba un gran trabajo desprenderse del abrazo de sus paisanos. Uno de ellos nos acompañó hasta dejarnos sobre el camino que teníamos que seguir.

Estas personas y otras como éstas, con las que de seguro no volveré a tropezarme en la vida, fueron las que hicieron posible la penetración de los grupos guerrilleros que llegaban de Francia y la organización de la lucha armada. Si con ellas ésta fracasó, sin ellas, no me cansaré de repetirlo, no se hubiera podido soñar iniciarla ni remotamente.

Javalambre

Sentado a la mesa del comedor de mi casa en Praga, contemplo en un atardecer gris del mes de diciembre de 1968 los tejados cubiertos de blanca nieve de las casas vecinas y por mi cabeza pasan y se apelonan como en una Babel los recuerdos de otros días no menos grises; los picos, también cubiertos de blanca nieve, de la sierra de Javalambre que se alza en la provincia de Teruel a 2020 metros sobre el nivel del mar, y siento la impotencia de no poderlos trasladar a estas cuartillas con todo su realismo.

No es mi propósito, tampoco podría hacerlo, seguir paso a paso las huellas del grupo de los “*Maños*”, por ser una repetición constante de noches de marcha, de fatigas, de días de intranquila y ansiosa espera, de hambre y de frío. Me detendré solamente en aquellos casos que jalaron este largo caminar y que se me grabaron con más claridad en la memoria.

Pese a la experiencia que cada uno podamos tener de la lucha guerrillera en Francia, no pasamos de ser unos simples neófitos en tierra española. Lo fundamental es que sepamos desprendernos de ciertas prácticas de la lucha adquiridas en Francia y nos adaptemos a las condiciones concretas de nuestro país, determinadas por el recuerdo vivo y doloroso de la guerra civil y por la no existencia de un ejército invasor que actúe de acicate de los sentimientos patrióticos del pueblo.

Hasta el presente solo *Ibáñez*, *Perico* y *Bernardino* han jugado un papel en la vida del grupo. *Julio* y yo somos las ovejas mansas y pasivas que siguen detrás del pastor. Mi aportación no pasa de establecer nuestra posición sobre la carta militar que llevo encima y señalar la ruta general a seguir. Al pasar junto a accidentes del terreno, ruinas o manantiales que considero deben estar reseñados en ella, pido un alto en el camino para asegurarme que seguimos buena ruta. La responsabilidad general de la marcha la asume *Ibáñez* durante las

tres o cuatro noches que siguieron a la salida del pueblo; el resto recae sobre las espaldas de *Perico*, que las tiene bastante anchas y parece no sentir el peso de tal preocupación.

El comportamiento de este amigo, sus formas de ser y hablar denotaban tal seguridad, que ya en estos primeros meses fue al que más me encontré ligado. Infinidad de veces salí con él para realizar distintos servicios y jamás pude notarle un movimiento precipitado ni una vacilación por comprometida que la situación se presentase. Era el hombre de más valía del grupo.

El paisano de *Ibáñez* se pierde con paso rápido en dirección a Azuara y nosotros, volviéndole la espalda, lo hacemos en sentido contrario. El día nos sorprendió metidos en un pinar donde acampamos y se repitió el racionamiento riguroso y el reparto de las guardias durante la jornada. En la marcha siguiente, paramos en las proximidades de una aldea donde vivía un falangista que se había enriquecido robando en su molino maquilero a los campesinos de la contornada. Nuestra intención era aprovechar la caída de la noche para dar en el molino un golpe económico. Fracaso nuestro plan porque en lo que menos pensamos fue en que podíamos encontrarnos con la puerta cerrada y por más que golpeamos en ella no conseguimos otra cosa que alarmar a los perros del vecindario que dieron comienzo a un duelo de ladridos. Temiendo que tras los perros empezaran también sus dueños y se dieran cuenta de que éramos gente armada, optamos por retirarnos. Los ladridos nos persiguieron durante largo rato, lo que contribuyó a que todo nuestro empeño se centrara en alejarnos de la aldea, de los malditos perros, del molino y molinero. A pesar del concierto perruno que habíamos provocado, el día pasó sin novedad. Por la tarde, tuvimos un cambio de impresiones sobre nuestro primer fracaso y llegamos a la conclusión de que si la costumbre era atrancar las puertas una vez oscurecido, en lo sucesivo, si no queríamos darnos con éstas en las narices, tendríamos que aprovechar las últimas luces del día para actuar.

Con *Ibáñez* de guía, como conocedor del terreno, avanzamos un par de noches a caballo de un viejo tendido ferroviario hacía muchos años abandonado, que servía a la explotación de unas minas clausuradas, y que luego dejamos a nuestra derecha para cruzar una carretera que baja desde Belchite a empalmar en Vivel del Río Martín con la general de Montalbán-Caminreal, y nos metimos ya en la cuenca minera de Utrillas y Escucha, donde nuevamente se hizo cargo de la marcha *Perico*.

Hace tiempo que sentimos en la espalda una ligereza alarmante, el suministro que sacamos de Azuara se nos ha terminado y no sabría decir de qué nos alimentamos. Hasta aquí la suerte nos ha sido propicia pero no dejamos de comprender que pronto tendremos que actuar para conseguir alimento, sin el que no podemos seguir adelante.

La falta de comida se deja sentir en las fuerzas, que se van debilitando y, por si esto fuera poco, *Bernardino* lleva dos días de diarrea. El mapa militar que llevo tampoco nos sirve de nada ya que no comprende esta zona, y por desconocimiento del terreno no hemos

encontrado mejor sitio para ocultarnos durante el día que una grieta formada por un desprendimiento de tierra en un valle bastante ancho. Antes de hacer alto arrancamos unas matas de tomillo que pensamos hervir y tomar esta especie de infusión. Aparte del aire que respiramos, es todo el alimento que hoy entrará en nuestros cuerpos. A la luz del día nos dimos cuenta que a unos cien metros de nuestro escondite pasaba una vereda y, por cierto, bastante transitada. ¡No había ni que pensar en hervir nuestro tomillo! La jornada terminó en continuas deliberaciones sobre lo que mejor nos convenía hacer. Ante nosotros no había más que dos soluciones posibles: entrar en una casa de campo y pagar la comida que nos pudieran vender o presentarnos en el pueblo, que no debía de estar muy lejos y obligar al alcalde a entregarnos la comida que pudiéramos cargar. Después de pensarlo mucho y de convencernos mutuamente que habíamos aguantado lo humanamente posible, optamos por la segunda solución: entrar en Obón.

Aleccionados por el fracaso de días anteriores en el molino y viendo que por la senda pasaban bastantes caminantes, pensamos que lo más prudente sería detener al primero que pasase al caer la tarde y hacernos acompañar a la vivienda del alcalde. Se indicó un punto de concentración por si era necesario y a *Perico* y *Julio* se les encomendó la vigilancia de la calle.

Esta vez el golpe se vio coronado por el éxito. Al entrar en Obón, una de las primeras casas que encontramos fue la del alcalde, y a la llamada del campesino o minero, que ambas cosas podía ser al que habíamos detenido en la senda, nos franquearon la puerta. En el primer piso encontramos al alcalde de plática con el cura del pueblo. Nuestra presencia armada no puede decirse que les impresionara mucho. Planteadas nuestras exigencias y mientras la mujer del alcalde llenaba las mochilas de comida bajo la mirada vigilante de *Bernardino*, *Ibáñez* y yo entramos en conversación con estas dos personas. Hablamos de la miseria de los campesinos, de la Segunda Guerra Mundial y de la derrota del fascismo, del restablecimiento de la República y, finalmente, recayó la charla sobre la guerra civil y los huidos de ambos campos. El cura se animó con el tema, tal vez porque comprendió que sus bienes no peligraban, y nos dijo que durante la guerra se había tenido que esconder también en el monte y que los republicanos lo buscaban con farol como se sale a buscar caracoles por la noche después de una lluvia y que pasó sus buenos días de miedo.

Por nuestra parte, le aseguramos que nuestra lucha no iba dirigida contra las creencias religiosas de nadie, sino contra el régimen franco-falangista. Aquí introdujo una pregunta: “¿no tienen ustedes miedo de que los coja la Guardia Civil?”.

“Miedo es lo que menos nos falta -le respondimos- pero..., ¿piensa usted que la Guardia Civil no tiene también el suyo? Hoy estamos aquí y mañana, mire, las montañas son muy grandes..., tarea tienen para buscarnos”.

Bernardino nos dijo que todo estaba listo. Nos despedimos de estas gentes y salimos

de Obón con bastante comida. A la espalda hemos dejado la sierra de San Just para internarnos por la sierra del Pobo y nos encontramos muy cerca de este pueblo entre minero y campesino, perteneciente, según tengo entendido, a la cuenca minera de Utrillas. Sin más guía que la estrella Polar, las noches claras y una Guía Michelin de las carreteras de España, anduvimos dos noches dando tumbos por aquellos montes hasta que, perdida toda orientación, nos vimos obligados a ir en busca de las luces de un pueblo para saber dónde nos encontrábamos. En los altos de Corbalán se repitió el despiste y anduvimos dando tropezones a derecha e izquierda, subiendo y bajando barrancos que nos meten el desaliento en el cuerpo. En una de estas ascensiones en que parecía que salíamos de las entrañas de la tierra, dimos vista a los picos blancos de nieve de la sierra de Javalambre.

No encuentro palabras en mi pobre vocabulario que puedan dar una idea de la alegría que sentimos. En este momento de emoción, no encontramos mejor modo de demostrarle a *Perico* nuestro agradecimiento que dándole un fuerte abrazo. Parecía como si llegando a la sierra de Javalambre todos los problemas se fueran a resolver por sí solos, cuando en realidad no era sino el comienzo de nuestra vida guerrillera lo que nos esperaba. Horas antes, sin ir más lejos, seguramente habíamos discutido con *Perico* sobre la ruta y le habíamos recriminado sus despistes. Pero esto son cosas que ocurren..., y que se olvidan tan pronto como se ha salido del atolladero.

Perico ya se orientaba por el perfil de las montañas y decidimos que lo más prudente sería dar un golpe económico y, claro está, llenar nuestras mochilas de comida antes de llegar a Javalambre y establecer los primeros contactos. Hicimos alto encima de un pueblo y a media tarde entramos en él. Al primero que echamos la mano encima le obligamos a que nos acompañara hasta la casa del jefe de Falange. A nuestro paso por la única calle del pueblo, la poca gente con que nos tropezamos se nos quedaban mirando llenos de sorpresa. Unos se metían con precipitación en sus casas y atrancaban las puertas y, los más curiosos, dejaban asomar la nariz para enterarse de lo que sucedía. *Julio* y *Bernardino* se apostaron en la calle para guardarnos la espalda y *Perico*, *Ibáñez* y yo entramos en el patio de la casa del jefe de Falange. A nuestro encuentro se acercó un hombre ya maduro que al ver nuestras armas se detuvo a unos pasos de distancia. *Ibáñez* le preguntó si era el jefe de Falange del pueblo y, ante su afirmación, le dijo lo que nos llevaba por la casa: le exigió la entrega de mil pesetas y que nos acompañara a la tienda del pueblo para cargar de todo lo que en ella hubiera. Al principio nos dijo que no tenía dinero pero la amenaza de ponerle la casa patas arriba le “ablondó” el corazón y declaró tener algunas pesetas que guardaba para pagar los gastos del médico que atendía a una de sus hijas enferma (dicho sea de paso, no la vi por ninguna parte y lo natural y lógico era que, estando enferma, se encontrara en la casa).

Sin hacer mucho caso a sus jeremiadas, le obligamos a que fuera en busca de la suma que

se le pedía. Se encaminó a la escalera que daba al piso superior y yo me coloqué detrás de sus talones a una distancia que consideré prudencial para que no me pudiera echar mano a la metralleta. Abrió el cajón de una cómoda y antes de que metiera la mano le dije que se retirara y examiné el cajón para ver si tenía algún arma. En un rincón, entre una ropa bien plegada, descubrí un fajo de billetes de banco. Le dejé que contara las mil pesetas y nos reunimos con *Ibáñez* y *Perico* en el patio haciéndoles saber que el fulano tenía más dinero y que bien se le podía aumentar la cuota. *Ibáñez* no me hizo ni caso; según él le habíamos pedido mil pesetas y no teníamos por qué pedirle ahora más. Con las mil pesetas en nuestro poder, nos encaminamos a la tienda de ultramarinos y llenamos las mochilas hasta reventar.

Recuerdo que *Ibáñez* extrajo de un bolsillo un talonario de recibos en el que decía: “*La República pagará al portador la cantidad de... pesetas*”. Lo rellenó, puso un garabato por firma y estampó encima el sello redondo de la Agrupación Guerrillera de Levante.

Hoy me dan ganas de soltar la carcajada, al pensar en la ingenuidad de nuestro amigo: “*le habíamos pedido mil pesetas y no podíamos faltar a nuestra palabra*”. ¡Buena cualidad la de *Ibáñez*!, pero llevada en este caso al extremo, y bien que lo lloramos semanas más tarde cuando nos faltó el dinero para pagar a nuestros puntos de apoyo la comida que nos proporcionaban.

Nos estamos acercando al final de nuestra meta, pero no de nuestras penas. Un viento frío bate los ventisqueros levantando una granizada de nieve helada que nos azota despiadadamente la cara. Aquí y allá se arrastran por el suelo, como tentáculos de un pulpo gigantesco, las ramas de las sabinas que los vientos de Javalambre y de la sierra de Gúdar no han dejado crecer; manchas de pinos carrascos de corteza rugosa y contraída en los que se ha ido formando una especie de musgo azul turquesa, rasgo inconfundible que los crudos inviernos imprimen a estas tierras. Con el agua a la rodilla, cruzamos el río Mijares cerca de Formiche Alto, y tuvimos que volverlo a cruzar por Formiche Bajo porque *Perico* se había confundido de camino. Después de escalar algunos cerros y de hundirnos en barranqueras que parecía que no tenían fin, empezamos a descender sobre la vía férrea y la carretera de Teruel-Sagunto a la altura del puerto de Escandón. En dos noches más nos colocamos entre Riodeva y Camarena de la sierra, sobre el barranco del Regajo que tributa sus escasas aguas al río de Riodeva para que éste las lleve al río Guadalaviar, que en tierras valencianas toma el nombre de Turia. *Perico* nos metió por unos barrancos intrincados y buscamos dónde hacer alto hasta que amaneciera y poder examinar a la luz del día el terreno donde teníamos que asentar el campamento.

Camarena de la Sierra y Riodeva

A mediados de enero de 1946, alcanzamos el final de nuestra meta. No es casual el empeño mostrado en llegar a la sierra de Javalambre; *Perico* es hijo de Camarena de la Sierra y está convencido de poder encontrar personas que nos ayuden entre sus conocidos y familiares. Desde el primer día de nuestra llegada se lo pasa encaramado por los picachos, como las águilas, esperando descubrir a alguien conocido que le pueda dar información de su pueblo. Me ha elegido como acompañante y ya empiezo a estar hasta la punta de los pelos de subir y bajar barrancos sin ningún resultado. Ante unas matas de coscojas se para y me señala las puntas tiernas de las ramas escamochadas y las cagarrutas de cabra que tapizan el suelo. Estos rastros no me dicen gran cosa, pero *Perico* parece leer en ellos como en un libro abierto, está seguro de que no hace ni dos días que ha sesteado por allí el ganado, y que no puede andar muy lejos. Confía que el pastor ha de ser un conocido suyo, pues los montes pertenecen al término de Camarena. Sin mayores esperanzas, le voy siguiendo y escuchando su monólogo: “*debe de ser fulano, es el único en el pueblo que tenía un rebaño de cabras y nuestras familias eran muy amigas. Vamos a subir al otro lado del barranco que hay un chaparral y veremos si damos con él*”. Cruzamos el barranco del Regajo y gateamos entre las rocas con peligro de rompernos la crisma si se nos iba un pie. Al llegar a lo alto, oímos el sonido de unas esquilas y nos escondimos en espera de que el pastor se dejara ver. No fue necesario que pasara mucho tiempo para que el cabrero apareciese entre unos matorrales. Me quedé allí agazapado y *Perico* le salió al encuentro. La sorpresa dejó al hombre clavado en el puesto como una estaca pero, reaccionando al punto, prácticamente se abalanzó sobre *Perico* y a mí me dio un vuelco el corazón creyendo que se iban a enzarzar a brazo partido. Los vi charlar animadamente antes de que el pastor siguiera tras sus cabras y *Perico* regresara donde me había dejado esperando. Debajo de la manta que llevaba echada por encima de los hombros para tapar la metralleta, traía un pan de centeno abierto por la mitad con torreznos metidos dentro. Era la comida del cabrero que pasaría el día sin ella y que se la había dado para que matásemos el gusanillo hasta el día siguiente que nos traería comida y nos indicaría una cueva en la que podríamos estar seguros y resguardados del frío. Regresamos donde habían quedado los otros esperando el resultado de nuestra descubierta y después de que *Perico* los puso al corriente de lo dicho por el cabrero, nos repartimos el pan y los torreznos. Efectivamente, al día siguiente vimos bajar por el barranco del Regajo al paisano de *Perico* llevando un mulo del ramal. Nos aseguramos de que venía solo y le salieron al encuentro *Ibáñez* y *Perico*.

Regresaron cargados como acémilas de todo lo que un estómago vacío podía desear para salir de apuros. El cabrero nos llevó hasta la cueva, que había permanecido ignorada para los vecinos de los pueblos cercanos y que reunía buenas condiciones para establecernos en ella en espera de hallar algo mejor. La cueva se encontraba situada entre tres picachos y para llegar a ella no existían más que dos caminos: el uno por una ladera bastante inclinada y llena de tejos por la que era imposible dar un paso sin hacerlos rodar y armar ruido; el otro, por un cuchillo de rocas que tan sólo permitía el paso de una persona. Este camino lo empleamos con preferencia por tener la ventaja de no dejar rastros, lo que era fundamental. Tenía, además, otra ventaja, y es que para salir en caso de apuro, se podía dar un salto de unos cuatro metros de altura y se venía a caer entre la maleza del bosque abierto. Las aguadas estaban relativamente cerca y nos podíamos proveer indistintamente ya en un manantial del monte (la fuente del Perdígón, lo llamaban) o en el riachuelo que corría por el fondo del barranco del Regajo.

La cueva estaba dividida en dos cuerpos, para pasar del primero al segundo había que levantar una losa que cubría una especie de chimenea natural y deslizándose por ella se llegaba al centro del picacho. En esta parte improvisamos nuestro hogar, la roca llena de grietas hacía las veces de filtro para el humo que se desvanecía sin llegar al exterior.

Vistas todas estas ventajas, nos establecimos en ella aquella misma noche y dormimos a cubierto con unas cuantas toneladas de roca por tejado que nos libraba de la mordedura de las noches heladas.

Llegado a esta parte de mis recuerdos, quisiera deshacer un error con el que me he tropezado en algunos escritos sobre las guerrillas debidos a la pluma de jefes de la Guardia Civil mal informados, concretamente a Tomás Cossías, miembro de la Brigadilla Político-Social. Después de describir a los hombres que fundamos la Agrupación Guerrillera de Levante⁽²⁰⁾ con rasgos que rayan en lo tenebroso, localiza las entrevistas preliminares que se tuvieron en la cueva del Regajo. Error que se debe, sin duda, a que el grupo de los “Maños” nos cobijamos en la cueva que describo, pero que no se debe confundir con esta otra a la que hace mención Tomás Cossías.

Si estos jefes de la Guardia Civil se hubieran molestado un poco y hubieran buscado información en el puesto de la Benemérita de Camarena de la Sierra, les hubieran dicho que los guerrilleros no colocamos nuestra planta en la cueva del Regajo, que se hallaba debajo de la nuestra en un punto donde el riachuelo pasaba encajonado entre dos montes

(20) Posteriormente la Agrupación Guerrillera de Levante (AGL), pasaría a llamarse Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA).

rocosos y volvía a ensancharse antes de entregar sus aguas al río de Riodeva. Más de una vez, desde nuestra atalaya, vimos bajar por el barranco a los civiles de Camarena en dirección de la cueva. Agregaré que recorrí más de cien veces el barranco del Regajo a derecha e izquierda y nunca llegué a ver la entrada de la dichosa cueva.

Se aprovechó la tranquilidad de los primeros días para que *Perico* se entrevistara con algunos paisanos suyos y se establecieran puntos de apoyo en su pueblo y en Riodeva que nos suministran de pan, harina, arroz y aceite, siempre en cantidades que escasamente podían cubrir nuestras necesidades. Lo más triste es que el dinero disminuía de manera alarmante. Hasta aquí, poco o mucho, no nos había faltado, pero nos faltaban los puntos de apoyo; conseguidos éstos, empezó a faltar el dinero sin el cual nada podían proporcionarnos.

Por conducto del punto de apoyo de Riodeva, nos llegó la noticia de que por los Montes Universales existía un grupo guerrillero. Ante nosotros apareció el cielo abierto y, desde este día, no le dimos al enlace de Riodeva otro trabajo que buscar por todos los medios a este grupo. Toda hora que tuviera libre la tenía que aprovechar para recorrer el Rincón de Ademuz buscando información. En varias ocasiones se llegó a nosotros creyendo estar sobre la pista y otras tantas se perdía al tropezarse con un campesino reacio a facilitar la mínima información: “se dice, se rumorea...” y de aquí no había quien los sacara. Finalmente nos decidimos a realizar una operación que diera algo que hablar por la zona. El pueblo de Villastar, situado sobre la carretera de Teruel a Torre Baja, fue el elegido para hacernos ver. Con ello pensábamos matar dos pájaros de un tiro: primero, que se hablara del grupo y llegaran las voces hasta el de los Montes Universales, si es que en realidad existía y, segundo, solucionar nuestra situación económica, que empezaba a ser peliaguda.

En dos noches de marcha, nos colocamos encima de Villastar y al oscurecer de la tercera entramos en la tienda de ultramarinos de un falangista (la información la sacamos de Camarena) que estaba pegada a la carretera. Cargamos de comida y algunas pesetas. En estos tejemanejes nos vio un campesino, que hizo cundir la alarma entre el vecindario y a nuestro encuentro vino un grupo de hombres con escopetas. Disparamos un par de tiros al aire para asustarlos y salimos dando voces al encuentro de los que se acercaban que, al vernos llegar, dieron media vuelta y llamando a “*Juan Pirando*” en su ayuda, pusieron los pies en polvorosa. Lanzamos por aquellas callejuelas la propaganda que llevábamos preparada y nos retiramos camino de la cueva.

Pocos días después, el enlace de Riodeva nos puso en contacto con un minero de la Azufre de Libros, quien nos dijo que conocía a un republicano que, desde el final de la guerra, merodeaba armado con un fusil por los Montes Universales y que si queríamos nos podía poner en contacto con él. Se convino un día para la entrevista y de ella el grupo de los “*Maños*” se vio reforzado con un guerrillero más. Nuestro primer trabajo consistió en

“bautizar” al recién llegado que, desde este momento, decidió llamarse *Juan*. Era este un mozo de unos 25 o 28 años, creo que nacido en Teruel; de ideas un tanto extravagantes, producto de los años vividos solo en la montaña, apasionado en la exposición de sus pensamientos y con unos sentimientos admirables, por lo que no costó cambiarle alguno de sus puntos de vista bastante a lo Pinales. Durante la guerra había pertenecido al PCE, del que se consideraba militante y dispuesto a someterse a la disciplina de las guerrillas.

Con el tiempo, me fui enterando de alguna de sus aventuras. Contaba y no terminaba sobre sus amoríos con una muchacha que acabó casándose con un guardia civil. En cierta ocasión los sorprendió el padre de la muchacha pelando la pava y se la llevó poco menos que por los pelos. Otro día, mejor dicho, otra noche, andaba rondando las esquinas de la casa esperando a que su “Julietta” se asomara por el balcón, y en su lugar salió el padre y le amenazó con denunciarlo a la Guardia Civil. Sin encomendarse a Dios ni al Diablo, se descolgó el fusil del hombro y le disparó un tiro que fue a estrellarse contra el fanal que iluminaba el portal de la casa. Otra vez se dio de narices con una pareja de la Guardia Civil en el monte y se lió a tiros con ellos, con idéntico resultado que con el padre de su novia. Él mismo se ufanaba de su buena puntería y del susto que se llevaron los civiles. (Me imagino que él también se llevaría el suyo).

Regresaba una noche con *Juan* de tener una entrevista con el enlace de Riodeva cuando, como tantas noches, se dejó oír el grito del cárabo. Los montes devolvieron su eco que *Juan* confundió con los gritos de una persona a la que le están propinando una buena somanta. Me sujetó por el brazo y me dijo: “*paisano, por ahí le están pegando a alguien*”. “*Tira, hombre, -le respondí- ¿no ves que es el cárabo?*”. Durante unos pasos lo llevé pegado a los talones porfiando y tratando de convencerme de que estaba equivocado.

De haber sido yo un segundo Sancho, hallara mi don Quijote razones para convencerme y probarme el valor de su pecho y el acierto de su ojo, puesto a prueba, como se ha visto, en los dos casos anteriores.

En los primeros meses de 1946 y apoyándonos en los paisanos de *Perico*, del enlace de Riodeva y el minero de la Azufrera de Libros, establecimos contacto con los pueblos de Manzanera, Torrijas, Los Cerezos, Paraíso Alto y Paraíso Bajo, situados al otro lado de la sierra de Javalambre. *Germán*, enlace de Manzanera, nos dio a conocer en el molino del Peinado situado sobre el río de Torrijas, entre este pueblo y Los Cerezos; y *Juan* nos abrió las puertas de Mas de Jacinto en el Rincón de Ademuz.

Pese al manto de nieve que nos rodea, podemos decir que no hemos desperdiciado el tiempo: contamos con buen número de puntos de apoyo que facilitan nuestros desplazamientos. Siguiendo a *Perico* como sombras, *Julio* y yo hemos cruzado la sierra de Javalambre varias veces para entrevistarnos con los amigos de Manzanera que han organizado el PCE y un

reducido grupo de antifranquistas que nos informan de los servicios que realiza la Guardia Civil. Alguna de estas entrevistas tiene lugar en el molino del Peinado. Sus moradores son una familia aragonesa con tres hijos, un varón de unos 17 años y dos hembras de 16 y 8 años aproximadamente que, al final de la guerra, se vieron obligados a buscar refugio en este molino para escapar a las represalias en su pueblo natal. El molinero pertenecía a la Confederación Nacional del Trabajo y estaba dispuesto, al igual que el resto de la familia, a prestarnos su apoyo, lo que demostraron hasta en los días más trágicos para esta familia.

A falta de buenos bosques, la travesía de la sierra se tenía que realizar en una noche, lo que suponía una marcha bastante agotadora, máxime si era en los meses de invierno en que las nieves y las ventiscas ponían su nota cruel y hacían aún más penoso nuestro caminar. Sin otro calzado que un par de alpargatas medio reventadas, cien veces nos aventuramos por la sierra de Javalambre con nieve hasta la rodilla y esperamos todo un santo día mojados y rodeados por un manto de nieve helada.

En todo este período, desde que nos comunicaran la existencia del grupo guerrillero por los Montes Universales, nuestra preocupación constante es dar con él. De Camarena de la Sierra, de Riodeva y del Mas de Jacinto, siguen insistiendo en que han sido vistos en varias ocasiones y nosotros nos desesperamos de no saber nada concreto que nos pueda colocar sobre sus huellas.

Se dirá que me detengo en detalles que bien podía pasar por alto. ¿Por qué lo hago? Porque deseo que las generaciones que han crecido bajo el régimen franquista sepan de dónde venimos y a dónde vamos, y quiénes somos. Somos personas de carne y hueso, con nuestros defectos y con nuestras virtudes.

FUNDACIÓN DE LA AGRUPACIÓN GUERRILLERA DE LEVANTE

La guerrilla de los Montes Universales

Con los primeros días de la primavera de 1946, comenzaron a deshelar las nieves de la montaña y pudimos salir de nuestra madriguera a que nos diera un poco el sol. Cada barranco se vio transformado de la noche a la mañana en un arroyo y desapareció el peligro constante de los rastros, enemigo implacable de todo guerrillero, así como el del frío intenso.

Siguiendo los consejos de *Juan*, se aprovechó la llegada del buen tiempo para que el minero de la Azufrera de Libros recorriera el Rincón de Ademuz en busca de la guerrilla de los Montes Universales. Al enlace de Riodeva y los del Mas de Jacinto también los movilizamos con este fin, y tras no pocas diligencias, en las que muchas veces se vio en peligro su libertad, lograron colocarnos sobre la pista. Se tuvo una primera entrevista a la que acudieron por nuestra parte *Ibáñez*, *Perico* y *Bernardino*; por la guerrilla de los Montes Universales se presentaron *Grande* (Florián García Velasco), *Pepito* (Francisco Corredor Serrano) y creo que un tal *Delicado* o *Gabardina* (es muy posible que los dos sean una misma persona). Esta entrevista tuvo lugar en los bosques próximos a las Casas del Marqués, entre Granja de Campalbo e Higuieruelas, por lo alto del barranco del Bercolón (Cuenca).

Cuando regresaron los tres componentes del grupo de los “*Maños*” tuvimos una reunión en la que nos informaron a *Julio* y a mí de los resultados de la entrevista. Concretamente, nos dijeron que la guerrilla en cuestión la integraban además de los tres guerrilleros mencionados más arriba, *Cubano* (Antonio Vargas) y *El Peca*; los cinco habían pertenecido a la organización del PCE de Valencia, más los conocidos por *Capitán*, *Dedé*, *Vitini*, *Chato*, *Nelson* o *Cojonudo*, *Paisano* (Pedro Morchan Vergara), de la región andaluza, *Carlos* (Jesús

Caellas Aymerich), de Solsona (?). Todos ellos de los grupos que pasaron a España cuando los hechos del valle de Arán. Se encontraba también *Arturo*, que era de Barcelona y al final de la guerra se escondió entre los vecinos de Casas del Marqués, a los que enseñaba a leer y escribir; igualmente se le conocía por *Manquito*, a causa de una herida de guerra que le había dejado los dedos de una mano paralizados.

Al otro lado del llano de Barracas, entre la sierra de Noguera, los Monegros y la sierra de Gúdar, existía otro grupo con el que mantenía contactos periódicos el de los Montes Universales y del que no recuerdo otros nombres, pues nunca estuve por esa zona, que los de Medina, *Manso* (Germán Amorrortu), *Zapatero*, *Poeta*, *Maquinilla*, *Miguel* (padre de Poeta), *Gregorio*, *Manguan*, *Viejo* (Florencio Guillén) y *Rubio* (Manuel Pérez Cubero).

Posteriormente, se tuvo una segunda entrevista, también por las cercanías de Casas del Marqués, en la que se llegó al acuerdo de actuar unidos en la organización del movimiento guerrillero en las regiones aragonesa y levantina. Se redactaron y aprobaron los estatutos por los que todos nos teníamos que regir –según noticia que me llegó, copia, si no textual, muy parecida a los que regían en la Agrupación de Galicia–.

A continuación ofrezco algunos de sus párrafos:

“El Ejército guerrillero, surgido de las entrañas del pueblo, constituye la vanguardia armada de éste en su lucha por la destrucción del régimen franquista y la reconquista de la República”.

“Donde haya un guerrillero, habrá un defensor de la libertad y de la justicia..., un soldado de la República, azote de sus enemigos”.

“La desertión y los actos de cobardía frente al enemigo serán sancionados con la pena de muerte”.

“La Agrupación Guerrillera de Levante será en el monte el refugio de los patriotas que, a consecuencia de la lucha, se vean obligados a pasar a la ilegalidad para impedir su caída en manos del enemigo”.

“La Agrupación Guerrillera de Levante renueva su inquebrantable decisión de continuar en permanente ofensiva al considerar:

Que la defensiva es el camino de la desaparición de la guerrilla.

Que la pasividad y la desunión son factores que favorecen la permanencia del régimen franquista”.

“La mayor y más eficaz propaganda es la acción constante contra el enemigo”.

La aprobación de este documento por los tres grupos guerrilleros fue el hecho orgánico que determinó, como se deja ver, el nacimiento de una nueva agrupación: la Agrupación Guerrillera de Levante (AGL) con sus dos sectores iniciales: el 11 y el 17 sector a los

que se asignaron sus respectivas zonas de actuación: el grupo de los “*Maños*” y el de los Montes Universales pasamos a denominarnos 11 sector, a su frente se nombró a *Grande* y como responsables de grupo a *Cubano*, *Capitán*, *Paisano* y *Vitini* o *Bizco*. Estos cuatro guerrilleros se suceden indistintamente al frente de los dos grupos que se crearon con el de los Montes Universales. Por contra, *Ibáñez* fue siempre el responsable del grupo de los “*Maños*”. Comprendía este sector toda la provincia de Teruel, Valencia, Cuenca y parte de Guadalajara por la sierra de Albarracín y los Montes Universales. La línea divisoria del 11 y 17 sector la establecía la vía del ferrocarril Teruel–Sagunto. De aquí partía el 17 sector que, apoyándose en la sierra de Noguera, los Monegros y la sierra de Gúdar, se extendía por los pinares de Aguaviva y Mas de las Matas; a la izquierda penetraba en toda la cuenca minera desde Linares de Mora hasta Utrillas, y siguiendo la línea de Valdelinares-Fortanete-Cantavieja-Portell de Morella, hacía incursiones en la provincia de Castellón.

Como jefe de la Agrupación, se nombró al amigo y camarada *Antonio* o *Maestro de Agüero* que, no sé cómo ni de qué manera, apareció por estas tierras. El Estado Mayor de la AGL quedó compuesto por *Antonio*, *Pepito* y *Grande*.

Antonio, jefe de la AGL, se estableció en el 17 sector para asegurar los contactos con el PCE en Francia y para reforzar la dirección de *Medina* al frente del mismo, al que no se le consideraba muy capaz. *Pepito* se quedó en el 11 sector con *Grande*.

A rasgos generales, la AGL, siguiendo las orientaciones del PCE, se marcaba como tarea central la propagación de las ideas republicanas y democráticas y el establecimiento de un Gobierno Provisional de este tipo que tendría como misión inmediata el garantizar la convocatoria de unas elecciones libres y democráticas en las que el pueblo soberano decidiese la clase de gobierno por el que quería regirse. El paso gradual hacia el socialismo se realizaría mediante una serie de medidas de carácter democrático-burgués que fueran predisponiendo al pueblo para dar este paso. “*El camino hacia el socialismo -se decía en nuestra propaganda- pasa por la realización de la revolución democrático-burguesa, por la abolición de los grandes latifundios y el reparto de la tierra entre los campesinos pobres y los obreros agrícolas*”.

Pensábamos que esta declaración podría ser apoyada por todas las personas del Gobierno Republicano en el exilio pero, como en tantas otras cosas, también en ella nos equivocamos: los representantes de la República estaban divididos, como lo estaban todos los exiliados, unos nos apoyaron y otros no.

Los estatutos de la AGL tenían un apartado dedicado expresamente a la organización militar de las guerrillas. Se establecía que equis grupos formarían una compañía y equis compañías un batallón, etc., etc. No fue necesario recurrir a este apartado puesto que jamás fuimos tan

numerosos como para ponerlo en práctica. Del mismo modo, se quedó sobre el papel todo lo referente a graduaciones y demás pompas militares.

En la arena política internacional se dan en este momento una serie de declaraciones y tomas de posición contra el régimen franquista que nos hacen presumir un pronto desenlace de la situación de España en favor del restablecimiento de la legalidad republicana. He aquí, muy extractada, una de ellas:

“No debe haber dificultades en esto de que los EE.UU. están de acuerdo con nosotros para romper con Franco. En cuanto a Inglaterra, se puede contar con que los trabajadores estarán con nosotros para la ruptura con el asesino. Es preciso mostrar al mundo y a los españoles que Franco es considerado por el mundo civilizado como un salvaje”. (Jacques Duclos, en el mitin celebrado en febrero de 1946 en el Velódromo de Invierno de París).

A primeros de marzo de este mismo año, y, bajo la presión que sobre el Gobierno ejercen las fuerzas progresistas encabezadas por la clase obrera, Francia cierra la frontera con España y días después se publica un comunicado conjunto de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos tendente al restablecimiento de la democracia en España:

“Los tres Gobiernos esperan que el pueblo español no conocerá de nuevo los horrores y las amargas experiencias de una guerra civil. Anhelan por el contrario, que dirigentes españoles patriotas y liberales, consigan provocar la retirada pacífica de Franco, la abolición de la Falange y el establecimiento de un gobierno provisional o encargado de la expedición de los asuntos de trámite... La amnistía política, la vuelta de los españoles exiliados, la libertad de reunión y asociación política, así como medidas propias para garantizar unas elecciones libres, son esenciales. Un Gobierno provisional que fuese y permaneciese fiel a estos fines sería reconocido por los pueblos amantes de la libertad”.

A todo lo largo del año 1946, se repetirán una y otra vez las declaraciones de condena al régimen franco-falangista, y en el mes de diciembre la Organización de las Naciones Unidas abogará por la retirada de embajadores de Madrid y el bloqueo económico del régimen. Uno de los argumentos que esgrimirá es que:

“Por su origen, naturaleza, estructura y actuación general, el régimen de Franco es un régimen fascista, modelado y establecido en amplia medida como resultado de la ayuda recibida de la Alemania nazi de Hitler y de la Italia fascista de Mussolini”.

En esta declaración, la Organización de las Naciones Unidas constata la participación de la España franquista en la Segunda Guerra Mundial a través de la División Azul, la Legión española de Voluntarios y el Escuadrón Aéreo “El Salvador”. No es para nadie un secreto que la España franquista se apoderó de Tánger y que los submarinos alemanes e italianos encontraban refugio y abastecimiento en las bases españolas del Mare Nostrum, del golfo de Vizcaya, en El Ferrol y cabo de Finisterre. Que, a la liberación de Francia, la bolsa de

alemanes en Royan y la Pointe de Grave fue abastecida por el franquismo y que muchos de sus jefes, criminales de guerra, pasaron a España y se instalaron en villas suntuosas de la Costa Brava, costa de Garraf y Costa del Sol.

La Asamblea general de las Naciones Unidas recomendaba que:

“Si en un plazo razonable no ha sido restablecido un Gobierno cuya autoridad emane del consentimiento de los gobernantes, comprometido a respetar la libertad de palabra, religión y reunión y la pronta celebración de elecciones en las cuales el pueblo español, libre de intimidación y de presión y sin consideraciones de partido, pueda expresar su voluntad, el Consejo de Seguridad estudie las medidas adecuadas a remediar la situación.

Recomienda a los miembros de las Naciones Unidas retiren inmediatamente de Madrid sus embajadores y ministros plenipotenciarios acreditados allí”.

La posición del PCE en este momento quedó reflejada en el pleno celebrado en Toulouse los primeros días del mes de diciembre de 1946. Su secretario general, Dolores Ibárruri, decía entre otras cosas del momento candente de la situación en España:

“Para nosotros, españoles, que todavía tenemos que reconquistar la Patria que vive subyugada, el mantenimiento de la unidad entre las tres grandes potencias democráticas es la garantía de que nuestros esfuerzos y nuestra lucha contra el franquismo abocará a un final victorioso. Si la unidad entre las grandes potencias fuera rota, para la España republicana sería una verdadera catástrofe”.

Y Santiago Carrillo, en el mismo pleno:

“España no podemos liberarla solamente con los guerrilleros. Para liberar España hace falta que la clase obrera, las masas campesinas, que todo el pueblo, luche a su vez como luchan los guerrilleros. Pero sí tenemos que decir a la clase obrera, a los campesinos, a todo nuestro pueblo, que nuestros guerrilleros son el espejo en que deben mirarse para no regatear sacrificios en la lucha contra el régimen franquista”.

¿Quién se atrevería, a la luz de todas estas manifestaciones, a poner en tela de juicio la justicia de nuestra lucha?

Los mismos que la organizaron y la dirigieron, los mismos que pedían sacrificios al pueblo español mientras ellos estaban tranquilamente en sus casas, cuando los intentos de llevar al pueblo español a las posiciones de una insurrección armada fracasaron, se manifestarían con frases como las pronunciadas por Vicente Uribe: *“¡Cuántas barbaridades no habréis cometido los guerrilleros!”*. No comprendían, o no querían comprender, que si barbaridades se cometieron, la mayor fue el no llevar a cabo un cambio táctico en la estrategia del PCE cuando se vio que la unidad de las tres grandes potencias “democráticas” se había roto dando comienzo al período de “Guerra Fría” que, como sentenciara el secretario general del PCE, Dolores Ibárruri, *“para la España republicana fue una verdadera catástrofe”*.

¿Qué fuerzas ocultas se movilizaron para que el franquismo continuara en el poder? Las mismas de la No Intervención y Neutralidad que traicionaron descaradamente a la República española y condenaron al pueblo español a 32 meses de guerra.

Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos se olvidaron de la “División Azul”, de la “Legión española de Voluntarios” y del Escuadrón Aéreo “El Salvador”.

De Gaulle se olvidó del lema que reza en el escudo de Francia: Libertad-Igualdad-Fraternidad, pero no se olvidó de perseguir a los antifranquistas españoles y muy particularmente a los militantes comunistas, que fueron deportados a las posesiones francesas de África y a la isla de Córcega.

Mr. Churchill no tuvo necesidad de olvidarse de nada; ya lo había dicho claramente el año 1944 en la Cámara de los Comunes: *“Al tiempo que hoy digo palabras amables hacia España”*.

¿A quién se dirige Mr. Churchill? ¿Quién representa a España?

Franco y su Falange. A ellos, y a ningún otro van dirigidas sus palabras, puesto que a continuación agrega: *“los problemas políticos internos de España, eso es cosa de los propios españoles. A nosotros como Gobierno, no nos compete intervenir en tales asuntos”*.

Los gobernantes norteamericanos, como siempre, pescadores de río revuelto, no descuidaron perseguir a los comunistas y se desencadenó la “caza de brujas” de la que no escaparon ni los estudios cinematográficos de Hollywood y que culminó en 1953 con la ejecución del matrimonio Rosenberg, ejecución que está muy lejos de haber sido aclarada por los políticos norteamericanos.

Stalin también dio muestra de tener corta la memoria. ¿Dónde habían quedado las declaraciones que hiciera en 1943? En el rincón de los trastos viejos; ya no se hablaba de “medidas para que sobre los criminales de guerra, sea cual sea el país en que se oculten, recaiga la rigurosa pena y castigo por todos sus crímenes”.

¿Acaso España estaba en el planeta Marte y no se podía llegar a ella?

Se olvidaron de todo; de todo menos de su bolsa. El régimen franquista era un peón importante en el tablero de la Guerra Fría que significaba un bastión en el Mediterráneo contra el comunismo.

De Gaulle no estaba en condiciones de jugar este papel, pues no podía perseguir a los comunistas franceses sin que el pueblo se alzara contra él, la Italia fascista de Mussolini había sido la aliada incondicional de Hitler y tampoco podía jugarlo. Solamente el franquismo podía desempeñarlo y lo hizo con el visto bueno de los gobernantes franceses, británicos y norteamericanos.

La Guerra Fría significó la reagrupación de todas las fuerzas reaccionarias internacionales que la Segunda Guerra Mundial había desperdigado.

¡Qué bien se ven los toros desde la barrera!, ¿verdad?

¿Por qué no nos dimos cuenta de todas estas cosas y de muchas más cuando sucedieron? Porque teníamos la cabeza rebotando de citas de Lenin y de Stalin, del papel dirigente del partido, de la Revolución Socialista de Octubre y de la dictadura del proletariado.

El año 1946 vería desarrollarse las primeras acciones de la AGL que fueron recogidas y comentadas por la prensa internacional. Las primeras semanas que siguieron a la fundación de nuestra agrupación, el grupo de los “*Maños*” recibimos la ayuda de los guerrilleros de los Montes Universales. Una mañana apareció por la cueva un grupo de éstos guiados por *Perico*, y que, al ver nuestro emplazamiento, se quedaron boquiabiertos. Entre los nombres que me vienen a la memoria figuran *Carlos*, *Dedé*, *Nelson* o *Cojonudo*, *Vitini* o *Bizco*, *El Peca*, y *Pepito* o *Gafas*. Este último, al llegar a la parte del cuchillo que formaban los riscos hasta la entrada, se quedó mirando alrededor con sus ojos de miope sobre los que brillaba el cristal de unas gafas redondas. Con su chaquetón de cuero raído por los cuatro costados y asomando los restos de lo que fuera un forro por un sinfín de “sietes”, me hizo todo el efecto de un águila destrozada de un tiro.

Resultaba un grupo bastante bullicioso para lo que eran nuestras costumbres y les advertimos que no hablaran alto. Esto dio lugar a que nos gastaran algunas bromas y nos pronosticaran que nos quedaríamos mudos.

Aunque contábamos con bastantes puntos de apoyo, me di cuenta que éramos los más indigentes tanto en el vestir como en la comida y que los recién llegados no estaban acostumbrados, o se habían olvidado de lo que pueden llegar a ser las necesidades. En el guerrillero *Carlos* se notaba una inclinación pedante a ridiculizar todo y adoptaba unos aires de superioridad contra lo que se rebelaba mi amor propio. Esta predisposición un tanto desdeñosa hacia mi grupo hizo nacer en mí un sentimiento de antipatía que fue en aumento como resultado de una operación de suministro que realizamos antes de que salieran para su zona en el rodano de los Montes Universales.

Tapamos los rastros que habíamos hecho de nuestra estancia en la cueva y salimos los dos grupos. Por más que intento recordar no me viene a la memoria el nombre del pueblo, solamente puedo situarlo de una forma precisa en el triángulo que forman, con Teruel como vértice, la carretera de la Puebla de Valverde-Teruel y la de Torre Baja-Teruel. Tal vez se tratara de Cubla o de Cascante del Río, en todo caso fue un pueblo de esta zona. Nuestro objetivo era la casa del alcalde, en la que nos presentamos al caer la tarde *Ibáñez*, *Juan*, *Carlos*, *El Peca*, *Bernardino* y yo. *Pepito* y los restantes guerrilleros se apostaron en la calle para evitar toda sorpresa por parte de la Guardia Civil o de los miembros del Somatén.

Encontramos a la familia cenando. Registramos al alcalde por si llevaba armas encima y colocamos a todos en un rincón de la cocina para que no nos estorbaran. Un par de veces

apareció *Carlos* pavoneando su continente, se quedaba mirando a la familia apelotonada en el rincón con aire de perdonavidas y soltaba un par de palabras rebosando cinismo y mal gusto. La contemplación de esta escena me estaba poniendo mal sabor de boca pero, afortunadamente, no duró mucho: *Ibáñez* se dio buena maña en alistar un mulo cargado de ropa y comida.

Al salir a la calle reparé en una caja metida en uno de los serones y le pregunté a *Ibáñez* por el misterio que encerraba. Se trataba de una gramola que *Carlos* se había empeñado en cargar. “¿Para qué queremos nosotros este cacharro?” -pregunté al responsable de mi grupo-. “¡Qué le vamos a hacer...! No vamos a entretenernos ahora en descargarla”, me respondió, con lo cual me daba a entender que él tampoco veía la necesidad de cargar con la gramola. Salimos del pueblo con el mulo y al día siguiente le dimos suelta para que regresara a su pesebre. Nosotros seguimos con toda la carga hacia la cueva, sin otra novedad.

Caso curioso, recuerdo que uno de los discos que nos llevamos tenía la grabación del pasodoble “Islas Canarias”. Era la primera vez que escuchaba esta melodía y me gustó mucho. Desde este día, siempre que la he vuelto a escuchar, me recuerda a *Carlos* dando vueltas al manubrio y haciendo funcionar la gramola en lo más hondo de la cueva del barranco del Regajo.

El grupo de los Montes Universales regresó a su base dejándonos con la intendencia bien surtida y vestidos para una temporada. También nos dejaron, aunque se la podían haber llevado tranquilamente, la gramola, así como una plaga de piojos con la que nos las vimos y deseamos para quitarnos de encima.

Días más tarde, recibimos la visita de un segundo grupo integrado por los guerrilleros *Capitán, Paisano, Chato, Cubano* y *Pepito*, al que ya conocemos del grupo anterior. Se tuvo una reunión en la que se trató de la situación política de España como consecuencia del cierre de la frontera franco-española, noticia que nos llegaba con algunas semanas de retraso debido a la censura franquista y a la desinformación del pueblo. Se llegó a la conclusión de que era necesario realizar un esfuerzo para organizar el PCE en todos los pueblos de nuestra zona de influencia y ayudar a los obreros y campesinos a crear sus propios sindicatos de clase con vistas a las acciones de masas que se avecinaban, así como que nuestra agrupación tenía que desencadenar una ofensiva que la colocara al frente de la lucha antifranquista en Levante y Aragón e hiciera sentir a las fuerzas armadas la inestabilidad del régimen dictatorial franquista.

Por segunda vez, empezamos a sentir unos picores que nos advierten que nuestra intendencia no sirve tan sólo para alimentar a los guerrilleros que nos reunimos: pusimos el grito en el cielo y *Paisano* nos hizo saber que *Pepito* rara era la vez que andaba sin compañía de piojos. Por más que insistimos, no logramos hacer que se espulgara debidamente y nos vimos

infectados de miseria.

Posteriormente, visité el campamento de los Montes Universales, cerca de las Casas del Marqués y conocí al jefe del 11 sector, *Grande* y a los guerrilleros *Cubano*, *Francisco*, *Matías*, *Genaro* y *Arturo* o *Manquito*. *Francisco*, *Matías* y *Genaro* eran de las Casas del Marqués o de los pueblos cercanos. Desde el campamento se divisaban los tejados de Casas del Marqués, prácticamente todos sus vecinos eran puntos de apoyo de la guerrilla. Llegada la noche, los guerrilleros andaban como Pedro por su casa por la aldea visitando a las familias y sin preocuparse de si las voces eran más o menos altas. Y no podía ser de otro modo... si no ¿a qué venía tanta extrañeza como demostraron al visitar nuestro grupo?

Entre los guerrilleros se comentaba con grandes elogios, y no era para menos, la ayuda que en todo momento encontraban en Casas del Marqués, sobre todo en casa de “Las Rubias”. De éstas me contaron que en el curso de una velada de baile, acaramelaron de tal forma a una pareja de la Guardia Civil, que llegaron a enseñarles las cartucheras donde no llevaban más que dos peines de balas para sus fusiles Mauser. En otra ocasión, y con motivo del aniversario de la proclamación de la República, se subieron a un chopo y colocaron una bandera republicana que estuvo todo el día batiendo el viento hasta que fue retirada por la Benemérita.

Estos hechos que a la juventud de hoy pueden parecerles insignificantes y juegos de muchachos traviesos, en los años 40-55 se pagaban con lustros de cárcel y con palizas de muerte.

Nuestra presencia por la sierra de Javalambre empezó a ser un secreto a voces. Cierta día detuvimos en las proximidades de la cueva al secretario del Ayuntamiento de Riodeva, a su esposa y a una pariente de ésta que andaban buscando té de roca y no sé qué otras hierbas para hacer tisanas. Donde se les antojaba, las dos mujeres lanzaban un grito: “*¡señores maquis!, ¿dónde están?*”. Dejamos que prosiguieran con su juego hasta que advertimos que nos iba a resultar pesado porque encaminaban sus pasos en dirección de los riscos donde estaba la cueva. Les salimos al encuentro antes de que pudieran ver dónde teníamos nuestro campamento y, sin bien comprender a quiénes tenían delante, una de las mujeres abrió la boca para contestar a nuestro saludo y prorrumpió en una exclamación de asombro: “*¡Ay, Dios mío!, ¡pero si son los maquis!*”. Retuvimos a las tres personas hasta media tarde y después de repetirnos cien veces que no dirían ni media palabra a nadie, las dejamos marchar.

Por lo que pudiera suceder, nos trasladamos aquella misma noche al otro lado del barranco del Regajo, desde donde se podía vigilar la cueva. Me parece que cumplieron su palabra: en los días que estuvimos vigilando la cueva no se vio fuerza armada alguna por el barranco. Todo este periodo de idas y venidas, de contactos entre los grupos y del establecimiento de

una serie de puntos de apoyo en la zona, tiene un acento que interpretamos según nuestros deseos y esperanzas: la reciente derrota de la Alemania hitleriana no pudo por menos que repercutir en las Fuerzas Armadas, en la Falange y los requetés y en el Somatén; la coyuntura política de España tras el cierre de la frontera francesa, aparece indecisa para el franquismo y entre la Guardia Civil de los pueblos se crea una especie de compás de espera. La población también espera el desarrollo de los acontecimientos que forzosamente tiene que producirse. Nosotros nos movemos con bastante soltura y lo atribuimos a la “*descomposición del Régimen, al estrechamiento de su base social*” (palabras de la dirección del PCE) y a la lucha que va tomando vigor en toda España. Lo más sorprendente del caso es que no tenemos ninguna prueba que así lo atestigüe, que estamos aislados de las ciudades de las que no nos llega la más mínima información, lo que no impide para que se afiance nuestra idea de que la lucha armada unida a las acciones de la ciudad y del campo que, como visionarios, presentimos ya en marcha arrolladora, tienen que dar al traste con todo el tinglado franquista.

Asalto al tren pagador del Central Aragón (21)

Una vez aprobados los Estatutos, se imponía dar un impulso a la AGL y el eslabón de la cadena que nos faltaba era el concerniente a la cuestión económica. Sin dinero no podíamos vivir ni pensar en la organización de nuestra propaganda, y en los planes de nuestro Estado Mayor entraba la confección de un periódico que propagase nuestras acciones ya que podíamos dar por descontado que el franquismo guardaría un silencio celoso en torno a ellas. Se tenía pensado llamar a nuestro periódico “El Guerrillero”, pero para que el primer número viera la luz del día nos hacía falta dinero, mucho dinero. A solucionar este problema se orientaron todos los esfuerzos del Estado Mayor de la Agrupación.

El 11 sector atravesaba por aquellas fechas una situación bastante precaria y en nuestra

(21) Ferrocarril que unía Calatayud con Valencia por Teruel, cuya construcción se inició en 1894 por una compañía de capital belga. Entró en servicio en 1902, y en 1933 se inauguró el ramal Caminreal-Zaragoza. Fue absorbido por RENFE en 1941 y en 1985 se cerró el tramo Caminreal-Calatayud por no ser rentable.

ayuda vinieron los guerrilleros del 17 sector que habían cobrado un “rescate” por la hija del industrial Martín Artigot en el barrio de San Blas (cerca de Teruel). Por cierto, no todos los guerrilleros del 17 sector estuvieron de acuerdo, lo que originó un retraso durante el cual el 11 sector contrajo algunas deudas de poca monta con los puntos de apoyo que nos abastecían. Finalmente, apareció por la zona el jefe de la agrupación, *Antonio*, con alguna cantidad de dinero. Cuando tomó el camino de regreso al 17 sector, se detuvo en nuestro campamento y nos dejó el encargo de sacar información sobre el tren pagador del Central Aragón. A su partida, lo acompañé hasta el apeadero de Barracas, donde me puso en contacto con un enlace en el que nos tendríamos que apoyar para obtener la información deseada.

Esta operación la tenía el EM en cartera desde algunos meses pero, unas veces por una causa y otras por otra, nunca se habían unido los cabos para realizarla. *Antonio* continuó su viaje y yo me quedé en casa del enlace porque al día siguiente llegaba el tren pagador al apeadero. Sobre las siete y media de la mañana entraba en la estación. Me aseguré que mi pistola del 9 largo funcionaba bien y salí de la casa para examinar el tren de cerca. El convoy lo formaban seis vagones de mercancías cerrados, uno de los cuales había sido habilitado como pagador. Este vagón estaba dividido en dos partes separadas por un tabique de madera en el que se había practicado una ventanilla y montado una puerta. Detrás se encontraba el pagador de la compañía. En la otra mitad se habían instalado dos bancos corridos adosados a los laterales desde los que una pareja de la Guardia Civil, armada de fusiles y pistolas, montaba la guardia. Cuando se abrió la puerta del vagón, los obreros y empleados del apeadero que estaban esperando formando cola, subían y percibían el importe de sus salarios. El tren llegaba a hora fija.

De regreso al campamento, en la parte denominada Las Navas (la cueva la habíamos abandonado y nos servía tan sólo para guardar algunas cosas), pasada la carretera de Manzanera-Arcos de las Salinas y el río de Torrijas, le comuniqué a *Ibáñez* el resultado de mi descubierta. En posesión de los datos que le di, tuvo una reunión con *Pepito* y *Grande* y decidieron que al mes próximo bajara de nuevo al apeadero y me asegurara que todo se repetía del mismo modo, como así fue.

Reunidos, pues, estos pormenores y la hora de llegada del tren a Caudé, lugar elegido por el Estado Mayor de la AGL para llevar a cabo la operación, se presentaron en nuestro campamento, establecido nuevamente en el barranco del Regajo, los guerrilleros *Cubano* (Vargas), *Nelson* o *Cojonudo*, *Dedé* y *Manso* (Germán Amorrortu), el jefe de la agrupación *Antonio*, *Pepito* y *Grande*.

Por la hora de llegada del tren a Caudé, la operación se tenía que realizar por la mañana, lo que nos imponía la necesidad de asegurarnos una retirada rápida hacia los bosques. El Estado Mayor discutió bastante esta parte del plan hasta que llegaron al acuerdo de apoderarse de

un auto en Teruel para asegurar la retirada. Convenido este punto, se nos señaló a cada uno la parte del plan que tenía que realizar: *Manso*, de chofer, simularía una avería en el auto y se quedaría esperando sobre la carretera, al vernos llegar pondría el motor en marcha; *Grande* y *Juan*, en las oficinas donde concentraríamos a todos los empleados; *Ibáñez* y *Perico*, de guardia sobre el andén y *Pepito*, *Nelson* y yo, subiríamos al vagón mezclados con los obreros y, una vez desarmados los guardias civiles, daríamos la voz de “¡más madera!”, que serviría para avisar que todo iba bien y que *Antonio* podía venir para hacerse cargo del dinero. *Antonio* y *Manso* quedaron también encargados de apoderarse del auto en Teruel la víspera de la llegada del tren a Caudé. Se tenía pensado que el *Cubano* participara en la operación, pero tuvo que quedarse en el campamento porque le habían salido unos forúnculos muy malos que no le dejaban casi andar. Por si era preciso, se señaló como punto de concentración el cerro de la Mora, próximo al rodeneo de los Montes Universales. Partimos del barranco del Regajo los nueve guerrilleros indicados. Las etapas de la marcha estaban establecidas del modo siguiente:

1. barranco del Regajo-Rincón de Ademuz, por encima del Mas de Jacinto.
2. Mas de Jacinto-cerro de la Mora, entre Campillo y Teruel.
3. Cerro de la Mora-carretera de Teruel a Caminreal, entre la carretera de Teruel-Campillo, cerca del embalse de San Blas.
4. De aquí a un ramal de carretera que sale de la de Teruel-Caminreal y se dirige a Venta del Ratón, a una casa en ruinas frente a Caudé. Esperar aquí la llegada de *Antonio* y *Manso* con el auto para aproximarnos a Caudé.

En la tercera etapa, estando esperando que oscureciera para que *Antonio* y *Manso* entraran en Teruel para hacernos con el auto y dirigirnos a la casa en ruinas, se nos metió encima un tratante que pasó el día en nuestra compañía. Al registrarle por si llevaba armas encima, nos dimos cuenta que la cartera la llevaba bien provista de unos miles de pesetas. Entre nosotros cundió el deseo de quedarnos con ellas por lo que pudiera suceder. *Pepito*, con su optimismo nato, nos convenció diciendo que aquel puñado de miles de pesetas eran una miseria, que al día siguiente nuestra agrupación sería rica. Gracias a que teníamos en perspectiva un buen fajo de billetes, se libraron los del tratante de pasar a nuestras manos. Sobre media tarde *Antonio* y *Manso* salieron camino de Teruel, donde tenían que alquilar un taxi y una vez fuera de la ciudad, obligar al chofer a dirigirse a la casa en ruinas donde ya estaríamos esperando.

Hasta aquí todo fue perfectamente. Se hizo de día y, después de maniatar al chofer, lo metimos entre unos trigales con la recomendación, si quería conservar la vida, de no moverse mientras el auto permaneciera sobre la carretera. Próxima la hora de llegada del tren a Caudé, ocultándonos entre los trigos que ya estaban bastante altos, cruzamos el

terreno que nos separaba de la casa en ruinas hasta colocarnos encima de la vía férrea. Estábamos seguros que desde el punto elegido podríamos ver el tren mucho antes de que entrara en la estación. Agazapados como liebres entre los trigos, no quitábamos los ojos de los terreros por donde sabíamos que pasaba el tendido. *Pepito*, al que en ningún momento le vi perder el sentido del humor, se retiró unos pasos del grupo y nos dijo, uniendo la acción a la palabra: “*muchachos, hay que echar la meadita del miedo*”. Uno a uno nos fuimos apartando e imitamos tan proverbial conseja.

Todo el que tenía reloj no cesaba de consultar la esfera; la hora estaba encima y ¡ni el humo del tren! De pronto, y ante nuestras barbas asombradas, vimos surgir un penacho que, retorciéndose en miles de culebrinas, formaba un manto negro sobre los vagones. Todos nuestros planes de aproximación se vinieron al suelo en un santiamén. Como corzos, salimos corriendo por el terrero abajo en dirección de la estación. Entré como un torbellino en la oficina y me figuro que daría un vozarrón de trueno para intimidar a las dos únicas personas que encontré, a levantar los brazos. Tras mis talones aparecieron *Grande* y *Juan* que se hicieron cargo de la situación en la oficina.

A la vista del tren pagador, los obreros se iban concentrando sobre el andén y *Pepito* los tranquilizaba asegurándoles que no pasaría nada y que hicieran como tenían por costumbre. En esto pasó un obrero por la puerta de la oficina en la que se encontraba *Grande* viendo como se iban desarrollando las cosas y quiso hacerlo pasar dentro. El hombre como si tal cosa, siguió su camino; poco después regresaba sobre sus pasos y *Grande* plantándose delante y metiéndole el cañón de la metralleta en la barriga le soltó:

“*¡No ve que lo puedo matar si no me hace caso!*” “*Yo creí que era una broma*”, fue todo lo que pudo responder porque ya *Grande* lo empujaba al interior de la oficina al tiempo que le decía: “*¡Y esto!, ¿es también una broma?*”, mientras le ponía la metralleta debajo de las narices.

Todo sucedió en bastante menos tiempo que uno pone en escribirlo, y mientras tanto el tren ya se había detenido y los obreros esperaban en “cola” a que se abriera la puerta del vagón pagador. Detrás del primero estaba *Pepito* con la metralleta escondida debajo de su chaquetón de cuero; le seguíamos *Nelson* y yo con los brazos a la espalda y una pistola en cada mano.

Un guardia civil abrió la puerta y dio los buenos días. Los buenos días los iba a tener él sin tardar mucho. Sacando la metralleta a relucir, *Pepito* y *Nelson* encañonaron a los dos civiles y yo hice otro tanto con el pagador y me apoderé de la pistola del 9 largo que tenía al alcance de la mano. Se dio la voz convenida de “¡más madera!”. Uno de los guardias hizo un movimiento que no fue del agrado de *Nelson*, porque oí cómo le amenazaba con pegarle un tiro si no se estaba quieto. En este momento subían al vagón *Antonio* y *Juan*. Este último,

dirigiéndome la palabra, repitió un par de veces: “¿A quién se lo pago, paisano, a quién se lo pago?”.

En la parte trasera del vagón, formando un pasillo, estaba la caja fuerte. Bajo la amenaza de nuestras armas la abrió el pagador y le ayudé a *Antonio* a vaciarla de su contenido: ¡dos mochilas llenas de billetes!

Encerramos a la pareja de guardias civiles junto con el pagador en la oficina del jefe de la estación, donde ya había media docena de personas, y simulamos colocar una bomba en la puerta que haría explosión si intentaban abrirla. No era ninguna bomba, sino el mango de un pico que encontramos abandonado lo que cruzamos en la puerta.

Al llegar a la carretera donde *Manso* había quedado esperando, nos dimos cuenta que el motor no estaba en marcha: se le había calado al intentar arrancarlo. Lo empujamos unos metros pero, ¡que si quieres higos, tía Manuela! De un empujón poco menos que tiré a *Manso* sobre el otro asiento y me coloqué al volante. *Juan* salió corriendo en busca del chofer para que lo arrancara... Venían corriendo por la carretera cuando el motor, dando un par de explosiones en falso, se puso a dar vueltas regularmente. Mientras *Manso* se sentaba de nuevo al volante, *Juan*, abandonando al chofer en mitad de la carretera, nos dio alcance y nos perdimos en dirección de los caminos del bosque. Allí se quedó mi buen chofer con los brazos al cielo como diciendo: Y ahora yo, ¿qué hago?

Se corrió la voz de que dos motoristas de la Guardia Civil salieron en nuestra persecución... La verdad es que si fue así, nosotros no vimos nada.

Cruzamos un par de aldeas y, ya entre los pinares de los Montes Universales, descendieron del auto con todo el dinero *Antonio*, *Grande*, *Pepito*, *Ibáñez*, *Perico* y *Juan*. *Nelson*, *Manso* y yo seguimos adelante hasta que se nos quedó el auto embarrancado en un camino de arrastrar madera (me parece recordar que dando vistas a Valdecuencia). Por la noche nos reunimos en un pinar por encima del Mas de Jacinto y todos juntos nos dirigimos al barranco del Regajo donde nos esperaban *Bernardino*, *Julio*, *Dedé* y *Cubano*. Cruzamos el río Guadalaviar (Turia) por un puente cerca de la desembocadura del río de Riodeva y esta misma noche entramos en el campamento. El recibimiento fue de apoteosis: la alegría era patente en todos y las palmadas en la espalda estuvieron a punto de poner en peligro las costillas de los que llegamos. Calmados los ánimos, se pasó revista a nuestro botín. Vaciamos el contenido de las dos mochilas sobre una manta y se formó una pirámide de billetes de banco. Setecientas mil pesetas y pico (es lo que me parece recordar) se encontraban delante de nuestros ojos, así como dos fusiles y tres pistolas del 9 largo. La AGL había remontado su crisis monetaria y podía dedicarse al desarrollo de sus planes para el futuro.

Durante unos días, recordamos los pormenores de la operación y la facha de los dos civiles al ser desarmados y comprender que tenían la vida pendiente de un hilo que se podía romper

al menor movimiento sospechoso que hicieran. No pasó por la cabeza de nadie atentar contra sus vidas porque, como les dijo *Grande*, “*los guerrilleros no teníamos ninguna cuenta pendiente con los números de la Guardia Civil; que nuestra lucha iba dirigida contra el franquismo, responsable de la decadencia de España y de la miseria del pueblo; que siempre y cuando ellos no opusieran resistencia, no tenían que esperar represalia alguna por nuestra parte*”.

Que nadie vaya a pensar que los guerrilleros teníamos la peregrina ilusión de que el cuerpo y los números de la Benemérita fuesen a obrar de forma más humana y defender los intereses del pueblo; no se nos escapaba -y esto no es una frase vacía de contenido- que la lucha empeñada era una lucha a muerte y, que de habernos encontrado en el lugar de los guardias del tren, no hubiéramos salido ninguno con vida para poderlo contar. Pero era necesario demostrar, costase lo que costase, que no se trataba de “bandolerismo” y mucho menos de “terrorismo”, como propagaba la prensa franquista. Y esta actitud nuestra la mantuvimos todo el tiempo como línea de conducta.

El Tren Cometa

Después del asalto al tren pagador, el Estado Mayor de la AGL creyó oportuno realizar una operación en dirección opuesta para despistar en lo posible los rastreos de la Guardia Civil. El auto que dejamos abandonado en los caminos del monte no fue encontrado hasta dos o tres días más tarde; en este tiempo se planeó la operación que bautizamos con el nombre de “Tren Cometa” y contribuyó en no menor grado que la de Caudé, a dar popularidad a la AGL. Esta operación fue encomendada al grupo de los “*Maños*”, incluido *Juan*.

Prestos para la marcha, en nuestras mochilas se puede encontrar de todo: desde la comida necesaria para el viaje y unas pastillas de tolita, hasta gasolina, ácido sulfúrico, clorato de potasa y azúcar para preparar botellas de líquido inflamable. Las últimas advertencias las recibimos de los responsables *Grande* y *Pepito*. Nos ajustamos el cinto del que pende la pistola y los cargadores de la metralleta, se verifica si todo está bien sujeto en las mochilas y salimos del campamento. Los que quedan se despiden con una frase lacónica: “*¡suerte!*”. Cruzamos la sierra de Javalambre en una marcha, a la segunda pasamos tocando las casas de Torrijas y nos colocamos en lo alto de Las Navas, y a la siguiente paramos en los carrascales de Alcotas donde pasé una parte del día preparando las botellas de líquido

inflamable. Repartidas las tareas que cada uno tenía que realizar, esa noche nos acercamos al apeadero de Barracas y nos ocultamos en un campo de trigo casi a punto de segar. Bajo un sol de plomo, pasamos el día hasta que, como decíamos entre nosotros, se hicieron horas guerrilleras, es decir, empezó a ocultarse el sol entre las colinas. Al subir el terraplén de las vías nos dimos cuenta de que había un mercancías parado. No tardamos ni dos segundos en ponernos de acuerdo: cada uno salió disparado a cumplimentar la parte del plan que le había sido confiada. *Bernardino* y yo subimos a la máquina y retenemos al maquinista y al fogonero. *Ibáñez* y *Perico* se dirigieron al edificio del apeadero e hicieron otro tanto con el personal que encontraron, mientras que *Julio* y *Juan* se quedaban de guardia sobre el andén y se disponían a lanzar las botellas de gasolina contra los vagones. En este momento se le ocurrió a *Juan*, que conocía mejor que nadie las costumbres de viajar en España, que podía haber algún pasajero “de matute” debajo de las lonas que cubrían algunos vagones. Los registraron y, efectivamente, sacaron a un hombre que sin saber lo que sucedía, les suplicaba que lo dejaran continuar el viaje hasta no sé qué punto.

Los penachos de las llamas se elevaron al estrellarse las botellas de líquido inflamable contra los vagones; la fachada del pequeño edificio del apeadero se tiñó de rojo y me dieron la señal de poner el tren en marcha. Esperé todavía un rato para dejar que prendiera bien el fuego y desde mi puesto de improvisado maquinista, puse el convoy en movimiento. Cuando tomó velocidad salté al suelo y el tren desfiló delante de mis ojos con el toc, toc rítmico de las ruedas sobre las juntas de los rieles y el crepitar de las llamas.

¡Era un espectáculo imponente ver aquella antorcha corriendo en medio de la oscuridad de la noche!

En las oficinas encontré a *Ibáñez* reunido con los trabajadores a los que estaba dando una charla sobre el sentido de nuestra lucha por la República y sin tener prisa en concluir su improvisado discurso. Le insté para que no se entretuviera demasiado y salí a colocar dos cargas de tolita: una en las agujas de las vías y otra en la bomba de agua para abastecer los trenes. Regresé y todavía nuestro jefe de grupo seguía dando explicaciones sobre el robo organizado por la Fiscalía de Tasas y el Cupo Forzoso, sobre la miseria del campo y la necesidad de la reforma agraria, sobre los sindicatos verticales y las libertades democráticas.

Yo estaba sobre ascuas, como si me encontrara en uno de los vagones del tren incendiado que se divisaba por la pendiente de la cuesta Ragudo. “¡Vamos! -le dije- que eso hará explosión de un momento a otro”.

Ante el asombro de aquella media docena de personas que parecían dudar de que estuvieran despiertas, abandonamos la estación. Al cruzar las vías se produjo la explosión de las cargas y vimos cómo la bomba de agua se venía al suelo con estrépito de latas. Algunas

piedras rebotaron no lejos de nosotros como si nos quisieran advertir que la próxima vez nos diésemos más prisa.

Regresamos al campamento cansados y hambrientos pero satisfechos del trabajo realizado: nuestro objetivo había quedado cubierto en menos de 15 minutos. Esta operación debió de realizarse allá por el mes de julio o agosto de 1946.

Según nos informaron los enlaces de Manzanera, el “Tren Cometa” levantaría unos cinco kilómetros de vía antes de descarrilar y convertirse en un montón de cenizas y chatarra retorcida. Tomás Cossías, jefe de la Guardia Civil y miembro de la brigadilla Político-Social, comentando estas operaciones en su libro *La lucha contra el maquis en España*, escribe:

“El asalto al tren pagador en Caudé, el secuestro de la hija del conocido industrial Martín Artigot en su finca de San Blas, a cinco kilómetros de la capital (Teruel) y el lanzamiento cuesta abajo de un mercancías sin frenos en la estación de ferrocarril de Barracas, Castellón, vinieron a aumentar la tensión, la ansiedad y el estado de psicosis que, Teruel, capital, venía padeciendo... Comenzó por tanto a percibirse un enrarecido ambiente que procuraba campo propicio a toda clase de interpretaciones acerca del bandolerismo. Unos agigantaban las ‘acciones’ dándoles proporciones desmesuradas y hablando de catástrofes, voladuras y batallas con la fuerza pública, en tanto que otros trataban de encontrarles un fondo legendario mitad político y mitad generoso. Y entre corrientes de equivocada simpatía -disimulo a veces del propio temor- o de franco miedo y olvido de los deberes cívicos, producíase la colaboración y propaganda sagazmente utilizadas por los bandoleros al servicio del comunismo.

Llegó a producirse una verdadera psicosis de terror y hasta llegó a originarse un retraimiento al ejercicio de las acostumbradas actividades, con su secuela de quebrantos, incluso económicos”.

Con estas dos operaciones la AGL hizo patente su existencia y fueron la señal de alarma para que la Guardia Civil empezara a moverse en busca de los grupos guerrilleros del 11 sector. El grupo de los “Maños” dejamos el barranco del Regajo, que nos ofrecía muy poca seguridad y nos trasladamos a los Montes Universales, al campamento de *Grande* conocido por la “Plaza de Toros”, que tenía buenas defensas naturales. La Guardia Civil peinó literalmente el rodano llegando a corta distancia de la “Plaza de Toros”, sin más consecuencias por nuestra parte que un día de alarma general.

Asalto al polvorín de la Azufrera de Libros

Después de las dos operaciones que acabo de señalar, el 11 sector se quedó una temporada tranquilo hasta dejar pasar el grueso de la movilización. La Guardia Civil empezó a realizar pesquisas en el barrio de la Azufrera de Libros, en Riodeva y en Camarena de la Sierra, y los enlaces *Mateo* (paisano de *Perico*) y el minero de las minas de Libros, *Lorenzo*, subieron a las guerrillas para escapar a la represión y fueron agregados a nuestro grupo. A mediados de noviembre de 1946, el grupo de los “*Maños*” acampa nuevamente por el barranco del Regajo y nos desplazamos varias veces para entrevistarnos con los enlaces de Manzanera y el molino del Peinado, entre Torrijas y Los Cerezos.

La proximidad del 9 de diciembre, aniversario del secretario general del PCE, Dolores Ibárruri, trajo por nuestro campamento a un grupo de los Montes Universales con el jefe del 11 sector, *Grande* y el jefe del Estado Mayor, *Pepito*. Se tuvo una reunión de la que salió el acuerdo que para celebrar este día en la forma que correspondía a una agrupación guerrillera (de inconfundible sello comunista), lo mejor y más significativo era realizar una operación. Gracias a la información que facilitó *Lorenzo* y el enlace de Riodeva, se decidió asaltar el polvorín de la Azufrera de Libros. El 8 de este mismo mes nos reunimos por segunda vez para distribuir nuestras fuerzas y los objetivos que cada uno teníamos que asegurar. Se formaron dos grupos al mando de *Grande* y *Pepito*. El de este último, integrado por el grupo de los “*Maños*” más dos guerrilleros de los Montes Universales, tenía que sorprender al guardián y operar dentro del polvorín, y el de *Grande* asegurar la operación desde el exterior. Por la estación del año -las primeras nieves ya habían caído-, se decidió no tocar los caminos donde los rastros serían muy visibles y retirarnos en dirección de los Montes Universales siguiendo una antigua pista abierta en los años de la guerra civil para abastecer este frente, que nos ofrecía la seguridad de encontrarla limpia de nieve por estar expuesta a todos los vientos.

Podemos decir, pues, que la operación del polvorín fue dedicada expresamente al aniversario del secretario general del PCE, camarada Dolores Ibárruri *Pasionaria*.

El día 9 de diciembre lo pasamos tapando rastros en el campamento y limpiando las armas. Al oscurecer se abrió la marcha y tres horas después estábamos encima de nuestro objetivo. La operación se desarrolló rápida y sin ningún imprevisto, en menos de media hora todo había terminado: se sorprendió al guardián, que no opuso resistencia, penetramos en el polvorín y nos llevamos cinco cajones de dinamita, unas docenas de metros de mecha rápida y un par de cajas de fulminantes.

Conforme íbamos sacando los cajones, *Pepito* nos apremiaba: “*Rápido, al camión*”, para que fuera oído por el guardián y creyera en la existencia de ese vehículo para el transporte.

Abandonamos la mina dejando al vigilante maniatado y nos fuimos en busca de la pista. Como habíamos previsto, se encontraba barrida de nieve; por contra, un viento helado que bajaba de los picos de Javalambre nos cortaba la cara y ni el peso de los cajones de dinamita que de trecho en trecho nos pasábamos de mano, lograba hacernos entrar en calor. Esta noche la marcha fue agotadora y avanzamos poco, sin lograr alcanzar el río Guadalaviar como era nuestra intención. Nos vimos en la necesidad de buscar un lugar apropiado para pasar el día a unas cuatro o cinco horas de marcha del polvorín. La jornada transcurrió sin novedad. Por la tarde se introdujo una pequeña modificación al planteamiento inicial de retirada como consecuencia de que el guerrillero *Mateo* dijo encontrarse enfermo. Él mismo nos propuso que le acompañásemos hasta las afueras de Camarena donde entraría por su propio pie y se escondería en casa de unos parientes hasta reponerse.

Con *Bernardino* fui encargado de llevar a *Mateo* al pueblo; nos llevamos también un cajón de dinamita que escondimos en el barranco del Regajo. Dos noches después entrábamos en el campamento de la Plaza de Toros donde nos estaban esperando para trasladarnos a las barranqueras de pico Ranera, en la sierra de Mira y dejar los Montes Universales una temporada tranquilos.

A *Mateo* no volvimos a verle el pelo, toda su enfermedad no fue otra cosa que el miedo. Las guerrillas, con todo su rosario de privaciones, de noches de marcha agotadora y de miedos, en ocasiones mal contenidos, se le hicieron una cuesta que no fue capaz de coronar.

Mateo fue, que yo sepa, el primer desertor de la AGL y aunque la letra de nuestros estatutos condenaba con la pena de muerte los actos de esta naturaleza, nunca movimos una paja para buscarlo. Y, para que los hombres y sus actos queden en su debido lugar, puedo y debo decir que *Mateo* no delató nada y nos seguimos sirviendo de los enlaces de Camarena, del Mas de Jacinto, de Riodeva, de Manzanera y del molino del Peinado sin que sucediera ninguna anormalidad.

Esta corta disquisición sobre *Mateo* ha hecho que deje el hilo de la operación del polvorín y quisiera ahora volver a tomarlo. La astucia ideada por *Pepito* dio un buen resultado: empezó a circular la noticia de que los guerrilleros nos habíamos servido de un camión para el transporte de la dinamita, y la Guardia Civil, que se puso a rastrear nuestros pasos, lo hizo buscando las señales que forzosamente tenía que haber dejado. Y, he aquí, que estas ideas que le pasaban a *Pepito* por la cabeza como un relámpago, son las que le hacen decir a Tomás Cossías, en el libro ya citado, que “...era al mismo tiempo, un hombre refinadísimo en sus astucias para eludir la acción de la Justicia...”.

Como era de esperar, el franquismo volcó gran cantidad de fuerzas para dar con los grupos guerrilleros del 11 sector. Prácticamente puede decirse que toda la Guardia Civil de Teruel y de Valencia ocupó militarmente el Rincón de Ademuz y no hubo pueblo ni aldea donde

no se aposentaran como dueños y señores. Se practicaron bastantes detenciones y dieron palizas de muerte por la menor sospecha con la idea de sembrar el terror y privarnos de este modo del apoyo de los campesinos. Si bien todas estas medidas dificultaron nuestra existencia en el monte durante todo el año 1947 y parte del 48, no surtieron todo el efecto que la Guardia Civil esperaba; nuestros enlaces y puntos de apoyo, dando prueba de fidelidad a la causa republicana que les había entregado la tierra de los grandes latifundistas y terratenientes y que el triunfo de Franco les arrebató de nuevo, aseguraron al 11 sector el suministro y la información necesaria para que pudiéramos burlar la acción de las fuerzas armadas. Muchos días salían de sus casas al oscurecer, y tras burlar la estrecha vigilancia establecida, llegaban a nuestras citas con su mulo cargado de pan y harina y con los datos precisos de los movimientos de la Guardia Civil. Por otro lado cuando la Guardia Civil les pedía información sobre los guerrilleros, la daban deformada o bien decían que no tenían noticia de nuestra existencia.

Para una mejor ilustración de este período, veamos la opinión de algunas personas que, no distinguiéndose por sus simpatías a los ideales del comunismo, tienen del mismo. Eulogio Lima Pérez, coronel de la Guardia Civil:

“Las informaciones que recibía la fuerza eran casi nulas, y gran parte de ellas maliciosamente falsas o basadas en rumores o fantasías personales. Por otra parte, los confidentes de los bandoleros cumplían sus consignas con la más absoluta reserva y discreción...”

James O. Kelly, corresponsal de la agencia francesa de información Ider Press:

“Los guerrilleros españoles son verdaderamente héroes, puesto que luchan aislados, sin ninguna colaboración extranjera. Es algo muy distinto al maquis francés, por ejemplo. Éste recibía armas, munición y abastecimientos facilitados por la RAF. En España en cambio los guerrilleros tienen que hacer frente al régimen con su coraje y ninguna ayuda. A pesar de ello, la Guardia Civil tiene que permanecer a todas horas en las carreteras y vigilando las vías férreas”.

Y en *The Economist* de Londres se escribía:

“Las actividades guerrilleras parecen estar en aumento, y el gobierno, lejos de rebajar las medidas represivas, ha tenido que declarar las zonas rurales ‘Zonas militares’ y efectuar importantes operaciones militares contra los grupos guerrilleros en las provincias de Córdoba y Valencia...”

Y la dirección del PCE ¿cómo valora este periodo? Remitiéndome al testimonio de *Nuestra Bandera* por estas fechas escribía:

“Pese a todo el terror, pese a todas las dificultades que ha tenido que remontar, el movimiento guerrillero ha ido creciendo año tras año: y si en 1944 hubo doscientas acciones, en 1945 ya hubo trescientas cincuenta, y cuatrocientas cuarenta y seis en 1946, pasando a mil en 1947. Estas cifras escuetamente expresadas, hablan del aumento de la lucha guerrillera”.

The Economist de Londres llega a esta conclusión altamente significativa: “*en las guerrillas hay hombres de todas las tendencias*”.

Y si se llegó a incrementar la lucha guerrillera en los años que comprenden 1944-1947, es porque a la simpatía que levantaban estas acciones se sumó el hecho de que las fuerzas represivas, pese a todo su alarde, no llegaron a establecer contacto (por lo que atañe a las guerrillas levantino-aragonesas) con ningún grupo. Cuando descubrían un campamento nuestro, lo encontraban abandonado, en algunos casos, horas antes de llegar ellos.

Al plan de operaciones de nuestro Estado Mayor le faltaron un par de detalles para decir que fue completo: no se pensó en hacer depósitos de comida en el monte para los casos extremos. De haber tomado esta precaución se hubiera evitado la caída de algunos puntos de apoyo y nos hubiera evitado también muchos días de hambre.

Tampoco se pensó en coordinar alguna acción de los grupos del 17 sector con lo que llamar la atención de la Guardia Civil sobre otras zonas, y se dio el caso de que mientras éstos podían dormir a pierna suelta, los del 11 sector nos veíamos obligados a movernos en medio de toda la movilización y en una época en que se dejaban muchos rastros.

Al escribir hoy estas cuartillas y recordar los primeros pasos de la AGL, veo claros estos puntos que se nos pasaron por alto en el momento que sucedieron.

Nombres de los guerrilleros que participaron en las tres acciones referidas

Tren pagador:

Antonio, Jefe de la AGL. Miembro del Estado Mayor. 17 sector.

Pepito, Jefe del 11 sector. Miembro del Estado Mayor de la AGL (Montes Universales).

Grande, Jefe del 11 sector. Miembro del Estado Mayor de la AGL (Montes Universales)

Ibáñez, Jefe de Grupo (los “*Maños*”). 11 sector. barranco del Regajo (sierra de Javalambre).

Manso, chofer. 17 sector.

Nelson, 11 sector (Montes Universales).

Perico, Grupo de *Ibáñez* (los “*Maños*”). 11 sector. barranco del Regajo (sierra de Javalambre).

Juan, Grupo de *Ibáñez* (los “*Maños*”). 11 sector. barranco del Regajo (sierra de

Javalambre).

Chaval, Grupo de *Ibáñez* (los “*Maños*”). 11 sector. barranco del Regajo (sierra de Javalambre).

Tren Cometa (Apeadero de Barracas)

Ibáñez, Jefe de Grupo (los “*Maños*”). 11 sector. barranco del Regajo (sierra de Javalambre).

Perico, Grupo de *Ibáñez* (los “*Maños*”). 11 sector. barranco del Regajo (sierra de Javalambre).

Bernardino, Grupo de *Ibáñez* (los “*Maños*”). 11 sector. barranco del Regajo (sierra de Javalambre).

Juan, Grupo de *Ibáñez* (los “*Maños*”). 11 sector. barranco del Regajo (sierra de Javalambre).

Julio, Grupo de *Ibáñez* (los “*Maños*”). 11 sector. barranco del Regajo (sierra de Javalambre).

Chaval, Grupo de *Ibáñez* (los “*Maños*”). 11 sector. barranco del Regajo (sierra de Javalambre).

Polvorín de la Azufretera de Libros (22)

Pepito, Jefe del 11 sector. Miembro del Estado Mayor de la AGL (Montes Universales).

Grande, Jefe del 11 sector. Miembro del Estado Mayor de la AGL (Montes Universales)

Paisano, 11 sector (Montes Universales).

Nelson, 11 sector (Montes Universales).

Dedé, 11 sector (Montes Universales).

Chato, 11 sector (Montes Universales).

Peca, 11 sector (Montes Universales).

Ibáñez, Jefe de Grupo (los “*Maños*”). 11 sector. barranco del Regajo (sierra de Javalambre).

Perico, Grupo de *Ibáñez* (los “*Maños*”). 11 sector. barranco del Regajo (sierra de Javalambre).

Julio, Grupo de *Ibáñez* (los “*Maños*”). 11 sector. barranco del Regajo (sierra de Javalambre).

Bernardino, Grupo de *Ibáñez* (los “*Maños*”). 11 sector. barranco del Regajo (sierra de Javalambre).

Chaval, Grupo de *Ibáñez* (los “*Maños*”). 11 sector. barranco del Regajo (sierra de Javalambre).

Juan, Grupo de *Ibáñez* (ingresado del país, posiblemente de Teruel).

Lorenzo, Grupo de *Ibáñez* (ingresado del país, posiblemente de Libros).

Mateo, Grupo de *Ibáñez* (ingresado del país, de Camarena de la Sierra).

(22) Se sale del barranco del Regajo (sierra de Javalambre). La retirada se hace al campamento de la “Plaza de Toros” (Montes Universales).

SE AMPLÍA LA ZONA DE LA AGRUPACIÓN GUERRILLERA DE LEVANTE

Reunión ampliada del Estado Mayor de la AGL

Para descongestionar el Rodeno en los Montes Universales, el pico Ranera en la sierra de Mira y dar un poco de descanso a los puntos de apoyo que nos suministran y que corren un grave riesgo por las actividades de la Guardia Civil, de la Falange y de los somatenistas que controlan todas las entradas y salidas de los pueblos, *Paisano* se trasladó con su grupo a los montes de Titaguas, donde contamos con varios puntos de apoyo. Mientras tanto, el grupo de los “*Maños*” regresamos una vez más a la sierra de Javalambre, al otro lado de la carretera que, pasando por Manzanera y Torrijas, sube hasta Arcos de las Salinas, en la parte denominada Las Navas, donde los puntos de apoyo de Manzanera, Paraíso Alto, Paraíso Bajo y el del molino del Peinado, nos pueden suministrar. La temporada que pasamos por esta zona la aprovechamos para discutir con ellos la situación política de España y, basándonos en los artículos que publica *Mundo Obrero*, propagar las soluciones que el PCE propone para sacar a España del atraso a que el régimen franquista la ha llevado.

Estas reuniones las tenemos por lo general en el bosque, y alguna que otra en el molino del Peinado, una vez oscurecido.

Esta norma de conducta la realizamos de forma constante. Era la única que nos podía asegurar la colaboración de la población campesina con la que entrábamos en contacto y que sentía la necesidad de la reforma agraria como algo entrañablemente suyo. Piedra a piedra, se iba construyendo el edificio sobre el que asentar la unidad del proletariado y de los

campesinos como fuerza motriz de la revolución, del paso de una democracia republicana avanzada a la democracia socialista.

Las Navas no nos daba mucha seguridad para tener un campamento más o menos estable por estar bastante despoblada de bosques y maleza baja; por otro lado, aunque con muy pocas viviendas campesinas por ser una zona extremadamente fría, era fácilmente transitable. Existían muchas trincheras de la guerra y se habían llevado a cabo grandes talas de pinos para construirlas y despejar el terreno delante de las alambradas de las que todavía se podían ver restos por muchas partes.

Tan pronto vimos que las nieves empezaban a deshelar, cargamos con nuestros trastes y nos fuimos al barranco del Regajo. Enlazamos con *Grande* y nos dijo que se tenía pensado celebrar una reunión ampliada del Estado Mayor de la Agrupación y que ésta tendría lugar en nuestro campamento. *Ibáñez* me envió con *Bernardino* y *Juan* al molino del Peinado para traer todo el pan y la harina que pudiéramos cargar en nuestras mochilas, esperando luego al grupo que tenía que llegar con *Grande* y *Pepito*, cerca de unas eras por encima de las salinas de Arcos. Más de una hora llevábamos en el lugar convenido y del grupo guerrillero no había ni señales. Clareaba el día y por falta de bosques nos metimos en una caseta desde donde podíamos vigilar el camino que subía de las salinas y que, forzosamente, tenían que seguir. El sol asomaba por lo alto de los cerros cuando vimos avanzar a dos guerrilleros camino adelante que venían como exploradores. Tras ellos, a unos cien metros de distancia, apareció el resto del grupo. En cabeza marchaba un mulo bien cargado de suministro que llevaba del ramal *Simón* ⁽²³⁾. *Bernardino*, *Juan* y yo nos quedamos perplejos ante aquella marcha de día y por un camino descubierto, del grupo que, como ya he dicho, estaba compuesto por *Grande*, *Pepito*, más los guerrilleros *Nelson*, *Peca*, *Paisano*, *Capitán*, *Matías*, *Francisco*, y el enlace con su mulo. *Bernardino*, con su nerviosismo habitual, les llamó la atención en el sentido de que aquello era una imprudencia y un peligro muy grande, y aunque la razón le asistía en todo y por todo, ni *Grande* ni *Pepito* le dieron mayor importancia.

Para evitar en lo posible ser vistos desde las lomas cercanas, abandonamos el camino y nos metimos monte a través. Salimos cerca del barranco del Regajo y, a cosa de una hora de marcha del campamento, descargamos el mulo para que *Simón* regresara a su pueblo y no conociera nuestro emplazamiento.

Viendo que cada guerrillero llevaba su mochila bien repleta, *Grande* fue partidario de

(23) *Simón*, punto de apoyo. A los pocos meses de conocerlo se “quemó” y subió a las guerrillas para librarse de las uñas de la Guardia Civil.

esconder la carga del mulo y llegarnos al campamento para que otros salieran en su busca. Me pareció que si hacíamos un esfuerzo podríamos llevarla nosotros y evitar más entradas y salidas del campamento. Le comuniqué a *Grande* mi pensamiento y aunque puso en duda que pudiéramos con todo, hicimos la prueba. Junto con la comida, se había descargado una máquina de escribir que, al vernos cargados como acémilas, agarró *Grande* en uno de los arranques que solía tener y salimos andando.

Digno de una buena fotografía era ver a este amigo con su mochila que le llegaba por debajo del culo y la máquina rozando las matas. Durante el trayecto, maldijo mi estampa más de una vez y aseguró que era la última vez que me hacía caso: *“prefiero que me maten los civiles antes que reventar cargado como un mulo”*. Ésta era una de sus muchas letanías, pero en el momento de la verdad no le quedaba otra salida que apechugar con la parte de sopas que le correspondía.

Al entrar en el campamento, nos encontramos con que había llegado el jefe de la agrupación, *Antonio*, y un conocido mío de Francia. Nos fue presentado como el secretario general del Comité Provincial de Valencia, camarada *Andrés*. Este encuentro estuvo muy lejos de alegrarme y el saludo que nos cruzamos, al menos por mi parte, fue bastante frío.

Conocía a *Andrés* (Vicente Galarza, natural de Buñol, Valencia) de la 31 Brigada de Guerrilleros Españoles en Francia en la que desempeñaba el cargo de jefe de Estado Mayor, con graduación de capitán. Por aquel entonces me encontraba bajo sus órdenes más o menos directas por ser yo ayudante del teniente de información y cartografía de la brigada, Carranza. Dicho sea de paso, el teniente Carranza entendía bien poco de estas cosas y todos los superponibles que se levantaron de la Pointe de Grave, salieron de mis manos mientras él se apuntaba los tantos y hacía méritos delante del “Barbas” (J. Casado, jefe de la 31 Brigada) y de algunos oficiales franceses del coronel Carnot, jefe militar de la 8ª Región, con puesto de mando en Burdeos. *Andrés* y un tal *Alba* llevaron a cabo una política sectaria que apartó a muchos militantes de la CNT de la brigada. Se dieron casos vergonzosos de que viejos guerrilleros probados en la lucha contra el ocupante nazi, estaban arrinconados por el sólo hecho de no pertenecer al PCE, mientras que elementos recién llegados, todos paisanos de *Andrés*, que no se sabía de dónde salían ni lo que habían hecho y en algunos casos con antecedentes algo dudosos de su paso por los campos de concentración, ocupaban puestos bien retribuidos con los grados de teniente y capitán por el sólo mérito de ser miembros del PCE. Llegado el momento del “reparto” de los despojos hitlerianos, nos abandonaron cuando se planteó el paso de la frontera franco-española.

Me consta que *Andrés* y *Alba* tenían un marcado interés en sacarme del puesto de mando de la brigada para poner en mi lugar a otro de sus amigotes. No lo consiguieron porque en la brigada estábamos un buen número de cenetistas y aunque fuera a la trágala, los comunistas

se veían obligados a contar con nosotros. A otro que también intentaron darle la patada en el momento de la liberación de Francia fue a *Juanito*, jefe del Cuerpo de Tren de la Brigada. No lo consiguieron por la intervención enérgica de Enrique Corachan, comunista que gozaba de una cierta influencia entre muchos jefes de guerrilleros. Más adelante hablaré de él. Todo esto estaba todavía demasiado reciente para haberlo olvidado y de aquí se desprende que no viera con buenos ojos ni me infundiera mucha confianza mi antiguo jefe de Estado Mayor.

Tomás Cossías dice de él:

“...guerrillero de máximo prestigio que había llegado de Francia..., recibió la orden de marchar a Valencia para hacerse cargo del mando de la Agrupación de Levante. Esta designación se debió en parte a su prestigio... Se le asignó la categoría de comandante”.

Quiero precisar aquí que en la agrupación no existió nunca graduación militar ni de palabra ni con emblemas, todo lo más se usaba la palabra “jefe” o “responsable” en los distintos grupos guerrilleros para designar a la persona que estaba al frente de la agrupación, del sector o de los grupos. Lo corriente era llamarnos todos por nuestro nombre de guerra. Si *Andrés*, muy inclinado a las pompas militares, siguiendo al pie de la letra un punto de nuestros estatutos redactado con vistas a un mañana que no llegó, se autoconcedió la categoría de comandante o la dirección del PCE en Francia lo envió a España con ésta, es cosa que ignoro y que dice muy poco en favor de los hombres que estaban al frente de la organización de la lucha, y mucho de lo poco informados que estaban sobre el carácter que reviste todo movimiento guerrillero, sobre todo como el que se intentaba crear en España. Declino hacer otro comentario sobre su “prestigio”, pero considero que la dirección del PCE para las guerrillas no fue muy afortunada en su elección para un puesto de tanta responsabilidad como el provincial de Valencia, y menos que se intentara hacer partir nuestra dirección desde la capital valenciana.

En un movimiento guerrillero con las características del que se intentaba fomentar en España, los jefes tenían forzosamente que participar de todas las vicisitudes de hambre, frío, cansancio agotador y abstinencia completa de todo contacto sexual. Tenían que compartir nuestra existencia en el monte y el acoso de las fuerzas armadas, así como dar ejemplo en los momentos difíciles si querían que fuese aceptada su jefatura y no se viese resquebrajada la disciplina de los guerrilleros.

Por estas consideraciones elementales y más que podría agregar, considero que la dirección del PCE en Francia veía bastante color de rosa la situación política y social de España y el desarrollo de la lucha guerrillera.

Se llevó a cabo la reunión prevista y de ella salieron disposiciones que me afectaban directamente. Lo fundamental que en ella se trató fue la aparición de un grupo guerrillero

que pasaba a formar parte de la AGL y al que se le asignaba el nombre de 5 sector, por las demarcaciones de Utiel y Requena y la zona que partía del ferrocarril Valencia-Cuenca, con infiltraciones por tierras de Albacete y Murcia. Como jefe del 5 sector se nombraba al guerrillero *Tomás* (Atilano Quintero Morales), ausente en esta reunión. Otra de las disposiciones que se tomaron fue el lanzamiento de una campaña de reclutamiento para las guerrillas y el traslado al 5 sector de los guerrilleros *Julio*, *Peca*, y el mío para hacerme cargo del mando de un grupo. Se nos comunicó también que el jefe de la AGL pasaba a depender de *Andrés*, lo que hacía de éste, por afinidad política, una especie de responsable político y jefe supremo de la agrupación, disposición que en la práctica solamente fue aceptada de palabra ya que, de hecho, la dirección de la Agrupación partió siempre del monte, de los responsables *Antonio*, *Grande* y *Pepito*. Y cuando *Antonio* cayó en un encuentro con la Guardia Civil, *Grande* y *Pepito* aseguraron la continuidad de la dirección de la AGL por acuerdo tácito de todos los guerrilleros.

No adelantaré aquí nada sobre la gran campaña de reclutamiento para las guerrillas que *Andrés* pensaba lanzar desde Valencia, cuando llegue el momento ya diré algunas palabras. Pero no estará de más, porque viene a cuento, señalar algunos pensamientos que *Andrés* manifestó al terminar la reunión: plagado de su amor por las pompas militares, ya está pensando en el uniforme que será más vistoso para los guerrilleros; en la posibilidad de organizar el descenso de paracaídas con armamento, vestimenta y dinero en la sierra de Javalambre.

No se puede negar que *Andrés* tenía grandes “perspectivas” para nuestra agrupación. Este era el hombre de “prestigio” que el PCE nos enviaba para organizar y dirigir la AGL.

El marxismo nos señala que “el hombre piensa como vive”. Y si *Andrés* vivía en Valencia y tenía la mesa servida, la ropa limpia y una cama para dormir, es natural y lógico que pensase de forma muy distinta a la nuestra, que no teníamos ninguna de estas comodidades.

La noticia de mi traslado no llegó a entusiasmarme: a las reservas que me inspiraban *Andrés* y la configuración geográfica del terreno donde tendría que desenvolverme, y que no era para echar en saco roto, se sumaban mis sentimientos personales que, aunque nada tuvieran que ver con la lucha, no dejaban de jugar su papel. Para mí el traslado suponía ante todo separarme del grupo de los “*Maños*” que pasamos juntos la frontera, juntos compartimos el hambre, la sed y el frío, las noches de marcha perdidos entre las montañas y los días de intranquila espera en un silencio agobiador y doloroso.

Nunca me he llegado a explicar mi traslado al 5 sector para hacerme cargo de un grupo guerrillero que ni conocía ni en el que me conocían. Buscar méritos o cualidades para el mando, que otros guerrilleros no poseyeran, me resultaba imposible; tampoco podía pensar que fuera dictado por afinidad política puesto que ser militante de la CNT más se podía

considerar una desventaja que un aval. Lo natural en este caso y teniendo presente que la AGL era una agrupación comunista y dirigida dentro y fuera del país por comunistas, es que se pensara en algún guerrillero militante del PCE. ¿Cómo explicar mi elección?

No encuentro otra que la selectividad de camaradería: *Pepito* y *Grande* tenían una debilidad especial por los guerrilleros de los Montes Universales y muy particularmente por *Nelson*, *Cubano*, *Capitán*, *Dedé*, *Paisano* y *Vitini* de los que procuraban estar siempre rodeados; eran sus hombres de confianza. Al grupo de los “*Maños*” se le consideraba todavía por estas fechas como al familiar que padece algún defecto físico o mental al que se le transigen sus salidas de tono y sus extravagancias. Todas nuestras precauciones son vistas como exageraciones y fuera de lugar por la inmensa mayoría de los guerrilleros que, desgraciadamente, solo cambiarán de actitud cuando las fuerzas represivas hayan descargado sus primeros golpes sobre la guerrilla levantino-aragonesa.

Con la organización del 5 sector puede decirse que se cierra el período fundacional de la AGL y el de la existencia del grupo de los “*Maños*”. Me queda el triste recuerdo de ser el único superviviente de este reducido grupo guerrillero para poderlo contar. Fue un período durante el cual la agrupación se abrió paso en una serie de pueblos de la provincia de Teruel, Cuenca, Castellón, Valencia, Huesca y Zaragoza estableciendo una pequeña red de puntos de apoyo y enlaces en las zonas rurales que fueron el puntal indiscutible sobre el que descansó toda nuestra vida guerrillera. La mayoría, por no decir su totalidad, eran campesinos pobres y obreros agrícolas, gente sencilla sin más ambición que poseer un pedazo de tierra para trabajarla y poder alimentar a su familia. Expuestos día y noche a ser detenidos por la Guardia Civil, no podían esperar otra recompensa a sus sacrificios que las torturas y la cárcel en el mejor de los casos, cuando no un balazo por la espalda como resultado de la aplicación de la Ley de Fugas. Fue un período en el que los responsables de la agrupación, *Antonio*, *Pepito* y *Grande*, confeccionaron decenas de octavillas llamando al pueblo a la resistencia armada; se popularizaron las ideas republicanas, y siguiendo las consignas de unidad nacional, preconizadas por el PCE, se hicieron llamamientos a las fuerzas armadas de la Guardia Civil y del Ejército para que no se prestaran a ser los verdugos del pueblo. Ofrezco a continuación el texto de dos de estas octavillas que fueron lanzadas en los pueblos y carreteras de las provincias de Cuenca y Teruel.

Octavilla dirigida a la Guardia Civil:

“Esclavos de vuestros galones, sois víctimas y explotados del mismo régimen que defendéis.

Muchos estáis aún a tiempo de poneros al margen de la justicia republicana y otros de aminorar vuestras penas con un buen comportamiento futuro... Este Estado Mayor ha procedido a la apertura de un fichero en el que constará la actuación de cada uno de

vosotros y la relación de los hechos en los que hayáis tomado parte...”.

En esta octavilla aparece la pluma de Pepito con sus ideas propagandísticas. En la AGL no existió ni pudo existir nunca fichero que valga, por la sencilla razón de que nos faltaba toda información para establecerlo.

Octavilla dirigida a los soldados:

“¡Soldado!: Niégate a luchar contra los guerrilleros. ¡No te juegues la vida por cincuenta céntimos! ¡Abandona el arma en el combate o pásate a nuestras filas! ¡Rompe el percutor de tu fusil!”.

También esta octavilla tiene todos los visos de haber sido escrita por *Pepito*. Puede dar la falsa impresión de que el Ejército participó activamente contra la AGL, cosa que no fue así. Las pocas veces que el franquismo echó mano de los soldados, actuaron mezclados con la Guardia Civil. El Ejército Español no estaba adiestrado en la lucha antiguerrillera ni moralmente preparado para reprimir a la población campesina que nos apoyaba.

No quisiera faltar a la realidad; me parece que fue en esta reunión cuando vi el primer número de nuestro periódico *El Guerrillero*. Debajo del título llevaba un pie que decía: “Editado en las montañas levantinas”.

Este pie no corresponde a la estricta realidad, *El Guerrillero* se editó también en las montañas turolenses, entre los Montes Universales y la sierra de Albarracín. Aparte de algunos comentarios, en su mayoría debidos a la pluma de *Pepito* y de *Grande* sobre la situación política y social de España, de la propagación de la República y del papel del PCE como organizador y dirigente de la clase obrera y de los campesinos, se insertaban las operaciones llevadas a cabo por la agrupación. Cuando éstas tenían un marcado sello político como los asaltos al tren pagador de Caudé, el tren mercancías del apeadero de Barracas o al polvorín de la Azufrera de Libros (de este hablaré más adelante), su redacción se ceñía lo más posible a la realidad. Si se trataba de operaciones de suministro o “rescates”, se daban a conocer de tal modo que apareciesen como multas que la agrupación imponía a los elementos colaboracionistas del franquismo cuales eran alcaldes, jefes del Somatén y de la Falange. *Pepito* casi siempre introducía algún parrafillo de su cosecha que, generalmente, abultaba la acción con fines propagandísticos. Su tirada fue siempre muy reducida (cuatrocientos o quinientos ejemplares a lo sumo), ya que conseguir el papel y la tinta para nuestra multicopista estaba casi por encima de nuestras posibilidades económicas y orgánicas. Estas compras eran sumamente arriesgadas y ponían en constante peligro al enlace que las realizaba. La tinta, fundamentalmente, había que adquirirla en varios establecimientos y eso que las cantidades eran siempre mínimas.

En esta reunión quedó oficializada la Agrupación Guerrillera de Levante (AGL).

Aceptadas las disposiciones salidas de la reunión, me encuentro en un mano a mano con

Grande. Tumbados sobre las pieles de oveja, de las que todos han dejado de mofarse pues han experimentado su utilidad, me está soltando un rollo de recomendaciones: “*En caso de apuro, ya sabes, tira con todos para arriba*”. Apuros no me faltaron como no le faltaron a nadie y más de una vez tuve que “tirar con todos para arriba”. Es decir, buscar el apoyo de los campamentos del 11 sector que mandaba *Grande*. Esto originó que el 5 sector fuera de una existencia muy problemática y en un par de ocasiones dejara de existir y fuera necesario organizarlo de nuevo.

Seis metralletas para la guerrilla levantina

Anteriormente, he sacado a relucir el nombre de Enrique Corachan, natural de Buñol (Valencia). Lo primero que deseo es dejar bien sentado que con él me une una buena amistad desde el maquis francés donde nos conocimos, porque siempre se mostró imparcial en sus puntos de vista. En Usti-nad-Laben (Checoslovaquia) nos volvimos a encontrar y esta amistad se ha ido consolidando en todos los terrenos. Digo esto porque no quiero que lo que sigue a continuación vaya a ser mal interpretado.

En repetidas ocasiones he oído decir que un grupo guerrillero llegado de Francia dejó en las inmediaciones de Buñol seis metralletas escondidas con el propósito de que sirvieran para armar a la guerrilla levantina. Conocí en Francia a casi todos los componentes de este grupo y sobre todo, como dejo dicho, a Enrique Corachan, que era su responsable. Desde que pisaran tierra española, en los últimos meses del año 1944, actuaron como si la situación en nuestro país fuera de un auge revolucionario arrollador, como lo había sido en los últimos meses de la liberación de Francia, donde todo el pueblo se alzó contra el ocupante nazi. No se detuvieron a pensar que el hecho de que esto no fuera así, sin entrar en más consideraciones, tenía forzosamente que determinar una táctica de lucha muy distinta a la seguida en el país vecino. Los dieciocho hombres que integran este grupo son muchos hombres para un grupo de paso, cosa que no valoraron en su justa medida como lo demuestra el hecho de que se fueran dejando ver por el camino, que entraran en las casas de campo, que charlaran con leñadores y carboneros con los que se tropezaban en el monte y que en no pocas ocasiones eran los propios guerrilleros quienes iban en su busca. Se comprende que no tardaran en ser localizados por la Guardia Civil que les iba pisando de cerca los talones. Y llegó lo inevitable: el enfrentamiento armado y las bajas de los guerrilleros. Sobre el mes de marzo

o abril de 1945 llegan los supervivientes a las inmediaciones de Buñol. Doce guerrilleros han quedado en el camino muertos, heridos o desaparecidos. Confundiendo su tarea, hacen varios intentos para establecer ligazón con el PCE en Valencia, que resultaron infructuosos porque de lo que se trataba en estos años era de organizar el PCE, no de buscar su contacto. Por este tiempo se puede decir que no existían organizaciones, propiamente dichas, del PCE; eran grupitos de tres o cuatro personas bien conocidas que se entrevistaban para cambiar impresiones sin atreverse a ampliar su radio a otras personas antifranquistas por miedo de la salvaje represión a todo lo que tuviera el más ligero matiz republicano y, fundamentalmente, contra los comunistas. Ante el fracaso de sus intentos de establecer contacto con el PCE en Valencia, acuerdan disolver el grupo, quedándose Corachan con las seis metralletas que deja ocultas en un muro, y tras levantar un croquis del lugar emprende el camino de regreso a Francia y da cuenta al partido de su fracaso. Posteriormente estas armas fueron recuperadas por *Pepito* y sirvieron para armar a la guerrilla urbana de Valencia, lo que no quiere decir que fueran dejadas con este fin determinado, como el propio Corachan manifestó más de una vez en mi presencia, queriendo justificar un acto que nadie le recriminaba y, que hoy, después de la experiencia vivida, teníamos que haber adoptado todos.

Enrique Corachan ocultó las metralletas porque suponían un impedimento para el desplazamiento de los guerrilleros al disolverse el grupo. Cada uno tiró por su lado sin dejar tras de sí ningún punto de contacto posible.

Ésta es, a rasgos generales, la historia de las seis metralletas. Con escasas semanas de diferencia coincidió la salida del grupo de los “*Maños*” de Cinclar con el regreso de Corachan a Francia, y año y medio más tarde se fundaba la AGLA y me destinaban a su tierra natal.

EN EL 5 SECTOR

(agosto 1946-enero 1947)

Enlace con *Tomás*, jefe del 5 sector

Con la casa a cuestas como el caracol, estamos preparados para emprender la marcha al 5 sector. Nos acompaña *Andrés*, que conoce el lugar donde tiene que realizarse el enlace con *Tomás*, a quien tiene que informar de las disposiciones tomadas en la reunión del barranco del Regajo. Como guías, llevamos a *Nelson* y un guerrillero de los Montes Universales (no recuerdo su nombre). Si *Julio*, *Peca* y yo vamos un tanto tristonos, no sucede lo mismo con nuestros compañeros, que van campechanos porque, según las disposiciones tomadas, son los que tendrán que asegurar el enlace del 5 sector con el 11 sector. A *Nelson* le entusiasma la idea de los desplazamientos por parejas y a ser posible solo. Esto le daba la posibilidad de entablar relaciones un tanto personales con los puntos de apoyo y si la suerte le deparaba tropezarse en ellos con alguna mujer joven y bien parecida, no despreciaría la ocasión para hacerle la rueda como los pavos.

Después de dejar a nuestra espalda los barrancos de la sierra de Javalambre donde quedaban mis recuerdos de las primeras acciones de la AGL, en dos noches de marcha llegamos al campamento que tienen en común *Paisano* y *Capitán*, no lejos de las Casas del Marqués, en la provincia de Cuenca, donde suministramos y en otras dos noches nos colocamos debajo de la ermita de San Antonio, entre Sinarcas y Camporrobles, dando ya vista a los llanos de Utiel. Descansamos con nuestra guardia correspondiente y, al caer la tarde, comenzamos a recoger nuestras cosas y a tapar los rastros que habíamos hecho. Al descubrirnos en esta

faena, el amigo *Andrés* nos dijo: “*No tapar nada, si lo descubren que vean que no tratamos de ocultarlo. ¡Hay que dar la impresión de que somos muchos!*”.

Me consta que no convenció a nadie con este razonamiento pero nos callamos e hicimos lo que él decía. *Julio* se me quedó mirando de una forma muy especial, como diciendo: este hombre está mal de la chaveta.

Esta táctica, que ni con muletas podía tenerse de pie, no fue nunca adoptada por la AGLA y únicamente se practicó en este viaje. Los guerrilleros continuamos ocultando los rastros y ya nos podíamos poner las barbas en remojo si dejábamos más de los humanamente inevitables.

Se suele decir que “para muestra, con un botón basta”. Ya tenemos, pues, el botón de muestra de las ideas y conceptos que se formaba *Andrés* de la lucha guerrillera y de la situación del régimen franquista. Sobreestimaba nuestra fuerza de forma desorbitada y en la misma medida subestimaba la fuerza del enemigo que tenemos delante y su capacidad para maniobrar con la posición geográfica de España en el Mediterráneo.

Nada digno de mención sucedió en las marchas siguientes. Entramos en zona del 5 sector y, en un punto de apoyo próximo a Villargordo del Cabriel, establecimos contacto con *Tomás* (Atilano Quintero Morales), que nos estaba esperando en compañía de *Peñaranda* y *Fortuna* (mejor conocido por *El Manco de la Pesquera*). Pasamos el día en la casa del punto de apoyo y *Andrés* y *Tomás* estuvieron largo rato tratando de los planes futuros para el 5 sector; luego los tres guerrilleros que bajamos del 11 sector para quedarnos en el 5, fuimos presentados a nuestro nuevo jefe, e igualmente se hizo con *Nelson* y su acompañante como enlaces del 11 sector.

Es curioso que *Andrés* no dijera nada sobre la elección de *Tomás* como jefe del 5 sector, sin embargo éste se comportó todo el tiempo como tal, lo que me hizo suponer que era una cuestión zanjada entre los dos con anterioridad a la reunión del barranco del Regajo. Llegada la noche, salió *Peñaranda* con los dos enlaces del 11 sector en dirección de las hoces del río Cabriel donde había un campamento y nosotros, guiados por *Fortuna*, lo hicimos camino del campamento de La Portera, en la sierra del Asno, en las estribaciones de la sierra Martés.

Cruzamos el llano de Utiel plantado de viñedos a los que no tardé mucho en cogerles ojeriza: los sarmientos se entrecruzaban en las piernas y hacían que nos diéramos algún porrazo que otro seguido mentalmente de las mayores imprecaciones. Con las piernas azotadas por decenas de sarmientazos y algún arañazo que otro en la cara, ganamos las primeras lomas de la sierra del Asno. Son éstos unos montes que por comparación a los del 11 sector, mueven a risa: cerros mal poblados de pinos y poca maleza baja, transitables en todos los sentidos y al pie de los cuales, un poco a lo lejos, serpentea la carretera de Madrid-Valencia. Hay otra

que, partiendo de Requena, pasa por Casas Ibáñez en dirección de Albacete y una tercera, que también parte de Requena, después de pasar por La Portera, baja en busca de Cofrentes dividiendo la sierra Martés en dos macizos que, desde el punto de vista guerrillero, ofrecen muy poca seguridad por la facilidad con que pueden ser cercados y acumuladas fuerzas en un momento dado.

La guerrilla de La Portera

De madrugada, entramos en el campamento de La Portera, en la sierra del Asno, no lejos de Casas de la Manchega. Este grupo lo componían los guerrilleros:

Moreno o *Jalisco*, (Emilio Cardona López), natural de La Portera, de oficio panadero.

Ventura, natural de Benetuser, de oficio peluquero de señoras. En la organización clandestina del PCE de Valencia fue conocido por *La Ciencia*.

Pepín, creo que era de Bétera o sus alrededores. Fue carabinero durante la guerra. Hizo vida de “topo” que alternaba con salidas por el monte hasta su ingreso en guerrillas.

Flores, tal vez fuera de la zona de Buñol. Estuvo en la cárcel después de la guerra.

Lallave, creo que era valenciano.

Bienvenido, hermano de *Moreno*, natural de La Portera.

Estos seis guerrilleros más *Tomás*, *Fortuna*, *Peñaranda*, *Salvador* y los tres que bajamos del 11 sector, formamos los dos grupos del 5 sector en los primeros meses.

Lo primero que se hizo fue convocar una reunión en la que *Andrés* dio a conocer que pasaban a formar parte de la AGL bajo la designación de 5 sector. Se leyeron los estatutos de la AGL, que todos aprobaron sin un pero. Seguidamente, les comunicó mi nombramiento como responsable del grupo que hasta ese momento había sido dirigido por *Moreno*, el cual, en calidad de suplente, pasaba a ser responsable del partido en el grupo y mi asesor político.

En la práctica, siendo todos miembros del PC, esta decisión establecía una dualidad de poderes en el planteamiento de todas las cuestiones relacionadas con el grupo, por la que me tocaba siempre quedarme solo con mis puntos de vista. La afinidad política hacía que todos se inclinaban del lado del responsable del partido y el centralismo democrático por el que todos nos regíamos, consistente en la supeditación de la minoría a la mayoría, me colocaba en dependencia de éste. Este lastre lo arrastré hasta mi ingreso en el PCE.

De haber sido yo un quisquilloso en materia política, es más que seguro que me hubiera

sido imposible seguir al frente de un grupo en el que todos sus componentes eran militantes del PC.

En una segunda reunión en la que participamos solamente *Andrés*, *Tomás*, *Moreno* y yo, *Andrés* me dio a conocer que mi grupo tenía que mantener el enlace con Valencia y, por consiguiente, él debería conocer los traslados que efectuara el grupo. Discutí esta propuesta y acabé por negarme a tomar la dirección del grupo en tales condiciones. *Moreno* estuvo de acuerdo conmigo pero *Tomás* se inclinó del lado de *Andrés*, quizá por aquello de que era el jefe de la AGL. En este sentido, mi decisión estaba tomada: “*Bajo ningún pretexto –les dije– admito que los desplazamientos del grupo se tengan que comunicar a Valencia; el enlace se puede mantener y yo tampoco exijo ni quiero saber dónde y cómo se lleva éste a efecto*”.

Esta idea era cosa de *Andrés*. En la reunión del barranco del Regajo no se tocó este punto y estoy convencido que de haberse puesto sobre el tapete, no hubiera sido aceptada por nadie. Una de las medidas de seguridad que se adoptaron desde los primeros días consistía en que los campamentos sólo eran conocidos por los guerrilleros que realizaban el enlace entre los grupos y, en ocasiones, ni éstos mismos conocían el emplazamiento exacto; antes tenían que pasar por las estafetas que se colocaban en todo campamento, donde se les indicaba el lugar del mismo o bien, se señalaba un monte cercano al que salían a su encuentro un par de guerrilleros y los conducían hasta el campamento.

Finalmente, prevaleció mi criterio y *Tomás* propuso que se nombrara a *Bienvenido* (hermano de *Moreno*), para realizar este servicio.

Bienvenido era un guerrillero semilegal, tenía documentación y en La Portera, excepto sus padres y su hermana, nadie sabía que estaba en las guerrillas. Esta condición de semilegal le facilitaba los desplazamientos por ferrocarril a Valencia.

Se llamó a *Bienvenido* para comunicarle esta decisión y que él diera también su parecer. No puso ningún inconveniente.

Al día siguiente, *Andrés* y *Bienvenido* salieron para establecer el punto de enlace con Valencia, y *Tomás* y *Fortuna* se marcharon a las hoces del río Cabriel. En la agrupación nunca dije que conocía a nuestro jefe *Andrés* desde Francia; si alguien lo sospechó, es cosa que ignoro.

Heme aquí, pudiéramos decir, responsable de un grupo guerrillero que no conozco y donde no me conocen... ¿qué debo hacer? Lo cierto es que ni lo sé. El instinto me dice que lo fundamental es ganarme la confianza de los hombres, conocerlos y que me conozcan.

Con *Moreno*, al que conozco de la escuela guerrillera de Cinclar en Francia, tuve largas conversaciones y, aunque se sentía algo así como resentido por haber cesado en la jefatura del grupo, me ayudó a ir conociendo a cada uno.

Por estas conversaciones, llegué a la conclusión de que *Pepín* y *Lallave* tenían ideas muy

especiales y que las guerrillas no significaban para ellos más que una especie de trampolín para el día de mañana. Unido a esto, saltaba a la vista que *Pepín* se consideraba el más capacitado para dirigir al grupo y, al recaer esta responsabilidad sobre mi persona, se sentía menospreciado.

También me dijo *Moreno* que *Pepín* y *Lallave* se ausentaban algunas veces del grupo y se llegaban hasta Bétera, donde *Pepín* tenía una amiga.

Hablé con *Pepín* sobre esta cuestión y le dije que en la agrupación no se permitían esta clase de desplazamientos y puesto que, como todos, él también había aceptado los estatutos de la AGL, tendría que desistir de estos viajes.

La contestación que me dio me dejó de piedra:

“¿Por qué no se toma esta misma medida con *Tomás*?, él también anda solo y está más tiempo fuera del grupo que con él”.

“¿Estás seguro de lo que me dices?” -le pregunté.

“Ya te irás dando cuenta tú mismo” -me respondió.

No quiero decir que *Pepín* y *Lallave* no fueran antifranquistas consecuentes, lo que sucedía era que la lucha empeñada tenía una crudeza inconcebible y no podíamos permitirnos ningún descuido; el que se descuidaba un momento se quedaba en la brecha.

En las conversaciones con *Moreno*, nos extendimos sobre nuestros respectivos grupos de paso. Las cosas se presentaron de tal modo para su grupo que, a los pocos días de separarse del guía en tierra española, ya tuvieron el primer encuentro con la Guardia Civil y el grupo quedó prácticamente deshecho. *Moreno* y uno o dos más lograron reunirse y siguieron adelante. Sin dinero, sin comida y desconociendo el terreno que pisaban, se vieron continuamente en la necesidad de entrar en varias casas de campo para obtener suministros. En una de éstas se enteraron de que un par de días antes había pasado otro grupo (se trataba del de *Tomás*) que también había tenido un encuentro con los civiles y se desperdigó.

El paso de dos grupos por la misma ruta era sumamente peligroso: si el que iba delante era localizado por la Guardia Civil, el otro, sin tener arte ni parte, caía en plena movilización. Y esto fue lo que les vino sucediendo hasta que la casualidad hizo que se reunieran los restos de los dos grupos. Un nuevo choque con la Guardia Civil volvió a disgregarlos; *Tomás* y *Moreno* se quedaron solos y siguieron el viaje hasta La Portera, donde vivían los padres de *Moreno*. Llegaron, muertos de hambre y descalzos, en vísperas de la Navidad del año 1945. Para reponerse de las fatigas pasadas –me contaba *Moreno*–, se comieron la mitad del cerdo que habían matado sus padres y que tenían que hacerlo durar todo el año siguiente.

Establecieron relaciones con algunos conocidos antifranquistas y organizaron un nuevo grupo guerrillero con Peñaranda, *Salvador* y *Fortuna*.

Estos cinco guerrilleros fueron la base sobre la que surgió el 5 sector una vez fundada la

AGL. *Tomás* (Atilano Quintero Morales), como ya dejó dicho, fue nombrado jefe del sector.

Al poco tiempo, al grupo de estos cinco primeros guerrilleros se unió *Flores* y, ya en contacto con el PCE de Valencia, subieron a la guerrilla *Pepín, Lallave y Ventura*.

A grandes rasgos, éstas fueron las causas que deshicieron a los dos grupos de paso. *Moreno* no supo cuantificar las bajas sufridas por los dos grupos.

Como puede verse, no todos fueron tan afortunados como el grupo de los "*Maños*" que en todo el paso hasta la sierra de Javalambre, no tuvimos un solo enfrentamiento con la Guardia Civil.

Aproveché los primeros días de mi estancia en el grupo con *Moreno* para hacer algunas salidas y reconocer el terreno donde tenía que desarrollar mis actividades como responsable del grupo. Recorrimos la sierra del Asno y llegamos hasta cerca de Casas de la Manchega. De estos reconocimientos saqué muy mala impresión: en caso de movilización -y con ella teníamos que contar- a la Guardia Civil le sería fácil, entrando por Casas de la Manchega, cortarnos el paso a los barrancos de la sierra Martés y empujarnos hacia los llanos de Requena y Utiel plantados de viñedos. En otra salida, cruzamos los viñedos de Requena y por las estribaciones de la sierra de Utiel pasamos a la sierra del Negrete y cerca de El Cerrito establecimos el punto de apoyo de casa del Valiente. Desde aquí, en caso de apuro, nos era fácil establecer contacto con los grupos del 11 sector. Otro punto de apoyo fue la casa del Mojón (no recuerdo por qué, pero así la bautizamos en el grupo), situada cerca de Padrones de Arriba, sobre la carretera de La Portera a Cofrentes.

Sobre estos tres puntos de apoyo -La Portera, casa del valiente y casa del Mojón- descansó toda la vida del grupo. Como tarea principal tenían la de suministrarnos cuando acampábamos por las cercanías.

Regresó *Bienvenido* de establecer el enlace con la capital valenciana. Salvo unas recomendaciones de *Andrés* para que nos fuéramos preparando para el lanzamiento de la "gran campaña de reclutamiento", no trajo nada nuevo. Hice llegar a *Tomás* esas recomendaciones.

Resulta curioso y significativo el que yo no recibiera nunca del jefe de la AGL ninguna orientación concreta que transmitir al jefe del 5 sector, lo que me hace suponer que éste tenía otros medios para enlazar y entrevistarse con *Andrés*.

Quedó demostrado, en cualquier caso, que mi grupo tenía que servir como primera base de todos los nuevos guerrilleros que se reclutaran en Valencia con destino al 5 sector.

“El Manco de La Pesquera”

Fortuna o *El Manco de La Pesquera* (Basilio Serrano Valero, natural de La Pesquera, Cuenca), era un militante de la CNT que, al terminar la guerra y para escapar a las razias franquistas, se vio en la necesidad de ocultarse por los montes. Su mujer y algunos amigos de confianza le daban de comer y, cuando se cansaba de merodear de mata en mata lo escondían en sus casas hasta que se sumó al grupo de *Tomás y Moreno*. Se consideraba persona muy influyente entre sus paisanos, si bien esta influencia no rebasaba la de dos o tres familias de La Pesquera que le ayudaban más por influencia de su mujer que por la suya propia.

Aunque los primeros meses de su presencia en las guerrillas facilitó el establecimiento de un par de campamentos en el término de su pueblo, no pasaba de ser un fatuo y no engañó a nadie con sus aires y pláticas de caballero andante.

Cuando nos conocimos y le dije que yo también pertenecía a la CNT, me estuvo atosigando con la idea de organizar un grupo guerrillero compuesto solamente por cenetistas que, integrados orgánicamente en la AGL, hiciera su vida independiente. Lo de estar dirigido por el PC le caía bastante gordo por aquello de que mañana los comunistas acapararían todos los puestos. Sin manifestarlo de palabra, no dejaba de percibirse que también a él le seducía la idea de hacerse un jefecillo para percibir la parte del león que le correspondiera en el reparto del botín franquista. Es decir, todavía el lobo seguía matando a las ovejas y ya estaba pensando en vender su piel.

Desde el primer momento, me mostré en desacuerdo con sus planes. Para mí lo fundamental era acabar con la fiera y me tenía sin cuidado el que los dirigentes de la cacería fueran comunistas o dejaran de serlo. La cuestión de los mandos y de las influencias políticas era cosa a ventilar después, cuando cada organización y partido hubieran puesto en la brecha todos sus medios y fuerzas para barrer de la faz de la tierra a Franco y su Falange. Tenía, además, la experiencia de Francia y, si es cierto que en algunas unidades de guerrilleros, como dejo dicho de la 31 Brigada, los comunistas llevaron una mala política de unidad, no es menos cierto que fueron ellos los que echaron toda la carne en el asador para organizar la resistencia al ocupante nazi y al mismo tiempo la lucha en España. Los responsables del anarcosindicalismo que participaron en la Unión Nacional y en Guerrilleros, en muchas ocasiones no hicieron otra cosa que poner obstáculos y mirar más por los puestos de dirección que por la organización de la lucha, como se puso de manifiesto en el Congreso Guerrillero que tuvo lugar en Toulouse a primeros del año 1945, y al que fui delegado en representación de los anarquistas de la 31 Brigada. Arnau y Llopis, dos dirigentes del

anarcosindicalismo español en Francia, y dentro de la Unión Nacional, si bien durante las sesiones del congreso no mostraron grandes discrepancias, en conversaciones aparte con los militantes de le CNT, no dejaban de manifestar su gran preocupación por el reparto de los puestos. Por otro lado se dedicaban a especular un poco con las armas para sacar dinero. Arnau me vendió una pistola del 7,65 que llevé siempre escondida porque no las tenía todas conmigo. A otros confederales también les hizo alguna de estas ventas que sufragaban sus gastos personales. La pistola en cuestión se la entregué a Juan Modesto Guilloto en la base de paso de Cinclar.

Todo esto me pasó por la cabeza con una rapidez asombrosa y, le dije a *Fortuna* que no contara para nada con mi apoyo para sus planes; que la organización de grupos y grupitos no podía traer nada bueno y que empezarían a surgir los malentendidos.

Para mí la lucha debía de organizarse bajo la dirección de los comités de Unión Nacional y de los consejos de la Resistencia y una vez restablecida la democracia en España, el pueblo diría a quién o a quiénes tenía que dar la palma.

Tomás, jefe del 5 sector

En la vida de una guerrilla se hace indispensable la observación por separado de cada uno de sus componentes para poder cerrar los ojos con relativa tranquilidad en las horas de descanso. Uno observa las reacciones de todos y todos observan las reacciones de uno. Esto forma parte de una norma personal y, así, se llega a conclusiones sobre cada guerrillero... Otros observarían mi persona y llegarían también a sus conclusiones. Y, no obstante, no se pueden evitar las sorpresas desagradables: en el momento que menos lo esperas te sale el gato, o gata.

Adelantaré alguno de los defectos que me son propios en estos años y que causaron malestar en más de un guerrillero: me cuesta gran trabajo, y raramente lo consigo, adornar una frase para que no cause mala impresión -algo de este aspecto de mi carácter me parece que va saliendo en todo lo que llevo escrito-. Fui exigente en las marchas y en resistir la mordedura del hambre y tuve la mala costumbre de medir las fuerzas y la capacidad de resistencia de cada uno por mi propio aguante (mientras no notaba que las voces tomaban ese timbre raro que dejo dicho al llegar al río Ebro, no cejaba en mi empeño de seguir adelante), sin pensar que cada persona es un mundo y que, rebasada su capacidad de resistencia, cada paso que

se veía obligado a dar era un martirio más que se sumaba a los muchos que teníamos que soportar. Ahora bien, siempre estuve dispuesto a cargar con la mochila del que flaqueara y a tenderle una mano; siempre estuve con el grupo en todas las situaciones en que se vio comprometido y participé en todas las operaciones que realizó. A todos tuve en gran aprecio aunque quizá no supe demostrarlo.

Un grupo guerrillero tomado en su conjunto se podía decir que era bueno pero, si se tomaba a cada uno de sus componentes por separado ya no era tan fácil llegar a la misma conclusión. La guerrilla de La Portera, pongo por ejemplo, era buena; sin embargo, acabamos de ver (según mi criterio) el modo en que flaqueaban *Pepín* y *Fortuna*. Llego ahora en mis observaciones a *Tomás* (Atilano Quintero Morales), jefe del 5 sector.

No soy tan puritano como para que me escandalicen ciertas situaciones. Tampoco me propongo censurar un hecho que, en la mayoría de los casos, se produjo de forma fortuita, sin premeditación por nuestra parte y al que contribuyó en ocasiones la mentalidad romántica de la mujer del campo español, estimulada por los relatos novelescos de los bandoleros generosos y que fueron el resultado lógico de las relaciones entre personas de distinto sexo.

Independientemente de nuestra voluntad, las guerrillas en Levante y Aragón se vieron rodeadas de esta aureola de romanticismo que toda lucha lleva emparejada y en la que la vida está siempre en juego. Se puede decir que para la mujer española del campo si no existe el peligro, el enfrentamiento contra las fuerzas armadas en las que se apoya el Estado, no existe el romanticismo. Ello dio lugar al nacimiento de aventuras amorosas que, entre nosotros, tenían poca aceptación por el peligro que suponía en cuanto al mantenimiento de la disciplina. Se llegó al extremo de perder algunos puntos de apoyo porque estos avances amorosos no hallaron su eco correspondiente. No son estas situaciones las que podían ser criticadas sino la búsqueda de las mismas.

No podría decir de qué honores era titular nuestro jefe de sector para consentirle desplazamientos por la zona sin más compañía que la de su pistola. Se alegaba como razón que una persona sola podía desplazarse con más rapidez y caminar de día sin infundir sospechas. La verdad estaba muy lejos de responder a estas afirmaciones, que no eran otra cosa que la capa bajo la que se intentaban ocultar unas relaciones a las que no era ajeno el trato con alguna mujer.

Recuérdese que el primer contacto con *Tomás* lo tuvimos en la casa de un punto de apoyo donde no faltaba el elemento femenino. Y no era la parte femenina la que en estos "cambios de impresiones y trabajo clandestino" podía decir que salía perdiendo: nuestro jefe de sector era un hombre gallardo, bien proporcionado, moreno y de cabellos ondulados, y con un bigotillo a lo Errol Flynn que le sentaba muy bien. A sus cualidades físicas se sumaba la de poseer una conversación amena, salpicada de dichos pícaros y un porte decidido

que hacía presagiar al hombre intrépido, dispuesto en todo momento a enfrentarse con las situaciones más difíciles, como demostró meses más tarde al ser detenido en Valencia por la Guardia Civil. Pues, bien, este primer contacto se podía haber realizado en el monte y estar todos mucho más seguros. La zona estaba tranquila y la Guardia Civil no la vigilaba tan estrechamente como meses más tarde.

Estas inclinaciones de *Tomás* y la búsqueda de situaciones que facilitasen el roce de la carne, supongo que no tenían que ser un secreto para los responsables de la agrupación, si bien las trataban de disfrazar con las necesidades de la lucha y la imposibilidad de algunos desplazamientos por parejas, como se tenía por costumbre hacer. "Necesidades" que no me extrañaría fuesen puestas sobre la mesa por el propio *Tomás* para apartar la presencia de segundas personas en sus idas y venidas.

Contrariamente a lo que sucedía con *Grande y Pepito*, *Tomás* pasaba más tiempo fuera de su campamento que en él.

Lo dicho viene a demostrar que la advertencia que me hiciera *Pepín* no estaba falta de fundamento.

Planteamiento de dos acciones guerrilleras

Por dos veces consecutivas se presentó *Tomás* en nuestro campamento con un plan de acción. El primero que nos planteó fue el asalto al Banco de Requena. Todo el plan de *Tomás* consistía en salir a la carretera de Requena-Casas Ibáñez, entre el Pontón y los Duques y apoderarnos del primer turismo que pasara para asegurarnos una retirada rápida.

Yo esperaba que nos diera algún plano o nos dijera algunos detalles sobre el emplazamiento del Cuartel de la Guardia Civil, ubicación del Banco y vigilancia montada en él. Nada de nada. Se entabló la discusión y le dije que aquello era una "copia mal hecha" de la operación del tren pagador de Caudé. La opinión de *Moreno* y la mía era que había algunos puntos a tener en cuenta y concretar:

A) Yo tenía que dirigir la operación y al mismo tiempo hacer de chofer porque en el grupo no había otro que supiera conducir.

B) Desconocíamos por completo la ubicación del Banco y del cuartel de la Guardia Civil.

C) Desconocíamos, asimismo, la vigilancia establecida en el Banco.

D) Había que detener un automóvil en la carretera en pleno día sin ser vistos, y

E) Había que dejar a uno o más guerrilleros guardando a las personas que pudieran viajar en el automóvil entre unas cepas y sin poder fijar una hora determinada para dejarlas en libertad y retirarse camino del monte.

¿Querrán creer que no hizo ni caso de todo esto? No hubo modo de hacerle desistir de su empeño y, haciendo uso del procedimiento, siempre poco criticado, del ordeno y mando, me vi precisado a salir con el grupo y apostarlo junto a la carretera camuflado entre las hojas de las cepas mientras que *Tomás*, que nos acompañó una parte del camino, seguía hacia su campamento en las hoces del Cabriel.

No tardaron en surgir los comentarios entre nosotros: puestos sobre el terreno, se demostró que la operación no se tenía de pie. Detener un automóvil sin ser vistos por los campesinos que iban y venían a su faena, era imposible. El terreno, un llano plantado de cepas, también estaba en contra nuestra, de modo que decidimos retirarnos de la carretera más al centro del viñedo. Pasamos el día tumbados entre las cepas y sin poder levantar la cabeza. A la caída de la tarde tuvimos un cambio de impresiones: no podíamos regresar al campamento sin hacer nada; *Tomás* nos había dicho que era necesario realizar alguna operación para llamar la atención de la Guardia Civil por esta zona y descargar en lo posible la del 11 sector, que estaba muy vigilada. Examinada la situación desde este punto de vista, acordamos realizar un control de carretera. Me parece recordar que fue sobre la carretera que une Campo Arcis, Casas de Giménez y Los Duques, y explicar a todas las personas que fueran detenidas los objetivos de nuestra lucha y hacer un llamamiento a los campesinos para que se negaran a pagar la contribución y a entregar el Cupo Forzoso.

Con este plan, cortamos la carretera al oscurecer y detuvimos a un centenar de personas con las que organizamos una charla sobre la situación de España y, concretamente, sobre los campesinos. Dio la casualidad que entre los detenidos se encontrara uno de los componentes del grupo de paso de *Moreno*, vecino de por los pueblos cercanos. *Moreno* habló con él y le echó en cara el no incorporarse al movimiento guerrillero y haber abandonado la lucha contra el régimen franquista. El hombre se defendió como pudo y lo que más le interesaba era que nadie se diera cuenta de que *Moreno* y él se conocían. Quedó bien claro que, reorganizada su vida, no estaba dispuesto a subir al monte.

Este control, en el que cada guerrillero se comportó con verdadera sensatez, sin violentar a nadie, tuvo una gran resonancia en toda la comarca y popularizó el nombre (no precisamente el de *Moreno*, sino el de *Jalisco*, por el que también solíamos llamarlo) y todas las acciones guerrilleras que se realizaron después por la comarca fueron ligadas por la Guardia Civil al nombre de *Jalisco*, de lo que éste se sentía bastante ufano.

Recuerdo perfectamente que en este control, viéndole medio rodeado por la gente, le grité:

"¡Jalisco!, no dejes que nadie se coloque a tus espaldas; ten a todos delante".

Al día siguiente, entre el Castellar y la sierra del Asno, fuimos testigos de un gran despliegue de fuerzas de la Guardia Civil entre los viñedos pero sin llegar a ser molestados.

La segunda vez que nos visitó el jefe del sector y después de echarme una bronca de aquí te espero por lo del banco de Requena, nos planteó el asalto al cuartel de la Guardia Civil de Los Isidros.

Se repitió la discusión sobre la falta de información y lo reducido de nuestras fuerzas (nueve guerrilleros en total: *Moreno, Ventura, Bienvenido, Flores, Lallave, Pepín, Julio, Peca* y yo). *Tomás*, usando del procedimiento poco convincente que ya he señalado, me hizo salir con el grupo. A las dos noches de marcha estábamos en las tapias del Cuartel de Los Isidros y, también como la vez anterior, *Tomás* nos acompañó una parte del camino y siguió adelante hacia su base.

La pretensión de asaltar el cuartel de Los Isidros no pasaba de eso, de pretensión: no conocemos las características del edificio, no sabemos el número de guardias civiles que integran el puesto, no sabemos absolutamente nada, pero lo que se dice nada. Vamos a ciegas y todo hay que improvisarlo sobre la propia marcha.

El Cuartel era un edificio grande, de construcción bastante moderna y aislado del pueblo unos centenares de metros. Cercando la construcción por el ala derecha se había levantado una tapia de ladrillos como cosa de metro y medio de alta. En la parte frontal, que daba sobre la carretera, la tapia descendía hasta la cintura de una persona, formando un buen parapeto y dejando al edificio aislado por unos veinticinco o treinta metros de patio descubierta. Aquí nos parapetamos y, después de liarnos a pedrada limpia con las ventanas para ver si abrían la puerta o se dibujaba la silueta de algún guardia al trasluz de los cristales y cazarlo a tiros, nos sorprendió que del interior no dieran señales de vida. Lancé una bomba ofensiva que llevaba, y no hizo explosión. Volvimos a repetir la granizada de piedras sin mejor resultado que la anterior. Decididos a armar ruido de una forma o de otra, di la señal que teníamos convenida para abrir fuego. Cada fusil tenía que disparar un par de tiros y las metralletas una ráfaga corta para no malgastar la munición. Ni con los tiros logramos una respuesta por parte de los civiles. Decepcionados, nos retiramos del parapeto y cruzamos la carretera. En este momento barrieron la carretera los faros de un vehículo que avanzaba en dirección de Los Isidros. En menos que canta un gallo, nos pusimos de acuerdo para detenerlo y di instrucciones para que nadie disparara a la carrocería, si no aflojaba la marcha había que tirarle a las ruedas.

Colocado en el centro de la carretera e iluminado por los faros, le hice señas con la metralleta en alto para que se detuviera. Empezó a frenar y ya llegaba a mi altura cuando sonó una ráfaga de metralleta y disparos de fusil. "*¡No tirar!*", grité, al tiempo que abría la

portezuela de la cabina de un tirón. Sobre mis brazos se desplomó el cuerpo de un hombre alcanzado por varios disparos y el llanto de una chiquilla me hirió los oídos haciendo que toda la sangre me subiera a la cabeza. Dejé caer al suelo el cuerpo del herido y mientras *Moreno* ayudaba a descender al chofer por la otra portezuela y le vendaba una mano que le había atravesado una bala, cogí a la chiquilla en brazos y me planté delante de los faros, y la desnudé para cerciorarme que las manchas de sangre que tachonaban su vestidito no provenían de su cuerpo. Afortunadamente, la criatura no tenía ni un rasguño. Se la entregué al chofer y lo dejé que se marchara al pueblo en busca de ayuda para el herido, que no daba señales de vida.

Nos retiramos hacia las hoces del río Cabriel donde *Peñaranda* tenía un campamento en el que se encontraba *Tomás*. En uno de los altos que hicimos para descansar y encender un cigarrillo, quise enterarme de quién había disparado a la cabina. De tres que le habían dado gusto al dedo, no pude sacar en claro quién lo había hecho.

A la noche siguiente entramos en el campamento de *Peñaranda* y después de descansar unas horas, nos reunimos con el jefe del sector para informarle de todo lo sucedido. Al darle cuenta de estos hechos y del nombre del herido o del muerto (en definitiva, no sabía si el hombre había quedado muerto o solamente herido), *Peñaranda*, que estaba también en la reunión, exclamó: "*¡si voy con vosotros lo terminamos de rematar!, es el facha más grande de toda la comarca*". *Peca*, que había sido uno de los que dispararan, dijo que había soltado unos tiros a la cabina.

No tuve por menos que darle las gracias por su franqueza y le aseguré "*que no estaba dispuesto a tolerar que nadie disparase al tuntún, sobre una persona, que una muerte inocente y más si era la de una criatura, nos podía costar muy caro a todos*".

Curiosamente, *Tomás* no dijo ni una palabra sobre el suceso de la camioneta y la criatura que, para mí, era lo que tenía verdadera importancia, y no la docena de tiros disparados contra el cuartel de la Guardia Civil.

Quiso la suerte colocarse de nuestro lado: la población campesina empezó a comentar la buena puntería de los guerrilleros ya que, yendo tres personas en la cabina, no se nos había escapado del ojo la del falangista. Otra casualidad que movió a un comentario jocoso tuvo como base el lema que reza en las puertas de los cuarteles de la Guardia Civil: "Todo por la Patria". Nuestros disparos parece ser que cortaron el brazo derecho de la "T" y los vecinos de Los Isidros empezaron a leer "Jodo por la Patria".

La Guardia Civil, que patrullaba por todas partes como consecuencia del control en la carretera, redobló sus búsquedas y vigiló todos los caminos de acceso a los montes; llegó hasta las hoces del río y puede decirse que la batida se detuvo delante de nuestras narices, pero no pasó de un susto.

Como conclusión a este suceso me queda por decir que nunca tuve noticia fidedigna de si el falangista murió como consecuencia de las heridas o escapó con vida.

En este campamento de *Peñaranda*, antes de salir con el grupo para establecernos nuevamente en las estribaciones de la sierra Martés, el 5 sector quedó configurado del siguiente modo:

-Grupo de *Peñaranda*:

Tomás, jefe del sector.

Peñaranda, responsable del grupo.

Guerrilleros, *Salvador*, *Fortuna* o *Manco de la Pesquera*, *Julio* y *Peca*.

-Grupo del *Chaval*:

Chaval, responsable del grupo.

Moreno o *Jalisco*, suplente. Responsable del PC en el grupo.

Ventura, segundo suplente.

-Guerrilleros: *Bienvenido*, *Flores*, *Pepín* y *Lallave*.

Salimos del campamento de *Peñaranda* para la sierra Martés, al otro lado de la carretera de La Portera-Cofrentes, cerca del pueblecillo de Juan Vich. Por falta de un buen bosque donde asentar campamento, nos metimos en un covacho en la ladera de una barranquera. Entramos en contacto con los padres de *Moreno* y con el punto de apoyo de la casa del Mojón. Este punto de apoyo era una especie de correa de transmisión entre el grupo y los padres de *Moreno*. Todo lo que éstos nos compraban lo depositaban en este punto de apoyo adonde nosotros íbamos a buscarlo desde la cueva.

Salió *Bienvenido* para contactar con Valencia y a su regreso nos trajo la noticia de que *Andrés* estaba realizando la "gran campaña" de reclutamiento para las guerrillas.

Campana de reclutamiento

Nuestra fe exaltada en el triunfo de la República no conoce límites y es terreno abonado en el que germinan toda clase de ideas descabelladas. El clavileño de nuestra fantasía nos eleva por las regiones remotas de la lucha guerrillera y nos vemos ya marchando con centenares de hombres al asalto del último reducto franquista.

Las noticias que nos llegan al monte por conducto de *Andrés*, ponen de manifiesto que nuestra agrupación es la que marcha a la zaga en la organización de la lucha armada. Se nos

ponen como ejemplos a seguir el de las agrupaciones del Centro, Andalucía, Norte y Galicia , que desarrollan grandes acciones: emboscadas a la Guardia Civil, asaltos a los centros falangistas, entradas en pueblos y contactos con el Ejército, que empieza a ser minado por la propaganda del PCE; la población campesina presta su apoyo a los guerrilleros y en las ciudades las organizaciones de base del PCE se multiplican salvaguardadas por la clase obrera. Finalmente, las nuevas incorporaciones desarrollan la capacidad operativa de las guerrillas y no está lejos el día en que se dé la voz del levantamiento general contra el franquismo.

Seguros de nuestra fuerza, nos volcamos en la campaña de reclutamiento convencidos de que somos capaces de ampliar la zona de influencia de la AGL y llevar la voz del partido a cada pueblo.

Se dan como éxitos de la campaña de reclutamiento las dos o tres veces que *Bienvenido* regresó de la capital valenciana con los nuevos guerrilleros *Peret, Angelillo, Ismael, Segundo* y *Sevilla*. Y lo más increíble es que nosotros damos estas afirmaciones por buenas, cuando en realidad estaban en flagrante contradicción con los resultados de la misma.

Aunque suponga adelantarme en mis recuerdos, quiero traer aquí dos preguntas que me fueron formuladas por *Ismael* el mismo día que llegó al grupo y que vienen como anillo al dedo para analizar de qué forma se desarrollaba en Valencia la campaña de reclutamiento. Una de ellas tenía como objeto informarse de la paga que yo percibía como responsable de un grupo guerrillero y, la segunda cuándo y dónde pensaba disfrutar mi permiso.

Sin andarme por las ramas le dije a *Ismael* que lo habían engañado, que no teníamos paga alguna y que el permiso lo tomaría de una vez cuando terminásemos con el franquismo. Aproveché la ocasión para preguntarle quién le había informado de tal cosa, a lo que me respondió "*que en Valencia eso era lo que se decía*".

Esto me abrió los ojos y comprendí que, a base de embustes y de una propaganda falsa de nuestra vida en el monte, *Andrés* nos envió a tres jóvenes (*Peret, Angelillo* e *Ismael*) que desconocían todo de la vida guerrillera y no habían tenido nunca un arma de fuego en sus manos.

¡Así se escribe la Historia!, y así se van creando aureolas y hombres del partido prestigiosos.

A *Ismael* le propuse que si no estaba dispuesto a quedarse en las guerrillas, se podía marchar en el próximo enlace que se tuviera con Valencia; proposición que no fue aceptada por él y que honra su memoria de antifranquista.

En uno de los contactos con el jefe del sector, me dio instrucciones para que me hiciera con ropa decente para desplazarme a Utiel y entrevistarme con un grupo de militantes comunistas que nos ayudarían a reclutar a todos los antifranquistas que estuvieran dispuestos a ingresar

en las guerrillas. Con este fin, le encargué al punto de apoyo de la casa del Mojón que me comprara unos pantalones y una chaqueta y le comunicara a su novia, con la que también teníamos relación, que estuviera dispuesta para acompañarme a Utiel cuando se le avisara. Como puede verse, en este sentido no existían grandes problemas y mi pertenencia a la CNT no era obstáculo para que los comunistas me confiaran tareas de esta índole.

Me parece que yo nunca fui un problema para los comunistas, las cuestiones ideológicas me tenían sin cuidado. Jamás pregunté a ningún guerrillero por su filiación política. Para mí no existían más que dos divisiones: franquistas o antifranquistas. ¿Eres antifranquista?, entonces somos compañeros de lucha y de fatigas.

Me puse encima mis trapos nuevos, me metí la pistola en la cintura debajo de la chaqueta y, acompañado de la novia del punto de apoyo de la casa del Mojón y provisto de una cédula personal a la que se le había borrado el nombre de su ex propietario de manera tan burda que se podía leer por debajo del mío, tomamos el tren en Requena que nos llevó hasta Utiel. Por el trayecto pasó la Guardia Civil controlando las documentaciones. Acodados a una ventanilla, como si de una pareja de novios se tratara a la que le tienen sin cuidado los problemas políticos, les hicimos sitio para que pasaran y cumplieran su cometido.

Quiso la suerte que nos dejaran tranquilos. Si les llega a pasar por la cabeza pedirme la documentación, no creo que el viaje hubiese ido más lejos: como digo, en la cédula se notaba perfectamente que el nombre había sido cambiado. De ello me di cuenta más tarde, después de pasado el susto, al examinarla con más atención sentados a la mesa en una fonda de Utiel y mientras esperábamos que nos sirvieran la comida y se hiciera tiempo para acudir a la cita.

Acudimos a la hora al lugar convenido y nos encontramos con que no apareció nadie. Como teníamos por costumbre, por medidas de seguridad, no hacer esperar ni esperar nosotros, nos retiramos de aquellos alrededores, que me olían a chamusquina, sin establecer el contacto.

Del susto pasado horas antes no me habían quedado ganas de repetir la suerte de un viaje por ferrocarril y le dije a la moza que me acompañaba que se marchara sola a la estación y yo me fui andando camino del campamento.

Por estas fechas, podría ser por el mes de agosto de 1946, ingresó en el grupo un vecino de Buñol (Valencia), que se puso por nombre *Pavito*. De éste, solamente conozco que durante la guerra perteneció al XIV Cuerpo de Guerrilleros del Ejército Republicano. La primera temporada de su estancia en el grupo abrigué la esperanza, por lo que contaba de Buñol y sus conocidos, que nos podría servir para abrirnos paso en la zona. Esperanza que, como tantas otras, no se vio coronada por la realidad. Era más bien un poco charlatán.

En otro contacto con *Andrés* en Valencia, *Bienvenido* regresó con dos nuevos ingresos

para las guerrillas; uno tomó como nombre *Sevilla* (era andaluz) y el otro *Pavito II*. Esto de *Pavito* le duró muy poco, se lo quitamos y se quedó con *Segundo*, y por *Segundo* fue conocido en la AGL.

Estos dos ingresos pudieron tener lugar por el mes de octubre del mismo año. Recuerdo perfectamente que estábamos ya en la cueva y que fue antes de que *El Mejicano* entrara en contacto con el grupo. Con ellos se cierra la “gran campaña” de reclutamiento y fueron todos los “éxitos” alcanzados en lo que concierne al 5 y 11 sector.

Los mitos y las sombras

No ignoro que me voy a meter en un laberinto de ideas que me asaltan de improviso y que necesitaría tener a mi lado a un Dédalo para salir de él.

La campaña de reclutamiento puede verse solamente como una idea extravagante de *Andrés*, pues cuestiona el planteamiento primordial de la lucha: la predisposición del pueblo español a empuñar las armas para el derrocamiento del régimen franco-falangista.

El fracaso rotundo de la campaña puso de manifiesto, una vez más -no obstante la simpatía y admiración que despertaba entre la población rural de las zonas guerrilleras nuestro enfrentamiento directo con las fuerzas represivas-, que el pueblo no estaba preparado ni dispuesto a empuñar de nuevo las armas, y que en las organizaciones clandestinas del PCE (pocas y débiles) no se abría paso la idea de la lucha armada.

Como toda regla general, ésta también tiene su excepción: los guerrilleros y las personas que comparten nuestros puntos de vista sobre la organización de la lucha armada, que también las hay. *"Las guerrillas -se decía en nuestros estatutos- son el refugio de todos los antifranquistas que se queman en la lucha"*.

Estos antifranquistas, en su inmensa mayoría comunistas "quemados" en la lucha, preferían ser detenidos, con todo lo que esto conlleva de torturas, malos tratos y pérdida de libertad, antes que buscar el "refugio de las guerrillas". Sólo nuestros puntos de apoyo y nuestros enlaces se determinan por ingresar en las guerrillas antes que caer en manos de las fuerzas represivas.

Esta realidad me lleva de la mano a formularme una pregunta: ¿Estaban los comunistas (en el interior del país) convencidos de que la lucha armada era la vía para derrocar al régimen franquista?

Creo sinceramente que no lo estaban. Las detenciones de febrero-marzo de 1947 en

Valencia, así lo atestiguan. Muchos de los detenidos tuvieron la posibilidad de elegir: las guerrillas o la cárcel..., y eligieron la cárcel.

Y la AGL... ¿Fue capaz de analizar estos hechos?

No, de ninguna manera. Ni tan siquiera se planteaban en nuestras reuniones, y no por falta de sensibilidad o fatalismo, como algunos por estos mundos de Dios han escrito, sino por el convencimiento general de que esto era una consecuencia lógica de la lucha que nos podía alcanzar a cualquiera en el momento menos pensado.

En la lucha armada, en la guerra, grande o pequeña, con razón o sin ella, justa o injustamente se va a eso: a matar..., o a que te maten. Por atroz, por cruel e inhumano que sea, este es el credo, el sacramento, la ley suprema de toda lucha armada: aniquilar al enemigo que se tiene delante. Y en este enfrentamiento nadie ha de descartar que también él puede tropezarse con la muerte.

Escribo estos recuerdos muchos años después, cuando he tenido tiempo sobrado para pensar una y mil veces en la experiencia vivida en la AGLA y sobre sus hombres..., son como la sombra que sigue mis pasos y que veo reflejada en el suelo.

Se va haciendo tiempo de poner los puntos sobre las íes y ahuyentar las sombras que envuelven a los mitos y que en nada ayudan a esclarecer el pasado.

Existe la idea -a mi modo de ver un tanto falsa- que al ser nombrado *Andrés* jefe de la AGL, le imprimió un gran impulso que se tradujo en un aumento de las acciones guerrilleras y, al mismo tiempo, se rodea su nombre con una aureola de hombre muy prestigioso en el seno del PCE. Vayamos por partes.

Primero: *Andrés* no fue elegido jefe de la AGL ni se acordó su residencia en Valencia en la reunión del barranco del Regajo en la primavera-verano de 1946. Llegó a esta reunión con un mandato del PCE para hacerse cargo de la guerrilla levantino-aragonesa y se le autorizaba residir en Valencia y no en el monte. Según Tomás Cossías, “*se le asignó la categoría de comandante*”.

Este nombramiento de *Andrés* a dedo, como otros muchos nombramientos que la dirección del PCE para las guerrillas -concretamente, Santiago Carrillo- hace desde Francia, demuestra claramente que no se tiene confianza en los hombres del interior. Sobreestima a los comunistas del exterior y, sobre todo, sobreestima a los comunistas que han luchado durante la Segunda Guerra Mundial en la URSS. Éstos son los hombres en los que Carrillo deposita su confianza porque son hombres de partido con una formación política marxista-leninista-stalinista. No importa que de la situación de España ni de las guerrillas no conozcan “de la misa la media”, lo que cuenta es su formación política.

Segundo: el aumento de las acciones guerrilleras tiene lugar después de la detención de *Andrés* en Valencia, en una casa (o pensión) en la calle Conde de Altea. Por estos días,

finales de febrero-primeros de marzo de 1947, el general de la Guardia Civil, Manuel Pizarro Cenjor, reúne en sus manos todos los poderes civiles y militares de Teruel: es nombrado Gobernador Civil, jefe del Movimiento y jefe de la 5ª Región de la Guardia Civil. Al poco tiempo de estos nombramientos, Pizarro declara “zona de guerra” toda la zona de la AGLA. Comprende esta zona la provincia de Teruel y Castellón, con incursiones guerrilleras en la provincia de Tarragona, la provincia de Cuenca, con incursiones en la provincia de Guadalajara, y la provincia de Valencia, con incursiones en la de Albacete, llegando hasta Yecla, en la provincia de Murcia. Sus efectivos humanos los cifro en unos 200 o 220 hombres a lo sumo.

En este marco, tiene lugar la respuesta de la AGLA a la ofensiva antiguerrillera que dirige el general Pizarro desde Teruel y el aumento de las acciones guerrilleras, y no en el nombramiento de *Andrés* como jefe de la AGLA.

La AGLA logra mantener esta respuesta, con grandes pérdidas en hombres, puntos de apoyo y enlaces, hasta comienzos de 1949, pero saldrá de ella herida de muerte: su agonizar será todavía largo, pero irreversible; los enlaces y puntos de apoyo son el pulmón de la guerrilla, si este pulmón se paraliza, la guerrilla se ahoga irremediabilmente.

En algunos escritos de la época y posteriores, entre los que cabe destacar las publicaciones de la dirección del PCE, *Mundo Obrero* y *Nuestra Bandera*, se recogen el número de acciones realizadas para, comparándolo con las acciones de años anteriores, demostrar el desarrollo alcanzado por la lucha armada y el fortalecimiento de las agrupaciones guerrilleras. Se pierde de vista -o no se quiere ver- la situación en que quedan las agrupaciones: sin hombres para cubrir las bajas, sin enlaces ni puntos de apoyo y con la Guardia Civil pisándoles de cerca los talones. No hay choque con los civiles en el que no quede algún guerrillero besando la tierra..., y se multiplican las deserciones.

A estos hechos, que son el resultado de la campaña antiguerrillera, Carrillo y su equipo cierran los ojos. Y, nosotros, que todo lo esperamos de la dirección “clarividente” desde Francia y que nos alienta a proseguir en la brecha, como verdaderos quijotes, lanza en ristre, insensibles a la situación que nos rodea, arremetemos contra todo lo que no se identifique con las orientaciones recibidas del PCE.

Tercero: El prestigio de *Andrés*, si alguna vez lo tuvo, no supo revalorizarlo. El solo hecho de residir en Valencia lo desautoriza como jefe de la AGL a la vista de la mayoría de los guerrilleros y fue un error más que Santiago Carrillo y toda la cúpula de la dirección del PCE podría apuntarse en su agenda de errores.

¿Qué hizo *Andrés* en el medio año que estuvo al frente de la AGL? Que yo sepa, nada. Todo lo que resalta es un empeño en introducir en la AGL unos aires castrenses que estarán muy

de acuerdo con su cariño a los galones militares, pero que se hallan en las antípodas de nuestras relaciones diarias de camaradería y compañerismo.

Catorce caídas, dice la Biblia, que tuvo Cristo hasta llegar al monte Calvario. Catorce más ciento tuvimos nosotros y no nos faltaba otra cosa más que eso: ¡La imposición de las categorías militares!

Andrés, como jefe de la AGL, es un mito para los guerrilleros. Las condiciones de la lucha armada nos crean una mentalidad de rechazo a toda dirección que no participe de nuestras fatigas y privaciones, es decir, tiene que vivir entre nosotros..., y los que viven entre nosotros son *Antonio*, *Pepito* y *Grande*, éstos son pues, para los guerrilleros -aunque no lo digamos- los verdaderos jefes de la AGL.

Tengo la corazonada de que *Andrés* llegó a nosotros atraído por el brillo de las 700 mil pesetas que nos proporcionó el asalto al tren pagador y que, con las manos limpias, se llevó para Valencia la parte del león. Mi madre nos solía decir: "*El que parte y reparte, hijos, se lleva la mejor parte*". De otro modo no se comprende que a los cinco o seis meses el 5 sector esté sin "linda" y todos nuestros desvelos se centren, una vez más, en solucionar la situación económica.

Muerte de *Julio* en Las Monjas

Por la forma en que llegó esta noticia a nosotros, todo hacía suponer que la muerte de *Julio* era cierta: se rumoreaba entre la población, los padres de *Moreno* y el punto de apoyo de la casa del Mojón, también nos hablaban de ella.

No fuimos informados directamente por *Tomás*, jefe del 5 sector, y *Peñaranda* y, para salir de dudas, me puse de acuerdo con *Moreno* para que él y *Ventura* marcharan al grupo de *Peñaranda*, donde hacía vida *Tomás*, y se informaran de lo que había sucedido. A su regreso al grupo confirmaron la muerte de *Julio*.

De esta muerte no conozco otros detalles que los que me dieron *Moreno* y *Ventura* y las circunstancias que la rodearon. Siento mucho no poder dar una fecha exacta. Lo único que tengo claro es que sucedió en el curso del año 1946, antes de que *Pavito* ingresara en nuestro grupo.

Al final de la información que me dieron *Moreno* y *Ventura*, agregaré un comentario muy personal sobre esta operación. El grupo de *Peñaranda* al mando del jefe del 5 sector, se

planteó el ajusticiamiento del chivato y jefe de Falange de Las Monjas, (pueblecillo situado en la Plana de Utiel, Valencia). Estudiada la operación, se señalan los puestos que cada guerrillero debe cubrir, se indica un punto de concentración y se da como señal de retirada unos disparos.

A *Julio* le toca estar de guardia sobre la carretera que partiendo de Caudete de las Fuentes, pasa por Las Monjas, entretanto los otros guerrilleros se dirigen a la casa del falangista. La sorpresa de la operación no es completa y el fulano opone alguna resistencia que obliga a los guerrilleros a disparar un par de tiros al aire para amedrentarlo. *Julio*, cumpliendo las instrucciones recibidas (unos tiros son la señal de retirada), abandona su puesto de guardia sobre la carretera y se dirige al punto de reunión señalado, donde no encontrará a nadie. Es de suponer que esperaría algunos minutos para ver si llegaban los otros guerrilleros, antes de regresar al puesto que le señalaran. En este momento, una camioneta rueda por la carretera en dirección de Las Monjas que, *Julio*, intenta detener; por toda respuesta recibe una ráfaga de "naranjero" que lo deja tumbado en la cuneta. Al oír los disparos, los guerrilleros que todavía están dentro del pueblo, lo abandonan después de ajusticiar al chivato y se encaminan al punto de concentración donde, en vano, esperarán al amigo *Julio*. Éste no llega; no puede llegar: desde hace unos minutos del amigo *Julio*, del compañero de lucha no queda más que su recuerdo.

Con estas palabras o con otras semejantes, éste es el sentido que se desprende de la información que me dan *Moreno* y *Ventura*.

Jamás podré comprender cómo se pudo dar como señal de retirada unos disparos... ¿Quién nos podía asegurar que éstos no iban a ser necesarios nada más entrar en acción y que ello, como en este caso, no suponga que se tiene que desistir de la operación? Del mismo modo, me resulta incomprensible que nadie nos avisara que se tenía pensado realizar una operación dentro de la zona donde hacíamos vida. Esto originó que mi grupo se viera inmerso dentro de una movilización de la Guardia Civil que nos pilló desprevenidos. De habernos avisado, podíamos haber hecho remanente de algo de comida y dejar tranquilos por unos días a los padres de *Moreno* y al punto de apoyo de la casa del Mojón.

Por cabos que fui atando, llegué a tener (sin una prueba concreta que lo pudiera justificar) como una especie de presentimiento de que *Tomás* se proponía dar a mi grupo y, naturalmente, a mí el primero, una lección de cómo se tenía que realizar una operación guerrillera. Por mi parte, yo veía en el planteamiento de las operaciones una inclinación a desarrollar éstas dentro de la zona de mi grupo: Las Monjas se encontraba a no más de dos noches de marcha de la cueva en la que acampaba con el grupo. Aboga en mi favor (así lo veo yo),

el que el grupo de *Peñaranda*, mientras *Tomás* estuvo al frente del 5 sector, no realizó otra operación, siendo que contaba en el grupo con hombres de la zona conocedores del terreno, entre los que destaca *Fortuna*, considerado durante mucho tiempo hombre clave para desplazarse por la línea divisoria de la provincia de Valencia con la de Cuenca, en torno al embalse de Contreras.

Ya contamos con la primera baja en el 5 sector: poco tiempo después se daría en mi grupo la primera deserción.

Deserción de *Pepín*

Desde mi entrevista con *Tomás*, en la que me comunicara que me comprara ropa para entrar en Utiel, no le he vuelto a ver el pelo por el grupo. Paradójicamente, *Tomás* se desplaza por la zona, sin más compañía que la de su pistola, como Pedro por su casa. Es curioso, *Tomás* no tiene metralleta como la tienen *Pepito* y *Grande*, siempre anda con su pistola. A *Peca*, convertido en su escribiente y machacante particular, es al que doy cuenta de todos los gastos del grupo, detallando las cantidades de harina, arroz y aceite que hemos comprado, así como los pares de alpargatas necesitados. Estos datos eran necesarios para llevar un control del dinero y conocer las necesidades de cada grupo.

En los días de tranquilidad -siempre relativa- les enseñé a los componentes del grupo cómo preparar una botella de líquido inflamable.

Así iba pasando el tiempo sin que me asaltara la menor sospecha de lo que se iba fraguando en la cabeza de *Pepín* hasta que un día, aprovechando que le tocaba su cuarto de guardia y que no lo podíamos ver sin sacar la cabeza de la cueva, se largó con buen viento y mejores piernas. (Como me viene sucediendo a todo lo largo de estos recuerdos, no puedo fijar una fecha, lo que tengo claro es que ocurrió en el año 1946, antes de que *Sevilla* y *Segundo* ingresaran en la AGLA). Al apercibirnos de su desaparición, me subió una ola de rabia a la cabeza y le dije a *Pavito* que me siguiera. Salí tras los pasos de *Pepín*, con la intención de hacer de su cuerpo una regadera donde lo encontrara. No anduvimos mucho..., y cuando se me pasó el primer sofocón, comprendí que estaba cometiendo una soberana tontería: ¿Dónde buscar a *Pepín*? ¿Qué caminos había tomado? ¡Vaya usted a saber! Regresamos a la cueva y trasladé al grupo entre unas rocas que, a condición de permanecer agachados,

nos cubrían bastante bien. Entre estas rocas, con la oreja tiesa y la cabeza gacha, pasamos cuatro o cinco días vigilantes. Al ver que todo permanecía tranquilo, volvimos a instalarnos en la cueva.

Por los antecedentes de *Pepín*, no se podía esperar que nos fuera a delatar a la Guardia Civil; durante la guerra había tenido cargos de responsabilidad en las organizaciones del PCE en Valencia y estuvo en varios frentes como carabinero. Después del triunfo del franquismo hizo una vida ilegal, de medio topo, hasta su ingreso en las guerrillas. Por otro lado, la vida en la AGLA no se había puesto tan difícil como en los años que siguieron. Atribuir al miedo la desertión de *Pepín* no lo veo muy acertado. A *Pepín* se le había hecho insoportable pasarse sin mujer y, si a esto agregamos que sentía sus cualidades menospreciadas, para mí estas fueron las causas fundamentales de que se marchara de las guerrillas.

A los desertores les damos el calificativo de traidores a la causa del pueblo y de la República. Cualesquiera que sean las causas por las que deserten, son un peligro real que se cierne sobre la guerrilla, sobre los puntos de apoyo y sobre los enlaces, son delatores en potencia a los que hay que eliminar. Este convencimiento lo tenemos grabado en el pensamiento, todavía no hemos aprendido a establecer diferencias, esto nos llegará con el tiempo, cuando la experiencia de las condiciones en que se desarrolla la resistencia al régimen franquista nos enseñe que no podemos medir a todas las personas con el mismo rasero.

Justo será decir que la desertión de *Pepín* no tuvo otras repercusiones en el 5 sector. Todo siguió como si no hubiera desertado. Pero esto no quiere decir, ni mucho menos, que *Pepín* no fuera un delator en potencia.

Los nuevos ingresos en el 5 sector

En el transcurso del mes de octubre de 1946, formando parte de la campaña de reclutamiento, *Bienvenido* hizo dos viajes a Valencia para enlazar con *Andrés* y regresó al grupo con cinco nuevos guerrilleros (son los mismos mencionados en páginas anteriores).

En el primero de estos dos viajes, *Bienvenido* trajo a guerrillas a *Segundo* (Marcelino García Ruipérez). Me ronda por la cabeza que era de Tébar, en la provincia de Cuenca, por debajo del embalse de Alarcón y de la carretera de Motilla del Palancar a Honrubia. Cuando ingresó en el grupo, podría tener unos 28 o 29 años. Militante del PCE, muy cabal e inteligente. Me parece recordar haberle oído decir que durante la guerra había sido oficial del Ejército

Popular republicano.

Desde los primeros días se estableció entre nosotros dos una comprensión mutua. En más de una ocasión me acerqué a él en busca de un consejo antes de meter al grupo en una situación que pudiera resultar comprometida.

Vista la situación en que se desarrollaba la lucha armada y la poca disposición del pueblo..., y de los comunistas a ingresar en las guerrillas, para mí lo fundamental era la vida de un guerrillero. Más de una vez dije en el grupo que la muerte de media docena de "civiles" no compensaba la muerte de un guerrillero. Había que cuidar la vida de un guerrillero como cuidaba uno de su propia vida.

Para satisfacción mía y de él, fundamentalmente, *Segundo* demostró que era capaz y persona en la que se podía confiar. Estuvo al frente de un grupo y le tocó vivir situaciones muy comprometidas debido a la inconsciencia e incapacidad de *Medina* para dirigir el 5 sector. Con *Segundo*, vino también de Valencia *Sevilla* (andaluz). Éste era la otra cara de la moneda: nunca me gustaron los guerrilleros que se tragaban a los "civiles" crudos y *Sevilla* alardeaba de atreverse, por lo menos, con todos los de la provincia de Valencia. La experiencia del maquis en Francia me había demostrado que no son los que más alardean los que más hacen. Meses más tarde tendría una nueva prueba de ello.

En el segundo viaje de *Bienvenido*, éste trajo al grupo tres nuevos ingresos que tomaron por nombre: *Peret*, *Ismael* y *Angelillo*. Aquí fue, hablando con ellos, cuando *Ismael* me hizo las preguntas que dejo dichas en las páginas anteriores.

De *Ismael* poco o nada puedo decir, desgraciadamente no me dio tiempo a conocerlo como para poder dar una opinión fundamentada sobre él. Fue trasladado al grupo de *Peñaranda* y murió -según noticias- en el asalto por la Guardia Civil a un campamento que *Peñaranda* tenía por las proximidades de La Pesquera, entre el embalse de Contreras y Minglanilla. Quizá fuera el mismo campamento en que vi a *Ismael* por última vez.

¡Qué puedo decir de *Peret*! Se hace muy difícil dar una opinión sobre una persona que no tiene forjada todavía su propia personalidad. *Peret* estaba en esta fase de su desarrollo. Por mi parte, no será descubrir las Américas, ni para nadie es un secreto la importancia que juega en las relaciones sociales de los españoles, el ser oriundos de un mismo lugar: pueblo, ciudad, provincia o región, es decir, paisanos. Si nos es posible, siempre buscamos la proximidad de nuestros paisanos; es algo que llevamos dentro, que hemos mamado: el amor a la patria chica, y el paisanismo es una de sus manifestaciones.

En el grupo, salvo *Sevilla*, *Segundo* y yo, todos son paisanos de *Peret*; valencianos o, por lo menos, de la región levantina. De esta compañía dependerá la inclinación o decisión que pueda tomar él. Por el momento "la pelota está en el tejado". En mi opinión, *Peret* es un buen muchacho, demasiado bueno, diría, pues no tiene picardía de ninguna clase.

En mis recuerdos, *Angelillo* forma rancho aparte. Siempre estuvimos juntos y llegué a conocerlo bastante bien..., supongo que él también me conocería. Era un mocete espigado, alegre y con todos se llevaba bien, pero de maravilla con *Grande*. Recuerdo perfectamente por qué le pusimos este nombre: era un admirador del cantante Angelillo, me refiero al cantante que interpretó uno de los papeles de la película *El negro que tenía el alma blanca*. Nuestro *Angelillo* andaba siempre tarareando alguna de las canciones de su tocayo. Cuando coincidimos con *Grande* en algún campamento, éste no dejaba de pincharle para que entonara alguna canción (por la noche con sordina, y cuando no había “moros en la costa”). A veces, *Angelillo*, se entusiasmaba con la canción y alzaba un punto la nota. El que estaba más cerca, le tapaba la boca con la mano y soltaba (también con sordina): “¡coño!, *Angelillo*, no levantes la voz aunque desentones”. De esta afición le vino el nombre de guerra de *Angelillo*.

Éste era de esas personas que parecen disfrutar dándole gusto al dedo y de las que no me he fiado nunca mucho. Esta clase de personas, por lo general, suelen mostrarse muy decididas cuando tienen las espaldas cubiertas pero, si las tienen descubiertas..., la decisión se evapora como por arte de magia.

Era muy disciplinado y no recuerdo haber tenido que llamarle la atención. Sabía perfectamente lo que significaba haber ingresado en las guerrillas: el peligro a que se estaba expuesto las 24 horas del día, la fatiga de las noches de marcha, el frío, el hambre, no dejar rastros que nos puedan delatar, hablar bajo (con sordina) en los campamentos y en las marchas, el respeto hacia nuestros puntos de apoyo y enlaces. Todo esto, no hubo necesidad de repetírselo dos veces.

Me parece más bien que estos tres levantinos ingresaron en las guerrillas para no ir al servicio militar.

Sobre primeros de diciembre de 1946, se presentó por las cercanías de la cueva un enlace que teníamos en Requena. Después de oír la contraseña establecida (imitar el canto del perdigacho), le salimos al encuentro *Moreno* y yo. Su presencia obedecía a que se le habían presentado en casa tres antifranquistas preguntando por nosotros; dos de ellos, conocidos suyos y pertenecientes a familias de confianza, los había traído con él y dejado a unos centenares de metros de distancia. Nos entrevistamos con ellos y el que parecía llevar la voz cantante, que respondía al sobrenombre de *Mejicano*, nos dijo que habían dado en la ciudad algunos golpes económicos y enterado por los dos que le acompañaban de que en la comarca

existían guerrilleros, venía a ponerse de acuerdo para operar conjuntamente.

El enlace regresó a Requena y a los tres visitantes nos los llevamos a la cueva porque nos pareció una imprudencia dejarlos marchar habiendo llegado tan cerca de nuestro emplazamiento.

Esa misma noche salieron *Moreno* y *Ventura* a enlazar con el jefe del 5 sector, *Tomás*, para informarle y que nos dijera si tenía alguna noticia sobre el *Mejicano*; *Bienvenido*, salió para Valencia a entrevistarse con *Andrés*, con este mismo fin.

Del enlace de Requena teníamos información sobre el local de la contribución: su emplazamiento, los empleados que solía haber y, lo más importante, que no tenía montada una guardia y que el cuartel de la Guardia Civil se encontraba bastante retirado del local.

Un par de veces había examinado con *Moreno* la posibilidad de dar un golpe económico en dicho local, pero nunca llegamos a ponernos de acuerdo.

Me pasó por la cabeza que el momento era propicio para poner a prueba al *Mejicano* y sus dos acompañantes y, al mismo tiempo, conseguir algún dinero pues, los fondos del 5 sector, todo hacía suponer que estaban dando “bocadas”.

Quizá todo fueran deseos de demostrarle a *Moreno* que la idea de asaltar el local de la contribución no era tan descabellada como él pensaba.

Al día siguiente consulté con *Segundo* y *Pavito* esta posibilidad y opinaron que debíamos aprovechar la ocasión y asaltar el local de la contribución que por aquellos días se estaba recaudando. Convinimos que cinco seríamos suficientes para llevar a cabo la operación.

Lo fundamental era contar con el factor sorpresa y obrar con la mayor rapidez. La hora más propicia sería a partir de las cuatro de la tarde por el hecho de que a los “civiles” les quedarían pocas horas de día para organizar nuestra persecución. La retirada la realizaríamos por los barrancos del río Magro, que pasa tocando las afueras de Requena y, a pocos kilómetros de la población, tuerce a mano derecha y baja a unirse con el río Mijares por encima del embalse de Forata; nosotros seguiríamos en dirección a Buñol y en el Hogar de Ramón Laporta y Girón, colocaríamos unos cartuchos de dinamita para llamar la atención de la Guardia Civil en esta dirección y de allí, dando un rodeo por la sierra Martés, ganar la cueva. El campamento quedaría bajo la responsabilidad de *Lallave* y *Flores* hasta el regreso de *Moreno* y *Ventura* o el nuestro. Por si nos era necesario, nuestro punto de concentración sería el mismo río Magro, a la altura del cementerio de Requena.

Puestos de acuerdo sobre estos puntos, nos reunimos con el *Mejicano* y le explicamos el plan para el asalto al local de la contribución, recalcándole que el dinero que se lograra con el golpe quedaría íntegro para las guerrillas. Dio su conformidad y se decidió que en la operación participaríamos *Mejicano*, *Chingadito* (por este sobrenombre -que me sonaba mal en los oídos- respondía un mocete de unos 18 o 19 años; uno de los dos que

acompañaban al *Mejicano*), *Segundo*, *Pavito* y yo.

Al día siguiente, metí en una cartera de mano una metralleta con el culatín cortado y como cosa de un kilo de dinamita; nos echamos las pistolas en los bolsillos y a eso de las tres de la tarde entramos en Requena por separado. Acompañado por *Segundo*, me acerqué hasta la puerta del local para ver cómo se comportaban en la “cola” para pagar y qué vigilancia había. Nos reunimos con los otros en una plazoleta donde había un grupo de personas tomando el sol. Faltaban unos minutos para las cuatro, cuando nos fuimos acercando al local. *Chingadito* y *Segundo* se colocaron de guardia en la puerta y *Pavito*, *Mejicano* y yo entramos en él. A los campesinos que se hallaban en el interior, los hicimos sentar en el suelo por si nos veíamos en la necesidad de hacer algún disparo, y los dos o tres empleados, encañonados por nuestras armas, nos entregaron una caja metálica con el dinero de la recaudación. Con los libros y recibos que encontramos a mano hicimos una pila en el centro de la sala y les prendimos fuego. Ya en la calle, repartimos algunos ejemplares de nuestro periódico *El Guerrillero*. Recuerdo que al entregárselo a un grupo de personas que estaban reunidas junto a una puerta, me dijeron: “*Parece que tiene usted prisa en repartirlos*”. “*Más tendrán ustedes en quitárselos de encima cuando los lean*” les respondí, sin dejar de dar grandes zancadas tras mis compañeros.

Todo sucedió con tal rapidez que nadie se dio cuenta de lo que pasaba hasta que nos encontramos fuera de las paredes de Requena. Sonaron algunos disparos a nuestra espalda pero nos tenían sin cuidado, pues ya los barrancos del río Magro estaban a nuestro alcance.

La entrada en Requena tendría lugar por el 10 o 12 de diciembre de 1946.

Al amanecer estábamos entre los huertos de Buñol. Buscamos un lugar camuflado donde pasar el día y por la noche entramos en casa de los padres de *Pavito*. Llevábamos más hambre que un maestro de escuela; nos sacaron una fuente llena de tomates verdes puestos en sal y vinagre que eran una gloria. ¡Lo que nos faltaba para abrir el apetito!; desayunamos, comimos y cenamos, todo a un mismo tiempo. Los padres de *Pavito* nos prepararon comida para el camino y al día siguiente, por la noche, en el Hogar de Ramón Laporta, un pabellón de construcción reciente situado en las afueras de Buñol, arrancamos la bandera monárquica que ondeaba en el patio y colocamos los cartuchos de dinamita en un hueco de la pared. La explosión abrió un boquete y en algunas ventanas se encendieron luces.

Dos noches de marcha, después de pasar tocando las casas de Yatova, Mijares y Hortunas de Abajo, nos colocaron en la cueva, donde aquella misma noche había llegado *Bienvenido* de Valencia. Me informó de que del *Mejicano* y sus dos acompañantes, *Andrés* no tenía ni noticia.

A *Bienvenido* le habían dado una pistola en Valencia y todo el tiempo que estuve conversando

con él se lo pasó examinándola. Le advertí que tuviera cuidado en que no se le escapara ningún tiro y después de recomendarle a *Flores* que permaneciera vigilante y no dejara de llamarme a la menor sospecha, me arrojé con la manta para descabezar un sueño. No sé el tiempo que llevaría durmiendo cuando fui despertado por una detonación. *Bienvenido*, que seguía con la dichosa pistola en las manos, me dijo que se le había escapado un tiro. Ni quince minutos habrían pasado, cuando *Flores*, que tenía una vista de lince, nos avisó que los “civiles” andaban por encima de la cueva. En este preciso momento entró *Chingadito*, que había salido para hacer sus necesidades.

Desde el rincón en que me encontraba vi a dos “civiles” que, al ver a *Chingadito*, se parapetaban detrás de unas rocas. Se imponía salir de la cueva sin pérdida de tiempo; cada minuto que pasara jugaba en contra de nosotros. En las caras se notaba que nadie estaba dispuesto a ser el primero en exponerse a las balas. Les recordé el punto de concentración que teníamos señalado y contando que posiblemente dejara el pellejo en aquella ladera, le entregué a *Segundo* todo el dinero del golpe en Requena (unas 40.000 pesetas y pico), y le dije que tenían que aprovechar el momento en que la atención de los “civiles” se centrara sobre mi persona, para salir todos en otra dirección. Con la mochila a la espalda, tomé impulso y salté fuera de la cueva. Una lluvia de balas saludó mi aparición. Saltando y dando tumbos entre las piedras y las matas de romero, llegué al hondo de la barranquera, seguido por las balas que multiplicaban mis fuerzas. Gané un recodo que me ofrecía bastante seguridad y me detuve para ver si alguien de los nuestros me seguía. A corta distancia bajaba el *Mejicano* dando trompicones. Los “civiles” ya no disparaban con tanta intensidad. Ocultándonos entre la maleza, logramos colocarnos dando vista a la cueva, en la ladera de enfrente. Desde esta posición, pensaba que podría ver a la Guardia Civil y ayudar a los nuestros. Los disparos habían dejado de retumbar por la barranquera y ni unos ni otros daban señales de vida; parecía como si la tierra se los hubiera tragado a todos juntos. Le pregunté al *Mejicano* si había visto salir a alguien más y me respondió que *Bienvenido* había salido tras él y que había sido alcanzado por las balas a escasos metros de la cueva.

Pensando en *Bienvenido* y dispuesto a esperar hasta la noche, me quité la mochila de las espaldas y descubrí tres o cuatro ventiladores que antes no tenía; la chaqueta también la llevaba agujereada por debajo del sobaco pero la piel no tenía ni un rasguño de bala, porque las piernas las llevaba llenas de los restregones que me había dado contra las piedras y las matas de romero.

Las saetas del tiempo parecen detenidas en un punto. Los minutos de angustiosa espera se hacen interminables y me desespera el silencio que me rodea y la inmovilidad que me veo precisado a guardar. Lo que cientos de veces había descifrado como ruidos propios del bosque, ahora me alarman e instintivamente mis manos se cierran convulsivas sobre la

metralleta que pende de mi cuello. De creer el recuerdo que guardo de este día, diría que fueron semanas enteras las que transcurrieron, cuando me puse de nuevo en guardia sin decir palabra, con la mano le hice seña al *Mejicano*, para que se aplastara contra la tierra. Esta vez estaba seguro que no me habían engañado los sentidos... alguien se aproximaba entre la maleza haciendo chascar las ramas. Agazapado como bestia acorralada, mis ojos no se apartaban un segundo de la dirección en que provenía el ruido. La camisa no me tocaba el cuerpo y de los sobacos, resbalando por la carne, me cayeron unas gotas de sudor frío que me comunicaba a todo el cuerpo una sensación extraña... ¿Era el miedo a la muerte? Tal vez. Pero estaba seguro que ésta no vendría sola... alguien tendría que enseñarme el camino. El que con tanta precaución se acercaba, tenía que darme la cara y yo estaba dispuesto a que de sus labios no saliera una palabra de lo que habían visto sus ojos. La gran losa que me aplastaba contra la tierra se me cayó de encima. Por entre las jaras y los romeros vi cruzar a *Pavito* y lo llamé. Los malos ratos, cuanto mayor es la compañía, mejor se pasan. No hay nada que más agote los nervios que la espera solitaria entre el choque que se avecina y el momento en que suena el primer disparo. Se pierde la noción del tiempo; los movimientos se realizan de manera mecánica, como si estuvieran desligados del cerebro que los dirige y condiciona. No se percibe la tensión a que están sometidos los sentidos hasta que, pasado el susto, se queda uno como atolondrado y del cuerpo se apodera una sensación de agotamiento físico. Se olvida el hambre, la sed, el calor o el frío... lo mismo da estar tumbado sobre la nieve, que bajo los abrasadores rayos del sol.

Cayó la tarde, y con la llegada de la noche, recuperamos la tranquilidad. Nos acercamos al punto de concentración y, al poco rato de esperar, llegó *Segundo* con los otros guerrilleros. Sólo faltaba a la cita *Bienvenido*. Nadie supo darme razón de él. Les comuniqué lo poco que me había dicho el *Mejicano* sobre *Bienvenido*, y que hasta que no llegó la noche habíamos estado vigilando la cueva desde la ladera de enfrente sin descubrir ningún movimiento.

Lallave, Flores y Segundo, me dijeron que no se habían movido de la cueva hasta que no se hizo de noche; que antes de salir habían lanzado por la ladera unos pedruscos para llamar la atención de los “civiles” y que al no notar ningún movimiento, se habían decidido a salir de la cueva y que venían directamente de ella. *Segundo* me entregó el dinero que le había dado al saltar de la cueva y me preguntó si no me habían dado los “civiles”. “No, -le respondí- la mochila ha parado tres o cuatro balas”.

Conforme voy recordando, la muerte de *Bienvenido*, (Cardona López, su nombre de pila nunca lo he conocido), pudo tener lugar el 16 o 17 de diciembre de 1946.

Junto a una roca del punto de concentración, teníamos una estafeta con *Moreno*. Dentro de una cajita de hojalata coloqué una nota en la que le decía lo sucedido en la cueva y que regresara al campamento de *Peñaranda* y allí nos encontraríamos. De su hermano no le

decía nada pues prefería darle la mala nueva de palabra y no por medio de cuatro letras en un papel.

Mi propósito, como le indicaba a *Moreno*, era encaminarme con el grupo al campamento de *Peñaranda*, pero antes tenía que dar solución al problema que me planteaba la presencia del *Mejicano* y sus dos acompañantes. Un cambio de impresiones con ellos me allanó el camino... menos *Chingadito*, que se quedó con nosotros, los otros dos decidieron regresar a Valencia. Nos separamos, y al día siguiente desde un cerro próximo al punto de apoyo de la casa del Mojón, vimos bajar por la carretera de Requena a Cofrentes tres camiones abarrotados de guardias civiles en dirección de la cueva. Una avioneta en vuelo rasante estuvo dando vueltas toda la mañana sobre nuestras cabezas, lo que nos obligó a permanecer tumbados sin hacer el menor movimiento. Por la noche suministramos en el punto de apoyo, y le comunicamos lo sucedido para que estuviera prevenido.

Antes de llegar a la casa del Mojón, bajando de La Portera, el grupo tenía establecida otra estafeta y la colocamos para que *Moreno*, no siguiera más adelante y regresara sobre sus pasos. En otra noche de marcha nos colocamos cerca de Venta del Moro, donde teníamos otro punto de apoyo y pasamos el día metidos en el pajar porque no había bosque, todo eran cepas. Al amanecer del día siguiente y después de pasar por las estafetas y no encontrar ninguna nota, poníamos los pies en el campamento de *Peñaranda*, en las hoces del río Cabriel.

Allí no había alma viviente y por más que examinamos los rastros no descubrimos nada que nos pudiera decir si había sido asaltado o abandonado; en las rocas no se veían esas rosetas características, limpias, que dejan las balas al estrellarse. Estando en estas, descubrimos en la otra orilla del Cabriel a *Fortuna* que, por señas, nos encaminó a unas piedras por las que cruzamos el río.

La noticia del asalto a la cueva ya había llegado al grupo de *Peñaranda* y *Fortuna* había salido en nuestra busca porque el único punto de contacto que mi grupo tenía con el jefe del sector, era el campamento de *Peñaranda* y no encontrando a nadie en él, todo se complicaba de manera inesperada.

No recuerdo qué causas, quizá fuera la escasez de bosques, otra causa no veo, hizo que *Fortuna* nos metiera en su casa en La Pesquera para pasar el día.

Conocí a su mujer... algo bajita y vivaracha como un gorrión. Nos preparó dos grandes sartenadas de gachas de harina de almorta y unas lonjas de tocino de veta pasadas por la sartén. Todo desapareció en menos tiempo que canta un gallo pues... como decimos: "Muchas manos en un plato, pronto tocan a rebato".

Por la noche, *Fortuna* nos condujo al campamento de *Peñaranda*. Conforme se acortaba la distancia, crecía mi preocupación: ¿Cómo decirle a *Moreno* que su hermano había

muerto? Llegó el momento de darle la triste noticia: reunido el grupo con el jefe del sector, con *Moreno* y *Ventura*, les dimos cuenta de todo lo que queda dicho, desde la entrada en Requena. *Moreno* recibió la noticia sin pestañear, como cosa de la lucha que a cualquiera nos podía alcanzar. Pero no terminarían aquí las noticias trágicas para *Moreno*: identificado su hermano, sus padres fueron detenidos y llevados a la cárcel de Valencia donde pasaron bastantes meses. Una hermana que tenía, también fue detenida y sometida a torturas y vejaciones perversas. Cuando salieron en libertad, los desterraron del pueblo y tuvieron que establecerse en Valencia.

El enlace de Requena se tuvo que ocultar hasta que fuimos en su busca; como guerrillero tomó el sobrenombre de *Roberto*. El punto de apoyo de la casa del Mojón también fue detenido.

En esta reunión con *Tomás*, le entregué hasta la última peseta del golpe económico en Requena. Se decidió también que saldría con el grupo para buscar nuevo campamento en la zona.

En el campamento de La Pesquera, me enteré de la muerte del *Peca* en un encuentro con la Guardia Civil, cerca del campamento de las hoces por el que veníamos de pasar. Aquí conocí también a los guerrilleros *Jerónimo* y *Lucas* (de la región andaluza), que hacía poco tiempo que habían ingresado en el grupo de *Peñaranda*.

Desde que le comunicara la muerte de su hermano, *Moreno* ya no fue el mismo para mí: lo notaba distante y como si yo fuera el responsable de la muerte de *Bienvenido*. Nunca me dijo ni media palabra, es cierto; si dijera otra cosa mentiría descaradamente. Delante de él, yo mismo me consideraba culpable, aunque en mis razonamientos internos me dijera que no tenía ninguna culpa de lo sucedido: no había sido mi pistola la que se disparara alertando a los “civiles” de nuestra proximidad, sino la de su hermano.

Esto son razonamientos que me hago pero que, en ciertas situaciones, uno debe guardarse para sí mismo. No sé qué reacción hubiera podido ser la mía de encontrarme en el puesto de *Moreno*.

Después de la muerte de *Bienvenido*, el grupo ya no volvió a tener enlace con *Andrés* en Valencia.

Más sobre los mitos y las sombras

No me cabe la menor duda de que nosotros mismos, los guerrilleros, hemos contribuido,

en no pocas ocasiones, a la creación de los mitos y extendido muchas de las sombras que envuelven la historia de la AGLA.

Esta convicción me induce a ciertas reflexiones que -creo- se deben tener en cuenta para que se vaya haciendo un poco de claridad. Reflexiones que son muy mías y que no pretendo imponerlas a nadie. Solamente desearía que pudieran servir para un estudio más argumentado y más real sobre el tema de la AGLA y su lucha contra el régimen franquista.

En esta parte que dejo escrita sobre mis recuerdos, repito varias veces "asalto a la cueva", y me pregunto: ¿Fue verdaderamente un asalto o fue un encuentro fortuito?

Cuanto más pienso en ello, más estoy persuadido de que se trató de lo segundo: en el momento de ser descubiertos por la Guardia Civil, desde nuestra posición dentro del covacho, no podíamos determinar si se trataba de una batida o de una patrulla de "civiles" más o menos numerosa. *Mejicano, Pavito* y yo salimos de la cueva y mientras hubo luz del día, lo pasamos vigilando y no logramos ver ningún movimiento. De haberse tratado de una batida, algo habiéramos visto. La distancia a vuelo de pájaro no pasaría de unos 200 metros, es decir, a simple vista se podía controlar todo lo que sucediera en torno a la cueva. Al llegar la noche y después de hacer rodar unos pedruscos para llamar la atención de los "civiles", *Segundo* sale con todos de la cueva sin necesidad de disparar un solo tiro. Al día siguiente vimos bajar por la carretera tres camiones llenos de guardias civiles. Lo que me demuestra que el día anterior, en el monte, no había un gran contingente de fuerza y que los "civiles" que descubrieron nuestra presencia no pudo ser una patrulla muy numerosa.

La batida pudo tener lugar, pero debió centrarse sobre la zona de Buñol donde, en el Hogar de Ramón Laporta, colocáramos los cartuchos de dinamita.

Estas consideraciones son las que hacen pensar que no se trató de ningún asalto, más bien -como digo- de un encuentro fortuito.

Los extremos se juntan al presentar los hechos... Dos fuerzas que se combaten a muerte; la Guardia Civil y los guerrilleros, van de la mano... con fines diametralmente opuestos. Ambas fuerzas necesitan de una AGLA fuerte, bien organizada y con hombres de partido "prestigiosos" que la dirigen desde Valencia.

A partir del asalto al tren pagador en Caudé y el lanzamiento en llamas del mercancías por la cuesta Ragudo, el nombre de la Benemérita se ve comprometido ante el régimen franco-falangista, al no haber logrado, pese a una gran movilización de fuerzas, entrar en contacto con ningún grupo guerrillero. Para lograr la recuperación de su nombre ante el franquismo, como fuerza incorrupta y represiva, nada mejor que presentar una AGLA como una organización comunista fortísima y bien organizada. En parte, esto puede justificarla.

Los efectivos en hombres de la AGL, no pasarían por estas fechas de 100 o 120 guerrilleros. Contra esta reducida fuerza, el franquismo tiene en movilización a toda la Guardia Civil de

las provincias de Cuenca, Valencia, Teruel y Castellón de la Plana; así como a los falangistas y somatenistas de dichas provincias.

Es precisamente para justificar esta gran movilización, para lo que la Benemérita, tiene necesidad de presentar al franquismo una AGLA potente y con una amplia red de puntos de apoyo y enlaces.

En el 5 sector, por tres veces los guerrilleros nos hemos hecho ver: el control en la carretera, Los Isidros y Las Monjas; una cuarta es la entrada en Requena. En estas cuatro operaciones hemos tenido dos muertos; mis amigos *Julio* y *Bienvenido*. Pero la Guardia Civil no ha logrado llegar a un enfrentamiento abierto con los guerrilleros. Ello no impide que ésta hable del choque en la cueva como del asalto a un campamento guerrillero y del desmantelamiento de una amplia red de puntos de apoyo y enlaces, que supone un rudo golpe para la AGLA. Al mismo tiempo aterroriza a la población rural con una serie de detenciones arbitrarias que nada tienen que ver con la AGLA.

Es cierto que mi grupo se vio privado de los dos puntos de apoyo que nos suministraban y que por esta causa tuvimos que abandonar las estribaciones de la sierra Martés.

A esto se reduce, en definitiva, la "amplia red" de puntos de apoyo y enlaces desmantelada por la Guardia Civil.

Casos como éste podría traer aquí un montón; bastará saber, como ejemplo, que mi grupo hizo vida en la sierra de Enguera durante dos años y medio con solamente cuatro puntos de apoyo.

Para contrarrestar la acción propagandística de las fuerzas represivas en la zona, el 5 sector usa de los mismos métodos empleados por la Guardia Civil aunque con fines distintos; hinchamos el globo y presentamos una AGL combativa en marcha triunfal por la senda de la insurrección armada. El encuentro fortuito en la cueva (para mí no es otra cosa), lo presentamos igualmente como el asalto a un campamento en el que, una vez más, la Guardia Civil fracasa en su intento de aniquilar a una unidad guerrillera. La movilización de las fuerzas represivas son el último coletazo de la bestia franquista... la bandera republicana no está lejos el día en que ondee al viento de la libertad.

Para combatir al terror franquista, necesitamos brindarle al pueblo la imagen de una agrupación fuerte y bien organizada porque lo que pretendemos es llevar al pueblo a las posiciones de la insurrección armada contra el régimen franco-falangista y por la República.

He aquí una muestra de cómo los extremos llegan a tocarse aunque sea con intereses completamente opuestos.

Se van acumulando una serie de hechos que me impiden tener sobre *Tomás* una visión clara como jefe del 5 sector. Existen una serie de medidas de seguridad que todos los responsables de grupo, por la cuenta que nos trae, respetamos: las estafetas antes de entrar en los campamentos.

De la seriedad, de la responsabilidad con que sean atendidas las estafetas, depende en muchas ocasiones la vida de los enlaces, de los sectores y grupos y de los grupos mismos.

Ya se ha visto que una de las primeras cosas que hago después de ser descubiertos por los “civiles”, es colocar sendas notas en las estafetas advirtiendo a *Moreno* de lo sucedido y hacia dónde nos dirigimos para podernos reunir de nuevo, y lo hago personalmente... en este aspecto soy bastante quisquilloso y quiero estar completamente seguro de que las estafetas han sido debidamente atendidas.

Nos dirigimos al campamento de *Peñaranda* donde hace vida el jefe del sector. Abandonado o asaltado, en el campamento no hay ni una rata y en la estafeta que miramos antes de poner los pies en él, no hay ninguna nota. Es decir; ni *Tomás*, ni *Peñaranda*, ni nadie se ha preocupado para nada de atender la estafeta.

Nadie puede imaginarse las tripas que a uno se le ponen cuando después de pasar por las estafetas y no encontrar nota alguna, pone los pies en un campamento y lo encuentra vacío.

En el grupo de *Peñaranda* se tiene noticia de la entrada en Requena y de los tiros en la cueva... *Fortuna* sale en nuestra busca solo, sin nadie que lo acompañe.

¿Quién controla los movimientos de *Fortuna*?

No hay duda, *Fortuna* se le ha escapado del control a *Tomás*. Éste no puede prohibirle a *Fortuna* andar solo porque él (*Tomás*), lo está haciendo de continuo.

Aparte de lo que “Fulano” o “Mengano” puedan decir, tengo un par de ejemplos de lo que digo. Aquí me veo obligado a volver páginas atrás, al planteamiento de las dos acciones que *Tomás*, hace en el grupo: en la primera nos acompaña hasta dejarnos sobre la carretera no lejos del pontón y prosigue su ruta solo. Del pontón hasta el campamento de *Peñaranda*, a vuelo de pájaro hay unos 32 kilómetros y medio. Esta distancia no la puede cubrir *Tomás* sin que se le haga de día mucho antes de llegar al campamento.

¿Anda de día o se mete en casa de algún punto de apoyo? Descarto, por el carácter de *Tomás*, que se aplaste al terreno entre dos hileras de cepas para pasar el día. Agreguemos que esto supone no dormir de día y andar por la noche.

En la segunda: el cuartel de Los Isidros, aunque la distancia es más corta, sucede tres cuartos de lo mismo.

Se dirá, y con razón, que yo también meto al grupo en un pajar para pasar el día. Sí; pero

(24) En algunos escritos se habla de 30 mil pesetas; en otros, de 40 mil. Influenciado por éstos escritos, yo doy la cantidad de 40 mil pesetas y pico. En resumidas cuentas, he olvidado la cantidad de que nos apoderamos. Sin contar el tren pagador de Caudé, con el grupo -que recuerde- hemos realizado seis operaciones económicas. Que nadie me pregunte por las cantidades porque no recuerdo ninguna.

no hemos podido alcanzar el bosque; es invierno y las cepas están perdiendo las hojas. Yo no puedo meter a ocho hombres entre dos hileras de cepas que no nos cubren. Entre los dos males, elegimos el que nos parece menor.

En el campamento de La Pesquera, paraje de Fuentezuelas, me encuentro con *Tomás*, *Peñaranda*, *Moreno* y *Ventura* (hay otros guerrilleros de los que no recuerdo bien los nombres), les informamos de todo lo sucedido y entregamos a *Tomás* todo el dinero del golpe económico. (24)

A nosotros nadie nos informa de la muerte de Julio en Las Monjas ni por qué ha sido abandonado el campamento de las hoces del Cabriel sin atender la estafeta.

Nadie me dice tampoco por qué *Moreno* y *Ventura* no han salido de regreso para el grupo. Desde que *Moreno* y *Ventura* salieran para enlazar con *Tomás*, hasta los tiros en la cueva, han transcurrido siete días: tiempo más que suficiente para haber regresado al grupo.

No puedo remediarlo; hay cosas en el comportamiento de *Tomás* que tenían que conducir a lo que condujeron: finales de enero, primeros de febrero de 1947, *Tomás* es detenido en Valencia en el autobús que tenía que dejarlo en Madrid. Antes de su detención tenía una cita con un enlace que lo acompañaría a Madrid. El enlace no acude a la cita y *Tomás* toma asiento en el autobús. La Guardia Civil le pide la documentación, le registra la maleta, le encuentran una pistola, y se lo llevan detenido.

Tomás tenía que haber desaparecido del lugar de la cita sin dejar rastros y no subir en el autobús como lo hizo. La pistola en la maleta tampoco le servía para nada, sino para comprometerlo más todavía. Acaso, *Tomás*, pensaba que la Guardia Civil le iba a decir: "Por favor, señor, coja su pistola y léese a tiros con nosotros".

Cuando me traslado en ferrocarril a la cita de Utiel, voy con la pistola en la cintura porque no puedo dejar que la Guardia Civil me eche el guante encima. Sé muy bien lo que me espera: palos y más palos y al final el tiritito. A la cita no acude nadie y me marchó más que deprisa, sin aguardar a más explicaciones. Lo mismo tenía que haber hecho *Tomás*.

Tengo entendido que *Andrés* es detenido algunos días después que *Tomás*. ¿Qué medidas preventivas toma *Andrés*?

Por estos días también, *Perico* muere como un jabato en Valencia y nosotros, los guerrilleros, no sabemos más que esto: "que muere como un jabato" en combate con la Guardia Civil.

Con el paso de los años, uno se plantea muchas interrogaciones, que, quizá algún día alguien pueda aclarar.

(25) Me parece recordar que bajo este nombre de Valiente, está reseñada en un mapa de carreteras "Michelin" de los años 40.

Campamento por casa del Valiente (25) “La Pedriza”

A raíz de la muerte de *Bienvenido*, de la que me consideraba en parte responsable por haber metido al grupo en una cueva, me prometí que nunca más volvería a meter al grupo en ninguna, y creo que en el ánimo de todos estaba esta misma decisión; jamás se volvió a pensar en que pudiéramos buscar una cueva para acampar, es más, les dábamos de lado como a la peste.

Antes de salir del campamento de La Pesquera, se llevó a cabo una nueva distribución de los hombres del 5 sector, que quedó del siguiente modo:

Grupo de <i>Peñaranda</i>	Grupo del <i>Chaval</i>
<i>Peñaranda</i>	<i>Chaval</i>
<i>Fortuna</i>	<i>Moreno</i>
<i>Salvador</i>	<i>Ventura</i>
<i>Segundo</i>	<i>Flores</i>
<i>Jerónimo</i>	<i>Lallave</i>
<i>Ismael (Samuel)</i>	<i>Pavito</i>
<i>Lucas</i>	<i>Angelillo</i>
<i>Chingadito</i>	<i>Peret</i>

Tomás jefe del 5 sector

Como de costumbre, *Tomás* se quedó con *Peñaranda* en el grupo y yo salí con el mío para establecer campamento por los montes cerca del punto de apoyo de casa del Valiente, entre la sierra del Negrete y Los Serranos, próximo a El Cerrito y Mas de Caballero.

Moreno es el portavoz del grupo porque es de la tierra; quién mejor que él para hablar con sus paisanos. El punto de apoyo de la casa del Valiente nos abrió las puertas de par en par gracias a *Moreno*. Esta familia campesina la componían cuatro personas: los padres más un hijo y una hija. Puedo decir que para lo que era norma generalizada en aquellos años de terror franquista en toda España, esta familia estaba bien acomodada; tierras propias, un par de mulos, colmenas y una punta de ganado lanar que daba envidia.

Durante todo el tiempo que estuvimos por estos montes se encargaron de suministrar al

grupo y no nos faltó lo indispensable para vivir.

Por la proximidad de nuestro campamento con los del 11 sector, que a la sazón se encontraban por la zona del pantano de Benagéber (embalse del Generalísimo), próximos a las casas de Campo Melchor, establecimos contacto con ellos para evitar confusiones que nos pudieran costar caras. Tuve la alegría de verme con *Grande*, *Pepito*, *Cubano*, *Paisano*, *Francisco* y muchos más que, hoy, confundo sus nombres. De regreso nos acompañaron *Dedé* y *Chato* para saber dónde nos encontrábamos y evitar el hacerse ver por las cercanías.

También por estas fechas, entramos en casa del Alemán, sita en los montes donde me encontrara con *Moreno* cuando fui trasladado al 5 sector. Recuperamos una pistola del 9 largo y comida para varios días. No se trataba, como su nombre puede dejar suponer, de ningún súbdito alemán; era una finca propiedad de un oficial del Ejército español retirado. No hubo más violencia que la de forzar la entrada en la casa y obligarle a entregar la pistola y la comida que encontramos.

No recuerdo qué causas (seguramente que alguna entrevista con *Tomás* o con *Grande*), me alejaron durante unos días del grupo; en los mismos, *Moreno* salió para realizar un control sobre la carretera de Valencia a Requena, entre Buñol y Venta Quemada. Durante el tiempo de espera, fueron descubiertos por un pastor conocido de *Pavito*, perteneciente a una familia antifranquista de Buñol, que les expresó el deseo de ingresar en las guerrillas. Este nuevo guerrillero fue conocido entre nosotros bajo el nombre de *Vaquero*. Cortaron la carretera entrada la tarde y al intentar detener un autobús de línea se cruzaron algunos disparos con una pareja de la Guardia Civil que lo custodiaba. La suerte quiso que no hubiera que lamentar ningún herido entre los pasajeros. El grupo se retiró también sin novedad.

Reunido días después con el grupo y al hacerme el relato de lo sucedido en el control, critiqué a *Moreno* su actuación y -con estas palabras o con otras- le dije que no podíamos permitirnos disparar sobre un coche de línea y que en tales situaciones lo más prudente era retirarse sin contestar a la agresión aunque ésta partiera de una pareja de guardias civiles: si los guerrilleros nos considerábamos el brazo armado del pueblo en su lucha contra el régimen franquista, teníamos que demostrarlo en todo momento y no poner en peligro la vida de este mismo pueblo del que nos otorgamos el título de ser su brazo armado.

Antes de este control, creo que fue el punto de apoyo de casa del Valiente, quien nos informó que el enlace que teníamos en Requena estaba escondido desde el asalto al local de la contribución. Fuimos en su busca y en las guerrillas tomó el nombre de *Roberto*. Lo que supone que también participó en el control indicado.

Guerrilleros del 11 sector entran en Losa del Obispo

Estando acampados en las inmediaciones de casa del Valiente, en el amanecer del día 28 de enero de 1947, se presentaron *Dedé* y el *Chato* y nos comunicaron que un grupo guerrillero del 11 sector había entrado en Losa del Obispo dos días antes (26 de enero de 1947). Al retirarse del pueblo, lo habían hecho en un camión que abandonaron no lejos de nuestro campamento.

La configuración geográfica y la escasez de bosques espesos nos decidió a levantar el campamento y nos fuimos con ellos a uno de los campamentos del 11 sector, entre Calles y La Mozaira, en el que pasamos la marea sin ser molestados.

Me encontré nuevamente con *Grande* y *Pepito*, que dirigieron la operación de Losa del Obispo. Los comentarios entre los guerrilleros sobre la entrada en Losa del Obispo difieren según el carácter de quien los hace. Ni los mismos jefe (*Pepito* y *Grande*) que dirigen la operación, coinciden en la apreciación de los hechos: por ejemplo, el testimonio de *Pepito* se puede condensar en estas palabras:

"Los guerrilleros han demostrado en Losa del Obispo su capacidad operativa. Durante tres horas fueron dueños de la situación asaltando el cuartel de la Guardia Civil y entablando tiroteo en sus pasillos. Detuvieron al alcalde y jefes de Falange y somatén, a los que dejaron en libertad al abandonar los guerrilleros el pueblo".

Pepito pasa en silencio la actuación del guerrillero *Chato* que, no sabiendo controlarse, provocó una verdadera calamidad que desprestigió a las guerrillas en toda la zona. Tampoco dice una palabra del abandono del camión en las proximidades de nuestro campamento, comprometiendo inútilmente, no sólo a nuestro grupo, sino también al punto de apoyo de la casa del Valiente.

Para *Grande*, aunque pondera de igual modo el asalto al cuartel de la Guardia Civil, lo fundamental reside en la tragedia que tuvo lugar en el café del pueblo donde, según informes proporcionados por los tres hermanos Gómez Corrales, vecinos de Losa del Obispo, se podían encontrar algunos somatenistas y falangistas armados. El *Chato* fue uno de los guerrilleros que entraron en el café e intimidaron a las personas que ocupaban las mesas a levantar los brazos. En una de las mesas la orden no fue ejecutada y en lugar de alzar los brazos se llevaron precipitadamente las manos a los bolsillos. El *Chato*, sospechando lo peor, apretó el gatillo de su metralleta y varias personas fueron alcanzadas por las balas.

Cuando los guerrilleros abandonan el pueblo, los hermanos Gómez Corrales, que fueron los que dieron toda la información, se marcharon con ellos. Yo los conocí bajo los nombres de *Cristino*, *Tito* y *Evaristo*.

Poco a poco fui recogiendo datos y pareceres sobre esta operación entre los guerrilleros

y puntos de apoyo. En casa del Valiente llegaron a decirme que cuando los guerrilleros se presentaron en el café, se estaba jugando dinero en alguna mesa y al oír la voz de "*manos arriba*", creyeron que era la Guardia Civil y lo escondieron con rapidez en los bolsillos. Esta, parece ser, fue la causa de que, confundiendo la acción, el *Chato* le diera gusto al dedo. Si a esto agregamos que no era muy sereno y lo tenía bastante ligero, tendremos el cuadro completo de lo que sucedió en Losa del Obispo.

A la prensa franquista, que guardaba un silencio de tumba sobre las acciones guerrilleras, le faltó el tiempo para lanzar las campanas al vuelo y calificó esta acción de "bandolerismo terrorista". Pasa en silencio, sin embargo, hechos de descargo como el que los guerrilleros dejaron en libertad al alcalde y jefes del Somatén y Falange. Ello demuestra que no se trataba de terrorismo por nuestra parte. Los muertos y heridos de Losa del Obispo fueron un accidente trágico de la lucha y no una acción fríamente calculada por los responsables del grupo guerrillero que entró en Losa del Obispo.

Asalto al campamento de La Pesquera (paraje Las Fuentezuelas) y disolución del 5 sector

Sin conocer sus pormenores, el día 13 de enero de 1947, en el asalto al campamento de La Pesquera (paraje Las Fuentezuelas), se toparon con la muerte nueve guerrilleros, entre ellos el jefe de grupo *Peñaranda* y el guerrillero *Ismael* (*Samuel* para algunos). De los siete restantes, desconozco sus nombres y no sé si llegué a conocerlos.

Aquí, también la cobardía de *Fortuna* tuvo una de sus manifestaciones al salir por piernas sin prestar ninguna ayuda a los restantes guerrilleros, que opusieron una resistencia desorganizada como causa de la sorpresa del asalto.

Los supervivientes de La Pesquera se presentaron en nuestro campamento (ya habíamos vuelto por los montes de Casa del Valiente). Con ellos venía la mujer de *Fortuna*, que escapó por tablas de las uñas de la Guardia Civil.

Personalmente tengo el presentimiento de que en dicho campamento no se guardaron todas las normas de seguridad aconsejables: me consta que el enclave del campamento era conocido por la mujer de *Fortuna* y que ésta, a su vez, se hallaba bajo la estrecha vigilancia de la Guardia Civil y, seguramente, siguiendo sus desplazamientos y compras, ésta llegó

a ponerse sobre la pista que la condujo a descubrir el emplazamiento del campamento guerrillero.

Como me aconsejara *Grande* en el momento de mi traslado al 5 sector, una noche me coloqué en cabeza de todo el grupo y me encaminé en busca del apoyo de los campamentos del 11 sector, de donde fue evacuada la mujer de *Fortuna*, que buscó refugio en Barcelona, donde tenía algún familiar.

Casi por las mismas fechas, caía en Valencia el jefe del 5 sector, *Tomás*. Se desplazó del monte requerido por *Andrés* y fue detenido por la Guardia Civil en el autobús que lo tenía que llevar a Madrid para establecer contacto con el PCE y con la Agrupación Guerrillera del Centro.

Durante el tiempo que estuvo detenido en la comisaría de Policía, los de la brigada Político-Social le inyectaban petróleo que alternaban con palizas de muerte. Ya en la cárcel, fue visitado por el gobernador de Valencia, que intentó hacer de él un delator prometiéndole vida salva y dinero para que se diese una buena vida. Ni con dinero, ni con promesas, ni con torturas, lograron sacarle nada... ¡ni su verdadero nombre lograron sacarle de la boca! Murió en la cárcel de Valencia, según informes que nos dieron, de los palos recibidos.

Estos hechos determinaron que el 5 sector pasase a formar parte del 11 sector hasta que se volvió a reorganizar meses más tarde.

Bajo estas líneas, una lista de los guerrilleros que recuerdo pasamos del 5 sector a formar parte del 11 sector.

Grupo del *Chaval*

Chaval

Moreno

Ventura

Flores

Lallave

Pavito

Angelillo

Vaquero

Peret

Sevilla

Supervivientes de La Pesquera

Fortuna

Salvador

Segundo

Jerónimo

Lucas o Andaluz

Chingadito

Roberto (el de Requena)

EN EL 11 SECTOR (febrero 1947-mayo 1947)

Los campamentos del 11 sector

Durante el medio año aproximado de existencia del 5 sector, la vida no les fue más fácil a los grupos del 11 sector mandado por *Grande*. Dos o tres campamentos fueron abandonados pese a que la zona era una de las mejores con que contaba la AGL, tanto por su configuración topográfica (terreno quebrado, bien poblado en bosques de pinos con bastante maleza baja y aislado de las vías de comunicación), como por el apoyo que en todo momento les brindaba la población campesina. Fue abandonado el campamento próximo a casas del Marqués donde la Guardia Civil efectuó una razia que dio con todos sus vecinos en la cárcel. La rabia de no poder cazar a los guerrilleros, la pagaron las familias detenidas que fueron

sometidas a torturas sin precedentes y a presiones de todo género; desde las patadas en las zonas genitales -a las mujeres las golpeaban en los pechos- hasta la amenaza de muerte y el soborno. Nada logró romper la entereza de nuestros amigos y los verdugos perdían el dominio de sí mismos ante la tenaz resistencia de nuestros puntos de apoyo y enlaces. Todos los procedimientos chocaron con la honradez y las ansias de libertad y democracia de aquellos campesinos que no habían olvidado que la República, con todas sus fallas y deficiencias, fue el régimen que les dio la tierra.

Justo será señalar que algunas de estas familias, cuando un par de años después fueron puestas en libertad y entraron de nuevo en contacto con nosotros, volvieron a ser puntos de apoyo de las guerrillas. El 11 sector buscó nuevos emplazamientos en los montes cerca de las casas de Campo Melchor, por encima del embalse del generalísimo (pantano de Benagéber para los campesinos de la contornada). El número de guerrilleros del 11 sector es bastante grande; de ello puede dar una idea la lista de nombres que sigue:

Andrés II -no confundir con el *Andrés*, jefe de la AGL.

<i>Angelillo</i>	<i>Comisario</i>	<i>Fortuna</i>
<i>Antonio</i> (de Teruel)	<i>Cristino</i>	<i>Francisco</i>
<i>Arturo</i> o <i>Manquito</i>	<i>Cubano</i>	<i>Frasquito</i>
<i>Bernardino</i>	<i>Dedé</i>	<i>Genaro</i>
<i>Ceferino</i>	<i>Elías</i> o <i>Durruti</i>	<i>Germán</i>
<i>Chato</i>	<i>Evaristo</i>	<i>Gonzalo</i>
<i>Chaval</i>	<i>Fernando</i>	<i>Grande</i>
<i>Chingadito</i>	<i>Flores</i>	<i>Ibáñez</i>
<i>Jacinto</i>	<i>Pepito</i>	<i>Tovarich</i>
<i>Jerónimo</i>	<i>Peret</i>	<i>Valencia</i>
<i>Juan</i>	<i>Poeta</i>	<i>Vaquero</i>
<i>Lallave</i>	<i>Roberto</i> (<i>Practicante</i>)	<i>Ventura</i>
<i>Matías</i>	<i>Roberto</i> (de Requena)	<i>Veterinario</i>
<i>Miguel</i> (<i>Abuelo</i>)	<i>Salvador</i>	<i>Vicente</i>
<i>Moreno</i> o <i>Jalisco</i>	<i>Segundo</i>	<i>Víctor</i> o <i>Larry</i>
<i>Nelson</i>	<i>Sevilla</i>	<i>Viriato</i>
<i>Núñez</i>	<i>Simón</i>	<i>Vitini</i>
<i>Paisano</i>	<i>Tito</i>	Un hermano de Jacinto

(El guerrillero *Pavito* del 5 sector ya había desertado).

Éstos son los nombres que recuerdo; a buen seguro que me olvido más de uno.

Las entradas y salidas son continuas y nuestros pies han abierto una trocha bien trillada

desde las casas de Campo Melchor hasta el campamento.

Para dar una idea de la clase de senda que habíamos abierto desde el lindero del bosque, contaré un caso que se nos dio:

Estábamos charlando en torno a los restos de una fogata cuando la guardia avisó que alguien se aproximaba al campamento. Nos apostamos a la espera y al poco apareció un campesino llevando a su mulo del ramal. Se quedó pasmado al vernos. Interrogado por el *Cubano, Grande y Pepito*, quedó claro que se encaminaba al pueblo de Benagéber con la intención de vender una carga de vino que llevaba en los serones del mulo, y que al llegar a la linde del bosque, confundiendo la senda que conducía al pueblo con la que nosotros habíamos hecho, se metió en el campamento. Le compramos el vino y lo dejamos marchar.

No carecerá de interés, para hacerse una idea de las simpatías que las guerrillas despertaban entre el campesinado que, este hombre, con el que no habíamos tenido ningún contacto y con el que no volvimos a tenerlo, no dijo una palabra de su inesperado encuentro. Por nuestra parte, tan seguros estábamos de los campesinos por estas fechas, que ni siquiera trasladamos el campamento.

Aquí, también, se le planteó al jefe del 11 sector un problema de difícil solución: entre los guerrilleros que nos reunimos había uno que llamábamos comisario, al que una sola detonación ponía enfermo. Tenerlo entre nosotros era un compromiso; dejarlo marchar, sentar un precedente. No me recato en decir que este amigo tuvo una suerte loca. Si este mismo caso se nos hubiera planteado un par de meses más tarde, no sé qué solución se le diera, pero presiento que jamás se le hubiese dado una solución más justa y humana. Caso único en la AGLA, al comisario se le dejó marchar de las guerrillas.

De no haber tomado *Grande* esta decisión, tarde o temprano este hombre hubiera desertado y como a tantos otros se le hubiese tildado de traidor y cobarde. No quiero decir que fuera un valiente, pero de traidor tampoco tenía nada: hijo de campesinos, se alistó voluntario durante la guerra y como comisario estuvo en los frentes donde se riñeron los combates más encarnizados; miembro del PCE, conoció lo que eran las cárceles franquistas y las torturas y jamás renegó de sus ideales. Pero cada situación requiere sus hombres, y no todos éramos buenos para "un fregado y un descosido"... En las condiciones de las guerrillas hacía falta cerrar los ojos ante muchas cosas para aguantar el peligro constante, las marchas agotadoras, el frío y el hambre, la ausencia de todo aquello que tuviera la más mínima relación con una vida normal; eran cosas que no todos podían soportar y a las que había que dar al olvido y cerrar los ojos.

La existencia de este campamento al que me vengo refiriendo, cuando nos trasladamos un par de cientos de metros más al interior del bosque, nos libró de una buena unos dos o tres meses después.

Las detenciones de marzo de 1947 en Valencia

Si la detención de *Tomás*, en enero de 1947, tuvo como resultado inmediato la desaparición del 5 sector; el desmantelamiento de la organización del PCE, la detención de *Andrés* y la de un grupo de comunistas activos, así como la incautación por la Guardia Civil de muchos documentos comprometedores (que no veo la necesidad de que los tuvieran en casa), dejó a la AGL sin contacto con la capital valenciana y no se volvió a enlazar hasta pasado un año. A la caída de *Andrés*, volvió a hacerse cargo de la dirección de la AGL *Antonio* y el 17 sector pasó a mandarlo *Manso*.

Por estas fechas, 8 o 9 de marzo de 1947, el 17 sector tiene una serie de ingresos que aconseja dividirlo y surge el 23 sector. *Carlos* (Jesús Caellas Aymerich) es nombrado jefe del nuevo sector y la AGL pasa a denominarse Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA). Denominación que le corresponde más fielmente y que hace justicia al apoyo que la población campesina aragonesa le presta.

Como resultado de las detenciones en Valencia y de la documentación incautada en casa de *Andrés* y en otras viviendas, los campamentos del 17 sector y del 23, sufrieron un acoso tenaz por la Guardia Civil. Fueron detenidos varios puntos de apoyo y evacuadas muchas casas de campo; el pinar de Aguaviva, donde funcionaba la escuela guerrillera, fue incendiado para obligar a los guerrilleros a salir de él. En los choques armados con la Guardia Civil se contaron bastantes bajas por ambas partes, aunque el precio más alto lo pagaron los grupos guerrilleros.

La represión franquista se cebó con saña en la población rural por toda la zona guerrillera. Todo ello determinó el que la escuela guerrillera pasase a funcionar en el 11 sector, en

Por mucho que ahora me lo proponga, *Perico*, sé que todo será inútil para traer a tu memoria el recuerdo de aquella mañana primaveral del año 1945. Sobre nuestras cabezas se extendía el manto azul del claro cielo sin una nubecilla en el horizonte. Los pájaros, persiguiéndose en sus juegos amorosos, formaban una alegre algarabía entre las ramas de los chopos; las mariposas volaban de flor en flor y las laboriosas abejas zumbaban, infatigables, atareadas en recoger el polen de las mil florecillas silvestres que asoman sus delicadas corolas entre la fina hierba del prado, especie de antesala de las escarpadas montañas que se alzan

Entrada en Requena y muerte de *Bienvenido*

sobre nuestras cabezas. El arroyo de cristalinas aguas que brotaba a borbotones entre la garganta de roca, saltaba cantarín por encima de las piedras y se desplomaba en cascada metálica en la cavidad, labrada por los siglos, de una gran roca que pudiera haber servido de baño consagrado a las ninfas de los bosques y de las fuentes. De aquí, buscando su natural declive, se deslizaba tranquilo limitando la pradera del viejo sendero que tantas veces hollaran nuestros pies. Junto a la orilla, crecían las matas de juncos y hierbas altas, y los chopos rectos porque a su lado no había otros árboles que les disputaran el espacio ni el frescor de las aguas donde bañaban sus raíces. En las copas espigadas, el sol dejaba caer sus rayos sobre las hojas, arrancándoles destellos de verbena.

Despertaba la naturaleza de su largo letargo invernal y el viento traía de la montaña la fragancia agreste del espliego y del romero, mezclada al olor acre de la savia que brotaba de los árboles contra los que resonaba el golpe seco de las hachas de los leñadores abriendo las cotanas que tenían que dirigir la caída de los colosos. Con los ojos fijos en la cercana ladera, veíamos oscilar suavemente las copas; luego, como si un espasmo de agonía recorriera todo su tronco, iba perdiendo la línea recta del cenit y todo él se inclinaba majestuoso hasta formar un ángulo de cuarenta y cinco grados. Llegado a este punto, la caída se hacía vertiginosa, silbaba el aire entre las hojas e iba perdiendo las ramas al entrelazarse con las de su vecino más próximo y finalmente, el último desgarrón, el choque violento contra la tierra donde hincaba los muñones de las ramas cual si se resistiera a perder el lugar que la naturaleza le había designado. La base daba todavía un furioso coletazo y se alzaba medio metro del suelo para volver a caer y quedar inmóvil. Como si temieran perder su presa, se abalanzaban los leñadores sobre el árbol caído y comenzaban a despojarlo de las ramas. Desnudo de las galas con que la primavera lo vistiera, aparecía el tronco mutilado con cien heridas blanquecinas por las que empezaba a perder la savia. Después, ya sabes, *Perico*, dieron comienzo las charlas de preparación guerrillera; yo fui agregado a vuestro grupo y así nació el grupo de los “*Maños*”.

De todo esto, *Perico*, podrías guardar memoria como la guardo yo; podrías guardar memoria de que *Julio* dejó de ser una noche a la entrada de Las Monjas. No le dio tiempo a oír las ráfagas de “naranjero” porque en la pechera de la camisa brotaron de improviso media docena de ababoles. De lo que no puedes guardar memoria es de que *Bernardino* se asomó una noche a las aguas del río Gállego y le sucedió lo que a Narciso en la fuente... Su cuerpo quedó retenido entre las cañas y los juncos donde lo descubrieron unos campesinos. *Ibáñez*,

ya entrado el año 1952, fue detenido en uno de los pasos fronterizos y fusilado por el régimen franquista. Tampoco te pudiste enterar, *Perico*, que un día, después del sacrificio de muchas vidas, perdidos entre los picos de las sierras, con la ropa hecha jirones, descalzos, física y moralmente destrozados, una treintena de hombres nos encontraríamos caminando y buscando con afán los caminos de la frontera porque una vez más, en España, habíamos fracasado. Si hubiéramos triunfado, *Perico*, los criticones más encarnizados fueran los primeros en ensalzarnos y formarían cortejo para felicitar y adular a los vencedores. Pero no vencimos, *Perico*, y por tanto éramos vulnerables y se nos podía criticar y denigrar impunemente hasta el extremo de que algunos llegaran a tener vergüenza de la acción emprendida, vergüenza en la que habría de verse ahogada la grandeza de morir por un ideal; la grandeza de aquel círculo que abrimos entre vivas y clamores al Partido Comunista, a la República y a España, y que seis años después, en el mes de julio de 1952, cerramos un puñado de supervivientes de la AGLA.

No, *Perico*, no pudiste enterarte de todo esto porque, en Valencia, la Guardia Civil descubrió tu presencia y la del *Francesito* en casa de un punto de apoyo. Te defendiste..., cayó muerto el *Francesito* y tú, herido, apoyaste sobre la sien el cañón de tu pistola y apretaste por última vez el disparador.

Esto, *Perico*, me lo contó *Grande*. En tu persona, no solamente perdía tu partido un militante excelente, sino que la AGLA se quedaba sin su mejor guía, sin el hombre que sacó a los grupos guerrilleros de muchas situaciones comprometidas; del hombre que en todos los terrenos se encontraba orientado y sabía predecir una senda por donde menos uno lo esperaba. Sacrificado, tranquilo y metódico en todos tus actos, estabas siempre dispuesto a todo y, quizá, de esta predisposición se abusara más allá de los límites prudenciales por algunos responsables de la AGLA.

Años más tarde, un hombre que tuvimos frente a nosotros, Tomás Cossías, escribiría sobre tu muerte:

“Era un hombre alto, fornido, ágil, de gran musculatura y movimientos reposados. De inteligencia también serena y calculadora, tenaz y frío... Localizado por la policía, fue rodeada la casa en que se encontraba con dos más; al llamar a la puerta fue contestada a tiros. La lucha duró casi dos horas y en ella resultó muerto uno de los ocupantes. Perico, viéndose herido y acorralado, se suicidó; pero antes, al ver que su tercer compañero se ofrecía a la policía con los brazos en alto para rendirse, disparó contra él hiriéndole, pero curó de sus heridas...” .

(26) De la existencia de tal ficha he tenido conocimiento en el año 2004.

Este acto desesperado, aunque sea muy duro reconocerlo, era el último que le quedaba al guerrillero para bajar el telón con toda honra... Del franquismo no podíamos esperar otra cosa que las torturas y, finalmente, el tiro de gracia.

Contrasta la opinión que tiene Tomás Cossías sobre *Perico*, con la ficha existente en los archivos del PCE, en Madrid, en la que se dice:

“*Era un buen compañero muy atrasado*”. (26)

¿Qué sabrán los autores de tal ficha lo que significa ser “muy atrasado”?

Podía no tener una base cultural, leer mal y escribir peor, pero esto no supone de ninguna manera que *Perico* fuera atrasado. Tenía una inteligencia natural que muchos podíamos envidiarle.

Las Fallas de San José

Las Fallas de San José que se celebran anualmente en Valencia son una buena ocasión para popularizar la lucha guerrillera. A ellas acuden gentes de todos los rincones de España y no pocos extranjeros atraídos por el grandioso espectáculo de la noche de la “cremá”.

Para esta fecha, el 11 sector acordó realizar varias operaciones simultáneas en tres puntos distintos de acceso a la capital valenciana. Con ello dio comienzo a lo que se llamó en el 11 sector la “*Ofensiva de Primavera*”.

Un grupo, al frente del cual fue designado *Paisano*, salió de un segundo campamento por Benagéber (el primero, en el que se nos metiera el campesino con su mulo, ya lo habíamos abandonado), para operar sobre la vía férrea a la altura de Montesa (Valencia); otro grupo, integrado por los guerrilleros *Moreno, Ventura, Angelillo, Flores, Lallave, Peret, Andrés II, Sevilla, Vaquero, Gonzalo y Matías*, al frente del cual fui nombrado responsable, salimos del campamento mencionado en dirección de Sagunto para hacer otro tanto. Un tercer grupo, mandado por *Grande y Pepito*, tenía que realizar un control sobre la carretera de Valencia-Requena, a la altura de Venta Quemada. *Ibáñez* también salió para operar con un grupo.

El 17 de marzo de 1947, estoy con mis hombres en un huerto de naranjos a cosa de dos o tres kilómetros de la vía del ferrocarril. Vemos el alumbrado de Puzol, pueblo situado a pocos kilómetros de Sagunto, a través de unas brazadas de ramas secas de naranjo que hemos encontrado apiladas y que nos echamos por encima para camuflarnos. A corta distancia hay una granja en la que pensamos entrar a la noche siguiente y comprar la

comida que nos puedan vender para el regreso a nuestra base. La noche del 17 al 18 de marzo, nos aproximamos hasta la vía para tomar el horario de los trenes de mercancías que pasaban. Por dos veces nos tuvimos que retirar del tendido para dejar pasar una pareja de la Guardia Civil que efectuaba el recorrido de vigilancia por la vía. A la noche siguiente, como teníamos previsto, entramos en la granja y compramos la comida que nos pudieron vender y se quedaron tres guerrilleros para vigilar a la familia y aguardar nuestro regreso. En el primer ramal de vía que cruzamos dejé a *Matías* con tres guerrilleros más para que fueran preparando en la junta de dos raíles, la colocación de la carga de explosivos; con los restantes me acerqué al segundo ramal y, como la noche anterior, dejamos pasar a la pareja de civiles de recorrido. La hora del paso del mercancías estaba próxima y la noche nos trajo el ruido inconfundible que hacía el tren en marcha. Coloqué la carga de explosivos con su dispositivo eléctrico y nos retiramos a donde había quedado *Matías*, quien también había sido interrumpido en su trabajo por otra pareja de civiles. Instalamos la segunda carga provista de un fulminante de retardo para que hiciera explosión un par de horas más tarde, cuando la Guardia Civil se encontrara indagando sobre la primera, y nos retiramos a la granja para reunirnos con los que habían quedado en ella de vigilantes. Poco antes de llegar, retumbó la explosión de la primera carga. Reunido todo el grupo, nos retiramos de aquellos lugares. Bastante rato llevábamos andando cuando retumbó una explosión que calculamos sería la segunda carga.

Tras varias noches de marcha, cruzamos por los montes de Náquera, Olocau, Casinos y Villar del Arzobispo para pasar entre Calles y Chelva y ganar el campamento de Benagéber. Aquí nos aguardaba una mala noticia: en el control de la carretera había resultado herido de alguna consideración, el amigo *Cubano*. La situación se presentó de tal forma para este grupo que no tuvo más remedio que entablar combate con la Guardia Civil. Ya habían detenido unos autos, entre ellos el del diestro Dominguín y, según tengo entendido, otro de una misión diplomática, cuando desde un camión entoldado que intentaron detener, empezaron a salir ráfagas de “naranjero”. Durante unos minutos, los guerrilleros lograron mantener a raya a los civiles hasta que *Grande* dio la señal de retirada. El *Cubano*, entusiasmado con el combate, siguió haciendo frente a los civiles hasta que cayó herido y hubo que retirarlo a hombros y dejarlo escondido por los montes cercanos al punto de apoyo de casa del Valiente, que se encargó de atenderlo hasta que fuéramos a buscarlo.

El grupo del *Paisano* también había regresado y salvo dos o tres guerrilleros que le desertaron al regreso, no tenían otra novedad que nos tocara directamente. Fueron localizados por la Guardia Civil pero lograron despegarse sin entablar combate.

La movilización de las fuerzas represivas fue general por toda la zona guerrillera del 11 sector. Enterados de que por casa del Valiente había mucha movilización y temiendo por el

Cubano y por el compromiso que suponía para nuestro punto de apoyo, *Grande* me envió con cuatro o cinco guerrilleros en su busca. Llamamos en casa del Valiente y uno de los hijos nos ayudó con un mulo para trasladar al *Cubano* al campamento de Benagéber, de donde fue evacuado a un punto de apoyo que tenía *Grande* por la zona de Nieva. Un guerrillero, al que llamábamos *Practicante* y en algunas ocasiones, *Barbero*, se quedó con el *Cubano* para atender sus heridas.

Semanas más tarde, hablando con *Grande*, me dijo que la Guardia Civil llegó a tener sospechas de este punto de apoyo y sorprendió a los dos guerrilleros en la casa. Se defendieron hasta el último cartucho y, cuando todas las posibilidades de salvación se vieron cerradas, el *Practicante* le pidió al *Cubano* que le pegara un tiro antes que caer vivo en manos de los civiles. Deseo cumplido por el *Cubano* antes de levantarse la tapa de los sesos él mismo.

Para *Grande* y *Pepito*, el punto de apoyo fue denunciado a la Guardia Civil por un guarda forestal al que más tarde ajustició un grupo guerrillero del 11 sector.

Cayó también en estos días el punto de apoyo de casa del Valiente. Si la Guardia Civil se ensañó con toda la familia, especialmente lo hizo con la hija a la que, según relatos que corrieron por la zona, mantuvieron suspendida por las muñecas de una viga de la cocina.

La caída de este punto de apoyo nos obligó al abandono de estos montes, limitando nuestra zona por esta parte a los bosques de Calles y al Rodeno, en el Rincón de Ademuz y Montes Universales.

Asalto al campamento de Benagéber y muerte de *Vaquero*

Tomás Cossías recoge en un pasaje que escribe sobre la AGLA, el asalto por la Guardia Civil al campamento de Benagéber y dice que los guerrilleros tuvimos en dicho asalto seis muertos. Se equivoca de punta a rabo. Si del asalto a este campamento se retiraron seis muertos, puede estar seguro Tomás Cossías, que cinco fueron de la Guardia Civil, pues nosotros no tuvimos otra baja que la del guerrillero *Vaquero*. Pudo suceder también, que algunos campesinos de las cercanías al campamento fueran ejecutados por la Guardia Civil y los hicieran pasar por guerrilleros muertos, ¡que todo era posible en aquellos años!

Su palabra contra la mía..., ante la duda, veamos los hechos.

Al final del capítulo “Los campamentos del 11 sector”, hago mención al campamento que abandonamos y nos libró de una buena.

El 26 de marzo de 1947, nos encontramos en el campamento de Benagéber un grupo bastante numeroso de guerrilleros: están *Grande* y *Pepito* con el grupo que realizó el control en la carretera de Requena a Valencia, el *Paisano* con los restos de su grupo, *Ibáñez* con el suyo, que también ha llegado, y yo, con el mío. Según recuerdo, nos reuniríamos de 30 a 35 guerrilleros.

Como de costumbre, a la hora crítica del amanecer en que la Guardia Civil solía dar el asalto a nuestros campamentos, todos estamos prevenidos y alerta. Casi nos estamos convenciendo de que no sucedería nada, cuando la Guardia Civil, que penetró en el bosque por las casas del Campo Melchor, empezó a soltar ráfagas de “naranjero” por el campamento abandonado. *Grande* me dijo que me colocara con el grupo cortando el paso a los civiles. Las instrucciones que di al grupo fueron claras y lacónicas: “*No disparar hasta tener a los civiles en la mira*”.

Andrés II hacía pocos meses que había ingresado en guerrillas y lo vi bastante nervioso, me dirigí a él especialmente y le dije que no era el momento para estar nervioso y que no dispara sin tener en la mira a un guardia civil.

Agazapados en los troncos de los pinos, esperamos el desenlace de los acontecimientos, que no se hizo esperar: el chasquido de las ramas al ser quebradas se iba aproximando y, entre los pinos, vimos a los primeros civiles. *Andrés II* no pudo dominar los nervios y disparó cinco o seis segundos antes de tiempo. Aunque la reacción del grupo fue perfecta, le hubiera comido los higadillos al amigo *Andrés* en aquel momento: sonar su disparo y disparar todo el grupo sobre los civiles, fue todo uno. Tres o cuatro guardias aplastaron las jaras con sus cuerpos; no sé si alcanzados por las balas o porque se lanzaron al suelo al sonar nuestra descarga. Con los primeros disparos, *Fortuna*, sin esperar orden alguna, intentó abandonar su puesto y le hice regresar metiéndole el cañón de la metralleta debajo de las narices.

En nuestro terreno entró un perro de los que la Guardia Civil solía llevar adiestrado para el rastreo que, saltando de un punto a otro, iba señalando aquellos en que estábamos parapetados. *Moreno*, que se encontraba a mi lado, le soltó una ráfaga y el maldito animal se revolcó por el suelo dando aullidos.

A todo esto, la Guardia Civil nos enviaba una lluvia de balas pero tiraban demasiado alto como para dar en un cuerpo tumbado en el suelo. Arrastrándome como mejor pude, me llegué donde estaban *Pepito*, *Grande* y *Paisano*. *Grande* me dijo que nos fuéramos retirando. En este momento se acercó *Vaquero* y nos propuso recoger un “naranjero” que había quedado en un claro del bosque junto a un guardia civil muerto. *Grande* y *Pepito* dieron su

conformidad y me recomendaron tener mucho cuidado. “¡Vaya consuelo!” -les dije. Más de una vez he sentido esa extraña sensación de frío y calor que produce el miedo, y como una especie de nudo en las tripas. Reuní a tres guerrilleros del grupo y con *Vaquero* en cabeza, que sabía dónde había quedado el guardia muerto, nos arrastramos como culebras. Una angustia de frío me helaba las manos y las entretelas del cuerpo; en escasos minutos las cartas se hallaban truncadas, ahora éramos nosotros los que avanzábamos y la Guardia Civil la que estaba parapetada y al acecho. Como atraído por un imán, *Vaquero* se adelantó un par de metros. Quería ser él quien se apoderara del “naranjero” para tener derecho a su posesión pues, tácitamente, se admitía entre nosotros esta prioridad. Lo vi alargar el brazo. En este movimiento se le escapó la vida del cuerpo cruzado por las balas. Disparamos en la dirección de donde habían partido los fogonazos pero no pudimos hacer otra cosa que retirarnos, dejando allí a nuestro amigo. Intentar acercarse a él suponía exponerse a seguir su misma suerte. Éstos fueron los hechos con relación al asalto al campamento de Benagéber y no lo que dice Tomás Cossías.

Pepito insistía machaconamente en la necesidad de recuperar armamento y explosivos. Esta orientación, justa por demás si se sabía elegir el terreno propicio, se grabó en la mente de algunos guerrilleros, sobre todo en la de aquellos que se veían cargados con el incómodo fusil durante las largas noches de marcha. La dolorosa lección de Benagéber hizo comprender a todos que si no era a campo raso no se podía pensar en recuperar armamento. Un guardia civil que se parapetase era suficiente para impedirlo, ya que disponía de todas las horas del día para esperar la llegada de refuerzos. En las zonas guerrilleras, que era donde podíamos sorprender alguna patrulla, no podíamos hacerlo porque ello significaba exponer a nuestros puntos de apoyo, y a la población campesina en general, a las torturas del régimen franquista que no se ponía guantes para aplicarlas en todas sus formas y variedades, y a tener que abandonar la zona.

Francisco, conocedor del terreno palmo a palmo, nos sacó del campamento y después de vadear el río Turia, nos metió en un aliagar por la zona de Los Serranos, donde pasamos el día sin ser molestados pero también sin poder levantar la cabeza porque pasaban cerca dos caminos bastante transitados.

Grande consultó la situación con su jefe de Estado Mayor -como solía llamar a *Francisco*- y éste le aconsejó trasladarse por las inmediaciones de Higuera y casas del Marqués donde encontrarían apoyo y un alivio para las penas.

Muchas veces me he devanado los sesos queriendo acordar a estos acontecimientos su cronología: ¿Cuál de ellos fue primero? ¿El asalto al campamento de Benagéber, la caída del punto de apoyo de Nieva o la casa del Valiente?

Sería interesante conocer esta correlación para poder llegar a una conclusión lo más justa posible de los hechos.

Reunido con *Grande* y *Pepito*, acordamos que saliera con el grupo para operar sobre la vía del ferrocarril Sagunto-Teruel, por los llanos de Barracas.

El destino de los puntos de apoyo

Antes de separarnos, *Grande* estuvo informándome de una redada que la Guardia Civil había realizado por Manzanera, Torrijas y Arcos de las Salinas y de la muerte del Peinado y su hijo, un mocete de unos 17 años, a los que los civiles aplicaron la “Ley de Fugas”. Los dos cuerpos, el del padre y el del hijo, quedaron regando con su sangre la cuneta de la carretera entre Manzanera y Albentosa. Se sospechaba que el culpable de estas muertes había sido el Pijotán, un vecino de Los Cerezos que denunció el molino del Peinado a la Guardia Civil de Manzanera.

Varios meses antes, el *Paisano* había entrado con su grupo en Los Cerezos y le hizo al Pijotán una advertencia, pues ya teníamos alguna sospecha sobre él. Como un primer castigo, se llevaron de la casa bastante comida.

No piense nadie que el Pijotán es el delator o confidente de la Guardia Civil que se manifiesta aisladamente, no. Todos los *pijotanes* y *morenas* son un producto genuino del régimen dictatorial y represivo franco-falangista. Pero no sólo se limitan a los pueblos, por montes y vaguadas, por el caserío aislado y entre los leñadores y pastores, se extiende como la grama la onda de la delación, señalando al posible colaborador de las guerrillas, y al delator se le premia con cientos de pesetas.

Al punto que *Grande* me comunicara la muerte del molinero y su hijo, me pareció muy injusto que, desde que cayeran bajo las balas de la Guardia Civil, ningún guerrillero se hubiera presentado por el molino para hablar con la viuda y las dos hijas que habían quedado. Esto era poco político y demostraba una gran cobardía por nuestra parte para enfrentarnos con situaciones a las que, en definitiva, teníamos que estar preparados. Era muy fácil hablar, echar discursos rimbombantes a los puntos de apoyo sobre las guerrillas, sobre el PCE y sobre la República. Lo que ya no era tan vistoso era presentarse en una de estas casas por las que había pasado la represión dejando la muerte tras sus pisadas. Esta carta, la menos vistosa de todas, me tocó jugarla al ser enviado con el grupo a operar sobre la vía férrea.

Como en tantas otras ocasiones, subimos hacia la sierra de Javalambre y, dando vista al río de Torrijas, esperamos que caiga la noche para llegarnos al molino del Peinado. Al acercarnos puse guardias en el único camino que bajaba de la carretera de Torrijas al molino,

e indeciso y pensando en el recibimiento que nos dispensarían, llamé en la puerta trasera que daba al monte. Nadie contestó a la llamada. ¿Lo habrá hecho evacuar la Guardia Civil como tantas otras casas? -pensé.

No, no había sido evacuado. El camino que partía de la puerta y subía hasta la carretera estaba limpio y se dejaban ver rastros del escobón de brezo que me decían que el molino seguía habitado. Cogí una piedra y la tiré a la ventana que correspondía a lo que había sido el dormitorio del matrimonio. Pasaron unos minutos que se me antojaron horas, antes de que la conocida voz de la molinera preguntara en un suspiro: “¿quién llama?”.

Me di a conocer y al poco se oyó descorrer los cerrojos y la molinera y su hija mayor se recortaron en el hueco oscuro de la puerta cogidas de la mano como para darse valor con este contacto. No hallé qué decirles: todos los planes y las palabras que mentalmente me había estado repitiendo durante el día se me fueron de la cabeza ante estas dos personas. ¿Cómo explicarles nuestra demora? ¿Cómo demostrarles que sentíamos un gran pesar por la tragedia que les había golpeado? Allí estaba, ¡igual que una estaca hincada en la tierra!, sin saber que partido tomar. Carmen (así llamábamos a la hija del Peinado) soltó la mano de su madre y se abrazó a mi cuello. Lágrimas abundantes le rodaban silenciosas por las mejillas y las sentía húmedas y tibias en mi cara. Entre suspiros de angustia murmuraba palabras que me costaba trabajo comprender: “*sabía que vendrías, paisano, lo sabía; pero qué larga ha sido la espera*”.

Yo también lo sabía; desde el primer momento que *Grande* me dijo lo sucedido en el molino, sabía que lo más pronto posible me acercaría a ver a Carmen y a su madre. El Peinado había sido, aunque cenetista, uno de los primeros puntos de apoyo del grupo de los “*Maños*” y el que nos puso en contacto con dos o tres comunistas de Manzanera. (Uno de éstos, antes de caer en manos de la Guardia Civil, subió a las guerrillas y adoptó el nombre de *Germán*).

Mezclando atropelladamente palabras cariñosas, preguntas y respuestas, entramos en el molino y, *Moreno*, que no se había apartado de mi lado, se encargó de poner guardias en torno al molino y se reunió con nosotros en la cocina.

Entre lágrimas de desesperación, la molinera nos contó lo poco que sabía sobre la muerte de su marido y de su hijo. Les dolía, y nos lo reprocharon, el que hubiéramos tardado tanto tiempo en pasar a verlas. Con palabras torpes, superfluas ante la tragedia de esta familia, tratamos de justificar lo injustificable y darles un poco de ánimo. Les dije que me encontraba alejado de la zona (lo que era cierto) cuando sucedió todo y que *Grande* había estado esperando mi regreso para que fuera a visitarlas y en esta espera habían transcurrido algunas semanas.

Le preguntamos a la molinera qué papel había jugado el Pijotán en estos sucesos y nos contestó abiertamente que era el culpable de las muertes de su marido y de su hijo. Le

pedimos su consentimiento para colgar al Pijotán y cobrarnos de este modo parte del daño que había hecho. La molinera no quiso ni oír hablar de represalias: *“No deseo que hagáis nada contra él -nos dijo- a los nuestros nada ni nadie nos los puede devolver y no quiero que su mujer pase todo lo que yo estoy pasando; ya es bastante, hijo, de tanta sangre y tanta pena, y aunque odie a toda la familia, no quiero tener que bajar los ojos cuando me cruce con uno de los del Pijotán en el pueblo”*.

Abiertas nuevamente las puertas del molino, se volvió a colocar la estafeta y la contraseña de peligro. Nos dieron todo el pan que tenían y unas latas de sardinas y nos despedimos dejándoles algo de dinero para que nos fueran comprando comida cuando la ocasión se les terciara.

Del molino nos internamos por la sierra del Toro hasta la vía del ferrocarril y pasamos una noche esperando inútilmente el paso de los trenes de mercancías para tomar la hora y hacer descarrilar uno a la noche siguiente. Ante nuestro asombro, la vía permaneció sin tráfico. Nos retiramos al monte y fuimos descubiertos durante el día por un carbonero que nos aclaró el por qué no circulaban los trenes: la noche antes de que llegáramos al tendido, un grupo guerrillero (seguramente del 17 sector) había hecho descarrilar un mercancías paralizando la circulación.

Desde un principio, el hombre nos inspiró confianza y se notaba que no era la primera vez que se tropezaba con guerrilleros: nos describió a un guerrillero de mediana estatura, mandíbulas abultadas, pelo negro y ondulado y con un fuerte acento andaluz, en el que no me costó trabajo reconocer al *Paisano*. Nos adentramos algo más en el bosque y *José* se rezagó un poco, dando explicaciones al carbonero sobre los problemas de España y el sentido de nuestra lucha. Al unirse al grupo, llegó diciendo que un leñador se acercó a saludar al carbonero y que parecía persona de fiar. *José* era partidario de enviarlo al Toro, pueblo que se hallaba como a dos horas cortas de camino, para que nos comprara comida pues, para no perder la costumbre, la tenemos bastante escasa.

Por varias razones, dejé que *José* siguiera adelante con su plan: no se había desengañado todavía que una cosa eran los informes y las conclusiones a que pudiera llegar la dirección del partido y otra muy distinta nuestra vida real. Con demasiada frecuencia para mi gusto, se dejaba decir que éramos poco activos y que teníamos miedo a entrar en relaciones con la población. A mí me habían criticado en un par de reuniones que no me fiara y que todo lo quisiera controlar con mis propios ojos. En fin, que le entregué dinero y le dije que si era como él decía, podía enviar al leñador al pueblo, confiando en que siendo conocido del carbonero y quedando éste al alcance de nuestras manos, sería una garantía para que mantuviera la lengua quieta. ¡Maldita la hora! Sobre media tarde, llegó el carbonero todo nervioso y nos advirtió que la Guardia Civil se había presentado en la carbonera preguntando

por nosotros y que los había encaminado monte arriba. Le dimos las gracias por el gran servicio que venía de prestarnos y le aconsejamos que no se moviera de la carbonera por si lo estaban vigilando desde el monte. Arrastrando las tripas por las piedras y buscando el abrigo de las matas nos retiramos hasta meternos en una barranquera que nos permitía andar de pie y alejarnos del peligro sin ser vistos.

Al cabo de muchos meses en que los grupos guerrilleros del 11, 17 y 23 sector teníamos trilladas las sendas y caminos de la sierra de Javalambre, Las Navas y del Toro, donde en decenas de ocasiones nos vieron pastores, carboneros, leñadores y campesinos y nunca tuvimos que lamentar un mal tropiezo, en esta ocasión fuimos denunciados. Éste era un indicio más que, como tantos otros, no nos tenía que pasar desapercibido y que nos decía que algo muy sustancial para la organización de la lucha armada estaba cambiando o había cambiado ya en España.

Bastantes años han transcurrido desde este día y vuelvo a dar las gracias al carbonero desconocido que nos libró de un mal encuentro, solamente un milagro hubiera sacado al grupo sano y salvo de habernos descubierto la Guardia Civil.

En vista de que no habíamos podido operar sobre el tendido ferroviario y para sacarnos el mal sabor de boca, decidimos hacer un control sobre la carretera de Teruel-Sagunto, a la altura de la cuesta Ragudo. Cortamos la carretera sobre media tarde y detuvimos bastantes personas y varios vehículos. Organizamos una especie de charla con todos los detenidos explicándoles quiénes éramos y el sentido antifranquista y republicano de nuestra lucha. No sucedió nada en absoluto ni a nadie se le tocó un solo céntimo. Para retirarnos cogimos una camioneta con su chofer, de la que nos apeamos cerca de Barracas.

Regresamos al molino del Peinado y recogimos la comida que nos habían podido comprar en tan corto espacio de tiempo.

Éste fue el último servicio que la molinera y su hija prestaron a la agrupación. Semanas más tarde nos enteramos que el molino había sido evacuado y aquí perdimos las huellas de la molinera y sus dos hijas.

Éste era el destino de los puntos de apoyo, el pago que podían esperar a todos sus sacrificios por la democracia y la República: la muerte y el éxodo que se nos representaba como un anticipo de nuestra propia muerte, aunque cerrásemos los ojos a la cruel realidad.

Pasado un cierto tiempo, me enteré de algo que me sentó como un rayo: resulta que *Ibáñez* con un grupo, poco después de las Fallas valencianas, había pasado por el molino del Peinado para suministrar y se enteró de la redada llevada a cabo por la Guardia Civil en Manzanera, Torrijas y Arcos de las Salinas y de que algo había sucedido en el molino del Peinado, pero no hizo nada por enterarse concretamente de lo que había pasado.

Entrada en Begís

Además de las decenas de puestos de la Guardia Civil con que el régimen franco-falangista jalona cada palmo de tierra española y de los centros de Falange y Requetés, tiene organizado en cada pueblo otro cuerpo represivo de antigua historia: el Somatén. En él están encuadrados falangistas y requetés, gentes que por una u otra causa apoyan al franquismo. Cada miembro del Somatén tiene su fusil en casa y cuando los campesinos se resisten al pago de los impuestos leoninos, a la requisa de sus cosechas (otro nombre no se le puede dar a la “entrega del Cupo Forzoso”) y otros diezmos propios de la Edad Media, el Somatén hace de fuerza represiva obligándolos a cumplir con las disposiciones del régimen franquista. Más de una vez los recaudadores de la contribución recurrieron a él para librarse de las iras del campesinado o para que los escoltara de un pueblo a otro por miedo a que los guerrilleros les saliésemos al paso.

Entre la sierra del Toro y los altos de Palancia, perdida entre barranqueras y con las espaldas pegadas a unos montes donde la vista no alcanza a ver otra cosa que pedruscos duros como el pedernal y unos chaparrales raquíuticos de los que los vecinos de Begís, pasando mil fatigas y noches de sueño, sacan un par de serones de carbón, tenemos un punto de apoyo, y aunque parezca mentira, también es somatenista. Con él nos reunimos en distintas ocasiones y siempre nuestras entrevistas terminaban con la misma pregunta: “*Qué, ¿cuándo entráis en el pueblo?*”.

En esta ocasión se iba a realizar su deseo... Lo citamos al monte por medio de la estafeta que teníamos establecida y nos estuvo informando de todo lo que nos interesaba saber para que la operación no fracasara: nombre de los somatenistas, situación de la casa del alcalde que era al mismo tiempo jefe del Somatén, la del jefe de Falange y la de un somatenista que podía resultar peligroso.

Nuestro amigo se marchó para el pueblo más contento que unas pascuas y nosotros, divididos por parejas y ya oscurecido, entramos en Begís (esto sería allá por el 8 o 9 de abril de 1947). En un callejón, detuvimos a un campesino que nos guió hasta la casa del alcalde; entretanto, *Flores* y dos guerrilleros más se iban a tomar posición sobre la carretera para, en caso de que los civiles del Toro se presentaran de improviso, no pudieran sorprender a los que operábamos dentro del pueblo. *Moreno*, con un par de guerrilleros, salió a toda prisa pues tenía que llegarse al café, donde se reunían todas las tardes algunos vecinos con los

caciquillos del pueblo para echar una partida al “tute” y al mismo tiempo, algunas copas al coletto. De la casa nos llevamos a la alcaldesa, pues su marido se encontraba en el café con algunos amigos y con ella entramos en dicho establecimiento. Allí estaba, entre los detenidos por *Moreno*, nuestro amigo el somatenista que a duras penas podía disimular su alegría. Una tras otra fueron llegando las parejas de guerrilleros trayendo cada una a su hombre por delante. Pedí que saliera el alcalde de entre los detenidos pero no obtuve respuesta alguna. Insistí nuevamente y amenacé con prender fuego a la casa del alcalde si éste no se presentaba inmediatamente. La alcaldesa dio un grito de espanto al tiempo que de entre los detenidos se desplazaba un hombre que se presentó a nosotros como el alcalde de Begís. Le comuniqué lo que esperábamos de él y le aseguré que a nadie le sucedería nada si obedecían nuestras instrucciones. Tranquilizado el hombre y ayudado por el jefe de Falange, nos acompañaron por las casas de los somatenistas a los que les recogimos los fusiles, que cargamos en un mulo que el propio jefe de Falange nos proporcionó. En la tienda de ultramarinos, propiedad del alcalde, cargamos con bastante comida y algunas pesetas que encontramos.

En el café llegamos a concentrar más de cuarenta personas a las que explicamos el papel del Somatén como fuerza represiva al servicio del régimen franquista, los objetivos de la lucha guerrillera, el programa del PCE para el derrocamiento del Régimen y la instauración de un Gobierno provisional republicano encargado de la preparación de unas elecciones libres y democráticas en las que el pueblo decidiera por el régimen que deseaba regirse.

Más de dos horas y media permanecemos en el pueblo. Se repartió bastante propaganda y no hubo más violencia que la descrita.

Se fue en busca de los guerrilleros apostados en la carretera y nos retiramos, no sin antes lanzar una serie de silbidos para dar a entender que había más guerrilleros cercando el pueblo.

Con estos simulacros de fuerza que estábamos muy lejos de tener, se conseguían dos resultados inmediatos: el primero redundaba en favor nuestro, pues nadie se movía suponiendo que se tenía el pueblo cercado; el segundo, que se desprendía directamente de esta suposición, era que tras nuestras pisadas se lanzaban grandes contingentes de la Guardia Civil con los que, en caso de encuentro, no podíamos salir bien parados. Nos retiramos siguiendo aguas arriba el río Palancia y, en un acantilado no muy grande, entre Ríos de Arriba y El Molinar, escondimos los fusiles (16 o 18) y dimos suelta al mulo. La munición nos la llevamos porque siempre andábamos escasos de ella, pero los fusiles allí se habrán podrido pues no tuvimos necesidad de pasar a recogerlos.

NOTA:

Tengo armado un verdadero enredo en mis recuerdos desde el asalto al campamento de Benagéber a la entrada en Begís. No puedo asegurar su cronología. Con algunos detalles que se me pueden pasar por

alto, los hechos son tal como los describo, pero no creo que sucedieran en el orden que les doy. Otra cuestión que tampoco tengo clara es la composición del grupo. Guardo como una vaga sensación de que en el grupo venía *Dedé* y algún guerrillero de su grupo. De los 18 o 20 guerrilleros que entramos en Begís, sin incluirme, recuerdo perfectamente los nombres de 14, todos pertenecientes a mi grupo y son: *Moreno, Ventura, Flores, Lallave, Angelillo, Víctor* (o *Larry*), *Jacinto, Jerónimo, Chingadito, Peret, José, Segundo, Sevilla y Andrés* (no confundir a este *Andrés* con el *Andrés* de Valencia, jefe de la AGLA).

Incurción por tierras de Cuenca

Después de dejar escondidos los fusiles, cruzamos la sierra del Toro y la de Javalambre y descendimos sobre el barranco del Regajo, entre Riodeva y Camarena de la Sierra. Desde aquí, guiados por las estafetas, *Grande* nos fue encaminando al campamento de la Plaza de Toros, por encima del Rincón de Ademuz, en el triángulo que forman Villel, Rubiales y Tormón.

Al decir de algunos guerrilleros, este campamento debía su nombre a que no lejos existía una covacha con una pintura rupestre representando un toro. Debo aclarar, sin ir más lejos, que nunca estuve en dicha covacha y, por consiguiente, no pude ver tal pintura. Por otro lado, *Grande* jamás me dijo que la hubiera visto. Mi opinión al respecto es que el nombre le provenía por la forma del lugar donde estaba emplazado: una especie de anillo de rocas rojizas y arenosas que, con muy buena voluntad y no menos imaginación, se podía relacionar con el anillo de una plaza de toros.

Como en la mayor parte de los Montes Universales y la serranía de Cuenca, el bosque se compone de pinos rodenos, ricos en resina, entre los que crece el brezo, la jara de hojas pegajosas, aliagas y enebros; la hierba no abunda porque las agujas que se desprenden de las ramas de los pinos en grupitos de tres y cuatro, tapizan todo el suelo, no dejándola crecer. Sobre mediados del mes de abril de 1947, llegamos al campamento y nos encontramos con *Ibáñez* y *Grande*, un par de días más tarde entraba también el *Paisano* con su grupo.

Reunidos con *Grande*, le informamos de todo lo que queda dicho e insistimos muy particularmente en todo lo concerniente al molino del Peinado, del Pijotán como chivato y causante de la muerte del Peinado y de su hijo, y de la posición adoptada por la molinera. Las declaraciones del general Pizarro de que “*acabaría con los bandoleros* (guerrilleros) *en tres meses*”, no parece sino que *Grande* las tome como un reto personal y no deja que

nadie se eternice en los campamentos, sobre todo si se trata del grupo del *Paisano* o el mío. Siempre estamos chafando hormigas, el *Paisano* por los límites de las provincias de Teruel y Cuenca y yo, como ya se ha visto, por la sierra de Javalambre, Las Navas y la sierra del Toro.

Todavía no hemos tenido tiempo de extender nuestras pieles de oveja por el suelo para sentarnos y ya está pensando en enviarnos nuevamente a recorrer mundo.

Se organizó un grupo mixto integrado por guerrilleros del grupo del *Paisano*, del de *Ibáñez* (con éste estaba *Bernardino*, al que no había visto desde mi traslado al 5 sector) y todo mi grupo. Como jefe de este grupo, *Grande* designó a *Ibáñez*.

Que recuerde, el grupo lo componíamos los guerrilleros siguientes: *Ibáñez*, jefe del grupo, *Paisano*, suplente y guía, *Tito* (1), *Cristino* (2), *Evaristo* (3), *Bernardino*, *Moreno* (o *Jalisco*), *Ventura*, *Lallave*, *Segundo*, *Sevilla*, *Angelillo*, *Chingadito*, *Andrés*, *Jerónimo*, *Víctor* (o *Larry*), *José*, *Jacinto* y yo (*Chaval* o *Ángel*).

Los números 1, 2 y 3 señalan a los tres hermanos Corrales que ingresaron en las guerrillas cuando se entró en Losa del Obispo (según noticias que tuve tiempo después, los tres desertaron).

Como objetivo llevamos el ajusticiar a dos chivatos que tiene el *Paisano* y que está en deseos de ajustarles las cuentas, así como operar por la serranía de Cuenca o, como decía el *Paisano*, “civilizar la provincia de Cuenca”.

Salimos del campamento y anduvimos varias noches entre los Montes Universales y la sierra de Albarracín, adentrándonos en la provincia de Guadalajara como cosa de unos 25 ó 30 kilómetros, por la zona donde se dividen las aguas: unas toman hacia el río Gallo y el Tajo y otras las recogen los ríos Guadalaviar, Júcar y Cabriel.

Como siempre, la escasez de comida es una dictadora implacable: nos tenemos que hacer ver por los pueblos de Checa, Chequilla y Alcoroches, entre los montes de La Serrezuela y Peñas del Diablo, de donde sacamos comida y repartimos bastante propaganda. Por estos lugares operamos como Agrupación Aragonesa con el fin de que la movilización de la Guardia Civil no se cargara sobre la zona en que hacía vida el 11 sector.

Volviendo sobre nuestros pasos, cruzamos el río Tajo casi por su nacimiento y bajamos hacia Henarejos, en la serranía de Cuenca, para ajusticiar a los dos chivatos.

Por lo que nos explica el *Paisano*, sobre mediados del año 1946, había sido asaltado un campamento por esta zona que, el guarda de las Dehesas, Domingo Varea, denunció a la Guardia Civil. Semanas más tarde, el grupo del *Paisano* ajustició al guarda en el Rento “Las Dehesas”, término de Henarejos. Pero quedan dos hijos; Francisco y Lucio Varea, que siguen los mismos pasos que el padre..., siempre que la Guardia Civil sale al monte, van con ellos armados y les sirven de guías. Vamos a buscar a estos dos hermanos, vamos para

darles lo que bien se merecen... El *Paisano* tiene un punto de apoyo por estas tierras y entró en contacto con él para sacar información fresca sobre los dos hermanos. El punto de apoyo manifestó el deseo de que los quitáramos de en medio porque no podían dar un paso sin tenerlos detrás y que siempre que la Guardia Civil salía de batida se prestaban voluntarios para acompañarla y servir de guías.

Dando vista al Rento “Las Dehesas” hicimos alto y, al anochecer del día siguiente, entramos en la casa y encontramos a la madre en compañía de otra persona. El *Paisano*, que conocía todos los datos de las actividades que realizaban los dos Varea al servicio de la Guardia Civil, se las fue enumerando para que conociera el por qué los íbamos a fusilar tan pronto llegaran. Mientras esperábamos nos dedicamos a registrar la casa y nos apoderamos de una buena escopeta, de comida para proseguir nuestra incursión por tierras de Cuenca, cuatro o cinco mil pesetas y un cestillo con un par de docenas de huevos.

Bien entrada la noche aparecieron nuestros dos hombres... La madre, conocedora de la suerte que les esperaba, intentó avisarles del peligro, lo que nos obligó a tapparle la boca y amenazarla de muerte si profería un solo grito. Se abrió la puerta y antes que pudieran volverla a cerrar, se vieron rodeados de guerrilleros. Tranquilamente, el *Paisano*, les estuvo haciendo cargo de conciencia: denuncia de un campamento y de varios puntos de apoyo que fueron a parar a la cárcel con todo el rosario de palizas y sufrimientos que esto suponía. Algunos de ellos fueron fusilados más tarde.

La reacción de los dos hermanos fue de una entereza poco común... Pese a la amenaza de media docena de pistolas que no temblarían en las manos al disparar, nos dijeron con altanería y orgullo que consideraban su deber dar parte a la Guardia Civil y que denunciarían nuestra presencia tan pronto nos marcháramos... Desgraciados de ellos y ¡desgraciados de nosotros! que teníamos que llegar a la aplicación de medidas extremas contra una familia campesina que, por así decir, no tenía donde caerse muerta. A la luz de la luna los dos hermanos Varea fueron fusilados en el corral de la casa.

Al poco rato de abandonar el Rento “Las Dehesas” hicimos un alto y se bebieron el par de docenas de huevos... Sí, se bebieron los huevos porque yo no los probé, en mi vida he podido tomarme un huevo crudo sin echar las tripas por la boca.

Prosiguiendo nuestro derrotero, por falta de un buen bosque donde pasar el día, nos metimos en un corral del monte en el que a media mañana se nos presentó un pastor. Le explicamos de mil maneras el por qué tenía que guardar el secreto de que nos había visto e hizo como que comprendía esta necesidad pero, más tarde nos enteramos que también éste nos denunció. Hasta media tarde, en que lo dejamos en libertad, lo pasamos jugando a las tres en raya y a la calva con él. Un par de días más tarde, huyendo del frío que se dejaba sentir bastante por estas tierras, volvimos a meternos en otro corral desde el que se divisaba un

pueblo (Cueva del Hierro) en el que pensábamos entrar para suministrar. Sobre mediodía se nos metieron en el corral dos cazadores con los que *Ibáñez* y *Paisano* se pasaron bastante tiempo hablando, repitiéndoles el disco de la situación del campesinado y de todos nuestros planes concernientes al futuro de España. Cuando creyeron tenerlos convencidos para que nos prestaran su apoyo en el sentido de no delatar nuestra presencia por la zona, los dejaron marchar. *Moreno* y yo no estuvimos de acuerdo e intentamos retenerlos un par de horas más para que, en caso de denunciarnos, no hubiera día suficiente para organizar nuestra persecución. No nos valieron razones ni cabreos, *Ibáñez* nos objetó que para no alarmar a las familias si se retrasaban y empezaban a buscarlos, lo mejor era dejarlos marchar.

Nunca me harán creer que una persona que sale de caza tiene una hora fijada para reintegrarse al hogar. Jamás he sentido pasión por la caza, pero me consta que el que la siente, si le salta una pieza es capaz de seguirla hasta el fin del mundo y para él no hay horas de comida que valgan, ni dios que te la crió.

Del mismo modo que en los días de marcha hacia Javalambre, la ingenuidad de *Ibáñez* impidió hacernos con unas pesetas que nos eran muy necesarias; en esta ocasión nos colocó en un trance difícil que nos costó bastante caro y que pudo costarnos muchísimo más... Dejó marchar a los cazadores y desde este momento ni *Moreno* ni yo tuvimos un minuto de sosiego, continuamente nos acercábamos a la guardia y le pedíamos los prismáticos para examinar con nuestros propios ojos los alrededores. Estando *Segundo* de guardia nos llamó. Tomé de sus manos los prismáticos que me tendía y los dirigí en la dirección que me indicaba. Del pueblo estaba saliendo la Guardia Civil y se desplegaba por un campo de trigo recién nacido en dirección del corral. Pasé los prismáticos a *Moreno* para que siguiera vigilando el movimiento de los civiles y entré en el cobertizo para avisar del peligro que se nos avecinaba. Como no hubiera razón alguna para precipitarse, decidimos salir y apostarnos en una ceja rocosa que, dominando el corral por la espalda, se alzaba a unos cien metros de distancia. Nuestro propósito era esperar allí a la Guardia Civil para hacerle una descarga con todas nuestras armas. La ventaja estaba de nuestra parte: la tarde bien avanzada, bien parapetados en una posición dominante y con bastantes fusiles para castigar al enemigo desde una distancia prudencial. ¡Nos frotábamos las manos de gusto al pensar en la sorpresa que les íbamos a dar a los civiles tan pronto entraran en nuestro campo de tiro! Pero el hombre propone y Dios dispone..., y en esta tarde dispuso que la sorpresa fuera para nosotros que, confiados y sabiendo que los civiles tardarían en llegar a la tapia del corral unos minutos, nos fuimos deslizando hacia la ceja de rocas. Ni treinta metros nos separarían de ella cuando los hermanos *Cristino*, *Tito* y *Evaristo* que marchaban en cabeza, dieron un salto de lado al tiempo que gritaban: “¡La Guardia Civil!”, y los naranjeros comenzaron a entonar su canto de muerte entre las rocas.

Respondimos a la granizada de balas que la Guardia Civil nos enviaba de mala manera y corriendo, saltando y dando trompicones, buscamos el abrigo de una vaguada. Las balas nos perseguían en nuestra desenfrenada carrera de obstáculos rebotando entre los pies y partiendo los guijarros que desaparecían de la vista como por arte de birlibirloque. A cosa de treinta pasos vi caer al *Moreno*... cuando llegué a su lado ya se ponía en pie y se limpiaba un hilo fino de sangre que le bajaba por la frente. “¿Te han pegado?”, le pregunté. “No, no, -me respondió- al caer me he dado con una piedra de punta”. Pocos pasos más adelante alcancé a *Flores*, que corría renqueando, y juntos nos metimos en la vaguada donde le miré la herida. No era nada, un trozo de bala se le había clavado en la cadera al rebotar sobre las piedras. Allí mismo se lo arranqué con la punta de la navaja y como nos quedáramos los últimos, reanudamos la carrera en busca del bosque que estaba a menos de cien metros. Entre los primeros pinos me tropecé con *Andrés* que, con la respiración entrecortada, parecía a punto de reventar. Sin pensarlo dos veces, le propiné una soberana bofetada. Sacudió la cabeza igual que si despertara de una pesadilla. Le quité la mochila de las espaldas y juntos seguimos a reunirnos con el grupo. Allí estábamos todos menos *Sevilla*. El último que lo viera había sido *Angelillo* y nos dijo que lo había visto pegado a las tapias del corral. Todo esto sucedió en menos tiempo del que necesita un cura loco para santiguarse. Desplegados por la ladera del monte estuvimos esperando a *Sevilla* hasta que se nos echó la noche encima.

No quisiera que nadie llegue a pensar que intento denigrar la memoria de un compañero de lucha; todos, los vivos y los muertos, me merecen la mayor consideración y el mayor respeto, pero es lo cierto que *Sevilla*, el que se comía a los civiles crudos, murió en las tapias del corral hecho un ovillo y sin defenderse. De no haberse acobardado al sonar los primeros disparos, hubiera salido con vida de este trance como salimos todos los demás.

Guiados por el *Paisano*, dos noches de marcha forzada nos sacaron de la zona de movilización.

Según nos informaron en un punto de apoyo, los “cazadores” resultaron ser dos somatenistas enviados por la Guardia Civil como exploradores, que habían sido movilizados, en primer lugar, por el ajusticiamiento de los dos hermanos Varea y en segundo lugar, por el pastor que nos viera en el primer corral.

Así tomó fin una de nuestras incursiones por tierras de Cuenca y los planes del *Paisano* de “civilizar la provincia de Cuenca”.

En la reunión que tuvimos después de este encuentro, *Ibáñez* fue criticado con dureza por todo el grupo, sobre todo en lo tocante a los dos “cazadores” que dejara marchar, y quedó claro que no podíamos dejar en libertad a nadie antes de que cayera la tarde.

Cosa de 15 o20 días después, *Ibáñez* se reunía con *Antonio* en el campamento de *Grande* y

REORGANIZACIÓN DEL 5 SECTOR

(junio 1947-abril 1948)

En la serranía de Cuenca

Después de que *Ibáñez* saliera para Francia, el grupo del *Paisano* y el mío se reunieron con *Grande* y *Pepito*, acordándose nuestro traslado a la serranía de Cuenca, donde tendríamos que colocar las primeras piedras sobre las que se asentaría nuevamente el desaparecido 5 sector.

Altos pinos heridos por la azuela del resinero que los sangra y vive pegado a sus troncos cierran el horizonte. Limitan la tierra prados encharcados donde pastan las reses bravas de algún ganadero ricachón que se pasa la vida entre las especulaciones de la lidia y las sedas de las alcobas, mientras que los gañanes no tienen otra cosa que llevarse a la boca que un plato de gachas de harina de almorta. Aquí las noches son oscuras, llenas de rumores y silencios pesados, se oye el caer de las agujas de los pinos que cubren el suelo como una alfombra esponjosa, la lúgubre llamada del búho, el aleteo de la lechuza que sale de caza y que a su vez teme ser cazada, el conejo que huye y la raposa que aúlla... Bajo su dominio los nervios se hacen un haz de muelles tensados prestos a soltarse al menor indicio de peligro... Cuando los claros del día disipan las sombras y los fantasmas nocturnos se retiran, se inicia la espera angustiada del guerrillero entre el cuclillo que canta y el pájaro carpintero que busca su desayuno en la corteza de los pinos.

El primer campamento lo situamos en esta tierra por las proximidades de La Cierva y, hasta que conseguimos abrirnos paso y establecer algunos puntos de apoyo, lo pasamos

bastante estrechos. Para conseguir un poco de comida nos teníamos que desplazar tres y cuatro noches de marcha y recabar el concurso de viejos puntos de apoyo “quemados”. Esta situación se prolongó hasta que logramos establecer el punto de apoyo que bautizamos con el nombre de *Pasa Curas*.

Este hombre era todo un poema: sin ninguna convicción política, sin odio al franquismo ni a sus peones, veía en el apoyo a las guerrillas un medio como otro cualquiera de hacerse con algunas pesetas cobrando algo más caro todo lo que nos proporcionaba. Estas raterías no se nos pasaban por alto, pero no estábamos en condiciones de ponernos a discutir precios. Lo que nos interesaba era tener comida y lo relativo a los precios era cosa secundaria. Esto, claro está, no aclara el por qué empezamos a llamarle *Pasa Curas*. La raíz del mismo se remontaba a bastantes años atrás, había que recordar los años de la guerra civil para hallarle su explicación y su lógica: igual que algunos se dedican a pasar contrabando por las fronteras, él se dedicó durante los años de la guerra a pasar curas de la zona republicana a la franquista sin más convicción que la que le podía proporcionar el puñado de pesetas que le daban por estos servicios, y lo mismo hacía ahora con nosotros. Es decir, antes pasaba curas y ahora, si la situación se prestaba, estaba dispuesto a pasar guerrilleros. Pese a estar respaldado por su pasado de facilitar la evasión de curas, se “quemó” pronto en su difícil y comprometida tarea de comprarnos comida y se vio precisado a subir a las guerrillas para escapar a la Guardia Civil.

Todos nuestros pasos van encaminados a lograr entrar en contacto con Cuenca y organizar el PCE. La tarea es complicada y peligrosa, la población rural ganada por el clericalismo está pronta a denunciar a la Guardia Civil la menor sospecha. Aquí nadie se fía de nadie y cada cual ve en su vecino al posible confidente, y el que nos ayuda no quiere comprometerse a más. Es capaz de darnos todo lo que tenga en su casa pero no le vayamos con buscar un amigo de confianza, de hablar con Fulano ni con Mengano porque no lo hará, antes se dejaría aspar.

No me viene a la memoria cómo ni cuándo el *Paisano* entró en relaciones con una familia antifranquista de Mohorte; me inclino a pensar que fue *Pasa Curas* el que lo puso sobre la pista. Esta familia, a su vez, hizo entrar al *Paisano* en contacto con otra de Atalaya de Cuenca.

Conseguidos estos dos puntos de apoyo, pudimos comunicar a *Grande* y *Pepito* que se habían creado las condiciones mínimas para la reorganización del 5 sector.

Por la importancia que tuvieron en la reorganización del 5 sector y su asentamiento en la serranía de Cuenca, creo que se hace necesario el que deje aclarada la identidad de las dos familias que menciono más arriba y lo poco que de ellas conozco. La primera de éstas, la de Mohorte, es la familia Montero Martínez, compuesta por Eustaquio Montero Cotillas

(cabeza de familia), Herminio, Fernando y Remedios. En las guerrillas fueron conocidos bajo los nombres de *Ricardo*, *Argelio*, y *Celia* respectivamente. La segunda, de Atalaya, es la familia Martínez García, compuesta por Nicolás Martínez Rubio (cabeza de familia), Esperanza, Amadora y Angelita. En las guerrillas tomaron los nombres de *Enrique*, *Sole*, *Rosita* y *Blanca* respectivamente.

Salvo *Argelio*, hermano de *Celia*, que fue el primero de la familia Montero Martínez en ingresar en las guerrillas y que en compañía de *Luis*⁽²⁷⁾ ya había sido abatido por la Guardia Civil en una calle de Cuenca, todas estas personas subieron a las guerrillas el año 1949. Cuatro o cinco meses después de su ingreso caía *Ricardo*, padre de *Celia* y días más tarde su hijo *Luis*. De todos ellos, solamente quedó con nosotros *Celia*. También cayó bajo las balas de la Guardia Civil *Enrique*, padre de *Sole*, *Rosita* y *Blanca*.

De todo esto me fui enterando más tarde, por los rumores entre los guerrilleros y por conversaciones que mantuve con *Blanca* en casa de la *Madre*.

Puedo decir, sin miedo a equivocarme, que estas dos familias fueron las que posibilitaron el renacer del 5 sector y su asentamiento en la serranía de Cuenca.

Un jefe para el 5 sector

Hay cosas que a uno no le entran en la cabeza por más vueltas que se les dé. Una de éstas fue el nombramiento de *Medina* como jefe del 5 sector.

Medina no tenía personalidad, la había perdido por su temperamento un tanto miedoso y no era hombre capaz de creársela en pocos días. Tampoco podía decirse que descollase por sus dotes de organizador que pudieran haber compensado su miedo, y como militante del partido, sus conocimientos no pasaban de la media general de todos los guerrilleros. Bajo su mando, el 17 sector tuvo bastantes bajas por dejar que los responsables de grupo realizaran operaciones arriesgadas que casi siempre terminaban con enfrentamientos con las fuerzas represivas y algún guerrillero muerto. A *Medina* no se le reconoce valor ni

(27) No se confunda con Luis, hermano de Celia. Este Luis llegó en un grupo de Francia al campamento escuela poco antes de ser asaltado por la Guardia Civil el 21 de diciembre de 1947. Era el radista del grupo.

capacidad para enfrentarse con ciertas situaciones y mucho menos con las fuerzas armadas. Era un hombre que vivía de los “laureles” de la Resistencia en Francia y muriéndose de miedo en España. No ha llegado a mi conocimiento ninguna acción guerrillera en la que *Medina* tomara parte. Con mucha palabrería huera, mucho partido en la boca y poco en la sangre.

Ligado a su persona, y para que no se diga que hago afirmaciones a humo de paja, recuerdo un caso que me contaron y que viene a ratificar lo que digo: en los primeros días de la fundación de la AGL, *Medina* se presentó con un grupo guerrillero en el barranco del Regajo; de regreso para su zona se les hizo de día en los llanos de Barracas y en un terreno bastante descubierto, y todo el tiempo hasta que llegó la noche se lo pasó con el ¡ay! en la boca. Tan majadero se puso que los guerrilleros tuvieron que llamarle la atención. Situación muy parecida se repitió en un viaje que hice con él para enlazar con el 11 sector; no era un gran andarín y en una de las marchas no pudimos alcanzar el bosque y nos vimos obligados a buscar camuflaje entre unas barranqueras de tierra gredosa donde no crecía ni una mata de esparto. El lugar para pasar un día dos personas no era de lo peor: zona aislada y desierta en la que ni los pastores entraban porque el ganado no encontraba nada que poder comer. Pues bien, mi buen *Medina* no me dejó pegar ojo en todo el día porque a cada momento le parecía oír pasos. Un gazapo que hiciera rodar una piedra bastaba para ponerlo nervioso.

No puedo comprender cómo se llegó a pensar que podía ser un jefe para el 5 sector, para un sector que tenía que hacer vida en una zona en la que al mismo *Paisano*, que era un guerrillero con gran experiencia, se le erizaban los pelos. Decisión más desafortunada no se podía haber tomado y el tiempo, por desgracia, vino a demostrarlo.

Posteriormente me he enterado de la existencia de una carta de un tal *Werta* a *Medina* en la que le comunica a éste que las botas que le pide son bastante caras y que el pantalón “bri” no lo encuentra en las tiendas y habrá que encargarlo a medida. Seguidamente le dice que no tiene dinero. (No te digo que te vistas pero aquí tienes la ropa). Y surge la pregunta: ¿Para qué quiere *Medina* tantas botas, que cuestan un ojo de la cara? ¿Acaso los guerrilleros calzamos botas? No, ni mucho menos, vamos calzados como van los campesinos: con alpargatas y albarcas para no dejar rastros en los caminos. Y el pantalón “bri”, ¿para qué lo necesita?

No le encuentro más que una explicación: desde que *Andrés* se hace cargo de la Agrupación, llevado de su cariño a las galas militares, muestra un interés particular en militarizar a ésta y todos sus comunicados tienen un carácter castrense. Ya no se habla de camarada a camarada, de compañero de lucha y de fatigas, se habla de jefe de la Agrupación a jefe de sector y se les trata de “usted”.

Muchas de estas órdenes se encuentran hoy en los archivos de la Guardia Civil y de la brigada Político-Social y, en una de ellas, *Andrés* le dice al jefe del 5 sector: “*Esto son órdenes que usted tendrá que cumplir a rajatabla*”.

No me cabe la menor duda de que *Medina*, al igual que *Andrés*, es un enamorado de las galas militares y que el pantalón “bri” del que le habla *Werta*, lo quiere para él, para presumir de jefe militar del 5 sector entre los guerrilleros y puntos de apoyo.

El pantalón “bri” no es otra cosa que un pantalón de montar como los que llevan los soldados de caballería. Son ajustados a la pantorrilla y se pueden llevar con polainas, con botas altas o bien con vendas del mismo color que el pantalón.

Éste es el jefe que los responsables de la agrupación envían para que se haga cargo del 5 sector.

El campamento escuela

Sería allá por el mes de noviembre de 1947 cuando *Medina* recibió una orden de la agrupación para que me trasladara con el grupo al campamento-escuela donde teníamos que pasar unos cursillos de capacitación. Arreglamos nuestras mochilas y, con el mismo enlace que había traído la orden, tomamos una noche camino del campamento-escuela. Yo iba contento por perder de vista a *Medina* aunque solamente fueran quince días. Vale la pena detenerse en él para conocer un poco nuestra vida en los campamentos. A la vista del mismo y del “lujo” que los guerrilleros derrochaban me encontré deslumbrado y dejando escapar un silbido (con sordina) de asombro, le dije a *Grande*: “*de aquí no os marcharéis hasta que la Guardia Civil no os eche*”.

Entre un laberinto de rocas rojizas se habían construido un par de chabolas y, un poco retirada de todo el ajetreo del campamento, otra de mayores dimensiones destinada a las funciones de escuela donde el infatigable *Pepito* tenía organizados unos cursillos para el estudio del marxismo-leninismo-stalinismo, tácticos y culturales. Algunos guerrilleros puede decirse que tuvieron sus primeros contactos con las letras en esta escuela metida en el corazón de los Montes Universales. En la cocina, bien camuflada, eso sí, el abuelo Miguel se afanaba y cumplía con sus funciones de cocinero ayudado por dos guerrilleros que se nombraban cada día por riguroso turno. La misión de estos dos ayudantes consistía en que al abuelo Miguel no le faltara leña seca para guisar las consabidas gachas de harina, ya que la menor espiral

de humo daba lugar a críticas severas por parte de todos. Con la mejor intención cada uno pensábamos que lo hacía mejor que el otro, y no pasaba día sin que el humo fuera causante de su consabida discusión. Es cierto que algunos guerrilleros y tal vez yo mismo, entre los que no me queda otro remedio que señalar al jefe del sector y a *Pepito*, no siempre le daban a este problema la importancia que tenía. Teóricamente eran los que más hablaban de las precauciones pero prácticamente se tomaban muy pocas.

Tres puestos de guardia que se relevan cada hora aseguran nuestra tranquilidad y *Pepito* puede dedicarse a la confección de *El Guerrillero* con las informaciones que le dan los responsables de grupo y que él va clasificando en un cuaderno de notas. Luego, reunido con *Grande*, redactan un borrador. *Núñez*, convertido en escribiente, no deja de teclear sobre la máquina de escribir mientras *Pepito* o *Grande* le van dictando. Una vez picados todos los clisés, en una multicopista “Rex-Rotary” se tiran cuatrocientas o quinientas copias que se unen con un cosepapeles y nuestro periódico queda listo para volar por la zona guerrillera. Dicho así escuetamente, la elaboración de *El Guerrillero* parece no tener mayor importancia, sin embargo, en la práctica resulta una tarea muy complicada y peligrosa; conseguir la tinta, los clisés y el papel está casi por encima de las posibilidades de la AGLA, no tanto por lo que a medios económicos se refiere como por la falta de personas de entera confianza para realizar estas compras. Las personas encargadas de esta tarea tenían que hacer combinaciones complicadísimas y se jugaban la libertad a cada vuelta de esquina. La camarada *Trini* (Angelines López Rodríguez) de la organización del PCE de Teruel, fue responsabilizada para llevar a cabo estas compras. Adquirir cuatro o cinco mil cuartillas suponía recorrer casi todas las papelerías de la ciudad y en cada una comprar una pequeña cantidad. La repetición de estas compras no tardó en levantar sospechas y se vio en la necesidad de desplazarse a otras localidades llevando, como una sombra pegada a la suya, la posibilidad de ser denunciada, cosa que sucedió a las pocas semanas.

Sentada en el autobús que debe dejarla en un pueblo próximo a la zona guerrillera se encuentra nuestra amiga *Trini*. Sobre su cabeza, colocado en el portaequipajes, está el paquete de papel destinado a las guerrillas. Dos elementos hace rato que no le quitan ojo de encima. Los vio cambiar unas palabras con una pareja de la Guardia Civil. Comprendiendo que estos manejos no presagiaban nada bueno, dejó el paquete donde se encontraba y se apeó como si fuera a dar una vuelta para estirar las piernas. De este modo logró despistar a sus seguidores los que, en vano, esperaron su regreso. En Teruel le avisaron que su casa estaba vigilada y dos días después, *Nelson*, que había sido nombrado para mantener el contacto con ella en el monte, la trajo al campamento escuela, de donde fue evacuada y salió con el propio *Nelson* camino de Marines (Valencia).

En el campamento nos reunimos un grupo guerrillero bastante grande, demasiado diría yo si

se tiene en cuenta los apuros que pasaban los puntos de apoyo para abastecer tanta boca. Las cargas de comida van que vuelan y un día si y otro no, nuestro enlace *Negrín* se aparece por las cercanías con su mulo cargado de pan; en Tormón, Mas de Jacinto, El Cuervo y la Cuesta del Rato, todos nuestros amigos están movilizados con una sola tarea: comprar comida para el campamento. Pese a todos los esfuerzos que realizan y los peligros que arrostran para burlar la estrecha vigilancia que la Guardia Civil tiene establecida en los pueblos y en todos los caminos que al monte conducen, no pueden suministrar a tanta boca, por lo que al poco tiempo de nuestra llegada se plantea la necesidad de realizar una operación de suministro. Con *Pepito* y *Grande* al frente salimos un grupo de doce o catorce guerrilleros y a las tres noches de marcha entramos en un pueblo (no me viene a la memoria su nombre, tal vez se tratara de Terriente) del que se tenía alguna información sobre el alcalde y jefe de Falange, a los que se les impuso sendas multas de comida y ropa.

Durante una temporada, con lo que metimos en el campamento más lo que nos compraban los enlaces, se arregló un tanto nuestro menú; a ello contribuyó también el que de forma bastante asidua se desplazaban algunos guerrilleros en busca de un corral donde poder arramblar con alguna oveja. Es de suponer que a los pastores les haría muy poca gracia encontrar a faltar sus animales, con la particularidad de que siempre arrastrábamos a los más gorditos. Esta práctica casi se instituyó en ley en el campamento escuela y discutí con *Pepito* y *Grande*, como en otras ocasiones ya había hecho, el problema y el peligro que suponía esta práctica para nuestra seguridad. Para mí estaba claro que cualquiera que no fuera un lego podía establecer con bastante precisión la ubicación del campamento. Simplemente con trazar una línea sobre un mapa que pasase por cada uno de los corrales visitados por los guerrilleros, el resultado daría un círculo más o menos regular y lógicamente pensando se podía asegurar que en el centro del mismo nos encontrábamos nosotros, con más certeza si este centro era zona quebrada y con bosques.

Estos razonamientos no fueron tenidos en cuenta y sólo me sirvieron como descargo de conciencia en los sucesos que luego tuvieron lugar.

La llegada de un grupo guerrillero de Francia, del que solamente recuerdo los nombres de *Luis* y *Noi*, nos planteó la necesidad de tener la cocina bien servida o buscar la solución del abastecimiento desgajando el campamento en tres o cuatro grupos y que cada uno se buscara la vida como le fuera posible. Contra toda lógica, no se hizo lo que nuestra situación requería (desgajar el campamento) y tanto *Pepito* como *Grande* decidieron que continuaríamos todos juntos.

Moreno y yo discutimos la situación con el jefe del sector. Los dos estábamos dispuestos a salir con el grupo a la antigua zona del 5 sector donde, aunque escasa, nos quedaba alguna posibilidad de conectar con algunos puntos de apoyo y tratar de establecer campamento.

“*Predicar en desierto* -solía decir mi madre-, *sermón perdido*”. Tanto el jefe del sector como *Pepito* querían continuar con el plan de los cursillos y estudiar los materiales del partido que llevaba el grupo llegado de Francia.

Días más tarde era enviado el *Poeta* (hijo del abuelo Miguel) con dos o tres guerrilleros más para traer al campamento una punta de ovejas robadas.

Nuevamente discutí con *Grande* y *Pepito* este problema por los rastros que los animales dejarían y que podrían ser seguidos con facilidad. (Yo era muy reacio a estas raterías y cuando nos establecimos en la sierra de Enguera, en tres años que estuvimos en ella, solamente una vez robamos dos ovejas en un corral).

Todo fue tiempo perdido: salieron los guerrilleros y regresaron a las dos o tres noches con una veintena de ovejas y ¡hasta se nombró un pastor para cuidarlas! Me sorprende que no se pensara en llevarlas a extremar para que no perdieran carnes.

El desacuerdo en cuanto a nombrar un pastor fue general y las críticas y comentarios terminaron por ejercer presión sobre *Grande* y *Pepito* que, finalmente, decidieron que se degollara a los animales y se salara la carne para que no se estropeará, con lo que todo volvió a su normalidad.

Con la llegada del grupo de Francia dio comienzo a una serie de charlas políticas remachando incansablemente la importancia de la lucha armada y el papel del partido como organizador y dirigente. El partido se identificaba con los guerrilleros que, con su ejemplo, abnegación y sacrificio marcaban todos los días la pauta a seguir para el derrocamiento de la dictadura franquista. El programa del PCE para el restablecimiento de la República seguía basándose en llevar hasta su fin la revolución democrático-burguesa. Ello implicaba acabar con todas las reminiscencias feudales: abolición de los latifundios y minifundios y reparto de la tierra entre los campesinos pobres y obreros agrícolas, creando con ello las premisas necesarias para la alianza de los obreros y campesinos como fuerzas motrices de la revolución democrática. Se señalaba una serie de medidas reivindicativas y de ayuda a todas las víctimas del franquismo dictaminando subsidios y pensiones que asegurasen una vida digna y humana; se abogaba por la depuración de las Fuerzas Armadas y del Ejército como medida impostergable para evitar nuevos pronunciamientos militares. En el nuevo Ejército que se formase a la caída del franquismo serían admitidos todos los militares profesionales que no se hubieran comprometido con el régimen franquista, los jefes y oficiales del Ejército Popular Republicano y los guerrilleros mismos que con su lucha heroica se habían hecho acreedores de ello.

Ni que decir tiene que todos estos planteamientos encontraban un eco aprobatorio y entusiasta entre nosotros y nos inducían a proseguir la lucha sin desmayos siguiendo los planteamientos del PCE.

Dieron comienzo los cursillos y un día, por descuido de un guerrillero, se prendió fuego la chabola. Después de no pocos trabajos conseguimos sofocarlo y durante unos días se reforzó la vigilancia por si había sido visto el humo. Como no se notara por los alrededores nada sospechoso, pronto se dio este incidente al olvido. Días más tarde, una noche fui arrancado de mi sueño por una bandada de cuervos que pasaban volando por encima del campamento dando graznidos. Comprendiendo que las aves tenían que haber sido molestadas en su descanso para levantar el vuelo a tales horas, llamé a *Pepito* y salimos fuera de la chabola seguidos de otros guerrilleros que también se habían despertado. Dimos una pequeña batida por los alrededores y, no notando nada extraño, *Pepito* nos aconsejó reanudar nuestro descanso. No todos pudimos seguir este consejo. Era indudable que los cuervos no habían levantado el vuelo sin motivo... Entre los que velamos estaban *Moreno*, *Francisco* y *Matías*. Preparamos nuestras mochilas y revisamos nuestras metralletas ante la mirada un poco socarrona de *Pepito* y otros guerrilleros que, finalmente, siguieron nuestro ejemplo. Llegó el día y como de costumbre cada hombre estaba a la expectativa y con la mochila preparada por lo que pudiera suceder. La experiencia nos había enseñado ya que las horas más críticas eran las del amanecer y había que estar listos para hacer frente a cualquier eventualidad. Pasada la primera hora de alerta general, los guerrilleros nombrados para los servicios de campamento salieron en busca de las provisiones de agua para la jornada y los de guardia se encaminaron a los puntos donde ésta se montaba. En este momento me encontraba conversando con *Luis* (el recién llegado de Francia) y *Antonio* (el de Teruel), al que una herida mal curada de cuando la guerra lo tenía postrado en la chabola donde lo fui a visitar para informarme de su estado. Se corrió la voz de “¡la Guardia Civil!”. Con *Antonio* sobre los hombros salimos de la chabola y nos encaminamos a la cocina, que era el lugar mejor resguardado en caso de asalto. En el trayecto se nos acercaron *Grande* y *Pepito* preguntando quién había visto a los civiles. Cuando nos metimos entre los peñascos donde estaba instalada la cocina ya no era necesario contestar a la pregunta: las balas rebotaban por todos lados sobre las rocas. El campamento estaba cercado por la Guardia Civil, ¡y bien cercado! *Grande* y *Pepito* se fueron informando de si estábamos todos y se echó a faltar al *Noi*. Salieron dos guerrilleros en su busca, pero tuvieron que regresar a toda prisa porque las balas se los comían. Era extraño..., hasta la guardia había tenido tiempo de reunirse con todos en la cocina como se tenía previsto y el *Noi* no aparecía por ningún sitio. No se podía perder tiempo ni arriesgar a nadie en su busca, pues estaba demostrado que era enviarlo a una muerte más que segura. La retirada se tenía que organizar sin pérdida de tiempo, antes de que la Guardia Civil pudiera controlar las salidas del campamento y tomar posiciones ventajosas. Conocer el monte como las costuras de la ropa nos valió en esta ocasión para escapar de una buena. Por entre los callejones y las grietas de las rocas nos fuimos escabullendo sin que la civilada llegase a

darse cuenta. Al pasar por la cocina cada uno echaba mano a lo que más cerca tenía: un trozo de carne salada, un talego con harina, un pan, una sartén... Pisando de piedra en piedra para no dejar rastros sobre la nieve que en las umbrías aún no se había deshelado, cruzamos un barranco y gateamos por la ladera que había frente al campamento. Cargados con el amigo *Antonio*, *Luis* y yo nos quedamos un poco rezagados y en nuestra ayuda se nos acercaron *Moreno*, *Francisco* y *Grande* y dimos alcance al grupo que se había detenido a esperarnos. La Guardia Civil no llegó a darse cuenta de nuestra desaparición y en el poco tiempo que tardamos en salir del campamento no silbó ni una bala en nuestras orejas. A no más de un kilómetro buscamos camuflaje para pasar el día si nos dejaban tranquilos y nos parapetamos dando vista a un collado por el que forzosamente tenía que aparecer la Guardia Civil en caso de ser perseguidos. Buen rato hacía que estábamos en esta posición cuando se dejó oír una descarga cerrada de armas automáticas y abundante fusilería. Todo el día lo pasamos oyendo disparos por el campamento pero no fuimos molestados de nuevo. A la caída de la tarde tuvimos un cambio de impresiones y se decidió salir en dirección del campamento del guerrillero *Valencia* situado, si mal no recuerdo, por la sierra de Javalón. En este cambio de impresiones no se afrontó el asalto al campamento y, posteriormente, los acontecimientos se sucedieron con tal rapidez que no hubo lugar a ponerlo sobre el tapete.

Como en tantas otras ocasiones, *Grande* no se olvidó de mi grupo, lo que de buen corazón le hubiera agradecido. Me llamó y junto con *Pepito*, me encargaron recuperar la maleta conteniendo la emisora que trajera *Luis* consigo de Francia y que había quedado escondida a unos doscientos metros del campamento.

El encargo no era una broma..., y un tiro lo recibe uno en el momento que menos lo espera, pero ir a meter los hocicos en la boca del lobo era tentar al Demonio. Les di mi conformidad porque otra salida no me quedaba. Me dieron la posibilidad de elegir a los guerrilleros que más confianza me ofrecieran para el caso y decidí quedarme con todo mi grupo y que sólo me dejaran a *Francisco* como guía para conducirnos al campamento de *Valencia*.

Me reuní con todos y les comuniqué lo que se esperaba de nosotros y, a buen seguro, también ellos pensaron que me podía haber olvidado de su existencia.

Si la recuperación de la emisora era fundamental y uno u otro tenía que encargarse de ello, no opiné lo mismo cuando a última hora me plantearon que *Antonio* se quedaría con nosotros. Lo justo en esta situación hubiera sido que ya que éste no podía andar con soltura, saliera con el grupo de *Grande* y *Pepito*, dejándonos a nosotros con más libertad de movimiento. Nada de esto se hizo. Les tardaba -con más propiedad, nos tardaba- a todos que se hiciera de noche para abandonar aquellos montes que nos olían a chamusquina.

La fila india del grupo guerrillero se prolonga unos treinta metros sobre la trocha, a nuestra espalda va quedando el campamento- escuela ocupado por la Guardia Civil; por encima de

Tormón nos separamos los dos grupos: *Grande* y *Pepito* siguieron con su grupo adelante y nosotros nos quedamos por aquellos montes para sacar suministro de Tormón y regresar a por la emisora. A la noche siguiente bajamos al pueblo y entramos en la casa de un punto de apoyo que nos dio comida y nos prometió un mulo para transportar la emisora y la dinamo. Esa misma noche, mientras *Antonio* se quedaba aguardando nuestro regreso, nos acercamos de nuevo hasta el campamento. Las conversaciones de los civiles congregados en torno a una gran fogata que reflejaba sus llamas sobre las rocas rojizas, llegaban hasta nosotros. Nos sentamos y dejamos pasar el tiempo para ver si los civiles se decidían a cerrar los ojos. Poco a poco, el rumor de las voces iba languideciendo hasta que todo el bosque quedó en completo silencio. Esta fue la señal para ponernos en movimiento. Dejé a *Moreno* apostado con el grupo para que nos pudieran ayudar en caso de necesidad y *Angelillo*, *Francisco* y yo comenzamos a descender la barranquera para subir por la ladera que daba encima del campamento. Como lince, olfateando el aire y el suelo, buscando las sombras de las rocas, toda nuestra atención se centraba en no remover ni una sola piedra. Cada paso iba precedido de una serie de tanteos hasta asegurarnos que los pies se asentaban sobre terreno firme. En un pasadizo formado por las rocas que iba a desembocar donde mismo los civiles tenían su fogata, se quedaron *Angelillo* y *Francisco* parapetados y yo me deslicé hasta el escondrijo de la emisora. Cuando tuve la maleta en mis manos se me fue un suspiro de alivio y me reuní con ellos. Con las mismas precauciones que habíamos subido deshicimos el camino.

Con la primera fase del trabajo realizado, nos quedaba por solucionar el modo de llegar con la emisora y el cojo al campamento. Esperamos hasta la noche siguiente para bajar otra vez a Tormón y tomar el mulo que nos ofreciera el punto de apoyo, cargamos la maleta en un serón e hicimos que *Antonio* montara. Anulando todos los descansos posibles, entramos en el campamento del *Valencia* al hacer de día. Sin perder un minuto de tiempo, dos guerrilleros salieron con el mulo y usando del procedimiento que ya he señalado en distintas ocasiones, le dieron suelta sobre el camino de Tormón, donde ya lo estaría esperando su dueño.

Volvamos ahora con la imaginación al campamento escuela para intentar establecer los hechos: según noticias recibidas posteriormente, la causa del asalto se la debimos a la punta de ovejas robadas. Los rastros fueron seguidos por el pastor, que lo llevaron hasta nuestro emplazamiento sin que nadie lo advirtiera. Dio parte a la Guardia Civil de su descubrimiento y se llevó a cabo una movilización que pasó desapercibida de nuestros puntos de apoyo por realizarse durante la noche. Los cuervos que nos despertaran, sin lugar a dudas, fueron levantados por los civiles al entrar en el bosque. Al cundir la alarma, el guerrillero *Noi*, en vez de reunirse como todos lo hicimos en la cocina, se acobardó y buscó pasar inadvertido entre unas rocas, donde halló una muerte sin defensa al ser descubierto por la Guardia Civil.

Nada de esto nos cogió de sorpresa, lo que no podíamos pensar, ni remotamente pasó por

nuestras cabezas, es que en el mismo momento que descubrimos la presencia de la Guardia Civil, salía de su casa el enlace *Negrín* con su inseparable mulo y tomaba camino del campamento con una carga de pan. Al llegar, la Guardia Civil le dio el alto y nuestro amigo sacó un revolver viejísimo que siempre llevaba encima y disparó contra los civiles dándose a la fuga. Éstos le respondieron del mismo modo y una bala le entró junto a la clavícula derecha, quedándosele incrustada en el hombro: herido, llegó a casa de un punto de apoyo que nos pasó aviso para que fuéramos a buscarlo, servicio que realizó *Matías* y dos guerrilleros más sin ningún tropiezo. La primera cura le fue practicada a *Negrín* por el guerrillero *Víctor*, que tenía algunos conocimientos de medicina por ser hijo de un veterinario. La herida estaba infectada y recurrimos a los servicios de un médico con el que nos puso en contacto uno de los puntos de apoyo que tenía el grupo del *Valencia* por aquellos pueblos. Acompañado por tres guerrilleros salió *Negrín* para que lo visitara el médico. Sobre media noche regresaron los tres guerrilleros con la noticia de que el médico nos había traicionado: en su lugar estaba esperando la Guardia Civil emboscada, con la que se cruzaron algunos disparos y *Negrín* cayó en poder de las fuerzas represivas.

Meses más tarde -me parece recordar que fue *Grande* quien me lo dijo- se supo que *Negrín* curó de su herida y en la cárcel se mostraba tan animoso como lo fuera durante todo el tiempo que nos sirvió de punto de apoyo.

El encuentro con la Guardia Civil y la caída de *Negrín* en sus manos imponían el traslado rápido del campamento. Salimos todos los guerrilleros que habíamos llegado del campamento-escuela y nos instalamos una vez más en las barranqueras del río Turia, a no más de una noche de marcha de las casas del Marqués. Al poco de instalarnos nos llegó la noticia del asalto al campamento del *Valencia*, hallando la muerte éste y el guerrillero *Viriato*, hijo de Práxedes Urbán, de la Cuesta del Rato.

Ignoro los motivos que pudo tener *Valencia* para no trasladarse con su grupo. Al separarnos había quedado bien claro que, sin ninguna demora, se marchase a otro lugar.

El asalto al campamento-escuela y poco después al del *Valencia* puede decirse que marcan el fin de un período de la AGLA; el período pudiéramos decir de auge del movimiento guerrillero en las provincias de Teruel y Valencia. A partir de este momento, dejamos de sentirnos seguros en los bosques y a algunos guerrilleros esta inseguridad los arrastró por el camino de la desmoralización, preludio de una serie de deserciones que colocaban en peligro nuestras vidas y la de los puntos de apoyo.

En páginas anteriores, señalo la deserción de *Pepín* que se dio en mi grupo y las causas que pudieron influir. Los que a continuación siguieron este camino obedecieron a un estado de inseguridad de cada hombre y de la AGLA en general. El asalto al campamento-escuela fue un alarde de fuerza del gobernador de Teruel que, si bien no

surtió el resultado apetecido por el general Pizarro de aniquilar a los guerrilleros, sí lo dio en todo lo que a nuestra moral se refiere y a la de nuestros puntos de apoyo.

No fuimos lo suficientemente inteligentes para ver estas apreciaciones en el momento que se manifestaban; nos hizo falta la experiencia de muchos meses y una lucha sorda, mas no por ello menos violenta, en el seno de la AGLA. Este retraso en la valoración de nuestras posibilidades reales de continuar la lucha nos valió no pocos disgustos y muchas muertes que pudieron haber sido evitadas de ser la agrupación más sensible al sentir de muchos guerrilleros y, sobre todo, al sentir de nuestros puntos de apoyo que, en más de una ocasión, nos manifestaron sus temores y dudas sobre el porvenir de las guerrillas. En vez de escuchar a estas gentes, nos dedicamos a colgarles sambenitos.

Los guerrilleros tenemos por enemigo además de todas las fuerzas represivas del franquismo, del cansancio, del hambre y del frío, nuestra propia comodidad.

Difícil se hace hablar de comodidad en las condiciones de nuestra lucha..., pero todo es relativo en la vida. Cuando, agotados de andar y muertos de hambre, nos tenemos que sentar encima de la nieve helada para descansar, el que encuentra dos palmos de tierra seca ya lo considera una comodidad. El asalto al campamento-escuela podía haber sido evitado si la comodidad o pereza de *Grande* y *Pepito* no hubiera prevalecido sobre la necesidad de cargar con todos nuestros bártulos a la espalda y abandonarlo. Esta comodidad o pereza los llevó a una especie de menosprecio del enemigo que teníamos enfrente, con los resultados que dejo dichos. *Pepito* era un tío formidable pero no se podía razonar con él..., cuando se le metía una idea en la cabeza “¡ni dios le hacía apearese de la burra!”.

Con el asalto a este campamento, la AGLA ha alcanzado su techo y comienza su declive.

En el asalto al campamento-escuela la Guardia Civil se apoderó de la multicopista “Rex-Rotary” y la máquina de escribir, de cinco o seis paquetes de cuartillas de quinientas hojas cada uno, de bastante material de propaganda tanto de la confeccionada por nosotros como de la que trajo el grupo llegado de Francia, de algunos kilos de harina de trigo y de doce o catorce ovejas en canal que todavía nos quedaban de la punta que metiera el *Poeta* en el campamento.

El campamento de la Plaza de Toros

Pese a todo lo que se diga y *Pepito* nos asegure, no hay duda..., el 11 sector entra en 1948

con pie torcido: asalto al campamento escuela y días después al del *Valencia*, con un saldo de tres guerrilleros muertos y un enlace herido, con pérdida de una multicopista, una máquina de escribir y todo el material para la confección de *El Guerrillero* y pérdida también de bastante propaganda.

La escuela no volvió a funcionar nunca más y *El Guerrillero* me parece que también dejó de editarse. Por si todo esto fuera poco, estamos sin dinero.

Aunque orgánicamente pertenecemos al 5 sector, los altibajos de la lucha hacen que sigamos en el 11 mandado por *Grande*.

El número de guerrilleros que nos reunimos en el campamento es bastante grande y no hay semana que no salga un grupo de operaciones. Nos quedan todavía bastantes puntos de apoyo salpicados por Villed, Mas de Jacinto, Libros, Cuesta del Rato, Castielfabib, Las Dueñas, Hoya de la Carrasca, Riodeva, casas del Marqués y algunas casas desperdigadas por el monte.

El problema crucial al que nos enfrentamos es siempre el mismo: dinero y siempre dinero. La mayor parte del tiempo se nos va pensando de dónde sacarlo y no me explico por qué el PCE en Francia no viene en nuestra ayuda. La duda de que la dirección del PCE fuera informada debidamente de nuestra situación empezaba a tomar posesión en mi cabeza. ¿Qué clase de informes se daban al partido sobre nuestra vida en el monte y de los problemas económicos que se nos planteaban sin solución posible por nuestra parte?

Aquí, en la Plaza de Toros, le comuniqué a *Grande* todas mis dudas y preocupaciones... ¿Qué porvenir era el nuestro?

Resultó que *Grande* también tenía sus dudas acerca de si el partido tenía una información clara de todos nuestros problemas. Me baila por la cabeza que bastantes meses más tarde redactó un informe para el PCE y tuvo sus más y sus menos con algún guerrillero.

Los golpes económicos y las entradas en los pueblos para llevarnos comida no eran bien vistos en la mayoría de los casos, aunque los paganos fueran elementos que apoyaban al régimen franquista. Pero no nos quedaba otra alternativa..., o seguíamos dando estos golpes impopulares o plegábamos la manta y nos largábamos caminito de Francia. Y esto último no estábamos dispuestos a realizarlo en tanto la dirección del PCE no decidiera lo contrario.

Del campamento de la Plaza de Toros salimos dos o tres grupos para operar. Recuerdo perfectamente que uno de estos grupos lo mandaba el *capitán* (Anastasio Serrano Rodríguez).

Asalto a un recaudador de la contribución

Desde el campamento de la Plaza de Toros, *Grande* me envió con el grupo al que había sido agregado *Juan* para detener a un recaudador de la contribución en el ramal de carretera que a la altura de Villel cruza el río Guadalaviar y se dirige a Cascante del Río. Para completar la información tenía que entrar en Villel con *Juan* y un amigo suyo nos daría los datos que necesitábamos: día que pasaba el recaudador y camino que se vería obligado a tomar desde Cascante del Río a Villel.

La operación en sí misma no tiene ningún interés particular; lo que sí lo tiene -y en alguno u otro momento se dio en toda la agrupación- es lo sucedido con el grupo estando *Juan* y yo en casa de su amigo.

Después de una noche de marcha, a la siguiente dejé el grupo al mando de *Moreno* en las afueras de Villel y entré con *Juan* en el pueblo. Estaba su amigo dándonos los datos sobre el recaudador y como era día de fiesta, en el pueblo prendieron fuego a una traca. Conseguimos los datos que nos interesaban sobre el recaudador, salimos del pueblo y nos encaminamos donde había quedado el grupo esperando nuestro regreso. De guerrilleros allí no quedaban ni los rastros. Dimos la consigna acostumbrada por si se habían retirado algunos metros pero ni por esas... No valía la pena insistir más, maldiciendo la estampa de todos ellos nos fuimos donde habíamos pasado el día, convencidos de que se habían largado al oír la traca y que tanto a *Juan* como a mí nos daban por fiambres. Encontramos señales de que habían vuelto a pasar por allí y enderezamos nuestros pasos a la Plaza de Toros, donde llegamos bien entrado el día, encontrando a todos los guerrilleros en plan de alerta por las noticias que habían dado los que entraron delante de nosotros. Cuando me junté con *Grande* le dije: “*ya se pueden preparar, hemos de salir ahora mismo si queremos echarle el guante encima al recaudador*”.

Avergonzados, se colgaron las mochilas a la espalda y sin más dilación abandonamos nuevamente el campamento: ellos con la cabeza gacha y yo como alma que lleva el Diablo.

El terreno que normalmente hubiéramos andado en dos noches de marcha lo cubrimos en una tarde hasta dar vista al río Guadalaviar, donde nos tomamos un descanso. Lo cruzamos bien entrada la noche y, como a medio camino entre Villel y Cascante del Río, nos metimos en un caseto medio en ruinas que había por encima de la carretera. Amaneció y, a eso de media mañana, apareció el recaudador con su cartera bajo el brazo. Le salimos al encuentro y le aligeramos del peso de la cartera, dejando que se marchara con buen viento. Nosotros, con no peor, buscamos el abrigo de los pinares y en dos noches de marcha nos colocamos en el campamento. Dimos cuenta a *Grande* de lo que dejó dicho y le entregamos la cartera

del recaudador con el producto del golpe económico. (No recuerdo qué cantidad de dinero había).

Dos noches después entraba el *Capitán* (Anastasio Serrano Rodríguez) con su grupo y los pelos se nos pusieron de punta al decirnos el camino que habían seguido: resultaba que habían pasado por Cascante del Río, donde ya la Guardia Civil había llegado para indagar. Por suerte no se tropezaron con ella y llegaron al campamento tan tranquilos.

Cuando le comunicamos al *Capitán* el golpe al recaudador, éste muy risueño (tenía la risa fácil) va y nos dice: “*pues nosotros hemos pasado tocando los corrales de Cascante y nadie nos ha dicho nada*”.

Volviendo ahora a la espantada del grupo en las afueras de Villel, tengo que decir que nadie -y menos yo- le dio importancia y ni a *Moreno* ni a ningún guerrillero se le llamó al orden por ello.

Entre naranjos

La Guardia Civil hace más vida en el monte que en los cuarteles y por dos veces llegó muy cerca del campamento de la Plaza de Toros que, por medidas de precaución, se decidió abandonar. Acampados por las barranqueras del río Turia, *Pepito* me ordenó la realización de una operación económica que sacara a la AGLA de apuros. Me planteó como objetivo el asalto al banco de Alcira y que familiares de *Ventura*, que vivían en una casita cerca de Benetúser, nos podían servir como punto de apoyo para este desplazamiento entre naranjos. Tenía también que entrar en contacto con unos conocidos de *Lallave* en Cullera y movilizarlos para que obtuvieran información sobre el banco.

Si la verdad debe ser dicha, el plan de *Pepito* no me entusiasmó en absoluto. Discutimos -y no de muy buena manera- algunos de los inconvenientes que saltaban a la vista, pero no hubo forma de hacer que se apeara de la burra. En resumidas cuentas, que yo sepa, *Ventura* no tenía contacto con sus familiares desde que subiera a las garrillas y *Lallave*, si alguna vez lo tuvo con sus conocidos de Cullera, lo había perdido desde que me hiciera cargo del grupo. Yo no podía meterme en la huerta valenciana y estar quince días dando tumbos con el grupo entre los naranjos porque no teníamos de dónde sacar comida. Pensar que los familiares de *Ventura* nos pudieran suministrar, tampoco era posible, a vuelo de pájaro, desde las inmediaciones de Alcira a Benetúser hay como mínimo 30 kilómetros. En fin, todo

había que improvisarlo sobre la marcha y con rapidez.

De todo esto discutí con *Pepito* pero, como digo, no se apeó de la burra y quieras que no quieras salí con el grupo camino de Benetúser sin poder suministrar en todo el trayecto porque nos faltaban los puntos de apoyo por esta parte. Más de una semana tardamos en llegar desde cerca del barranco del Bercolón en la provincia de Valencia, hasta la casita de la familia de *Ventura* por Benetúser. El grupo -y no creo que mal lo recuerde- lo componíamos *Moreno, Ventura, Lallave, Andrés II, Flores, Gonzalo, Angelillo, Jacinto, Víctor* y yo.

Ventura entró en contacto con sus familiares, que nos ocultaron en la casa hasta que lograron recoger comida en frío que permitiera establecernos unos días en las cercanías de Alcira. Recuerdo que nos metimos entre unas ruinas que a mí me parecieron ser las de un convento.

El encuentro de *Ventura* con su esposa fue conmovedor: tenía una hija de muy corta edad a la que ardía en deseos de acariciar pero, al mismo tiempo, temía hacerlo por si la Guardia Civil le hacía alguna pregunta a la pequeña. Mal que bien nos las arreglamos para que pudiera verla sin que la niña se diera cuenta de su presencia. Escondido detrás de una puerta y mientras la madre jugaba con la hija, pudo contemplar a su pequeña un par de minutos durante los cuales su cara expresó mil anhelos comprimidos en su pecho: la nostalgia del hogar abandonado no se sabía por cuánto tiempo, la proximidad de la mujer que seguramente le recordaba las horas felices pasadas juntos y de las que había nacido aquel retoño que jugaba y daba gritos con su madre, inconsciente del drama que se estaba desarrollando y del que era uno de los principales intérpretes, el cariño de un padre que, teniendo a su hija a un metro de distancia no podía estrecharla entre sus brazos... La esposa de *Ventura*, acongojada y con los ojos llenos de lágrimas que a duras penas podía contener y haciendo esfuerzos desesperados para que en su boca se dibujara una sonrisa que más tuvo de mueca que de sonrisa, cogió a la pequeña en brazos y salió de la casa para que pudiéramos dedicarnos a preparar nuestros bártulos ya que por la noche teníamos la intención de proseguir el camino hasta Alcira. Antes de despedirnos de los familiares de *Ventura*, colocamos una estafeta por si nos veíamos en la necesidad de regresar por el mismo camino.

Desde las ruinas del convento (o lo que fuese) en la sierra de la Murta, nos desplazamos una noche *Lallave* y yo hasta Cullera y entramos en contacto con un peluquero amigo de *Lallave* que pertenecía a la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Naturalmente, me presenté también como cenetista y hablamos largo del sindicato y de las guerrillas, de la República, de la guerra en España y de la represión franquista contra el pueblo. Al cabo de un buen rato nos propuso ir en busca de dos cenetistas más de su entera confianza para tener con ellos un cambio de impresiones, a lo que accedimos sin ningún pero.

La charla se desarrolló amigablemente. Me preguntaron si en la AGLA había muchos confederales, y les contesté que estábamos algunos pero que la mayoría eran comunistas

y la agrupación estaba dirigida por ellos. Las horas de la noche corrían sin darnos cuenta concretando puntos en que, como anarquistas, coincidían con nuestra actuación guerrillera: política de Unión Nacional, gobierno provisional revolucionario en el que estuvieran presentes todas las fuerzas antifranquistas, consulta al pueblo en unas elecciones libres y democráticas garantizadas, reforma agraria previa abolición de los latifundios y reparto de la tierra entre los campesinos pobres y obreros agrícolas, depuración del Ejército y de las Fuerzas Armadas, etc., etc.

Todas estas cuestiones no eran ni más ni menos que los puntos que se planteaba el PCE para el derrocamiento del franquismo y la implantación de la República.

No olvidamos tampoco el aconsejarles que salieran de las hermandades de labradores y de los sindicatos verticales dirigidos por la Falange y que organizaran el sindicato de la CNT.

Por estos senderos, llegamos a la cuestión práctica del momento y requerimos su ayuda para que nos sacaran información sobre el banco de Alcira y sobre el emplazamiento del cuartel de la Guardia Civil.

En todo estaban dispuestos a prestarnos su apoyo mostrándose animosos, y nos dijeron que estaban organizados clandestinamente.

A todo esto, se nos había echado encima la hora en que, o nos marchábamos, o nos tenían que buscar un lugar donde ocultarnos durante el día. Toda la buena voluntad de estos cenetistas se vino al suelo como castillo de naipes barrido por un viento huracanado al plantearles este problema.

Alegaron que, sin contar con la organización no podían tomar sobre sus hombros esta responsabilidad ya que, en definitiva las guerrillas estaban dirigidas por el PCE.

Salí de Cullera asqueado de mis correligionarios, de ver que, por encima de los intereses del pueblo, pasaban egoísmos personales y partidistas y los resabios de la guerra civil.

Ante nosotros teníamos un par de horas de camino y aceleramos el paso cuanto nos fue posible, haciendo eses para no tocar los caminos y, buscando los huertos de naranjos, llegamos a las ruinas con bastante luz del día. Reuní al grupo y en dos palabras los puse al corriente de nuestro fracaso y que para sacar información sobre el banco y el cuartel de la Guardia Civil no podíamos contar con otros recursos que los nuestros.

Y, resulta curioso que, a pesar de la falta de información, y las condiciones de la zona, - huertos de naranjos y campos de arroz encharcados por todas partes y algunos trigales-, en ningún momento tuviéramos la idea de desistir de la operación.

La falta de apoyo nos obligaba a obrar con la mayor rapidez. Acordamos, pues, trasladarnos a los huertos de naranjos y buscar camuflaje en la caseta de algún motor de riego de los muchos que abundan por la huerta valenciana. Partiendo de una de estas casetas entré en Alcira acompañado por *Gonzalo* para examinar de cerca el

emplazamiento del banco y del cuartel de la Guardia Civil, y darnos una idea del camino que podríamos tomar en la retirada. Vestíamos “monos” por si alguien nos pregunta, hacernos pasar por chóferes de un camión de paso por Alcira.

La primera ronda la realizamos sin novedad. Continuamos nuestro paseo de inspección y, cuando nos disponíamos a dar una segunda vuelta por el banco y el cuartel de la Guardia Civil, alguien chistó a nuestra espalda. Bien comprendimos que el “¡chist!” se dirigía a nosotros pero nos hicimos los desentendidos hasta que una mano se posó en mi hombro por la espalda, al tiempo que me pedían la documentación. Di media vuelta y me encontré frente a un desconocido que sujetaba una bicicleta con una mano y la otra se la ocultaba una chaqueta tirada por encima de los hombros. Instintivamente, mientras contestaba a las preguntas del desconocido, llevé una mano a la culata de mi pistola. Por un momento me dio la impresión de que podríamos seguir adelante sin más explicaciones. El camino me fue cortado y por segunda vez me pidió la documentación y se presentaba como guardia civil. Cara a cara con el guardia, por delante de mis ojos cruzó el brazo de *Gonzalo* y sonó la detonación de su pistola. El guardia alcanzado a quemarropa, lanzó un grito: “¡Ay mi madre, me han matado!”. La bicicleta rodó por el suelo y él lo hizo cinco o seis pasos más allá alcanzado por dos balas de mi pistola. No creo que le hicieran falta..., al disparar *Gonzalo* me dio tiempo de ver en la camisa blanca del guardia civil la mancha negra del fognazo a la altura del corazón.

¡Alas les salieron a nuestros pies! Como rayos salimos del pueblo y nos metimos entre los huertos de naranjos. Todo esto sucedía en un día de verano a las tres o tres y media, hora en que por la huerta valenciana es imposible dar un paso sin tropezarte con alguien. Bajo las ramas de un naranjo que llegaban hasta rozar el suelo, nos escondimos a la espera, y con el alma en un hilo, de ver el rumbo que tomaban las cosas. Al poco de estar debajo del naranjo empezaron a dejarse oír disparos en una y otra dirección y las voces de la batida que daba comienzo. A la distancia que separan tres pies de naranjo (unos diez o doce metros, según recuerdo), cruzó un grupo de paisanos armados con escopetas y fusiles y encuadrados por dos o tres guardias civiles. Si hubieran dado con nosotros, no sé cómo terminara el día, por suerte pasaron de largo dando voces y soltando tiros.

En no pocas ocasiones he pasado miedo pero como en esta tarde en ninguna.

Respiramos aliviados cuando las voces se fueron alejando y las sombras de los naranjos se fueron estirando sobre la tierra. La tarde comenzó a oscurecer..., lo peor había pasado. Con el susto todavía metido en los huesos, empezamos a caminar para reunirnos cuanto antes con el grupo que, a no dudar, estaría intranquilo por nuestra demora. Para llegar a él teníamos que cruzar el río Júcar y no era el momento más indicado como para ir en busca de un puente. Alejados de toda vivienda nos desnudamos; envolví la pistola con mis trapejos para que no se mojara, me até éstos al cogote y me metí en el agua. Cerca de la orilla opuesta se

me encogió el corazón: el atadizo se me había corrido del cogote y junto con la pistola se fue río abajo sin que pudiera hacer nada para recuperarlo. Me quedé como mi madre me parió y para colmo, desarmado. Cuando *Gonzalo* estuvo a mi lado le dije lo que me pasaba y aún nos quedó humor para reír de mis desnudeces. *Gonzalo*, bromeando y para hacerme rabiar, se negó durante un buen trecho a prestarme ninguna de sus prendas y yo me vengaba cruzando acequias y arrozales encharcados sin preocuparme en buscar una senda o camino. Harto, *Gonzalo*, de chapotear en el agua, se quitó el mono empapado de agua y me lo prestó.

Amanecía cuando nos reunimos con el grupo que, muy preocupado, *Moreno* había sacado de la caseta del motor de riego y buscado escondrijo entre un ribazo de cañas.

Me armé con mi metralleta y me vestí con mi ropa de monte: pantalón, chaqueta de pana y una boina. Como es natural, me puse también camisa y calzoncillos. (Por lo general todos llevábamos una muda de repuesto en la mochila).

Es comprensible que el tropiezo de Alcira nos hiciera desistir de una puñetera vez de asaltar el banco.

Reunido el grupo y puesto al corriente de lo sucedido, se decidió que lo más saludable sería poner tierra de por medio y, en vez de buscar los caminos que nos podían llevar a los montes por Canal de Navarrés y la sierra Martés, dirigirnos por entre los huertos hacia Benetúser.

La primera noche de marcha nos llevó hasta la Albufera, donde pasamos el día relativamente tranquilos dentro de un caseto; tranquilos en la medida que nos dejó el dueño que, sobre media mañana, se presentó en él y al que no dimos suelta hasta caer la tarde. Esa misma noche, antes de despuntar el día, llegamos a la estafeta que habíamos señalado con los familiares de *Ventura* y encontramos una escueta nota en la que nos decían que nos estaban esperando con comida. Nos acercamos a la casita, dimos unos golpecitos convenidos en la puerta y la abrieron inmediatamente.

La noticia de lo sucedido en Alcira había corrido más que nosotros pues nos comunicaron que habían matado a un guardia civil en Alcira a poca distancia de la puerta del cuartel, (de esto último ni *Gonzalo* ni yo nos dimos cuenta). Prudentemente nos callamos la boca por si la marea llegaba hasta Benetúser.

Pasamos el día en la casa, pagamos la comida que nos habían comprado y la metimos en las mochilas y se nombraron las guardias: dos guerrilleros teníamos que permanecer despiertos para avisar al resto a la menor sospecha que se tuviera. El día pasó sin novedad y por la noche salimos en dirección de Aldaya, rebasado el pueblo y después de cruzar el tendido del ferrocarril Valencia-Cheste y la carretera a Chiva, por unas lomas medio peladas se nos echó el día encima. Tuvimos una reunión para determinar lo que nos convenía hacer, pues a todos se nos hacía una cuesta arriba regresar al campamento sin dinero. *Andrés II* nos sacó de apuros al proponer como objetivo al pagador de unos depósitos de donde creo que

se filtra y toma el agua para Valencia. *Andrés II* era conocedor del lugar y el día de paga, así como de la estación del ferrocarril en que el pagador se apeaba. Nos advirtió que había dos o tres guardianes armados con sendos rifles de los que harían uso si les dábamos oportunidad.

¡Casi le doy un beso! Aquello era mucho más de todo lo que podía esperar.

Acordamos que lo mejor sería salir al paso al pagador en el trayecto de la estación a las oficinas donde se efectuaba el pago, y ya encontraríamos algún lugar apropiado para ocultarnos hasta la llegada del tren. Puestos sobre el terreno, nos percatamos de que el golpe no podía realizarse sin ser vistos por bastantes personas: de la estación a las oficinas había una brigada de obreros trabajando en la carretera; el sitio para ocultarnos hasta la llegada del tren tampoco era de lo mejor: una quebraza del terreno a unos cincuenta metros de la carretera. No por ello desistimos de nuestra idea. Sobre media mañana entró el tren en la estación y rápidamente *Andrés II* y *Lallave* saltaron fuera de la quebraza y se fueron andando por la carretera para avisarnos cuando vieran al pagador. Puedo decir que no nos dieron ni tiempo a salir de la quebraza; *Andrés II* empezó a accionar los brazos y al momento vimos a *Lallave* que venía corriendo por la carretera levantando la cartera del pagador por encima de la cabeza. Sobre la misma carretera la abrimos y quedamos satisfechos de su contenido... Con las mismas nos lanzamos por una pendiente que bajaba hasta el río Turia. Nos encontrábamos en mitad de su cauce cuando sonaron algunos disparos y se levantaron unos surtidores de agua cerca de nosotros. Alcanzamos la ribera opuesta y nos hundimos en un pinar de poca extensión. Algunos componentes del grupo manifestaron la idea de buscar en el pinar un lugar apropiado para escondernos y pasar el día.

No nos costó trabajo a *Moreno* y a mí el convencerlos de que lo más prudente y seguro era salir del pinar sin ser vistos y buscar escondrijo en cualquier otro lugar pues, siendo el único pinar de por los alrededores, la Guardia Civil y los guardas de las oficinas tratarían de controlar sus salidas y darían una batida. Cruzamos el pequeño bosque y fuimos a salir sobre un campo de algarrobos de frondoso ramaje. Algunos árboles estaban rodeados por una especie de muro de piedras sobre el que descansaban las ramas para que no se rasgasen. En uno de estos árboles nos resguardamos. La espesura del ramaje y las hojas nos ofrecía un camuflaje bastante seguro y contando que no era fácil que la batida llegase hasta un terreno despejado, nos aposentamos en él lo mejor que pudimos.

Poco tardó en oírse disparos por el bosquecillo, lo que nos dejó bastante tranquilos. El peligro se nos presentó de pronto en la persona de un carretero que andaba buscando pedruscos (seguramente para levantar alguno de aquellos muros). Se llegó hasta nuestro algarrobo, eligió un par de pedruscos y los echó en su carro prosiguiendo con su búsqueda. *Víctor*, que a duras penas podía dominar sus nervios, fue partidario de buscar otro escondite. Unos más y otros menos, todos tenían la misma preocupación y pensaban que era imposible

que el carretero no se hubiera dado cuenta de nuestra presencia entre las ramas del árbol. Interrogado por *Moreno* con una mirada, le aseguré que durante el poco tiempo que el carretero se había detenido al pie del árbol, yo no le había quitado la vista de encima y estaba seguro de que no se había dado cuenta de nada, pues ni los rasgos de su cara ni la expresión de sus ojos habían cambiado un solo instante.

Trabajo nos costó a los dos para convencer al grupo que lo peor que podíamos hacer era ir de un lugar para otro. Al final se tranquilizaron los ánimos y no nos movimos del árbol, pasando los restos del día sin más molestias que las que se derivaban de nuestra incómoda postura entre las ramas.

Llegados a zona guerrillera (por así decir) y, siguiendo las indicaciones que encontrábamos en las estafetas, llegamos a un campamento provisional que, como todo lo provisional, se convirtió en estable. Reunidos con *Pepito* y *Grande*, les entregamos el dinero cogido al pagador y les informamos detalladamente de todo lo que dejo dicho.

La entrevista con los tres cenetistas de Cullera no pudo por menos que repercutir en mis sentimientos ideológicos y fue la gota de agua que desbordó el vaso de mis esperanzas. Desde que cruzamos la frontera en 1945, siempre había abrigado la esperanza de que la CNT, como organización sindical de la clase obrera, estaría dispuesta a prestarnos su colaboración y fuerza. Me quedó demostrado lo que de siempre me había resistido a creer: los confederales, tratándose del PCE, no estaban dispuestos a dar un paso en el camino del entendimiento. La secuela de resabios de la guerra civil, justos o injustos, estaban vivos en cada cenetista y pasaban por encima de muertos y encarcelados. Antes pactarían con el Diablo que con los comunistas. Comprendiendo que en aquella situación de ser y no ser no podía continuar por más tiempo, me acerqué a *Grande* y *Pepito* y les pedí mi ingreso en el PCE, que me fue concedido sin un pero. Interiormente les agradecí que no me atosigaran con discursos empalagosos, que si el partido por aquí, que si el partido por allá. *Grande* se limitó a decir: “*ya sabía que acabarías así*”. Sinceramente, debo decir que en mi vida como guerrillero no se operó ningún cambio, hasta aquí creo que había cumplido con mi compromiso antifranquista y en adelante, me parece, seguí obrando del mismo modo.

Hay algo referente a mi ingreso en el PCE que me parece tiene su importancia, y si no la tiene, por lo menos resulta curioso: ni *Grande* ni *Pepito* me dijeron que tenía que renunciar al sindicato de la CNT. Y así continuó.

Días después de nuestra llegada al campamento, *Pepito* nos dio suelta para que regresáramos a nuestro sector.

Los desertores

Después de no pocas vueltas y revueltas y, gracias a que el *Paisano* no se cansó de atender las estafetas dejando notas que indicaban dónde se encontraba el jefe del 5 sector, *Medina*, dimos con ellos por los cerros de la sierra las Cuerdas, entre Boniches y San Martín de Boniches.

Informamos a *Medina* de la llegada del grupo de Francia, del asalto al campamento escuela y de nuestros tumbos por el 11 sector.

Uno o dos días después me llamó *Medina* y me dijo que tendría que salir con un grupo en viaje de reconocimiento por la antigua zona del 5 sector para ver lo que había quedado en pie y recoger a un enlace (me parece que de Cardenete) que se había tenido que ocultar para evitar caer en manos de la Guardia Civil.

En esta conversación le expuse a *Medina* la conveniencia de que *Lallave*, *Chingadito* y *Roberto* no salieran juntos en el mismo grupo pues no me gustaba que anduvieran cuchicheando entre ellos y que se hicieran los tontos y desentendidos cuando algún guerrillero se aproximaba a ellos. Seguidamente, *Medina*, reunió á todo el grupo y nos estuvo explicando la importancia del viaje para el desarrollo y seguridad del 5 sector, y no encontró nada mejor que dejar traslucir que yo no tenía mucha confianza en alguno de sus componentes.

En estas condiciones y con la “mosca” detrás de la oreja, emprendí el viaje con el grupo compuesto por *Moreno*, *Ventura*, *Flores*, *Angelillo*, *Roberto*, *Lallave*, *Andaluz*, *Chingadito* y *Peret*. De regreso y después de habernos entrevistado con varios puntos de apoyo por la Plana de Utiel, a la altura de Cardenete y antes de cruzar el río Cabriel, entramos en contacto con dos puntos de apoyo que nos informaron sobre un antiguo punto de apoyo que había tenido que ocultarse y que era necesario que subiese a las guerrillas pues de caer en manos de la Guardia Civil, lo pasaría bastante mal. (Este punto de apoyo es el enlace a que hago referencia en renglones más arriba). Quedamos en que a la noche siguiente pasaríamos a buscarlo y que nos preparasen la comida que pudieran para continuar nuestro viaje, y nos retiramos al monte para descansar lo que aún quedaba de noche.

Como tenía por costumbre desde hacía bastante tiempo, monté la pistola y la metí debajo de la chaqueta que me servía de almohada. *Flores* se tumbó a mi lado y al poco rato me quedé dormido. Me despertó el sentir que una mano de *Flores* andaba hurgando debajo de mi cabeza. Con mucha precaución, para que no se diera cuenta que me había despertado, empuñé la pistola y le sujeté la mano por la muñeca al tiempo que le colocaba el cañón de la pistola entre las costillas. *Flores* intentó soltarse de mi mano y nos enzarzamos en palabras

que hicieron levantar la cabeza de los durmientes. Medio gritando repetía que le estaba amenazando con la pistola sin saber por qué.

En un santiamén -porque como digo, salí con el grupo llevando la mosca detrás de la oreja- comprendí que a oscuras no era el mejor momento para mí de afrontar la situación porque no podía ver la mirada de *Flores* que me advertiera de la inminencia de un peligro. Opté, pues, por decirles que cuando se hiciera de día tendríamos una reunión para que *Flores* nos explicara lo que andaba buscando debajo de mi chaqueta.

Reunido el grupo y no hallando argumentos que pudieran aclarar su conducta de la noche pasada, *Flores* insistió en que sin saber por qué yo le amenacé con la pistola. No me gustó ni poco ni mucho el sesgo que tomaba la discusión y decidí aplazarla hasta que llegásemos al campamento. En este momento se levantó *Flores* con el fusil en las manos e intentó quitarle el seguro. De un brinco me coloqué a su lado y metiéndole el cañón de la metralleta en los riñones le dije que le pegaría un tiro si intentaba quitarle el seguro al fusil.

Las cartas estaban echadas y no había más que dos caminos: o *Flores* recogía velas, o yo le pegaba un tiro. Una especie de sexto sentido me advertía que este último camino me colocaría frente al trío que formaban *Lallave*, *Chingadito* y *Roberto*, y que *Moreno*, en caso de necesidad, no tomaría cartas en el asunto porque éste no iba directamente con él sino conmigo.

Moreno, que hasta aquí había permanecido en actitud expectante, intervino conciliador y, por el momento, las cosas no fueron más lejos.

Huelga decir que este día me faltaron ojos para vigilar a *Flores* y que procuré estar siempre al lado de uno o de otro. Por la noche, repartidos en dos grupos para ir en busca de la comida que nos hubieran podido comprar los puntos de apoyo, salieron *Lallave*, *Chingadito*, *Roberto*, *Flores* y *Peret* para una de las casas y *Moreno*, *Ventura*, *Angelillo*, *Andaluz* y yo fuimos a la otra. Recogimos la comida que nos tenían preparada y salimos, acompañados por un miembro de la familia, en busca del enlace que se había tenido que ocultar. Seguidamente nos encaminamos al lugar convenido para reunirnos con el otro grupo. Después de larga espera no se presentó nadie. Inútil seguir esperando, para mí la situación estaba bien clara: habían desertado todos. Más que de prisa nos dirigimos donde habíamos pasado el día y dejado algunas mochilas, entre ellas la mía, y la encontré con todo su contenido esparcido por el suelo. No tenía por qué andar dándole más vueltas a la madeja..., los desertores (salvo *Peret*) la tenían tomada conmigo personalmente, pues se da el caso curioso y aleccionador de que *Moreno* también había dejado su mochila al lado de la mía y la encontró intacta. Lo que me lleva a suponer que a los desertores quien les estorbaba en el grupo era yo y nadie más que yo.

A la vista de aquella parva, *Moreno*, que no creía que hubieran tomado las de Villadiego,

me dijo que en el momento que yo estaba amenazando a *Flores, Lallave y Chingadito* estaban dispuestos para intervenir en su defensa. Me tragué como si fuera hiel el chorro de palabrejas que me venían a la boca y procurando no dejar traslucir la tormenta que me rondaba por dentro, le dije: “*¡bah!... No te preocupes, Moreno*”.

En este caso concreto cometí la equivocación y metí la pata hasta la corva al dejar que *Peret* saliera con el otro grupo, de haberlo llevado conmigo estoy casi seguro que no hubiera desertado... por lo menos en esta ocasión. No se puede olvidar que *Peret* era uno de los mozos llegados de Valencia, que tenía poca experiencia de la vida en las guerrillas y era muy joven para conocer a las personas en poco tiempo.

Dos noches antes de llegar al campamento del *Paisano* donde hacía vida el jefe del 5 sector, paramos en unos pinares y como de costumbre, nombré los relevos de la guardia. Estando el *Andaluz* en esta función, me desperté y di una vuelta por la guardia para saber si todo estaba tranquilo. Donde tenía que encontrarse el *Andaluz*, no encontré más que el sitio y su fusil. Como los cinco anteriores, también éste había desertado.

Por lo que pudiera suceder, cambiamos de lugar bastante lejos y aquí tomaron fin todas las sorpresas del viaje..., ¡que no fueron pocas!, ni para echarlas en saco roto. De diez guerrilleros que salimos del campamento, regresábamos cuatro, más el enlace que habíamos ido a buscar y que ingresó en las guerrillas.

Mi encuentro con *Medina* fue borrascoso, pues intentó hacerme responsable de todo lo sucedido. De bastante mala manera le respondí que, si había un responsable, en todo caso sería él por no escuchar la advertencia que le hice al salir y que para la próxima, si no tenía otra cosa mejor que hacer, se guardara la lengua en el bolsillo.

Si hasta aquí mi trato con *Medina* había dejado mucho que desear, a partir de este momento se agrió por completo.

Pocos días después de mi altercado con *Medina*, éste recibía una orden de la AGLA y le comunicaban mi próximo traslado con el grupo al 11 sector.

OTRA VEZ EN EL 11 SECTOR

(abril 1948-finales de año)

Organización de la lucha antiguerrillera

Opino que estos recuerdos quedarían muy cojos si en ellos no figurara, por lo menos, un intento de dar una idea sobre los métodos empleados por el régimen franquista en la lucha antiguerrillera. De inmediato, es necesario señalar que el franquismo siempre echa mano de la Guardia Civil, de la Policía Armada y de la Brigada Político-Social como fuerza de choque en esta lucha. El conocimiento de estos métodos nos facilitará una visión global más documentada de las difíciles condiciones por las que atravesó la lucha armada contra el franquismo.

El movimiento guerrillero en España no se asemejó en ningún momento a los que se dieron en Francia, Yugoslavia y otras latitudes, que contaron con el apoyo de las grandes potencias que los suministraban en pertrechos militares, ropa y dinero; nosotros estas posibilidades las teníamos cortadas.

Si en los meses de julio y agosto de 1945, en la Conferencia de Postdam, las tres grandes potencias declaran que “...desoirán cualquier petición hecha por el actual Gobierno español para su ingreso en la ONU” y los antifascistas españoles pudimos abrigar la esperanza lejana de que las grandes potencias nos prestarían su apoyo en la lucha contra la dictadura franquista, en este mismo año, tras la muerte del presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, el nuevo presidente Harry Truman, en un discurso pronunciado el 12 de marzo de 1947, declara abiertamente: “*Estoy convencido de que la política de los Estados Unidos debe consistir en ayudar a los pueblos que resisten los intentos de dominación efectuados por minorías armadas o presiones exteriores*”.

La superchería es manifiesta: el presidente Truman da el calificativo de pueblo a lo que solamente son las fuerzas que detentan el poder.

Esta orientación política de los Estados Unidos dictada por Truman y seguida fielmente por los estados capitalistas “democráticos” imprime a la lucha armada contra el régimen franquista una nueva dimensión; como en los 32 meses de guerra en España, nos encontramos frente a las mismas fuerzas internacionales de la no-intervención y del embargo que estrangularon a la República española. Esta nueva situación, aunque previsible, no fuimos capaces de verla ni nadie nos dijo una palabra que nos pudiera orientar.

Rota la unidad de las cuatro grandes potencias, divididas las fuerzas democráticas españolas dentro y fuera del país y contando el régimen franquista con el apoyo de la reacción internacional (la misma de la no-Intervención practicada por Francia y Gran Bretaña solapadamente y del embargo norteamericano contra el Gobierno legítimo republicano durante la contienda española), que levanta cabeza y reagrupa sus fuerzas que la guerra contra el nazismo había dispersado, el franquismo pasó a la ofensiva contra el movimiento guerrillero.

Veamos, pues, a continuación, qué métodos son los que Franco, caudillo de España por la gracia de Dios (de las bayonetas y piquetes de ejecución, de las cárceles y las torturas, de los campos de concentración y de los trabajos forzados) pone en marcha. El golpe central es aniquilar el movimiento guerrillero porque así se lo exigen los nuevos amos y porque el propio Franco ha declarado que *“España es un baluarte que se alza en el Mediterráneo contra la expansión del comunismo”*. Para alcanzar este objetivo la táctica es privar a los guerrilleros de todos sus puntos de apoyo y contra éstos se ponen en juego todos los procedimientos: torturas, cárceles, promesas, gratificaciones, coacciones de todo género y como colofón, la muerte, como veremos seguidamente:

...No era fácil, tanto por la especial estructura y la táctica de las mismas (se refiere a las guerrillas), como por la decidida colaboración y apoyo que les prestaba la gran masa de la población rural en su mayoría identificada con la ideología comunista y halagada por las promesas, siendo también numerosos los que les prestaban apoyo por temor y otros por afán de lucro. A estas circunstancias hay que añadir las del perfecto entrenamiento físico, sobriedad, resistencia a la fatiga, valor personal de casi la totalidad de sus componentes y de sus mandos, que constantemente daban el ejemplo, siendo los primeros en ejecutar las misiones más arriesgadas, participando por igual en las fatigas y privaciones que les imponía su acción...

...La acción guerrillera ha puesto de manifiesto que, si bien supone siempre un grave peligro para la supervivencia del Régimen y aun para la sociedad actual cuando se halla extendida por todo el ámbito nacional y apoyada ideológicamente por

una masa considerable de ciudadanos, no constituye por sí sola un factor decisivo, cuando existe un Gobierno fuerte y decidido a mantener el orden a toda costa, si éste cuenta con la adhesión firme e incondicional del Ejército, Guardia Civil y Policía Armada...

...Favorecida en nuestra Patria por la escabrosidad del terreno y abundancia de maleza en la mayor parte de las regiones, esas mismas guerrillas en su acción de propaganda van sembrando las comarcas del campo de organizaciones extremistas activas, con sus nuevas guerrillas de reserva, que van aumentando el proselitismo a medida que persiste la acción rebelde en las montañas; como en fin, de este modo puede lograrse en un momento dado y mediante una orden del Comité Central, un Ejército a base de los cuadros de mando organizados y curtidos en la sierra. Si en tal momento las masas obreras de las grandes poblaciones y centros industriales se incorpora de manera efectiva a la acción subversiva del campo y el levantamiento general puede alcanzar un volumen y violencia tales que sea capaz de derrumbar el orden constituido, si como se dice antes, no se cuenta con la firme unidad y adhesión del Ejército y de los Cuerpos Armados.

...El tipo de bandolerismo que ha venido padeciendo España ha tenido en su totalidad una ideología e inspiración netamente política de sentido comunista...

...Contaba entre las clases humildes del país con una absoluta simpatía y apoyo por considerar a las partidas que ellos llamaban “guerrillas” sus verdaderos libertadores, manteniendo en ellas la esperanza del cambio de régimen que había sido aplastado en la Guerra de Liberación.

...La acción más eficaz ha sido la que estuvo dirigida a descubrir las organizaciones y apoyo que tienen los bandoleros en el campo y combatirlos con dureza y desarticularlos.

Enseñanzas derivadas de la lucha contra el bandolerismo:

Primero: Unidad de mando de las fuerzas de represión circunscritas a la zona en donde actúa una misma agrupación.

Segundo: Acción intensa de información y acción decidida de persecución a los partidos... Se preconizó el empleo de grupos no superiores a 30 o 40 hombres seleccionados y preparados para actuar de noche por sorpresa, utilizando la información del mando. (A los que servían de guía en los rastreos, miembros del Somatén y de la Falange y guerrilleros desertores conocedores de nuestros campamentos y puntos de apoyo y que en su afán de salvar la vida se colocaban al servicio de las fuerzas represivas).⁽²⁸⁾

(28) Añadido mío.

Tercero: Acción de represión sobre las organizaciones del llano y enlaces descubiertos que no hayan sido útiles o leales a nuestro servicio.

Cuarto: Dotar a las fuerzas de armamento adecuado, medios de transmisión rápidos y medios de locomoción... el subfusil y la bomba de mano son eficacísimos para cortas distancias... El mosquetón resulta de gran ineficacia... necesidad de algún cañón de infantería...

Aunque parezca mentira, esta larga cita no la he sacado de ninguna publicación antifranquista de aquellos años. Lo escribe el coronel de la Guardia Civil Eulogio Limia Pérez en 1957 que -dicho sea de paso- se distinguió por su saña en la lucha contra las guerrillas. Creo que el único que le hizo un poco de sombra en este terreno fue el general de la Guardia Civil Manuel Pizarro Cenjor.

Nos encontramos, aparte de las justificaciones y los silencios, ante una declaración explícita de los métodos terroristas que el Estado franquista pone en marcha para combatir a las guerrillas y mantenerse en el poder “a toda costa”. Del mismo modo, estamos ante un caso concreto de cómo se hincha el globo y se crean los mitos.

Para conseguir lo primero, el franquismo está dispuesto a poner bajo el rodillo de una apisonadora a las clases humildes, porque de entre estas clases humildes surgen nuestros puntos de apoyo y enlaces que, como dejo dicho en páginas anteriores, son el pulmón de la guerrilla; si este pulmón se paraliza, la guerrilla se ahoga irremediablemente. A Franco y sus acólitos al estilo de Muñoz Grande, Carrero Blanco, Alonso Vega, Ramón Laporta, Manuel Fraga, de Eulogio Limia Pérez, Manuel Pizarro Cenjor y Cía., les importa un comino aplastar a media España si ello los puede mantener en el poder. Porque, no nos engañemos, todo gira en torno al poder, y el poder tiene más fuerza de atracción que un imán.

Esta cita de lo escrito por el coronel de la Guardia Civil Eulogio Limia Pérez, se la coja por donde se la coja, no tiene desperdicio. Veamos una frase que a cualquiera le pone los pelos de punta:

“Acción de represión sobre las organizaciones del llano y enlaces descubiertos que no hayan sido útiles o leales a nuestro servicio”.

¿Cómo interpretarla? Para mí, tiene ecos de sentencia de muerte que las fuerzas represivas deberán ejecutar diligentemente mediante la aplicación de la “Ley de Fugas”.

Vigentes estaban las leyes contra la masonería y el comunismo, y en el Decreto Ley para la represión del bandidaje y el terrorismo se dice:

Artículo 1: Los que por atentar contra la seguridad pública, atemorizar a los habitantes de una población, realizar venganzas o represalias de carácter social o político, perturben la tranquilidad, el orden o los servicios públicos, provocasen explosiones, incendios, naufragios, descarrilamientos, interrupción de comunicaciones o derrumbamientos, inundaciones o voladuras o empleasen cualquier otros medios o artificios que ocasionen grandes estragos serán castigados:

1.- *Con la pena de muerte si se produjese la muerte de alguna persona.*

2.- *Con reclusión menor a muerte en los demás casos.*

Artículo 5: Los que apartándose ostensiblemente de la convivencia social o viviendo subrepticamente en los núcleos urbanos formasen partidas o grupos de gentes para dedicarse al merodeo, al bandidaje o a la subversión social.

Castigado con pena de muerte o de reclusión mayor a muerte.

En mayo de 1947 aparece un Decreto por el que vuelven a entrar en vigencia las leyes promulgadas en 1887 y 1894. La primera contra los secuestros y la segunda contra la tenencia de explosivos. En ambos casos, la pena de muerte es el castigo que dictan dichas leyes.

No obstante, todas estas leyes podían bien poca cosa por sí solas, era necesario potenciarlas con una táctica y unos métodos que facilitaran su aplicación masiva e inmediata en toda la zona guerrillera de la AGLA.

El coronel de la Guardia Civil Eulogio Limia Pérez señala la dirección del golpe central contra las guerrillas: aniquilamiento de las mismas. Señala igualmente la táctica a seguir para la consecución del golpe central: represión sangrienta contra todos nuestros puntos de apoyo y enlaces en el campo y contra la media docena de organizaciones en los pueblos de la zona guerrillera, organizaciones que no contarían más de seis miembros para poblaciones -pongamos por ejemplo Utiel, Requena y Buñol-. No hablo aquí de los comités regionales del PCE en las tres capitales de provincia aragonesas; de Castellón de la Plana y Valencia que fueron desmembrados por la Guardia Civil, Policía Armada y Brigada Político-Social y cuyos miembros, el que no fue ejecutado en el acto, pasó a las cárceles franquistas, no sin antes quedar a disposición de las autoridades en las comandancias de la Guardia Civil y en las comisarías de la Social, donde se les aplicó toda clase de torturas para doblegarlos y hacerlos “cantar”.

Detengámonos ahora un poco en los métodos empleados contra la AGLA y de los que no dice nada Eulogio Limia porque descubren la esencia de la Guardia Civil y del régimen franquista.

El general Pizarro concentró en Teruel un grupo selecto de agentes de la Brigada Político-Social procedentes de todas las poblaciones de España y que habían pasado por escuelas especiales para perfeccionarse en los métodos represivos y torturas. Del mismo modo, se rodeó de unidades de la Guardia Civil entrenadas especialmente para la lucha antiguerrillera. Por toda la zona de la AGLA comenzaron a circular grupos de la Guardia Civil disfrazados de guerrilleros que se presentaban en las casas de campo y a los pastores pidiendo ayuda y colaboración y, si no era denunciado su paso, arrastraban con todos a la cárcel. Antes se les aplicaban métodos de tortura y chantaje para hacerlas “cantar”. Otro aspecto era el de

desprestigiarnos y, con este fin, desvalijaron no pocas casas de campo e infligieron tratos canallescros a sus moradores. En el término del Toro, por ejemplo, después de amenazar a todos de muerte y apalear a la familia, se llevaron los restos de la matanza del cerdo, en el término de Manzanera, por la sola sospecha de que nos ayudaban, (no siendo cierto) apalearon a otra, en la sierra de Enguera el punto de apoyo del *Medio Mullao*, me dijeron que habían violado a una moza. Todo ello bajo la falsa identidad de guerrilleros.

Victimas de las contrapartidas y de estos engaños montados por el general Pizarro que sembraban la confusión y la desconfianza entre la población rural, fueron no pocas familias que, creyendo encontrarse en presencia de los guerrilleros, se comprometían a prestarles ayuda y les daban comida. Puedo asegurar que los que menos sufrieron de todas estas añagazas fueron nuestros puntos de apoyo que, por conocernos personalmente, no podían caer en la trampa que se les tendía. Pero si por una simple sospecha arrancaban el pellejo a tiras de la espalda... ¡qué torturas no les reservarían a nuestros puntos de apoyo!

Como en Oklahoma y Kansas City en tiempos de la colonización, se puso precio a nuestras cabezas: se ofrecía de 1.000 a 5.000 pesetas de recompensa a todo el que entregase a un guerrillero vivo o muerto o facilitara el aniquilamiento por la Guardia Civil de un grupo guerrillero en los asaltos a los campamentos. Y consiguieron despertar la codicia de algunas personas que nos delataron, como el caso de “Las Morenas” en la sierra de San Just que, traicionando a los guerrilleros, facilitaron información y la Guardia Civil pudo sorprender a un grupo guerrillero y aniquilarlo. En pago a su traición, “Las Morenas” recibieron del general Pizarro 15.000 pesetas de gratificación.

Esta táctica tenía dos fines inmediatos, a saber:

Primero: Presentar a la AGLA ante los ojos del mundo como una partida de bandoleros dedicada a toda clase de fechorías buscando el lucro particular y sin ningún contenido político.

Segundo: Dentro del plano nacional, desencadenar una ola de represión y terror contra todo lo que no oliera a Franco y Falange; aislar a la AGLA y rodearla por un cerco de delatores y confidentes de la Guardia Civil que descubrieran nuestros movimientos y emplazamientos al mando en Teruel.

Por este tiempo, el régimen franquista ha lanzado tras la AGLA a miles de hombres entre Guardia Civil, Policía Armada, Brigada Político-Social, Somatén y Falange. Las zonas de la AGLA son declaradas zonas de guerra donde las Fuerzas Armadas encargadas de la represión pueden abrir fuego sin previo aviso sobre toda persona que les resulte sospechosa.

En este mismo contexto de ofensiva contra la AGLA y de represión sangrienta de nuestros puntos de apoyo y de las organizaciones clandestinas del PCE que con grandes trabajos y peligros hemos logrado crear en algunos pueblos, habría que ver también el grave peligro

que suponían los desertores.

De inmediato, se hace necesario, para que cada hombre quede en su lugar, establecer entre éstos dos categorías que se diferencian sustancialmente en su comportamiento: no es lo mismo el desertor que en su afán de conservar la vida corre al cuartel de la Guardia Civil y delata a los puntos de apoyo, los campamentos y todo lo que conoce y que en no pocas ocasiones acompaña a la Guardia Civil en sus razias y asaltos a los campamentos, que el desertor que busca los caminos de Francia, se convierte en “topo” o trata de pasar desapercibido entre la población e intenta rehacer su vida.

De los 25 ó 30 casos que conozco se dieron en el 5 y 11 sector, solamente una media docena se entregaron directamente a la Guardia Civil y se convirtieron en delatores. Por contra, del 17 y 23 sector se tenía noticia que casi la inmensa mayoría se entregaban y delataban todo lo que sabían y más. No obstante estas dos formas de comportamiento, los desertores suponían siempre un peligro real e inminente pues había que partir del supuesto de que cualquiera de estos desertores que buscaban los caminos de Francia, convertirse en “topos” o rehacer sus vidas en las poblaciones, podían caer en manos de la Guardia Civil -cosa nada imposible-.
¿Cuál sería su reacción?

¿Tendrían fuerza física y, sobre todo, moral para resistir las torturas?...

Difícil se hace el poder contestar a estas preguntas... Hay que pasar por la prueba... Lo más seguro es que cedan bajo las torturas y ante la promesa de vida salva. Un desertor, pues, era un delator en potencia que, en el mejor de los casos, nos obligaba al abandono de los campamentos y a buscar otros nuevos que por lo general siempre tenían peores condiciones de seguridad; teníamos que avisar a los puntos de apoyo para que estuvieran prevenidos y cambiar todas las estafetas. La repetición de estos casos iba minando la confianza que los puntos de apoyo tenían en nosotros y se creaba un ambiente de inseguridad en los grupos guerrilleros. Todo lo dicho viene a ratificar la letra de nuestros estatutos que sancionaban toda desertión con la pena de muerte.

Cuando los delatores, a los que la Guardia Civil intentaba arrancar más delaciones con palizas y torturas no podían servir más, pasaban a las cárceles donde continuaban su labor de delatores y confidentes y en muchos casos terminaban frente al pelotón de ejecución.

Pues bien, a pesar de todo, se dio en el grupo la desertión del guerrillero *Vicente*⁽²⁹⁾ y me negué a salirle al paso porque ello suponía tenerlo que matar.

Por los mil conductos que un pueblo tiene para comunicarse corrió el aviso de la actuación

(29) De la desertión de Vicente hablaré más adelante para aproximarle cronológicamente todo lo que me sea posible al período en que pudo tener lugar.

de las contrapartidas. El problema era serio y el peligro grande... La población campesina no podía distinguir entre unos y otros quiénes eran los verdaderos guerrilleros y se dieron bastantes casos en que fuimos denunciados por causa de este confusionismo.

Poner a las contrapartidas fuera de podernos perjudicar directamente fue una de nuestras tareas permanentes y a la que dedicamos mucha atención y muchas noches de marcha agotadora. A todos nuestros puntos de apoyo se les aconsejó no prestar ninguna ayuda a ningún grupo que se les presentara si no iba acompañado por un par de guerrilleros conocidos; que cuando esto sucediera fueran a dar parte al puesto más cercano de la Guardia Civil. Se cambiaron todas las contraseñas que teníamos establecidas y se les recomendó encarecidamente poner la señal de peligro al clarear el día y retirarla oscurecido si tal peligro no existía: estas señales lo mismo podían ser una piedra colocada en determinada posición en la orilla del camino, una rama, un trapo de determinado color, una ventana entornada...

Se prohibió la entrada de ningún grupo en territorio asignado a otro grupo, tocar casas y menos todavía, tocar puntos de apoyo si no iba acompañado por un guerrillero conocido de los puntos de apoyo.

Cuando se entraba en una casa por primera vez y no se hacía claridad sobre nuestra identidad guerrillera, se dejaba que la familia diera parte a la Guardia Civil. Sólo se exigía que se demoraran un par de horas para tener tiempo de retirarse de las inmediaciones de la casa.

Con todo ello, no pudimos impedir el que familias confiadas, ignorantes de los procedimientos provocadores del régimen, cayeran en la tela de araña tendida por el franquismo.

Es de todo punto comprensible que la identidad verdadera de algunos guerrilleros no se pudiera mantener siempre de incógnito, sobre todo de aquéllos que provenían del interior del país, y cabe señalar a *Francisco, Matías, Simón y Genaro* de por casas del Marqués y Santa Cruz de Moya; a *Germán* de Manzanera; al *Viejo y Gregorio* de Gúdar y el *Rubio*, pongamos por ejemplo.

Durante el año 1946 y parte de 1947, la Guardia Civil, debido a la situación internacional de condena al régimen de Franco y su Falange y al cierre de la frontera franco-española, dejó a los familiares de los guerrilleros en relativa tranquilidad. Pero cuando los nubarrones se despejaron para Franco y toda la camarilla franquista, la Guardia Civil cambió radicalmente: los familiares de los guerrilleros conocidos fueron detenidos y apaleados con saña en los cuarteles de la Guardia Civil y en las comisarías, y después de largos años de cárcel, si a alguno ponían en libertad, eran desterrados a pueblos alejados de las zonas guerrilleras para

(30) Ver capítulo “Planteamiento de dos acciones guerrilleras”.

que no pudieran prestarnos su ayuda y colaboración.

En este cuadro de perspectivas nada halagüeñas que, repito una vez más, no supimos ver, tiene lugar la respuesta de la AGLA a la ofensiva antiguerrillera, con las consecuencias que dejo señaladas anteriormente.⁽³⁰⁾

Las primeras declaraciones de que tuvimos noticia, hechas por el general Pizarro, decían bastante de sus planes: *“Si en tres meses no acabo con las guerrillas, acabaré con toda la Guardia Civil de la provincia”*.

Pizarro, tendría que esperar no “tres meses”, sino tres años y medio hasta que la AGLA dejara de existir.

Por parecerme que la problemática del terror va de la mano y es una consecuencia directa de los métodos de lucha antiguerrillera puestos en marcha por el régimen franquista, creo que es aquí y no en otra parte, el lugar adecuado para hablar del “terror guerrillero”. Quiero advertir de antemano que me veré limitado, por desconocimiento, de lo que pudo suceder en otras zonas guerrilleras, a la AGLA y, más concretamente, me ceñiré al 11 sector por ser el que mejor conozco.

Hay personas que hablan y escriben sobre la resistencia armada al franquismo y llegan a la conclusión -a mi entender bastante injusta- de que la población campesina de las zonas guerrilleras vivía entre dos terrores: el terror sembrado por la Guardia Civil y el terror sembrado por los guerrilleros. Sobre el terror franquista ya he escrito hasta la saciedad; pasemos, pues, a ese “terror” que sembramos los guerrilleros entre el campesinado de nuestras zonas.

Si se está predisposto y se cierran los ojos a las condiciones en que se desarrolla la resistencia armada al franquismo, si no se tiene presente en todo momento que el Régimen cuenta con la fidelidad de las Fuerzas Armadas para la represión de las guerrillas y de todos los puntos de apoyo y enlaces, que cuenta con la Falange y el Somatén y con la complicidad de alcaldes, secretarios de ayuntamiento y jueces, sin olvidar a los guerrilleros desertores que de grado o por fuerza colaboran con las fuerzas represivas y que, por conocer a los puntos de apoyo y enlaces, y conocer las zonas donde solemos tener los campamentos y las trochas que solemos seguir en nuestros desplazamientos, son los que nos asestan los golpes más rudos y contundentes. Si cerramos los ojos a todo esto, digo, tengo noticia de tres acciones guerrilleras que se dan en la AGLA que pueden ser consideradas como actos terroristas: me refiero concretamente al muerto que los guerrilleros dejan a la entrada del Mas de las Matas, a la entrada de un grupo guerrillero del 17 o 23 sector en el pueblo de Gúdar y a la entrada en Losa del Obispo que realiza un grupo del 11 sector.

Para completar lo que dejo dicho en páginas atrás sobre la entrada en Losa del Obispo agregaré -aunque en cierto modo pueda considerarse una repetición- que los cuarteles de la Guardia

Civil en los pueblos son al mismo tiempo viviendas para los civiles, de modo que, por lo general a esta clase de cuarteles se les llama casa-cuartel de la Guardia Civil. Esto puede explicar el que en el tiroteo que se forma dentro de la casa-cuartel entre guerrilleros y guardias civiles, muere la esposa y un hijo del sargento jefe del puesto, que éste resulte herido junto con otro guardia civil. Los guerrilleros se retiraron de Losa del Obispo sin tener ninguna baja.

Sobre mediados de mayo o junio de 1947, guerrilleros del 17 ó 23 sector dan muerte a un vecino de Monroyo, confidente y guía de la Guardia Civil en todos los rastreos y batidas que ésta realiza, y dejan el cuerpo a la entrada del Mas de las Matas, sobre la carretera que cruza el río Guadalupe a la altura del embalse de Santolea y entra en dicha localidad. Los guerrilleros colocan debajo del cuerpo muerto una bomba que hará explosión cuando las autoridades intenten levantar el muerto, causando la muerte del cabo de la Guardia Civil de Aguaviva y el médico, resultando también heridos dos guardias civiles, el juez y el secretario.

Por último, hablemos un poco de la entrada de un grupo guerrillero del 17 sector en la localidad de Gúdar.

Antecedentes que conozco: Felisa Montoliu, madre de Florencio Guillén Montoliu, *Frasquito* o *Rubén* en las guerrillas, y de Dionisio Guillén Montoliu, y esposa del *Viejo*, hijos de la localidad de Gúdar es detenida por la Guardia Civil, apareciendo muerta tres o cuatro días después en Mora de Rubielos. La Guardia Civil dice que se ha suicidado ahorcándose con un pañuelo de cabeza, su esposo, el *Viejo*, está convencido de que ha sido muerta a palos en el cuartel de la Guardia Civil.

Conforme a la mentalidad y sentimientos de una madre, yo no me veo a la esposa del *Viejo* ahorcándose y dejando a sus hijos abandonados a su suerte.

Como consecuencia de la detención y muerte de Felisa Montoliu, sus hijos Florencio y Dionisio suben al monte; desde un campamento en el barranco del Regajo (Camarena de la Sierra), Dionisio sale evacuado hacia Barcelona y Florencio se queda con nosotros y toma el nombre de *Frasquito* o *Rubén*. Por este último nombre lo conozco más tarde en las conversaciones que tengo con su padre el *Viejo* en Ústi-nad-Laben y Praga (Checoslovaquia). Debo aclarar que yo no llegué a conocer a *Frasquito-Rubén* ni a su hermano Dionisio y que al *Viejo* lo vi por primera vez en el verano-otoño de 1952, cuando la AGLA está siendo evacuada a Francia.

Tengo entendido que antes de que Florencio y su hermano abandonen Gúdar, este primero habla con el alcalde, al que hace responsable de todo lo sucedido y de lo que pueda suceder en la localidad.

Así, en las primeras semanas del otoño de 1947, un grupo guerrillero del 17 sector toma Gúdar, dinamitan el cuartel de la Guardia Civil y hay ocho muertos de una misma familia, entre ellos tres niños.

Como siempre, de todo esto me voy enterando por los comentarios de los guerrilleros y bastantes semanas después de ocurrir los hechos. Nadie me dice si las muertes tienen lugar dentro del cuartel de la Guardia Civil o fuera. Dije y repito, si la muerte de los tres niños tuvo lugar fuera del cuartel de la Guardia Civil, fue una salvajada la que cometieron los guerrilleros. Tres niños no podían ser responsables de nada de lo sucedido en Gúdar.

Ahora bien, si los niños murieron dentro del cuartel, todo cambia por completo. Como dejo dicho anteriormente, en los pueblos los guardias civiles viven dentro de los cuarteles y, naturalmente, hay guardias que están casados, que tienen mujer y tienen hijos y todos viven en esta casa-cuartel, pudiendo hallar la muerte al ser dinamitada ésta por los guerrilleros.

Hablé con *Grande* sobre este problema y me dijo que estaba tan enterado como yo de lo sucedido en Gúdar. Es decir, en el 11 sector se desconocía quiénes componían el grupo que entró en Gúdar y quién mandaba dicho grupo.

Estas tres operaciones, lamentables porque en ellas mueren cuatro niños inocentes, no nos pueden conducir a la afirmación de que los guerrilleros “sembramos el terror entre la población campesina”. La imputación es grave y la rechazo de plano pues nos mide con el mismo rasero con que se mide a la Guardia Civil. Es cierto, hablando en términos generales, que la población campesina teme y hasta se aterroriza de nuestra presencia. Pero este terror no lo imponemos los guerrilleros, es producto de la salvaje represión del régimen franquista, de las torturas, de las cárceles y de la “Ley de Fugas” que la Guardia Civil aplica por toda la zona guerrillera de la AGLA. Los campesinos sienten terror de que la Guardia Civil llegue a enterarse de que han estado en contacto con nosotros por todas las consecuencias que ello lleva emparejadas.

Más sobre los desertores

Sentado apaciblemente ante una taza de café humeante y aromático, cuando el peligro de la delación ha dejado de existir y con grandes apuros y equivocaciones ajenas a mi voluntad, voy rememorando seis años de mi vida como guerrillero. Puedo hablar hasta con magnanimidad de los desertores y tengo la corazonada de que algo así les viene sucediendo a muchas personas que hablan y escriben sobre las guerrillas.

Si quiero ser sincero conmigo mismo y respetar la memoria de los que cayeron en la lucha y frente a los piquetes de ejecución franco-falangistas, de los miles que fueron torturados y

conocieron las mazmorras de la dictadura franquista, tengo que reconocer que esta posición es muy cómoda pero falsa e injusta porque se halla fuera de lugar y tiempo.

No ignoro ni se me pasa por alto la atracción que tiene el camino de la desertión en ciertos momentos de nuestra lucha armada pues, en resumidas cuentas, lo que está en la balanza es nuestra propia vida. No pocos guerrilleros tomaron este camino creyendo las promesas del franquismo de vida salva, y después de denunciar a nuestros puntos de apoyo y enlaces y denunciar el enclave de nuestros campamentos, se tropezaron con la muerte.

Estos casos se pueden contar por decenas y vienen a demostrar que los desertores fueron un peligro constante para los guerrilleros, los puntos de apoyo y enlaces y para todas aquellas personas que nos apoyaron en la lucha armada contra el régimen franquista y por una República democrática.

Tampoco puedo decir que escape a mi corto entendimiento que al camino de la desertión conducen varias causas y destacaré entre éstas la más aberrante que se produce en la AGLA y que fue alimentada en no pocos casos por los más destacados dirigentes del PCE en la emigración: las dificultades que se alzan a cada paso, las bajas que sufrimos en cada choque con la Guardia Civil nos hacen ver provocadores por todas partes; hasta en nuestra propia sombra vemos la provocación.

Los hombres se lanzaron al monte dispuestos a luchar contra el franquismo en un momento en que la propaganda del PC y la inestabilidad del régimen franquista hacía presumir su pronto e inevitable desmoronamiento, en un momento en que todos los esfuerzos del franquismo estaban orientados a lograr la estabilización de todo el aparato estatal cuyos puntales fundamentales, las Fuerzas Armadas, el Ejército y la Iglesia acusaban el golpe de la derrota de los ejércitos hitlerianos. La alianza establecida por las cuatro grandes potencias durante la Segunda Guerra Mundial fue rota al chocar los intereses políticos y económicos de los cuatro grandes, lo que abrió el largo período que se ha dado en llamar de “Guerra Fría”, (caliente, y bien caliente, en algunas regiones de nuestro planeta). La “Guerra Fría” imprimió a las fuerzas vacilantes de la reacción española un movimiento de acercamiento y la amenaza directa de las guerrillas obró el milagro de acabar de unir las al carro franquista.

Dolores Ibárruri (Pasionaria), que había advertido al PCE y al pueblo español que *“la ruptura de la alianza de las cuatro grandes potencias sería una catástrofe para España”*, no volvió a decir una palabra sobre esta “catástrofe” cuando la ruptura tuvo lugar con motivo del discurso de 12 de marzo de 1947 que contiene la doctrina Truman. Entre otras cosas dice el presidente de los Estados Unidos: *“Estoy convencido de que la política de los Estados Unidos debe consistir en ayudar a los pueblos que resisten los intentos de dominación efectuados por minorías armadas o presiones exteriores”*.

Franco y toda su camarilla comprendieron muy bien este mensaje que les decía ni más ni menos que los Estados Unidos, Francia o Gran Bretaña no prestarían ninguna ayuda a las guerrillas ni al Gobierno republicano en el exilio.

Desde este momento, se cortaron todos los caminos a la lucha armada en España y los hombres que se lanzaron al monte con una perspectiva de victoria vieron caer sobre ellos toda la fuerza de un Estado policial dispuesto a recurrir a los medios más extremos y a su aplicación con saña redoblada con tal de mantenerse en el poder. Cada día se sumaba una nueva baja para los guerrilleros, y sus puntos de apoyo y los hombres empezaron a perder la esperanza y la confianza en el PCE.

En estas condiciones el enfrentamiento armado contra el régimen franquista toma una nueva dimensión: no nos enfrentamos solamente al franquismo, nos enfrentamos también a la reacción internacional que ha levantado cabeza tras la derrota del hitlerismo, nos enfrentamos a las mismas fuerzas de la “no-intervención” y del “embargo” que estrangularon a la República española.

De nada de esto nos alertaron los dirigentes del PCE, ni nosotros fuimos capaces de verlo. Que los guerrilleros no supiéramos apreciar la nueva situación creada, se nos puede perdonar; lo que no se comprende ni tiene perdón es que la dirección del PCE en Francia no fuera capaz de captar esta nueva situación y que, en su lugar, nos hiciera llegar un folleto con el título de “Reunión Ampliada del Comité Central con un Grupo de Activistas y Dirigentes”, o algo por el estilo, donde se analizan, con ejemplos de la Gestapo y de la España franquista, las muy variadas formas que toma la provocación y que el franquismo practica en la lucha contra las guerrillas. Destacaba entre todas la penetración en las filas del PCE y en las guerrillas de elementos provocadores al servicio de la policía franquista que sembraban la desmoralización y el desconcierto; denunciaban a nuestros puntos de apoyo y enlaces y el emplazamiento de los campamentos. Y, naturalmente, no podía faltar en dicho folleto la alusión a los desertores. Contra esta clase de elementos se nos alertaba y se nos decía que teníamos que obrar con mano dura. Aquí se impone formularse una pregunta: si en la AGLA no existían cárceles donde poder recluir a nadie... ¿Cómo teníamos que interpretar eso de “obrar con mano dura”? No encuentro otra respuesta que no sea la de eliminarlos físicamente. Y esto fue lo que se hizo siempre que se pudo demostrar pues, dígase lo que se quiera, el león no fue tan fiero como lo pintan.

Ahora bien, que este peligro fuera en ocasiones una invención aberrante y sirviera para eliminar, por intereses partidistas de dirección, a ciertos guerrilleros, esto es harina de otro costal que nada tiene que ver con el hecho real de que los provocadores y desertores eran un peligro al que había que cortar las alas.

El folleto al que me vengo refiriendo fue estudiado en la AGLA y se sacaron conclusiones y “enseñanzas” que deberían ser aplicadas resueltamente.

Las consecuencias no se hicieron esperar..., y todo aquel que se sintió aludido con su lectura creyó oportuno abandonar la lucha y desertar antes de caer entre ojos de algunos responsables de la AGLA, al estilo de un *Antonio* el catalán.

Tribunal guerrillero

La voz se le quebró en la garganta y el cuerpo quedó flotando en el aire...

Uno de los recuerdos más dolorosos que guardo es el de la ejecución de *Tovarich*. Tiempo en que tuvimos amigos y enemigos encarnizados y, tal vez, nuestra breve hora de gloria. Tiempo del que no ha quedado nada; nada, salvo los recuerdos borrosos (sigo con todas mis dudas y titubeos en lo que atañe a la cronología de los hechos), las palabras vacías resonando en la oquedad de los bosques trazando una línea infranqueable entre los sueños y la realidad sangrante..., los hombres olvidados.

Todavía no hemos comenzado a rodar por la pendiente y ya vamos dejando rastro a nuestra espalda. Reunidos una veintena de guerrilleros entre las Casillas y Pico Ranera y un grupo llegado de un campamento por las inmediateces de Calles, se me acercó el jefe del 11 sector y me dijo que teníamos que desarmar al guerrillero *Tovarich*, que había intentado desertar, y que me las arreglara para que no pudiera oponer resistencia. A nuestra conversación se sumaron *Pepito* y *Luis*, que eran partidarios de dar un ejemplo que sirviera para afianzar la disciplina de la AGLA que empezaba a sentir los efectos de la desmoralización tras el asalto al campamento escuela. ¡Un desertor tenía bien merecido un metro de sogá!

No se me ocurrió cosa mejor que avisar a todo el campamento que iba a proceder a la revisión de todas las armas para ver si cada uno las tenía limpias y en buenas condiciones. Esto no podía levantar ninguna sospecha porque de tiempo en tiempo se hacía.

Se colocaron todos los guerrilleros en fila y fui haciendo como que me interesaba por el estado del armamento. Por mi mano fueron pasando las armas hasta que le llegó el turno a *Tovarich*. Cuando me vi con su metralleta y su pistola en las manos le dije que quedaba detenido por intento de deserción.

Tovarich se me quedó mirando a los ojos, en su mirada no había ni rencor ni odio, sólo sorpresa y la convicción de una persona que sabe lo que le espera y que se siente responsable de un acto que los estatutos de la AGLA sancionaban con la pena de muerte.

Más de un guerrillero cogido por sorpresa se quedó pendiente de lo que iba a suceder. *Pepito*, *Luis* e *Ibáñez* forman un grupito y están hablando entre sí y el primero de éstos dirigiéndose a todos los guerrilleros, comunicó que se iba a proceder al nombramiento de

un tribunal donde *Tovarich* tendría la posibilidad de defenderse y explicar las causas que lo llevaron a intentar desertar.

De los guerrilleros llegados de Calles, que era donde se había dado el caso, se nombró al guerrillero *Fernando* como testigo de cargo porque se encontraba con *Tovarich* en el momento que éste intentó fugarse.

Fernando, en mi opinión muy personal, era un hombre bastante cobarde y miedoso con el que tuve pocas relaciones porque me resultaba antipático.

El tribunal quedó compuesto por *Pepito*, *Luis* e *Ibáñez*. Encuadrado entre dos guerrilleros, *Tovarich* tomó asiento frente a ellos y detrás nos colocamos todos para escuchar la acusación de *Fernando* que fue rotunda: aplicar rigurosamente los estatutos de la AGLA.

Cuando a *Tovarich* se le concedió la palabra, no hizo uso de ella para defenderse (que de poco le hubiera servido), sino para aceptar todas sus culpas.

La deliberación del tribunal duró un abrir y cerrar de ojos y se dio lectura a la sentencia que aproximadamente podría decir así:

“El Tribunal Guerrillero de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, considerando que el intento de deserción del guerrillero Tovarich es un acto de cobardía, de traición a las guerrillas, a la República y al pueblo español, en aplicación de los estatutos de la Agrupación por todos admitidos voluntariamente, condena al guerrillero Tovarich a la pena de muerte, que será ejecutada al levantarse este Tribunal”.

Nunca he visto un campamento guerrillero más silencioso que el de Pico Ranera después de esta corta sentencia... El aleteo de las aves, el roce de las ramas de los pinos al ser movidas suavemente por el viento, eran los solos ruidos que turbaban el paso de aquellos minutos trágicos. Suspendido de la rama de un pino estaba esperando el lazo fatídico. Debajo se habían amontonado unas piedras sobre las que se subió *Tovarich*. Si alguien esperaba verlo pedir gracia, debió quedar defraudado: de pie ante todos se nos quedó mirando mientras que *Núñez* le pasaba el lazo corredizo por la cabeza, y de su boca salieron palabras que pocos en su situación hubiéramos sido capaces de pronunciar:

“¡Camaradas! que nadie sea débil ni vacile en la lucha contra el régimen franquista”.

Con la soga apretándole la garganta dio su último grito: *“¡Viva la República! ¡Viva el Partido Com...!”* *Núñez* dio una patada a las piedras y el cuerpo de *Tovarich* tuvo un movimiento de descenso, como buscando el apoyo de la tierra que le fallaba bajo los pies. La voz se le quebró en la garganta y el cuerpo quedó flotando en el aire, retenido por el nudo corredizo.

Un sol resplandeciente, que dañaba la vista, brillaba en el cielo como un himno de paz y de vida, los pajarillos revoloteaban entre las ramas persiguiendo amorosos con sus trinos a las hembras en celo.

Núñez y otro guerrillero descolgaron el cuerpo de *Tovarich*.

“En la cárcel -dijo Núñez- he oído decir que a los que mueren ahorcados se les desprende el esperma. Voy a ver si es cierto”. Grande estaba a mi lado con cara de repugnancia y disgusto y me lo quedó mirando... “¿Vas a dejar que ese bestia haga lo que se propone?” -le pregunté. En dos zancadas se colocó al lado de Núñez y le obligó a desistir de sus experimentos y a dar sepultura al muerto.

Este día, Grande no amenizó la vida del campamento contando cualquier chiste de los muchos que sabía, ni Angelillo le cantó ningún fandango.

¿Fue justa la sentencia dictada contra *Tovarich*?

Al recordar hoy este remedo de tribunal, todo lo que puedo decir es que siento haber estado presente. Pero esto no contesta a la pregunta..., es una reacción fuera de lugar y tiempo cuando el fracaso coronó todas nuestras esperanzas de derrocar el régimen franco-falangista por la fuerza de las armas. La contestación sólo podemos hallarla si somos capaces de revivir en la memoria aquellos días en que el régimen franquista lanzó contra la AGLA cerca de 40.000 hombres entre Guardia Civil, Policía Armada, Brigada Político-Social y unidades del Ejército, amén de los cientos de falangistas y miembros del Somatén, logrando el desalojo de varios campamentos e infligiéndonos bajas muy sensibles y encarcelando decenas de enlaces y puntos de apoyo en las provincias de Teruel, Valencia, Cuenca, Castellón, Huesca, Zaragoza, y Tarragona en menor número.

La desmoralización empezó a dejarse sentir en algunos guerrilleros que buscaron su salvación desertando de la AGLA; unos intentaron rehacer sus vidas en España o se convirtieron en “topos”; otros buscaron las sendas de la frontera, y aún otros de guerrilleros se transformaron en simples delatores.

La AGLA no tenía cárceles donde poder encerrar a los elementos vacilantes ni a los desertores y éstos eran un verdadero peligro para los puntos de apoyo y para los guerrilleros, tenemos muchos ejemplos de esta realidad. Por todo ello, no puedo más que sentir el haber estado presente. Pero si verdaderamente *Tovarich* intentó desertar, dada nuestra situación, considero que la sentencia fue justa.

Deserción de Nelson

La sentencia de muerte dictada contra *Tovarich* dejó un mal sabor de boca. El ejemplo que se buscaba dar para afianzar la autoridad de la agrupación no dio el resultado apetecido porque toda autoridad o disciplina que tiene que recurrir a medidas de fuerza tarde o temprano se

convierte en una asfixia que ahoga la crítica y paraliza toda la organización revolucionaria de la lucha. La sombra de la soga del ahorcado oscilando en la rama de pino se extendió por toda la AGLA y empezó a dejarse sentir un ambiente, no precisamente de respeto, sino de temor a los jefes de la agrupación.

Un reflejo de esta situación fue la deserción de *Nelson* con la enlace *Trini*, a los que algunos llamaron al primero cobarde y traidor y a la segunda ramera y degenerada, dando al olvido todos los servicios que ambos realizaran para las guerrillas.

Ni me atreví ni me atrevo a tanto. Considero que *Nelson* fue un buen guerrillero con sus cualidades y sus defectos, que las unas se dieron al olvido y los otros fueron mirados a través de una lupa, cosa que no se hizo antes y con ello quizás se hubiera evitado el que nos abandonase y, naturalmente, lo mismo cabe decir de *Trini*. Las causas que lo llevaron a dar este paso tan contradictorio con su carácter me parece que me dan la razón, mejor dicho, nos dan la razón a quienes defendiéndolo tratamos de romper con el recuerdo del ahorcado y disipar las sombras que día y noche planeaban sobre el cuerpo orgánico de la AGLA.

Se recordará que dejamos a *Nelson* al frente de un grupo que desde el campamento escuela se dirigía a Marines (Valencia) para, entre otras cosas, evacuar a la enlace *Trini* del monte, ya que las guerrillas no reunían condiciones para la estancia de ninguna mujer. Las entrevistas periódicas que las necesidades de la lucha les obligaba a tener dieron lugar al nacimiento de unas relaciones íntimas entre los dos que, siendo del dominio de *Pepito* y de *Grande*, jefe del 11 sector, y conociendo esta debilidad de *Nelson*, debieran haber sido controladas en una conversación particular con él, no en el caso de *Trini*, sino mucho antes. En este sentido, ninguno de los dos hizo nada. *Nelson* era el brazo derecho de *Grande* y *Pepito* y la libertad de movimiento que le dejaban sólo era comparable con la que gozara *Tomás*. Realizaba servicios solo, cosa ésta que no era recomendable en ningún momento, pero *Nelson* se sentía muy a sus anchas en este papel por la sencilla razón de que le permitía expansionarse sin testigos. Que *Nelson* tenía estas inclinaciones lo demuestra el caso siguiente:

Siendo *Víctor* o *Larry* destinado a mi grupo, nos abrió las puertas de la casa de su novia en el Mas de Jacinto (Rincón de Ademuz, Valencia); *Nelson* entró también en contacto con la casa e intentó hacerle a la muchacha la rueda como los pavos, la que fue con sus quejas a *Víctor*. Enterado por éste de lo que estaba sucediendo con *Nelson*, aproveché una de las veces que mi vi con él para llevar la conversación sobre este terreno y decirle que no estaba dispuesto a consentir que nadie se cruzara entre los dos jóvenes. *Nelson* me aseguró que no había nada de lo que *Víctor* se figuraba y que en adelante tendría más cuidado. Así quedaron las cosas y que yo sepa, la novia de *Víctor* no volvió a ser importunada.

Éste era el gran defecto de *Nelson*, era al mismo tiempo lo que solemos llamar “un tío bien parido” y él lo sabía, cuidaba de su persona como una mocita de 16 años; en los bolsillos

de su mochila no faltaba nunca una caja de crema “Nivea” para darse masajes después de afeitarse y frotarse las manos para mantenerlas suaves. Rara era la casa donde ponía los pies y si había alguna mocita, ésta no clavase los ojos en él.

Como guerrillero tenía también sus cualidades. Siempre estaba dispuesto a realizar no importa qué servicio y, si peligroso, más a su gusto lo encontraba. Decisión y sangre fría no le faltaban para afrontar cualquier situación por peligrosa que se presentase. Era un buen guía y prudente en las marchas, siempre que no fuera solo o con *Grande*.

Por estas razones, la desertión de *Nelson* no se podía atribuir a desmoralización o miedo, tampoco se podía esperar que fuera corriendo al cuartel de la Guardia Civil a denunciar lo mucho que sabía de los puntos de apoyo y emplazamiento de los grupos, con lo cual se le podía haber aplicado, y con razón, el calificativo de traidor.

¿Qué sucedería en la casa del punto de apoyo de Marines para que se escandalizara?. No lo sé; sin duda alguna, cosas de hombres y mujeres. Fuera lo que fuese, el caso es que *Nelson* no regresó a las guerrillas y no precisamente por miedo a la Guardia Civil, sino por miedo a la agrupación, por miedo a sus jefes, por miedo a los estatutos que sancionaban estas cosas con la pena de muerte. Pertenecer a la AGLA era tanto como hacer “voto de castidad”, lo que no siempre fue respetado por los responsables de la misma.

Si *Nelson* hubiera regresado y sin entrar en detalles que quedan para la intimidad, hubiera expuesto lo sucedido, jamás pasara por el trance de *Tovarich*. Algo había cambiado ya en nosotros que nos hacía ser más sensibles, más realistas con los sentimientos de cada persona. Esto no quiere decir que la letra de los estatutos, en lo que se refería al trato con las mujeres dejara de ser justa, justa en la medida que pudiera servir de freno pero no de condena, para lo cual era necesario interpretarla con un criterio más humano, menos autómatas.

Con poca diferencia en las fechas pero con mucha en los motivos, desertaron de las filas de la AGLA el *Veterinario* (padre de *Víctor*) y *Tomás* el de Tormón. Ambos simplemente por miedo a los tiros. También desertó meses más tarde *Vitini* (uno de los preferidos de *Grande* y *Pepito*) con varios guerrilleros de su grupo.

Transcurrieron varios meses y se comentó por el 11 sector que tanto *Trini* (Angelines López Rodríguez) como *Nelson* (Francisco Jurado) habían logrado alcanzar la frontera francesa; otros comentarios menos optimistas hablaban de que *Nelson* encontró la muerte en un tiroteo con la Guardia Civil en Barcelona.

No quisiera poner un punto final a este episodio sin antes dedicar un cariñoso saludo a nuestra *Trini* y desearle mucha salud y largos años de vida.

Muerte de *Bernardino*

En la situación que se nos había creado de franco retroceso de la lucha armada, era primordial para la existencia de la AGLA, mantener el contacto con la dirección del PCE en Francia. Mal que bien, de allí nos llegaba el aliento político, la ayuda moral y material que nos estimulaba a continuar firmes en nuestro puesto. Asegurar este contacto estaba, no diré en las manos, sino en los pies de *Ibáñez* y *Bernardino*, pues suponía muchas noches de marcha cruzando terrenos desconocidos, vadeando ríos en pleno invierno y pasando no pocos días sin llevarse nada a la boca. Se dirá que de estas miserias no nos librábamos nadie pero, aunque no lo parezca, existe una gran diferencia de pasarlas en grupo a tenerlas que afrontar de una manera aislada o a lo sumo, en compañía de una o dos personas. En grupo, siempre se encuentra alguien que te pueda levantar la moral, solo, todo lo tienes que confiar a tus fuerzas.

En el segundo viaje que *Ibáñez* realiza a Francia, lo acompaña *Bernardino* (Luciano Mamilo Muñoz) por conocer bastante bien las zonas de Agüero, San Felices y la sierra de las Salinas (Huesca) y otro guerrillero más del 23 sector que *Antonio* les agrega en el momento de la salida. Su misión fundamental es informar a la dirección del PCE y concretamente a Carrillo, de la situación crítica por la que atraviesa la AGLA. De regreso, cuando traen para la AGLA algunos paquetes de propaganda y la ayuda económica que el PCE nos envía, y al vadear el río Gállego que baja bastante crecido, *Bernardino* (que no sabe nadar), es arrastrado por las aguas y muere ahogado.

Así se perdió el tercer veterano del grupo de “*Los Maños*”. Su cuerpo lo encontraron unos campesinos retenido entre unas cañas a orillas del Gállego.

Con *Bernardino* se perdió también una buena cantidad de dinero que llevaba, de la que les había entregado el PCE para la AGLA.

Algunos datos sobre el 17 y 23 sectores

Extenso y aleccionador podría ser el relato sobre estos dos sectores de los que solamente podré dar una idea muy superficial que a duras penas nos acercará a ellos.

Lo mismo que en el 11 sector, la caída de *Andrés* y el desmantelamiento de la organización

del PCE en Valencia repercutió en estos dos sectores donde la Guardia Civil asaltó varios campamentos y practicó gran número de detenciones entre nuestros puntos de apoyo y enlaces. A esta situación, después de la caída de *Andrés*, vino a sumarse la muerte de *Antonio* que se había colocado al frente de la AGLA hasta que el PCE nombrara nuevo jefe.

Por el mes de mayo de 1948, *Antonio* y tres guerrilleros más en viaje por el 17 y 23 sectores, se meten en un pajar de la masía Guimerá en el término de Portell de Morella (Castellón). El masovero los descubre y da parte a la Guardia Civil, que se presenta rodeando el pajar y prendiéndole fuego para hacer salir a los guerrilleros. Entre las llamas y el humo que los ciega y ahoga, intentan la salida y son barridos por la descarga de la Guardia Civil apostada. En su agonía, *Antonio* reúne sus últimas fuerzas y destruye los documentos de la AGLA que lleva encima, bañándolos en su propia sangre.

La muerte de *Antonio* fue muy sentida por todos los guerrilleros y colocó a la AGLA en uno de los momentos más críticos de su existencia. Si en esta situación no tuvimos una desbandada general de los guerrilleros, se lo debimos a *Grande* y *Pepito*, que tuvieron la suficiente presencia de ánimo como para colocarse al frente de la agrupación y mantener su unidad. Esto explica el que cuando *Ricardo* (Pelegrín Pérez) hace su aparición por la AGLA, al frente de la misma se encontraran *Grande* y *Pepito*.

La desaparición de *Antonio* dejó a estos dos sectores sin una cabeza bien sentada para dirigirlos. Según opinión de *Grande* las cosas no andaban muy bien por estos sectores; *Carlos* (Jesús Caellas Aymerich) había introducido una práctica nada corriente entre los guerrilleros para librarse de las inclemencias del tiempo: buena parte de los meses de invierno los pasaban dentro de las casas de los puntos de apoyo, con lo que rompían la vida normal de estas familias y aumentaban la ya muy comprometida existencia de las mismas. Los choques con las fuerzas represivas se suceden casi sin interrupción a todo lo largo de los meses de octubre y noviembre con bajas por ambas partes, y la Guardia Civil en represalia, fusiló una noche a diez o doce campesinos sospechosos de apoyar a los guerrilleros en el barranco de los Arcos, cercano a Mora de Rubielos. Entre los fusilados se encontraban dos hermanos de apodo *Patapalo* y *Rambla*. Este último se salvó malherido y pudo llegar hasta las guerrillas.

Por estas fechas corrió entre las manos de los guerrilleros un *Mundo Obrero* especial donde se relataban las acciones del 17 y 23 sectores de forma tan novelada y poco real que me indignó su lectura. “30 días con los guerrilleros de Levante” tituló Jesús Izcaray su crónica. Partiendo de hechos reales como era el muerto dejado por los guerrilleros a la entrada del Mas de las Matas, la ocupación de Gúdar, el incendio por la Guardia Civil del pinar de Aguaviva y el éxodo de los campesinos, se relataban marchas guerrilleras en pleno día y cánticos entonados a pleno pulmón que lanzaban los guerrilleros al viento por montes

y cañadas como si la tierra fuera nuestra, todo rebozado de una aureola idealista, de una oda a los guerrilleros que estaba en las antípodas de nuestra existencia real. Llorar sí que podíamos y nos faltaron días y noches para ello. En sus escritos, Jesús Izcaray se olvida de que al llegar a un punto de apoyo y encontrarnos con la casa desalojada, para los guerrilleros suponía noches de marcha sin comida, medio descalzos y un aumento de las penalidades de todo género a las que de continuo nos veíamos en la necesidad de hacer frente.

Con tales escritos propagandísticos no es de extrañar que algunos de los comunistas enviados desde Francia a la agrupación y la docena de hombres que ingresaron en las guerrillas procedentes de Valencia, pensarán en una AGLA poderosa y en condiciones de hacer frente al régimen franquista y que algunos de estos hombres al chocar con la cruda realidad se dejarán decir que los dirigentes del PCE en Francia los habían engañado al enviarlos al país y, aun otros pensarán que teníamos paga y permisos que disfrutar.

La realidad que se desprende de todo lo que llevo escrito, con sus defectos e incorrecciones -¡que no serán pocos!- era muy otra, y nuestra vida en las guerrillas no tenía nada de novela romántica. Cerrar los ojos, ignorar nuestras calamidades y las de nuestros puntos de apoyo y enlaces, era conducirnos, empujarnos por la senda de los errores, y no me entra en la cabeza cómo algunos miembros de la dirección del PCE, olvidando la parte de responsabilidad que también a ellos alcanzaba, se dedicaron después sañudamente a sacarnos la piel a tiras. A estos dirigentes del PCE les podíamos haber aplicado la letra de nuestros estatutos que condenaban la traición a las guerrillas y a los intereses del pueblo español con la pena de muerte.

Me es de todo punto imposible inventariar los efectivos humanos con que llegaron a contar el 17 y 23 sectores ni las bajas que pudieron tener; tampoco estoy enterado de los casos de desertión que tuvieron. Me consta que de todo hubo en cantidad en la viña del Señor. Con mi grupo nunca rebasé la raya divisoria del 11 sector y, salvo un par de veces que me encontré con el *Rubio* por encima de Calles (Valencia), no tuve otros contactos con ellos.

Lo inexplicable de esta situación es que por el 11 sector se hablaba mucho de que tanto el 17 como el 23 sectores tenían organizadas tantas y más cuantas células del partido y no digamos ya de los consejos de la resistencia y de los miembros con que contaba el Servicio de Información Republicano (S.I.R.). A renglón seguido se conocía que los campamentos iban siendo asaltados por la Guardia Civil unos tras otros y en todos quedaba tendido algún guerrillero.

No me cabe la menor duda de que estos dos sectores, ante la ofensiva de las fuerzas represivas contra la AGLA, se quedaron sin tierra donde poder maniobrar. Perseguidos día y noche por la Guardia Civil, la moral de estos dos sectores llegó a ser muy baja. *Carlos* acabó su vida guerrillera desertando con su novia. Hizo bien porque si no, la hubiera acabado

colgado de algún pino.

Pensando y sopesando las cosas con un poco de lógica, la AGLA tenía que haber sido disuelta por estas fechas si queríamos evitar más muertes y más sacrificios estériles. ¿Por qué no se tomó esta decisión?

Sencillamente porque somos comunistas y nos debemos a una disciplina de partido. Y mientras la dirección del PCE siga desde Francia alentando a las guerrillas, nosotros no depondremos las armas. Seguiremos haciendo oídos sordos a las advertencias de nuestros puntos de apoyo que, en más de una ocasión, nos aconsejaron regresar a Francia.

Así de simple quedaba resuelto el problema para nosotros: la decisión tenía que partir del Comité Central del PCE. Y si éste pensaba que la lucha guerrillera tenía su razón de ser, continuaríamos en la brecha.

No sólo de pan vive el hombre...

Como se deja ver en el título anterior, nuestro fanatismo, nuestra confianza ilimitada en la dirección del PCE nos imposibilitaba para tomar una decisión contraria a las directivas recibidas del Comité Central del PCE. De otro lado, nunca nos detuvimos a pensar si el régimen franco-falangista podría sobrevivir a sus amos y señores Hitler y Mussolini. En su lugar nos dedicamos a redactar un llamamiento dirigido a todas las fuerzas antifranquistas dentro y fuera del país, que hicimos llegar a la dirección del PCE en Francia y que el Comité Central publicó en un número de *Mundo Obrero* en la primavera de 1948.

Llamamiento de la AGLA :

Desde la zona guerrillera de Levante, donde ondea la bandera de la República levantada con nuestras manos y defendida con nuestra sangre y nuestras vidas, llamamos al pueblo español y a todas las fuerzas antifranquistas a la unión y a la lucha contra el régimen de Franco que lleva a nuestro país a la ruina y a la catástrofe. Quienes hacemos este llamamiento no somos bandoleros ni atracadores, ni estamos dirigidos por extranjeros, como dice calumniosamente la propaganda falangista. Franco podrá golpearlos, pero no infamarnos. Somos españoles de la cabeza a los pies, como lo era El Empecinado, como lo era Mina, como lo era Riego, como lo era Mariana Pineda. Como lo eran Cristino García y Ramón Via, Larrañaga y Rozas, como Agustín Zorúa y Lucas Nuño, animadores de la resistencia popular antifranquista.

Somos españoles por la sangre, por el nacimiento y por el sentimiento, por el hondísimo

cariño que sentimos hacia nuestro pueblo de donde surgimos, hacia nuestra Patria, por cuya libertad estamos siempre dispuestos a sacrificar nuestras vidas. Formamos parte del pueblo que no se ha sometido, que no quiere cadenas. Y nosotros, guerrilleros, somos la expresión activa de la respuesta popular contra el fascismo. Representamos la libertad y el derecho frente al franquismo, que es la usurpación y la tiranía. Somos los continuadores de la lucha que libró el pueblo español durante treinta y dos meses contra los sublevados franquistas y los invasores nazis fascistas, por la soberanía del pueblo y la independencia nacional de España. En nuestras filas hay obreros, campesinos pobres y ricos, maestros, médicos, ingenieros, comerciantes, estudiantes, hombres de izquierda y de derecha, incluso no pocos curas rurales que viviendo en contacto con el pueblo, sienten la miseria y los sufrimientos de éste como propios.

Luchamos por restablecer en nuestro país la libertad y la democracia.

Partidarios de la República, somos, como verdaderos demócratas, respetuosos de la voluntad popular y acataremos la decisión del pueblo en la elección del régimen por el que ha de gobernarse España.

Mas para que el pueblo pueda decidir, para que el pueblo pueda elegir, ha de ser libre. Y sólo podrá decidir y emitir su opinión libremente cuando hayamos acabado con el franquismo, cuando en sustitución de Franco haya en España un Gobierno democrático en el que estén representadas todas las fuerzas populares y antifranquistas de nuestro país.

Para lograrlo llamamos a la lucha a todos los españoles antifranquistas y honestos; a todos los que no están de acuerdo con la continuación del franquismo y de sus hombres, los cuales, después de haber arruinado nuestra industria y destrozado el comercio, después de haber empobrecido la economía campesina y haber cubierto de escombros el país, suprimido las libertades y asesinado a los mejores hijos de España, cuando ya nada del patrimonio nacional les queda por enajenar, ofrecen en el mercado negro de la política imperialista anglosajona, junto con trozos del territorio patrio la independencia y la soberanía de España.

Desde hace nueve años nuestro pueblo vive tiranizado por una banda de forajidos, de incapaces, carentes del más elemental sentido de responsabilidad, dedicados a la satisfacción de sus ambiciones, de sus vanidades, de sus vicios, de sus bajos sentimientos de venganza y de rencores personales.

Los gobiernos franquistas que se han sucedido desde 1939, son igualmente culpables de la ruina en que se hunde la economía nacional, del terror con que se ahoga la protesta popular. Ellos han empapado la tierra de la patria con la sangre de los mejores, asesinados por sus mercenarios; han pisoteado el honor nacional haciendo de España objeto de comercio y de infames granujerías; ellos han roto las más gloriosas tradiciones nacionales abriendo

las puertas de España al extranjero y la de la más vergonzosa servidumbre a todos los españoles.

Desde hace nueve años se vive en España bajo el imperio del favoritismo, de la corrupción, de la violencia y de la opresión. Franco ha suprimido todas las libertades democráticas y no existe ningún respeto ni para el hombre ni para el ciudadano.

Y no es posible continuar así. Hoy más que nunca, cuando este odioso régimen se descompone, se hace imprescindible la lucha decidida y generalizada contra el franquismo.

La situación actual se mantiene en España fundamentalmente por la ayuda de los grupos reaccionarios imperialistas interesados en que nuestro país continúe en su estado de atraso y de miseria para mejor imponer sus condiciones, para seguir con el monopolio de la explotación de las riquezas españolas, para obtener bases estratégicas y militares necesarias al desarrollo de los planes agresivos del imperialismo. Por ello constituye un gravísimo error; que deseáramos fuese rectificado, la actitud de aquellos hombres republicanos que en la emigración, desconociendo el estado de espíritu y la situación real del país, pretenden, renunciando a la República y pisoteando la voluntad popular, conquistar el favor de los imperialistas anglosajones.

¿Hasta dónde pueden llegar por este camino?. Nosotros, guerrilleros de la República, destacamento de vanguardia de la Resistencia española, invitamos a los hombres y a los partidos republicanos y obreros a la reflexión.

Nosotros no renunciamos a la República ni a las leyes democráticas que son su emanación, y que en 1931 y en 1936 fueron proclamadas por el voto mayoritario del país. Desde 1936 a 1939, estas leyes fueron refrendadas, defendidas y consagradas con la lucha heroica y con la sangre y la vida de un millón de españoles.

Existen fuera de España, como expresión de la continuidad del Régimen republicano las instituciones representativas de la República.

Nosotros hemos apoyado al Gobierno Giral y hemos defendido al Gobierno Llopis. Pero con todo respeto. Creemos obligado decir que los que cada día nos jugamos la vida por la República no estamos dispuestos a continuar apoyando a gobiernos que ni se preocupan de la lucha en el interior de España ni representan más que una mínima parte de las fuerzas democráticas españolas. Para que el Gobierno de la República sea defendido y respetado aquí donde se lucha, y nosotros estamos dispuestos con toda energía a imponer ese respeto, para que ese Gobierno sea respetado por la Resistencia que no intriga pero combate, y tenga autoridad ante los gobiernos y organismos internacionales, necesitamos que ese Gobierno corresponda a la voluntad popular, y tengan en él la debida representación las fuerzas que llevan el peso de la lucha en España. Hace falta un Gobierno republicano que se entregue con ardor a la tarea de ayudar política y materialmente a las fuerzas que luchamos; que su

autoridad repercute y se sienta directamente aquí dentro.

Nos sentimos fuertes y seremos invencibles si todos los demócratas, si todos los republicanos, cumplen con su deber hacia los que luchamos, hacia el pueblo que pugna por el oprobioso yugo de la tiranía franquista.

Contra nosotros, contra los campesinos de Levante y Aragón, las fuerzas represivas de Franco mandadas por el tristemente célebre general Pizarro, llevan una guerra feroz. Divisiones de tropas escogidas, acompañadas de artillería y de aviación de reconocimiento, son lanzadas contra nuestra agrupación guerrillera. Incapaces de destruirnos, descargan su rabia impotente y criminal contra la población campesina que no ha renunciado a la República, porque la República les dio pan, tierra y libertad. Una feroz guerra de tierra quemada está siendo llevada en Levante y Aragón por las fuerzas represivas de Franco, que desalojan a los campesinos de sus masías; que los obligan a dejar la aceituna pudriéndose en los árboles, que incendian los campos y los bosques donde creen que nos cobijamos.

Se aplica la Ley de Fugas a los campesinos detenidos por sospecha de ayudar a los guerrilleros; se viola a las mujeres; se tortura con salvaje refinamiento a los niños y a los ancianos para obligarles a denunciar a sus padres y a sus hijos. Incluso han sido maltratados muchos curas rurales que tuvieron el valor cívico de protestar contra la bestialidad de las fuerzas represivas.

A pesar de la ferocidad de la represión, estamos en pie y continuamos la lucha; no dejaremos las armas hasta que nuestro pueblo sea libre, hasta que en España sean restablecidas la libertad y la democracia.

Lo mismo que nosotros y por la misma causa sagrada de España y la República, luchan con éxito los guerrilleros de Andalucía, Extremadura y Toledo, Galicia y Asturias, Santander, León y Cataluña. Luchan asimismo los obreros de Euzkadi que el primero de mayo de 1947 nos ofrecieron el valioso estímulo de su huelga general; los obreros y el pueblo de Madrid, de Sevilla, de Cataluña, de toda España.

Nuestra sagrada causa nacional y democrática levanta en impulso liberador a la auténtica España, a la España inmortal de las Comunidades y las Germanías, la de las Cortes de Cádiz, la España del 2 de Mayo y de Bailén, la del general Riego, la España popular de Galán y García Hernández.

Es hora ya de aunar y coordinar los esfuerzos valerosos realizados por miles y miles de patriotas a todo lo largo del país para dar más eficacia, alcance y amplitud a nuestra lucha, que sólo puede terminar con la derrota del franquismo y la victoria de la República.

El pueblo español desea, reclama y necesita la creación de un Consejo Central de la Resistencia que tome en sus manos la coordinación y la dirección de la lucha en España,

apoyado y sostenido en la voluntad inquebrantable de ser libre que inspira a nuestro pueblo; Un Consejo Central de la Resistencia resuelto a poner en juego las enormes energías combativas que crecen constantemente en el interior de España, que busque la victoria, no en las transacciones y componendas a que se entregan ciertos órganos sin vinculación ni apoyo popular, falsos componentes de la Resistencia, sino en la lucha inflexible contra el franquismo. Un Consejo que sea capaz de unir en un solo haz que independientemente de sus concepciones políticas o religiosas, quiera una España democrática y soberana, independiente de banqueros y de los Estados Mayores extranjeros. El pueblo español siente también la necesidad de un programa nacional democrático común a las fuerzas que luchan por todos los ámbitos del país, programa que dé satisfacción a las ansias de independencia política y económica, de pan y tierra, de justicia y libertad, que sienten profundamente las masas populares como diariamente comprobamos.

Haciéndose intérprete de estos sentimientos, la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón se dirige por medio de este llamamiento a los resistentes de toda España... a los Consejos y Juntas de Resistencia provinciales y locales, a los partidos, organizaciones sindicales y sectores políticos que de verdad quieren luchar por la libertad y la democracia, a los intelectuales, a las organizaciones femeninas y juveniles, a la AFARE y a todos los militares antifranquistas, a todos los hombres patriotas y demócratas.

La Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón convoca a todas estas fuerzas a una reunión, cuya preparación técnica se comunicará por los conductos convenientes al mantenimiento del secreto y de la seguridad. La AGLA propone para esa reunión un orden del día con dos puntos fundamentales:

1. Creación de un Consejo Central de la Resistencia, que coordine y dirija todas las fuerzas que luchan contra el franquismo, y organice con vistas a esta lucha a las amplias masas populares.

2. Elaboración de un programa nacional y democrático común a toda la Resistencia, que se convertirá en la bandera de lucha de los españoles por su liberación.

La AGLA invita a todos los grupos y organizaciones de la resistencia, tanto en la escala local, provincial, regional y nacional, al igual que en las fábricas, empresas y barriadas, a discutir esta proposición y a votar resoluciones apoyándolas, que se hagan públicas y alcancen la mayor popularización entre el pueblo.

Invitamos a todos los antifranquistas a que al discutir este llamamiento formen en todas partes, desde la más pequeña fábrica hasta las barriadas, pueblos y ciudades -sin excluir los cuarteles- Consejos y Juntas de la Resistencia, que se sumen ya activamente a nuestro movimiento patriótico de liberación.

Nuestro Estado Mayor tomará las medidas necesarias para ponerse en contacto con

las fuerzas y organismos que manifiesten su voluntad de participación en la reunión y preparación de ésta.

La Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón se dirige también a todos los españoles emigrados pidiéndoles su apoyo para esta acción que emprenden las fuerzas de la verdadera resistencia española, que no tiene nada de común con la falsa resistencia conocida por ellos hasta ahora a través de una serie de indignas maniobras de capitulación.

Llamamos también a las fuerzas obreras democráticas del mundo entero a redoblar sus esfuerzos para ayudar a la lucha liberadora de nuestro pueblo.

Sabemos que fuera de nuestras fronteras es en las fuerzas de la democracia en quien podemos confiar, y a ellas acudimos seguros de que nuestro llamamiento encontrará un eco cordial y solidario. ¡Resistentes antifranquistas! Esperamos vuestra respuesta favorable a la constitución del Consejo Central de la Resistencia con un programa de lucha.

Los guerrilleros de Levante y Aragón, los de España entera, hemos empuñado las armas continuando las más puras y gloriosas tradiciones nacionales liberadoras. Y no las abandonaremos hasta la victoria plena y rotunda de la causa sagrada del pueblo y de la democracia.

Damos este paso seguros de que así contribuiremos a acortar el martirio y los sufrimientos de nuestro pueblo.

¡Viva la República!

La Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón.

Este extenso llamamiento por la forma, por su contenido y por la repetición machacona de muchos conceptos, me atrevo a decir que se debe en buena parte a la pluma del jefe de nuestro Estado Mayor, camarada *Pepito*.

Es indudable que está plagado de exageraciones, que contiene afirmaciones muy distanciadas de la realidad española de aquellos años; que exagera muchos aspectos de la lucha, sobre todo en lo que se refiere a la fuerza y grado de organización de las masas populares y a nuestra agrupación, que hace un llamamiento a organizaciones sindicales y de la resistencia que no tienen vida orgánica en España. Es indudable también que encierra un esbozo de la situación del campesinado en las zonas guerrilleras y de la represión que se ceba sobre el mismo, que a duras penas puede dar una idea del grado que ésta alcanzó; que contiene elementos de juicio sobre la situación y el porvenir de España que pueden dar qué pensar a muchas personas. Pero dejemos de lado todas estas apreciaciones que me pasan ahora por la cabeza porque están fuera de lugar y tiempo, y volvamos a la primavera del año 1948, que es lo que nos puede interesar para conocer el ambiente y cómo se respiraba en la emigración de cara a los acontecimientos de la lucha armada en España.

Contestando a nuestro llamamiento recibimos la siguiente comunicación del Buró Político del PCE:

El Buró Político del Partido Comunista de España se ha reunido para examinar el llamamiento de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón dirigido a todas las fuerzas de la Resistencia y al pueblo español.

El Buró Político acordó enviar un saludo fraternal de combate a la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón y felicitarla por su justa y patriótica iniciativa para crear el consejo Central de la Resistencia.

El Buró Político declara su identificación política con el contenido y la propuesta del llamamiento y decide recomendar a todas las organizaciones y militantes del partido le presten el mayor apoyo en todos los órdenes a fin de que la iniciativa de crear el Consejo Central de la Resistencia pueda tener pronto la adhesión entusiasta y la colaboración de todos los españoles republicanos y antifranquistas.

Para lograr esto, en unión de todas las fuerzas republicanas y democráticas, el Partido Comunista no regateará esfuerzo alguno, convencido de que así contribuirá poderosamente a impulsar la lucha unida del pueblo para su liberación, por el derrocamiento del régimen franquista y por el restablecimiento de la República, para asegurar la independencia y la soberanía nacionales de España.

Se recibieron también adhesiones a nuestro llamamiento desde Francia y América Latina. En carta firmada por 300 republicanos españoles exiliados, entre los que figuraban personalidades tan conocidas como Moisés Barrio Duque, Tomás Bilbao, Félix Templado, Aurelio López Malo, J. Folc y Folc, Francisco Mat, José Aragonés, Wenceslao Roces y Rodolfo Halfter se decía:

Con profundo fervor patriótico y republicano hemos conocido el llamamiento que esa Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón, gloria de la resistencia republicana y antifranquista, ha dirigido en fecha reciente a todas las fuerzas de la resistencia y al pueblo español... Vuestro llamamiento es por sus justos fines y patrióticos propósitos un incentivo poderoso... para todos los que no han renunciado ni renunciaron a la República pese a las indignas actitudes de los que la abandonan y a los planes de los imperialistas que tratan, con la complicidad de Franco, de hacer de España un país dócil y sumiso a su política de sojuzgamiento económico y político de los pueblos.

Con vosotros afirmamos: luchamos por establecer en nuestro país la libertad y la democracia, y con la misma energía que vosotros lo hacéis, os aseguramos también: nosotros no renunciamos a la república ni a las leyes que son su emanación...

Al dar nuestra adhesión pública a vuestro llamamiento... os manifestamos nuestro apoyo decidido a los propósitos que anunciáis de convocar a todas las fuerzas de la resistencia...

a una reunión en cuyo orden del día, la creación del Consejo Central de la Resistencia y la elaboración de un programa nacional y democrático que... estamos de acuerdo y apoyamos.

Consideramos que vuestro llamamiento por su contenido y proyección es una importante aportación a la unidad republicana... vuestras palabras de fe en los destinos del pueblo y en el triunfo de la República, que refrendáis cada día con vuestra conducta y vuestra sangre por los montes y pueblos levantinos, será un poderoso aliciente para los que, como nosotros, tenemos la misma fe en la victoria...

Alentamos a la emigración republicana a que siga nuestro camino. Lo haremos así porque no queremos perecer en la ignominia de una actitud contemplativa, ni que España perezca a manos de sus verdugos y sostenedores imperialistas...

¡Guerrilleros heroicos de la República, estamos con vosotros!

Nuestro llamamiento va haciendo un recorrido victorioso por el exilio y a él se suman desde Francia Quiroga Pla, general Herrera, Giner Pantoja, Salvador Bacarisse, Tuñón de Lara y Pablo Picasso; desde Argentina nos llegan una veintena de firmas y entre ellas la de Rafael Alberti, María Teresa León, Jacinto Grau y Alejandro Casona. Recibimos también la adhesión de la Unión de Intelectuales Españoles en México, la Unión de Profesores Universitarios en el Extranjero, el Ateneo Ramón y Cajal y la Agrupación de Periodistas y Escritores Españoles, y entre los firmantes, José Giral, Honorato de Castro⁽³²⁾, Mariano Luis Funes, Antonio M. Sbert, Max Aub, Francisco Giner de los Ríos, Adolfo Sánchez Vázquez, Carlos Velo, Constanca de la Mora y Luis Buñuel.

¿Podíamos los guerrilleros pedir más para continuar creyendo que nuestra lucha armada era justa y la más rápida para acabar con el régimen dictatorial franco-falangista?

Constatamos, no obstante, que nuestro llamamiento pasaba desapercibido en España, de donde no se recibió la más mínima alusión al mismo.

Y no podía ser de otro modo. En nuestro llamamiento nos dirigimos a organizaciones sindicales de la clase obrera y de los campesinos, que no existen, a Consejos y Juntas de Resistencia que brillan por su ausencia, a cuarteles que permanecen con sus puertas cerradas, pues no tenemos contacto con ellos, llamamos al pueblo español a la lucha armada

(32) Honorato de Castro Bonel, nacido en Borja en 1885 y fallecido en México en 1962. Licenciado en Ciencias Exactas y doctor en Astronomía. Fue catedrático de Cosmografía y Física del Globo, de Astronomía Esférica y Geodesia en la Universidad Central. Fundador de Acción Republicana y diputado en Cortes en varias ocasiones durante la República, a él se debe la construcción del grupo escolar de Borja.

y nos encontramos aislados del mismo. En fin, para qué andar con más rodeos, faltaba todo..., todo menos la represión franquista que se ceba con saña sobre nuestros puntos de apoyo y enlaces, que asalta nuestros campamentos y nos tiende emboscadas.

Creo con toda sinceridad que todas estas personalidades y los organismos que se adhieren a nuestro llamamiento y nos envían sus firmas, lo hacen honradamente y luchan, igual que lo hacemos los guerrilleros, por una España republicana, libre y democrática, por una España soberana y dueña de sus destinos. Y, al igual que nosotros, están influidos por una propaganda falsa y llena de ambigüedades, cuando no de intereses ocultos que nada tienen en común con los intereses del pueblo español.

Todo me lleva a pensar que algunos dirigentes del PCE al estilo de un Carrillo y compañía, juegan con dos barajas la partida de la resistencia armada al régimen de Franco. Los dirigentes del PCE en Francia en una reunión del Buró Político, nos recomiendan a las organizaciones y militantes del partido, cuando en España están siendo desmanteladas por las razias de la Guardia Civil y la Brigada Político-Social; y los comunistas -que no tienen claro que la lucha armada pueda dar al traste con el franquismo- van siendo encarcelados en las mazmorras del régimen sin que ello los decida a ingresar en las guerrillas.

Sacando fuerzas de flaqueza...

Y haciendo de tripas corazón..., alentados por las adhesiones que recibimos a nuestro llamamiento, todavía el 11 sector fue capaz de dar un golpe de collarín a nuestro carro atascado.

El jefe del 11 sector, *Grande*, al frente de un reducido grupo guerrillero entra en Torrijas (Teruel) y sorprende a una pareja de la Guardia Civil que estaba descansando en la fonda y a la que no se le hizo otra cosa que desarmar.

El *Paisano* y su grupo asaltan una pequeña central eléctrica (creo que por el Rincón de Ademuz o cercanías), dejando a la zona sin fluido una temporada.

El tren Valencia-Cuenca es detenido en las proximidades de Requena por guerrilleros del 11 sector (posiblemente se tratara del grupo de *Vitini* o *Dedé*) y, después de hacer descender a los viajeros, es incendiado.

Al frente de mi grupo, entramos en el pueblo de Canales, en los límites de Castellón con Valencia, imponiendo al alcalde y al jefe de Falange sendas multas en comida. Siguiendo nuestro derrotero por la provincia de Valencia, hicimos acto de presencia en las aldeas de

Alcotas y Ahillas en las que reunimos a los vecinos y les explicamos el sentido de nuestra lucha por la República e hicimos una llamada para que se negaran a la entrega del Cupo Forzoso y al pago de las contribuciones. Subiendo luego hacia la provincia de Teruel, nos internamos por la sierra del Toro y, como se nos acabara la comida y de dinero no andábamos sobrados, entramos en la aldea de Torre de Alcotas y de la pequeña tienda de ultramarinos que había, nos llevamos dos latas de sardinas en aceite de unos cinco kilos. Varios vecinos nos proporcionaron algunos panes y no quisieron cobrarnos nada por ellos. Lo cierto es que, como andábamos escasos de dinero, no insistimos mucho en pagarles.

Desde Torre de Alcotas pasando entre Paraíso Alto y Paraíso Bajo (Teruel), nos colocamos encima del molino del Peinado donde, en una quebraza de roca, escondimos una de las latas de sardinas, para otra ocasión que cruzáramos aquellos parajes.

Se recordará que la Guardia Civil, por el procedimiento de la Ley de Fugas, había asesinado al Peinado y a su hijo y obligado a la viuda y a sus dos hijas al abandono del molino. Se recordará igualmente que la viuda del Peinado acusó, de forma muy directa, al vecino de Los Cerezos conocido por el Pijotán, del asesinato cometido por la Guardia Civil en la persona de su marido y del hijo de ambos.

Considerando que, después de la evacuación del molino habíamos quedado con las manos libres para actuar, decidimos entrar en Los Cerezos y colgar al Pijotán de una viga en su propia casa. Oscurecido, entramos en el pueblo y nos encaminamos al caserón de este elemento. Llamé en el portal y cuando desde el interior una voz femenina preguntó “¿quien va?”, me hice pasar por un vecino de Manzanera que tenía que darle un recado al Pijotán de parte del puesto de la Guardia Civil. La voz femenina abrió el portal e irrumpimos en el caserón como una tromba. Algo debió poner en guardia al Pijotán pues cuando, subiendo las escaleras de dos en dos, llegamos al piso superior, encontramos a dos o tres personas sentadas en torno a una mesa y con bastantes muestras de nerviosismo, y que el pájaro que andábamos buscando había volado del nido por un balcón que daba sobre los tejados de las casas vecinas y que no les habíamos dado tiempo de volverlo a cerrar. Avisamos a los guerrilleros que habían quedado de guardia en la calle pero todo fue inútil, del Pijotán no apareció ni la sombra.

Fracasada la parte esencial de la operación, nos dedicamos a llenar nuestras mochilas con la comida que encontramos y nos apoderamos de un puñado de pesetas, no muchas, me parece recordar que no llegaban ni a las dos mil. Nos llevamos también dos orzas llenas de longaniza que nos vinieron a pedir boca para liberarnos unos días de nuestras “entrañables” latas de sardinas en aceite. También cargamos con un poco de harina para hacer una torta de pastor porque en la artesa no había mucho pan. Con las mismas salimos del pueblo y tomamos el camino de regreso para reunirnos con el jefe del sector, pues nuestras correrías

por las provincias de Valencia y Teruel venían ya durando cerca de quince días. Después de pasar por varias estafetas dimos con *Grande* y *Pepito* por el barranco del Bercolón (Valencia), en las laderas escarpadas que vienen a caer sobre el río Turia, a los que informamos de nuestras andanzas.

Estas acciones fueron bien acogidas por la población campesina, pues en ninguna hubo derramamiento de sangre, aunque pudiera haber habido si llegamos a poner la mano encima al Pijotán. Dan también una idea del esfuerzo realizado por el 11 sector para mantener la balanza inclinada a nuestro lado.

La seguridad de nuestra existencia no depende solamente de la prudencia de los jefes de sector ni de los guerrilleros, depende en mayor medida de los enlaces y puntos de apoyo con que se cuenta. Si éstos se “queman” y van siendo destruidos por las fuerzas represivas, las posibilidades de maniobrar se reducen y ponen en peligro la existencia de la guerrilla.

A las detenciones de nuestros puntos de apoyo y enlaces que ocasionó el asalto del campamento escuela y el del *Valencia*, vinieron a sumarse una serie de detenciones por toda la zona del 11 sector que obligaron a *Grande* a buscar nuevo campamento por la sierra de Mira, debajo de pico Ranera (Cuenca).

Huelga decir que la Guardia Civil hacía más vida en el monte que en los cuarteles. Ya no se puede hablar de batidas de las fuerzas represivas porque todos los movimientos que realizan forman parte de una misma batida que nos va cortando, poco a poco, todos los caminos.

Por si todo esto fuera poco, del 5 sector nos llegan rumores alarmantes: durante la primavera del año en curso la Guardia Civil había asaltado el campamento del jefe del 5 sector. En el tiroteo que se entabla entre las fuerzas asaltantes y los guerrilleros, caen *Medina* y dos guerrilleros más; otros dos o tres logran salir del cerco y llegar al campamento de *Segundo* (Marcelino García Rui Pérez). Entre los guerrilleros del 5 sector, confundiendo el miedo la incapacidad y presunción de *Medina* con la provocación, circulan toda clase de suposiciones y sospecharán de éste y llegarán a pensar si no estaría en connivencia con la Guardia Civil. Otros lo llamarán pura y simplemente traidor. Todo ello ocasionó una gran confusión sobre la personalidad verdadera de *Medina*.

El año 1949, estando con el grupo por sierra de Enguera y por las cercanías de casa de la Madre en el término de Cofrentes (Valencia), *Matías* (Pedro Alcorisa Peinado), uno de los supervivientes al asalto del campamento de *Medina*, pasó una larga temporada con nosotros y pude hablar con él de todo lo habido y por haber, sobrándonos tiempo para hablar del asalto al campamento. *Matías* vio caer a *Medina* alcanzado por las balas y pudo recoger su cartera, que contenía algunos documentos y que entregó a *Segundo* al llegar al campamento de éste. En ningún momento fue cuestión de que *Matías* le colgara a *Medina* el epíteto de traidor. Que *Matías* tenía sus dudas sobre el comportamiento de *Medina*, eso es harina de

otro costal, yo también las tenía y sigo teniéndolas.

Como consecuencia de la muerte de *Medina*, el 5 sector funcionó una temporada sin jefe, *Segundo* y *Paisano*, pese a que se dieron algunos casos de deserción, mantuvieron en lo fundamental la unidad de los hombres hasta que fue designado un nuevo responsable. Esta responsabilidad vino a caer en el camarada *Capitán* (Anastasio Serrano Rodríguez), que se encontraba por el 17 sector, y le servía de guía al nuevo jefe de la AGLA, camarada *Ricardo* (Pelegrín Pérez Galarza). Para no enturbiar más las aguas de lo que ya están, señalaré que uno o dos días antes del asalto al campamento había desertado un guerrillero y *Medina*, por comodidad, presunción o por lo que fuera, no se trasladó de lugar. Parece ser que fue este guerrillero el que denunció el campamento y le sirvió de guía a la Guardia Civil en el asalto.

Ricardo

Conocí a *Ricardo* estando con *Grande* en el campamento de pico Ranera y coincidiendo con los meses más crudos del año. Sitiados por la nieve y atenazados por el frío, no tenemos otro medio para entrar en calor que batir la tierra helada con los pies y darnos palmadas en la espalda para mantener la circulación de la sangre en las manos y dar vueltas como fieras enjauladas en el reducido espacio del campamento. ¡Ni pensar en una hoguera para calentarnos! El humo podía delatar nuestro emplazamiento y traernos a la civilada encima, que peinaba literalmente los montes por casas del Campo Melchor, casas del Marqués, Santa Cruz de Moya y el rodano por los Montes Universales.

Por no tomar malas costumbres, nos encontramos sin dinero, mal comidos y peor vestidos y calzados. En estas condiciones nos encontró *Ricardo* cuando llegó de visita para entrevistarse con *Grande*. Y supongo que los otros tres sectores de la agrupación se encontrarían en las mismas condiciones o peores que el 11 sector.

Se convocó una reunión general de todo el campamento en la que *Ricardo*, con mucha parsimonia y buenas razones, le hizo ver a *Grande* -lo que para todos era más que sabido- que una de sus principales preocupaciones era “*que los hombres estuvieran bien comidos, bien vestidos y calzados*”. También dijo -y no lo olvidaré nunca- “*cuando dominemos una zona, Lister entrará para hacerse cargo de la AGLA*”. Tratándose de *Ricardo*, me inclino a suponer que algo de esto se comentaría entre los dirigentes del PCE en Francia y hasta que

el mismo Líster se lo llegara a insinuar.

Ricardo hacía poco que estaba en la AGLA y no había tenido tiempo de hacerse con todos nuestros problemas y dificultades que se alzaban a cada paso, desconocía en la práctica los métodos terroristas y sanguinarios que el régimen franquista había puesto en marcha para acabar con la AGLA y con los puntos de apoyo y enlaces. Conservaba una gran confianza en los dirigentes del PCE y en Santiago Carrillo.

En esta reunión, *Ricardo* pone de manifiesto su confianza en lograr nuevos puntos de apoyo por la zona de Buñol (su pueblo natal) para que un grupo guerrillero, apoyándose en la sierra de los Bosques al norte de Buñol, y la Hoya de Buñol y sierra Martés al sur, pudiera establecerse nuevamente por la zona. Todo esto eran planes de *Ricardo* para un futuro inmediato pero lo fundamental, lo que apremiaba y no admitía demoras ni se podía dejar para un futuro inmediato, era dar una solución al presente. Y este presente no era otro que el encontrarnos con la Guardia Civil pegada a los talones, sin dinero y sin comida.

El timbre de la voz empieza a sufrir la transformación que tanto me llamaba la atención, señal inequívoca de que las tripas andaban vacías y reclamaban con urgencia que se les diera algo, aunque fueran rayos de punta, para acallar sus aullidos. Prolongar por más tiempo la “dieta” era exponernos a que nos fallaran las fuerzas para desplazarnos en caso de ser localizados por la Guardia Civil y *Grande* decidió que saliera un grupo para realizar una operación de suministro. A los dos o tres días regresaba el grupo con las manos limpias. Entraron en una zona nevada y no se decidieron a operar por miedo a los rastros. Pero ya digo que nuestra situación era crítica y que se imponía dar una solución rápida al problema de la comida.

Reunido con *Grande* y con *Ricardo*, el primero me comunica que debo prepararme con el grupo para salir. En esta ocasión fueron agregados al grupo el *Poeta* y *Francisco* (Emilio Argilés Jarque) de casas del Marqués (Cuenca), como conocedor del terreno. La despedida fue de película y suponía una orden terminante. Me dió *Grande* una palmada en la espalda y me dijo: “*Chaval, que no se te ocurra volver con las mochilas vacías*”. Guiados por *Francisco* en dos noches de marcha nos colocamos encima de una aldea bastante aislada (ni camino vecinal tenía) y sin puesto de la Guardia Civil, lo que nos permitió obrar con toda tranquilidad y sin prisas. Sin ninguna información, al oscurecer del día siguiente entramos en la aldea y al primer campesino que encontramos le obligamos a que nos condujera hasta la casa del alcalde, al que le impusimos una multa en comida por colaborador y representante del franquismo. Le hicimos atalajar un mulo con un serón que fuimos llenando con todo lo que encontramos de comer en la casa, sobre todo nos llevamos bastante harina para hacer gachas y parte de la matanza del cerdo. Armas no encontramos ninguna, ¡ni siquiera una mala escopeta!

Con el mulo ya listo para emprender camino, quise sacarle al alcalde algunas pesetas y no fue posible por estar más pelado que las ratas. Simulé intenciones de colgarlo para que se decidiera a entregarnos el dinero. Más muerto que vivo estaba encima de una silla y con una soga al cuello y el otro extremo sujeto al barandal de la escalera, cuando el *Poeta* pasó por nuestro lado y, sin preguntar nada, le soltó una patada a la silla. Justo me vino para abrazarme a las piernas del alcalde y evitar que se desnucara.

Después de este incidente salimos de la casa y abandonamos la aldea. La segunda noche de marcha tras descargar el mulo, darle suelta y meter toda la carga en las mochilas, andando a monte través más de dos horas, entramos en el campamento.

Reunido el grupo con *Grande* y *Ricardo*, les dimos cuenta de la operación y de la patada a la silla, que le faltó un tris para que no le costara la vida al alcalde. *Poeta* le ofreció una pitillera a *Ricardo* como recuerdo, de la que se había apoderado en la casa sin que nadie nos diésemos cuenta. *Ricardo* no aceptó el presente y el *Poeta* tuvo que quedarse con ella bastante corrido y disgustado.

Solucionado para unos días el problema de la comida, se pensó en la posibilidad de descubrir nuevas zonas para las guerrillas pues las viejas estaban hechas ceniza de puro “quemadas”. La realización de estos planes se encontraba supeditada a la ayuda económica que el PCE nos pudiera hacer llegar desde Francia pues estaba demostrado que no podíamos dedicarnos a la organización de la lucha armada contra el franquismo y, al mismo tiempo vernos en la necesidad de dar golpes económicos y de suministro, que más bien eran raterías que acciones guerrilleras y que la población rural veía con malos ojos y repudiaba.

Un par de días después, *Ricardo* salía del campamento para seguir recorriendo -supongo- los otros sectores de la AGLA. Llegado a la zona del 17 y 23 sector, se los encuentra en las mismas o peores condiciones que había dejado al 11 sector, con el agravante de que no hay en ellos un *Grande* que sepa mantener la moral y la unidad de los guerrilleros. De uno de estos dos sectores sale *Ricardo* con un grupo guerrillero para dar un golpe económico y del que -según comentarios- forman parte *Mateo* y *Capitán*. Sobre mediados de octubre de 1948, en las proximidades de La Ginebrosa (Teruel), son sorprendidos por la Guardia Civil. En la refriega que tiene lugar, *Ricardo* resulta gravemente herido y morirá desangrado recostado en el tronco de un pino.

Del comportamiento de *Mateo* y *Capitán* en este encuentro, en concreto no sé nada. La opinión muy generalizada entre los guerrilleros es que *Ricardo* fue abandonado por el grupo.

La muerte de *Ricardo* abrió un interrogante al que no podíamos contestar de forma convincente en el 11 sector. Al comentar estos rumores con *Grande*, me dio la impresión de que él también abrigaba sus reservas y dudas.

A la muerte de *Ricardo, Pedro* (Francisco Bas Aguado) que lleva ya bastantes meses en la agrupación, se hace cargo de la dirección con carácter provisional. Siendo *Pedro* jefe de la AGLA (provisional), sin contar con la opinión de nadie decide salir para Francia con un grupo del que forma parte *Mateo* (Agapito Esteban Mínguez). Pero *Mateo* no llega a Francia, muere en el camino.

¿Coincidencia...? No sé... Quiero hacer constar que esto tuvo lugar algunos meses antes del asalto al campamento de Cerro Moreno. De la muerte de *Mateo* pueden establecerse tres versiones verosímiles. Primera: el choque con las fuerzas represivas y su muerte. Segunda: la existencia entre nosotros de una mano traidora oculta y la eliminación de *Mateo* para cerrarle la boca e impedir que informara al PCE. De esta suposición se desprendería la necesidad de averiguar quién o quiénes acompañaban a *Mateo*. Tercera: que se sospechara del propio *Mateo* y fuera suprimido, y para justificar su desaparición se dijera que había caído en un encuentro con las fuerzas represivas.

De admitir esta última suposición, resultaba una contradicción flagrante: de un traidor se hacía un mártir caído frente al régimen franquista. En cualquier caso, todo lo relacionado con la muerte de *Ricardo* y *Mateo* no fue nunca aclarado en la AGLA. El cuerpo de *Ricardo* parece ser que fue enterrado en el cementerio de Alcañiz.

El coronel de la Guardia Civil y miembro de la Brigada Político-Social Tomás Cossías, dice, y todo me hace suponer que se refiere a *Ricardo*:

“... la policía de Valencia anota en sus observaciones la aparición de un nuevo jefe de la agrupación. Pero no puede evitar su incorporación al monte... era elegido por su brillante historia y su gran temperamento guerrillero. Había estado en Rusia, en las guerrillas que actuaban tras los ejércitos alemanes. Era en realidad un hombre temible que, hubiera quizá, de haber vivido más, levantado el espíritu de la agrupación”.

Cordillera Ibérica

Si alguien me preguntara qué enseñanzas generales se podían sacar de toda nuestra actuación guerrillera, seguramente la contestación no podría ser otra que aquella que consiste en saber llevar a cabo una retirada a tiempo. En la terminología militar se dice que una retirada a tiempo es tanto como una batalla ganada al enemigo.

Yo, ni soy militar ni entiendo una jota de esas cosas. Pero no dejo de comprender que

es de suma importancia saber cuándo hay que retirarse, aunque no suponga una batalla ganada al enemigo, para evitar mayores descalabros y un desgaste inútil de las fuerzas empeñadas en el combate. Si hubiésemos sido militares o entendido algo de este arte, quizá nos hubiéramos dado cuenta que intentábamos batir al enemigo desde una posición de desventaja. Enfrascados en la pelea frontal no vimos, o nuestra sumisión incondicional a la disciplina del PCE, a sus dirigentes y a sus directivas, no nos dejó ver, que el enemigo que teníamos enfrente estaba llevando a cabo un movimiento envolvente que nos aislaba de nuestra retaguardia y al que no podemos hacer frente con nuestras escasas fuerzas, gastadas y desmoralizadas por los continuos reveses sufridos. Las pocas organizaciones del PCE en las poblaciones, al igual que nuestros puntos de apoyo y enlaces, van cayendo unas tras otras. Pero somos comunistas, y los comunistas no tienen por costumbre abandonar la pelea, ofrecer el trasero al enemigo aunque éste se muestre más potente, mejor organizado y con una retaguardia segura que le permite esperar todo el tiempo que sea necesario hasta asestar el golpe de gracia.

Nos debemos al partido... Tenemos una disciplina que consideramos justa..., y el que atente contra ella... ¡Mejor que le pille un tren! Y aunque mi vecino, el que duerme a mi lado bajo la raída manta, al amanecer se tropiece con la muerte, yo marcharé de estos montes, olvidaré el minuto fatal, el olor de la pólvora..., y seguiré pregonando incansable a todo el que me quiera escuchar, la lección aprendida como un papagayo.

¡Cordillera Ibérica! Compañera inseparable del silencio y de la soledad, sima insondable de dolor y pena. En las arrugas de tus montes sobre los que el águila extiende sus alas majestuosas, quedaron olvidados seis años de mi juventud. Las copas de tus pinos están siempre sobre mi cabeza entre afanes truncados y el cielo oscuro de tus noches tachonadas de estrellas que sólo entreveo a través del ramaje que gime y que se agita al ser azotado por el viento a la hora de tus alboradas que revientan en mil rayos mortíferos.

¡Templo de pesadumbre...! ¡Altar donde se inmola el último aliento de esperanza...! ¿Sobre qué punto se alzaría la plateada luna para descubrir tus jaras pisoteadas, la sangre oscura, coagulada en los labios inflamados de la herida que ya no mana?

He perdido la cuenta de los meses que llevo rememorando estos recuerdos y los maldigo y detesto porque todos son tristes; porque todos llevan la enseña de la muerte que nos cerca y persigue de monte en cañada y de cañada en monte. Quisiera olvidar, y no puedo, esta vida que nos vio caminando de cerro en cerro, desafiando a la injusticia y predicando días venturosos en esta tierra donde la injusticia y la desventura se hallan aposentadas, desde tiempos remotos, en cada caserío. Entre estos montes escabrosos e incommunicados, la servidumbre del campesino se hace vitalicia, aquí nació y aquí morirá esclavo de dos palmos de tierra y de una punta de ganado lanar que no le pertenecen.

Las mil trochas que cruzan estas montañas quedaron trilladas por nuestros cansinos pies llenos de mataduras, la noche la hicimos día y el día noche, y no hubo una que nos proporcionara una aurora esperanzadora.

Oh, sueños irrealizados... Ilusiones perdidas... Héroes fracasados... La antorcha de la rebelión que alzamos en nuestras manos se extinguió sin llegar a iluminar nuestro camino. Por alzar los ojos al cielo infinito por el que nos vemos en marcha victoriosa, vamos tropezando en la tierra: aquí es un guerrillero que se dobla para no enderezarse nunca más, allá es un punto de apoyo que riega con su sangre la cuneta de una carretera. Y por todas partes el régimen franco-falangista lanza una tras otra las expediciones de castigo que prenden fuego a los bosques, hacen evacuar caseríos y pueblos enteros y, tras sus pisadas, va quedando una estela de sangre y terror. El éxodo de los campesinos se extiende por toda la zona guerrillera y decenas de familias son amontonadas en los pueblos y se ven privadas de lo más indispensable para vivir.

Y en este hacinamiento de personas y animales tienen cabida todas las pasiones: el chisme y la delación se extienden como la grama y detrás de las cerraduras hay ojos que ven y oídos que escuchan y la provocación encuentra un terreno propicio para extenderse. Se suman las deserciones de forma apabullante y muchos de los que desertan se convierten en viles delatores de los puntos de apoyo y enlaces y, en no pocos casos, se prestan a ser guías de las fuerzas represivas en los asaltos a los campamentos.

El período que comprende la primavera-verano de 1948 fue catastrófico para la AGLA. Además de la pérdida de muchos puntos de apoyo y enlaces encarcelados por la Guardia Civil y no pocos de ellos ejecutados, la agrupación tuvo que hacer frente a más de 40 deserciones y unos 30 guerrilleros muertos entre los que cabe destacar por la importancia que reviste para el funcionamiento de la AGLA, la muerte de *Medina*, jefe del 5 sector y las de *Antonio* y *Ricardo*, los dos jefes de la AGLA.

En esta situación de franco retroceso de la lucha armada -por lo menos en lo que atañe a la AGLA- los guerrilleros no fuimos capaces de reaccionar de acuerdo con la situación creada. Que nosotros no fuéramos capaces de reaccionar, se nos podía perdonar y hasta justificar pues -como más de una vez nos criticaron- “no éramos hombres de partido, no entendíamos nada del marxismo-leninismo-stalinismo ni del papel dirigente del Partido Comunista Bolchevique de la URSS”

¡Menos mal que no éramos hombres de partido!, que de haberlo sido..., ¡yo no sé hasta

(33) Véanse páginas finales del capítulo “No sólo de pan vive el hombre...”.

dónde hubiéramos llegado!, porque de nuestra mentalidad se había enseñoreado la idea de que todo lo que provenía de la dirección del partido era sagrado.

Lo injustificable y difícil de perdonar es que los dirigentes del partido no vieran esta situación y siguieran pensando en la viabilidad de la lucha armada para derrocar al franquismo, como lo demuestra el que en este mismo período, el Buró Político, encabezado y dirigido por nuestro Santiago Carrillo y Cía., acordara “enviar un saludo fraternal de combate a la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón” (33) que, en el fondo, no encerraba otra cosa que una llamada ferviente a proseguir la lucha armada.

No retirar a la AGLA por estas fechas fue el error más descomunal que imaginarse pueda y que costó muchas vidas que podían haberse evitado.

Teo

Por el mes de noviembre de 1948, *Teo* (Adelino Pérez Salvat) aparece por la AGLA; pasa la frontera franco-española en un grupo guiado por *Ibáñez* y llega al 11 sector. *Teo* es un hombre de partido. Lo que en lenguaje comunista significa que goza de la confianza de la dirección del Partido, en este caso, de la confianza de Santiago Carrillo y de su equipo. Desde el primer momento aparece como formando parte de la dirección de la AGLA al lado de *Pedro* (Francisco Bas Aguado), que después de la muerte de *Ricardo* se ha hecho cargo de la dirección de la agrupación. A *Teo* se le considera un comunista bien formado políticamente en el seno del PCE.

Con la llegada de *Teo*, se recrudecen las críticas y las imputaciones en materia de vida de Partido. Se dejó decir “*que el partido quedaba absorbido en la AGLA por la organización militar y que las reuniones eran reuniones de grupo guerrillero y no reuniones de partido donde se estudian los problemas con un sentido marxista*”.

¡Bueno! Yo no sé qué es lo que quería *Teo* y otros que como él también nos llegaron de Francia con idénticos criterios. Tal vez teníamos que haber colgado entre los pinos una pancarta anunciando la reunión del partido. Y, claro está, esto no lo hicimos nunca. Pero no podía faltar la coletilla casi obligatoria de la ausencia de vida de partido.

Estos conceptos no eran nada nuevo para mí: ya en Francia, cuando empezaron a llegar los dirigentes del PCE, comenzaron a decir lo mismo: “*El partido perdía su personalidad política dentro de la Unión Nacional*”. Si en Francia esto fue posible (yo ignoro tal cosa

porque no pertenecía al PCE en aquellos años) por lo variopinta de su composición, en España, en una organización guerrillera netamente comunista y dirigida dentro y fuera del país por comunistas, no veo cómo se podía manifestar este fenómeno. Como otros muchos trasplantes que se intentaron hacer de la situación del PCE en Francia, éste fue uno más. Nunca llegué a comprender estas afirmaciones, que me parecían hechas muy a la ligera. ¿Qué diferencia podía existir en que a nuestras reuniones se les diera tal o cual nombre? Para toda persona que no tenga la mente obtusa, lo decisivo no estriba en el nombre o rótulo, en unas siglas, sino en el contenido de los problemas que se plantean y con el criterio que se les busque una solución, aunque ésta sea equivocada, si se sabe corregir a tiempo. No hubo reunión en el 11 sector donde no se resaltara el papel del partido como animador de la lucha y como vanguardia de la clase obrera y de los campesinos. Los materiales políticos que nos llegan y que se discuten son materiales del PCE y del Partido Comunista de la Unión Soviética, y los que dirigen estas reuniones miembros del partido. Y no podía ser de otro modo, salvo media docena de guerrilleros, por lo que concierne al 5 y 11 sector, todos somos comunistas, y no he conocido a ningún comunista que al discutir no importa qué problema político, se desprenda de ésta su condición.

Capacidad analítica para captar nuestra situación, *Teo* demostró no tener ninguna; era obcecado y se aferraba con uñas y dientes a las orientaciones recibidas del equipo dirigente en Francia. De esta enfermedad hemos padecido muchos en la AGLA.

Personalmente, aunque en varias ocasiones mantuve puntos de vista contrarios a los de *Teo*, lo aprecié y sigo apreciando. ¡Quiera Dios que haya cambiado un poco!

Después de estar unos días con *Grande* en el 11 sector, *Teo* pasó al 5 sector y no volví a verlo hasta allá por el año 1950.

La muerte de vacaciones

Como todo no va a ser recordar desgracias, me decido a traer aquí dos casos que me fueron contados por sus intérpretes y que tienen su punto de humor, aunque sea negro. De incurrir en alguna equivocación, que nadie me cargue el muerto en las espaldas, los responsables serán *Grande* y *Moreno*, que me lo contaron.

El nombre de *Grande* se popularizó bastante por la zona del 11 sector, entre los falangistas y alcaldes era famoso y le tenían miedo. Esto explica en parte el desenlace que tuvo el caso

siguiente:

Con tres o cuatro guerrilleros, entre los que se encuentra *Matías*, sale *Grande* de por la zona de Higuera (Cuenca) en dirección de Sinarcas (Valencia) donde, a un par de kilómetros del pueblo, sobre la carretera que baja hacia Utiel y Requena (Valencia), tiene una cita con alguien de Sinarcas. Estando esperando en el lugar convenido, el grupo guerrillero ve avanzar por la carretera a dos mulos llevando en su grupa a dos hombres. *Matías* los examina con la ayuda de unos prismáticos y reconoce en el que marcha delante al alcalde de Sinarcas; el segundo le es completamente desconocido. *Grande* no se arredra por tan poca cosa y, saltando a la carretera, detiene por el ramal el mulo sobre el que va montado el alcalde y se presenta como el jefe del 11 sector, *Grande*. No bien ha terminado de hacer su presentación, el alcalde saca una pistola y la emprende a tiro limpio con él, su acompañante hace lo mismo y *Grande*, dibujando en el aire una pirueta con su cuerpo, echa mano de su pistola y les responde en el mismo idioma universal que emplea la muerte, pero ya el alcalde y su acompañante han dado media vuelta a sus mulos y se alejan al trote en dirección de Sinarcas. Los guerrilleros que han quedado apostados no han podido disparar porque *Grande* se encuentra dentro del ángulo de tiro de sus armas.

Cuando *Grande* se reúne con *Matías* y los otros guerrilleros, lo primero que le preguntan es si no está herido. *Grande* les responde que no, que no está herido pero los guerrilleros no lo creen; no pueden creer que a la distancia que separa el cabestro de la grupa de un mulo, el alcalde no acertara a pegarle un tiro y comienzan a examinarlo de pies a cabeza. Se convencen de que no está herido pero no pueden creer lo que sus ojos están viendo.

Grande razona que esto se debió a que al alcalde de Sinarcas le entró mucho miedo al oír su nombre. Mas no fue esto todo; *Grande* tampoco acertó en el blanco, ni siquiera a los mulos llegó a pegarles un tiro.

Terminado su relato, me lo quedé mirando y con no poca socarronería -porque nos teníamos confianza-, le dije: “¡Vaya con los defensores que tenía la República en los capitanes del Cuerpo de Carabineros!” (*Grande* había alcanzado el grado de capitán del Cuerpo de Carabineros durante la guerra de España).

En el segundo caso, el papel principal le corresponde a *Moreno*, aunque también ande metido *Grande* en el ajo.

Hubo un corto lapso de tiempo, algo así como un par de meses, que *Moreno* fue designado para hacerse cargo de un grupo y realizó algunas operaciones por la zona de Camporrobles (Valencia) y por la parte de Cañavedija (Cuenca).

Conviene recordar que *Moreno* es igualmente conocido por *Jalisco*, porque en esto reside el humor negro del caso siguiente. Acompañado por *Grande*, se dirigió *Moreno-Jalisco* con su grupo para colocar una carga de explosivos sobre el tendido ferroviario en los túneles

que hay entre el apeadero de Mira y la estación de Enguídanos (Cuenca). Con la carga ya dispuesta, acertó a pasar una pareja de la Guardia Civil que andaba de recorrido y uno de ellos iba canturreando la canción de Jorge Negrete “Ay Jalisco no te rajes”, lo que llegó a oídos de nuestro *Jalisco* y murmuró entre labios: “¡Ahora verás tú si me rajo!”, y acto seguido hizo explotar la carga.

La vía quedó interceptada toda la noche y parte del día siguiente. Pero a la pareja de civiles no les pasó nada, salieron dándose con los talones en el culo sin saber dónde meterse.

Escribiendo estos renglones me viene a la memoria otro caso al que le faltó un pelo para que no me costara el mío: estaba probando unos cartuchos para fusil, que no sé de donde habíamos sacado, y cuando ya llevaba varios peines probados, falló un cartucho. Retiré el fusil de mi hombro, acerqué la boca del cañón a mi boca y, con aire despectivo, soplé dentro. Apoyé la culata en el suelo y en este preciso momento, partió un disparo que me dejó más frío que un carámbano en el mes de enero y sin saber lo que me pasaba.

Si llega a producirse el disparo unos segundos antes, me levanta la tapa de los sesos. ¿Qué había podido suceder para que el tiro saliera con tanto retraso? El pistón no falló, pero la pólvora debía de estar mojada, retrasando su combustión rápida y ocasionando un retardo de segundos en la concentración de los gases en el casquillo y, consecuentemente, en la partida del tiro.

Por eso digo... y repito, que la muerte estaba de vacaciones.

Solos frente al franquismo

Si echamos una mirada retrospectiva a los movimientos guerrilleros y de resistencia que tienen lugar durante la Segunda Guerra Mundial, nos daremos cuenta de que no estaban solos en la lucha contra el fascismo y el nazismo, que contaban con el apoyo de las grandes potencias aliadas. Éstas los suministran de armamento y viveres, de dinero, ropa y, en algunos casos, hasta en hombres bien entrenados y con órdenes concretas de los puntos que los guerrilleros deben atacar en la retaguardia hitleriana y que más puedan influir en la moral de las fuerzas nazis, para destruirlas y facilitar el avance de los ejércitos aliados.

En todos los países ocupados por las tropas nazis, la propaganda juega un papel fundamental en el despertar de los sentimientos nacionales de los pueblos; se ensalza la defensa de la patria, que se traduce en un apoyo masivo a los guerrilleros y resistentes que alzan en sus

manos la bandera de la liberación nacional.

En la Unión Soviética, puede decirse que las unidades guerrilleras están dirigidas y controladas por el Ejército Rojo y cuentan con todo el apoyo del Estado soviético. Aquí, al igual que en todos los países ocupados por los invasores nazis, la propaganda va dirigida a los sentimientos nacionales. El Estado soviético ensalza el patriotismo del pueblo para que se alce, dirigido por los comunistas, contra el ocupante nazi. Las arengas que Stalin dirige al pueblo están impregnadas de este llamamiento a los sentimientos nacionales y a la defensa de la patria, que son una ayuda inapreciable para las unidades guerrilleras que operan en la retaguardia de las tropas invasoras. El pueblo se moviliza, oculta a los guerrilleros, cuida a los heridos, les facilita comida e información y les sirve de guía en los desplazamientos que hacen por la retaguardia enemiga.

Nosotros, los guerrilleros, no podemos contar con esta ayuda, estamos solos frente al franquismo y solamente podemos contar con la ayuda que nos prestan nuestros enlaces y puntos de apoyo.

Con la ruptura de la alianza de las cuatro grandes potencias y el desencadenamiento de la Guerra Fría, el panorama político internacional cambió por completo y se invirtieron los términos: la Unión Soviética, de una aliada de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, pasó a ser una enemiga, y Franco, de un enemigo de los cuatro grandes y amigo de Hitler y Mussolini, pasó a ser un aliado de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos en su lucha contra el comunismo.

Franco se sintió seguro en el poder y comprendió claramente que los países “democráticos” lo necesitaban como un bastión en el Mediterráneo contra la expansión comunista. Comprendió también que franceses, británicos y norteamericanos no intervendrían en los asuntos de España. En otras palabras, que no prestarían ningún apoyo a las guerrillas ni al pueblo que anhelaba sacudirse de encima la dictadura franco-falangista.

Volvemos pues, a la política de no-intervención de los años 1936 a 1939 que facilitó el triunfo del franquismo sobre la República democrática española surgida de las urnas por voluntad popular. Asegurado Franco en el poder, cuando era de esperar que fuera barrido por los aliados, al igual que su progenitor Hitler, pasó a la ofensiva contra las guerrillas. Esta ofensiva se llevó en dos direcciones que se daban la mano y completaban. La táctica diseñada y que demostró ser infalible, se encargó, en primer lugar, de golpear y aniquilar la base que sustentaba a la guerrilla: puntos de apoyo, enlaces y organizaciones clandestinas; al mismo tiempo y en segundo lugar, golpear y aniquilar a la propia guerrilla.

El balance de tres años de lucha es catastrófico para la AGLA: solamente en el 5 y 11 sector la Guardia Civil nos había causado de 25 a 30 bajas, a las que habría que sumar otras tantas deserciones, es decir, algo menos de la mitad de sus efectivos. La situación del 17 y 23

sectores, aunque más numerosos que los dos anteriores, venía a ser la misma.

Nos encontramos, pues, solos frente al franquismo y en una situación de retroceso de la lucha armada y con un Buró Político manejado por Carrillo y sus incondicionales e incapaz de tomar una decisión acorde con la situación que se nos había creado en España. Las guerrillas tenían que haber sido retiradas en este periodo y Carrillo, que era su dirigente supremo desde Francia, no lo hizo. Siguió alentando a las guerrillas y a la lucha armada contra el franquismo en un momento en que quedaba demostrado que todos los caminos que se tomaran en esta dirección conducían al fracaso. De la máxima comunista que dice: *“El hombre es el material más preciado”*, Carrillo hizo papel mojado y sacrificó inútilmente muchas vidas que se podían haber evitado.

A Carrillo se le tenía que haber retirado de todos los puestos de dirección del PCE y enviado a la base, pero no se hizo. Aquí se impone una pregunta que salta a la vista y que intentaré responder a mi modo y manera. Otros lo harán a la suya y, a la postre, todos quedaremos convencidos de que tenemos razón aunque andemos más despistados que un burro en una biblioteca.

¿Por qué se llegó a esta situación en el PCE?

En mi opinión, a esta situación se pudo llegar porque a los militantes de base del PCE nos metieron en la cabeza que los dirigentes del partido eran algo así como los dioses, infalibles en sus decisiones y, por tanto, intocables. Me parece que de aquí parten todos nuestros males.

Tenemos un Buró Político integrado por dirigentes-dioses, bajo el control y dirección de un dios supremo, que no es otro que Santiago Carrillo. Este Buró Político, sin analizar detenidamente la situación internacional y la situación concreta de España, persiste en la táctica trazada hace tres años y no ve –nosotros tampoco fuimos capaces de verlo– que en este período se había creado una nueva situación en España que reclamaba, a grito pelado, un cambio de táctica en la lucha contra el régimen franquista. En su lugar, los dirigentes-dioses, nos envían nuevos hombres para hacerse cargo de la dirección de la AGLA, como si el problema residiera en los hombres y no en la situación de retroceso de la lucha armada que se había creado.

Por otro lado, el envío de estos hombres para dirigir la AGLA, demuestra claramente que Carrillo no tiene confianza en los hombres del interior y confía sobre todo en los hombres que han estado en la Unión Soviética, porque están bien preparados políticamente.

Estos hombres llegan a la AGLA con mucha política en sus cabezas pero ignorantes de la situación de España y de las condiciones en que tiene lugar la lucha armada. En este aspecto, están en la luna de Valencia. Y no deja de ser aleccionador que los hombres bien preparados políticamente, los que a cada paso encontraban algo que criticarnos,

fueran cayendo en los asaltos a los campamentos, en tanto que los faltos de moral, los políticamente mal preparados, los que no hacíamos vida de partido ni comprendíamos la situación, mantuvimos el espíritu de la AGLA y la personalidad del PCE donde quiera que nos encontrásemos. Con nuestros errores y fallas fuimos las dos docenas de veteranos de la AGLA los que sobrevivimos a esta triste historia, que no llamaré heroica pero sí llena de sacrificios dignos de más consideración por parte del PCE.

Digo al comienzo de estos recuerdos que no es mi propósito buscar “cabezas de turco” y no las busco, pues considero que es la forma más fácil y más deshonesto de cargarle el mochuelo al primer llegado. Voy simplemente rememorando y, al hacerlo, me vienen a la mente actitudes que unos y otros mantuvimos en tal o cual situación y demuestran que todos andábamos por las ramas.

El que después de todo esto intente cargar sobre las espaldas de los guerrilleros y sobre la falta de “vida de partido” en la agrupación, la responsabilidad de todos nuestros fracasos y de todos los muertos, dará prueba de una ignorancia total de las condiciones en que se desarrolló la lucha armada contra el franquismo y de la mentalidad que se había enseñoreado del Partido Comunista de España en Francia.

Se nos puede responsabilizar de haber facilitado a la dirección del partido informes inflados, carentes de objetividad, hechos a la imagen y semejanza de las ideas de Carrillo sobre la lucha armada. Ir más allá es salirse por peteneras, zafarse de la responsabilidad de unos hechos que a todos nos incumben en mayor o menor grado.

Pepito

Conocí a *Pepito* pocas semanas antes de que se fundara la AGL y como ya dejo dicho, la primera vez que lo vi me dio la impresión “de un águila destrozada de un tiro”. Era desaliñado y poco cuidadoso de su persona. De cara ovalada, corriente, en la que destacaba una mirada penetrante, inteligente y llena de vida bajo los cristales de unas gafas redondas. Ni enclenque ni robusto, daba el aspecto de una persona de lo más normal. Sin embargo, bajo este aspecto se ocultaba al hombre calculador, decidido y dominante, de reacciones rápidas y precisas ante cualquier imprevisto.

Pese a su carácter dominador, se llevaba bien con todos y muy especialmente con *Grande*, con el que había estado internado en el campo de Porta-Coeli y con el que más tarde

volvería a coincidir en la guerrilla urbana de Valencia. *Pepito* era un hombre que tenía mucha confianza en sí mismo y en su pistola... que siempre llevaba a punto de caramelo y a la que no había más que quitar el seguro con un movimiento del dedo pulgar para empezar a disparar.

De la confianza que *Pepito* tenía en sí mismo y en su pistola, pueden dar una idea los dos casos siguientes, el primero lo escuché varias veces de labios de *Grande* y el segundo de los del propio *Pepito*:

“Andaba *Pepito* caminando por la acera de una calle y vio en la de enfrente a una pareja de la Guardia Civil. En lugar de intentar pasar desapercibido, sacó su pistola. y mostrándola a los civiles pasó de largo sin que éstos se atrevieran a moverse”.

“Estando *Pepito* en Valencia, se vio con su madre y ésta le preguntó: “¿Hijo, cómo te ganas la vida?”, y éste le respondió: “¡Con ésta, madre, con la churrasca!” Y, levantándose el faldón de la chaqueta, le mostró la culata de la pistola.

Estos dos casos pueden dar una idea del carácter que tenía *Pepito* y de sus reacciones.

La dinamita que cogiéramos en el asalto a las minas de Libros, hacía meses que estaba quemada y *Pepito*, con su carácter dominante, planteaba con insistencia la necesidad de hacernos con explosivos y bombas de mano. Con este fin, *Poeta*, *Elías* (también era conocido por *Durruti*) y *Peñaranda II*, recorrían la sierra de Javalambre y la del Toro buscando los obuses y bombas que habían quedado abandonados en las trincheras de la guerra para desmontarlos y recuperar la trilita. Por este procedimiento, se recuperaron algunas bombas de piña a las que se les cambiaba el fulminante y quedaban como nuevas. Se recuperó también algún explosivo y *Poeta* nos contaba con pelos y señales, que le ponían a uno carne de gallina, los sudores que le entraban al desmontar las espoletas de los obuses y desprender la carga a golpe de martillo. Y llegó lo que estaba en el ánimo de la mayoría de los guerrilleros: un día, desmontando una bomba de piña para cambiarle el encendido, le explotó en las manos causando su muerte y la de *Elías* que estaba a su lado; *Peñaranda II* también resultó herido en la cara y un trozo de metralla se le llevó la nariz.

Esto lo contaba *Peñaranda*, al que vi en un campamento de *Grande*. ¡Daba pena y coraje de verlo! Tenía la cara amoratada, con heridas y sin nariz. Daba pena ver su cara destrozada y aún daba más coraje pensar que todo se podía haber evitado si *Pepito*, con su carácter dominante, no hubiera hecho pasar su santa voluntad por encima de todas las advertencias que se le hicieron de lo que ocurriría un día. Solamente rectificó su conducta después de lo sucedido. Por este tiempo, *Ibáñez* salió para Francia y se llevó a *Peñaranda* para que lo curaran allí. Meses después, *Grande* me dijo que le habían practicado una operación que le devolvió su nariz desaparecida.

Estando con *Grande* y *Pepito* en un campamento provisional que *Francisco* había buscado hasta dejar pasar una movilización de la Guardia Civil, un amanecer nos dimos cuenta de

NUEVA ZONA GUERRILLERA

(de comienzos a noviembre de 1949)

Avanzadilla de descubierta

La decisión de Santiago Carrillo de continuar con la táctica trazada en el año 1944, de crear un movimiento guerrillero que llevara al pueblo español a las posiciones de la lucha armada contra el franquismo, agudizó más si cabe la situación crítica por la que atravesaba la AGLA. Las viejas zonas guerrilleras cansadas, aterrorizadas y “quemadas”, nos planteaban a cada paso la necesidad de descubrir nuevas zonas para dar un descanso a las viejas.

A esta necesidad imperiosa, *Pepito* le dio la definición de “ampliación de la zona guerrillera”, lo que supone una superchería pues oculta, o quiere ocultar, el verdadero problema que nos llevó a buscar una nueva zona guerrillera en un momento en que la lucha armada había entrado en un proceso de repliegue, que se mostró irreversible. La tarea era fácil de plantear..., pero difícil de realizar, sobre todo si se tenía presente que no andábamos muy sobrados de dinero.

Reunido el grupo con *Grande* y *Pepito*, nos plantearon el problema y llegamos al acuerdo de que saliera un reducido grupo como avanzadilla por la zona de Cofrentes, Muela de Cortes de Pallás, la Canal de Navarrés y sierra de Enguera, para preparar las

condiciones mínimas que permitieran el traslado del grupo a esta zona.

Para darle la mayor movilidad posible y que no se viera en la necesidad de suministrar a menudo, este grupo debería de estar compuesto por tres guerrilleros. Esta tarea recayó sobre los guerrilleros *Moreno*, *Ventura* y *Angelillo*, por ser levantinos. Se nombró responsable del grupo a *Moreno* y la tarea encomendada la cumplieron con éxito. (Como se deja ver, a tres guerrilleros, según la misión a cumplir, se les considera ya un grupo en la AGLA).

Partiendo de tierras conquenses, el grupo penetró en tierras levantinas. Más de veinte días estuvimos sin noticias de él. La tardanza no nos tenía demasiado preocupados, pues no circulaban rumores de encuentros con la Guardia Civil.

Un buen día se presentaron en el campamento. A pesar del cansancio de las noches de marcha, parecían satisfechos de su expedición. *Grande* y yo nos reunimos con ellos y nos informaron de todo el recorrido que habían hecho. Llegaron hasta la huerta valenciana, cerca de Alberique. Al bajar, en la zona de Cofrentes, entraron en una casa para suministrar; el río Júcar lo cruzaron entre Cortes de Pallás y Cofrentes, enfrente de la Muela de Cortes de Pallás (aunque parezca increíble, este paso lo usamos cerca de tres años). Entre el pico La Pedriza y el pico Caroch se detuvieron un par de días para descansar y tocaron otra casa. La familia les dio de cenar y hablaron con ella explicándoles quiénes eran y por qué luchaba la AGLA. Prosiguiendo su descubierta por la Canal de Navarrés, llegaron cerca del caserío de Benalí, en la sierra de Enguera, donde entraron en otra casa para suministrar. Desde aquí llegaron a lo que pudiéramos llamar huerta valenciana, por la falda del cerro Palmeral, cerca de Alberique y entraron en otra casa pequeña, de las que abundan por la huerta, para suministrar. Sus moradores, un matrimonio joven con una niña pequeña, todavía de teta, originarios de Yecla (Murcia), les dieron cobijo durante la noche y el día siguiente. Hablaron del franquismo y de la lucha armada para derribarlo, de las guerrillas y de la AGLA, de la República y del programa del PCE para la reforma agraria.

En todo este tiempo no vieron ni les dieron noticia de que la Guardia Civil estuviera movilizada. De regreso al campamento, volvieron a pasar por las casas ya mencionadas y calculaban que ninguna los había denunciado.

Con estas u otras palabras semejantes, ésta fue la información que nos dieron. Qué duda cabe que quedamos más que satisfechos, y que se podía trasladar el grupo a la zona y afianzarse hasta lograr abrir una nueva zona guerrillera.

Sin perder mucho tiempo y con un par de miles de pesetas que nos entregó *Grande* y después de colocar varias estafetas, salimos del campamento. En este traslado, el grupo quedó compuesto por los guerrilleros *Moreno* (como suplente), *Ventura* (como segundo suplente), *Angelillo*, *Víctor* o *Larry*, *Jacinto*, *José*, *Jerónimo*, *Vicente* y yo como responsable

del grupo.

En la sierra de Enguera

Al sur de la sierra Martés, rebasado el río Júcar y la Canal de Navarrés, comienzan las estribaciones de la sierra de Enguera, con una altura en el pico Caroch de 1.126 metros. Dejando Bicorp y Navarrés a mano izquierda y a la derecha, a caballo sobre la carretera de Requena-Almansa, Teresa de Cofrentes y Ayora, y después de bajar y subir barranqueras por las que discurren arroyos y ríos que llevan sus aguas al Júcar, se perciben unos pinares, medio agotadas sus reservas madereras por las continuas talas. Como queriendo ocultar su miseria a los caminantes que rara vez cruzan estas tierras, se encuentra el caserío de Benalf, nombre que nos debieron legar los árabes a su paso por España y que en su día debió llamarse Ben-Alí. Rodeando el caserío, a largas distancias hay esparcidas como tiradas por la honda caprichosa del pastor, una media docena de casas que desde los tiempos de Maricastaña han entrado en pugilato para ver cuál de ellas es más miserable, más sórdida. Un mal camino de herradura las tiene unidas al caserío, pues otro medio de contacto con la civilización no existe ni pueden esperar las personas que en ellas se cobijan, olvidadas de la mano de Dios y de los hombres. El que levantó estas cuatro paredes no se paró en establecer la diferencia existente entre los animales y las personas: un solo portal sirve de entrada a unos y otras en el mismo orden que queda dicho. Al franquearlo por primera vez siente uno en la nariz y en los ojos el escozor inconfundible del amoníaco producido por el tufo de los orines y excrementos en descomposición que se amontonan en la cuadra y del que se halla impregnada hasta la última piedra de la casa. Si alguien se pierde por estas tierras en verano, podrá ver a cuatro o cinco personas acartonadas, rodeadas de chicos y chacos, salir por la noche a tomar el fresco al portal. Por unos minutos se liberan de los nauseabundos olores a los que, dicho sea de paso, no prestan la mínima atención por formar un todo inseparable de su mísera existencia, de su pan cotidiano. En invierno, se hallará a estas mismas personas copando un fuego temeroso en el hogar de piedra bajo la campana de una chimenea negra y desconchada, llena de grietas por donde saldría huyendo la miseria si tuviera patas. Un puchero de barro donde se calienta la cena está arrimado a las brasas. Si la tarde se ha cerrado en lluvia, penetra por la chimenea y después de tomar contacto con las paredes, cae sobre las losas del hogar salpicando el puchero de un tinte negruzco y grasiento. Un candil colgado en cualquier parte con el pabilo encendido del que se elevan volutas de humo denso y maloliente, se esfuerza por disipar las tinieblas que, prendidas del techo, invaden toda la estancia. La débil llamita, oscilando de uno a otro lado a capricho de las corrientes de aire que penetran por una puerta mal ajustada y medio podrida, ora ilumina un trozo de pared mal revestida, ora una silla que parece embrujada, pues se mantiene en equilibrio con

solamente una pata ya que la luz no consigue iluminar las tres restantes. Una ráfaga de aire balancea el candil y logra sacar de este todo oscuro media cara de uno u otro dejando la otra mitad en el más completo olvido. Se sufre la impresión de haber penetrado en un mundo poblado de visiones espeluznantes donde sólo habitan medias personas y medios objetos. Ponen la mesa -si es que existe- y dan comienzo a la reparación de las fuerzas gastadas durante una jornada de sol a sol de trabajo agotador e improductivo. Desde su pesebre, el mulo parece llevar la cuenta de las cucharadas que cada uno se lleva a la boca pues va escanciando sus pedos y coces unidos al rumiar constante de sus quijadas, y uno no sabe si la cuadra forma parte de la cocina o la cocina de la cuadra.

En estas casas debieron habitar ya nuestros antepasados, los siervos del señor feudal. Hoy cobijan a seres “libres”, encadenados a una tierra improductiva, cansada de dar de qué malvivir a tantas familias como se han asentado en sus entrañas. Todo se confunde en ellas. Un mismo rincón, que la ironía ha dado en llamar alcoba se confunde con el cuchitril que sirve de dormitorio del hijo o de la hija. No queda espacio para el pudor y, desde la más tierna edad, pasan las noches en vela escuchando los resoplidos del padre y los suspiros de la madre; los secretos íntimos de la hermana se revelan brutalmente a los ojos del hermano. Se vive y se muere en promiscuidad con los animales, en un reino donde la incultura y el analfabetismo imperan despóticamente.

Pero... ¿Para qué necesitan estos seres la cultura? Si desde las entrañas de la madre están condenados a remover terrones de tierra..., si sus dedos jamás se mancharán de tinta..., ¡si se llora más a la oveja muerta que a la hija que yace enferma sobre un camastro de hojas de maíz!

En la mirada de estas gentes hay un fatalismo trágico: no esperan nada de nadie, todo lo confían a sus fuerzas y a sus brazos. Si un día éstos fallan por el agotamiento de las otras, no les queda otro recurso que esperar la llegada de la muerte en un rincón.

No hay ley que pueda dar a estas personas su condición humana mientras no se las arranque de estos pedregales y se las asiente en tierras productivas, con medios de comunicación, con escuelas, con médicos, en una palabra, con civilización.

El ya mencionado jefe de la Guardia Civil, Tomás Cossías, hablando de las zonas guerrilleras y del aprovechamiento del terreno por los guerrilleros dice: “... *se buscaba también que la densidad de la población fuera escasa y pobre...*”.

Desgraciadamente y para vergüenza de todos los gobiernos que he visto sucederse en España desde que tengo uso de razón, donde imperan reminiscencias feudales como el latifundio estrechamente ligado al minifundio, la aparcería, el arrendamiento y los diezmos, donde la riqueza se mide según las hectáreas de tierra y las dehesas que se poseen para pastos de reses bravas para la lidia y no se invierte una peseta para el desarrollo industrial, se tropieza uno

con la pobreza a cada paso que da.

Este largo preámbulo sobre algunas particularidades de la vida de los campesinos que puede ser aplicado a cualquier región de España, me ha distanciado del grupo y es necesario que vuelva a él.

Guiados por *Moreno* y *Ventura*, entramos en el término de Cofrentes. Hicimos alto en un montículo dando vista a la casa donde suministrara dos veces el grupo de exploración. Como mil veces habíamos hecho, pasamos el día vigilando todos los movimientos a su alrededor. Al oscurecer, *Moreno* y *Ventura* se acercaron a la casa con las armas escondidas bajo la manta que se echaron por encima de los hombros y haciéndose pasar por compradores de ganado, se tenían que enterar si la familia estaba sola o había gente de fuera. Al poco regresó *Ventura* y nos dijo que todo estaba tranquilo pero que teníamos que esperar hasta que metieran en la cama a los chicos pequeños. Regresó *Ventura* a la casa porque *Moreno* se había quedado solo con la familia y nosotros esperamos hasta que nos avisaran o vinieran a buscar.

Cuando nos avisaron de nuevo, nos deslizamos por la puerta del corral que se comunicaba por una escalera interior con la cocina donde nos estaba esperando el matrimonio, el hijo mayor de unos trece años y un cuñado de la esposa que hacía de pastor en la casa. Fuimos muy bien recibidos y al poco tiempo de estar conversando con el matrimonio ya éramos viejos amigos. Nos prepararon la cena y durante la misma se habló de todo un poco: de colmenas y miel, de trigo, de avena, de lo cara que estaba la vida y de los robos organizados por el franquismo con la entrega del Cupo Forzoso y la Fiscalía de Tasas; les leímos un *Mundo Obrero* que trataba de los problemas del campo y de la República.

La mujer nos dejó sorprendidos: de buenas a primeras nos cortó en nuestras explicaciones y empezó a despotricar contra el alcalde de Cofrentes, contra la Falange y todos sus acólitos.

La dejamos decir hasta que se le pasó el sofocón y, cuando pudimos volver a meter baza, le hicimos comprender que no debía hablar de aquel modo con personas que le eran desconocidas, que lo mismo podíamos ser guerrilleros que guardias civiles disfrazados.

Se nos quedó mirando con sus ojos inteligentes por los que asomaba una pizca de picardía burlona y, por primera vez, oímos decir en nuestras barbas que despedíamos un “perfume especial”: agrio, de ropa sudada y de humo y que el bronceado de nuestras caras no era solamente de los rayos del sol, sino también, de haber pasado muchas noches a la buena estrella. “*Esto, mozos, os descubre a la legua*”.

Aunque mi olfato no percibía estos olores (me parece que siempre sucede lo mismo, quien los despide no se da cuenta de ello), le aconsejamos que a partir de aquel momento no tenía que recibir a nadie que se presentara como guerrillero si no iba acompañado de uno conocido, que si alguien se presentaba como guerrillero y no lo conocía, fuera a dar cuenta

al puesto de la Guardia Civil.

Estas medidas de precaución no suponían ningún peligro para nosotros porque ningún grupo guerrillero podía entrar en zona que no le fuera asignada y presentarse en casas, de no ir acompañado por un guerrillero de la zona.

Comprendieron esta necesidad y nos aseguraron que así lo harían en adelante. Nos prepararon comida para unos días, pagamos la cuenta de todo, incluida la cena, y nos despedimos de la familia después de señalar una estafeta en el monte que atendería el cuñado (el pastor) y una contraseña en una ventana que daba de cara al monte.

Las sombras de la noche se tragarón al grupo por las trochas de montaña. En uno de los descansos comenzaron los comentarios sobre la impresión que nos había causado el matrimonio. Coincidimos en que la mujer era bastante habladora y que si se presentaba en la casa la contrapartida era posible que cayera en la trampa. El tiempo nos hizo saber que era mucho más inteligente de lo que habíamos figurado. Este punto de apoyo se mantuvo hasta los últimos días de la AGLA.

A la noche siguiente, hicimos alto dando vista al río Júcar, en una ladera escarpada donde difícilmente se podía encontrar un lugar donde estirar todo el cuerpo. En esta parte de su recorrido, el Júcar corre encajonado entre dos montañas: a la izquierda, las estribaciones de la muela del Albéitar y a la derecha, los acantilados de la muela de Cortes de Pallás. En Cofrentes las aguas son retenidas en el embalse de Embarcaderos y conducidas por un canal que baja bordeando el río a mano derecha y pone en movimiento las turbinas de la central eléctrica de Millares. Si el canal no lleva agua, el Júcar se hace difícil de vadear en este punto.

Desde este día, el Júcar, nos dio más de un susto. Recuerdo que, siendo *Ceferino* agregado al grupo, bajábamos los dos de enlazar con *Grande* y nos encontramos con la desagradable sorpresa de que el canal estaba seco y toda el agua la habían echado por la madre del río. Esperar a que abrieran la compuerta del canal era imposible porque lo mismo podían tardar un día que una semana. Nos desnudamos y nos metimos en el río. Cada paso, pese a que el agua estaba bastante fría, nos costaba un mar de sudores. Embistiendo contra las rocas, el agua levantaba penachos de espuma y formaba un ruido infernal. Cargados con la mochila y el armamento, nuestros movimientos eran torpes e inseguros, los pies no encontraban dónde afianzarse y con frecuencia nos teníamos que sujetar las piernas con las manos hasta que los pies encontraban asiento. Estando en mitad de nuestra travesía, *Ceferino* perdió el control de los movimientos y fue revolcado por las aguas. Logré darle el empujón hasta una roca y consiguió retenerse en ella, pero con la mochila mojada y el fusil terciado en bandolera no podía encaramarse. Me subí a la roca y le tendí una mano. Allí nos quedamos sentados hasta que se les pasó el tembleque que les había entrado a nuestras piernas. El

resto de la travesía no ofreció tantos apuros y alcanzamos la orilla sin más inconvenientes. Retorcimos la ropa y todavía pudimos encender un cigarrillo con un poco de tabaco que se había librado milagrosamente del remojón. Tirando un par de chupadas ansiosas, *Ceferino* exclamó: “*¡Coño!, ya me estaba viendo en la huerta valenciana sirviendo de abono a los naranjos!*”.

Como quiera que habíamos pasado el “trago” y los pies los teníamos en tierra firme, nos salió una risilla hipócrita, de valentones que venían de pasar mucho miedo. Nos estábamos quedando fríos con la ropa mojada pegada al cuerpo y la emprendimos con el camino para entrar en calor.

Si en estas travesías de ríos, tanto en invierno como en verano, con aguaceros y nieves, no cogimos todos una pulmonía que nos llevó con los pies para adelante, es que verdaderamente en el cielo había un Dios y era guerrillero.

Como iba diciendo, el río Júcar nos dio más de un susto. Empezamos a tapar los rastros que habíamos hecho. El “día” comenzaba al llegar el sol a su ocaso acariciando las crestas de las montañas teñidas de reflejos rojizos. A lo lejos, se dejaba oír el resonar monótono de las esquilas de un rebaño de ovejas en retirada hacia su paridera. Despacio, para que no rodaran las piedras, descendimos la pendiente donde habíamos pasado el día. Conforme nos íbamos hundiendo en el barranco, subía de tono el ruido del agua al chocar contra las rocas. Finalmente cruzamos un bancal mal labrado y, junto al tronco de una higuera que alargaba sus ramas retorcidas sobre el agua y cuyos higos mataron más de una vez nuestra hambre, nos paramos a descansar y encendimos un cigarrillo mientras se buscaba un paso. Tardamos bastante en encontrar una hilera de piedras que emergían del agua como la giba de un dromedario. Saltar de unas a otras y no resbalar y caer en el agua no fue tarea fácil. *Jacinto*, bajito y de pocas chichas, fue el que se vio en más aprietos para alcanzar la otra orilla sin bañarse.

Antes de atacarnos a la pendiente que se alzaba sobre nuestras cabezas formando un telón que se prolongaba hasta perderse de vista en las hoces del río, nos tomamos un pequeño respiro. Cruzar el canal no ofreció tantos cuidados, como topo roquero horadaba los salientes del acantilado. Por la boca de uno de estos túneles pasamos al otro lado. El ascenso se hizo lento y penoso, con demasiada frecuencia para nuestro gusto, la tierra cedía bajo la presión de los pies y en un santiamén deshacíamos dos metros de escalada. Un taco (por lo bajo) o una risita burlona, me advertía que las narices de alguien venían de tomar contacto con la tierra.

No se pudo evitar el dejar muchos rastros, aunque no era de esperar que fueran vistos, pues quedaban en la parte intransitable del canal. Llegamos a lo alto con las manos arañadas al asirse a lo primero que encontraban, ya fueran aliagas, espinos o piedras. El resto de la

noche lo anduvimos por una senda de cabras que a media ladera seguía la configuración del terreno. A nuestros pies se abría una barranquera angosta. Poco a poco se iba ensanchando hasta transformarse en un amplio valle sembrado de trigos y avena y bancales de garbanzos que resonaban dentro de las vainas como cascabeles al ser rozadas las matas por nuestros pies. Por los montes de La Pedriza nos detuvimos para visitar una casa donde *Moreno* había suministrado en el viaje de descubierta. Fuimos bien recibidos: nos prepararon una sartenada de gachas para cenar, nos vendieron algunos panes, bastante tocino y como doce o catorce kilos de harina, también les compramos la sartén en la que nos habían preparado las gachas, para hacer nosotros lo mismo. Pero de esta familia no pudimos hacer un punto de apoyo. Guardaron silencio, nos ayudaron cuando pasábamos cerca y sin comida, y nada más. Tenían mucho miedo a las consecuencias que podían derivarse.

Desde La Pedriza, tiramos por La canal de Navarrés, dejando el pico Caroch a mano derecha y después de pasado el río Grande (pequeño), por la rambla de Bolbaite, a la altura de Chella y Anna, buscamos un lugar donde establecer campamento.

Dejando el grupo a cargo de *Ventura* y *Moreno*, *Angelillo* y yo nos acercamos a otra de las casas que habían tocado en su viaje de descubierta. Se habló largo sobre los problemas del campo y la reforma agraria, sobre la República y la necesidad del derrocamiento del régimen franquista para poder llevar a cabo las reformas que el campesinado necesitaba. *Angelillo*, que había quedado de guardia, de vez en cuando asomaba las narices (que por cierto las tenía bastante grandes), para cerciorarse de que todo iba tranquilo.

Después de cenar todos juntos, quise pagar la cena pero La Rubia (así bautizamos a la hembra de la casa), que no era tal rubia sino que tenía el pelo de un ocre muy claro pero sin llegar a rubio, no aceptó ningún dinero. Les compramos una oveja, que se mató y descuartizó y que La Rubia fue friendo para que pudiéramos llevarnos el frito al monte. Bien pasada la media noche, salimos de la casa, se colocó una estafeta algo alejada de la vivienda y como señal de peligro, en una anilla que había para amarrar las caballerías colgarían un delantal o un trapo y, debajo, un taburete. Estas señales tenían que colocarlas al hacer de día y retirarlas una vez oscurecido si tal peligro no existía. Yo no sé por qué, *Moreno* bautizó esta casa con el nombre de casa de Pastrana.

De regreso al grupo, les informamos del buen resultado de nuestra visita a casa de Pastrana. Un par de días más tarde, siguiendo los caminos que semanas atrás recorrieran *Moreno*, *Ventura* y *Angelillo*, bajamos estos dos primeros y yo a la casita de la huerta valenciana. El resto del grupo se quedó bajo la dirección de *José* esperando nuestro regreso. Como en todo campamento, se colocaron estafetas por si se veían obligados a trasladarse a otro lugar.

Miguel (así bautizamos al cabeza de familia) nos dijo que a Yecla, allá por el año 1945, había llegado un guerrillero de los que pasaban de Francia. Por las señas que nos dio, *Moreno*

reconoció a uno de los componentes de su grupo de paso. Este hombre tenía organizado un grupito de cuatro o cinco amigos, del que formaba parte *Miguel*, y buscaba el contacto con el PCE. Acordamos una fecha para tener una entrevista con él en las afueras de Yecla. Colocamos una estafeta para comunicarnos y nos despedimos del matrimonio para reunirnos con el grupo al que encontramos donde lo habíamos dejado.

Aprovechamos la tranquilidad de la zona para hacer unos depósitos de comida. Estos depósitos consistían en hoyos que abríamos en la tierra para enterrar dos o tres damajuanas llenas de harina, arroz y alguna botella de aceite, bien protegidas de la humedad con bastante ramaje seco.

En la época de lluvias teníamos que desenterrarlas porque los hoyos se llenaban de agua y esperar a que las lluvias pasaran para volver a enterrarlas. Estos depósitos eran una previsión para cuando llegara la época de las vacas flacas.

La ausencia de un bosque escabroso en la nueva zona, nos convirtió en una especie de grupo volante, hoy se nos podía ver aquí y al día siguiente cuatro o cinco kilómetros más allá. Como quiera que las condiciones mínimas para nuestra estancia en la nueva zona se habían creado. Salí con *Vicente* y *Angelillo* para enlazar con el jefe del sector e informarle. *Grande* también me dio algunas noticias y no todas fueron agradables: me dijo que *Jenaro* (el paisano de *Francisco*) se había suicidado; también me comunicó que la dirección del PCE en Francia había recabado la presencia de algunos jefes guerrilleros para tener una reunión con ellos e informarse de la situación de la AGLA; y que *Pedro* (Francisco Bas Aguado) que había tomado la dirección de la AGLA desde la muerte de *Ricardo* sin contar con nadie, había salido para Francia con un grupo integrado por los guerrilleros *Rubio* (Manuel Pérez Cubero), *Lorenzo* (Manuel García Martín), *Mateo* (Agapito Esteban Mínguez) e *Ibáñez* como guía. *Mateo* no llegó a Francia, murió en un encuentro ¿con quién...?, ¿en qué condiciones? Éste es otro de los misterios de la AGLA que nunca me fue aclarado.

Coincidió con *Grande* en que *Pedro* había tomado una decisión unilateral a la que no estábamos acostumbrados en la AGLA. Los guerrilleros designados por él no podían facilitar al PCE una información global y detallada porque desconocían los distintos sectores de la AGLA. Pongamos por ejemplo: el *Rubio* podía informar del 17 y 23 sectores pero desconocía todo lo referente al 5 y 11 sectores; *Lorenzo* no podía informar de nada porque desconocía hasta los problemas del 11 sector al cual pertenecía; *Mateo* podía facilitar una información sobre la muerte de *Ricardo*, pero había muerto él también.

Pedro, como responsable de la AGLA, estaba en la obligación de conocer todos los problemas, pero nunca puso los pies por el 5 sector, fundamentalmente porque no supo ganarse la confianza de los guerrilleros con los que tropezaba muy a menudo. Llegamos así a la conclusión de que el grupo elegido por *Pedro* para informar al PCE dejaba mucho

que desear.

Si de verdad se quería informar al PCE, *Pedro* tenía al alcance de la mano a guerrilleros más experimentados en la lucha armada y en los métodos represivos empleados por el franquismo. Bajo mi punto de vista, el grupo tenía que haber estado compuesto por los guerrilleros *Paisano*, *Moreno*, *Rubio* y *Grande* y el que no podía faltar bajo ningún pretexto era *Francisco* (Emilio Argilés Jarque, de las casas del Marqués). Este último era el guerrillero que tenía una visión más clara de nuestra situación y del porvenir que nos aguardaba.

Me quedo con la duda de si esta reunión no sería el punto de partida de todas las tozoladas que después recibimos. Antes de despedirme de *Grande*, convinimos en una fecha en que bajaría para visitar la nueva zona. Se quedó con *Vicente* para que le sirviera de guía y agregó al grupo al guerrillero *Ceferino* (Roberto Álvaro Durbán, primo de *Viriato*).

En el puerto de Almansa

De vuelta a la sierra de Enguera, nos encontramos a *Moreno* con el grupo por los montes de Cofrentes donde se había trasladado para esperar nuestro regreso. Le comuniqué la muerte de *Jenaro* y que *Pedro* había salido para Francia con un grupo para informar a la dirección del PCE sobre la situación de la AGLA. También le dije que *Grande* tenía pensado bajar para visitar la nueva zona. Por su parte, *Moreno* me habló del punto de apoyo, de que atendían la estafeta regularmente y que las señales de peligro, como les habíamos indicado, las colocaban al hacer de día y las retiraban una vez oscurecido y que les había dejado dinero para que nos compraran alpargatas. Le dije que avisara al grupo de que iba a tener una reunión para informar y que pensaba plantear la necesidad de realizar alguna operación que nos diera a conocer en la nueva zona. De esta reunión salió el acuerdo de desplazarnos hasta el puerto de Almansa y hacer descarrilar un tren mercancías.

A la noche siguiente, levantamos el campamento y nos acercamos al río Júcar para vigilar el paso. No vimos nada anormal y, por la noche, después de tapar los rastros, vadeamos el Júcar. Por la muela de Jalance hicimos alto y nos acercamos hasta la casa de La Pedriza, para que no perdieran la costumbre de vernos de tanto en tanto. De aquí llegamos hasta el río Grande, donde hicimos alto un par de noches para lavar nuestra ropa sucia y lavarnos el cuerpo, ¡que buena falta nos hacía!

Llegados a los montes de Benalí visitamos el punto de apoyo de casa de Pastrana y

suministramos para nuestro desplazamiento al puerto de Almansa. En fila india, tomamos por una pista de sacar madera. Ni media hora llevaríamos caminando por ella, cuando nos dimos de narices con un mozo que venía en dirección contraria. El susto que se llevó al ver un grupo de gente armada fue mayúsculo. Como bien pudimos lo tranquilizamos y como siempre en estas situaciones, cargamos la nota en la necesidad de que guardara silencio si no quería verse en mayores apuros. Nos prometió en todos los tonos que no diría media palabra a nadie. Antes de dejar que siguiera su camino le tomamos el nombre (sólo recuerdo que éramos tocayos) y le entregamos un *Mundo Obrero* como prueba de que no éramos ninguna contrapartida de la Guardia Civil.

En el puerto de Almansa, acampamos en un montículo a corta distancia de la vía férrea para controlar la hora del paso de los mercancías. A la noche siguiente, nos llegamos hasta el tendido y, con el fin de evitar el daño que se pudiera a los maquinistas, colocamos la carga de explosivos de forma que la máquina quedara fuera de la explosión. Tiramos propaganda por los alrededores cuando el tren se acercaba a la “estación” que le habíamos preparado y sin prisas nos fuimos retirando. Hubo un momento en que todo el grupo se detuvo preso de la misma ansiedad: el tren había pasado por encima de la carga sin que ésta hiciera explosión. Aquello me parecía imposible, en toda mi vida guerrillera en Francia y en España, era mi primer fracaso en preparar una carga y no podía admitirlo. Estando en estos pensamientos retumbó la explosión, los vagones entrechocaron y la máquina dejó escapar un pitido largo y estridente. Nos miramos satisfechos y continuamos la ruta.

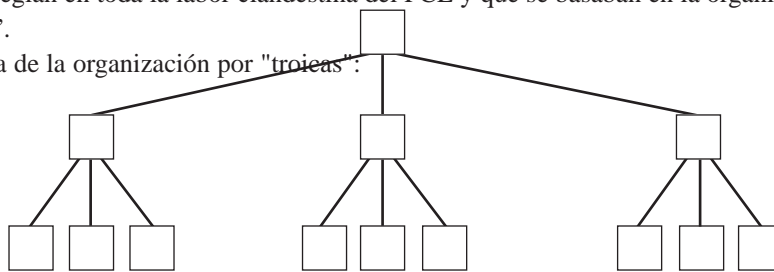
La vuelta hacia Benalí la hicimos por caminos desconocidos. Nos faltó la comida y tocamos una casa que bautizamos con el nombre de casa del Conejo porque nos mataron un conejo para cenar. El mediero, un antifranquista al que le habían despojado de la tierra que le entregara la República, hablaba mucho contra el régimen franquista pero tenía también mucho miedo a comprometerse. Con todo, se avino a colocar una estafeta por si volvíamos a pasar por la casa pero nunca logramos hacer de ella un punto de apoyo seguro. Nos sirvió únicamente en la media docena de veces que nos desplazamos hasta Yecla. De aquí nos dirigimos a casa de Pastrana donde La Rubia, que era la que llevaba las riendas del poder, nos informó de que la Guardia Civil había estado recorriendo los montes a causa de un chivatazo. Inmediatamente sospechamos del mozo que nos tropezáramos en la pista. Sin dejar traslucir de lo que se trataba, pedimos detalles sobre él y toda la familia. Resultó tener algún parentesco con Pastrana, aunque no guardaban muy buenas relaciones. Nos dijo que el padre había muerto durante la guerra y que la viuda con dos hijas, que a la sazón se encontraban sirviendo en Barcelona, y el hijo, vivían no lejos de allí.

Como quiera que la cita para la entrevista con el grupito de Yecla se aproximaba, dejamos lo del chivato para otra ocasión. Quedó el grupo a cargo de *Ventura y Moreno. Angelillo* y yo

salimos para acudir a la cita que habíamos convenido con *Miguel* (el cabeza de familia de la casita de la huerta) sobre la carretera de Yecla a Caudete, a la altura del caserío de Herrada del Mancot en la sierra del Príncipe. De Yecla salieron acompañando a *Miguel* dos mozos (no puedo recordar el sobrenombre que les pusimos, aquí los llamaré *Ramos* y *Rojo*) y el guerrillero entrado de Francia que, efectivamente, resultó ser uno de los componentes del grupo de paso de *Moreno*.

Todos juntos nos trasladamos a un caseto en las afueras de Yecla y se trató fundamentalmente de la organización del PCE allí y de las medidas de seguridad que se tenían que tomar para preservar a la organización de los zarpazos del régimen franquista. Éstas no eran otras que las que regían en toda la labor clandestina del PCE y que se basaban en la organización por “troicas”.

Esquema de la organización por “troicas”:



Al ex guerrillero llegado de Francia se le aconsejó quedar al margen de la organización del partido porque seguramente la Guardia Civil lo tendría vigilado y le echaría el guante encima tan pronto se notara alguna actividad en el pueblo.

Ante la imposibilidad de ganar el bosque antes de que se hiciera de día, nos quedamos en el caseto, que era propiedad, no recuerdo si de *Ramos* o de *Rojo* y, después de colocar una estafeta que atenderían en fechas fijas, se marcharon al pueblo por separado. La estafeta se colocó en terreno descampado donde no hubiera árboles ni tapias para ocultarse y que pudiera ser vigilada desde el monte.

De regreso al grupo, pasamos unos días recorriendo la zona y visitamos un par de veces el punto de apoyo de casa Pastrana.

Desde los montes cercanos a casa de Pastrana, pasamos a los montes de Cofrentes y buscamos campamento por las lomas del cerro Repunta, desde donde visitamos la estafeta que teníamos con *Vicente* para cuando bajara con *Grande*. No había nada y colocamos dentro de una cajita metálica una nota diciéndoles que todas las noches pasaríamos por la

estafeta y que nos esperaran cerca, y que para darnos a conocer golpearíamos con una piedra contra el tronco de un pino. Visitamos la casa del punto de apoyo después de pasar por la estafeta en la que había una nota con dos palabras: “todo tranquilo”. Como de costumbre, entramos por el corral y pasando entre las ovejas dimos los dos golpes convenidos en el techo. Se asomó el pastor y nos hizo subir a la cocina. (Durante tres años yo no sé cuántas veces se repetiría esta misma escena. Nunca entramos por la puerta de la casa que daba sobre el camino, siempre por el corral).

No habíamos puesto los pies en la cocina, cuando Adelina (así se llamaba la mujer de la casa) nos disparó a bocajarro: “*¡ya habréis sido vosotros los del tren de Almansa!*”. “*¡Pues sí, paisana, hemos sido nosotros!*” -le respondió Moreno-, dándole toda clase de detalles.

Les pedimos informes sobre los servicios que realizaba la Guardia Civil y nos dijeron que la pareja realizaba su recorrido acostumbrado por las casas del Oroque y no se salían de los caminos. El pastor, el cuñado de Adelina, corroborando esta información, nos dijo que llevaba muchos años sacando el ganado a pastar y que nunca se había tropezado con una pareja de guardias en el monte.

Tranquilizados por este lado, pasamos a lo tocante a la comida y quedamos sorprendidos cuando nos dijo: “*Cargados con tanto hierro, no sé si os podréis llevar todo*”. Nos habían comprado latas de sardinas en aceite y escabeche, leche condensada, azúcar en terrones, varios pares de alpargatas y como seis u ocho kilos de arroz y tres o cuatro botellines de linimento “Sloan”; de su propiedad particular nos tenían preparado un par de arrobas de patatas, media talega de harina y una oveja en canal salada y puesta a secar en el desván.

Pasamos la cuenta de todo, lo pagamos y casi nos quedamos sin “linda”. (Creo que lo dicho merece un par de aclaraciones: El linimento “Sloan” lo usamos para darnos friegas por el cuerpo después de cruzar los ríos y en invierno para luchar contra el frío. También era un procedimiento eficaz contra los piojos, el olor penetrante de la trementina no los dejaba vivir en las costuras de las camisas.

Sobre las patatas, la Sra. Adelina nos aconsejó cocerlas con piel porque así eran de más alimento y nos evitábamos el trabajo de pelarlas y tener que ocultar las pieles para que nadie las viese). Salimos de la casa con las mochilas bien llenas. Recuerdo perfectamente que nos llevamos un cuarto de oveja para hacernos una buena olla de patatas con carne pues estábamos ya hasta las narices de gachas. Las latas de leche condensada y de sardinas fueron por lo menos diez o doce, pues se repartió a una de cada por hombre. Estas latas nadie podíamos abrirlas a nuestro capricho, se tenían que guardar para días críticos en que no tuviéramos comida ni perspectivas de tenerla.

Como habíamos dejado indicado en la estafeta, todos los días sobre media noche, se pasaba

a visitarla. Me parece que fueron *José y Jerónimo* quienes bajaron una noche a visitar la estafeta y regresaron con *Vicente y Grande*. Pero no venían solos, con ellos venían *Simón y Francisco*. Excuso decir que nos llevamos una gran sorpresa y un alegrón grandísimo.

En la reunión que tuvimos con *Grande*, le informamos del descarrilamiento del tren mercancías, de nuestro viaje a Yecla, así como de que en la zona teníamos un chivato al que pensábamos ajustar las cuentas. Por su parte él nos dio noticias de los grupos del 5 sector que lo estaban pasando bastante mal y que en el mes de octubre del año pasado había llegado *Ibáñez* con un grupo de Francia y que la dirección del PCE enviaba a un camarada como asesor político para la AGLA llamado *Teo*; es decir, *Teo* llegó a la AGLA cuando el grupo se preparaba para salir hacia la nueva zona guerrillera.

Finalmente, nos comunicó que traía unos miles de pesetas para el grupo. Si grande fue la alegría cuando los vimos llegar, más lo fue en este momento. No recuerdo la cantidad que me entregó, pero andaría rondando las diez mil pesetas.

Bien se dice que “Dios aprieta pero no ahoga”, pero algunas veces se olvida de que está apretando y casi hay que recurrir a la respiración artificial para reanimar el cuerpo. ¡Vaya!, que debe de ser algo olvidadizo, digo yo.

Visitamos varias veces al punto de apoyo para que *Grande* los conociera y que lo conocieran a él. Hablé con todos sobre el significado de nuestra lucha por la República y de la labor que realizaba el PCE en nuestra ayuda. Con la Sra. Adelina congeniaron muy pronto y en un periquete le contó media docena de chistes de su gran repertorio, hasta que hubo que decirle “¡eh!, *Grande*, que el tiempo pasa y tenemos que marcharnos”.

El “*Medio Mullau*”

Nos trasladamos a los montes de Benalí para que *Grande* conociera la zona y visitara el punto de apoyo de casa Pastrana. Como de costumbre, *Grande* cayó en la casa como los gatos, a cuatro patas. No conozco un solo caso en que *Grande* no fuera apreciado por los puntos de apoyo con los que entraba en contacto, con su carácter alegre y sus chistes, se ganaba a todo el mundo.

Desde aquí, nos acercamos a la casa del chivato con la idea de ajustarle las cuentas. Todo el día lo pasamos vigilando la casa y después de que encerraran el rebaño de ovejas, nos metimos en ella. Encontramos a sus moradores en la cocina. Eran éstos un matrimonio con

una hija de unos quince o dieciséis años. Al preguntarles por el hijo, nos contestaron que no tenían ningún hijo, que, seguramente, la persona que andábamos buscando se tratara de un sobrino que vivía con su madre en una casa que aparecía un poco más arriba. Estando en estas explicaciones, entró uno de los guerrilleros que estaban apostados de guardia llevando por delante a nuestro hombre. Nos reconoció en el acto y le mudó el color de la cara. Por nuestros modales, que no fueron nada finos, la familia empezó a dar señales de alarma. Les explicamos con paciencia el encuentro en la pista de días anteriores y cómo el sobrino, después de prometernos que guardaría silencio, había ido a dar parte a la Guardia Civil y que, por lo tanto, veníamos a saldar la cuenta pendiente con él. La mujer se quedó que no sabía lo que le pasaba ni dónde meter sus manos. En mil formas nos rogaba y suplicaba que no le hiciéramos nada al mozo. El marido y la hija estaban callados y no hacían más que observarnos. Se adivinaba que trataban de averiguar si cumpliríamos nuestra amenaza. Nuestro talante no debió tranquilizarlos en nada porque de pronto la muchacha rompió a llorar como una Magdalena. El padre le dijo palabras de consuelo pero su voz le traicionaba...

Saltaba a la vista que aquellas personas no tenían mala fe. Prolongar esta situación era un martirio para todos y decidimos salir de ella cuanto antes, sujetando al mozo por un brazo, lo empujamos hacia la puerta... De un salto, su prima se colocó delante de la puerta con los brazos en cruz y cerrándonos el paso. (Hacía falta ser mujer y tener quince años para atreverse, con las manos limpias, a cerrar el paso a un grupo de hombres armados, mal vestidos y peor calzados lo que, indiscutiblemente, tenía que darnos un aspecto bastante patibulario). Una voz del padre le hizo apartarse de la puerta. Salimos fuera y dejamos tres guerrilleros de guardia en la casa.

Por el camino, y a una seña que le hice a *Grande*, nos quedamos unos pasos rezagados para ponernos de acuerdo sobre lo que debíamos hacer. Coincidimos en que, teniendo en cuenta que nada nos podía diferenciar de las contrapartidas de la Guardia Civil, no podíamos matar a una persona por habernos denunciado por primera vez.

Conociendo de largo a todos los guerrilleros del grupo, estábamos seguros de que esta decisión sería bien acogida por todos pues, en las caras alargadas y preocupadas, se notaba que no sentían la necesidad de hacer tal justicia (o más propiamente, injusticia).

Llegamos a la casa, separada de la que veníamos de abandonar unos trescientos metros, y nos encontramos a la madre sentada en la cocina junto al hogar. Al ver entrar a tanta gente armada, se sobresaltó y vino a colocarse al lado de su hijo. Cuando apenas logramos tranquilizarla, le pedimos que se sentara de nuevo, que veníamos tan sólo a decirle lo sucedido. No muy tranquila de nuestras intenciones, nos estuvo escuchando sin despegar los labios y respiró aliviada cuando *Grande* le dijo que por ser la primera vez a su hijo no

le pasaría nada. Terminado el “carrete” de recomendaciones y advertencias, bajamos juntos a la otra casa para que todos se quedaran tranquilos. Reunidos en la cocina, se les estuvo explicando el objetivo de nuestra lucha contra el franquismo, y al despedirnos las dos familias se ofrecieron para ayudarnos en lo que buenamente pudieran.

Y así nació el punto de apoyo del “*Medio Mullau*” o la “*Chatica*”, que por estos dos nombres fue conocido por los guerrilleros, y el de sus tíos que, junto con la casa Pastrana, fueron los puntos de apoyo del grupo durante dos años y medio en la zona de Benalí. Se comprenderá que eso de “*Medio Mullau*” lo usábamos entre nosotros. En la casa, al mozo lo llamábamos por su nombre de pila, José.

Nunca supo esta familia y tal vez jamás llegaran a enterarse, de la suerte que tuvieron de que fuese *Grande*, como jefe del sector, el que acompañara al grupo aquella noche. Si en su lugar hubieran bajado *Pepito* o *Teo*, por ejemplo, o alguno de los guerrilleros que después pasaron por la AGLA, estoy casi seguro que las cosas no se hubieran solucionado de tan buena manera.

Desde aquí nos trasladamos nuevamente a los montes de Cofrentes, en el Oroque, desde donde salió *Grande* con *Simón* para su campamento por la zona de Titaguas y nos dejó a *Francisco* en el grupo para que se fuera haciendo con la zona. Antes de separarnos, colocamos una estafeta particular que tendríamos que atender personalmente. Esta medida preventiva hacía tiempo que la veníamos practicando debido a las deserciones y al estado de inseguridad que se respiraba en toda la agrupación.

En los días que estuvimos por el Oroque, nos acercamos un par de veces al punto de apoyo e hicimos un buen depósito de comida con leche condensada, garrafas de harina, arroz y aceite y nuestras consabidas latas de sardinas; también escondimos una sartén y una olla para no ir de un lado para otro arrastrando los chismes de cocina. Esta medida hacía meses que se había generalizado en el 11 sector y nos fue de una gran ayuda para no morir de hambre cuando la Guardia Civil empezó a no dejarnos un día de reposo.

Una vez más cruzamos el río Júcar y nos encaminamos a los montes de Benalí. Volvimos a montar campamento por los altos de la rambla de Bolbaite y el río Grande, no muy lejos de casas de la Gorda.

José

Desde el año 1947, en que el grupo realizara el control de las cuestras de Ragudo (Castellón) hasta la fecha, sería de esperar que la mentalidad de *José* hubiera cambiado en algo. Pues ¡no! Seguía en sus trece. No se había convencido todavía de que los tiempos en que andábamos por el monte sin temor a ser denunciados por los campesinos habían pasado a la historia, y repetía incansable *“que había que ligarse al pueblo. Que la dirección del PCE siempre había recomendado y recomendaba, la ligazón con las masas como el medio más seguro y eficaz para preservar a las organizaciones del partido y, en nuestro caso a las guerrillas, de los zarpazos del régimen franquista”*.

No nos descubría con esto las Américas. Sobradamente sabíamos, y la experiencia de tres años de guerrillas nos lo había demostrado, que cuando la población campesina veía en la lucha guerrillera una perspectiva a la salida de la situación de España y pudimos contar con su apoyo, aunque limitado y sin decidirse a empuñar las armas, a las fuerzas represivas les fue muy difícil localizarnos. Pero... ¿Cómo ligarse al pueblo? Y en nuestro caso... ¿Cómo ligarse al campesinado cuando nuestra presencia más los llenaba de pánico que de otra cosa por las consecuencias que se podían derivar? Y, en definitiva... ¿Cómo armonizar la ligazón con las masas y al mismo tiempo predicar la abstención en los sindicatos verticales y en las hermandades de labradores donde estaban concentradas?

Aquí, como todos, *José* se estancaba y no sabía qué argumentos esgrimir. Todo era dar vueltas como una noria y repetir lo que para nosotros estaba olvidado: *“Hay que ligarse al pueblo...”*. *“Hay que ligarse a las masas...”*.

Me hacía el efecto de un disco rayado sobre el que saltara la aguja y viniera a caer siempre en el mismo sitio. Esta serenata la tuve que oír tantas veces y siempre con el mismo resultado que llegué a preguntarme: ¿Por qué siendo todos tan “agudos” y nosotros tan “cazursos” no nos decían cómo teníamos que ligarnos al pueblo? ¿Dónde se escondía esa tecla mágica que con solamente tocarla nos tenía que abrir todas las puertas?

¡Ni Dios lo sabía! Todo se achacaba a la pasividad y el comodismo y cada uno tomamos por pueblo a nuestras ideas, o las prestadas o ¡vaya usted a saber! Y desde lo alto de nuestro morabito señalamos un camino recto, con escollos pero recto en lo que sólo era un laberinto lleno de encrucijadas y falsas salidas, y, aunque en cada encrucijada y salida falsa podíamos plantar una cruz -¡y nos hubieran faltado cruces!-, seguimos haciendo proselitismo para nuestras orejas, seguramente por el placer de escuchar nuestra voz.

Algo de todo esto tenía *José* y no comprendía que los guerrilleros no estábamos ya para entradas en pueblos y organizar charlas con los campesinos.

La inactividad del grupo en cuanto al planteamiento de acciones típicamente guerrilleras, hizo que *José* escribiera un artículo en nuestro “Mural” quejándose de nuestra pasividad y

proponía hacer alguna emboscada a la Guardia Civil.

Tanto *Moreno* como yo, nos esforzamos en que comprendiera que en la zona donde hacía vida el grupo no podíamos atacar a los civiles por el peligro que suponía para los puntos de apoyo y que fuera de ella, nos faltaba toda clase de información. ¡Menos mal que no dependía de *José* y que nadie del grupo compartía su criterio! Pero tanto insistió que, de acuerdo con *Moreno* decidimos que saliera con un grupo para colocar unos petardos en la vía del ferrocarril al paso de un mercancías.

De los guerrilleros que salieron con él recuerdo a *Jerónimo*, *Angelillo*, *Jacinto*, *Víctor* y *Ceferino*. A los pocos días regresaron y *José* nos informó que no habían podido hacer nada porque la vía estaba vigilada por la Guardia Civil. Hablando aparte con *Angelillo*, me dijo que la vigilancia se trataba de una pareja de la Guardia Civil y que alejándose un poco más podían haber colocado los petardos sin ningún riesgo pero que *José* decidió retirarse.

Una vez más los refranes populares tenían razón: “perro que ladra...”. Y éste era el hombre que siempre estaba criticando nuestra inactividad. Su fe ciega en todo lo que venía de la dirección del PCE le hacía perder de vista la realidad que nos cercaba, el cansancio de los puntos de apoyo que más de una vez nos dieron a comprender que nuestro sacrificio era estéril y que más nos valía regresar a Francia.

A los pocos días, de acuerdo con *Moreno* y *Ventura*, planteé en una reunión del grupo apoderarnos de un mercancías y mandarlo sin mandos vía adelante. Si alguien quería darse por enterado podía hacerlo a su gusto. Sin necesidad de entrar en discusiones con *José*, me proponía cerrarle el “pico” de una vez para siempre.

El lugar elegido para la operación fue el apeadero de La Parrilla (Valencia). El plan era de lo más sencillo: el grupo se aproximaría hasta el apeadero y una vez oscurecido, a la hora que pasaban los mercancías, tomaríamos el apeadero. A derecha e izquierda se colocarían dos guerrilleros de guardia por si aparecía la Guardia Civil y hacer fuego sin previo aviso. *Moreno* y tres más tenían que mantener tranquilos a los empleados mientras que otros dos me acompañarían para apoderarnos de la máquina y mandar el tren sin mandos contando que al tomar velocidad saltaría de los raíles formando el consabido montón de chatarra retorcida. La operación tenía que durar unos veinte minutos.

Todo resultó conforme lo habíamos previsto, salvo que en uno de los vagones de mercancía viajaba la Guardia Civil, con la que *Moreno* y los que estaban con él se liaron a tiros. Desde la máquina no pude ver nada de lo que pasaba y me di prisa en lanzar el tren marcha atrás, en dirección de Játiva, de donde había venido.

Sin más complicaciones, nos retiramos hacia nuestros montes pasando por casa del Conejo donde recogimos algo de comida. Según decir de las gentes, el tren marchó sin control unos cincuenta kilómetros (supongo que algunos menos serían) y sembró el pánico en todas

las estaciones a su paso. Los guardias civiles que en él viajaban, unos saltaron del tren en marcha y se rompieron la crisma y a los que les faltó el valor para hacerlo, debieron de pasar su buen rato de miedo.

Contra todas nuestras suposiciones, el mercancías no descarriló; lograron meterlo en vía muerta por cerca de Játiva, y se destruyeron varios vagones en el “choquetazo” que pegó.

casa de la Madre

(Adelina Delgado Correcher)

Llegados a los montes de Benalí, visitamos los tres puntos de apoyo y en las tres casas nos hablaron del tren de La Parrilla y de la Guardia Civil que patrullaba por la zona. Decidimos dejarlos descansar y trasladarnos una vez más a los montes de Cofrentes.

En casa de los tíos del *Medio Mullau*, la hija le prestó a *Angelillo* un libro bastante gordo; creo recordar que tenía por título *Historia de una familia de proletarios a través de veinte siglos*. En esta historia, se habla de una mujer a la que el autor llama Madre de los Campamentos. La describe como una mujer cariñosa, inteligente y al mismo tiempo enérgica y que siempre ayuda a los campamentos de la tribu a que pertenece la familia, contra los ataques de las tribus vecinas enemigas. *Angelillo*, que tenía mucha confianza con la Sra. Adelina, le dijo un día: “*Es usted como la Madre de los Campamentos de un libro que he leído*”.

Desde este día se le llamó casa de *la Madre* y por este nombre fue conocida entre los guerrilleros del 5 y 11 sector. Nadie se puede adjudicar ser el padrino de este bautizo más que *Angelillo* (Gonzalo Cuallado Salinas).

Este punto de apoyo fue el sostén indiscutible del grupo en la nueva zona guerrillera. Sin *la Madre* nunca nos hubiéramos podido mantener en una zona donde solamente contábamos con cuatro puntos de apoyo, y tres de ellos bastante vacilantes.

Eran propietarios de unas tierras y de un rebaño de ovejas. Entre las parcelas y los animales podían haber vivido decentemente de no verse esquilados por el régimen franquista. Su enemistad contra el franquismo nacía precisamente de saberse robados, de estar doblados todo el santo día sobre la esteva del arado viendo madurar los dorados trigos que luego se llevaban las sanguijuelas del Cupo Forzoso y de la Fiscalía de Tasas por cuatro miserables pesetas. *La Madre*, una mujer rechonchita y vivaracha, con bata negra y el pelo del mismo color recogido en un moño que se sujetaba con unas horquillas en el cogote, no contaría más allá de los cuarenta y cinco años; no los aparentaba, como toda mujer campesina se le podían echar cinco o seis años más encima. Era la que hacía todas nuestras compras, ayudada en ocasiones por sus dos hijos mayorcitos atraídos por un no sé qué de aventura y peligro que los animaba y entusiasma. Les gustaba escuchar nuestros relatos y muy serios prestaban atención cuando le léamos a *la Madre* algún artículo de *Mundo Obrero*. Siempre

que pasábamos por la casa no nos dejaba salir sin antes haberle leído nuestra propaganda. El marido de *la Madre* no era tan decidido, puede decirse que era el punto flaco de la casa. Cuando acampábamos por el Oroque, en los montes de Cofrentes y nos acercábamos a la casa, el cuñado de *la Madre*, el pastor, lanzaba el rebaño de ovejas sobre los rastros y los hacía desaparecer. Los primeros meses, al entrar en la casa, ocultábamos las armas debajo de la manta para que no las viera el *Colmenero* y nos hacíamos pasar por compradores de ganado. Todos estábamos convencidos de que para él no éramos otra cosa que personas dedicadas a la compra de lana, pieles y reses. Su comportamiento no dejaba traslucir nada de lo que pasaba en su diminuta cabeza rubia. Se quedaba un rato con todos en la cocina hablando de sus abejas, por las que sentía una verdadera pasión, y de aquí también el que yo empezara a llamarlo *Colmenero*. Luego su madre lo metía en la cama. Se guardaba silencio hasta que conciliara el sueño y después dábamos comienzo a la lectura de nuestra propaganda, cien veces interrumpida para contestar a las preguntas que nos hacía *la Madre* sobre si los comunistas nos proponíamos nacionalizar todo. En este “todo” entraban sus tierras, su par de mulos, sus ovejas y colmenas.

Como buenamente pudimos, le fuimos haciendo comprender que los comunistas sólo proponíamos la nacionalización de aquellas ramas de la industria y de las finanzas que eran fundamentales para la economía y para la independencia y soberanía de España, que las tierras no se le tocarían a nadie, salvo aquellas de los grandes propietarios latifundistas y de los grandes terratenientes absentistas; que la Reforma Agraria se basaba en el reparto de la tierra de estos propietarios entre los campesinos pobres y obreros agrícolas (y ellos lo eran). Éstas y otras muchas explicaciones había que dárselas a *la Madre*, pues quería estar enterada de todo lo que guardara alguna relación con la tierra.

Se dieron dos situaciones que sirvieron para estrechar nuestros lazos de amistad con la casa de *la Madre*: se les murió un mulo y no tenían suficiente dinero para comprar otro. Cuando nos enteramos, le dijimos a *la Madre* que compraran otro, que nosotros pagaríamos lo que costara. Y así se hizo.

La otra situación se dio con un familiar -no recuerdo si era hermana o cuñada de *la Madre*- que tenía una hija pequeña (justo si empezaría a andar) que cojeaba de un pie. Como hijo de veterinario, le dije a *Víctor* que se lo mirara detenidamente y me diera su parecer. El diagnóstico de *Víctor* fue que con una bota ortopédica se podía curar la cojera de la chiquilla. Se le comunicó este parecer a la madre y se tropezó con el problema del dinero para pagar al médico y mandar hacer la bota. Como en el caso anterior, le dijimos que nosotros correríamos con los gastos pero que llevara sin falta a la pequeña a que la visitara un médico. El resultado fue tal como *Víctor* lo había predicho. Corrimos con los gastos de todo y todavía pudimos ver a la pequeña un año más tarde, andar bien y sin bota

ortopédica.

Serían los últimos días del verano de 1949 que *la Madre* logró ponernos en contacto con un comunista del pueblo al que llamamos *Aviador*. Con él tratamos de la posibilidad de organizar el PCE en Cofrentes y de ayudar a *la Madre* en las compras. En lo que se trataba de ayudar a las compras, se mostró dispuesto a todo, pero no sucedía lo mismo en cuanto a tratar de organizar el partido. El *Aviador* no se fiaba ni de su sombra. El régimen franquista se había preocupado de fomentar y alimentar este ambiente de sospechas y desconfianzas, y había calado muy profundo debido a la salvaje represión, en la mente de las personas. Nos ayudaban de una forma aislada pero cuando se planteaba el organizarse para luchar de una forma más eficaz contra el franquismo, ahí surgían los escollos, las barreras infranqueables con que tropezábamos a cada paso.

Tuvo que ser por estas fechas cuando fue agregado a nuestro grupo el guerrillero *Vías Grande* nos lo enviaba porque era hijo del terreno y podría ayudar a establecer nuevos puntos de apoyo. Mucho se esforzó en ello *Vías*, pero sólo consiguió que nos recibieran un par de veces sus familiares y, como quiera que vivían en una casa fuera del monte y de nuestras rutas, no nos pudieron servir de mucho.

Otras andanzas del grupo

Regresamos una vez más a los montes de Benalí y visitamos al *Medio Mullau*, a sus tíos y casa de Pastrana, a *Miguel*, en la huerta valenciana y a los amigos de Yecla.

En la ruta de Benalí a Yecla se hizo un punto de apoyo al que llamamos casa de la Cañada. Esta familia de medieros, el matrimonio y dos hijos salidos de quintas, se mostraron desde los primeros contactos muy entusiasmados y en varias ocasiones nos propusieron detener al patrón de la finca (un socialista o simpatizante) y sacarle algunos cuartos que tenía de sobra. Nunca nos prestamos a esta tentación porque para nosotros era más importante tener un punto de apoyo en esta ruta que las pesetas que se le pudieran sacar a esta persona. Este punto de apoyo lo empleamos en todos los viajes de ida y vuelta que hicimos a Yecla.

En una de las visitas al *Medio Mullau*, nos dijo que los de la casa del alcalde pedáneo de Benalí habían visto rastros en el camino y dado parte a la Guardia Civil. Ya anteriormente nos habíamos tropezado con uno de esta casa y también fuimos denunciados. No nos planteamos liquidar a este chivato porque ello suponía tener que abandonar la zona y no

teníamos tantas como para permitirnos el “lujo de quemarla” con el ajusticiamiento de un chivato. Por otro lado, teníamos el presentimiento de que la Guardia Civil sospechaba del *Medio Mullau* y sus tíos y hacer tal cosa suponía la detención, si no de las dos familias, sí de los de casa del *Medio Mullau*.

Para evitar mayores complicaciones, decidimos alejarnos por una temporada de aquellos contornos y dejar pasar la tormenta que empezaba a respirarse en el ambiente. Nos establecimos en las vertientes del río Júcar y nos vimos varias veces con el *Aviador* de Cofrentes al que, una vez más, insistimos en la necesidad de intentar organizar el PCE. No conseguimos nada. Únicamente, y después de mucho insistir y de hacerle comprender que solo nunca podría suministrar al grupo, logramos que se confiara a un hermano suyo (por cierto, nunca nos entrevistamos con él) para que le ayudara en las compras de comida.

No sé de dónde nos vino la información; creo que fueron los familiares de *Vías* quienes nos informaron de que, pegada a la carretera de no sé qué pueblo, el propietario de una finca, oficial retirado del ejército, tenía una pistola. Sin ninguna otra intención, decidimos hacerle una visita para que nos entregara el arma. Nos acercamos a la casa y la estuvimos vigilando desde el monte todo el día. Desde nuestro puesto de observación no podíamos ver la puerta de entrada pero nos dimos cuenta de que debía de haber bastante gente en la casa.

Empezaba a oscurecer cuando, dejando al grupo apostado en la era, junto a las paredes de un corral, *Ventura* y yo nos encaminamos a la entrada de la casa. Sentadas bajo las ramas de un árbol se hallaban un grupo de personas, hombres y mujeres. Al ver que nos acercábamos, uno de los hombres despegóse del grupo y vino a informarse. (Se comprende que para no levantar sospechas sólo íbamos armados con pistola y ésta oculta debajo de la chaqueta). Le pregunté si se hallaba en la casa Don Fulano de Tal y Tal y muy tranquilamente me respondió: “sí, señor”, al tiempo que me metía una pistola del 9 corto debajo de las narices y me ordenaba levantar los brazos.

No es necesario un gran esfuerzo de imaginación para representarse el resultado de tan inesperado encuentro con la boca negra de una pistola desde el momento que me encuentro escribiendo estas líneas.

Todo fue cosa de unos segundos. *Ventura* al verme encañonado por el tipo, salió corriendo hacia la era. ¡Vaya plan el mío y vaya ayuda que me había buscado!

En el momento de levantar los brazos, alcé el faldón de mi chaqueta y echando mano a la pistola le disparé dos tiros a quemarropa. Aquel hombre no tuvo tiempo de enterarse de lo que le pasaba; se le doblaron las piernas y se desplomó a mis pies como fulminado por un rayo. Aún me parece estarle viendo con la pistola del 9 corto en la mano rozándome, amenazadora, la chaqueta.

Desconociendo si el resto de las personas reunidas debajo del árbol estaban armadas y

viéndome solo, salí tras los pasos de *Ventura*. Al llegar a la era donde había dejado al grupo apostado, encontré aquello más solo que la una y un tropel de pasos en dirección de un barranco que se abría no lejos de la casa. El grupo, al llegar mi “guardia de corps” y oír los disparos, había puesto los pies en polvorosa. Les pegué un grito para que se pararan. No pude reconocer la voz, pero alguien dijo: “¡*parad, que es él!*” ¿Qué decirles...? ¡Sobran las palabras!

Ya es sabido que algunos van por lana y salen trasquilados, yo fui a por una pistola y le faltó un “vellón” para que no me dejara la pelleja.

Desde aquí nos dirigimos a casa de la *Madre* para suministrar y subir en busca del campamento del jefe del sector e informar de estos hechos. Ni a *Grande* ni a *Pepito* me quejé de la espantada pegada por el grupo y sobre todo, de *Ventura*. ¡Para qué complicar más las cosas de lo que ya estaban!

Por su parte, nos dieron noticias de que los grupos del 5 sector lo estaban pasando bastante mal y que la Guardia Civil había matado a *Luis* (el radista que envió el PCE en 1947) y *Argelio* (Herminio Montero Martínez, hijo de Eustaquio Montero y hermano de *Celia*, Remedios Montero Martínez). Los dos fueron muertos en septiembre de 1949 en Cuenca, en la plaza de San Juan.

Como consecuencia de la muerte de *Argelio*, su padre, Eustaquio Montero Cotillas, *Ricardo*, su hermano Fernando -*Luis*- y su hermana Remedios -*Celia*-, abandonaron su casa y subieron a las guerrillas; con esta familia, subió también Nicolás Martínez Rubio -*Enrique*-, padre de Esperanza Martínez -*Sole*-, Amada Martínez -*Rosita*- y Angelita Martínez -*Blanca*-.

Nos comunicaron la llegada de *Ibáñez* con el grupo de *Pedro* que saliera para informar a la dirección del PCE y que se encontraba todavía por el 17 y 23 sector. Me recomendaron que tratara de entrar en contacto con el PCE de Valencia por nuestra zona pues, desde la muerte de *Ricardo*, se había perdido.

Finalmente, nos comunicaron la desertión de *Vitini* con cuatro o cinco guerrilleros más. Esta desertión, por ser *Vitini* un veterano de los años 1944-45, hizo mella en *Pepito* y *Grande*, que siempre habían tenido una gran confianza en los viejos guerrilleros de los Montes Universales. Aunque no se decía a voces, en el ánimo general estaba que no podríamos aguantar mucho tiempo más.

Como casi siempre venía sucediendo en las reuniones, la piedra de toque fue la situación económica de la agrupación. *Grande* y *Pepito* fueron partidarios de que realizáramos un control para la feria de Játiva, que tendría lugar en fechas próximas.

Cayeron las preguntas de rigor sobre si veíamos algún inconveniente y se les dijo que sí, que inconvenientes había bastantes, sin contar los que suponía el desplazamiento del

grupo hasta las proximidades de Játiva: la zona era muy habitada y sin bosques, lo que suponía el mayor inconveniente para ocultar el grupo a dos o tres horas de camino del pueblo; había puestos de la Guardia Civil en casi todos los pueblos de la contornada y carreteras para desplazarse en corto espacio de tiempo no faltaban, lo que suponía el segundo inconveniente. El tercero consistía en que, como se nos escapara una sola persona al establecer el control, toda la operación se venía por tierra y nos colocaba en un aprieto al tener que retirarnos durante el día por un terreno descubierto.

Para terminar con una reunión que prometía no tener fin, le pedí a *Pepito* que, puesto que había pensado en un control para la feria de Játiva, me indicara por dónde me tenía que retirar con el grupo si surgía algún imprevisto.

Se disgustó bastante y con ello esquivó dar una contestación a mi pregunta. Toda su argumentación se cifró en que si me proponía realizar el control era porque él se sentía capaz de realizarlo y que si tenía miedo lo dijera y no me anduviera con tantos peros.

“Que yo sepa, Pepito -le contesté- yo no he puesto en duda el que tú seas o dejes de ser capaz de realizar el control, lo que trato de evitar es que suceda lo mismo que en el control de Requena y luego tengamos que lamentar la muerte de alguno de nosotros, y si tú, Pepito, los tienes bien puestos, será hora de que te vayas enterando de que los demás también los tienen”.

En resumidas cuentas, con esta papeleta salimos del campamento para nuestra zona.

El control de Játiva

De regreso a nuestra zona, visitamos a *la Madre*, que nos informó de que todo estaba tranquilo. En Benalí pasamos por casa de Pastrana, la del *Medio Mullau* y sus tíos y a todos dejamos dinero para que nos fueran comprando comida.

En vísperas de la feria de Játiva nos encontramos acampados entre los únicos doscientos o trescientos metros de pinar que había encima de la carretera, en el puerto de la Ollería. Reconocimos el terreno, en su mayoría tierras labrantías, y nos reunimos para distribuir los puestos en el momento de cortar la carretera.

Moreno y *Ceferino* se apostarían en una elevación del terreno con la misión de detener a todo el que intentara escaparse. Si se trataba de un automóvil debían disparar a las ruedas. En este aspecto, *Pepito* había sido tajante: *“No se puede dejar escapar a nadie. Hay*

que acostumbrar a la gente a que cuando los guerrilleros mandan detenerse, tienen que obedecer, y el que no lo haga, que se atenga a las consecuencias”.

A esta orientación, que ponía en peligro de muerte a cualquier persona asustadiza, pues se trataba de disparar donde no cojearan, yo le di la variante de disparar a las ruedas de los vehículos, por considerar que nuestra autoridad guerrillera se encontraba muy mermada y no era disparando al tuntún como la impondríamos. Desgraciadamente, como se verá a continuación, no fue obedecida.

Idéntico cometido que los dos anteriores, tenían *Ventura* y *José*, apostados a la derecha. Los restantes, teníamos que cortar la carretera a una señal de estos dos puestos de vigilancia, para lo que preparamos unos señores pedruscos. El punto de reunión para el caso de que el grupo se desperdigase, se señaló en unos cerros pelados que quedaban a nuestra espalda.

Dos días llevábamos esperando sin que apareciera por la carretera nada decente. El nerviosismo inicial de vernos casi a monte descubierto subía claramente de punto, pues para todos estaba claro que aquello era poco menos que una locura y hasta hubo quien se manifestó en el sentido de abandonar el control.

Después del medio altercado que había tenido con *Pepito*, les dije que estaba decidido a realizar el control pero, si ellos decidían retirarse, no lo iba a realizar solo.

Dio comienzo al tercer día de espera, casi sin comida y sin gota de agua. Por la tarde, cada uno se dirigió al puesto que tenía asignado y, pasada una hora poco más o menos, por la parte que se encontraban *Moreno* y *Ceferino*, vimos llegar un “Ford 8”.

Angelillo, *Jacinto* y *Víctor* colocaron los pedruscos cortando la carretera. El tiempo les vino justo para tumbarse en la cuneta antes de que el automóvil llegara a la barrera. A unos veinte metros pegó un frenazo y salió disparado marcha atrás. Me quedé que no sabía lo que me pasaba al ver con la rapidez que había sido realizada la maniobra. Di la señal convenida a *Moreno* y casi al mismo tiempo sonaron unos disparos que detuvieron al coche en mitad de su carrera. Nos acercamos a él y al abrir la portezuela se nos ofreció a los ojos un cuadro bastante desagradable: tumbado en el asiento junto al conductor, había un hombre herido. Lo sacamos como pudimos y lo acostamos en la cuneta. La bala le había entrado por la parte derecha del labio superior junto a la nariz, con salida por la garganta, segándole la yugular. La sangre que le brotaba a borbotones en pocos segundos tiñó la pechera de su inmaculada camisa blanca. Entretanto del asiento trasero, *Angelillo*, había sacado a otro herido. Por fortuna, solamente tenía una muñeca atravesada que le estaba vendando *Víctor*.

Registramos el coche y, salvo una bombonera destinada a la novia del herido, a la señorita Lola Kindelán y Núñez del Pino, como pude comprobar por una fotografía que encontré en la cartera del herido, no encontramos otra cosa que nos pudiera ser de utilidad. Me encaré con el conductor y después de darle un buen rapapolvo por no haberse detenido, le pedí la

cartera. Aparte de la documentación, entre los dos no llevaban más de mil pesetas. Examiné las piezas de identidad y todo pasó a mis bolsillos. El hombre, sin tener un rasguño, estaba más muerto que vivo; no se le pasaba por alto que en la situación en que se encontraba, tanto su documentación como la del herido no le favorecían en nada. Eran dos pájaros de los gordos con no sé cuantos títulos de nobleza. El ileso, Marqués de la Roca, había sido teniente de aviación durante la guerra en el bando franquista, con mucho Don pero poco din...

El herido estaba perdiendo mucha sangre y se hacía necesario que alguien más entendido que *Víctor* lo atendiese. Aun sabiendo que de hallarse las cartas invertidas ninguno hubiésemos salido con vida, decidí dejar marchar al marquesito en busca de ayuda para atender al herido. Esta decisión (no todos la vieron con buenos ojos) nos daba escasamente una hora de tiempo para retirarnos antes de que la Guardia Civil fuera movilizada en todos los pueblos cercanos. Sin embargo, después de los tiros no se podía pensar en otra cosa. Ocultos por los cuatro pinos, dimos comienzo a la retirada. Monte arriba, salimos del pequeño pinar y para rebasar la cumbre, con el fin de no recortar nuestra silueta contra el horizonte, nos arrastramos hasta dejarnos caer por la vertiente opuesta.

De acuerdo con *Moreno*, nos retiramos por las barranqueras, que nos ofrecían mejor camuflaje que las alturas. Recuerdo que esta decisión le extrañó bastante a *Jacinto*, que me dijo: “*si somos descubiertos en estas barranqueras, no salimos uno vivo*”.

Ciertamente, la idea era justa para una fuerza regular que se plantea resistir a un enemigo; dejaba de serlo, tratándose de un grupo guerrillero que no se planteaba resistir a nadie, sino retirarse de día sin ser visto y sin buscar las manchas de bosque que sería lo primero que la Guardia Civil vigilara.

La noche nos sorprendió a la salida del barranco. Hicimos alto para ponernos de acuerdo en la ruta a seguir y convenimos en no tocar camino conocido ni hacer alto durante el día en las manchas de bosque. De acuerdo con este plan, nos dirigimos dando un gran rodeo en dirección de Ayora, cruzamos la carretera y subimos por Jarafuel y Jalance para ir a desembocar sobre Cofrentes.

No sé cuantas noches anduvimos sin más comida que la caja de bombones. Para ocultarnos durante el día, nos vimos en la necesidad de arrancar las pocas matas que encontrábamos en los montes pelados y cubrirnos con ellas. Una de las veces nos tocó hacer alto en un calvero sin más sombra que la que proyectaban nuestros cuerpos y, aun ésta era bien poca por estar obligados a pegarnos a la tierra. El día fue de un calor sofocante y para colmo, durante la noche no pudimos hacer provisiones de agua. Todos nuestros deseos se cifraban en que el sol se ocultara, pero... ¿dónde?, ¡no había ni una sola nube en todo el horizonte!

Más allá de Jalance dimos vistas a los montes de Cofrentes. Nos metimos por un barranco

y, por primera vez, nos sonrió la suerte al darnos de narices con unos árboles frutales y unas matas de tabaco. Procurando no hacer rastros ni destrozos inútiles en los árboles, recogimos algunos kilos de fruta con la que recuperamos alguna fuerza y unas hojas de tabaco pues, hasta éste se nos había terminado. Vadeamos el Júcar por debajo de la presa de Cofrentes y nos metimos en terreno conocido. Colocamos la estafeta con *la Madre* y nos retiramos al monte. A la noche siguiente bajamos a la casa. Aún no habíamos entrado en la cocina, que ya *la Madre* nos estaba dando los rumores que circulaban por el pueblo sobre la presencia de guerrilleros en la zona de Játiva. El herido había fallecido y se decía que el teniente de aviación franquista, el Marqués de la Roca, había estado en El Pardo y hablado personalmente con Franco para que se organizara nuestra caza. Según decir de las gentes, mil guardias civiles habían sido movilizados para dar una batida, rastrear nuestros pasos y controlar los accesos al bosque. Nosotros nos habíamos retirado sin ver un solo tricornio. Cuando *la Madre* terminó de darnos todas estas noticias, cargamos con la comida que nos tenía preparada y salimos en busca del campamento del jefe del sector. Durante la marcha, nos reunimos para analizar la fracasada operación y volvieron a salir los defectos que le habíamos encontrado en el momento de su planteamiento por *Pepito*. Como responsable del grupo se me criticó, y con razón, no haber decidido dejar caer el control. (Ya he señalado las causas que me empujaron a su realización y no voy a repetirlas). Por otro lado, se dio por buena la idea de retirarnos dando de lado las zonas de bosque. Se criticó también a los autores de los disparos por no haber seguido las instrucciones que tenían de disparar a las ruedas.

Moreno y *Ceferino* se defendieron e intentaron justificarse diciendo que eran pájaros de mala pluma adictos al franquismo.

Para mí esto era cerrar los ojos ante la realidad de que en el momento de los tiros nadie sabíamos quién ocupaba el auto y si la casualidad de que en el coche viajaran aquellas personas, sin duda alguna, afectas al régimen franquista, se había puesto de nuestro lado, lo mismo podían haber sido personas imparciales en la contienda. Así era, a mi entender, como había que mirar el problema y no como ellos lo hacían.

Encontramos al responsable del sector, *Grande* y a *Pepito* acampados en una de las vertientes del río Turia por encima del pantano de Benagéber. Se tuvo una reunión en la que dimos cuenta del fracasado control e hicimos entrega de la documentación y de las mil pesetas que llevaban los ocupantes del auto.

Pepito, al ver la documentación me dijo: “¿Por qué no habéis traído al Marqués como rehén? ¿Le podíamos haber sacado unos miles de pesetas!”.

En lo que menos había pensado yo -y así se lo dije- era en cargar con rehenes teniendo un hombre desangrándose en la carretera y que necesitaba auxilio urgente, sin comida y con

ocho o diez días de marcha por delante y para postre, huyendo de la Guardia Civil.

Yo no sé dónde estaban las condiciones para hacer rehenes y tenerlos con nosotros. Cualquiera diría que los guerrilleros éramos una fuerza en apogeo y que contábamos con una base guerrillera estable.

El grupo se puso de mi parte, consecuente con la posición a que habíamos llegado, declarando *“que el planteamiento de la operación había sido una equivocación porque el terreno no reunía condiciones, nos habíamos metido en una zona sin camuflaje y con muchas comunicaciones. Si en esta posición llegamos a ser descubiertos, seguramente que en la reunión tendríamos que lamentar algún muerto”*.

Grande, como casi siempre que las discusiones se centraban con *Pepito*, no dijo nada y nos dejaba en la duda de cómo interpretar su silencio. En presencia de los guerrilleros fueron muy contadas las veces que discutieron los dos. No sé si aparte tendrían sus más y sus menos.

La población campesina se encargó de montar toda una historia sobre el buen funcionamiento de nuestro servicio de información que nos indicó lugar, día y hora del paso de los personajes de rancio abolengo.

Pequeña historia de un “rescate”

La posibilidad de realizar un “rescate” hacía algunos días que se discutía en el grupo y estábamos seguros de que se podía intentar deteniendo un auto en la carretera de Requena a Cofrentes. Era la temporada en que llegaban los veraneantes al balneario del pueblo.

No recuerdo qué motivos me llevaron a entrevistarme con *Grande* y *Pepito*. Tal vez tampoco tenga mayor importancia el recordarlos ahora.

De regreso al grupo, me encontré con la sorpresa de que el “rescate” lo había realizado *Moreno* en los días que estuve fuera. Seguidamente ofrezco la historia del mismo referida por *Moreno* y refrendada por el grupo:

“Elegimos un buen terreno para esta clase de operaciones, coloqué el grupo dominando cinco o seis kilómetros de carretera y ya empezábamos a desconfiar de tantas horas de espera, cuando la suerte se puso de nuestra parte: a lo lejos apareció un turismo en el preciso momento en que la carretera estaba desierta. Salieron *José* y *Jerónimo* con las armas bien a la vista y le hicieron señas al coche para que se detuviese. El chofer no se hizo de rogar,

frenó a su altura. El interior lo ocupaba una señorita con su doncella, a las que se les hizo descender del automóvil y al chofer se le aconsejó levantar la capota del motor y simular que se le había parado. Entretanto llegábamos a un acuerdo con las dos mujeres. La señorita resultó ser la hija de un molinero de Castellón y se dirigía a Cofrentes, donde pensaba pasar las vacaciones acompañada de su doncella. Le entregamos papel y pluma y le escribimos una carta para su padre en la que se le decía que su hija estaba en poder de los guerrilleros y que si quería volverla a ver le entregara al chofer 20.000 pesetas, que nos traería al día siguiente; que no tomara dato alguno del dinero si no quería ver arder el molino.

Entregamos la carta al chofer y le señalamos un recorrido desde Requena a Cofrentes debiendo detenerse cuando viera en la carretera una rama de pino con una piedra encima. No te puedes figurar, *Chaval*, los apuros que pasamos con estas dos mujeres, el retirarnos un par de kilómetros de la carretera fue todo un problema: a cada paso nos teníamos que parar porque o bien una perdía un zapato o a la otra se le enredaba la falda entre las matas. Al principio, no consintieron que les diésemos la mano para ayudarlas e intentaron valérselas por sí solas. No tardaron mucho en desistir de su empeño, del que se resentían sus ropas y calzado.

Empezaron a buscar el apoyo de uno u otro para pasar los obstáculos, con la consiguiente satisfacción del elegido. *Angelillo* fue el que más suerte tuvo en esta especie de rifa. En cada tranco se detenía para tenderles una mano. No llevaríamos ni hora y media andando cuando se declararon completamente rendidas. Buscamos un lugar cubierto y nos detuvimos para descansar y encender un cigarrillo.

Las dos mujeres parecían hermanas siamesas de tan pegadas que estaban. El miedo había obrado el milagro de romper las vallas sociales: ama y criada se encontraban unidas por una misma suerte. Se dio por terminado el descanso y nos levantamos para reanudar la marcha. “*¿Tan pronto?* -dijo la hija del molinero- *pero si no hemos tenido tiempo ni de respirar*”. Volvimos a dejarnos caer en el suelo y le dije: “*Usted avisará, señorita, cuando haya descansado*”.

Tiempo nos dio de fumarnos dos cigarrillos cuando se levantaron y nos dijeron que podíamos continuar.

Cogimos por la senda que bordea el barranco de la fuente y a no ser por *Angelillo* que se dio cuenta del peligro y la retuvo antes de que pudiera caerse, la doncella hubiera salido dando tumbos por el terrero abajo. A partir de este momento, no dieron un paso sin ir colgadas del brazo de alguno. Cuando nos pareció que nos habíamos retirado una distancia prudencial de la carretera, hicimos alto para pasar el resto de la noche. Sacamos de las mochilas unas latas de sardinas y pan y preparamos nuestra cena. Les ofrecimos y, contrariamente a lo que esperaba, aceptaron y hasta comieron con apetito.

Con la comida y, viendo que nadie las importunaba, se soltaron un poco las lenguas de las dos mujeres. Nos preguntaron qué pensábamos hacer con ellas si por casualidad el padre no podía reunir el dinero que se le pedía.

Algo se tranquilizaron cuando les aclaramos que pasara lo que pasara, ellas no tenían nada que temer, que no teníamos intención de meternos con ellas para nada y que la amenaza era para obligar al padre a entregarnos el dinero, que si el chofer no lo traía, igualmente las dejaríamos marchar a no ser que se quisieran quedar con nosotros.

“¡Ni hablar de eso! -respondieron casi a coro. Con esta noche tenemos bastante para no olvidarlo en la vida”. Y agregaron a continuación: “¿dónde nos llevan ahora, a alguna cueva?”.

Se quedaron perplejas cuando les dijimos que se podían disponer a pasar la noche donde mismo estaban sentadas. La damisela, que empezaba a sentirse entusiasmada con lo que para ella suponía una aventura novelesca, dirigiéndose a la criada le dijo: *“esta vez sí que voy a tener cosas que contar cuando me reúna con las amigas en el club, ésta es la mayor novedad de mi vida. ¡Pasar una noche con los guerrilleros!”.*

Mientras se entretenían con sus comentarios, establecimos el relevo de las guardias y nos acomodamos para pasar la noche. A ellas les prestamos un par de mantas para que las extendieran por la tierra y les deseamos que descansaran lo mejor que ésta les permitiese. No es por decir, pero no pegaron un ojo en toda la noche y se la pasaron cuchicheando. La criada debió de manifestar algún temor por su virginidad...

“¡No seas tonta, mujer! ¿Qué quieres que nos hagan...? Mañana vendrá el chofer con el dinero que le dé mi padre y nosotras nos marcharemos para casa”. “¡Quiera Dios que así sea, señorita! Yo no estaré tranquila hasta verme a cien leguas de estas montañas y le aseguro que no he de volver por ellas aunque en ello vaya mi salud”.

Amaneció, y, si larga fue la noche, más lo fue el día de espera. Toda la jornada la pasamos vigilando la carretera y cuando calculamos que ya podía llegar el auto, tres guerrilleros fueron a colocar la señal convenida y esperar escondidos. Tenían que recoger el dinero y decirle al chofer que tomara de nuevo la dirección de Requena, que en uno u otro lugar encontraría a las dos mujeres, que si llegaba al pueblo sin verlas, regresara otra vez y, así, hasta que le salieran al paso.

Sobre las siete de la tarde, llegó rodando despacio el automóvil. Se detuvo al ver la señal, el chofer entregó el dinero que habíamos pedido y a la misma marcha regresó camino de Requena. En este tiempo nos acercamos a la carretera y dimos libertad a las dos rehenes.

“Y esto es todo -concluyó Moreno-. Nos retiramos a estos montes en espera de vuestra llegada”.

Actividad política y cultural del 11 sector

En el 11 sector, bajo las siglas de la agrupación, se editaron decenas de octavillas denunciando el robo organizado por el régimen franquista con la entrega del Cupo Forzoso y la Fiscalía de Tasas, y cómo sus capitostes se enriquecían a costa del campesinado, de la miseria y el hambre del pueblo en general. Del mismo modo, se puso en la picota la expoliación de las tierras de los agricultores para la construcción de embalses como el de Benagéber, que fueron la ruina de pueblos enteros (el viejo pueblo de Benagéber se encuentra bajo las aguas del embalse) y, de la noche a la mañana, por cuatro perras, los campesinos se vieron desposeídos de las tierras de sus abuelos y obligados a emigrar a otras zonas. Se dio publicidad a la política del PCE sobre la Reforma Agraria y sobre la República, y se hicieron llamamientos a la unidad de todas las fuerzas antifranquistas interesadas en el derrocamiento del régimen fascista español. Con este fin, se llamó a la unidad de cenetistas, socialistas, republicanos y gentes sin partido, que fue tanto como “predicar en desierto”; no conseguimos otros resultados positivos que el apoyo aislado de algunas personas de estas formaciones políticas y sindicales.

Se llevó a cabo una campaña, casi permanente, por la libertad de los dirigentes comunistas Álvarez y Zapirain que se encontraban tras los barrotes de las cárceles franquistas. Decenas de octavillas fueron sembradas por los distintos grupos del 11 sector en los caminos y carreteras, y en las entradas de los pueblos se colocaron pancartas exigiendo fueran puestos en libertad. (Con moneda falsa fuimos pagados después).

Se denunciaron (sin más argumentos) las actividades escisionistas de los grupos comunistas encabezados por Monzón y Trilla en las organizaciones del partido, sobre todo en la región levantina. Se insistió en los llamamientos a las Fuerzas Armadas y al Ejército para que no se prestaran a ser instrumentos de represión en manos de la Falange contra la justa lucha del pueblo español.

Una atención muy especial se dedicó a un hecho político que tuvo grandes resonancias en el movimiento comunista internacional. El mundo socialista fue sacudido y los últimos temblores de tierra llegaron hasta nosotros; el Kominform hizo público un informe, que fue reproducido por *Mundo Obrero* y que la dirección del PCE hizo llegar a la AGLA, en el que se decía que los dirigentes yugoslavos, encabezados por Tito, habían traicionado la causa del socialismo y al movimiento revolucionario de la clase obrera y de los campesinos. Los representantes soviéticos y el Kominform, siguiendo instrucciones de

Stalin, presentaron un amplio informe en el que se daban pelos y señales de la trayectoria seguida por Tito y su banda, de traición a los principios del internacionalismo proletario. Se le acusaba de ser el estrangulador de la lucha guerrillera del pueblo griego y de su jefe Markos. Se daban nombres de dirigentes comunistas asesinados por Tito y se le estigmatizaba como agente del imperialismo y perro sanguinario. A continuación se pedía la ruptura con Yugoslavia de todos los países socialistas y del movimiento comunista internacional.

Esta orientación fue seguida ciegamente por el Comité Central y por el Buró Político del PCE y, naturalmente, por toda la militancia comunista. Reunido el grupo para estudiar y discutir el comunicado del Kominform, llovieron contra Tito los calificativos de asesino y traidor. El agente imperialista Tito, ya durante nuestra guerra, había demostrado ser un canalla y servir los intereses del capitalismo. La indignación fue general y se afirmó, como era ley entre comunistas firmes y convencidos, nuestra fe inquebrantable en el Partido Comunista de la Unión Soviética, en el pueblo soviético y en su dirigente preclaro, camarada Stalin.

Acordamos dar a conocer este informe a todas las personas ligadas a nosotros por considerar que fortalecía las posiciones de principio de los comunistas de todo el mundo. Así fue que nos dividimos por parejas y salimos para informar a nuestros puntos de apoyo y a los camaradas de Yecla.

En todas partes la reacción fue la misma: se condenó con las frases más duras a los traidores titistas y se aprobó la ruptura con Yugoslavia.

Satisfechos de haber cumplido una vez más con nuestro sacrosanto deber de orientadores y guías del pueblo, aquellas noches debimos dormir como angelitos caídos del cielo.

Se discutieron informes y materiales del PCE. En estas reuniones teníamos que intervenir todos por fuerza los guerrilleros. Así se nos fueron soltando las lenguas y cada guerrillero fue capaz de presentar su informe. A no dudar, diríamos verdaderas barbaridades pero, ¿quién no las decía y las pensaba en aquellos años...?

Se nos facilitaron algunas obras de Lenin, como *Dos tácticas de la socialdemocracia*, *¿Qué hacer?*, *La enfermedad del 'izquierdismo' en el Comunismo* y *Un paso adelante, dos pasos atrás*. En cada renglón, siguiendo el patrón que nos habían metido en la sesera, se buscaba una situación aplicable a la de la España franquista, y ¡tanta era nuestra inventiva, que la llegábamos a encontrar!

Entre las publicaciones del partido que estudiamos, recuerdo un informe de Zdanov sobre la situación económica en los Estados Unidos y la economía en la URSS, con el que pasamos su buena decena de días. En todas las ramas de la industria, la Unión Soviética tenía un porvenir floreciente. Por contra, los Estados Unidos estaban estancados o bien en franco retroceso. Mirado ahora, retrospectivamente, el informe era

un ladrillo plagado de cifras sobre la producción en la URSS, sacadas de Dios sabe qué estudios académicos. ¡Claro!, mirado retrospectivamente. Pero en aquellos años de culto a la personalidad, de culto al Partido Comunista de la Unión Soviética, se consideró por el Partido Comunista de España como el “non plus ultra” de los estudios político-económicos de la ciencia marxista-leninista-stalinista. Y nosotros, los guerrilleros, lo dimos por bueno.

Mención aparte merece el libro de Santiago Carrillo *Los niños españoles en la Unión Soviética*. Entre otras muchas cosas, dice Carrillo que la República (española) tendrá maestros, ingenieros y médicos. “¡Gracias Stalin!” Pone por las nubes las glorias de Stalin, del Partido Comunista de la Unión Soviética y en cada página se puede leer un “¡Gracias Stalin!”. El librito en cuestión es un canto al culto y a la personalidad de Stalin.

Estas cosas es bueno recordarlas porque parece ser que Carrillo es corto de memoria o piensa que los demás no la tienen.

Las actividades internas del grupo están orientadas al estudio de los materiales del PCE, a escribir al dictado y a la confección de nuestro “Mural”. Cae de su peso que el “Mural” tenía que adaptarse a la problemática de nuestra vida. Es decir, no podía tratarse de un tablero donde se fueran insertando los escritos de los componentes del grupo. Un pliego de papel de “barba” cumplía esta función, y el grupo se esforzó en que fuera obra de todos. Una comisión de redacción de tres guerrilleros encabezados por *Víctor*, revisaba los artículos y se encargaba de la presentación del “Mural”. Algunos de éstos, que se habrán podrido entre las grietas de unas rocas, en el río Grande, donde los dejamos escondidos, eran verdaderamente originales y se llevaron muchas horas de paciente trabajo el escribirlos. Recuerdo un artículo sobre la República que se escribió con tinta de tres colores formando la bandera republicana, pero no a lo largo de los renglones, sino de arriba abajo, lo que suponía que algunas letras había que formarlas con dos colores; unas morado y amarillo y otras amarillo y rojo. Uno de estos “Murales” fue recogido por *Pepito* para hacerlo llegar a la dirección del PCE en Francia.

Sin fundamento alguno donde apoyarme, tengo como una especie de intuición de que todo grupo de personas que lleva una vida azarosa y llena de peligros, ha de sentirse inclinado por la poesía. Quizás esto sea una extravagancia mía.

Entre la mayoría de los guerrilleros, la poesía tuvo una gran aceptación. Era, como si dijéramos, una válvula de escape por donde se manifestaban nuestros sueños e ilusiones. Se buscaba en la poesía la gesta épica, el hecho patriótico para llenar el vacío espiritual, el sustento a nuestras esperanzas de crear una España más justa.

El poema “Canto al Partido”, de César Arconada (creo que fue Arconada quien lo escribió) fue leído y requeteleído por todos. No faltaron quienes lo copiaran –y me incluyo entre

ellos- para repasarlo en las horas forzadas de espera.

Viendo la afición que despertaba la poesía, *Grande* nos proporcionó una antología de la poesía española que iba desde el *Poema del Mío Cid* hasta la poesía de Federico García Lorca. Su *Romancero Gitano* fue comentado en las conversaciones de todo género que tenían lugar entre nosotros. Y, por cierto, también esto nos fue criticado por los jefecillos que el PCE nos enviaba desde Francia.

A la agrupación, pues, no le faltaron sus aficionados que le dedicaran algunos versos. No soy entendido en ello y no puedo decir si fueron buenos o malos, pero a mí me gustaron y siento no haberlos conservado en la memoria íntegros.

Decía así el aficionado anónimo:

*... Río Júcar dile al mar
la canción que ahora te cantan;
que en tus hoces guerrilleras,
otras hoces se levantan..."*

En otro se podía leer:

*...campesino cuando tú ya duermes,
cuando por la noche en tu lecho descansas,
cuando en tus insomnios de fatiga y hambre
suenan esas horas tan desesperadas,
entonces hay hombres, ya lo sabes tú,
que por la justicia tan menospreciada
luchan sin descanso contra tus verdugos...*

Y proseguía otro:

*... La Guardia Civil,
la bestia incivil,
la vil, la más negra,
la horrenda alimaña
que para sarcasmo
de esta paz de muerto
es la garantía
que pregona España...*

Y todavía otro:

*... Esbirros a sueldo fijo,
asesinos y cobardes.*

*Gentes salidas del pueblo
son traidores a su clase...*

Todos ellos fueron dedicados por un punto de apoyo de la provincia de Cuenca a nuestra agrupación. Los últimos pueden parecer una incongruencia y haya quien se pregunte: ¿desde cuándo la Guardia Civil fue salida del pueblo? Desde el momento que al régimen franquista no le bastaron los hijos del Cuerpo para reprimir la lucha guerrillera y en el Benemérito Cuerpo fueron admitidos campesinos y obreros sin trabajo que, para llevar un pedazo de pan a sus hogares, vistieron el uniforme de la Guardia Civil. De este modo comenzó a perder su marcado carácter de casta y se dieron casos de que algunos guardias civiles malamente sabían redactar y firmar un parte. Por eso no encuentro tan descabellado el que nuestro simpatizante diga “*gentes salidas del pueblo*”.

Los niños en la lucha guerrillera

Para escribir sobre estas criaturas haría falta que yo tuviera la facilidad de pluma, la cultura y la imaginación de un escritor consagrado. Consciente de mi incapacidad para abordar tan ingente tarea, intentaré hacer lo que buenamente pueda para dar una idea -que no será ni la sombra- de lo mucho que los ex guerrilleros debemos a los niños.

Antes de proseguir mis propios recuerdos, quiero transcribir unas palabras del *Viejo* (Florencio Guillén García) dirigidas a estos luchadores de pantalón corto que, estando en edad de ir al colegio, tenían que correr de loma en loma tras el rebaño de ovejas que la mayoría de las veces ni tan siquiera les pertenecían. La necesidad de contribuir con su esfuerzo al sostenimiento del hogar les obligó a quemar las etapas de su desarrollo y, serios como hombres, se enfrentaron a los problemas que una lucha feroz por la existencia les planteaba.

Dice así el *Viejo*:

“Quiero ofrecerles a los que ayer era niños un saludo fraternal de los camaradas caídos... El que escribe estas líneas ha pasado cerca de nueve años fuera de la ley y ha visto como vuestros padres y abuelos se han excusado con los niños de no tener confianza en vosotros, que por la presencia de los hombres del monte en vuestras casas podían ser descubiertos y caería la mano represiva de los verdugos de España. Ni un solo caso, ni un solo padre puede decir que sus hijos han hablado, nada se descubrió por los niños.

Así pues, hombres de hoy, niños de ayer: vuestros padres y familiares se portaron como buenos antifascistas en la ayuda hacia aquellos hombres que tuvieron el valor de hacer frente a los enemigos de España y que en no pocas ocasiones tuvieron que luchar uno contra cien y más, ¡no os olvidamos! Seguid los ejemplos que os daban, luchad para que la tierra sea de quien la trabaja. Recordad, niños que erais, teniendo que guardar ganados de amos mientras no podíais ir a la escuela, ¡con cuántos niños y jóvenes se encontraron los hombres del monte y disteis una buena información! Que recuerde aquel niño de seis años, hoy hombre, cuando un día lloviendo nos encontramos..., él guardaba su ganado... No tuvo miedo de decir: “mi padre, estas gentes me lo han fusilado. Mi madre no puede mantenerme, tan apenas le dan un jornal... Está enferma. A lo mejor morirá”.

Venía este niño de la familia de los Vicente Mosqueruela, en término de Fortanete. ¡Y cuántos como éste! Niños de tan tierna edad... Podríamos escribir páginas enteras de su abnegación y cautela. Gracias os dan los hombres de aquella época que estuvieron luchando”.

Varias veces hago mención en esta parte de mis recuerdos al punto de apoyo de casa de *la Madre*. Al recordarlo aquí una vez más, me propongo hablar de sus tres hijos, me propongo hablar sobre todo del *Colmenero*, el más pequeño de los tres y quisiera que mi voz escrita tomara del arpa las sonoridades, del eco los vuelos y del sol la luz para que, si un día el azar pone estas líneas en sus manos, se reconozca en ellas.

Una de las muchas veces que entramos en la casa, *la Madre* nos dijo que el *Colmenero* estaba intranquilo y nos contó la conversación que había sostenido con él referente a nosotros. De ella sacamos en claro que cuando su madre lo mandaba a dormir, lo que menos hacía era esto. Mientras su madre permanecía en el cuarto, simulaba quedarse dormido y tan pronto ésta venía a reunirse con todos junto al hogar, el durmiente se despertaba y venía de puntillas a escuchar detrás de la puerta. De este modo se enteró el *Colmenero* de que no éramos compradores de ganado y que lo que se hacía en su casa estaba muy perseguido por la Guardia Civil.

Me pareció, para que la criatura no empezara a dar rienda suelta a su fantasía y la controlara, que lo mejor sería hablar con él y sin decirle quienes éramos, que comprendiese que tenía que guardar el secreto de que entrábamos en su casa, y demostrarle así que teníamos confianza en él y lo considerábamos igual que a sus hermanos y sus padres.

El matrimonio se mostró conforme y lo fueron a buscar al cuarto. Sin señales de haber dormido, vino a sentarse a mi lado y en este momento comprendí que lo que me había parecido un juego entre un niño y una persona mayor, era un problema complicado y difícil de abordar. ¿Por dónde entrarle a esta criatura? Me dio la impresión de que no tenía nada que decirle..., que el niño era yo y él el que me tenía que dar las explicaciones que no salían

de mi boca. Seguramente había estado escuchando nuestra conversación y tenía preparadas las respuestas. Por eso, cuando *la Madre* me vio atribulado buscando una palabra que me abriera la conversación con el *Colmenero* y vino en mi ayuda, vi el cielo abierto.

No sé si las palabras convencieron al pequeño o el hecho de que las pronunciara su madre, o bien estaba convencido de antemano y sabía muy bien lo que tenía que hacer. Lo cierto es que mi *Colmenero* se portó siempre como un hombre y en ocasiones más prudente que los hombres de pelo en pecho.

Así, por la puerta grande, entró este pequeño en el círculo de los puntos de apoyo con pantalón corto a los que, como dice el *Viejo*, “*gracias os dan los hombres de aquella época que estuvieron luchando*”.

Un par de meses después de recibir el *Colmenero* el espaldarazo, pasamos una noche por las cercanías de la casa y oímos el tintineo de unas esquilas sobre un clavero. Yo nunca he sabido distinguir el sonido de unas esquilas de otras; más claras o más opacas, todas me suenan igual en los oídos y no me atrevería a pronosticar si éstas son de Fulano y las otras de Mengano, porque lo más seguro es que fuese a la inversa. Por eso insistí y quise estar seguro de que *Moreno* no se equivocaba cuando me dijo: “*Es el rebaño de la Madre... ¿Qué te parece si nos acercamos y hablamos con el cuñado?*” Guiados por el sonar de las esquilas llegamos a la majada. El pastor nos dijo que no hiciéramos ruido porque el *Colmenero* estaba durmiendo allí cerca. Demasiado tarde nos llegaba el aviso pues, sentado sobre la manta, nos estaba observando. Me acerqué y le pregunté si me conocía. Movié la cabeza en señal de asentimiento sin apartar la vista de la metralleta que me colgaba del cuello. “*Ya sabes en lo que hemos quedado de acuerdo -le dije-, no tienes que decir nada a nadie, y ahora duerme que nosotros nos vamos.*”

Con el cuñado de *la Madre* quedamos de acuerdo en bajar a la noche siguiente a la casa y que nos prepararan comida para cinco o seis días.

Toda la familia nos estaba esperando en la cocina. Durante el día se me había metido en la cabeza hacer una prueba con el *Colmenero* y al poner los pies en la cocina me fui derecho a él y le pregunté: “*¿Qué! ¿No se ha presentado nadie en la majada la noche pasada?*”.

-He estado durmiendo con mi tío y no he visto a nadie -me contestó.

-En fin, ¿no me irás a decir que no hemos estado hablando los dos!

-Ya te he dicho que no he visto a nadie y, si no me crees, se lo puedes preguntar a mi tío.

Yo esperaba que, habiéndome reconocido, no me iba a negar que nos había visto, pero me salió el tiro por la culata y casi me tira patas arriba.

En otra ocasión también nos demostró que sus salidas no eran un producto de la casualidad y que sabía muy bien lo que hacía.

Estando *José* acampado con otros guerrilleros en las cercanías de la casa, vieron pasar al

Colmenero con uno de sus hermanos y los llamaron. El mayor los reconoció y se acercó hasta ellos. El *Colmenero* intentó retenerlo tirándole del faldón de la camisa y diciéndole que se lo diría al padre si se acercaba donde estaban los hombres. Esto me lo contaba el propio *José* como un caso curioso de la picardía del pequeño, y le dije que me parecía mentira el que un chiquillo tuviera más sentido común que él, que lo que había hecho no era ni más ni menos que acostumbrar a los muchachos a que se fiaran de cualquiera que los llamase desde el bosque y que en la primera ocasión tendría que decirles que no volvería a llamarlos más. Y así se hizo en una de las veces que pasamos por la casa.

Esto no es un caso aislado... Con la hija pequeña del *Peinado* nos había sucedido algo muy parecido... Un día se presentó la Guardia Civil en el molino preguntando por los del monte. Cogieron a la pequeña e intentaron hacerla hablar. En vista de que no podían sacarle nada, recurrieron a una mentira: *“No seas tonta -le dijeron- tu madre nos ha dicho que los conoces y que te dan caramelos para que calles”*.

“Yo no he visto a nadie -les contestó la chiquilla- y si mi madre les ha dicho eso, es mentira porque nadie me da caramelos”.

Y para terminar con este episodio del que se podrían contar casos y casos, voy a traer aquí el de aquel zagal del 17 sector que, habiéndose olvidado un guerrillero la pistola encima de una silla, por la mañana se presentó la Guardia Civil y al verla comenzaron las amenazas y los malos tratos a la familia hasta que al zagal se le ocurrió decir que se la había encontrado el día anterior en el monte. Se lo llevó la Guardia Civil para que les indicara el lugar del hallazgo y les hizo subir y bajar barrancos hasta que apareció delante el pinar. Los civiles no debieron de sentirse muy seguros y decidieron regresar sobre sus pasos diciéndole al zagal: *“otro día nos enseñarás el sitio, hoy se nos hace tarde y tenemos que continuar el recorrido”*.

Estas cosas y otras no menos importantes, de no haberlas vivido, me parecerían imposibles y producto de la inventiva de cualquier persona y no actos de criaturas de tan corta edad. Sin embargo, es la pura realidad.

EL GRAN VIRAJE

(finales de 1949-mediados de 1951)

Cambio de táctica

Las condiciones de la clandestinidad y la distancia que nos separa de la dirección del PCE para las guerrillas, hace que todos los materiales que nos son destinados lleguen a nuestras manos con bastante retraso.

El grupo, asentado siempre por los montes de Benalí y Cofrentes y repartiendo la carga entre casa de *la Madre*, *Pastrana*, el *Medio Mullau* y sus tíos, dentro de lo que buenamente cabe suponer, vive bastante tranquilo: no tenemos tropiezos con la Guardia Civil ni detenciones de los puntos de apoyo. Siguiendo la costumbre establecida desde que llegamos a la zona, tampoco tenemos campamento estable; una red de estafetas colocadas a lo largo de la ruta, indican a quienes bajan a enlazar, el modo para dar con nosotros. De este modo, dio *Grande* con nosotros acampados por las barranqueras de la rambla del Real que muere en el río Júcar. Con *Grande*, llegaron también *Simón* y *Francisco*. Este último conocía estas contornadas porque había estado con nosotros varias semanas. Traían bastante propaganda editada en Francia y un comunicado del Buró Político del PCE que decía entre otras cosas: “*El Buró Político llega a la conclusión de que para las tareas que surgen en la nueva situación, pierde su razón de ser la lucha guerrillera...*”. “*La dirección del PCE, de acuerdo*

con los jefes del movimiento guerrillero (Pedro, Rubio y Lorenzo), decidió la disolución de dicho movimiento". (Reunión de octubre de 1948).

Esta decisión del Buró Político llegó a nosotros con más de un año de retraso.

Al día siguiente de llegar *Grande* se tuvo una reunión en la que nos comunicó que *Pedro* había llegado al 11 sector con un grupo de camaradas designados por Santiago Carrillo para constituir el Comité Regional de Levante y Aragón y llevar a cabo el cambio de táctica. Si mal no recuerdo, el Comité Regional quedó compuesto por los camaradas Miguel Soriano -*Andrés*- secretario general, José María Galán -*José María*- secretario de organización, Francisco Bas Aguado -*Pedro*- secretario político, y Florián García Velasco -*Grande*- secretario de agitación y propaganda; Francisco Corredor Serrano -*Pepito*-, quedó como responsable cultural, pero sin pertenecer a la dirección del Regional. Del mismo modo, Manuel Pérez Cubero -*Rubio*-, llegó de Francia con el título flamante de miembro del Comité Regional. (De algún modo, Carrillo tenía que tapar los ojos a los guerrilleros autóctonos y para esto solamente le sirvió el *Rubio*).

Se nos comunicó también que el Buró Político había decidido que el Comité Regional hiciera vida en el monte.

Ya de entrada nos encontramos ante una incongruencia: "...*ante la nueva situación, perdía su razón de ser la lucha guerrillera...*". No obstante, el Comité Regional tenía que vivir en el monte. ¡Áteme usted este perro! Esto presupone que debía tener, por fuerza, un carácter guerrillero. Es más, un grupo bastante numeroso de guerrilleros tenía que encargarse de todas las tareas mecánicas y diarias del campamento: montar las guardias, ir por las provisiones de agua para el día, salir en busca de suministro, etc., etc. El Comité Regional se eximía de estas obligaciones para dedicarse por entero a su "labor política". El grupo, sin perder su carácter guerrillero, se transforma de este modo ni más ni menos que en una marmota dedicada a atender las faenas de la casa.

Como tareas políticas fundamentales que se le planteaban al Comité Regional de Levante y Aragón, podemos señalar: reorganizar y reforzar las organizaciones clandestinas del PCE en la ciudad y en el campo con nuevos hombres; dejar de propagar la creación de los sindicatos tradicionales de la clase obrera y de los campesinos (CNT y UGT) y, en su lugar, apoyar la creación de un sindicato único de la clase obrera y de los campesinos; realizar un verdadero trabajo de masas y servirse para ello de la plataforma legal de los sindicatos verticales y de las hermandades de labradores para, desde ellos, desenmascarar el carácter reaccionario del régimen franco-falangista y de los propios sindicatos verticales y hermandades de labradores como ramificaciones del régimen franquista y plantear reivindicaciones de la clase obrera y de los campesinos desde las propias formaciones franquistas. Es decir, saber compaginar el trabajo legal con el trabajo ilegal del PCE. En otras palabras, llevar a la práctica la teoría de

los cambios cuantitativos en cualitativos. Se abandonaba la insurrección nacional violenta y en su lugar se introducía el trabajo paciente, muchas veces anónimo, de cada hora, de cada minuto, allí donde los trabajadores se encontraban agrupados.

Para la realización de todas estas tareas, Santiago Carrillo quería servirse de los guerrilleros, hacer de cada guerrillero un “*hombre político e introducirlo en las organizaciones legales del régimen*”, convertir a cada guerrillero por así decir, en un dirigente político. Para ello se nos armaba con la *Historia del Partido Comunista Bolchevique de la URSS*, escrita por Stalin. Teníamos que asimilar toda la complejidad del trabajo legal e ilegal del PCE, y se nos daba como ejemplo a seguir, el trabajo de los bolcheviques en las dumas; el de una revolución socialista que fue, pero que nunca jamás se volverá a dar en las mismas condiciones. Se tomaban de la Revolución Socialista de Octubre los rasgos generales y se olvidaban los peculiares de nuestra España: nuestra historia, nuestras costumbres mediterráneas, nuestra cultura con una gran influencia católica, nuestra lengua (en nuestro vocabulario empezamos a introducir modismos rusos que nada decían a los españoles: bolchevique, menchevique, soviet, duma, etc., etc.). Se olvidaba todo aquello que distingue y diferencia a unos pueblos de otros; se olvidaba, por último, nuestro enclave geográfico en una Europa con un capitalismo desarrollado y con una gran experiencia de los métodos de lucha empleados por los comunistas.

(Quiero advertir, una vez más, que la visión que doy de algunos hechos que tuvieron lugar no corresponde a la que tenía en el momento en que se manifestaron; como para la mayoría de los comunistas, todo lo que provenía de la dirección del PCE de la Unión Soviética y de Stalin era palabra divina y la hacía mía).

En la reunión que *Pedro* y los que le acompañan tienen con Carrillo en marzo-abril de 1949, no se pudo hablar de los muertos ni de las decenas de puntos de apoyo detenidos y muchos de ellos ejecutados por el régimen franco-falangista, no se pudo hablar del éxodo de decenas de familias campesinas a todo lo largo y ancho de la zona guerrillera de la AGLA; allí no se habló de desertores y confidentes ni de una batida permanente de la Guardia Civil; allí no se pudo hablar del cansancio, del agotamiento moral y físico de los guerrilleros ni del miedo. Allí se hablaría mucho del PCE, de la Unión Soviética, de Lenin y Stalin y de los bolcheviques. Allí se hablaría de todo, menos de nosotros, del hombre de carne y hueso sin adornos novelescos; sin aditamentos idealistas, sin la presunción comunista de considerarnos los mejores entre los mejores.

Recuerdo perfectamente una frase que escribe Stalin en la historia mencionada y que los comunistas de aquellos años copiamos muy halagados: “*Los comunistas están hechos de una trama especial; como al acero, se les puede romper pero no doblegar*”.

¡Que más queremos para hacer del militante comunista un ente especial que todo lo

puede y todo lo resiste al estilo del superhombre norteamericano! ¿Quién copia de quién? ¡No lo sé!

“El comunista -insiste Stalin- tiene que reunir dos condiciones: la perseverancia rusa y el practicismo norteamericano”. (Todavía estoy esperando que alguien me aclare, de forma que yo pueda comprenderlo, en qué consiste esa “perseverancia rusa” y ese “practicismo norteamericano”. Pero lo ha dicho Stalin, y bien dicho está aunque yo no entienda ni una “papa” lo que quieren decir estas expresiones).

Hasta aquí llegaba nuestro “seguidismo” e incondicionalismo, hasta hacer nuestras expresiones de las que no entendíamos nada.

¿Quiere decir todo esto que el cambio de táctica fue un error del PCE? No, ni mucho menos; el cambio de táctica se tenía que haber realizado dos años antes y haber evacuado a todos los guerrilleros. Con ello se hubieran evitado muchos sufrimientos y muchas muertes, y no tendríamos ahora que remover este asunto. Lo que sí constituyó un error, fue la forma en que éste se quiso llevar a cabo.

En la práctica, lo único que hizo el Buró Político del PCE fue reemplazar las siglas de la AGLA por las siglas del Comité Regional de Levante y Aragón (CRLA). Pero el reemplazar dos siglas no podía suponer en modo alguno un cambio de la situación de la AGLA ni de la problemática de la lucha armada. La agrupación siguió existiendo orgánicamente en tanto que el Comité Regional de Levante y Aragón no existió más que en el papeleo del Buró Político y en las cabezas de algunos incondicionales de Carrillo. La existencia de la AGLA y del Comité Regional a un mismo tiempo, cuando se predicaba la disolución de la primera, formó tal confusión en las filas del PCE que ni dios se aclaraba.

La AGLA se resistió desde el primer momento a seguir las orientaciones del Buró Político de transformar a cada guerrillero en un agitador político e introducirlo en las organizaciones de masas del franquismo porque ello suponía marchar derechos a una muerte cierta si eras detenido y la policía descubría tu identidad como guerrillero. Para la policía esto no era difícil, pues tenía en sus manos a muchos desertores que nos conocían personalmente.

Fue una resistencia encubierta y silenciosa y que cada uno practicamos a nuestro modo pues se tenía mucho miedo... ¡Que te pillara confesado si amanecías un día con el sambenito de provocador colgado!

En el grupo esta resistencia se manifestó en que no queríamos ver por la zona a los miembros del Comité Regional ni en pintura. Nos alegraba verlos, saber que todos estaban sanos y salvos... pero tenerlos por la zona..., ¡ni hablar! Sabíamos que nos veríamos obligados a tener un campamento más o menos estable, que recargaríamos a los puntos de apoyo con la necesidad de comprar comida para un contingente más numeroso y, en definitiva, que el grupo se vería reducido al simple papel de criada de casa.

Algo muy distinto nos sucedía con *Grande*, secretario de agitación y propaganda del Comité Regional y jefe del 11 sector pues, como ya digo, la AGLA no dejó de existir. Éste podía llegar al grupo y estar en él todo el tiempo que necesitara o quisiera. Tenía un carácter muy especial y se sabía amoldar a cada grupo. Yo diría que tenía un don de gentes que les faltaba a otros miembros del Regional. Nunca se presentó en el grupo haciendo gala de jefe, era apreciado por todos los guerrilleros y por los puntos de apoyo. Tengo la intuición de que algunos responsables del Comité Regional le tenían algo de envidia.

Grande nos comunicó también la muerte de *Capitán* (Atanasio Serrano Rodríguez) y dos guerrilleros más en un enfrentamiento con la Guardia Civil a primeros de noviembre de 1949 en el término de Cañizares (Cuenca). En esta época, las bajas del 5 sector son numerosas; se multiplican los desertores y los jefes de sector caen uno tras otro bajo las balas de las fuerzas represivas.

Cerro Moreno

Sería allá por el 10 o el 12 de noviembre de 1949, cuando después de que *Grande* nos informara del cambio de táctica y de la constitución del Comité Regional por los camaradas que Carrillo enviaba para tal efecto, bajé con éste y algún otro guerrillero a visitar a *la Madre*. Nada más poner los pies en la cocina, nos comunicó que por el pueblo se rumoreaba que la Guardia Civil había asaltado un campamento guerrillero por Santa Cruz de Moya y dado muerte a todos sus componentes. Yo, que no tenía la menor idea de que por Santa Cruz de Moya existiera ningún campamento, lo atribuí a un bulo más de los muchos que la Guardia Civil hacía correr de exterminio de los guerrilleros. Pero *Grande*, cuando nos despedimos de *la Madre* y salimos de la casa, me dijo que todo podía ser cierto, que por los montes cercanos a Santa Cruz de Moya se había quedado la nueva dirección y que al marchar él, les había dicho que se trasladaran a otro lugar porque allí había habido muchas entradas y salidas a causa de las reuniones celebradas y que no sabía por qué no lo habían hecho.

A la noche siguiente, *Grande*, *Simón* y algún otro componente del grupo, salieron camino de tierras conqueses para enterarse de lo sucedido realmente y me prometió que me informaría de todo por medio de los enlaces.

Desgraciadamente todo era realidad: el Comité Regional, todos los camaradas enviados por Santiago Carrillo, habían desaparecido una vez más.

De lo sucedido en Cerro Moreno, conozco bien poco: los muertos y lo que me quisieron decir los camaradas *Pedro, José María, Pepito y Grande*.

Me entrevisté con *Pedro* (todavía cojeaba de su pierna herida) y me habló del asalto a Cerro Moreno en términos generales. Se detuvo, eso sí, en lo de la metralleta que le había fallado en el momento crítico. (Era una metralleta alemana que, después de mucho rogarme, le había cambiado por la suya inglesa. Con esta metralleta yo había disparado varias veces y nunca me había fallado). Esto se lo dije y él lo achacó a que podía ser causa de la munición.

Si él pensaba que la causa residía en la munición... ¿Por qué tiró la metralleta? -me pregunto. ¿Acaso teníamos tantas metralletas como para ir sembrándolas por los montes...? Inútil decir que *Pedro* no me aclaró nada de lo sucedido en el campamento de Cerro Moreno. Lo encontré más preocupado por justificarse que por ninguna otra cosa.

¿Cómo pudo suceder esto?

En 1952, cuando las dos docenas de supervivientes de la AGLA, semidescalzos, muertos de hambre y perdidos entre las montañas, vamos avanzando paso a paso camino de la frontera franco-española, Santiago Carrillo contestaba a esta pregunta con estas palabras: “... *sobreestimamos la experiencia clandestina de los camaradas enviados desde Francia*”.

Esto es una verdad a medias con la que Carrillo intenta disfrazar su responsabilidad personal y cargar el mochuelo sobre las espaldas de los camaradas que él y sus incondicionales del Buró Político envían a España.

Aunque no lo dice, no hay duda de que Carrillo participa de la creencia de Jesús Monzón Reparaz (sañudamente criticada por el Buró Político) de que el pueblo español estaba al borde de la insurrección armada contra el régimen franquista. El apoyo prestado a la AGLA hasta finales de 1949, así lo demuestra.

El descalabro de Cerro Moreno (del que ni siquiera hace mención la *Historia del Partido Comunista de España*), puso un punto final sangriento a las pretensiones de los dirigentes del PCE en Francia, de crear un Comité Regional que hiciera vida en el monte y de transformar a los guerrilleros en propagandistas y agitadores políticos.

El asalto al campamento de Cerro Moreno puso de manifiesto que los camaradas enviados por Carrillo estarían muy bien preparados políticamente pero lo que es de la España franquista desconocían todo: la situación de la clase obrera y de los campesinos que todavía no habían logrado levantar cabeza tras el triunfo franquista sobre la República; la situación de la AGLA, moviéndose dentro unas zonas “quemadas” y aterrorizada por la salvaje represión y en medio de una movilización constante de la Guardia Civil y casi sin puntos de apoyo.

Todos los camaradas enviados por Carrillo a la AGLA se consideraban enfáticamente los salvadores de la situación y menospreciaban nuestra experiencia y los consejos que les

pudiéramos dar. Llegaban de Francia con este menosprecio hacia los viejos guerrilleros y los guerrilleros autóctonos. Esto puede explicar en parte por qué los camaradas hicieron oídos sordos cuando *Grande* les dijo que levantaran el campamento sin más tardar.

De lo poco que conozco del asalto al campamento de Cerro Moreno, hay algo que no me entra en la cabeza, que no me puedo explicar y a lo que nadie presta la menor atención no obstante ser el ABC de los guerrilleros: a las 7 horas del día 7 de noviembre de 1949 tiene lugar el asalto al campamento que coge a todos los guerrilleros desprevenidos. (El 7 de noviembre a las 7 de la mañana es todavía de noche y dudo mucho que la Guardia Civil inicie el asalto antes de clarear el día). Los guerrilleros sabíamos, y para *Pedro* no era ningún secreto, que las horas del amanecer eran las más críticas y en las que la Guardia Civil llevaba a cabo los asaltos a los campamentos. A estas horas, los guerrilleros teníamos siempre todo dispuesto para hacer frente a cualquier contingencia que se nos presentara. En Cerro Moreno, nadie estaba prevenido para nada. Es más, *Andrés* está hablando con *Pedro* en el momento que suenan los primeros disparos y el primero se ha dejado la metralleta a cuatro o cinco metros de distancia recostada contra un pino. Los guerrilleros tienen tiendas de campaña montadas en el campamento. (¡Vaya lujo!).

¿Cómo *Pedro*, un camarada con experiencia en la lucha, pudo consentir todo esto? ¿Qué mentalidad era la de los camaradas enviados por Carrillo para crear un Comité Regional que, podemos decir, murió antes de constituirse?

Fueron detenidos, y algunos de ellos ejecutados por el franquismo, se perdieron todos los puntos de apoyo de Santa Cruz de Moya, La Olmeda, Las Rinconadas, La Orchova y casas Quemadas, y se perdió también el contacto con el Provincial de Valencia.

¡Vaya balance para llevar adelante el cambio de táctica partiendo del monte e infiltrar a los guerrilleros en las organizaciones franquistas!

La sarracina de Cerro Moreno puso de manifiesto el fracaso de los planes carrillistas y la inviabilidad de querer organizar en el monte un Comité Regional de Levante y Aragón. No obstante, los camaradas responsables que escapan a la mantaza se constituyen en un Comité Regional que queda formado por *José María* (José María Galán), secretario general; *Pedro* (Francisco Bas Aguado), secretario político; *Grande* (Florián García Velasco), secretario de agitación y propaganda; *Pepito* (Francisco Corredor Serrano), secretario cultural. A estos cuatro camaradas se les unen *Teo* (Adelino Pérez Salvá) que andaba por el 5 sector con alguna tarea política y el *Rubio* (Manuel Pérez Cubero) del 17 sector.

Después del asalto a Cerro Moreno, se empezó a buscar una mano traidora y se barajaron tantas hipótesis que no se pudo llegar a una conclusión convincente de dónde había partido la información para llevar a cabo el asalto.

Las secuelas que dejó el asalto a Cerro Moreno, se dejaron sentir por toda la AGLA, se

reavivó nuestra “vigilancia revolucionaria” y se llevó a cabo una depuración, en no pocos casos drástica, de nuestras filas.

Acusados, estando en la cárcel de Teruel después de la guerra, de haber denunciado a varios antifascistas que fueron fusilados por el franquismo, desaparecieron *Núñez* y *Antonio* el de Teruel. Este mismo camino siguió el *Chato* de Calles y *Frasquito*. El *Chato* pudo tener alguna relación con la detención de *Rosita* (Amadora Martínez García) de Atalaya de Cuenca, a la que teníamos oculta en el domicilio de uno de los camaradas de Yecla; *Frasquito*, al parecer, era hijo de un guardia civil. A los dos se les acusó de ser derrotistas y provocadores.

Cuando se podía, todas estas medidas intentaban ocultarse (aunque a nadie engañaban) bajo el manto de que habían sido destinados a las organizaciones clandestinas del PCE en las ciudades.

Por estos días, comienzos de diciembre de 1949, nos enteramos de la desertión de *Carlos* (Jesús Caellas Aymerich) jefe del 23 sector, con una joven punto de apoyo, (quiero suponer que era su novia).

Los desertores formaron legión y unos se colocaron al servicio de las fuerzas represivas, otros cedieron bajo las sangrientas torturas a que se vieron sometidos en las comisarías de la Policía y en los cuarteles de la Guardia Civil. Unos y otros, facilitaron informes que condujeron al asalto de varios campamentos y a la detención y eliminación física de muchos puntos de apoyo. Todo ello se tradujo, por lo que concierne al 11 sector, a un estrechamiento de su zona y a tener que servirse de puntos de apoyo que se sabía estaban vigilados por la Guardia Civil.

No empezamos a sufrir en nuestra zona esta situación hasta después del ajusticiamiento del alcalde pedáneo de Benalí, allá por el año 1951.

A pesar de todas nuestras miserias, de todas las dificultades que se cruzan en nuestro camino, no nos convertimos en expropiadores sociales como algunos, muy a la ligera, han llegado a presuponer.

El espíritu antifascista y republicano que animó a la fundación de la AGL en el verano de 1946, no se perdió y los guerrilleros, hasta el final, seguimos propagando los ideales republicanos y antifascistas en todas las ocasiones que se nos presentaron.

No vencimos; no podíamos vencer porque sin pensarlo ni darnos cuenta de ello, nos vimos enfrentados a la reacción internacional, a las mismas fuerzas reaccionarias de las “democracias” capitalistas de la no-intervención y del embargo que habían estrangulado a la República española en una guerra que duró 32 meses y apoyado y facilitado la llegada al poder del dictador fascista general Franco.

Navidad

Una vez más se nos ha echado encima la peor época del año para los guerrilleros: a las miserias y calamidades que esta vida conlleva, tenemos que agregar ahora las del frío y las heladas, las de las nieves y los rastros. Si nos es difícil quitarnos el hambre de encima, más difícil nos ha de resultar sacudirnos el frío. No es el primer invierno que pasamos sin techo y para mal conformarnos podemos decir que ya estamos acostumbrados. Pero..., ¡quién se acostumbra a vida tan perra...!

El asalto a Cerro Moreno fue un duro golpe para nuestra moral, ya bastante resquebrajada, y nos hizo perder la confianza en nosotros mismos. La tarea primordial que se planteaba a los responsables de grupo era recuperar la confianza perdida. Se tenía que hacer algo para dejar de pensar un poco en Cerro Moreno.

Se me metió en la cabeza que la proximidad de las fiestas navideñas sería una buena oportunidad. Pasar unas horas junto a un hogar, dentro de un círculo familiar, aunque no fuera el nuestro; celebrar la Nochebuena con el tradicional turrón y un par de botellas de anís nos ayudaría a pasar el trago amargo.

Por su posición en la ladera del monte y no tener más que una mala senda de mulos que pasaba por delante de la puerta, pensé que la casa del *Medio Mullau* podía ser este hogar. Influyó también en la elección de este punto de apoyo el saber que la madre del *Medio Mullau* no tenía otro dinero que el que recibía de tarde en tarde de las dos hijas que estaban en Barcelona y que en la casa no había una peseta y pasarían las fiestas sin turrón y sin “leches”, ni nada de nada.

Consulté con *Moreno* y *Ventura* esta idea y se mostraron de acuerdo, siempre que la zona siguiera tranquila. Se le comunicó al grupo y nadie puso ninguna objeción. Faltaba solamente, y esto era lo fundamental, hablar con el *Medio Mullau* y su madre para ver si ellos estaban también de acuerdo.

Próximos los días de fiesta, salí con *Angelillo* y *Ventura* en dirección de la casa de *Pastrana* con la idea de encargar algo de comida y unas barras de turrón. No fue atendida la estafeta y bastante contrariados, pues la zona estaba tranquila y no nos había visto nadie, tomamos el camino de regreso. Cerca de la casa del *Medio Mullau* nos sorprendió una nevada que nos obligó a buscar abrigo entre las grietas de una ladera rocosa. Amaneció con la tierra cubierta por un manto de nieve y en espera de verla derretirse pasamos todo el día. Por miedo a los rastros, esa noche no dimos un paso. De mal talante, pues, por no perder la costumbre nos encontramos sin comida, nos envolvimos en nuestras raídas mantas y fuimos dejando desfilar con lentitud desesperante las horas de la noche. El frío no nos dejó pegar

ojo. Sentados y con las mantas por encima de la cabeza, todo nuestro empeño se centraba en cerrar las rendijas para que el aire no se colara por debajo de las mantas, y en este desigual combate, como en otros tantos, nos encontró el nuevo día y con él renació la esperanza de ver la nieve desaparecer. Esperanza que se vio defraudada por un viento norte que se levantó y que iba dejando la nieve hecha una piedra. Dos días con sus correspondientes noches pasamos sin movernos de este lugar. Muchas situaciones por trágicas que parezcan tienen su lado más o menos cómico: *Ventura* oyó piar encima de su cabeza a un pajarito y empezó a buscar entre las rendijas hasta que dio con él. “*¡Ya tenemos comida!*”, exclamó, y en el preciso momento en que iba a echarle la mano encima, reaccionó el animalito y salió volando como una flecha y dando vivas a la libertad. Con acento compungido, como si el animalito nos hubiera podido sacar de apuros, se volvió hacia nosotros, que lo habíamos dejado hacer medio divertidos y nos dijo: “*¡No os alegréis, nos quedamos sin almuerzo otra vez!*”.

Sí. Nos quedamos sin almuerzo y también sin comida. Por contra, todo indicaba que no iba a suceder lo mismo con la cena: el viento cambió de dirección y empezó a soplar de levante, trayendo la humedad del mar. La nieve comenzó a derretirse y de todos lados caían gruesas gotas de agua, de las ramas de los pinos cercanos se desprendían panes de nieve que se estrellaban contra el suelo con chapoteo de agua, augurando el final de nuestro forzado ayuno.

Por la noche, tratando de pisar sobre las piedras para no dejar muchos rastros, llegamos a la casa del *Medio Mullau*. Un trayecto que por lo general hacíamos en unas tres horas, nos costó por lo menos cinco. Buena culpa la tuvieron las malas condiciones del terreno pero, otra, no menos pequeña, la tenían nuestras piernas que se negaban a sostenernos. Pese al frío de la noche y de la poca ropa con que de continuo íbamos vestidos, llegamos sudando a mares. Afortunadamente pudimos entrar en la casa y calentarnos por dentro y por fuera.

Los sudores de angustia que momentos antes nos producía el estómago vacío y la marcha, dejaron paso a otros nuevos: el calor del hogar y el que nos produjo la comida, provocaron una fuerte reacción de la sangre y por un momento tuve miedo que *Angelillo* se nos fuera a desmayar. Al darse cuenta que se estaba mareando dejó de comer y se apartó del fuego.

Ya es sabido que no es saludable cargar el estómago de golpe tras unos días de dieta y lo mismo se puede decir cuando después de una marcha agotadora en pleno verano y sin gota de agua, se encuentra uno al pie de una fuente o manantial. De todo ello la experiencia nos tenía bien aleccionados pero no siempre se podía resistir la tentación, como le sucedió a *Angelillo* ante la sartenada de patatas fritas que nos puso delante la madre del *Medio Mullau*. Después de repuestas las fuerzas, explicamos a éste lo que nos llevaba por la casa. (Como ya dejo dicho, se trataba de pasar la Nochebuena en familia). Le propusimos que esa noche

podríamos pasarla también reunidos con sus tíos. Tanto él como su madre nos dieron su conformidad y nos dijeron que esperaban a una de las mozas que vendría de Barcelona.

Le faltó el canto de un duro para que la víspera de Nochebuena no pudiéramos mover un pie del campamento: el terreno estaba nevado y en tales condiciones no se podía pensar, ni soñarlo, en dirigirse a parte alguna. Por fortuna, el día anterior comenzó a lloviznar y deshizo la nieve de los caminos.

Sobre las diez o las once de la noche llegamos a la casa del *Medio Mullau* y nos fueron presentadas no una, sino las dos hermanas que habían llegado de Barcelona. Con ellas se entabló una conversación animada sobre la vida en la Ciudad Condal, de la que estábamos completamente a oscuras: la falta de trabajo y los apuros que pasaban los obreros para malcomer, la carestía de la vida, la falta de viviendas y el chabolismo que brotaba como los hongos por la falda de Montjuich y del Tibidabo.

Por haberme criado en Barcelona, escuchaba estas explicaciones con verdadero interés y confieso que la palabreja me hizo gracia: “chabolismo”. Era la primera vez que escuchaba tal expresión para nombrar la falta de viviendas y el hacinamiento de los trabajadores en barracas y chabolas construidas con medios de fortuna. Por nuestra parte, les soltamos nuestro disquito reglamentario del que ya he dado muestras en más de una ocasión en estas cuartillas y que no es cosa de repetir ahora.

Durante la conversación, ocurrió un hecho curioso e imprevisto que viene a corroborar lo dicho sobre la inestabilidad de estos puntos de apoyo: la mayor de las dos hermanas nos dijo que pensaba meterse en un convento de monjas. Al preguntarle las causas, la moza comenzó a dar rodeos hasta que nos declaró que había tenido un gran desengaño y que ya no esperaba nada bueno de la vida. No era difícil adivinar a qué clase de desengaño se refería: unos amores desgraciados.

Tratamos de convencerla de que no debía hacer tal cosa y que si un hombre la había decepcionado, no todos iban a ser iguales, que a su edad (contaría unos 20 o 22 años) podía tener otros amores y que alguno sería a la medida del que ella deseaba. Intervino la menor de las dos hermanas, que tenía visos de ser una polvorilla, y nos dijo que no hiciéramos caso de su hermana, que no sabía ni lo que quería y que si se recluía en un convento de monjas, ella lo hacía en uno de frailes pues, mal por mal, prefería estar entre hombres.

Sus razones tendría para expresar tal opinión, pero tranquilizarnos no nos tranquilizó por el peligro que suponía una persona arrodillada delante de un confesionario, si de verdad piensa que el secreto de la confesión no puede ser revelado.

Como se deja ver, se nos plantearon problemas de todas las categorías.

Finalmente prepararon la mesa y bajaron en busca de los tíos, mientras nosotros establecíamos el relevo de las guardias en el camino de la casa. Durante la cena se habló de

todo un poco: de política, de comidas, de modas, de las que no entendíamos ni “jota”, para terminar contando chistes. Después, el *Medio Mullau* sacó un viejo acordeón y se puso a mal tocar unos pasodobles. En el acto se formaron tres parejas que comenzaron a girar y dar pasos por el suelo de tierra apisonada de la cocina. Como yo no sabía ni sé bailar, salí a relevar al de guardia y que pudiera demostrar también sus saberes de bailar. Casi todo el tiempo que se estuvo en la casa, me lo pasé de guardia mientras mis compañeros de fatigas se olvidaban un poco de las mil privaciones a que estábamos condenados.

Abandonamos la casa con tiempo suficiente para ganar el bosque y puedo decir que los hombres del grupo no éramos los mismos que a ella llegamos. Estábamos alegres y entre los bailadores comentaban animosos si éste bailaba bien y el otro peor. Tres o cuatro horas de roce hogareño inyectaban en las venas nuevas energías que apremiaban a terminar de una vez con el franquismo para poder disfrutar pronto del calor de nuestros hogares.

Por ser ésta la única Nochebuena que pasamos en unión de una familia que, con todas sus vacilaciones, temores y miedos más que justificados, en algo nos apreciaban, creo que quedaría grabada en la memoria de todos como ha quedado grabada en la mía.

A partir de esa noche, a la casa del *Medio Mullau* empezamos a llamarla “casa de la Chata” porque su hermana menor era una chatunga vivaracha y simpática y sin pelos en la lengua para decir lo que pensaba. Retrasó su partida para Barcelona varias semanas para conocernos bien y comprender por qué luchábamos contra el franquismo.

La vida se fue imponiendo, y la matanza de Cerro Moreno pasó a ser un recuerdo más de nuestra existencia azarosa.

Poder hablar y quedar amigos

Decía que *Francisco* (Emilio Argilés Jarque) de las casas del Marqués, no tendría que haber faltado en el grupo que salió para Francia con *Pedro* en marzo de 1948. Ni jefes de la AGLA, ni responsables políticos enviados por Carrillo, podían igualarse a este campesino sin formación política, sin la “experiencia de vida de partido” que otros presumían tener. Fue el hombre que mejor comprendió la situación a que se había llegado y el porvenir que nos aguardaba. Cito a continuación sus palabras porque reflejan mejor que todo lo yo pueda decir el malestar, la inseguridad personal y la monomanía persecutoria en que habíamos caído. Y las cito, porque al paso que van las cosas (incomprensiones, divisiones y

enfrentamientos entre los partidos comunistas), me parece que ha de pasar mucha agua por debajo de los puentes antes de que pierdan su actualidad:

“*¡Si se pudiera hablar y quedar amigos!*”, solía decir. Y es que, efectivamente, éste era y sigue siendo el gran problema del PCE, que los enviados de Carrillo introdujeron en la AGLA: “*poder hablar y quedar amigos*”. Sigo citando.

“*¡Pero volved la cabeza! Daos cuenta de los que vamos quedando. ¡Al que no matan los civiles; se larga!*”.

Esto te lo soltaba *Francisco* conforme le venía a la lengua en las conversaciones muy particulares que tenía con *Grande* y algún otro guerrillero de su entera confianza, y me cabe la satisfacción y el agradecimiento de haber sido uno de estos guerrilleros. Nunca se sinceró con *Pedro, José María o Teo*, por ser éstos incondicionales de las directivas de Carrillo y del Buró Político. Con el tiempo, esto llegó a oídos de los responsables del Comité Regional y le granjeó su desconfianza y las cosas no fueron más lejos -según me dijo *Grande* bastantes años después- porque salió en su defensa.

Con menos motivos y llevados por la idea de ver provocadores y derrotistas hasta en las sombras de las piedras, he visto colgar sambenitos y..., ¡vaya usted después con reclamaciones y protestas al maestro armero!

Veamos qué opinaban los puntos de apoyo. Cito: “*¡Marchaos otra vez a Francia, van a mataros a todos! ¿Pero no veis que nos estáis comprometiendo inútilmente?*”.

Estas voces llegaron a formar coro y, salvo *Francisco*, todos nos taponamos los oídos a cal y canto para no escucharlas. “*Eran voces -según habíamos aprendido- de gentes poco formadas políticamente y que se dejaban influir por la propaganda capitalista, eran voces dictadas por la pasividad y el comodismo, por el miedo a la represión y a los barrotes de las cárceles franquistas*”.

¿Por qué otra cosa podían ser dictadas? -me pregunto ahora. ¿Por el bienestar y la comodidad de las cárceles franquistas? ¿Por la delicadeza y caballerosidad en el trato que les dispensaba la Guardia Civil y la Brigada Político-Social a los detenidos? ¿Cuándo se nos caerían de la nariz las antiparras de cristallitos de colorines que llevábamos puestas y que tanto nos gustaban...?

La razón se ve avasallada y el miedo a que te veas aplicado el calificativo de traidor o provocador, pone una mordaza en las bocas.

Al miedo que poco a poco se ha ido aposentando en nosotros, se le mira y clasifica aislado de todos los factores que lo engendra, como un fenómeno desligado de nuestra existencia, y se le silencia aplicándole los epítetos más disparatados. Se le silencia... ¡Pero existe! Y lo más trágico de todo es que se tiene miedo a caer en desgracia frente a los compañeros de lucha, a los responsables del Comité Regional.

No se quiere comprender el miedo como un reflejo del instinto de conservación y la mano dura es incapaz de poner un freno. A la desmoralización, antesala de las deserciones, se la quiere atajar con el puño stalinista y esto no hace otra cosa que crear un clima enrarecido por el miedo a una “purga” que aumenta los estragos en nuestras filas. A los nombres de los desertores que llevo citados, se sumaron los de los tres hermanos Corrales de Losa del Obispo *Evaristo, Tito y Cristino*, del 11 sector; desertó también el guerrillero *Galán*, enlace de *Pedro*, que conocía la existencia y el lugar donde *Pedro* había escondido una cantidad respetable de dinero y aunque éste se dio mucha prisa por llegar al escondite, más se la dio *Galán* y lo dejó como los chorros del oro. De los sectores 5, 17 y 23 no puedo aportar nombres pero tuve noticias de que sucedía lo mismo y algo más.

Se insiste machaconamente en que hay que hacer uso de la crítica como medio más eficaz para combatir los abusos de poder y subsanar las fallas y errores que se cometan. Este concepto de la crítica lleva implícito el respeto a la integridad personal del individuo. Si la integridad no se asegura y se respeta, no puede haber crítica posible. Como dice *Francisco*: “*si se pudiera hablar y quedar amigos*”...

¿Cómo se puede hacer uso de la crítica si tienes ante los ojos, como una espada de Damocles, el dedo que te señala para que te cuelguen un sambenito?

Era necesario tomar medidas urgentes que pudieran devolver a los hombres su confianza perdida. Esta tarea no podían tomarla en sus manos los miembros del Comité Regional porque suponía el reconocimiento de todas sus fallas y errores, su falta de tacto para tratar con las personas y su incondicionalismo a todas las orientaciones recibidas de Carrillo y del Buró Político dirigido por él. Encerrados en las paredes de su concha, no contaron nunca con la confianza de los hombres que los rodeaban y por lo mismo éstos no se franquearon con ellos. No supieron ver que la autoridad no se logra con un decreto o con una orden, aunque estuviera respaldada por el Comité Central.

El trato diario, la sensibilidad para captar aquello que a todos preocupa, son factores determinantes en el logro y acatamiento de toda autoridad. La condición de miembro del partido daba una seguridad, pero no era todo, había que revalorizar esta condición en la labor de cada día, en el trato de cada hora. Había que revalorizarla sobre todo, enfrentándose de forma decidida con los problemas y saltando si era preciso, por encima de todas las orientaciones recibidas. Pero nada de todo esto estaba en condiciones de realizar *Pedro*, las orientaciones recibidas en este caso (siguiendo la línea trazada por Carrillo) eran una emanación directa de la información por él dada y de los guerrilleros que le acompañaron en su viaje a Francia en 1948.

Todo lo indicado, según hoy lo miro, son cabos que quedaron sueltos y que luego no supimos atar.

Choque con una patrulla de la Guardia Civil

Sin recordar bien las causas, me veo una vez más camino del Comité Regional acompañado de *Vicente*. De regreso, al llegar a la altura de la vía férrea, entre Requena y el paraje de Los Aguachares, seguíamos un camino que iba a desembocar sobre la carretera. En este punto del recorrido teníamos por costumbre extremar las medidas de precaución por si la Guardia Civil de Requena vigilaba el paso. A pocos metros del tendido ferroviario vacilé un momento entre si desenfundar o no las dos pistolas que llevaba, una del 7,65 y la otra del 9 largo. Decidí que lo más saludable sería estar prevenido con ellas en la mano. Nos detuvimos un momento para cerciorarnos de que el camino estaba libre y cruzamos la vía. Al ir a desembocar en la carretera, se dejaron oír pisadas recias sobre el asfalto. Avisé a *Vicente* para que estuviera prevenido. (Los campesinos no usaban botas y se desplazaban silenciosos de un pueblo a otro, o camino de sus tierras). En esta parte la senda que seguíamos no permitía salirse de ella sin hacer ruido porque a mano derecha se levantaba un terrero y, a la izquierda, se abría una zanja llena de maleza y ramas secas. El ruido de los pasos se fue aproximando al empalme del camino con la carretera y percibí la conversación de varias personas. Perfectamente pude captar lo que se comunicaban: “*este es el camino que va a la vía*”. Hecho un ovillo, me pegué contra el terrero y vi pasar a mi lado la sombra de unos civilones. Sin cambiar de posición disparé contra ellos y dos rodaron por el suelo. Uno, seguramente que en la convulsión de los nervios, todavía hizo un disparo. Di un salto para esquivar uno de los cuerpos que se me venía encima y seguí disparando. Los gritos de “*¡Auxilio!*” y “*¡Socorro!*” se mezclaron con el tronar de las pistolas. Me sentí cogido por un pie y di con mi cuerpo en el suelo. En esta posición, estiré el brazo a todo lo largo de mi pierna y disparé un solo tiro sobre el que así paralizaba mis movimientos y, al instante, se aflojó la presión de los dedos y quedé libre. Listo como una ardilla me levanté y llamé a *Vicente* en mi ayuda porque las dos pistolas se me habían encasquillado. Repetí la llamada pero de *Vicente* no apareció ni la sombra. No esperé más cumplidos, crucé la carretera y me interné por los campos de viñedos hasta ganar las primeras lomas de la sierra del Asno, en las estribaciones de la sierra Martés, donde teníamos establecida una estafeta. Estuve esperando un par de horas a que apareciera mi buen guerrillero pero..., ¡que si quieres arroz, Catalina! El día me sorprendió cerca del ramal de carretera que lleva a casas del Río, en un bosquecillo esmirriado. Lo crucé y me fui en busca de camuflaje entre unas matas de enebro. Desde el primer momento me puse a examinar las pistolas, la del 7,65 se había encasquillado al dar el percutor en un cartucho malo, y la del 9 largo tenía el cañón dilatado y no dejaba correr el carro. Supongo que al caerme debí clavar la pistola en la tierra, obstruyendo el cañón y

al disparar sobre el guardia que me sujetaba por el pie se produciría la dilatación. Con una piedra arenosa que encontré y la navaja lo estuve raspando hasta que logré hacer correr el carro. Comprobé varias veces si despedía bien las balas y, satisfecho, esperé impaciente la llegada de la noche. Toda la jornada estuve oyendo disparos de fusil que hacía la Guardia Civil dando una batida por los montes. Unas veces se acercaban, trayéndome a la cabeza las ideas más negras, y otras se alejaban, propagándose una gran sensación de alivio por todo mi cuerpo cuando esto sucedía. ¡Por fin se hicieron horas guerrilleras! Solo, sin tener que preocuparme de si era seguido o no, crucé barrancos y lomas sin darme un minuto de reposo hasta llegar a las vistas de la casa de *la Madre*. Aunque no había comido desde hacía 36 horas, decidí pasar el día vigilando la casa, por lo que pudiera haberle sucedido a *Vicente*. Al anoecer vi cómo *la Madre* retiraba la contraseña de peligro. Esperé todavía un par de horas antes de entrar en la casa. Al poner los pies en la cocina, *la Madre* se me quedó mirando y me dijo: “¡Qué!, ¿ya habrás sido tú el que se ha liado a tiros con la Guardia Civil de Requena?”.

Como se ve, la noticia había corrido de boca en boca más ligera que mis piernas. Le pregunté si se había presentado *Vicente* y me dijo que no lo habían visto. En esto se dejó oír el choque de una piedra en un ventano pequeño que daba a la cocina. Salí por la puerta del corral y distinguí la silueta de *Vicente* en el camino. Venía solo y sin fusil. *La Madre* nos preparó cena y mientras dábamos buena cuenta de ella, nos fue explicando lo que se decía por la contornada sobre el encuentro con la Guardia Civil: el sargento del puesto de Requena que había participado años atrás en el asalto a la cueva donde hallara la muerte el hermano de *Moreno*, *Bienvenido*, había quedado tendido en el camino y otro tenía un pulmón atravesado y un tiro en la frente, y se hacían cruces de cómo pudo salir con vida. Estas novedades las adornaban con coletillas como ésta: “*fíjate si están bien informados, al sargento de la Guardia Civil de Requena que mató al hermano de Jalisco, se lo han cargado en el camino*”.

Una vez más, la simple casualidad contribuía a darnos una fama que estábamos a cien leguas de merecer. *Vicente* me relató su odisea: se había perdido -y no me extrañaba- pues salió de estampida al sonar los disparos. El fusil dijo haberlo escondido y aunque lo buscamos a la noche siguiente, no pudimos encontrarlo. ¡Dios sabe dónde iría a parar *Vicente* en su carrera!

Estas cosas eran las que tenían preocupado a este guerrillero y las que le hacían temer un mal desenlace. Sin embargo, nunca sentí rencor contra él, pues me consta que era una buena persona.

El Comité Regional

Después de salir de casa de *la Madre*, nos reunimos con el grupo por los montes de Benalí. Puestos al corriente de lo sucedido en Requena, visitamos los puntos de apoyo para recoger información y convencidos de que hasta allí no había llegado la movilización, dejamos pasar algunas semanas antes de regresar a los montes de Cofrentes, de donde salieron enlaces para el Comité Regional. A los pocos días regresaron diciendo que el campamento había sido abandonado y en las estafetas no habían dejado ninguna nota: nuevamente salieron dos guerrilleros en busca del Comité Regional y regresaron sin haber tenido mejor suerte que los anteriores.

Aunque rumores de encuentros con la Guardia Civil no circulaban por nuestra zona, no las tenía todas conmigo y decidí salir con *Ceferino* y *Jacinto* en su busca. Como siempre que me ausentaba del grupo, quedó *Moreno* al frente del mismo y le dije que no se preocupara si tardábamos en regresar, y sin tener que esperarnos en parte alguna, se trasladara con el grupo tantas veces como lo considerara necesario y dejara alguna información en las estafetas.

Por Riodeva, Mas de Jacinto y La cuesta del Rato empezamos por recorrer todas las estafetas que nos habían servido en distintas ocasiones. En ninguna daban señales de vida los desaparecidos. Bajamos en dirección de Aras de Alpuente, pasando por Las Dueñas y la Hoya de la Carrasca sin mejor resultado. Nos trasladamos a la parte de Chelva, por encima de Calles, entre las aldeas de La Mozaira y Bercuta, donde en tiempos había tenido una estafeta con *Grande* y cuál no sería nuestra alegría al encontrar una nota de éste de fecha reciente, en la que me decía que esperara en torno a la estafeta, que *Matías* vendría a recogerme. Nos retiramos unos cuantos metros y esperamos los acontecimientos. Amaneció sin que nadie se presentara a por nosotros. Desilusionados, nadando en un mar de dudas y suposiciones, no nos quedó otra salida que esperar a la noche siguiente.

Desde que nos separamos del grupo había transcurrido una buena semana y la comida estaba dando las bocadas. Un día de espera con las tripas pegadas a los riñones y sin saber en qué pararía todo, es algo que rompe los nervios del más pintado, cuando sabe que se encuentra dentro de una zona donde la movilización de las fuerzas represivas es continua y rigurosa. Cada ruido del bosque nos ponía las orejas de punta. Pese al cansancio y el sueño, no había ni que pensar en pegar ojo. Todos eran pocos para escudriñar las matas y la ladera que teníamos delante. El sol terminó de ocultarse por los picachos y las sombras comenzaron a caer entre los pinos, lo que nos permitió salir de nuestra inmovilidad y estirar los miembros. Crujieron algunas ramas pero el ruido no volvió a escucharse. Ya empezábamos a pensar que

nos habían engañado los sentidos, cuando nos dieron la consigna, respondimos desde nuestro escondrijo y antes de que nos contestaran preguntamos quiénes eran y en la contestación, *Ceferino* reconoció la voz inconfundible de *Matías*. Con él venía también *Simón*. Comimos de lo que traían en prevención y sin perder más tiempo nos pusimos en camino. Entramos en el campamento al hacer de día. Por el camino *Matías* me había dicho que *Grande* y *José María* estaban en él. Después de los abrazos con todos los guerrilleros, me senté aparte con los dos responsables presentes del Regional y me fui derecho a lo que me venía quemando los hígados desde hacía varios días: ¿cómo habían abandonado el campamento sin dejar nada dicho en las estafetas? *José María* se disculpó con no sé que motivos, pero *Grande*, que me conocía y sabía que tratándose de las estafetas, yo era un quisquilloso, fue más al grano. Cuando abandonaron el campamento él estaba de viaje por el 17 sector y al regresar y enterarse de que no habían colocado ninguna estafeta, fue con *Matías* a colocar la que los dos teníamos establecida.

Como puede verse, algunos responsables del Regional estaban prontos a criticar pero no eran tan rectos en el cumplimiento de los deberes más elementales para asegurar la vida de los otros. Pues, qué duda cabe, los primeros enlaces corrieron un serio peligro al entrar en el campamento abandonado, lo mismo podía haber sido asaltado por la Guardia Civil y estar esperando.

Pasado el acaloramiento inicial y enterados por los puntos de apoyo de los tiros de semanas antes en las cercanías de Requena, me preguntaron si sabía algo concreto. Les informé sobre este particular de todo lo que ya dejó dicho anteriormente.

En este campamento conocí al *Chato* de Calles y supe de una hermana suya, punto de apoyo, a la que llamaban *la Chata*. Aquí también me vi por primera vez con el *Rubio* (Manuel Pérez Cubero); pasarían dos años y medio hasta que me volviera a encontrar con él.

Por la noche, cuando nos sentábamos y se charraba de todo sin ton ni son, el *Rubio* me daba explicaciones de cómo transformar una pistola normal en pistola ametralladora. Basándose en el funcionamiento de la metralleta inglesa que lleva el percutor fijo en el émbolo, decía que con una pistola se podía hacer lo mismo. El *Rubio* perdía de vista que yo llevaba ya más de 8 años con las armas en la mano y que conocía el funcionamiento y las cualidades de varias armas de fuego y no solamente de la metralleta inglesa.

Después de que a la AGL se le agregara la A (de Aragón), casi todos los grupos que entraban de Francia llegaban con una nueva dirección para la AGLA. Invariablemente, los camaradas recién llegados se consideraban los “salvadores de la situación” e intentaban hacer pinitos o pinazos (¡quién sabe el qué!) de estrategias. El Comité Regional no se libró de este mal endémico, quiso dar pruebas de inventiva y capacidad orgánica y se propuso, siguiendo las orientaciones del Buró Político y de Santiago Carrillo, crear un movimiento de masas

partiendo del monte, en el momento en que las guerrillas habían entrado en franco declive y su zona de influencia había quedado comprimida dentro de un perímetro muy reducido. Llegaban de Francia con unas directivas del PCE y, al tropezarse con unas condiciones distintas y adversas a las que esperaban encontrar, no fueron capaces de darse cuenta y se empecinaron en seguir al pie de la letra la lección que habían aprendido de memoria. ¡Todo se les podía perdonar! Lo que no era perdonable es que considerándose hombres de partido y con una gran experiencia de lucha, cayeran en las mismas fallas y errores que nosotros (que no teníamos su experiencia ni éramos hombres de partido) y en algunos casos hasta nos sobrepasaran. Y resulta aleccionador para todo el que quiera pensar, que siendo los viejos guerrilleros los incapaces, los que no hacían vida de partido, fueran ellos, los hombres de partido, los capacitados, los que iban cayendo en los asaltos a los campamentos.

Un Comité Regional de las características del que se pensaba crear, necesitaba de unas condiciones mínimas de seguridad si de verdad se pensaba en un comité propagador, organizador, orientador y dirigente de la resistencia antifranquista. Lo primero que tenía que pensar este comité era en organizar la propaganda escrita y en el material necesario. Conseguir una multicopista era lo que menos hubiera costado pero..., ¿cómo alimentarla de papel, tinta y clisés? Estas compras, aunque lo hubiéramos tenido, no se podían confiar a los puntos de apoyo campesinos, se necesitaba gente de la ciudad, cosa que tampoco se tenía ya, pues hasta con Valencia se había perdido el contacto. Y aun suponiendo que de Valencia llegara todo lo necesario para el aparato de propaganda..., ¿en qué zona instalarlo, no existiendo ninguna medianamente segura?, si andábamos siempre como el caracol, con la casa a cuestas.

Sin entrar en otras consideraciones, solamente ésta tiraba por tierra todos los planes que se fraguasen a partir del monte. Esto fue lo que *Pedro* no dijo en su entrevista con Carrillo y sus seguidores porque, como decía *Francisco*: “*No se podía hablar y quedar amigos*”.

Al día siguiente, me reuní nuevamente con *José María* y con *Grande* y me dieron a conocer la situación que se había creado: desde el asalto a Cerro Moreno estaban sin contacto con Valencia. A un tal *Tomás*, responsable del Provincial, lo habían citado para una fecha y no se había presentado a la cita y me recomendaron que tratase de establecer contacto con Valencia desde nuestra zona. Me advirtieron que no me fiara de ningún miembro de la dirección provincial pues si *Tomás*, como se sospechaba, estaba al servicio de la policía, lo más seguro era que toda la organización estuviera en manos de la Brigada Político-Social.

Lo que no me dijo *José María*, aunque se lo pregunté, es cómo podría identificar a un miembro del Comité Provincial si yo no conocía a ninguno.

Armado, pues, con la papeleta de buscar nuevo enlace con Valencia, regresamos al grupo. Nos establecimos en los montes del Oroque, a unas dos o tres horas de marcha de casa de *la*

Madre.

Durante el tiempo que estuvimos fuera del grupo, *Moreno* se trasladó a los montes de casa de *Pastrana*, en la zona de Benalí y desde aquí había bajado a la casita de la huerta para entrevistarse con Miguel y con los camaradas de Yecla.

Lo puse al corriente de la papeleta que nos había endilgado *José María*, de buscar el modo de enlazar con Valencia. Entramos en contacto con el *Aviador* (de Cofrentes) y después de mucho insistir un día y otro día, logramos romper sus reservas e hizo un viaje a Valencia para visitar a un comunista natural del pueblo que vivía en la ciudad. Los resultados fueron tan sorprendentes que a los pocos días nos colocó una estafeta en la que nos indicaba la fecha y hora para tener una entrevista con su paisano en el monte.

Acudí a la cita acompañado de *Moreno*, *Angelillo* y *José* y, al poco rato de estar esperando, llegó el *Aviador* con su paisano. Después de las presentaciones, le expuse el plan que los camaradas del Comité Regional me habían indicado: se trataba de meter octavillas en la ciudad en las que se denunciaba a la dirección provincial y se pedía a los comunistas que rompieran todos los contactos con ella pues estaba en manos de la policía. Aquí la conversación tomó un rumbo insospechado: el paisano del *Aviador* empezó diciendo que en Valencia se pensaba otro tanto de la dirección del Comité Regional en el monte y que no estaba dispuesto a llevar ninguna clase de octavillas, que lo que teníamos que hacer los del monte era limpiar la mala hierba que crecía entre nosotros, que estaba seguro que alguien de la dirección nos estaba traicionando.

En esta parte de la discusión en que nos acusábamos mutuamente, declaró ser el número 3 del Provincial, mejor conocido por el *Viejo* (no confundir este *Viejo* con el del 17 sector, Florencio Guillén, de Gúdar). Le propuse tener una segunda entrevista a la que acudiría algún miembro del Comité Regional para que se aclararan los problemas y que si no tenía confianza en ellos, la entrevista la aseguraríamos nosotros no diciendo a nadie el lugar convenido. No logré convencerlo ni quiso oír hablar de Comité Regional alguno. Al despedirnos me aconsejó encarecidamente que no me fiara de nadie y que no dijera dónde acampaba con el grupo.

Mientras *Moreno* se encaminaba con el grupo a la zona de Benalí, salí nuevamente, acompañado por *Vicente* y *Jacinto*, en busca del Regional para informar del resultado de la entrevista con el *Viejo* de Valencia.

Después de hacer el informe, les pregunté por los guerrilleros que conocía del 5 sector: *Paisano Segundo*, *Salvador*, *Fortuna*, *Luis*, *Pasa Curas* y algunos otros que no recuerdo. Me dijeron que todos estaban bien menos *Luis* (José María Obrero Rojas, el radista que enviara el PCE al regreso de *Ibáñez*, en 1947) que había sido abatido por la Guardia Civil junto con *Argelio* (Herminio Montero Martínez, hermano de *Celia* y *Dolores*) al realizar un servicio

en la localidad de Cuenca.

Me interesé también por la suerte de mi paisano *Ibáñez*. Tenía deseos de verme con él para hacerle algunas preguntas relacionadas con los informes que se daban a la dirección del partido para las guerrillas. Empezaba a tener mis dudas de que fueran informes que reflejaran nuestra situación crítica. Me quedé con mis deseos..., nunca volvimos a coincidir en ningún campamento. Cuando él llegaba, yo había salido y viceversa. Años más tarde, cuando volví a pisar los caminos del exilio que me alejaban de mi España, tuve noticias de que *Ibáñez* había sido ejecutado por el régimen franco-falangista en el año 1956. Estas voces apuntaban a que dirigentes del PCE en Francia lo habían entregado a la policía franquista. Para creer en la veracidad de esta acusación hay que estar cegado por un resentimiento cerril contra ciertos dirigentes del PCE. Si estas voces hubieran dicho que en una de las “purgas” lo habían “liquidado”, lo creería a pies juntillas, pero que lo entregaran a la policía..., no. Nadie es tan tonto como para tirar piedras a su tejado. Los dirigentes del partido sabían muy bien que *Ibáñez* conocía todo el entramado de los pasos fronterizos y muchas cosas más. De cantar en manos de la policía, y como quiera que no eran tontos, con esta posibilidad tenían que contar, los primeros en tener que salir de Francia haciendo “fu” como el gato, eran ellos, los dirigentes del PCE.

Asalto frustrado

A nuestra espalda vamos dejando el campamento del Regional y nos dirigimos hacia el punto de apoyo de casa de *la Madre*, en el Oroque, donde tenemos una estafeta con *Moreno*. No encontramos nada en ella y llegamos a casa de *la Madre* para suministrar y proseguir nuestro camino. Una vez más, vadeamos el río Júcar por entre la muela de Jalance y la de Cortes de Pallás y seguimos por la Canal de Navarrés. Bajamos por una senda hasta el cauce del río Ludey (al otro lado teníamos establecida una estafeta) y nos dimos de narices con alguien que venía senda arriba. Nuestra primera reacción fue dar unos pasos atrás, y los que subían por la senda salieron corriendo armando un gran revuelo. Convencido de haber reconocido a *Ventura* en el bulto que unos segundos tuve a ocho o diez pasos, hice varias veces la consigna del grupo sin obtener contestación. Por entre unos majuelos que había a nuestra espalda, vimos cruzar unas sombras. De nuevo repetimos la consigna sin mejor resultado que la vez anterior. Algo “moscas”, cruzamos el pequeño río y ya nos disponíamos

a visitar la estafeta cuando se dejó oír una explosión. Ganamos lo alto del monte, frente por frente donde había sonado la explosión y decidimos esperar a que clarease el día para llegarnos hasta la estafeta. Ningún ruido que pudiera seguir alimentando nuestras sospechas volvió a repetirse durante la espera. Estaba hablando con *Vicente* pues me disponía a ir hasta la estafeta, y se acercó *Jacinto* para hacerme desistir de ello diciéndome “*que era más prudente estar vigilando todo el día, y que enterarnos una hora antes o una hora después de lo que pasaba no cambiaría en nada nuestra situación*”. Estando en éstas, se repitieron cuatro o cinco explosiones. Esta vez no había lugar a dudas: la Guardia Civil estaba dando el asalto al campamento de *Moreno*. Lo que nos parecía muy raro era que no sonara ni un solo disparo de fusil o ráfagas de automático. En la posición que nos encontrábamos el mayor peligro nos podía llegar de un collado que venía a empalmar por un claro de bosque con el monte que nos ocultaba. Para dominar más terreno y evitar una sorpresa, nos arrastramos hasta quedar dando vista al collado. Pegados a la tierra, no tardamos en ver cruzar un grupo de civiles por el collado; otro grupo bajó por una barranquera que se abría a corta distancia y fue a visitar una cueva situada debajo de nuestro monte y en la que nunca metimos los pies, tristemente escarmentados de la de Requena donde hallara la muerte el hermano de *Moreno*.

Las horas de espera se hacían interminables. Sobre mediodía le volvimos a ver las orejas al lobo por una senda que corría a media ladera partiendo desde Quesa, vimos desfilar una hilera interminable de civiles. ¡Hasta más de doscientos llegamos a contar!, y es de suponer que la distancia y el bosque no nos dejarían llevar la cuenta justa.

Con el alma en un ¡ay! pasaron las horas de la tarde. Allí nadie pensaba en comida ni en moverse de la mata que le camuflaba. Pegados a la tierra, la inmovilidad era total esperando la caída de la tarde. ¡Por fin!, el disco del sol empezó a ocultarse entre los montes. A pesar de sentirnos amparados por las sombras del anochecer, nos aproximamos con más miedo que precaución a la estafeta. En la nota que encontramos de *Moreno* nos decía que, habiendo presentado una movilización de fuerzas en la zona, habían abandonado el campamento y se dirigían hacia los montes de Cofrentes. No lejos de la estafeta encontramos media sábana pintada de verde que reconocimos como perteneciente a nuestro equipo y que sin duda debieron extraviar nuestros compañeros al levantar el vuelo.

Deshaciendo el camino andado horas antes, salimos tras los pasos del grupo. Lo fundamental era no darnos de morros con la movilización y optamos por seguir la misma senda tomada por los civiles. Un par de noches caminamos así tras sus talones hasta que se apartaron de nuestra ruta camino de Ayora.

Sin más sustos ni contratiempos, nos reunimos con *Moreno* antes de cruzar el río Júcar y acordamos quedarnos por la muela de Cortes de Pallás hasta dejar pasar la movilización.

Naturalmente, lo primero fue preguntarles si la noche que abandonaron el campamento no se dieron con alguien en la senda que subía del riachuelo. Contrariamente a mis suposiciones, no habían seguido este camino. Les explicamos lo de nuestro encuentro y lo más lógico que se nos ofreció como explicación, era que nos habíamos dado con algún grupo de civiles.

Moreno, por su parte, nos aclaró lo que le había hecho suponer la proximidad del asalto: por la noche vieron el resplandor de faros de camión por la lejana pista de sacar madera, cosa completamente inusitada porque la explotación maderera hacía años que había dejado la zona casi sin bosques. No esperaron a tener más noticias y levantaron el vuelo dejando el terreno libre.

Así quedó frustrado el asalto preparado contra el grupo. Que el campamento estaba bien localizado por la Guardia Civil lo demuestra el que se sirvieron de morteros para atacarlo y de ellos provenían las explosiones que oímos.

El olfato guerrillero de *Moreno*, obrando como un sexto sentido, salvó al grupo de un trance difícil y quién me dice que algún guerrillero no le deba el poder contarle un día.

A los pocos días de estar por la muela de Cortes de Pallás, entramos en contacto con el *Aviador* y nos dio alguna información de lo que se rumoreaba por Cofrentes: de los civiles que habían entrado por Benalí se despistó un grupo de cinco o seis y los andaban buscando. Esto sucedía la misma noche que llegamos al río Ludey, lo que nos hizo suponer que fuera con este grupo de civiles despistados con los que nos tropezamos en la senda.

Ante la imposibilidad de suministrar por la muela de Cortes de Pallás, al poco tiempo cruzamos el Júcar y nos instalamos por el cerro Repunta, desde donde nos desplazamos hasta casa de *la Madre*.

Las Peques

La llegada al grupo de *Simón* y *Matías* con la orden de que me trasladara al campamento del Comité Regional para tener una entrevista, hizo que me viera cruzando los viñedos del llano de Requena y Utiel, a los que tanta quimera les había tomado. Del grupo vienen también conmigo *Vicente*, *Jerónimo*, *Jacinto* y *Angelillo*.

Cuando llegamos al campamento, la mayor sorpresa que tuve fue encontrarme con las *Peques*, de las que casi me había olvidado. Con este adjetivo cariñoso las solíamos llamar entre nosotros. Son cuatro mocitas, tres de ellas hermanas, Esperanza, Amadora y Angelita,

la más joven, pertenecientes a la familia Martínez García de Atalaya (Cuenca), y la cuarta, Remedios, a la de Montero Martínez de Beamud, vecindada en Mohorte (Cuenca). Su historia, puesta en manos de persona culta, podría llenar un buen volumen. Yo me las veré y desearé para dar de ellas una vaga idea, y de las muchas fatigas y apuros que pasaron en las guerrillas.

Las conocí siendo puntos de apoyo y fueron los puntales sobre los que se asentó la reorganización del 5 sector en 1947.

Por este tiempo ingresó en las guerrillas un hermano de Remedios, Herminio Montero Martínez, que sería conocido entre los guerrilleros bajo el nombre de *Argelio*. Éste había estado defendiendo la República y al terminar la guerra, sin dejarlo volver a casa, pasó del frente a las cárceles franquistas. Su padre, Eustaquio Montero Cotillas, también fue detenido por los franquistas y apaleado salvajemente por falangistas y guardias civiles.

Estas dos familias, aunque vivían en localidades distintas, eran muy amigas y Esperanza y Remedios se juntaban a menudo los días de fiesta. Como las dos familias estaban en contacto con nosotros, las mozas se pusieron de acuerdo para realizar las compras de comida en Cuenca.

De los guerrilleros, los que con más frecuencia se ven con las *Peques* son el *Paisano* y *Segundo*, y de ellos y Angelita tengo lo poco que voy contando pues, como digo en páginas anteriores, fui trasladado muy pronto con el grupo al 11 sector.

Por las mismas fechas en que nos es encomendada la tarea de abrir una nueva zona, la Guardia Civil abate al hermano de Remedios, *Argelio*, y a *Luis* (José María Obrero Rojas), el radista que el PCE enviara a la AGLA en 1947, en una calle de Cuenca al ir a entrevistarse con un oficial del ejército que, al parecer, los denunció. Esto debió de suceder por el mes de septiembre de 1949.

Como consecuencia de la muerte de *Argelio*, identificado por la Guardia Civil como Herminio Montero Martínez, estas dos familias de las que vengo haciendo referencia, para escapar a las garras de la Guardia Civil ingresaron en las guerrillas en el grupo del *Paisano*.

Las tres hermanas de la familia de Atalaya fueron conocidas bajo los seudónimos de *Sole*, *Rosita* y *Blanca* (Esperanza, Amadora y Angelita Martínez García respectivamente); el padre, Nicolás Martínez Rubio, tomó el nombre de *Enrique*, y un cuñado de éstas, de nombre Hilario César García Lerín, fue conocido por *Loreto*.

En marzo de 1951, en una refriega con la Guardia Civil en La Pesquera (Cuenca), son abatidos *Bienvenido*, sobrino de *Fortuna*, y *Enrique*, padre de las tres hermanas y suegro de *Loreto*.

En mayo del mismo año, en otro choque con la Guardia Civil, mueren *Mauro*, jefe del 5 sector, *Chatillo* y *Loreto*, cuñado de las tres hermanas Martínez García, en el paraje Los Cantarrales (Cuenca).

La familia de Mohorte estaba compuesta por Fernando Montero Martínez, que en las guerrillas tomó el nombre de *Luis*; Remedios Montero Martínez conocida por *Dolores* o *Celia*, y Eustaquio Montero Cotillas, que adoptó el nombre de *Ricardo*, padre de Remedios y Fernando.

En 1950, a los cuatro meses escasos de ingresar en las guerrillas, en el término de Yémeda (Cuenca), la Guardia Civil mata a *Luis* (Fernando Montero Martínez), hijo de Eustaquio Montero Cotillas y hermano menor de *Argelio* y *Celia*.

Sobre mediados del año 1951, en el paraje de Fuencaiente (Cuenca), son abatidos por la Guardia Civil *Antonio* y *Ricardo* (Eustaquio Montero Cotillas) padre de *Argelio*, *Luis* y *Celia*.

En la primavera del año 1952, cuando está siendo evacuada a Francia la AGLA, *Celia* y *Sole*, enlaces del PCE para la evacuación de los guerrilleros que tienen que salir por tren, son traicionadas por uno de los camaradas designados por el PCE para acompañarlas, siendo detenidas en Burgos por la Guardia Civil. Después de pateadas, apaleadas y torturadas con refinamiento sádico, son trasladadas a Madrid, donde se repiten las patadas, las palizas con vergajos y las torturas refinadas. De Madrid pasan a la comandancia de Valencia, donde no les espera mejor trato. Con el cuerpo hecho una llaga, sin poderse sentar ni acostar, son trasladadas a la cárcel para cumplir la condena que en un simulacro de juicio, el régimen franco-falangista les ha impuesto:

Esperanza Martínez García: 14 años de prisión.

Remedios Montero Martínez: 8 años de prisión.

En casa de los amigos de Yecla es detenida por la Guardia Civil *Rosita* y en casa de la *Madre*, en el Oroque, *Blanca*, cumpliendo condenas de:

Amadora Martínez García: 7 años de prisión.

Angelita Martínez García: 1 año de prisión, por ser menor de edad.

Éstos son algunos de los jalones que van señalando la trayectoria antifascista de estas dos familias que lo dieron todo por la República, por la paz, el pan y la democracia.

Debido a que la vida que llevamos es de una crudeza sin igual, me había hecho a la idea de que las *Peques* hacía tiempo que habían sido sacadas del monte. Si la vida guerrillera resultaba dura en extremo para los hombres... ¡qué no sería para ellas! Atravesaron temporadas de miseria desesperante hasta el extremo de que se vieron obligadas, para meter algo en el estómago, de hervir toda clase de hierbajos lo que les provocó una gran descomposición de vientre. En cierta ocasión *Sole*, la mayor de las tres hermanas, se sirvió

del tubo de pasta dentífrica para endulzar una infusión de hierbajos, que se había preparado y que le ocasionó unos dolores terribles que alarmaron a todos los guerrilleros, que pensaron que padecía una grave enfermedad. *Celia*, que estaba “en el ajo”, los tranquilizó diciendo lo que había hecho *Sole*.

Finalmente me reuní con los camaradas del Comité Regional *José María, Grande y Pepito*, que me plantearon el problema de sacar a las *Peques* del monte.

Desde las primeras palabras, les aseguré que a dos de ellas las podría ocultar el grupo en los puntos de apoyo. Les describí las características personales de *la Madre* y la de los camaradas de Yecla, uno de los cuales tenía una tiendecita y quedamos de acuerdo en que, de las tres hermanas, las dos más jóvenes serían evacuadas. En el monte quedarían todavía las otras dos mozas hasta que se lograra sacarlas. Se discutió el modo de trasladarlas y mi opinión fue que hicieran el viaje con nosotros. Esto suponía de seis a ocho noches de marcha para la que se destinara a Yecla. *Pepito* me sugirió que en casa de *la Madre* dejara a *Blanca* y que *Rosita* iría a Yecla, pero que no podía hacer el viaje a pie porque estaba algo delicada. Ellos habían pensado valerse de los servicios de un chofer, creo que de Calles, para llevarla a Yecla. No estuve de acuerdo con este plan, pues no me gustaba ni poco ni mucho el meter a terceras personas en nuestras cuitas. *Grande* tomó partido por los puntos de vista de *Pepito* y *José María*. Tanto insistieron en que *Rosita* no resistiría las marchas que, al final, lo dejé todo en sus manos y que hicieran como les diera la gana.

La decisión de los camaradas del Comité Regional en cuanto a *Rosita*, fue que enlazara con los camaradas de Yecla y les planteara la necesidad de esconderla para sacarla del monte y, al mismo tiempo, si estaban conformes, estableciera una contraseña que pudiera identificarla cuando llegara.

Entre las *Peques*, eché en falta a *Celia* y, al preguntarles por ella, me dieron la explicación de que había salido para realizar un servicio.

Un par de días después salimos camino de Cofrentes un grupo compuesto por *Francisco, Matías y Blanca* más los cinco que habíamos llegado. Los dos primeros, una vez colocada *Blanca* en casa de *la Madre*, tenían que regresar al Regional para informar del resultado. Del campamento salimos con poca comida pues teníamos que suministrar en un punto conocido por *Matías*, sobre la carretera a Utiel, donde un enlace de Sinarcas nos estaría esperando con la comida. En una pimpollada dando vista a Sinarcas, se quedaron *Jacinto y Vicente* con *Blanca* en tanto que los otros nos acercábamos al lugar de la cita. Recuerdo que era una noche de luna muy clara y se veía como si fuera de día. De la linde del bosque a la carretera nos separaba un viñedo de unos cien metros de anchura, las cepas ya habían perdido la hoja y un gazapo que corriera entre ellas podía ser visto a distancia. Con las armas preparadas, nos abrimos en ala y tomando uno por cada calle de cepas, nos fuimos acercando al lugar

de la cita. A unos cuarenta o cincuenta metros de la carretera empezaron a sonar ráfagas de “naranjero”. Disparamos al tuntún hacia la carretera de donde habían partido los disparos, al tiempo que nos retirábamos a la pimplada.

No hacía falta ser ningún águila para llegar a la conclusión de lo sucedido: el enlace de Sincarcas tenía que haber sido descubierto por la Guardia Civil y, declarado el lugar de la cita, montaron un apostadero; algún guardia no pudo dominar los nervios y disparó un par de minutos antes de tiempo pero, de haber esperado un poco más alguno no lo podríamos contar a estas horas.

Casi sin comida continuamos el viaje a los montes de Cofrentes. Pasamos por la estafeta establecida con el grupo, donde encontramos una nota de *Moreno* en la que nos decía que estaban en el mismo lugar donde los habíamos dejado al salir para el Comité Regional.

Por las condiciones un poco especiales de este viaje, cabe señalar que *Blanca* se mostró todo el camino muy animosa y no hubo ni problemas de cansancio ni de comida, lo que me afirmó más en la idea de que a su hermana la teníamos que haber sacado del monte también a pie. Pero el mal ya estaba hecho, saldría como los dirigentes habían pensado.

Al poner los pies en el campamento se desarrolló el ritual de los recibimientos: abrazos, palmadas en la espalda y un borbotón de preguntas sobre los guerrilleros que habíamos visto. *Blanca* vestía pantalón de pana y chaqueta y el pelo lo llevaba recogido bajo una boina que le daba el aspecto de chico travieso. *Moreno* abrió los brazos para abrazar al “muchacho” y se quedó cortado por la sorpresa: *Blanca* se había quitado la boina y su rica cabellera castaña obró una metamorfosis sorprendente; ante los ojos de *Moreno* estaba plantada una mocita agraciada que se le abrazó estampándole un par de besos en la cara.

Qué duda cabe que *Blanca* fue la estrella principal que brilló en esta madrugada del año 1950. Pese al cansancio del camino, se sentó con todos y participó animosa en la charla general. Allí nadie pensaba ya en reanudar el sueño interrumpido con nuestra llegada. Cuando los ánimos se calmaron, la charla se transformó en una reunión de partido con un solo punto a tratar: la evacuación de las dos hermanas y la seguridad de *Blanca* durante los días que pasara en el grupo, por lo que les pedí a todos el máximo silencio y una mayor vigilancia del puesto de guardia. La opinión única que se manifestó fue la que había que sacar a las chicas del monte lo antes posible. *Vías* y *José*, impacientes por ver realizarse lo que estaba en el ánimo de todos, eran partidarios de salir sin más tardar camino de Yecla. Yo tampoco quería perder tiempo, pero antes teníamos que dejar colocada a *Blanca* en casa de *la Madre*. Así nos sorprendieron los claros del día y el campamento entró en completo silencio. Esa madrugada hice lo que nunca hasta aquí había hecho: no me conformé con montar la guardia normal y envié a cuatro guerrilleros de descubierta por los alrededores. A la hora aproximadamente regresaron diciendo que todo estaba tranquilo. El día transcurrió

sin novedad y por la noche bajé con *Moreno*, *Ventura* y *Vías* a casa de *la Madre* y les explicamos el servicio que esperábamos de ellos. Todos los de la casa estuvieron de acuerdo en aceptar a *Blanca* como uno más de la familia y quedamos en que a la noche siguiente bajaríamos con ella, con lo cual regresamos al grupo. Como la madrugada anterior, ésta también salieron cuatro guerrilleros de descubierta por los alrededores del emplazamiento, y también, como la anterior, regresaron sin ver nada que nos pudiera alarmar.

Por la noche bajamos al punto de apoyo. El recibimiento que le dispensaron a *Blanca* no defraudó en nada la confianza que teníamos depositada en *la Madre*. La sentó a su lado y, contrariamente a su costumbre, esa noche no tuvo ninguna atención con nosotros, todo era acariciar a nuestra guerrillera y querer empapuzarla como a los pavos.

El dejar a *Blanca* en casa de *la Madre*, no se trataba, y así se lo hicimos saber, de tenerla recluida como en un convento y ocultarla si alguien se presentaba en la casa; tenía que hacer una vida lo más normal posible y bajar con ellos al pueblo como si se tratara de una sobrina que estaba pasando una temporada con ellos. *Blanca* tenía un colmillo que le levantaba bastante el labio superior y, pensando que podía ser una señal para identificarla, le recomendamos a *la Madre* que en la primera ocasión visitaran a un dentista y se lo hiciera sacar. Ultimados estos detalles, nos despedimos por una buena temporada. Estando *Blanca* en la casa, procuramos siempre no detenernos mucho tiempo por el Oroque.

Como tantas veces, cruzamos el Júcar y nos dirigimos a los montes de Benalí. *Moreno* y algún otro guerrillero salieron para Yecla a preparar el terreno para *Rosita*. Como en casa de *la Madre*, también los camaradas de Yecla estuvieron conformes en recibirla. Satisfecho con el buen resultado de los trámites, salieron *Matías* y *Francisco* para informar a los camaradas de la dirección y que colocaran a *Rosita* camino de Yecla, donde la estarían esperando.

Aquí cabe preguntarse: ¿En qué había quedado la red de puntos de apoyo y consejos de la resistencia que decía el *Rubio* en su informe al partido tenían organizados? En palabrería huera. Me consta que las cosas iban de mal en peor por aquellas tierras. *Grande*, que era el que me daba de uvas a peras alguna noticia, me decía que aquello era verdadera tierra “quemada”. Las fuerzas represivas estaban de continuo encima de los talones de los guerrilleros. Sin puntos de apoyo, en cada refriega con la Guardia Civil, quedaba alguno de los nuestros tendido, y la moral era muy baja. En esto, poco se diferenciaban del resto de los guerrilleros.

Los grupos que entraban desde Francia tenían el paso por el 17 y 23 sector y la situación llegó a tal extremo que hasta uno de estos grupos tuvo un encuentro con la Guardia Civil en una de las estafetas que tenían. Afortunadamente, según me dijera *Grande*, no tuvieron ninguna baja.

Un nuevo enlace con los amigos de Yecla, nos aseguró que *Rosita* había llegado sin tropiezo. Quedaba todavía por solucionar la salida de *Sole* y de *Celia*.

Año y pico de la aplicación de las nuevas orientaciones del partido no habían traído ningún cambio a nuestra existencia, seguíamos tan aislados como siempre, pero más cansados y desmoralizados por los continuos reveses que a cada paso nos alcanzaban. Aunque..., ¡ajo! Esto se podía pensar mas no decir... El puño stalinista de la dirección del PCE en el exilio era muy largo y flotaba por encima de las cabezas de los guerrilleros.

Más sobre los puntos de apoyo

¿Qué español no ha oído hablar de la huerta valenciana? ¡Cuánta poesía no habrán inspirado sus naranjales y limoneros, el murmullo del agua que riega sus arrozales, sus campos de trigo dorados entre los que brotan, como manchas de sangre, las rojas amapolas, el trino incansable de los jilgueros! Son muchas las veces que he leído o escuchado: ¡Valencia, jardín de flores! ¡Valencia, sol y perfume!

¡Madre mía! ¿Estaré ciego?

¡Cuantas veces he pisado tus campos sin percibir tu perfume, sin ver tus flores ni la belleza de tu suelo en mil coplas invocado! ¡Barro y más barro! ¡Mosquitos y más mosquitos! Tus naranjales y limoneros no me inspiran otro sentimiento que el de la inseguridad. ¡Maldita huerta que no tiene un rincón donde ocultarse! ¡Qué fría está el agua de tus arrozales y cómo se hunden los pies en su cieno! A cada paso uno teme que se le vayan a quedar las alpargatas pegadas en este cenagal. Con los pantalones mojados hasta más arriba de la rodilla, me hielo los pies y suda el pecho. Estoy cansado y no hay modo de encontrar dos palmos de tierra seca para descansar. No hay más remedio que seguir adelante para salir cuanto antes de la poética huerta valenciana y ganar el monte, donde respirar un poco tranquilo.

¡Estoy harto de esta Valencia, de sus naranjos y campos de arroz!

De esta tierra en la que muchos se han inspirado para hacer cánticos de alegría, de paz y belleza, no he visto más que las fatigas y penas de los que en ella viven del esfuerzo de sus brazos, la rebeldía, las luchas y el peligro constante. Si mis pobres alpargatas hubieran podido resistir tanta marcha, esa cantidad incalculable de kilómetros andados, llevarían tierra pegada en sus suelas de esta Valencia de sangre y fuego. En este infierno, bajo el terror franquista, el pulso de la Valencia antifascista y republicana, campesina y obrera, late y busca los caminos que puedan llevar al derrocamiento del régimen franco-falangista que la oprime y hambrea.

En uno de los contactos periódicos con los camaradas del Regional, me hicieron saber que el responsable del Comité Provincial de Valencia, un tal *Tomás*, tenía interés en entrevistarse conmigo para estudiar las posibilidades de llevar a cabo el enlace de la ciudad con el monte por este lado de la zona guerrillera, y habían pensado que la casita de la huerta nos podría

ayudar en esta tarea.

Acompañado de *Moreno*, salimos camino de la huerta para tratar con el punto de apoyo este problema y ver si estaban dispuestos a prestarnos su apoyo en este sentido.

Después de un par de noches de marcha, llegamos a la casita pasada la media noche. Ésta no se diferenciaba en nada de las muchas que tachonan la huerta valenciana: un cuarto, que hacía de alcoba, con una sola ventana enrejada con su mosquitera y la cocina. Al fondo, a mano derecha de la puerta de entrada, el hogar de piedra adosado en un rincón, un ventano dando a la parte trasera de la casa y a mano izquierda de la puerta, la rallera con sus botijos de agua. Ésta era toda su hacienda: cuatro paredes peladas y sus brazos para trabajar. ¡Qué lejos estábamos de pensar que sería la última vez que cruzábamos el umbral de esta vivienda!

De esta casa, que al reconocer nuestra llamada abrió la puerta para franquearnos el paso y darnos prueba de su amistad y simpatía por la causa republicana y por el partido, salimos dejando a nuestra espalda la desolación y la muerte.

Miguel, el compañero entrañable de aquella mujer joven y llena de vida, el padre de la niña de no más de un añito que en el regazo de su madre estaba durmiendo, salió para Valencia a comprar algo de comida y no regresó nunca más. ¿Por qué?

Han transcurrido unos veinte años desde aquel amanecer primaveral del año 1950, anochecer trágico para esta familia, y todavía no he podido responderme la pregunta. ¿Podré algún día?

¿Fue imprudencia nuestra o de él...? ¿Fue un chivatazo más de *Tomás*, como algunas veces se comentó...? (De una forma más o menos oficial, nadie me dijo nada relativo a *Tomás*).

Solamente sé decir que llegamos sobre la una de la madrugada y nadie nos vio en el camino ni entrar en la casa, no ladraron perros que pudieran haber levantado sospechas, no salimos en todo el día ni nadie se llegó hasta ella y, no obstante, ocurrió lo irreparable: Miguel fue detenido por la Guardia Civil y muerto entre los mismos naranjos que para unos son cantos de amor y de paz, poesía y perfume de azahar, y para mí, cantos de “naranjero”, desesperación y sangre.

No esperábamos que regresara aquella misma noche. A su mujer le estuvimos leyendo y explicando lo que malamente habíamos logrado comprender del *Manifiesto Comunista* y, ya bien entrada la noche, nos estiramos para descabezar un sueño. De madrugada, *Moreno*, me despertó de un codazo y me dijo: “*está ladrando un perro*”.

“*Aquí, no es de extrañar*” -le contesté. Quise demostrar que no le daba más importancia para aparentar una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

Desde ese momento, toda nuestra atención se centró en tratar de percibir algún ruido que nos pudiera orientar.

Amanecía y nos estábamos ya atando las alpargatas, cuando llamaron en la puerta. ¿Qué hacer...? ¿Abrir sin saber quién era el que llamaba?. ¿Esperar? No fue necesario que transcurriera mucho tiempo para salir de nuestras dudas... Se repitieron los golpes contra la puerta de manera violenta al tiempo que una voz autoritaria ordenaba:

“*¡Abran la puerta, la Guardia Civil!*”.

No era necesaria esta aclaración, por la forma de aporrear la puerta se veía bien claro que eran los civiles.

Con las pistolas amartilladas y sin hacer ruido, nos colocamos detrás de la puerta y de un tirón la abrió *Moreno*. Disparamos al tuntún hasta casi vaciar los cargadores. Dos cuerpos alcanzados por las balas cayeron cruzados en la puerta y, al mismo tiempo, una granizada de balas venía a estrellarse contra la rallera, haciendo añicos los botijos.

Amparado por el marco de la puerta, traté de localizar la posición de nuestros sitiadores y, dirigiéndome a *Moreno* que se encontraba a mi espalda, le dije que lanzase la bomba de mano que llevaba por la ventana de la habitación. Teníamos que aprovechar el momento de la explosión, era el único que nos podía devolver la libertad puesta en duro aprieto. Dos saltos desesperados tenían que decidir nuestra situación. Si lográbamos llegar a los primeros naranjos..., ya veríamos después lo que pasaba.

“*No puedo*” -me contestó.

Volví la cabeza extrañado de tal respuesta y me di cuenta que estaba tirando de la anilla de la bomba y que, efectivamente, no podía sacarla. ¡Cómo iba a poder si el dedo corazón con el que intentaba tirar de la anilla lo tenía medio partido de un tiro!

Una bomba lanzada por los civiles entró por la puerta y me explotó entre los pies. Me quedé unos segundos que no sabía lo que me pasaba..., si estaba vivo o estaba muerto. No me había repuesto aún del susto cuando una segunda, siguiendo el mismo camino que la anterior, vino a estrellarse contra las losas de la cocina. Antes que tocara el suelo la vi cruzar por delante de los ojos y comprendí que si estallaba no lo volvería a contar. Por su forma adiviné que se trataba de una bomba Laffite (su onda expansiva tiene un radio de acción de unos 25 metros). Golpeé el suelo, pero la explosión que esperaba con el alma en un hilo no se produjo.

La anterior debía ser una italiana, de marca Breda, y doy las gracias a los italianos por fabricarlas tan malas, pues no me hizo un rasguño, ¡ni tan siquiera me rompió el bajo de los pantalones!

Aparté los ojos de aquel paquete de trilita que parecía tenerme hipnotizado y volví a centrar mi atención en lo que pasaba fuera de la casa. Las balas seguían entrando en la cocina, del ventano que daba a la parte trasera de la casa, llegaban ruidos inconfundibles de que los civiles intentaban atacarnos también por este lado.

La situación era de las que se pintan calvas en la vida. Cada segundo trabajaba en contra

nuestra. Me estaba quedando sin munición y *Moreno* no podía cambiar el cargador de su pistola ya vacío. En los primeros disparos una bala le había dado en la culata de la pistola abollándola. (Seguramente la misma que le había partido el dedo).

Los civiles seguían batiendo la puerta a más y mejor. Teníamos que salir de aquellas cuatro paredes si no queríamos verlas convertidas en nuestra fosa común. Saqué el brazo por la puerta y lancé la bomba que llevaba en dirección de donde nos llegaba la lluvia de balas. La explosión retumbó en mis oídos, y un violento empujón me lanzó fuera de la casa al tiempo que *Moreno* me gritaba:

“¡Corre, que no tiran!”.

Corrí, salté, volé, no sé cómo sucedió... Nos vimos corriendo agachados entre las ramas de los naranjos.

¡En la vida suceden cosas tan raras...! Lógicamente, no teníamos que haber salido con vida de aquellas cuatro paredes; por otra parte, ni una sola vez me asaltó la idea de que la Guardia Civil pudiera hacerse con nosotros. Tal vez no me dio tiempo a pensarlo porque, en total, la pesadilla no duraría más de cinco o seis minutos. Fue una carrera ciega, desenfrenada, como cuando uno le ha visto las orejas al lobo de cerca. El instinto nos guiaba hacia los montes que limitaban la huerta a unos trescientos metros de la casa. Llegamos a ellos jadeantes y bañados en sudor, no sabría decir si por el esfuerzo o por la angustia pasada en tan corto espacio de tiempo, y medio descalzos pues la suela de las alpargatas se había pulverizado en la carrera. Volvimos la cabeza para ver qué hacía la Guardia Civil y de momento no vimos nada, parecía como si la tierra se los hubiera tragado. ¡Por qué no sería así! Las balas empezaron a silbarnos nuevamente en las orejas y se aplastaban contra las piedras a nuestros pies. Era el momento en que nos metíamos por un pequeño barranquillo y nos atacábamos a la ladera del monte, pelada en esta parte como el “culo de un mono”.

“¡No subas por ahí que te van a dar!” -me advirtió *Moreno*. *“A ti si que te van a dar, ¡baja a la barranquera!”* -le respondí. En dos saltos se colocó a mi lado. Pero ya no podíamos correr a ciegas, había que vigilar los movimientos de la Guardia Civil.

No sé si percibí un choque apagado o fue el traspies que dio *Moreno*, lo que me hizo preguntarle: *“¿Te han dado otra vez?”*. *“¡Sí!”*, me respondió, al tiempo que se llevaba una mano al muslo derecho, *“pero ¡tira!”*.

Me paré y di media vuelta. Un guardia corría por una ceja a nuestra izquierda tratando de cortarnos el paso. Con toda la tranquilidad que pude acumular en este momento crítico, le hice varios disparos y desapareció de mi vista.

“¡Tira!”, volvió a decir *Moreno*. Esta vez capté el sentido que daba a esta palabra y arranqué tras sus pasos. Le pedí su pistola para intentar ponerle otro cargador. A mí no me quedaban más que cuatro balas (era el cuarto cargador que vaciaba) y las pistolas no eran del mismo

calibre. Golpeando con una piedra y sin dejar de andar ni vigilar el monte, logré sacarlo. Con la navaja fui raspando la parte abollada de la culata (no era mucho), hasta que logré que le entraran los cargadores.

Llegamos a lo alto del monte y comenzamos el descenso por la vertiente que daba sobre el río Júcar. Los civiles no se veían por ninguna parte y le bajé los pantalones a *Moreno* para examinar la herida. La bala le había entrado y salido por lo alto del muslo y no parecía que le afectara ningún tendón. Le taponé la herida con las curas que siempre llevábamos en los bolsillos, rasgué mi camisa y le vendé la pierna. A media ladera nos volvimos a detener para ver lo que pasaba por el collado que veníamos de dejar a nuestra espalda. La Guardia Civil había llegado a él y, por los ademanes que hacían y la forma de mirar en una y otra dirección, comprendimos que no se habían dado cuenta de la tomada por nosotros. Ocultándonos en los pocos árboles que encontramos y de mata en mata, llegamos al Júcar sin ser vistos. Nos detuvimos a descansar entre las bardas de unos huertos y buscamos con la vista un lugar por donde pudiéramos vadear el río. Aguas arriba, como a cosa de unos cien metros, distinguimos unos bloques de piedra o cemento sumergidos en el agua que cruzaban de parte a parte la corriente pero, antes de llegar a ellos, nos tropezamos con el canal de riego de unos dos metros de ancho. Nos quedamos mirando el uno al otro pues este obstáculo se nos había ido de la cabeza con la precipitación de la carrera.

“*No te preocupes*”, me dijo *Moreno* -contestando a la pregunta muda que debió de leer en mis ojos-, “*lo podré saltar*”.

Tomé carrerilla y salté el canal. *Moreno* hizo otro tanto y, pese a su pierna herida, no tuve ni que tenderle una mano. Al dar con los pies en el suelo, sólo hizo una mueca de dolor, se apoyó con una mano en mi hombro y seguimos hasta los bloques. Nuestra buena estrella seguía brillando en el cielo. Nos cercioramos de que la ribera estaba desierta y, sin entretenernos en quitarnos ropa de encima, nos metimos en el agua, cruzamos el Júcar sin que asomara alma viviente en ninguna de las orillas y nos internamos en el monte hasta alcanzar los pinares próximos a casa de *Pastrana*.

El sol estaba llegando a su ocaso cuando recogimos las mochilas y metralletas que habíamos dejado enterradas al bajar a la casa. Calzamos nuestras abarcas, enterramos los restos de las alpargatas y nos sentamos para descansar con la intención de, una vez oscurecido, seguir hasta el punto de apoyo donde podría curarle la herida a *Moreno*. Éste recostó la cabeza en mi hombro..., ¿en qué estaría pensando?

Después de salir de un trance difícil nos volvíamos todos poco comunicativos, cada uno se encerraba con sus cavilaciones que no eran siempre las más optimistas. Yo no tenía más que dos cosas fijas en la cabeza: la una, que nos habíamos librado de una “buena”, y la otra, alejarnos lo antes posible de aquella zona, poner tierra de por medio entre nosotros y la

Guardia Civil, llegar cuanto antes al grupo.

Los nervios empezaron a relajarse y me quedó todo al cuerpo igual que si hubiera recibido una soberana paliza: sin fuerzas y experimentando un gran placer de hallarme sentado entre las matas y al amparo de la noche que estaba al caer. Sin darme cuenta dejé de pensar... Cuando volví a tener conciencia de mí mismo, lo primero que me sorprendió fue ver el sol por encima de la cabeza. Me había quedado dormido y a *Moreno* le sucedió otro tanto. Dormimos toda la noche de un tirón recostados el uno contra el otro. Si llegamos a ser descubiertos, a buen seguro que ninguno de los dos lo contara después. Decidimos ponernos en camino y llegar hasta el punto de apoyo que distaría unas tres horas de marcha. Dando muchos rodeos y volviendo no pocas veces sobre los pasos para evitar un claro de bosque, sería media tarde cuando nos detuvimos a la vista de la casa de *Pastrana*. Anochecido, nos aproximamos a ella y estuvimos un buen rato escuchando. No percibiendo nada que nos pudiera intranquilizar, entramos en el corral que tenía una puerta que comunicaba con la cocina y llamamos de la forma que teníamos convenida. Nos abrió la *Rubia* y le dije que *Moreno* venía herido. Rápidamente puso agua a hervir y sacó un retal de tela del que hicimos tiras para vendaje. Lavamos bien las heridas, la del muslo tenía muy buen aspecto y la *Rubia* le entablilló el dedo como tenía por costumbre hacer cuando una oveja se rompía una pata. Se hicieron desaparecer los rastros de la cura, cargué con la comida que podíamos necesitar durante las marchas sin necesidad de tocar otro punto de apoyo y nos pusimos otra vez en camino.

Cuatro noches de marcha tardamos en reunirnos con el grupo acampado por la muela de Cortes de Pallás. *Moreno*, si bien no andaba muy rápido, soportó las marchas sin una queja.

Una de nuestras preocupaciones, después de comunicarles lo sucedido, fue avisar a los amigos de Yecla para que estuvieran prevenidos. Con este fin salieron aquella misma noche tres guerrilleros.

Dejemos ahora a éstos proseguir su ruta y volvamos con la imaginación a la casita del punto de apoyo de la huerta valenciana para intentar establecer lo que pudo suceder en ella tras nuestra salida intempestiva.

Durante los cinco o seis minutos que duró el tiroteo, la mujer de Miguel permaneció sentada en la cama abrazando a su hija y nos miraba con ojos en los que se leía el espanto de tan terrible situación. A nosotros nos quedaba la esperanza de podernos abrir paso a tiro limpio pero ella..., ¿qué esperanza podía tener...? La de quedar a merced de la Guardia Civil y si escapaba con vida de entre sus garras, sufrir torturas incontables, verse arrastrada por los pelos y pateada, martirizada en la carne y en su pudor para terminar su calvario tras los barrotes de las cárceles franco-falangistas.

Conociendo el cuadro de aquella cocina, dos de los suyos cruzados delante de la puerta y bañados en su propia sangre, no es difícil imaginar la reacción de los guardias civiles que penetraron en la casa, la rabia y el odio los cegarían y descargarían su furor y saña sobre la esposa de Miguel, que cayó indefensa entre sus garras.

La casita, según informes que pudimos ir recogiendo, la rodearon unos treinta guardias civiles al mando de un comandante y un capitán. Ambos resultaron muertos en el tiroteo más otro número fuera de la casa. Hubo también dos heridos.

Miguel, como digo al comienzo de este pasaje, murió a manos de la Guardia Civil. No pudimos establecer si en el momento de la refriega, delante de su esposa y de su hijita, o si ya lo habían matado cuando los civiles llamaron a la puerta. Ella fue torturada salvajemente sin que lograran sacarle una palabra de su boca. Todo lo que conocía de Yecla se mantuvo como si no hubiera pasado nada. De la comisaría de Valencia fue trasladada a la cárcel de mujeres con su hijita y ya no volvimos a saber nada más de ellas.

Así perdimos el primer punto de apoyo en la nueva zona guerrillera. Así, o de forma muy similar, iríamos perdiendo otros en este largo calvario de sacrificios, de amargura y dolor, de odio.

Por eso, al hablar de las guerrillas levantino-aragonesas, lo primero que hay que hacer es hablar de nuestros puntos de apoyo y enlaces, de estas familias que todo lo dieron por España, por la República, por la democracia, por la paz, el pan y el trabajo. Hay que hablar de ellas y comprender que fueron las más sacrificadas en la lucha contra el franquismo, sin lo cual no es posible reconocer a la AGLA, y la tragedia se convierte en un sainete.

Y es inmoral e inhumano cubrir a estas personas bajo el manto infamante del silencio y del olvido. ¡Mucho les debemos los guerrilleros a nuestros puntos de apoyo y enlaces! Tanto, que les debemos hasta la propia vida.

Deserción de *Vicente*

Como dejo dicho, estando *Blanca* en el punto de apoyo de casa de *la Madre*, procuramos no parar por los montes cercanos. Nuestra estancia por la muela de Cortes de Pallás tenía sus inconvenientes. Aparte de tener que estar levantando el campamento de continuo pues el bosque era muy pobre, nos teníamos que desplazar para suministrar hasta los puntos de apoyo de casa de *Pastrana*, el *Medio Mullau* y sus tíos, lo que suponía de cuatro a cinco

noches de marcha para ir y venir y meter en el campamento un poco de comida. Por otra parte, las vacilaciones y temores de estos puntos de apoyo aconsejaban dejarlos descansar una temporada para que se fueran recuperando, lo que nos llevó a cruzar el río Júcar y establecernos una vez más por los montes de Cofrentes y suministrar en casa de *la Madre*. Pudimos comprobar que *Blanca* se había adaptado bien a la casa y que todos estaban satisfechos con el comportamiento de nuestra guerrillera. Desde los montes de Cofrentes, salieron para enlazar con el Comité Regional *Vicente y Jacinto*. A la noche siguiente regresó *Jacinto* diciendo que *Vicente* había desertado. Ya teníamos uno más en la lista interminable de los desertores.

Entre los componentes del grupo hubo manifestaciones de salirle al paso y darle su merecido. A nadie se nos pasaba por alto que si nos apostábamos en los caminos que conducían a casa de *la Madre*, no tendríamos que esperar mucho tiempo para echarle el guante encima.

Deseché tales proposiciones porque salirle al paso suponía tener que colgarlo de un pino y ya comenzaba a estar hartó; comprendía muy bien esta decisión aunque la considerara desesperada, pues colocaba a los desertores bajo dos fuegos: el de la Guardia Civil si se entregaban o eran descubiertos y detenidos y el de los guerrilleros.

Por otra parte, era un desertor que no se entregaría a la Guardia Civil y, si lograba llegar a su tierra y camuflarse, no se podía esperar más daño que el que nos hacía con desertar. Mas siempre es mejor prevenir que curar..., y por no romper con la buena costumbre que desde hacía años veníamos practicando en estos casos, esa misma noche nos trasladamos de lugar. A la noche siguiente, bajamos hasta casa de *la Madre* y le preguntamos si había pasado *Vicente* por la casa. Nos contestó afirmativamente y agregó que “*lo había encontrado bastante nervioso*”.

La deserción de *Vicente* es el caso típico del guerrillero que abandona la lucha por miedo a la soga. Es cierto que no tenía nada de valiente, como lo había demostrado en el encuentro con la Guardia Civil de Requena, pero no es menos cierto que si la lucha y el Comité Regional le hubiesen brindado una perspectiva o, por lo menos, no se hubiera sido tan radical en la aplicación de medidas punitivas, este hombre hubiera controlado mejor su miedo.

Para comprender el pánico que a *Vicente* le infundía el Comité Regional, hay que remontarse a varios meses antes. Estando el grupo acampado por los altos del río Ludey y del río Grande, el Comité Regional nos envió a un guerrillero llegado hacía poco de Francia (no recuerdo su nombre) para reforzar al grupo “políticamente”. Como cuando pasamos el grupo de “*los Maños*”, nos sentamos formando corro y esperamos embelesados que nos informara del trabajo del partido y de la labor del Gobierno republicano en el exilio y, sobre todo, de la opinión que reinaba entre los refugiados españoles sobre la lucha guerrillera. Su contestación nos dejó pasmados... “*El partido me ha engañado al enviarme al interior...*”

esto es muy distinto de toda la propaganda que el partido realiza en Francia”, fue lo que nos soltó a bocajarro.

Naturalmente, me deshice lo antes posible de este refuerzo político y, en el primer enlace, lo envié con *Vicente* y *Jacinto* al Regional. Nunca más volví a encontrarme con este guerrillero por ningún campamento. ¿Fue enviado a Francia nuevamente...? Lo dudo.

¿Qué le habían dicho a este hombre los dirigentes del PCE que encontraría en las montañas levantino-aragonesas? ¿Destacamentos motorizados...? ¿Zonas dominadas por los guerrilleros...? Hoy me inclino a creer que en algo tenía razón.

Más que respeto, a los miembros del Comité Regional, si descontamos a *Grande*, se les tenía miedo, unas veces bien fundado y otras sin fundamento alguno, que todo hay que decirlo. Algunos guerrilleros no estaban seguros de que al enviarlos en misión de enlace al Regional, volvieran a regresar al grupo. Éste era el caso de *Vicente*. Se imaginó que una serie de circunstancias ligadas más o menos con su actuación se volverían contra él y más de una vez me vi precisado a decirle que no había ningún “gato encerrado” al mandarlo con otro camarada a realizar este servicio.

Estoy seguro de las convicciones antifascistas y republicanas de *Vicente* y quién no me dice que en otra situación de la lucha contra el régimen franquista no pueda cubrir un puesto. Personalmente no le guardo ningún rencor y, si andando por la vida me volviera a tropezar con él, no tendría ningún reparo en tenderle la mano.

Ahora, cuando escribo estas líneas, cuando el peligro de la delación ya no existe, esto puede parecer bonito y hasta si se quiere muy humano. Pero dejémonos de sentimentalismos trasnochados y miremos las cosas cara a cara. En el caso de *Vicente*, me dejé llevar de este sentimentalismo trasnochado y puse en grave peligro la libertad y la vida del punto de apoyo de casa de *la Madre* y de *Blanca*; perdí de vista que si *Vicente* era detenido por la Guardia Civil cantarían todo lo que conocía y nos veríamos obligados al abandono de la nueva zona guerrillera. En una palabra, no cumplí con mi deber como guerrillero, que no era otro que haberle salido al paso y colgarlo de la rama del pino más cercano.

Esto era una medida de seguridad extrema impuesta por las condiciones, también extremas, de la lucha armada contra el franquismo y que no guardaba ninguna relación con el “puño stalinista”; era un hecho patente la alternativa ante la que me había colocado el propio *Vicente* y que yo no cumplí.

El alcalde pedáneo de Benalí

Hasta aquí -pese a un par de sustos morrocotudos- puedo decir que el grupo se desenvuelve sin grandes problemas en la zona y los puntos de apoyo (el *Medio Mullau*, sus tíos y casa de *Pastrana*), no obstante el temor a la represión del régimen franquista, nos siguen abriendo sus puertas.

La llegada de *Teo* a nuestra zona la inscribo dentro de la línea general de algunos miembros del Comité Regional de críticas sin ton ni son, de “mano dura” y de un empeño -para mí incomprendible- de querer imponer una disciplina de partido por decreto. *Teo*, al igual que *Vías*, es partidario de la “mano dura”, así como los hombres de confianza de *Pedro* y *José María*. Unido a esto, salta a la vista una especie de empeño suyo en aparecer como el jefe. Monopoliza con tan poco tacto las conversaciones, que rompe con la libertad de que los camaradas hablasen en casa de *la Madre* sobre nuestra vida y los problemas que planteaba la lucha por la reconquista de la República. Desde que aparece por el grupo, es él el que lee *Mundo Obrero* a *la Madre* y a *Blanca* y el que da las explicaciones que vengan al caso. Anteriormente, esta tarea la realizaba *Víctor* porque era el que mejor leía del grupo, y para las explicaciones cada uno hacíamos lo que buenamente podíamos.

Existe un interés especial en arrinconar a los responsables de la AGLA (concretamente a *Grande* y *Pepito*) y que en su lugar aparezcan los responsables políticos de un Comité Regional fantasma que solamente existe en las declaraciones verbales y escritas del Buró Político y de algunas mentalidades obtusas que no quieren ver que dos años de existencia del “Comité Regional” no han traído ninguna mejora a la situación.

¿Qué Comité Regional dirigente es éste que no tiene a quién dirigir? Desde el asalto a Cerro Moreno está sin contacto con Cuenca, Valencia y Teruel y el balance de este periodo no puede ser más catastrófico: muy por encima contabilizo hasta 25 guerrilleros muertos en enfrentamientos con la Guardia Civil, solamente en el 5 y 11 sectores, y entre ellos dos jefes del 5 sector, *Capitán* y *Tomás*. Los desertores suman también un buen par de decenas y los puntos de apoyo detenidos por la Guardia Civil escapan a mis cuentas pues nadie informa de nada y, si uno se va enterando, es por palabras sueltas pilladas al vuelo.

Con este balance por delante de su paso por el 5 sector, llega *Teo* al grupo y la primera medida que propone es liquidar, por chivato, al alcalde pedáneo de Benalí. Discutí con él esta medida y le dije que no estaba de acuerdo con matarlo y que el grupo había encontrado la solución no haciendo alto por las proximidades de la casa ni por sus tierras, con lo cual el hombre no se veía en el compromiso de tenernos que denunciar a la Guardia Civil. Le señalé y remaché los resultados inmediatos que podíamos esperar de una acción como ésa: detención de los puntos de apoyo y abandono de la zona.

Cerrado como un cerrojo, no quiso comprender que si la Guardia Civil no extremaba las

medidas represivas era porque en la zona no había corrido sangre, que tan pronto como corriera, aunque fuera la de un simple alcalde pedáneo, obraría en consecuencia.

No escuchó estas razones que se caían de su peso ni otras que podía haberle dado. Como miembro del Comité Regional, estaba investido con más autoridad que la mía y no me quedó otro camino que plegarme a su voluntad.

El “puño stalinista” de *Teo*, en los años 1949-50, era moneda corriente en el seno del PCE, y todos, unos más y otros menos, fuimos unos incondicionales de las directivas que daban los dirigentes del PCE.

Nos trasladamos a los montes de Benalí e hicimos alto, dando vista a la casa del pedáneo. La estuvimos vigilando todo el día y al anochecer nos presentamos en ella. No bien nos vieron en el umbral de la puerta, comprendieron la tormenta que se les venía encima. (Decididamente los viejos guerrilleros y los responsables de grupo no éramos hombres de partido ni buenos responsables de grupo, teníamos la mala costumbre de ser los primeros en dar la cara en todas las operaciones y esto estaba muy mal hecho; tendríamos que haber hecho lo que hacía *Teo*: intentar pasar desapercibido entre los guerrilleros y que fueran los otros quienes dieran la cara).

Encarado con el alcalde pedáneo de Benalí, le pregunté si nos reconocía y ante su contestación afirmativa, le dije que esperaba que no iría con el “soplo” a la Guardia Civil y que nos entregara todo el dinero que tuviera en la casa. Naturalmente, se negó a entregarnos una sola peseta, y en lo tocante a dar el “soplo”, me dijo que cumpliría con su deber.

Pese a haber discutido con *Teo* y decirle claramente que no estaba de acuerdo con la ejecución del pedáneo, al oír su contestación me subió un sofocón de rabia y coraje a la cabeza y de un empujón lo eché en los brazos de *Moreno* y de *Vías*, que estaban a mi lado.

La mujer se mostró tan terca como el marido en lo tocante al dinero pero sus ojos la traicionaron: dos guerrilleros iban colocando encima de la mesa de la cocina envoltorios con cartas y escritos; yo no quitaba la vista de aquella cara crispada. Al fin, más que ver, presentí un cambio rápido en sus facciones. Era lo que estaba esperando: el dinero se encontraba allí, en uno de los paquetes que acababan de depositar encima de la mesa. Me puse a desliarlos y no tardé en dar con él. (No me viene a la memoria la cantidad, pero no debió ser mucho cuando tan fácilmente lo he olvidado).

Mientras cargábamos con la comida que encontramos y la mujer se deshacía en lloros y lamentos por sus ahorros, desde el portal llegó como una especie de estertor. Desde este momento comprendí que el alcalde pedáneo había dejado de existir. ¡Ya podía Franco nombrar otro en su puesto para el caserío de Benalí!

Cuando abandonamos la casa no vi el cuerpo del alcalde por ninguna parte, le pregunté a *Teo* y me dijo que lo habían metido entre los trigos.

Como bien puede verse, la operación en sí no revestía ningún peligro, el peligro vendría después, cuando la Guardia Civil empezase a peinar los montes en una batida. Algunos componentes del grupo manifestaron la idea de pasar por los puntos de apoyo para avisar y que estuvieran prevenidos.

No estuve de acuerdo con tal proposición porque nada hubiéramos prevenido con ello. La mejor ayuda que podíamos prestarles era que no tuvieran que fingir cuando fueran interrogados por la Guardia Civil. Nada sabían de que anduviésemos por la zona y lo mejor era retirarnos sin darnos a ver porque el que nada sabe, nada puede decir aunque le pongan trampas y preguntas capciosas. Prevaleció mi criterio y, una vez más, cruzamos aquellos montes cien veces trillados por nuestras alpargatas camino de los bosques de Cofrentes.

Cuando avistamos el río Júcar, se nos cayó el alma a los pies: un fragor endemoniado se extendía por aquellos barrancos. A la luz de la luna vimos la estela plateada del río embestir impetuosa contra las rocas, dando saltos y formando remolinos. Descendimos la escarpada ladera y, como ya estaba en el ánimo de todos, el canal iba seco, toda el agua la habían echado por la madre, lo que suponía que teníamos que buscar otro lugar para vadearlo. Llegamos en nuestra búsqueda hasta debajo de Cofrentes, donde las aguas del río Júcar y del Cabriel se juntan formando un gran remanso que cruzamos con el agua al pecho. *Jacinto* y *Teo*, que eran de baja estatura, perdían pie y algunos metros los cubrieron sostenidos por las mochilas que les hacían las veces de flotador mientras no se empaparan de agua. Nos internamos por el Oroque, donde se nos hizo de día. Por la noche, llegamos al punto de apoyo de casa de *la Madre*. Nos entrevistamos con toda la familia y con *Blanca*. *La Madre* nos informó de la movilización de la Guardia Civil por la zona de Benalí, de la muerte del pedáneo y la detención de varias personas sospechosas de ayudar a los guerrilleros.

Supongo que *Teo* se convencería que ciertas medidas punitivas que ponían en peligro la libertad de los puntos de apoyo, era preferible dejarlas para tiempos mejores.

Era norma generalizada que después de una operación se reuniera el grupo para analizar, sacar experiencias y subsanar los fallos que se pudieran haber cometido. En esta ocasión se rompió con esta norma y *Teo*, sin reunir al grupo se marchó a la noche siguiente acompañado por *Vías* y *Ceferino* para reunirse con los camaradas del Comité Regional. Con ello dejó de lado las críticas que se le pudieran haber hecho.

Como en años anteriores, cuando cayó el punto de apoyo del molino del Peinado, me tocó dar la cara en casa del *Medio Mullau* y sus tíos. Cuando se tranquilizó un poco la zona de Benalí, acompañado por *José*, *Angelillo* y *Jerónimo*, nos presentamos una noche en casa de los tíos del *Medio Mullau*. Les pedí y rogué en todos los tonos que avisaran a la madre del *Medio Mullau* de que queríamos hablar con ella pero no logré nada. Tenían mucho miedo y estaban deseando vernos salir de la casa lo antes posible. La hija, que andaba de palique

con *Angelillo*, le dijo que ella iría a llamar a su tía.

Salió la muchacha y al poco regresó diciendo que su tía nos esperaba fuera de la casa entre un grupito de pinos que se alzaban a poca distancia. Hablando con ella, huelga decir que los lamentos y el temor -bien fundado- de lo que pudiera hacer la Guardia Civil con su hijo, es todo lo que pudimos sacar en claro. Al despedirnos le entregamos un par de cientos de pesetas para que se ayudase un poco, pues se había quedado sola y, sin los brazos del hijo que eran todo su sustento, lo pasaría bien estrecho. Desde aquí, nos acercamos a casa de *Pastrana*, donde esperamos un par de noches a que atendieran la estafeta. Finalmente, y sin haber logrado entrar en contacto con la casa, decidimos regresar al grupo.

Durante la semana aproximada que estuvimos por la zona, vimos varias veces patrullas de la Guardia Civil de recorrido por las casas y escudriñando los montes.

La ejecución del alcalde pedáneo de Benalí, la vigilancia establecida por la Guardia Civil en la zona y la detención del *Medio Mullau*, nos clavaron por los montes del Oroque más tiempo que el recomendable para la seguridad del punto de apoyo de casa de *la Madre* y la nuestra.

La mejor defensa que teníamos los guerrilleros contra las fuerzas represivas eran nuestros puntos de apoyo y nuestra movilidad. Todo aquel que se preciara de ser un dirigente y no supiera ver esto, la mejor ayuda que podía prestarnos no era el estudio de los materiales teóricos del PCE ni los discursos políticos rimbombantes sino liar su petate y largarse para Francia.

Una de las veces que nos vimos con *la Madre*, nos dio la buena noticia de que el *Medio Mullau* había sido puesto en libertad por la Guardia Civil. Desde que fuera detenido habíamos estado un par de veces a ver a su madre, que poco a poco iba recobrando la confianza de volver a ver a su hijo. Ahora se imponía la necesidad de tener una entrevista con él y tratar de normalizar nuestras relaciones. Sin más preámbulos, nos echamos la casa a las espaldas y nos trasladamos a los bien conocidos montes de Benalí y nos entrevistamos con el mozo y su madre que, pese al temor, nos recibieron bien. El *Medio Mullau* nos habló de las palizas recibidas y de que en Anna y Enguera se habían establecido grupos de guardias civiles especializados en la lucha antiguerrillera. A los comerciantes les habían impuesto la obligación, so pena de atenerse a las consecuencias, de dar parte al puesto de la Guardia Civil de todas las compras sospechosas y de las personas que las realizaban. Al salir de la cárcel, le hicieron jurar que todo lo que viera anormal por las dos o tres casas vecinas lo comunicaría al puesto de la Guardia Civil. En gran parte le había valido para que lo soltaran tan pronto el hecho de habernos denunciado cuando nos tropezamos con él por primera vez sobre la pista de sacar madera. Parece ser que la Guardia Civil no estaba segura de que estuviera en contacto con nosotros, aunque les extrañaba el que no se hubiera tomado ninguna represalia contra él y sí contra el pedáneo de Benalí.

De resultas de esta entrevista y de que *Moreno* logró entrar en contacto con *la Rubia* de casa de *Pastrana*, volvimos a poder contar con los viejos puntos de apoyo. Las normas más elementales de seguridad y prudencia aconsejaban dejarlos descansar una temporada. Esto hasta el más ciego lo veía. Pero, ¿cómo dejarlos descansar?, y, ¿en quién apoyarnos para poder seguir en la zona? Contra toda lógica aparente, no nos quedó otro camino que el de servirnos de ellos pues, de otro modo, no era posible la estancia del grupo en la zona.

Exponiendo a estos puntos de apoyo fue como únicamente pudimos abandonar los montes de Cofrentes donde no quedaba, desde el cerro Repunta hasta el río Júcar, un grupo de pinos que no guardara las señales de nuestro paso.

Durante los dos meses aproximadamente que anduvimos dando tumbos por los montes de Benalí y la Canal de Navarrés, visitamos dos o tres veces a los camaradas de Yecla, que nos comunicaron que *Rosita* se encontraba perfectamente y que por el pueblo todo seguía tranquilo. Desde que *Rosita* llegara a Yecla, no se les dio a estos amigos otra tarea que la de velar por la seguridad de nuestra joven guerrillera.

En estos dos meses y no obstante el control riguroso de nuestras provisiones, el depósito de harina y arroz que teníamos en el monte iba menguando de manera alarmante, pues éramos diez bocas capaces de devorar a un toro con cuernos y todo. Con el fin de mejorar un poco nuestro racionamiento, estando acampados por la Canal de Navarrés, nos desplazamos hasta los llanos de Almansa en busca de un corral donde robar un par de ovejas. (Desde 1949, en que bajamos a la nueva zona guerrillera, hasta la evacuación de la AGLA, a mediados de 1952, fueron las dos únicas ovejas que robamos).

Cuando dimos fin con la harina y el arroz que teníamos en un depósito en el monte, y ante los apuros y el peligro que suponía para los puntos de apoyo comprarnos comida para mantenernos de pie, decidimos trasladarnos a los montes de Cofrentes. Acampamos por la muela del Albeitar, frente por frente a la muela de Cortes de Pallás desde donde entramos en comunicación con *la Madre*. Hablamos con *Blanca* y le comunicamos que su hermana *Rosita* se encontraba bien en casa de unos camaradas.

Llegamos a casa de *la Madre* más chupados que un pirulí. (Los tiempos en que los guerrilleros entrábamos en los pueblos y aldeas y obligábamos a los alcaldes y jefes de Falange a entregarnos la comida que tuvieran en la casa, hacía meses que habían pasado a la historia). Después de sacar las tripas de penas, cargamos con toda la comida que *la Madre* nos había comprado y nos dirigimos a colocar las estafetas por si algún camarada del Regional bajaba de visita al grupo.

Río Júcar

Desde los primeros pasos que dimos por la nueva zona guerrillera, el río Júcar juega un gran papel en la vida del grupo. Se puede decir que es una barrera natural que divide la zona en dos partes bien definidas: una, partiendo del río Júcar, baja por la muela de Cortes de Pallás y la Canal de Navarrés hasta la sierra de Enguera por la parte de Alcira y se extiende, a caballo de la carretera Alcira-Valencia y Valencia-Almansa, por las tierras que configuran la Ribera Alta de la huerta valenciana; la otra, sube desde el Oroque y el cerro Repunta por la Hoya de Buñol y se extiende a la izquierda por la sierra de Malacara, sierra de las Cabrillas y sierra del Asno, y los pueblos de Siete Aguas, Requena y Utiel, sobre la carretera Valencia-Madrid hasta la depresión del río Cabriel a la altura de Puerto Contreras. La depresión del río Júcar es como un corte hecho por la naturaleza entre la sierra de Martés y la muela de Cortes de Pallás.

En varias ocasiones hemos podido experimentar que las batidas de la Guardia Civil se paralizaban al llegar a la depresión del río Júcar: así sucede cuando operamos sobre la vía del ferrocarril en el puerto de Almansa y en la Parrilla, la batida de la Guardia Civil se centra por los montes de Benalí y la Canal de Navarrés sin llegar a cruzar el río Júcar. Lo mismo se puede decir cuando la muerte de un guardia civil en Alcira, el control de Játiva y el tiroteo en la casita de la huerta valenciana. En el verano-otoño de 1951, reciente todavía la ejecución del alcalde pedáneo de Benalí, la Guardia Civil patrulla por la muela de Jalance y la depresión del Júcar sin llegar a cruzarlo; sin embargo, no existe esta vigilancia por la rambla del Real y montes del Oroque, donde tenemos un campamento.

Veamos a continuación qué sucede por la zona de Cofrentes: el choque con la Guardia Civil en las proximidades de Requena y el “rescate” sobre la carretera de La Portera a Cofrentes, moviliza a la Guardia Civil que da una batida que se extiende por la Hoya de Buñol y sierra Malacara hasta Cofrentes, pero tampoco cruzan el río Júcar.

En todos estos casos, con excepción del caso de Alcira en que el grupo se retira por la Ribera Baixa en dirección de Benetússer, nuestra táctica es siempre la misma: vadear el río Júcar sea como sea y por donde sea; unas veces en busca del abrigo de los bosques y de los puntos de apoyo por la Canal de Navarrés y los montes de Benalí y, otras, en busca del abrigo que nos ofrece la sierra del Albéitar, el Oroque y el cerro Repunta, con el punto de apoyo de casa de *la Madre*.

Esto me lleva a pensar que la Guardia Civil no tenía muy claro el que por la nueva zona se moviera solamente un grupo guerrillero. Era difícil suponer que un grupo se aventurase con

tanta frecuencia a vadear el río Júcar. Si esto les resultaba impensable, de aquí a pensar en la existencia de dos grupos operando cada uno por una de las vertientes del río Júcar, no había más que un paso. De aquí también el que las batidas se detuvieran al llegar al río Júcar.

No recuerdo que la Guardia Civil realizara una batida simultánea por las dos vertientes del río Júcar, lo que hubiera colocado al grupo en una situación muy difícil, sin terreno donde maniobrar y sin puntos de apoyo. Por otro lado, las batidas aterrorizan y levantan la liebre..., pero si no se tienen apostaderos en los puntos estratégicos por donde tiene que pasar y cazarla tan pronto como asome las orejas, tienen muy poco resultado práctico. Lo fundamental si se quiere cazar a la liebre es saber descubrir estos puntos estratégicos y montar apostaderos.

Si un mal cálculo de los jefes de la Guardia Civil hizo de la depresión del río Júcar una barrera poco menos que infranqueable, para nosotros, los guerrilleros, no fue otra cosa que un obstáculo más de los muchos que se nos cruzaron, y que salvamos en este largo y penoso caminar.

EL DESENLACE FINAL SE APROXIMA

(de mediados de 1951 a la evacuación de la AGLA)

Nuevo equipo dirigente

Como me viene sucediendo con mucha frecuencia, me entero de los cambios que se operan en la dirección del Comité Regional cuando éstos hace ya meses que han tenido lugar, pues los camaradas del Comité Regional no se toman la molestia de informar a nadie de nada. A *Grande*, que es el que me daba alguna noticia de uvas a peras, desde que *Teo* aparece por el grupo, no le he vuelto a ver el pelo. Así pues, a mediados de 1951 llega a mi conocimiento que Santiago Carrillo, en el transcurso del verano de 1950, había enviado un nuevo equipo dirigente integrado por los camaradas *Antonio* el catalán (José Gros), *Sebastián* (Félix Pérez Navacerrada), el radiotelegrafista *Manolo*, *Eduardo* y *Marcos* y guiados por mi paisano *Ibáñez*. Este equipo se distingue en que no cruza la frontera franco-española como los anteriores llegados a la AGLA, sino las aguas territoriales, desembarcan en una pequeña cala cerca de Vinaroz (Castellón), y vienen armados hasta los dientes..., ¡hasta un fusil ametrallador traen consigo!

Decididamente, Carrillo se ha emperrado en demostrar que es un zote en cuestiones guerrilleras y al final lo ha conseguido: ¿para qué necesita este equipo un fusil ametrallador?

¡Para nada! Para pegar cuatro ráfagas de metralleta y salir por piernas no se necesita un fusil ametrallador porque es un estorbo por el peso y porque necesita de dos hombres como mínimo para su traslado, uno para cargar con él y otro con las petacas.

Pero no es solamente Santiago Carrillo el que demuestra ser un zote en cuestiones guerrilleras; a su lado están los generales Juan Modesto y Enrique Líster que son sus asesores militares en cuestiones guerrilleras, pues conocen perfectamente el papel que jugaron las unidades guerrilleras soviéticas operando en la retaguardia de los ejércitos hitlerianos. Esto lo conocen muy bien, pero no saben de la misa la media de la lucha guerrillera en España. Se pierde de vista que los guerrilleros soviéticos luchaban contra un invasor y estaban respaldados por el Estado Socialista Soviético y por el Ejército Rojo, y que nosotros estábamos solos frente al franquismo y no contábamos con el respaldo de ningún Estado ni de ningún ejército, y no luchábamos contra ningún invasor.

La prueba más clara de que un fusil ametrallador es un estorbo para nosotros, nos la da este mismo equipo que desembarca en la costa. Cuando tienen que cargar con él a la espalda buscan un lugar para dejarlo escondido y prosiguen su marcha cruzando el Bajo y Alto Maestrazgo, para internarse por la provincia de Teruel en dirección de la sierra de los Monegros, por donde se encuentran los campamentos del 17 y 23 sectores. No bien han pisado tierra turolense, en una estafeta cerca de Mosqueruela, tienen su primer tropiezo con la Guardia Civil. Por suerte, parece ser que no tienen que lamentar ninguna pérdida.

Sería durante el otoño de 1950, cuando *José María y Grande*, guiados por *Ibáñez*, entran en contacto con el nuevo equipo dirigente. Se celebra una reunión de la que sale el acuerdo de formar un nuevo Comité Regional que queda compuesto por los camaradas *Antonio* el catalán como responsable supremo, *Sebastián*, *José María*, *Rubio*, *Grande* y *Eduardo*. A *Marcos* ya no se le menciona, y *Pedro* y *Pepito* son apartados de la dirección.

Después de esta reunión, *Ibáñez* sale para Francia y lleva consigo los informes personales redactados por cada uno de los miembros del nuevo Comité Regional para la dirección del PCE, y regresa rápidamente a España.

Estos informes podrían echar luz sobre alguno de los hechos que después sucedieron. Nada se dice..., pero todo se va sospechando si se tiene paciencia para ir atando cabos sueltos.

A finales de 1950, *Pedro* y *Pepito* salen camino de Francia pero no llegan al país vecino, son abatidos en el camino. Y surge la pregunta inevitable: ¿quién acompañaba a *Pedro* y *Pepito*? Porque ¡no me vendrán a decir que iban solos!

Por la precipitación del regreso de *Ibáñez* a España, por la proximidad de las fechas y por la decisión que toma *Ibáñez* en 1952, cuando los supervivientes de la AGLA ya hemos cruzado la frontera franco-española, pidiéndole a la dirección del PCE que lo retiren del servicio de pasos, todo unido, me lleva a suponer que sería mi paisano *Ibáñez* y posiblemente también

Marcos, los que acompañarían a *Pedro* y *Pepito* camino de Francia...

Pero no quedan aquí las cosas: entre *Antonio* el catalán y *Sebastián* existe una rivalidad por asumir el mando (“Abriendo Camino”, de José Gros). Es éste un nuevo factor de malestar que nunca se había dado entre nosotros. ¡Malos comienzos los de “nuestros salvadores”! Tan malos que *Antonio* se tuvo que oír decir por boca de *Grande*: “*si me vuelves a poner la mano encima, te pego un tiro*”.

¿Qué había visto o sospechado *Grande* para que le infundiera tal desconfianza el que el responsable máximo enviado por el PCE a Levante le colocara la mano encima...? No me diga *Grande* que no sabe nada porque no lo creo. Si no sabe nada, las palabras que dirige a *Antonio*, no tienen ni tres ni revés.

Es hora, mientras no se aporten pruebas convincentes de lo contrario, de reivindicar ante el PCE los nombres de *Pedro* y *Pepito* como luchadores antifranquistas desde la AGLA. ¿Que cometieron errores...? Empezando por los más altos dirigentes del PCE, ¡todos los cometimos!

Según tengo de oídas, el *Ferrovionario*, un guerrillero del 17 o 23 sector, aprovechando que *Antonio* el catalán estaba durmiendo, le lanzó una bomba de mano que por suerte no explotó y se dio a la fuga. Es el único caso que ha llegado a mis oídos que un guerrillero atentase contra la vida de otro. Si esto sucedió, fue debido a que *Antonio* hizo uso y abuso al considerar a todo el que exteriorizaba alguna duda como un provocador y agente franquista infiltrado en nuestras filas.

Un par de días más tarde, *Antonio* salía para informar a la dirección del PCE en Francia. ¿De qué iba a informar? ¿Del atentado contra su persona? ¿De la muerte de *Pedro* y *Pepito*? Otro informe que sería bueno conocer para que la luz se haga.

Muy pocos días después, este mismo camino lo seguía *Sebastián*. Total, que de los cinco camaradas enviados por Santiago Carrillo para hacerse cargo de la dirección, quedan con nosotros el radiotelegrafista *Manolo* y *Eduardo*, que fue nombrado responsable del 17 sector.

Veamos seguidamente una variante que introdujo *Antonio* el catalán para asegurar el campamento de la dirección: las entrevistas se realizan en un campamento provisional que después se abandona. Es decir, el emplazamiento de la dirección del Comité Regional era secreto para los grupos y únicamente con un guía del equipo dirigente podíamos dar con ellos. Este procedimiento daba al equipo dirigente la seguridad de poder dormir tranquilos pero tenía sus inconvenientes: supongamos que el campamento de la dirección haya sido asaltado. Ellos, con la ayuda de los guías podían buscar el apoyo de cualquier grupo hasta dejar pasar la tormenta. Si esta misma situación la trasladamos a mi grupo, resulta que no podíamos apoyarnos en nadie. ¿Qué hacer? ¿Empezar a tocar casas para suministrar que en

la mayoría de los casos hubieran dado parte a la Guardia Civil colocándola sobre nuestra pista un día y otro día hasta el aniquilamiento del grupo?

Esto me lleva de la mano a la siguiente conclusión: la seguridad era para ellos pero no para los grupos, como se nos quiso hacer ver. Después de que saliera *Antonio* para Francia y más tarde siguiera este mismo camino *Sebastián*, se lleva a cabo una reorganización del Comité Regional del que pasa a formar parte *Teo*.

Estando acampados por los montes de Cofrentes, sería por el mes de febrero de 1951, *Teo* llega por segunda vez de visita al grupo. Tenemos una reunión y le comunicamos todo lo sucedido por la parte de Benalí, del encarcelamiento y puesta en libertad del *Medio Mullau* y que las relaciones con los puntos de apoyo se han vuelto a restablecer.

En ningún momento se plantea *Teo* el visitar a estos puntos de apoyo, se conforma con visitar a *la Madre*, leerle *Mundo Obrero* y hablar con *Blanca*. Para un dirigente “político”, el visitar a estos puntos de apoyo por donde había pasado la represión del régimen franquista, tenía que haber sido una de sus primeras preocupaciones. Pero no, se marchó para Francia sin llegar a conocerlos.

Hablando con *Teo*, me dice que a proposición suya he sido nombrado miembro del Comité Regional. Nombramiento simbólico como simbólica es la existencia del Comité Regional en el año 1951. Este “nombramiento” merece un pequeño comentario porque, aunque no lo parezca, tiene su “miga”: ¿qué clase de miembro del Comité Regional soy, que no se le comunica al grupo? ¿Soy el miembro “X” o qué es lo que soy?

Lo lógico y natural es que *Teo* me lo hubiese comunicado en una reunión con el grupo y no como lo hizo, en una conversación corriente como muchas de las que teníamos entre nosotros. Por otra parte, como tal miembro no me reuní una sola vez con los camaradas de la dirección del Regional.

De este “nombramiento” tampoco le dije nada al grupo, porque en el fondo no creí ni media palabra de lo que me dijera *Teo*. Se marchó para el Comité Regional y me dijo que no me retirara mucho de los montes de Cofrentes porque regresaría pronto.

El Regional en los montes de Cofrentes

Lo que me venía temiendo desde hacía meses nos cayó sobre las espaldas: el grupo del Comité Regional integrado por *José María, Grande, Teo* y el radiotelegrafista *Manolo*, más

los guías *Matías*, *Francisco* y *Simón* y las dos jóvenes guerrilleras *Celia* y *Sole*, que todavía se encontraban en el monte, se nos presentaron una noche en el campamento guiados por *Teo*.

En este momento nos juntamos 19 bocas para alimentar, lo que suponía un serio problema para el punto de apoyo de casa de *la Madre*. En pocos días agotamos las reservas de comida que teníamos en un depósito y casi nos quedamos sin dinero. El grupo del Regional, cargado con la emisora y la dinamo, no podía estar cambiando de campamento cada dos por tres y perdimos el arma más eficaz que teníamos los guerrilleros contra las fuerzas represivas: nuestra movilidad.

A la noche siguiente se bajó a casa de *la Madre* para avisar a *Blanca* que su hermana y *Celia* la estaban esperando no lejos de la casa. Se vino con nosotros y un buen rato estuvieron hablando solas. Llamaron después a *José María*, *Teo* y *Grande* y les comunicaron alguna cosa. Antes del amanecer llevamos a *Blanca* a la casa y nosotros regresamos al campamento. Durante la jornada tuvimos una reunión en la que *José María* nos puso al corriente de la conversación sostenida con las tres jóvenes guerrilleras. Resultaba que las relaciones con el punto de apoyo de casa de *la Madre* se nos habían complicado grandemente: el marido de *la Madre* se había encaprichado de *Blanca* y no la dejaba vivir ni a sol ni a sombra un minuto tranquila con sus pretensiones un tanto deshonestas.

Esta noticia me cayó como un cubo de agua helada en el mes de enero. Ninguna de las veces que pasamos por casa de *la Madre* -y ¡no fueron pocas!- me di cuenta de nada que pudiera infundirme tales sospechas. No vi que *Blanca* era una joven nada despreciable y que podía despertar deseos de poseerla. Me extrañaba y me disgustó bastante el que *Blanca*, habiendo tenido sobradas ocasiones para ponernos sobre aviso, se hubiera callado y que ni al propio *Teo*, al que conocía desde el primer día en que subió al monte con sus hermanas y su padre, se confiara en absoluto.

Por la noche, *José María*, *Grande*, *Teo*, *Sole* y *Celia* bajaron al punto de apoyo entre tanto que un grupo de cinco o seis guerrilleros montábamos la guardia fuera de la casa. Parece ser que la entrevista tuvo buen resultado gracias a la intervención de *la Madre*, que les prometió que a *Blanca* no le sucedería nada y que ella se encargaría de su marido.

Digo que parece ser porque no estuve presente en la entrevista, formaba parte del grupo que montaba la guardia fuera de la casa y fueron los camaradas del Regional los que decidieron que *Blanca* siguiera en casa de *la Madre*, cosa que yo no hubiera hecho, máxime, cuando se tenía previsto que *Teo*, *Sole* y *Celia* salieran para Francia y se la podían haber llevado.

Mas no habían de terminar aquí nuestros dolores de cabeza: el traslado del Regional a los montes de Cofrentes obedecía también, aparte de preparar la salida de *Teo*, a que por Calles había sucedido algo raro con el chofer que llevara a *Rosita* a Yecla. Mis temores y

aprensiones de colocar a terceras personas en la salida del monte de *Rosita*, no resultaron infundados. Había que sacar a *Rosita* de Yecla si es que aún se llegaba a tiempo, y *José María* y *Teo* nos recomendaron a *Vías* y a mí cruzar esta misma noche el río Júcar camino de Yecla. Ni *Vías* ni yo estuvimos muy conformes. Eran muchas las veces que habíamos cruzado el río de un lado para el otro y no las teníamos todas consigo. Para no enzarzarnos en una discusión que hubiera sido interminable, salimos camino del Júcar sin pasar por el campamento. Ya solos, y cuando vimos las aguas del río correr a unos cien metros por debajo de nuestros pies, acordamos esperar a que amaneciera y tener todo el día de tiempo para vigilar el paso. Era este un día caluroso de finales del verano de 1951. Cuando el sol asomaba por encima de los cerros ya hacía tiempo que nos habíamos colocado a la expectativa escudriñando todos los rincones del bosque. De improviso, llegó a nuestros oídos el ruido inconfundible de piedras que se desprenden. Clavamos la vista en la ladera de enfrente y al poco vimos que se dejaban caer encima del canal, por los mismos pasos que tantas veces habíamos seguido, cinco guardias civiles. Casi no podíamos dar crédito. Por la hora tan temprana, los civiles no habían podido dormir en ninguna casa y haber salido al despuntar la mañana, ello no les hubiera dado tiempo de llegar tan temprano al río. Lo más seguro era que pasaran la noche a la buena estrella vigilando el paso. Los vimos tomar la senda que bordeaba el canal y perderse camino de Cofrentes. Aprovechando las horas del mediodía y bajo un sol que aplanaba los cuerpos, después de asegurarnos que en todo lo que alcanzaba la vista no había alma viviente, vadeamos el Júcar y nos metimos por la parte más escabrosa de la muela de Jalance.

Alejados de caminos y sendas, seguimos andando toda la tarde y empalmamos con la noche para recuperar el tiempo perdido. Llegamos a las afueras de Yecla después de tres noches de marcha y, como de costumbre, pasamos por la estafeta donde encontramos una nota que nos avisaba que *Rosita* había sido detenida por la policía y que los dos camaradas con los que teníamos contacto, nos estaban esperando en un caseto que ya conocíamos de viajes anteriores. Con mucha precaución por si había alguna encerrona, nos aproximamos al caseto. Dimos la consigna remedando mal que bien el canto del búho y nos contestaron del mismo modo. Reunidos con los dos amigos, que hacía dos o tres días que nos estaban esperando, nos comunicaron de palabra lo que ya nos decían en la estafeta. Sin perder tiempo, y a trueque de tener que pasar el día a monte raso, tomamos el camino de regreso al campamento. Llegados a éste, no nos dio ni tiempo de bautizar a los dos camaradas de Yecla. Estuvieron hablando con *José María* y con *Teo* y a la noche siguiente los vi marchar del campamento con rumbo para mí desconocido.

En los días que siguieron, se enlazó por radio con la dirección del PCE en Francia. Por las noches nos retirábamos un par de horas de marcha del campamento cargados con la

emisora y la dinamo y, tras amarrar ésta al tronco de un pino, empezábamos a dar vueltas a la manivela, lo que nos hacía sudar la gota gorda. *Manolo* transmitía los textos preparados por *José María* y maldecía lo habido y por haber cuando, después de varias intentonas, no lograba establecer la comunicación y nos apremiaba para que diésemos vueltas a la manivela más rápidamente.

En todo este tiempo, las disposiciones que se toman se nos dan a conocer al grupo como disposiciones del Comité Regional, pero no es así, en el fondo son acuerdos tomados por *José María* y *Teo*, sobre todo por este último. *Grande* juega un mínimo papel y se le empieza a dar de lado al tomar las decisiones. Ya no cuenta sus chistes que tanto amenizaban la vida de los guerrilleros ni le pide a *Angelillo* que le entone un fandango, se le ve preocupado. Yo diría que hasta decepcionado por el comportamiento de *Teo* y *José María*.

Última acción de la AGLA

Antes de que marcharan para Francia *Teo*, *Sole* y *Celia*, nos vimos en la necesidad de hacer frente a la situación económica que, repitiéndome una vez más, era catastrófica. Reunido el grupo con *José María*, *Grande* y *Teo*, pasamos revista a todas las posibilidades que se nos ofrecían para conseguir dinero y se demostró que no teníamos ninguna segura. Era como jugar a la lotería: si te tocaba, bien y si no..., a probar suerte de nuevo. La única más o menos factible de verse coronada por el éxito nos la ofrecía el punto de apoyo de casa de la Cañada, cerca de Almansa, que en varias ocasiones nos había propuesto intentar un “rescate” con el patrón de la finca. Esta proposición fue objeto de una atención especial, porque especial era también la situación a que habíamos llegado. *Teo* y las dos guerrilleras tenían que salir para Francia y era necesario que llevaran algunas pesetas por lo que pudiera suceder durante el viaje.

Después de mucho discutir y repetirle a *José María* que perderíamos el punto de apoyo si intentábamos un “rescate” en la casa, solamente le pedí que me diera diez o quince días de tiempo para colocar al grupo en cualquier carretera e intentar un control. El problema me fue planteado en términos de seguridad: “¿Estás seguro -me dijo José María- de que no terminará como el de Játiva?”. Seguridad no tenía más que una: que estábamos sin dinero y lo necesitábamos con urgencia. Resumiendo, salí con el grupo a realizar el “rescate” en la casa del punto de apoyo de la Cañada.

Nos quedaba la peregrina esperanza de que nos entregaran el dinero y no dieran cuenta a la Guardia Civil. Es decir, que el socialista patrón de la finca comprendiera que la pérdida de 20 o 25 mil pesetas se las pagaría con creces la República y que los guerrilleros le quedaríamos muy agradecidos por este “donativo”.

Llegando al punto de apoyo de la Cañada, colocamos la estafeta y nos retiramos hasta la noche siguiente, que salió el mediero al lugar que lo citábamos. La conversación fue una especie de sondeo para ver si se mostraba de acuerdo con nuestros planes. El hombre, ignorante de las consecuencias que podía tener para él y toda su familia, se entusiasmaba y regocijaba de antemano al pensar en el susto que se iba a llevar el patrón de la finca. Quedamos de acuerdo en que para alejar las sospechas, se vendría con nosotros uno de sus hijos en calidad de rehén. Regresó nuestro amigo a la casa y, tras sus pasos, llegamos nosotros, pues la persona que nos interesaba se encontraba en ella con toda la familia y no era cosa de esperar a la noche siguiente, no fuera que a nuestro hombre le diera el capricho de regresar al pueblo. A nuestra llamada vino a franquearnos la puerta uno de los hijos del punto de apoyo. Como si jamás le hubiésemos visto la cara, lo encañonamos y de este modo nos introdujo en la cocina, donde se encontraban todos reunidos. Con el patrón de la finca establecimos el convenio en pocos minutos: tenía que venirse con nosotros su hija, que era ya una buena moza, y un hijo de los medieros; al día siguiente nos tenía que traer a un lugar del monte que le indicamos la cantidad exigida (no estoy seguro, pero me parece que fueron veinticinco mil pesetas).

Llenamos las mochilas con la comida que fueron sacando y cuando nos disponíamos a salir de la casa, la madre de la joven la quiso acompañar y pasar el día con ella. Por nuestra parte no vimos ningún inconveniente y nos fuimos al monte con las tres personas. Desde nuestro puesto de observación dominábamos las entradas de la casa y sus buenos dos kilómetros de camino. El día lo pasamos tranquilos, no hubo escenas de lloros ni temores, si bien, madre e hija dudaban de que se pudiera reunir el dinero pedido por su “rescate”.

Comprendiendo que este problema abría en ellas una interrogación angustiada, en caso de que sus temores se vieran confirmados, las tranquilizamos diciéndoles que las dejaríamos libres tanto si nos traían el dinero como si no. A la hora convenida vimos salir a un hombre de la casa y tomar los caminos del monte. Cuando lo reconocimos, salieron dos guerrilleros a su encuentro y al poco regresaron con el dinero. Con las primeras sombras del atardecer, dimos libertad a las tres personas y tomamos el camino de regreso al campamento.

Algo flotaba en el aire que nos impedía mostrarnos alegres como en otras ocasiones. Con la solución temporal del problema económico en el bolsillo, nos quedaba la preocupación de lo que pudiera sucederle al punto de apoyo. Para todos estaba claro que la Guardia Civil, que sabía de “rescates” tanto o más que nosotros por la experiencia adquirida en seis años de actuación antiguerrillera más lo que habían aprendido en las escuelas especiales,

interrogaría a todos los de la casa. De la contestación que se diera a las preguntas dependía la libertad de cuatro personas.

Al llegar al punto de apoyo del *Medio Mullau*, ya nos dieron las primeras noticias: los medieros de la casa de la Cañada habían sido detenidos por sospechosos de estar en contacto con las guerrillas.

Tres noches después entrábamos en el campamento al otro lado del río Júcar y me extrañó no ver en él a las dos jóvenes guerrilleras ni a *Teo*; le pregunte a *José María* por ellos y me dijo que habían salido para Francia. Al darle cuenta del resultado del “rescate” y de lo que nos habían dicho en casa del *Medio Mullau* y alargarle el paquete de billetes, no pude retener la lengua y le dije: “*¡Toma! Esto es lo que vale para ti la libertad de cuatro personas*”.

Este “rescate” fue la última operación realizada por la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón.

No intentaré negar, ¡ni por asomo!, que estaba deseando perder de vista a los “dirigentes del Comité Regional” (dos, *José María* y *Grande*), no por antipatía sino porque la camisa no me llegaba al cuerpo de pensar que si la civilada se ponía sobre nuestra pista nos iba a ser muy difícil despegarlos de nuestros talones. Así que el día que decidieron marchar para los montes del Bercolón, me llevé un gran alegría. A la noche siguiente de su salida, nos trasladamos más que deprisa a los montes de Benalí para dejar descansar a *la Madre*, y *Blanca* se quedó en la casa.

Listado de los guerrilleros que quedamos en la AGLA la salida de *Teo* ⁽³⁴⁾

<i>José María</i>	<i>Salvador</i>	<i>Moreno</i>
<i>Manolo</i>	<i>Chato</i>	<i>Ventura</i>
<i>Grande</i>	<i>Fortuna</i>	<i>Angelillo</i>
<i>Simón</i>	<i>Rubio</i>	<i>Jacinto</i>
<i>Francisco</i>	<i>Viejo</i>	<i>Víctor</i>
<i>Germán</i>	<i>Gregorio</i>	<i>José</i>
<i>Fernando</i>	<i>Tomás</i>	<i>Jerónimo</i>
<i>Paisano</i>	<i>Amador</i>	<i>Vías</i>
<i>Segundo</i>	<i>Ceferino</i>	<i>Chaval</i>

(34) Seguro que esta lista no es completa, faltarán a lo sumo tres o cuatro nombres.

Regreso de *Teo*

Jalonado por una serie ininterrumpida de verdaderos descabros, huyendo de la Guardia Civil de loma en loma y sin poder decir esta boca es mía, apretándola hasta en sueños para que no se escapara una palabra que te pudiera comprometer por miedo a que te colgaran un sambenito, llegó el triste desenlace de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón. Triste por los sacrificios, por las miserias pasadas, por los cientos de puntos de apoyo que conocieron las mazmorras y las torturas del régimen franco-falangista, por la sangre vertida.

Sería sobre mediados del mes de febrero de 1952, estando nuevamente acampados por los montes de Cofrentes, en las primeras lomas de la muela del Albéitar, cuando una noche, al bajar a casa de *la Madre* para suministrar, nos encontramos con la sorpresa de que nos estaba esperando *Teo* por las lomas cercanas. De regreso al campamento, le preguntamos cómo le había ido el viaje con *Sole* y *Celia* y nos dijo: “*perfectamente, al poco tiempo de llegar a Francia, Celia se casó con Sebastián y tuvimos una pequeña fiesta*”. (Recomiendo guardar estas palabras de *Teo* en la memoria, las necesitaremos al final de estos recuerdos).

Reunido con *Teo*, me comunicó las nuevas disposiciones que el PCE había adoptado con relación a nuestra agrupación. De ellas quedaba clara la evacuación del par de docenas de guerrilleros supervivientes al país vecino.

Todo el plan de evacuación lo estableció la dirección del PCE de acuerdo -quiero suponer- con los informes recibidos y con los últimos datos que le proporcionara *Teo*. Finalmente me dijo que la dirección del PCE para las guerrillas me responsabilizaba de la realización de todo el plan de evacuación cuando él se marchara y que se tenía que mantener secreto hasta la llegada de dos guías que el PCE nos enviaba.

A rasgos generales la evacuación de la AGLA se tenía que realizar formando dos grupos fundamentales: uno marcharía a pie hasta Francia y el otro lo haría por ferrocarril. La composición de estos dos grupos es la siguiente: (35)

Grupo de a pie: *Fernando, Germán, Rubio, Amador, Tomás, Salvador, Manolo, Emilio y Zapatero*. Los tres últimos formarán la troica de dirección, y *Manolo* como responsable de la marcha nombrado por los dirigentes del PCE de acuerdo con *Teo*. El punto de partida es la zona del 17 sector, sierra de los Monegros.

Grupo por tren: este grupo saldrá de forma escalonada por distintos puntos, desde los montes de Cofrentes, con el apoyo de casa de *la Madre*, por casas de Moya, en la sierra de

(35) No se tome al pie de la letra porque no recuerdo bien todos los nombres.

Rubial y por los montes de Titaguas.

Los primeros en salir serán: *José María, Segundo, Ventura, Chato, Angelillo, Ceferino, Jerónimo, José, Matías y Vías*. Los segundos, partiendo de casas de Moya y Titaguas, serán: *Paisano, Grande, Simón, Francisco, Viejo, Gregorio, Víctor, Fortuna, Moreno, Jacinto y Chaval* (yo).

Las explicaciones que me daba *Teo* sobre la marcha de un determinado número de guerrilleros por ferrocarril, no me convencían y le dije que nos tropezaríamos con más inconvenientes de los que él y los dirigentes del PCE se imaginaban: conseguir ropa y calzado medio decentes sería un problema, y con los cuatro trapos del monte no podíamos ir a ninguna parte pues olían a “zorruno” y por donde quiera que anduviéramos iríamos diciendo quiénes éramos y de dónde salíamos.

No teníamos ningún punto de apoyo que pudiera realizar estas compras sin comprometerse grandemente, el *Aviador* de Cofrentes y *la Madre*, que eran los únicos con los que contábamos en la zona, tendrían que andar con pies de plomo.

Para mí, la evacuación se tenía que haber organizado partiendo todos a pie en un solo grupo. Era muy arriesgado, pero no teníamos otra alternativa. No comprendí, ni comprendo hoy, cómo se había llegado a pensar en medios de locomoción siendo que para *Teo* no era un secreto en las condiciones que nos había dejado al marchar para Francia. *Teo* tenía que haber pensado también en sacar a *Blanca* de casa de *la Madre*, y de esto no se dijo ni media palabra. Una vez más la quimera había reinado como dueña y señora al establecer el plan de evacuación.

A estas razones, *Teo* opuso las suyas, que consistían en la imposibilidad de una marcha a pie de bastantes días de un grupo numeroso y que tenía que atravesar la zona más vigilada por la Guardia Civil.

No ignoraba que mi punto de vista tenía grandes inconvenientes, sobre todo en lo tocante al suministro. Pero éramos todos viejos guerrilleros acostumbrados a pasar hambre y a caminar día tras día. Por otra parte, la marcha a pie se podía organizar nada más llegar los dos guías que nos enviaba el PCE, cuando todavía la Guardia Civil desconocía todo lo referente a la evacuación de la AGLA, lo que nos daba una mayor seguridad en la marcha. Por lo mismo, seguí en mis trece, era la forma más segura y más rápida de salir todos del monte. Pero perdía el tiempo. Las disposiciones estaban tomadas por los dirigentes del PCE para las guerrillas y, *Teo*, convencido de que eran justas, no las cambiaría por nada del mundo.

La primera medida a tomar era la “disolución del Comité Regional” y *Teo* me encargó de la realización de este primer paso. (No obstante las pretensiones de algunos dirigentes, desde el asalto al campamento de Cerro Moreno, en el que quedó desmantelado el Comité Regional antes de que pudiera dar un primer paso, bien disuelto estaba. Ahora, lo que en realidad se

planteaba era dar a esta disolución el espaldarazo de la dirección del PCE).

Salí, pues, para la zona de Titaguas con *Angelillo* y *Ceferino* y encontramos el campamento sin grandes dificultades. En esta ocasión, aparte de *José María, Grande, Manolo, Matías, Francisco,* y *Simón*, recuerdo que me encontré también con el *Paisano, Chato, Segundo, Salvador, Fortuna* y *Fernando*, es decir, los supervivientes de lo que había sido el 5 sector. Tuvimos una reunión en la que comuniqué a todos el regreso de *Teo* y la disolución del Comité Regional por decisión de los dirigentes del PCE y, que hasta nuevas disposiciones, me hacía cargo de la AGLA. Seguidamente, a *José María, Grande, Manolo, Chato, Segundo* y *Matías* les dije que prepararan sus mochilas pues tenían que salir para reunirse con *Teo*. Como guías, salieron con ellos *Francisco* y *Angelillo*, para cuando llegaran a la zona de Cofrentes.

Días después salía también para la zona de Cofrentes con *Simón, Fernando, Fortuna* y *Ceferino*, dejándole al *Paisano* la papeleta de ir al 17 sector en busca del *Viejo* y *Gregorio* que pertenecían al grupo que tenía que salir por ferrocarril. Cuando llegamos al campamento, *José María, Segundo, Matías* y *Chato* ya habían salido para Francia.

A todo esto, se nos había echado encima la fecha en que teníamos que ir a buscar a los dos guías que nos enviaba el PCE. El lugar de la cita eran las tapias del cementerio de Almansa. A su encuentro salió *Moreno* con otro guerrillero (posiblemente fuera *Ventura*). Regresaron con las manos vacías y diciendo que a la cita no había acudido nadie.

Era una contrariedad, pero no era grave, nos quedaba una segunda cita en el mismo lugar para enlazar con ellos.

Por estos días me encontraba algo mal y pasaba la mayor parte del tiempo acurrucado con mi manta y sin más alimento que un poco de leche que nos proporcionaba *la Madre. Grande*, como las moscas alrededor de un plato de miel, no paraba de dar vueltas y preguntarme cómo me encontraba. Esto se repitió varias veces y como de los dos yo era el que menos paciencia tenía, acabé por reventar y decirle: “¿*Me dirás de una puñetera vez qué es lo que quieres?*”.

Como quien no quiere la cosa, va y me suelta: “*nada, hombre, que si te sientes con fuerzas podías ir pensando en preparar la mochila para salir en busca de los guías. Tenemos que estar seguros de que si no se enlaza con ellos, no es por culpa nuestra*”. *Teo* también fue de su parecer y en esta ocasión, estuve de acuerdo. Después de la segunda cita no se tenía prevista ninguna otra.

Llamé a *Angelillo* (era mi hombre de confianza), le pregunté si estaba dispuesto a acompañarme y me dijo que sí. Para que yo anduviera más descansado, él cargó con toda la comida que podíamos necesitar durante el viaje de ida y vuelta. Las dos primeras noches de marcha las hice renqueando, pero el movimiento me sentó de maravilla y, cuando llegamos

al lugar de la cita, ya podía llevar la parte de carga que me correspondía. Llegamos con una noche de antelación e hicimos alto dando vista a las paredes del cementerio. Hasta nosotros llegaban los pitidos de los trenes al entrar y salir de la estación de Almansa. Oscurecido, salimos del bosque. *Angelillo* se quedó apostado a corta distancia del cementerio y yo me fui a tumbar en el mismo lugar al que tenían que acudir los guías. Por fin, se aproximó la hora de llegada del nuestro. Al cabo de un buen rato de espera se dejaron oír pasos por el camino que llevaba al cementerio y se recortaron dos sombras que se acercaban con cautela. Dieron la consigna remedando mal que bien el grito lúgubre del búho y contestamos del mismo modo. Segundos después estábamos confundidos en un fuerte abrazo.

Uno de los guías, *Emilio*, anteriormente había realizado servicios de enlace entre la AGLA y la dirección del PCE en Francia; el otro, un guerrillero del 17 sector llamado *Zapatero*, yo lo había visto un par de veces por el 11 sector. A *Emilio* le entregué mi pistola para que no anduviera con las manos en los bolsillos por el monte y *Angelillo* la suya a *Zapatero*.

Debajo del brazo, *Emilio* llevaba una carpeta grande, de cuero repujado, de ésas que se ponen en las mesas de escritorio y *Zapatero* una cartera de mano, algo así como esos juegos que se colocan en los escritorios para las plumas, los lapiceros, y un cepillo de carpintero. Dos cosas que no guardaban relación alguna entre sí y que resultaba bastante difícil explicar por qué se encontraban juntas en una misma cartera.

Les preguntamos por qué no habían acudido a la cita anterior y nos contestaron que ellos no habían faltado a la cita, y hasta esperaron bastante tiempo sin que nadie apareciera; de lo que resultaba que *Moreno* se había equivocado o no había prestado suficiente atención a las tapias del cementerio.

Antes de tomar el camino de regreso al campamento, como quiera que *Emilio* y *Zapatero* llevaban dinero encima, les propuse pasar por dos casas con las que habíamos contraído una pequeña deuda semanas anteriores y pagarla, pues no quería desaparecer del monte dejando deudas a mi espalda.

Al llegar a los montes de Cofrentes, nos encontramos con que *Teo* había trasladado el campamento por los altos de la rambla del Real, entre el cerro Repunta, La Cabezuela y Castilblanques, y había entrado en contacto con un leñador que estaba haciendo carbón no lejos del campamento.

No me explico qué necesidad pudo tener *Teo* de comprometer a más personas en un momento en que la AGLA estaba siendo evacuada. La alegría, cuando entramos en el campamento, fue general. Rápidamente se reunieron *Teo*, *Manolo*, *Zapatero* y *Emilio*. Este último destripó la carpeta de cuero y extrajo unos mapas y bastante dinero, también hizo lo mismo *Zapatero* con el juego de escritorio y el cepillo y sacó unas plaquitas de baquelita con unas bananas que entregó a *Manolo*. (Me parece que servían para establecer la frecuencia de onda de la emisora).

En los días que echamos en ir en busca de los guías, de los montes de Cofrentes habían salido para Francia *Vías* (Pedro Lozano), *José* (Francisco Otalora) y *Jerónimo*. Otro grupo, integrado por *Moreno* (como responsable), *Jacinto* y *Víctor*, y llevando a *Fortuna* como guía, había salido para establecerse por la sierra de Rubial, cerca de casas de Moya.

Días más tarde, *Teo* prepara la salida del monte de *Ventura*, *Angelillo* y *Ceferino* y, dos noches después, *Teo* salía del campamento acompañado por *Simón* y *Fernando*. Coloqué con ellos una estafeta para cuando regresaran a la noche siguiente y durante el día nos dedicamos a tapar rastros para levantar el campamento tan pronto regresaran. (36)

En mi poder quedaba un aparato fotográfico y unos carnés de falange como documentación para los que teníamos que salir por tren; yo era el último que tenía que abandonar el monte por este conducto. *Fortuna* había regresado ya para servirme de guía cuando decidiera trasladarme al grupo de *Moreno*.

El desenlace se precipita

Como digo, al día siguiente de salir *Teo*, teníamos todo listo desde buena mañana para levantar anclas tan pronto regresaran *Simón* y *Fernando*, pues no me ofrecía ninguna confianza el emplazamiento del campamento y menos que el leñador con quien hablara *Teo* pudiera vernos -lo mismo que lo veíamos nosotros- a poco que levantara la cabeza de su faena.

Sobre las diez de la mañana del 27 de abril de 1952, el que estaba de guardia avisó de la presencia de la Guardia Civil. La distancia era sumamente corta y los vimos dirigirse a donde estaba el leñador y la emprendían a palos y patadas con él, y éste extendía un brazo señalando en nuestra dirección. Nos echamos las mochilas a la espalda e intentamos escabullirnos sin ser vistos para evitar el encuentro.

Este movimiento fue realizado con una lentitud desesperante a causa de que *Manolo*, que padecía asma, se movía a paso de tortuga. Llegué a lo alto de un saliente de rocas en forma de visera y tuve que volver sobre mis pasos para agujonear a este amigo. Cuando alcancé de nuevo la visera, los civiles la habían ganado por el lado contrario y me crucé con ellos

(36) En la composición de los grupos que salen para Francia habrá más de una equivocación.

los primeros disparos. El asedio se estableció monte arriba. A los pocos metros, *Manolo* fue herido en una pierna y se sacudió la mochila con la emisora de las espaldas. A *Francisco*, que se encontraba a mi lado, le dije que tirara la suya y recogiera la de *Manolo* pues perder la emisora suponía quedarnos sin contacto con el PCE. Cuando se disponía a ello, vi asomar la cabeza de un guardia civil a tres o cuatro pasos de la mochila. Apreté el gatillo al tiempo que le gritaba a *Francisco* que se tirara al suelo. A todo esto, nos habíamos quedado rezagados unos cuantos metros y aunque los camaradas disparaban contra los civiles, no nos fue posible recuperar la mochila de *Manolo*. A poca distancia corría *Grande* entre los pinos y le dije que nos esperara.

Todo sucedía sin que las balas que nos enviaba la Guardia Civil dejaran de rebotar entre nuestros pies. Nosotros contestábamos, pero no con la precisión e intensidad que el momento exigía; el que más y el que menos estábamos muy nerviosos. Ya en lo alto del monte, le indiqué a *Manolo* un grupo de pinos hacia los que debía encaminarse y que me reuniría con él allí. Le pedí toda la munición que llevara suelta, a lo que accedió de mala gana. Nos alcanzó una rociada de balas y parece que se convenció para entregarme la munición. ¡Hasta me dio un cargador de metralleta lleno!

Los civiles se mostraban en todo momento dispuestos a darnos caza y, cosa insólita, sus movimientos eran más rápidos que los nuestros. *Zapatero* me gritó que se estaba quedando sin munición. Me acerqué a él y le entregué un puñado de balas de las que me había dado *Manolo* y le recomendé que las economizara y no gritara tanto pues lo mismo que lo oía yo, lo podía oír la Guardia Civil y si se daban cuenta de que se nos agotaba la munición ni Cristo nos la quitaría de encima. A corta distancia vi a *Emilio* tumbado en el suelo y parapetado detrás del tronco de un pino.

La metralleta se le encasquilló a *Francisco* y con las prisas de desencasquillarla, se atravesó una mano con la baqueta. Me acerqué donde estaba, le ayudé a vendarse la mano y le saqué el casquillo a la metralleta. Tuve que sujetarle los tirantes de la mochila con una tira de venda porque se los había partido una bala.

Por una pequeña vaguada que se abría como a unos cien metros, cruzaron corriendo unos civiles para cortarnos la retirada hacia la sierra Martés. Les solté un rafagazo y se escondieron entre la maleza. Todos nos estábamos quedando sin munición: a mí no me quedaban más que tres cargadores. En tales condiciones no era posible oponer una resistencia eficaz contra una fuerza que, claramente se veía, no era la primera vez que tomaba parte en un combate. Nos teníamos que desperdigar para que la persecución no se centrara en un mismo punto. Las últimas palabras las crucé con *Grande*, al que también habían herido: una bala le había cruzado el bajo vientre entre piel y carne, con entrada y salida. Por suerte no era grave y sangraba muy poco. Aquí nos separamos. Por un pequeño declive que me cubría de la

vista de los civiles, giré para ir en busca de la pimpollada de pinos que le había indicado a *Manolo*, al que encontré, sentado en la linde, vendándose la pierna herida.

A cosa de unos cincuenta o sesenta metros cruzó un grupo de civiles corriendo tras los pasos de algún guerrillero y les disparé una ráfaga que debió ir a parar al quinto infierno pues no hicieron ningún movimiento de sorpresa. *Manolo* me sujetó por un brazo y me dijo: “no sigas tirando que nos vamos a descubrir”. Me lo quedé mirando, seguramente que con cara de pocos amigos, porque inmediatamente agregó: “*comprende que estoy herido y no puedo correr*”. Los civiles se dejaron caer al otro lado de la ceja y al poco se oyó que se comunicaban a voces: “*¡hay uno muerto, hay uno muerto!*”. En estas lomas, entre cuatro pinos y cuatro matas, pasamos unas horas atroces. La guardia civil estuvo recorriendo el monte hasta el oscurecer y más de una vez creímos llegado el momento en que nos harían saltar como a las liebres un buen perro de caza. En ellas se quedó la dinamo de la emisora. Perdida ésta, era una tontería que yo siguiera con ella en la mochila. Ya oscurecido, le dije a *Manolo* que me esperara y me fui a colocar la estafeta para que *Simón* y *Fernando* no entraran en el campamento, indicándoles que los esperábamos en el punto de reunión que se tenía previsto ante la eventualidad de un asalto.

Regresé donde *Manolo* y nos encaminamos al punto de reunión. Cruzamos el barranco del Tollo y el día se nos echó encima antes de llegar, buscamos abrigo entre un topete de jaras y zarzas desde donde podíamos ver el montículo señalado como punto de concentración. Por la tarde, me pareció distinguir unos bultos que se movían entre los pinos y, poco después, se desvanecía la duda al reconocer a *Francisco*. Con las primeras sombras abandonamos el matorral y nos reunimos con los que estaban esperando. No había más que tres guerrilleros, *Francisco*, *Grande* y *Zapatero*. Este último me dijo que *Emilio* había sido muerto por la Guardia Civil. De *Fortuna* no se sabía nada.

La muerte de *Emilio* creaba serios problemas para el grupo que tenía que salir a pie, pues en su poder estaban los mapas del terreno que tenía que atravesar el grupo de a pie, y conocía los puntos de apoyo donde suministrar en el camino.

Sobre medianoche llegaron *Simón* y *Fernando*. No habían entrado en el campamento ni pasado por la estafeta. Al poner los pies en el monte les había dado el olor de la pólvora quemada e, imaginando lo sucedido, venían directamente al punto de reunión. No podíamos estar eternamente esperando a *Fortuna* y salimos para colocar una estafeta advirtiendo a *Moreno* de lo sucedido y que no se acercara a casa de *la Madre* e indicándole que nos dirigíamos en busca del campamento del *Paisano*, por las vertientes del río Turia.

Guiados por *Francisco* y *Simón*, emprendimos la marcha hacia el campamento del *Paisano*. Tardamos de cinco a seis noches en llegar porque *Grande* y *Manolo* no podían andar deprisa y, además, porque dimos un gran rodeo para evitar, en la medida de lo posible, los pasos

acostumbrados.

Cerca de Titaguas, visitamos un par de estafetas y sin grandes trabajos, porque *Simón* y *Francisco* conocían todos los rincones de la zona, nos juntamos con el *Paisano*, con el que se encontraban también el abuelo *Gregorio* y el *Viejo* (Florencio Guillén), con los que me vi por primera vez. Mi primera impresión fue que *Gregorio* era un hombre pacífico, capaz de realizar un buen trabajo como enlace y como punto de apoyo pero que no servía como guerrillero, no era un hombre hecho para la lucha armada en nuestras condiciones. Por contra, al *Viejo* se le veía un hombre bregado en la lucha, con una personalidad propia y un carácter fuerte, de un metro setenta de estatura y complexión resistente, pelo negro y ligeramente ondulado, facciones regulares pero con una expresión dura en la boca.

Se tuvo una reunión para dar cuenta de todo lo sucedido en el asalto al campamento en la zona de Cofrentes y tener una primera impresión de lo que correspondía hacer. El tema central fue la muerte de *Emilio* y la desaparición de *Fortuna*. Nos quedaba la esperanza de que éste se hubiera dirigido al campamento de *Moreno*, pero nada más.

Se planteó también la necesidad de enlazar lo antes posible con *Moreno*. Sin que nadie le insinuara nada, el *Paisano* se ofreció para salir en su busca. No sé si hice bien o hice mal, lo cierto es que le dije al *Paisano* que no quería dividir más al grupo y perder un tiempo que nos era muy necesario buscándonos los unos a los otros; que cuando se saliera en busca de *Moreno*, iríamos todos juntos.

Manolo, como responsable del grupo que tenía que salir a pie, planteó la necesidad de salir de inmediato para el 17 sector e ir preparando las condiciones para la marcha a Francia. No me gustó un pelo el que sin saber nada de *Moreno* estuviera pensando en la marcha. Se discutió, y finalmente accedió a seguir todos juntos en busca de *Moreno*.

Dentro de todas las desgracias, había algo que me daba un poco de tranquilidad: las heridas de *Grande* y de *Manolo* no se habían infectado y cicatrizaban sin complicaciones. Después de descansar un par de noches, guiados por el *Paisano*, salimos en busca del campamento de *Moreno*. Tres noches de marcha nos colocaron entre Venta del Moro y casas de Moya, cerca de la estafeta que el *Paisano* tenía con *Moreno*. Nos dejó esperando en una barranquera mientras él, acompañado por *Fernando*, se llegaba a la estafeta. Echando la cabeza hacia atrás, busqué el apoyo de la mochila y cerré un momento los ojos. Los abrí de nuevo con la vaga sensación de haber oído unos disparos. *Grande*, que estaba a mi lado, tenía el mismo presentimiento. Prestamos atención pero no se repitió nada que pudiera alarmarnos. Casi convencidos de que hasta entre sueños oíamos tiros, llegó *Fernando* todo sofocado diciendo que la Guardia Civil estaba esperando apostada en la estafeta y que, al acercarse el *Paisano*, lo habían segado de un rafagazo. Varias veces le pregunté a *Fernando* si estaba seguro de que el *Paisano* había caído y otras tantas me respondió que la Guardia Civil había disparado

sobre el *Paisano* poco menos que a bocajarro.

La muerte del *Paisano*, sobre la una de la madrugada de un día de mediados de mayo de 1952, fue un duro golpe para nosotros. Desde este momento no abrigamos ninguna duda de que *Fortuna* había caído en manos de la Guardia Civil y “cantado” todo lo que sabía, pues aparte del *Paisano*, *Fortuna* era el único que conocía esta estafeta. *Fortuna* podía jactarse de haber ayudado a la Guardia Civil a dar muerte al hombre más guerrillero de la AGLA; al guerrillero que más botas la hizo romper durante siete años por la serranía de Cuenca, sierra de Albarracín y Montes Universales.

En poco más de medio mes todo se nos complicaba de manera alarmante. Si *Fortuna* era el causante de la muerte del *Paisano*, no se podía esperar que silenciara todo lo concerniente a la evacuación de la AGLA. Con los planos de la ruta a seguir en poder de la Guardia Civil, más todo lo que *Fortuna* pudiera “cantar”, el grupo de a pie tendría los pasos cortados y en las vías de comunicación aumentaría la vigilancia. Regresamos a las vertientes del Turia y empezamos por visitar todas las estafetas que nos habían servido en distintas ocasiones. En ninguna daba señales de vida el *Moreno*. Los ánimos estaban muy tirantes y *Manolo* no dejó de insinuar que había que salir lo antes posible camino de Francia.

“Para mí, Manolo, lo antes posible es cuando encontremos a Moreno” -le dije.

Fernando, que era uno de los que tenía que salir a pie en todo le daba la razón a *Manolo* y ya me tenía hasta la coronilla con su pánico y sus temores de que dejáramos todos la piel entre las matas. Nunca me había encarado con ningún guerrillero para llamarlo al orden. Con *Fernando* perdí los estribos y le dije de muy mala forma: *“¡Fernando!, sin antes haber encontrado a Moreno no quiero volver a oírte una sola palabra sobre la marcha”*.

En todas las estafetas dejábamos una nota con la fecha, para que *Moreno* se orientara bien y le indicábamos hacia dónde echábamos los pasos.

Nos detuvimos cerca de la estafeta conocida por “los tres pinos”. De esta estafeta hacía mucho tiempo que no nos servíamos porque se sospechaba que había sido declarada a la Guardia Civil por alguno de los desertores. Mi propósito era visitarla porque sabía que *Moreno* la conocía. Nos acercamos desplegados hasta unos cincuenta o sesenta metros. Intencionadamente, envié a *Fernando* para que mirara si había alguna nota, pues de estar esperando también la Guardia Civil, prefería que se perdiera él por ser el que más dispuesto estaba a dejar a *Moreno* en la estacada.

Yo no sé cuánto tiempo tardó en cubrir este corto espacio, pero aquello no era precaución, era un pánico vergonzoso lo que se apoderó de él. Lo vimos llegar al pino y agacharse, y regresó más rápido que al paso. Me entregó una cajita en la que había una nota de *Moreno* diciendo dónde se encontraba.

Sería esta misma noche o a lo sumo a la siguiente, cuando respiramos aliviados de vernos

todos reunidos. Le comunicamos a *Moreno* todo lo sucedido y él por su parte nos dijo que también la Guardia Civil les había asaltado el campamento pero que pudieron salir sin tener ninguna baja, y que desde los montes de Cofrentes regresaban en nuestra busca.

Aferrándose a las orientaciones recibidas, *Manolo* quería salir para el 11 sector no escuchando nada sobre la posibilidad de marchar todos a pie porque era contradecir el plan de evacuación que el PCE había trazado. Es más, era partidario de ponerse en camino tan pronto reunieran comida para el viaje.

Como siempre que me asaltaba alguna duda, le pedí su parecer a *Grande* y me aconsejó que no me dejara influir por nada, que la evacuación se nos presentaba muy difícil y que, mientras permaneciéramos en el monte, yo era el responsable designado por la dirección del partido.

Después del cambio de impresiones con *Grande*, mantuve una conversación borrascosa con *Manolo*. Tengo necesidad de vaciar el “capacico las hostias” porque son muchas las cosas que he ido almacenando en los últimos cuatro meses.

Tras un tira y afloja que me sacaba de mis casillas, llegamos a un acuerdo de transición: el grupo de a pie esperaríamos tres noches después de vencida la última cita que se tenía con los enlaces que enviaba el partido para recogerlos; pasado este tiempo, podría emprender la marcha.

A la noche siguiente, después de que *Zapatero* hablara con el *Viejo* y éste le indicara por dónde había quedado el *Rubio* con *Amador* y *Tomás*, salían para el 17 sector *Manolo*, *Simón*, *Salvador*, *Germán* y *Zapatero* como guía.

Quedábamos para salir por ferrocarril *Grande*, *Francisco*, *Moreno*, *Víctor*, *Jacinto*, *Fernando*, *Viejo*, *Gregorio* y yo.

Regreso al país de los mitos y las sombras

Decir que tengo necesidad de vaciar el “capacico de las hostias” no da una idea de los derroteros que nos han conducido a la situación en que nos encontramos. Es tanto como el que tira una piedra y esconde la mano. Trataré pues, de señalar algunos puntos que, según mi criterio, nos han llevado a esta situación y tendré que arrancar del viaje que el camarada *Teo* hace a Francia.

Empezaré por decir que *Teo* es un camarada entregado por completo al partido y en

el que los dirigentes tienen una gran confianza y viceversa. *Teo* la tiene en ellos y sigue al pie de la letra las orientaciones que éstos nos transmiten. Partiendo de esta premisa se hará más comprensible todo lo que sigue.

En el plan de evacuación de la AGLA trazado por los dirigentes del PCE de acuerdo con *Teo*, han quedado muchos cabos sueltos. No se ha tenido en cuenta para nada los imprevistos que se podían dar (y que se dieron): asalto al campamento y muerte del guía *Emilio*, pérdida del contacto con el partido (la emisora) y pérdida de la zona de Cofrentes como punto de partida para la evacuación de la AGLA.

Perdido el punto de apoyo de casa de *la Madre*, ¿qué había dejado *Teo* en mis manos? Nada. Absolutamente nada.

Blanca, por acuerdo de los responsables del Comité Regional, *José María*, *Teo* y *Grande*, después de todo lo sucedido con el marido de *la Madre*, sigue en la casa.

El camarada *Teo* tendría que haber pensado en esto y plantear a los dirigentes del PCE la necesidad de sacar a *Blanca* de allí pues nadie nos podía asegurar que, una vez desaparecidos nosotros del monte, el marido de *la Madre* no intentase abusar de la muchacha.

Mi opinión muy particular es que *Blanca* tenía que haber salido con *Teo*, *Celia* y su hermana *Sole* para Francia. El camarada *Teo* sabe perfectamente en las condiciones que nos ha dejado cuando se marcha para Francia, como quien dice, sin puntos de apoyo, semidesnudos y semidescalzos. Sabe perfectamente que la poca ropa que llevamos encima huele a perros muertos y que no podemos dar un paso sin que nos delate el “perfume” que despedimos.

Cierto: en el plan de evacuación entra también la necesidad de comprar ropa y calzado para los que tenemos que salir por ferrocarril. Pero esta clase de compras no se le pueden encargar a un punto de apoyo campesino que nunca ha comprado nada, porque es tanto como enviarlo a la cárcel. Se necesita algún enlace en las poblaciones que esté en condiciones de poder realizar estas compras. Pero resulta que no tenemos este enlace, pues estamos más solos que la una. Esto lo sabe *Teo* igual que lo sé yo y que lo saben todos los guerrilleros.

Sobre la salida de un grupo por ferrocarril, han quedado muchos cabos sueltos y que nosotros tenemos que intentar sujetar ahora. Ni los dirigentes del PCE ni *Teo* han previsto que se puede perder una cita, ya sea porque nosotros no podamos acudir a ella o porque fallen los enlaces. Si, como se pretende en el plan de evacuación, el grupo de a pie está ya camino de Francia, ¿qué tengo que hacer con los guerrilleros que no hayan podido enlazar? ¿Me los tengo que comer crudos? Soy el último que tiene que abandonar el monte por este conducto. Si pierdo la cita... ¿Qué tengo que hacer?

No tiene vuelta de hoja: el grupo de a pie tiene que ser el último en marchar camino de la frontera porque a él nos tenemos que sumar todos los que no podamos salir por ferrocarril.

Este problema plantea otro no menos importante. A mi lado tiene que haber un guerrillero que conozca bien la zona del 17 y 23 sector, y este guerrillero no puede ser otro que el *Viejo*. Él nos tiene que servir de guía a todos los que no podamos salir por tren. En este caso, la salida del *Viejo* no puede tener lugar antes que la mía como se plantea; tiene que permanecer a mi lado hasta el último momento y tenemos que salir juntos.

Todo me lleva a pensar que los dirigentes del PCE toman las decisiones deprisa y corriendo y no saben muy bien lo que se hacen. Ellos están viendo los toros desde la barrera pero nosotros estamos en el ruedo, delante de los cuernos del toro y sin capa.

Da la casualidad de que no me encuentro nunca en el campamento cuando los camaradas salen para coger el tren camino de Francia y no sé en qué condiciones van: ¿se les ha comprado ropa y calzado o han marchado con los cuatro trapos del monte? ¿De qué punto de apoyo se ha servido *Teo* si, que yo sepa, no tenemos más que el de *la Madre*? No descarto el que haya quien diga que lo complico todo mucho. No soy yo quien lo complica, nos llega todo complicado de Francia y son los dirigentes del PCE, y es el camarada *Teo*, quienes lo complican por no saber prevenir ciertas situaciones y por tomar resoluciones que no comprendemos.

Desde la disolución del Comité Regional, a *Grande* se le ha retirado toda responsabilidad sin existir una causa que justifique esta medida y en el plan de evacuación no se cuenta con él para nada y, según *Teo*, me nombran responsable de la evacuación. ¿Por qué consiente esto *Teo*?

Grande es el que mejor conoce a todos los guerrilleros y todos los guerrilleros lo conocemos y tenemos confianza en él. *Grande* ha demostrado en más de una ocasión que es capaz de aunar los esfuerzos de todos para la realización de una tarea. *Grande*, pues, tendría que haber sido nombrado responsable de la evacuación y no yo.

Nosotros no acudimos a las citas porque en el último momento decidimos salir a pie. Pero es que el partido tampoco pudo acudir porque las dos enlaces, *Celia* y *Sole*, que tenían que venir a buscarnos, fueron detenidas por la policía franquista, torturadas salvajemente y encarceladas. Y de esto ningún dirigente del PCE ha dicho ni pío.

Cruzamos media España sin ninguna ayuda... ¡Bueno!, es un decir, porque tuvimos la ayuda inapreciable de saber que si la Guardia Civil nos echaba la zarpa encima íbamos a parar todos derechos al hoyo. Esta certeza fue la que nos dio fuerza para resistir y ganarle las diez de últimas al franquismo.

Con la orden de evacuación de la AGLA, los dirigentes del PCE (sin quererlo), ponen un punto final al mito de la existencia en el monte del Comité Regional, pues no se plantea su evacuación, sino la evacuación de la AGLA. Si el Comité Regional hubiese tenido su vida propia, el partido no lo hubiera disuelto, y se hubiera planteado su evacuación. Pero no tenía

vida propia, vivía a remolque de la AGLA y, por lo tanto, es a la AGLA a la que hay que evacuar.

Desde que *Teo* llega de Francia hasta que vuelve a marcharse, han transcurrido unos tres meses. En este lapso de tiempo, ha organizado la salida del monte de diez guerrilleros (tengamos presente que la Guardia Civil todavía no tenía noticia de que la AGLA estaba siendo evacuada). Si *Teo* ha necesitado tres meses para sacar a diez guerrilleros, en un momento en que la Guardia Civil ignoraba nuestros planes, para que salgan nueve guerrilleros que aún quedamos para coger el tren, y cuando la Guardia Civil conoce todo lo referente a la evacuación de la AGLA, se necesitarán, como mínimo, otros tres meses... ¡Demasiados meses -digo yo- son éstos como para que no nos alcance algún pepinazo más!

En un momento en que la rapidez de movimiento es la condición primordial para lograr el éxito de la evacuación, los dirigentes del PCE se inclinan por el procedimiento más lento y, por consiguiente, el más peligroso, pues nos obliga a permanecer en el monte más tiempo que el recomendable para nuestra seguridad.

La gran marcha

Al día siguiente de que salieran *Manolo* y *Zapatero* con *Simón*, *Salvador* y *Germán* para la zona del 17 sector, les hice las fotografías a *Gregorio* y al *Viejo* y, siguiendo las indicaciones que me había dado *Teo*, las coloqué en los carnés de Falange. Proseguía, pues, la evacuación por ferrocarril con la misma ropa y calzado del monte. Al tenderle el carné falangista al *Viejo*, se lo quedó mirando como si fuera la cédula para el otro barrio.

Casi se lo arranqué de entre los dedos. Resultaba que después de haber estado discutiendo con *Teo* horas enteras el problema de nuestra salida por tren y de haberle dicho que el plan lo encontraba cojo de las dos patas, yo seguía los mismos pasos y en las peores condiciones: con toda la Guardia Civil movilizada para dar con nosotros y concedora de los planes de evacuación. ¡Rabia me dio de mí mismo!, y decidí que saldríamos todos a pie.

No necesitaba reunir el grupo para conocer el ambiente que se respiraba; lo hice por aquello de la disciplina y para que cada uno pudiera dar su opinión, no en una conversación más o menos particular que muchas veces te eximía de la responsabilidad al tomar una decisión, sino de forma responsable y que cada uno respondiera de sus palabras si llegaba el momento.

Después de la muerte de *Emilio*, la Guardia Civil tenía en su poder los planos de la ruta

que teníamos que seguir, y la muerte del *Paisano* ponía fin a dudas sobre la suerte corrida por *Fortuna* y demostraba que había “cantado” todo lo que sabía. La falta de puntos de apoyo nos obligaba a desalojar el monte lo antes posible y si seguíamos al pie de la letra el plan trazado por los dirigentes del partido, nuestra vestimenta dejaba mucho que desear y pasarían varias semanas antes de que pudiéramos abandonar el monte. De afrontar la marcha a pie, suponía serios problemas para suministrar y de rastros. Se tenían que descartar todos los pasos conocidos y buscar una nueva ruta por la sierra, lo que nos alargaría la marcha varios días. La marcha de un grupo de una veintena de guerrilleros sería lenta y muy penosa. A pesar de todo, me incliné por marchar a pie.

Todas estas consideraciones las expuse en la reunión casi con las mismas palabras que las escribo.

Finalizada esta reunión, en la que se tomó el acuerdo de sumarnos al grupo de *Manolo* y *Zapatero* y salir todos juntos, hablando con *Grande* sobre los obstáculos que se nos cruzarían en el camino, esbozamos ya lo que había de ser la línea general de la marcha: la marcha tenía que abrirla un guerrillero que no tuviera el dedo ligero, pues nuestra seguridad no dependía de las armas, sino de no vernos ante la necesidad de hacer uso de ellas. Mientras no sonara un tiro, la Guardia Civil no sabría los caminos que habíamos tomado.

Contando que tendremos necesidad de presentarnos en alguna casa para suministrar, no podemos hacerlo en grupo como guerrilleros, se tendrán que desplazar un par de guerrilleros y presentarse como compradores de ganado y estraperlistas (en estos años, por toda España existía un mercado de estraperlo con todos los productos) y comprar, sin ninguna clase de imposición, la comida que los campesinos estuvieran dispuestos a vender. Con la ropa del monte no podemos presentarnos en ninguna casa pues parecemos espantapájaros, el que no llevamos un siete mal cosido, y a veces con hilo de distinto color, llevamos dos. Necesitamos, por tanto, conseguir un par de pantalones, un par de camisas decentes y cualquier clase de calzado y guardarlo para estas situaciones.

Todo esto hay que plantearlo en el grupo claramente antes de dar un paso camino de la frontera. Entremedio de estas conjeturas, le pregunté a *Grande* cómo andaba la herida. Me la enseñó y pude comprobar que estaba casi cerrada y sin muestras de infección. ¡Por lo menos en algo teníamos que tener un poco de suerte!

Después de descansar, al cabo de dos o tres noches, con el *Viejo* de guía, nos pusimos en camino del 17 sector. Anduvimos una semana y, gracias al *Viejo* y *Gregorio*, dimos con el campamento sin grandes dificultades. *Manolo* se alarmó bastante al vernos (esta reacción de *Manolo* no nos pilló de sorpresa, pues la esperábamos todos), y empezó a pensar en que nos teníamos que dividir en dos grupos. Ninguno nos mostramos conformes y se tuvo que avenir a que saliéramos todos juntos. No obstante, no dejó de decirme que yo respondería

ante el partido. (No he tenido nunca necesidad de responder ante el partido sobre esto ni sobre muchas otras cosas pues, hasta la fecha, nadie me ha preguntado nada).

Éste fue el recibimiento que nos hizo *Manolo*. Reunido con él y con *Zapatero*, muy diplomáticamente me dejó entender que el partido lo había nombrado responsable del grupo de a pie y no pensaba renunciar a ello.

¡Hay que ver qué preocupaciones me tenía *Manolo*! ¡Un pepino me importaba quién fuera el responsable!

Tras larga discusión, haciéndole ver que *Grande* era el único que conocía a todos los guerrilleros y que todos, sin distinción, tenían confianza en él, logré que se le incluyera en la troica de dirección de la marcha.

No sé por qué, la actitud de *Manolo* respecto a *Grande* me resultaba bastante incomprensible. Parecía como si el primero tuviera celos o envidia del segundo y quisiera marginarlo. Para mí estaba claro que, ante cualquier situación que se nos presentara y que tuviéramos necesidad de discutir, *Manolo* y *Zapatero* estarían siempre de acuerdo y yo me encontraría en minoría y ante la obligación de acatar la decisión de la mayoría. Con *Grande* formando parte de la dirección de la marcha, las fuerzas estaban igualadas y ante cualquier problema, *Grande* y yo llegaríamos a un acuerdo.

De haber estado en mis manos, la responsabilidad de la marcha hubiera recaído en *Grande*, por las razones que ya he indicado. A su lado hubiera incluido a *Zapatero* y, modestia aparte, yo mismo o *Moreno*.

Manolo, por una serie de detalles que se le escapaban, por su pedantería y sus deseos de figurar en todo, no se puede decir que fuera muy bien visto por los guerrilleros y, menos, admitirlo como responsable de una marcha que prometía ser difícil y penosa. Sólo la disciplina y el respeto que se tenía a la dirección del partido, obró el milagro de que nadie nos opusiera a ello.

Un problema que hubo que solucionar en esos días, fue el caso que se dio con el *Rubio*. Se mostraba reacio a salir de España y no se vaya a pensar que por eso del amor a la patria, sino por miedo. ¡Tantas cosas se habían visto en la agrupación, y las que no se habían visto, se presentían! Se puso tan majadero que fue preciso convocar una reunión en la que se planteó clara y categóricamente que el partido nos reclamaba a todos y que juntos teníamos que llegar a Francia, los buenos y los menos buenos. ¡Ni aún así se tranquilizó el *Rubio*! Fue necesario que Grande hablara con él y le convenciera de que no había ningún “gato encerrado”.

Pienso que no será inútil advertir que esta opinión viene a ser algo así como un reflejo de la impresión que me causó la actitud del *Rubio* de saber que por el 17 y 23 sectores habían sucedido cosas muy raras y de las que nadie nos informaba.

Hablando del *Rubio*, hay quien sostiene, con muy poco fundamento, que por los días en que la AGLA está siendo evacuada, el *Rubio*, el *Viejo* y *Pepito* de Mosqueruela (José Vicente Zafón), se han apartado un tanto de la agrupación y actúan poco menos que por su cuenta. Esto no es cierto... Como sabemos, al *Viejo* y a *Gregorio* los va a buscar el *Paisano* al 17 sector y se ve con el *Rubio*, con *Amador* y con *Tomás*. Cuando llegan al 17 sector *Manolo* y *Zapatero*, el *Rubio* está presente, y más tarde, al llegar nosotros, también encontramos al *Rubio* en el campamento.

Si en algún momento el *Rubio*, el *Viejo* y *Pepito* de Mosqueruela actuaron al margen de la AGLA, tuvo que ser antes de la evacuación, nunca en los días en que ésta está siendo evacuada.

Todos sentíamos tener que salir de España, pero no nos quedaba otro camino si queríamos conservar la vida.

Con nuestra llegada al campamento se avivaron los preparativos para la marcha. Nos reunimos el cuarteto de dirección para ponernos de acuerdo sobre lo que se tenía que plantear en el grupo y cómo iba a quedar organizada la marcha. En todo esto, lo fundamental era que cada guerrillero tuviera bien claro el que nuestra seguridad no estaba en las armas, sino en no tener necesidad de hacer uso de ellas. Abriendo la marcha irían dos o tres guerrilleros (*Grande* propuso que uno de ellos fuera yo y que los que me acompañaran se podían relevar cuando se sintieran cansados) y a ocho o diez metros, dependiendo del terreno que se cruce, seguiría el resto del grupo.

Ante la falta de puntos de apoyo para suministrar a lo largo de la ruta, se pensó en la forma que nos teníamos que presentar en las casas. No podíamos hacerlo como guerrilleros porque era descubrir nuestros pasos a la Guardia Civil. Se decidió pues, que dos o tres guerrilleros, con las armas escondidas, se presentarían en las casas como compradores de ganado y toda clase de comida que los campesinos les quisieran vender. Esto planteó la necesidad de conseguir alguna ropa un poco decente, antes de ponernos en camino.

Como se deja ver, no hay nada nuevo bajo la capa del cielo. Estas ideas habían sido previstas con *Grande* días antes. *Manolo* y *Zapatero*, si aportaron algo nuevo fue bien poca cosa, más que nada se limitaron a escucharnos.

Jorobados y nocturnos, la fila india de los guerrilleros se prolonga silenciosa sobre la trocha de cabras. A nuestra espalda vamos dejando el último campamento del 17 sector. De la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón no queda más que el triste y sangrante recuerdo en las zonas donde había actuado y hasta éste se irá perdiendo con el tiempo. Si por casualidad alguien se acuerda un día de los guerrilleros, tal vez sea para llamarnos locos. No obstante, caminamos seguros de haber dejado debajo de las nieves de nuestras montañas y entre los naranjos y arrozales de la huerta valenciana, una

semilla antifranquista y democrática que germinará un día en una primavera de Paz y Justicia; en una primavera en la que los bienes de España sean repartidos de una forma más justa y equitativa.

El grupo que emprendimos esta larga y agotadora caminata estaba compuesto por los guerrilleros siguientes ⁽³⁷⁾: *Amador, Fernando, Germán, Grande, Gregorio, Francisco, Jacinto, Manolo, Moreno, Salvador, Rubio, Simón, Viejo, Víctor o Larry, Tomás, Zapatero y yo (Chaval o Ángel)*.

A todo esto había quedado reducida nuestra agrupación, más los diez guerrilleros que habían salido por tren, *Celia o Dolores, Sole y Teo*. Como se puede ver, la mayoría habíamos pertenecido al 11 sector, lo que viene a demostrar lo que digo en páginas anteriores, que el 11 sector era el mejor de toda la agrupación. A su frente siempre estuvo el camarada *Grande*.

Señalaré, aunque solamente sea de pasada, que la marcha la emprendimos con muy poca comida y que en todo el trayecto, hasta enlazar con los camaradas que enviara el partido a los pasos fronterizos, no contábamos con más de tres puntos de apoyo conocidos por *Zapatero*.

Si alguien preguntara de qué nos alimentamos todos estos días, me vería en un compromiso para contestar. Lo único que tengo claro en la memoria es que aquello era caminar por la fuerza de la costumbre y que el hambre que nos sobraba de un día lo podíamos sumar al del día siguiente.

Ni el más experto en topografía sería capaz de trazar un croquis de nuestro itinerario pues estuvo plagado de vueltas y revueltas, de marchas y contramarchas que nos hacían perder los estribos y nos sacaban de nuestras casillas.

Los guerrilleros del 17 sector conocían bien el terreno que pisábamos y, hasta las estribaciones de los Puertos de Beceite, se puede decir que la marcha no revistió ninguna complicación. Mis cálculos me llevan a pensar que tardaríamos de diez a doce noches de marcha en llegar, pues un grupo de diecisiete personas caminando en fila india por sendas de mulo y muchas veces a monte traviesa, subiendo y bajando cerros, cubre pocos kilómetros en una noche de marcha.

A la entrada de los Puertos, por la divisoria de Castellón, Tarragona y Teruel, tuvimos la primera reunión los cuatro responsables de la marcha para decidir el camino que debíamos tomar: si cruzar los Puertos o bajar hasta el Plá de La Galera y contornearlos pasando entre Mas de Berberans y Santa Bárbara, en dirección de Roquetas.

(37) No se piense que esta lista es justa y cabal porque estoy seguro de que me olvido más de un nombre.

Partiendo de la suposición más que justificada, de que los pasos de montaña estarían vigilados por la Guardia Civil, *Manolo* y *Zapatero* fueron partidarios de esta última alternativa: rodearlos hasta salir por encima de Roquetas. *Zapatero* había hecho alguna vez esta ruta y nos daba la seguridad de podernos orientar debidamente y llegar a un punto de apoyo para suministrar pues la comida, si no se nos había terminado, estaba dando las últimas bocanadas. *Grande* y yo nos inclinamos por la primera, atravesar los puertos aunque ello suponía alargar la marcha hasta el punto de apoyo en un par de noches. Si nos retirábamos de los pasos conocidos, éste era el camino más seguro para el grupo. Puestos en el peor de los casos de que fuéramos descubiertos, el monte nos ofrecía más seguridad que el llano donde, indiscutiblemente, se hubieran dejado muchos rastros por un chubasco que nos acababa de caer sobre las espaldas.

Manolo se aferraba a que los camaradas estaban pasando hambre y era necesario suministrar cuanto antes. Personalmente me daba la impresión de que quien estaba pasando hambre y no lo sabía controlar era él y por eso tenía tanto empeño en llegar al punto de apoyo. La discusión se alargaba sin llegar a un acuerdo. Puesto a votación, las fuerzas quedaron repartidas: de un lado *Manolo* y *Zapatero* y del otro *Grande* y yo.

Ya tenemos un ejemplo de lo que hubiera sido la marcha si *Grande* no formara parte de la dirección. Sin poder establecerse una mayoría, *Manolo* quiso hacer uso de su autoridad como responsable supremo. A corta distancia se encontraba *Moreno* con tres o cuatro guerrilleros más y se dieron cuenta de que no llegábamos a un acuerdo sobre lo que se estuviera discutiendo. Les hice señas para que se acercaran y, enterados de lo que pasaba, decidieron que debíamos cruzar los Puertos por donde nos fuera posible y que cada cual se guardaría el hambre en sus tripas. Después de este pequeño incidente, *Manolo* me cogió aparte y me dijo que mi modo de obrar no era norma en el partido.

Ni discutí ni discuto ahora si mi modo de obrar era o dejaba de ser norma en el partido, sabía que era norma guerrillera y con eso me bastaba. Mientras estuviésemos en el monte y con un arma en la mano, no pensaba cambiar esta norma. A todos nos iba la vida y todos teníamos derecho a opinar y tomar decisiones en cosa que sólo a nosotros concernía.

Por los Puertos de Beceite, para buscar nueva ruta y evitar los pasos conocidos, anduve más noches perdido que bien orientado. Recuerdo una noche en especial, en que metí al grupo entre un laberinto de picachos y barranqueras del que no pude sacarlo y tuvimos que hacer alto para ver el terreno de día.

Estos despistes alargaron bastante la marcha y cuando dimos vista a las aguas del río Ebro, nos encontrábamos a la altura de Benifallet, lo que suponía un despiste de sus buenos treinta y pico kilómetros andando por la montaña, pues nuestras cuentas eran salir por frente a Roquetas y Raval de Jesús, sobre el río Ebro, a corta distancia de Tortosa.

Los despistes me valieron sus buenos rapapolvos por parte de *Manolo*, que no dejaba pasar ocasión para hacer ver que él era el jefe.

Sin perder de vista las aguas del Ebro, fuimos bajando hacia Tortosa. Entre Aldover y Alfara dels Ports, *Zapatero* reconoció el terreno. Nos retiramos al interior del monte e hicimos alto porque nos dijo *Zapatero* que estábamos cerca del punto de apoyo y que a la noche siguiente nos acercáramos hasta la casa.

A la noche siguiente, *Zapatero* y tres o cuatro guerrilleros más se llegaron hasta la casa del punto de apoyo. (Si mal no recuerdo, me parece que se trataba de una masía aislada entre las Roques d'En Benet y Cretas). Al amanecer regresaron cargados con bastante comida: pan, patatas cocidas con piel y como media oveja frita; todo desapareció de la vista en un periquete.

Por estas tierras descansamos un par de días para recuperar fuerzas y acumular toda la comida que fuera posible. Volvimos a emprenderla con la marcha. La primera noche (el resplandor del alumbrado de Tortosa nos servía de guía), sin salir del bosque hicimos alto frente a Roquetas; a la siguiente, bajamos la falda de la montaña y cruzamos la carretera de Tortosa-Gandesa. En este punto, al cruzar la carretera, me detuve cuando todavía algunos guerrilleros se encontraban encima de la carretera, porque comenzó a ladrar un perro en una casa próxima al camino que había tomado y quise asegurarme que no se encendía ninguna luz. Se acercó *Manolo* con otro camarada y con no muy buen talante, me llamó la atención por no seguir adelante.

Con el mismo talante o peor del usado por *Manolo*, le contesté y le di mis explicaciones. Quizás de haber sido otro camarada el que me llamara la atención, no le diera mayor importancia pero es que a *Manolo* le estaba tomando quimera porque, como él no hacía nada, nunca se equivocaba.

Como años anteriores, cuando el grupo de los "*Maños*" nos acercábamos a las aguas del río Gállego, aumentó la preocupación. Hasta aquí todo habían sido comentarios sobre cómo pasaríamos el río Ebro; puestos delante de las astas del toro, no había otra solución que torearlo. Todo el día lo habíamos pasado cambiando ideas y estableciendo planes. Finalmente el paso del Ebro quedó establecido del siguiente modo: lo primero era buscar un embarcadero y desenganchar una barca. Los primeros en pasar serían *Zapatero*, *Manolo*, *Viejo* y dos o tres más que no me vienen a la memoria. En la ribera opuesta se apostarían para en caso de necesidad (¡Dios quisiera que no hiciera falta!) poder cubrir el paso de los restantes. Hecho todo esto, había que llevar la barca a su sitio para que nadie la echase a faltar. Dos guerrilleros tenían que hacer de barqueros y se acordó que *Salvador* y yo, que sabíamos nadar bastante bien, fuéramos los encargados de ello.

Como dejo ver, *Manolo* daba el ejemplo pasando el primero. Nunca fuimos los responsables de grupo los primeros en ponernos a resguardo. Cabe suponer, como nos repitieran cien veces, que no éramos hombres de partido y, por consiguiente, buenos responsables de grupo. Después de cruzar la carretera, nos metimos por la huerta yendo a salir encima de un canal que cruzamos por un pequeño puente próximo a unas viviendas y, ¡cosa sorprendente!, no fue *Manolo* quien pasó primero; con *Moreno* y *Salvador* pasé al otro lado y nos colocamos de guardia frente a las casas mientras el grupo cruzaba el puente. Seguimos canal abajo hasta dar con un embarcadero que *Zapatero* nos había dicho que existía por las cercanías. Dejamos el grupo esperando entre unos cañaverales cerca de Raval de Jesús, frente a Pimpí, al otro lado del Ebro, y nos acercamos al embarcadero para desenganchar una barca, pero no encontramos los remos; la Guardia Civil tenía dada la orden de que nadie los dejara en las embarcaciones. Regresamos al cañaveral remolcando la barca y subió el primer grupo. *Salvador* y yo nos desnudamos y, nadando, la fuimos empujando hasta el otro lado del río Ebro. Volvimos a por el segundo grupo, repetimos la misma operación y, finalmente, pasamos a *Grande*, *Moreno* y *Francisco*. De nuevo me metí en el río y llevé la barca a su sitio.

No encuentro palabras para poder explicar todo lo que pasó por mi cabeza mientras duró la travesía. Si en aquella situación hubiera sonado un tiro, no puedo decir qué suerte fuera la nuestra. El nerviosismo era muy grande y no sé hasta qué punto hubiéramos sido capaces de controlarlo. Lo menos que se podía esperar era que el grupo quedara dividido. Tal vez fuera este temor el que me indujo a pedirle a *Grande* y *Moreno* que nos guardaran la espalda durante la travesía del Ebro.

Organizamos de nuevo la marcha y nos alejamos del río a toda prisa. Cruzamos otro canal que bajaba por la izquierda del río y la carretera que subía desde Tortosa. Se nos presentó delante una ceja montañosa que nos cerraba el paso e hicimos alto porque se nos echaba el día encima.

Durante la jornada, tuvimos una reunión en la que *Zapatero* señaló como próxima meta las proximidades de Reus, porque conocía una casa por esta zona que les había ayudado en alguna ocasión. Por la noche, desconociendo trochas y caminos de herradura, a monte traviesa y dando bandazos de un lado para otro, tratamos de rodear la ceja montañosa, lo que nos llevó hasta la altura de Miravet, donde nuevamente se nos hizo de día y pudimos comprobar que andábamos bastante despistados pues habíamos subido río arriba y Reus se nos quedaba a mano derecha, “donde Cristo perdió el gorro”.

Una vez más, *Manolo* me llamó la atención por mi despiste. Consideré, y considero, que era ya demasiado. Se desbordó el vaso de mi paciencia, se me subió el gato a la parra y nos enzarzamos en una discusión casi personal y le dije que se colocara él en cabeza del grupo

porque yo no quería seguir más abriendo la marcha.

Grande, que estaba como quien dice a dos pasos, intervino en la discusión y me hizo desistir de mi propósito al exponer (dirigiéndose a *Manolo*) que en cabeza tenía que marchar alguien que no le diera gusto al dedo a las primeras de cambio, que si sonaba un tiro, nos traería encima toda la movilización de la Guardia Civil. Esta confianza que *Grande* me demostraba, me comprometió a seguir abriendo la marcha.

Cualquiera puede pensar, porque da lugar a ello, que andaba siempre a la zarpa la greña con *Manolo*. No, ni mucho menos; aparte de estas enganchadas, nuestra relación era normal.

Reanudamos la marcha al anochecer y, buscando un camino que se dirigiera hacia la parte de Reus, vinimos a caer sobre una carretera que parecía llevar esta dirección. Nos detuvimos para cambiar impresiones y se decidió seguir la carretera mientras no se apartara de la dirección de Reus. De medianoche para adelante empezó a caer una niebla bastante espesa que nos impedía ver con claridad el terreno. *Moreno* venía caminando a mi lado. Poco después se nos unió *Zapatero* para decirnos que le parecía recordar la carretera y que no podía ser otra que la de Reus a Falset, y que años atrás había un campamento militar cerca.

Si *Zapatero* no se equivocaba, teníamos Reus delante, lo que no sabíamos era si Falset lo teníamos también delante o lo habíamos dejado a la espalda. Y lo más importante: no sabíamos si el campamento militar se había quedado a nuestra espalda o lo teníamos por delante. Hablando del Rey de Roma... “¡Alto! ¿Quién vive?” -gritó una voz al salir de una revuelta que daba la carretera. “¡Falange!” -contesté casi sin saber lo que decía.

A *Zapatero* y al grupo les dio tiempo de saltar fuera de la carretera y aplastarse al terreno, pero *Moreno* y yo nos quedamos plantados esperando a que se acercara quien diera la voz de alto. Conforme se iba perfilando la silueta a través de la niebla, le fui enderezando el cañón de la metralleta pero estaba dispuesto a no servirme de ella más que en último extremo. Con la mano le hice seña a *Moreno* para que permaneciera tranquilo. Como a cosa de un metro se paró un soldado con el fusil al hombro y me preguntó lo que deseaba. Le contesté que éramos un grupo de falangistas que habíamos salido de prácticas y queríamos informarnos si era posible entrar en el campamento para descansar y visitarlo durante el día. El soldado llamó al cabo de guardia, al que repetí la misma cantinela y me aclaró que para entrar en el campamento se necesitaba un permiso del comandante. Con esto contaba al presentar mi solicitud. En este momento, llegaron *Zapatero* y *Manolo*; le presentaron al cabo de guardia unos carnés de Falange, cambiaron cuatro palabras y nos despedimos.

Tan pronto como volvieron la espalda y se alejaron dos metros, pegamos con los talones en el culo y nos reunimos con el grupo, saliendo como rayos por unas barranqueras abajo. Faltaban pocas horas para hacerse de día y no paramos de andar hasta que empezó a

clarear. Tuvimos suerte de encontrar un buen monte para camuflarnos.

Al sonar la voz de “¡Alto! ¿Quién vive?” y saltar el grupo de la carretera, *Grande* se encontró al lado del *Viejo* que, preocupado por que nos pudieran echar el guante encima, quiso disparar contra los soldados, pero *Grande* lo detuvo: “no hay que perderlos de vista pero no dispaes, no tengas cuidado que no se dejarán coger”. Esto me lo decía *Grande* en medio de la gran preocupación que se apoderó de algunos guerrilleros al suponer que el cabo de guardia daría parte a los jefes y se organizaría nuestra caza.

Ni *Grande* ni yo compartimos estos temores. Que íbamos armados y con una mochila a las espaldas, lo vio tan bien el cabo como el soldado. Si daban parte de lo sucedido y decían que era gente armada la que se aproximaba y la habían dejado marchar tan tranquila, siguiendo las ordenanzas militares, todo el puesto de guardia se vería entre las mallas de un proceso militar que, en el mejor de los casos, terminaría con varios años de prisión. El cabo trataría de remediar su ofuscamiento una vez empezase a sopesar la situación, callándose la boca y haciendo que todo el puesto de guardia lo imitara.

Sería cierto nuestro criterio o no lo sería, el caso es que pasamos el día tranquilos viendo como el Ejército español salía de maniobras pues, por la mañana, no nos despertó el clarín porque estábamos despiertos, pero sonó la diana y vimos desde nuestro monte ponerse en movimiento el campamento militar.

¿Qué me indujo a responder tan presto “¡Falange!”? Desde que mis pies tocaran la carretera, me iba repitiendo mentalmente: si te dan el alto, responderás “¡Falange!”. Por eso respondí automáticamente sin darle gusto al dedo, como dijera *Moreno* que hubiera hecho de encontrarse solo en aquel momento abriendo la marcha.

Esta alusión de *Moreno* fue aprovechada para remachar una vez más que nuestra seguridad no dependía de liarse a tiros, sino de saberse controlar y no hacer uso de las armas más que en caso extremo; que mientras no sonara un tiro la Guardia Civil andaría despistada sin saber los caminos que habíamos tomado. Ésta fue la mayor preocupación que tuvimos en toda la marcha, que no sonara un solo tiro.

Por la noche, buscando sendas que nos alejaran del campamento militar, fuimos a parar por las estribaciones del Montsant. Lo que suponía que, después de andar casi toda la noche a monte traviesa cruzando barranqueras, no habíamos avanzado ni un metro en dirección de Reus.

Durante la marcha siguiente, tuvimos bastante suerte, pues bajamos hacia Reus sin grandes despistes. Hicimos alto cerca de un caserío y al hacerse de día y reconocer el terreno, *Zapatero* nos dijo que estábamos cerca de la casa de la que nos hablara días antes como punto de apoyo para suministrar. Por la tarde, me propuso si lo quería acompañar para ir en busca de la casa. Escondimos las pistolas en la cintura, por debajo de la chaqueta y salimos

en su busca. *Zapatero* se orientaba bien y no tardamos en encontrarla... ¡pero vacía! La familia, según nos dijo un labrador al que nos acercamos para pedirle información, se había marchado a vivir al pueblo de Almofter.

Para despistar, en tanto estuvimos a la vista del labrador, tomamos por el camino de herradura que conducía al pueblo. Tan pronto lo perdimos de vista, cruzamos por el bosque y regresamos al grupo. Enterados de lo que sucedía, se tuvo un cambio de impresiones para decidir lo que nos convenía hacer.

La comida se nos estaba terminando y el sentir general era que no podíamos seguir adelante sin suministro, pues el próximo punto de apoyo conocido por *Zapatero* se encontraba pasado Valls, cerca de Mas d'En Bosc.

Presentarnos en una casa de campo como guerrilleros y comprar la comida que nos quisieran vender, se dio por descartado. De igual modo se descartó entrar por la noche en una paridera y llevarnos un par de ovejas. No quedaba, pues, otra solución que el que dos o tres guerrilleros, con las armas ocultas, se presentaran en cualquier casa y, haciéndose pasar por compradores de ganado, comprar dos o tres ovejas.

Como hablaba bien el catalán, se decidió que al caer la tarde, cuando el ganado se recogía en los corrales, saliera con *Francisco* y *Víctor* e intentara comprar un par de ovejas en alguna casa. En una nos vendieron dos ovejas. Mientras arreglaba las cuentas con el dueño, *Francisco* y *Víctor* sacaron del corral a los dos animales, con tan mala pata, que se les escaparon. Fuimos tras ellos pero no hubo nada que hacer, en cuanto llegábamos a corta distancia, pegaban dos brincos y salían corriendo.

Contando que cuando se tranquilizaran volverían al corral, regresamos a la casa y quedamos de acuerdo en que al día siguiente volveríamos a por las dos ovejas. Echando pestes de todo lo habido y por haber, regresamos al grupo y dimos cuenta de lo que había pasado.

Al día siguiente por la tarde, volví con *Francisco* a la casa y nos dijeron que las ovejas estaban con el hato en el monte. Salió un mozo de la casa para ir en su busca, pero no terminaba nunca de regresar. El comportamiento de estas gentes empezó a parecernos sospechoso, un sexto sentido nos decía que allí se estaba fraguando algo en contra nuestra. Salimos al portal desde donde se podía ver el camino que subía desde Almofter y al poco distinguimos un grupo de gente corriendo. Estaban demasiado lejos para poder identificarla y esperamos a que se acercaran un poco más. Era el mozo de la casa y tras él la Guardia Civil. Como si no nos hubiéramos apercebido de nada, le dijimos al masovero que íbamos a recoger otros animales que teníamos comprados y que regresaríamos a buscar las ovejas.

Dando un gran rodeo de por lo menos tres horas, nos reunimos con el grupo que había quedado esperando el resultado de todo este enredo. El camino que subía del pueblo pasaba no muy lejos y se habían dado cuenta de la presencia de la Guardia Civil, lo que los tenía con las orejas tiesas.

Por suerte, la tarde estaba bastante avanzada y pronto comenzaron a caer las sombras.

Una información concreta sobre nuestra identidad no la podían dar a la Guardia Civil. Íbamos vestidos relativamente bastante decentes, armas no se nos veía ninguna y por lo tanto no se podía decir que fuéramos esto o aquello. Podía existir la duda pues armas, no nos habían visto ninguna.

Lo que se había dicho que era imposible, seguir adelante con muy poca comida, tuvo que ser posible; proseguimos la marcha y enderezamos hacia la sierra de Montmell, cerca de Mas d'En Bosc. Por esta zona, *Zapatero* se orientó bien y paramos dando vista a la casa del punto de apoyo que conocía. En esta ocasión la suerte se puso de nuestra parte. Por la noche bajamos a la casa y pudimos sacar las tripas de penas. Nos prepararon bastante comida y nos retiramos a las faldas del Montmell, donde pensamos descansar un par de noches. Antes de salir de la casa, *Zapatero* les dejó dinero para que nos compraran comida y tres o cuatro pares de alpargatas. De aquí, con las mochilas repletas de comida que nos había comprado el punto de apoyo, tomamos rumbo a Montserrat. Para salir de estas montañas pasamos tantos apuros como en los Puertos de Beceite. Dejando el monasterio de Montserrat a nuestra izquierda, al pie de unos picachos de forma cónica, cruzando barranqueras, vinimos a caer sobre el río Llobregat y seguimos río arriba hasta encontrar un paso entre las montañas que nos permitiera enderezar la ruta en dirección a Vic. Seguir la configuración del terreno nos desvió bastante de la ruta que nos habíamos marcado y subimos hacia Ripoll. Casi a un mismo tiempo, cruzamos la carretera y el tendido ferroviario de Vic a Ripoll y vadeamos el río Ter tomando dirección de Olot.

En esta parte de nuestro recorrido, *Zapatero* comenzó a orientarse y se colocó de guía. Pasamos por debajo de Olot y nos internamos en el Plá de la Garrotxa e hicimos alto para descansar una noche. Después de yo que sé cuantas noches de andar desde el punto de apoyo de Mas d'En Bosc, es la primera noche de descanso que nos tomamos.

Durante el día tuvimos una reunión los cuatro responsables de la marcha para determinar lo que mejor nos convenía hacer. La comida que teníamos era bastante poca y había que saber el tiempo que la teníamos que hacer durar hasta entrar en contacto con los enlaces que enviara el partido.

Zapatero nos aclaró que en una noche de marcha llegaríamos donde estaban señaladas las estafetas y que la frontera se encontraba a pocos kilómetros de distancia. A las estafetas acudíamos con lo menos diez días de retraso y sin comida. Esto hizo que de *Manolo*, que “tan bien conocía” al partido, se adueñara la idea de que no podían estar enviando enlaces a la frontera indefinidamente y propuso dar un golpe para suministrar y poder esperar unos cuantos días.

Para plantear la necesidad del golpe, *Manolo* se aferraba a que todos estábamos más

hambrientos que lobos y que no podíamos esperar muchos días en tales condiciones; que llegábamos a las estafetas con más de una semana de retraso y que el partido nos tenía que dar poco menos que por perdidos.

No estuvimos de acuerdo con la forma de pensar de *Manolo*, el partido, forzosamente, nos estaría buscando mientras no le llegaran noticias del interior de choques con la Guardia Civil que pudieran hacer suponer nuestra desaparición.

Nada de esto había sucedido, en toda la marcha no habíamos tenido que hacer uso de las armas ni una sola vez y, por consiguiente, nos estarían buscando, precisamente, por los lugares donde se tenían establecidas las estafetas.

Es sintomático: el problema de la comida nunca fue planteado por nadie del grupo y *Manolo* venía una y otra vez sobre el mismo. Sin lugar a dudas, era él el que menos aguante tenía y su estómago le dictaba exigencias que ponía en los estómagos de los otros. Discutimos bastante pero no pudimos llegar a un acuerdo con *Manolo*. Finalmente dio su brazo a torcer porque se le dijo que si insistía en dar el golpe, comunicaríamos al grupo que se estaba cerca de las estafetas con el partido y, estábamos seguros, por mucha hambre que se tuviera, nadie estaría de acuerdo con él. Los camaradas sabían muy bien acallar los estómagos cuando la situación lo requería.

Tengo el convencimiento de que no sería *Manolo* quien se colocara al frente de ningún grupo para realizar la operación, esta tarea se la confiaría a alguien. Si mi nombre le había pasado por la cabeza, iba servido. ¡Ni a rastras me hubiera obligado a tal cosa!

Sobre la cuestión de las estafetas, se llegó a un acuerdo en poco tiempo. Era necesario recurrir a todas las que se conociesen y dejar notas avisando que habíamos llegado.

Como se tenía previsto, esta noche descansamos y a la siguiente, guiados por *Zapatero*, hicimos alto frente al pico de las Salinas, casi en la misma raya fronteriza. Acompañé a *Zapatero* a colocar las estafetas y regresamos al grupo antes de clarear el nuevo día.

Allí nadie pensaba en dormir, los nervios estaban bastante excitados y todo eran comentarios sobre la posibilidad de que no se lograra enlazar con el partido y tuviéramos que afrontar el paso de la frontera sin guías.

Por la noche se nos planteaba la necesidad de tener que acudir a tres lugares distintos y esperar hasta el amanecer cerca de las estafetas. Se formaron tres parejas: una encabezada por *Zapatero*, otra por el *Rubio*, que era conocido por el viaje que realizara años antes a Francia y la tercera me tocó encabezarla a mí.

Desconocido de todos los guías que el partido pudiera desplazar en nuestra busca, existía el peligro de que los guías no se fiaran demasiado de un desconocido. Siguiendo la norma de conducta que siempre había empleado con todos los guerrilleros, *Grande* se acercó y me dijo que tuviera mucho cuidado: sobre todo, no disparar a no ser que se tratara de la Guardia

Civil.

Esta cuestión para mí estaba bien clara y prueba de ello fue mi reacción cuando nos dimos de narices con el campamento militar. Conmigo venía *Moreno* y no creo que estuviera de sobra insistir una vez más sobre este particular.

Salimos cada pareja a la estafeta que le fue asignada y dio la casualidad de que los guías acudieran a la nuestra. Bajábamos por una mala senda, cuando a nuestra espalda salió una voz preguntando: “¿*Quién anda por ahí?*”. Contesté dando mi nombre y salí a un claro de luna para que me vieran bien y les dije que no dispararan, que si no tenían confianza dejaría las armas en el suelo y que se acercara alguien para identificarnos. “*Está bien*”, respondió la misma voz.

Dejé la metralleta en el suelo e iba a soltarme el cinto con la pistola y los cargadores, cuando me dijeron que no continuara. Segundos después nos confundíamos en un abrazo con los dos guías que el partido había destacado en nuestra busca.

En este momento me abandonaron los nervios, recosté la espalda contra el tronco de un pino y me fui dejando deslizar hasta quedar sentado en el suelo. No sabía qué hacer, si echarme a reír o romper a llorar, pues de ambas cosas sentía deseos. En esta ocasión comprendí que una inmensa alegría lo mismo podía expresarse con risas y abrazos que con lágrimas y llantos.

En cuatro palabras los pusimos al corriente de los camaradas que componíamos el grupo y de que *Zapatero* y el *Rubio* estaban esperando en las otras dos estafetas y, sin perder tiempo, uno de los guías se vino con nosotros donde había quedado el grupo esperando y el otro se marchó en busca de *Zapatero* y el *Rubio*.

Excuso decir que nuestra llegada al grupo fue desbordante de alegría, los abrazos y las palmadas en la espalda se sucedieron un buen rato. Se levantaron los ánimos y volvieron las sonrisas a las caras que tantos días hacía que no se habían visto.

Una buena parte del día se nos fue tapando los pocos rastros que habíamos hecho. Por la noche salimos caminando y el guía nos metió por unas barranqueras intrincadas donde ya nos estaba esperando el otro guía con *Zapatero* y el *Rubio*. Aquí hicimos alto y los guías fueron sacando paquetes con comida que tenían escondida y desayunamos, comimos y cenamos todo a un mismo tiempo. Nos dieron tabaco y los fumadores (me parece que lo éramos todos), después de muchos días sin fumar, pudimos encender un cigarrillo.

Durante el día siguiente, fui testigo mudo del poco tacto que tenía *Manolo* y de sus deseos de sobresalir y hacerse valer, no habiendo hecho otra cosa que plantear problemas y estorbar durante la mayor parte del tiempo. Como de costumbre, me encontraba sentado al lado de *Grande* y *Francisco* y los guías llamaron a los responsables de la marcha y se les acercaron *Manolo* y *Zapatero*. Horas enteras se pasaron tratando sobre el modo de cruzar la frontera. Ni una sola vez nos preguntaron una palabra ni a *Grande* ni a mí.

Con las primeras sombras del atardecer nos echamos las mochilas a la espalda y salimos caminando. Al poco rato de andar, el grupo fue dividido por los guías en dos grupos y al frente de cada grupo se colocó uno de ellos. Bajo las copas de los pinos nos abrazamos y nos despedimos deseándonos mutuamente mucha salud y mucha suerte. Cuando me abrazaba con *Manolo*, me pidió que le entregara todo lo que llevara perteneciente a la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón. Le entregué los carnés de Falange que de nada nos habían servido, le entregué el aparato fotográfico y el sello de la agrupación. Sus últimas palabras no las podré olvidar por muchos años que viva: “*Cuando llegues, Chaval, a informar bien al partido*”. No tenía que preocuparse *Manolo* por esto; si el partido no estaba enterado, se enteraría de muchas cosas.

Nos fuimos alejando cada grupo en su dirección. Ante nosotros se alzaban los picos nevados del Canigó. Cruzamos la raya fronteriza franco-española e hicimos alto en un bosque cerca de Amélie-les-Bains y Ceret, donde teníamos que reunirnos con los camaradas encargados de nuestra evacuación, ya en territorio francés.

Por segunda vez pisaba la tierra francesa y comenzaban nuevamente los días grises del refugiado español. Mirando los montes nevados de los Pirineos, no me quedaba otro consuelo que gritar, como dicen que gritó Espartaco en Capua cuando los centuriones romanos se aprestaban a descuartizarlo:

“¡Volveré, y seré millones!”.

A MODO DE EPÍLOGO

En unión del viejo *Gregorio* me encuentro detenido en un puesto de la Gendarmería francesa en Ceret. Sentado sobre el camastro en una celda oscura como boca de lobo, trato de poner un poco de orden en mis pensamientos. Por el momento lo que tengo claro es que vamos a volver a ser interrogados y que de nuestra vida pasada no tiene que salir la menor alusión de nuestras bocas; una sola palabra nos puede jugar una mala pasada. Llegado a este punto de mis devaneos, extendí el brazo hasta tropezar con el cuerpo de *Gregorio* que, apesadumbrado, estaba estirado sobre el camastro. Pegué mi boca a su oreja, por si estaban escuchando detrás de la puerta y le dije: “*cuando nos vuelvan a llamar para tomarnos otra vez declaración, no te olvides de lo que dijimos anoche, somos padre e hijo (ésta fue la sola recomendación recibida del responsable de nuestra evacuación) y venimos en busca de trabajo porque en España no lo hay. De las guerrillas o del partido que no se te vaya una palabra*”. No recibí contestación ni tampoco la esperaba, pero sabía que me había oído y comprendido perfectamente.

A solas de nuevo con mis cavilaciones sobre cómo salir airoso de este paso, mis pensamientos me llevaban una y otra vez de los gendarmes a los civiles. Si me entregaban a las autoridades franquistas mi suerte estaba echada: un par de tiros y al hoyo. Pero como que mientras hay vida hay esperanza, me repetía sin cesar: “no serán tan canallas de entregarme a los civiles”.

Si cuarenta y ocho horas antes alguien hubiera intentado ponerme la mano encima, hago de su cuerpo una regadera. Pero estaba en Francia, y la vida había cambiado, por eso, sin la menor resistencia tendí los brazos a las esposas que, con un “clic” que resonó en mi cabeza como un martillazo, se cerraron sobre mis muñecas y las de *Gregorio*.

Los supervivientes de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón habíamos cruzado la frontera franco-española y depuesto las armas. Después de establecer contacto con un punto de apoyo en tierras francesas, estamos esperando la llegada de los encargados de nuestra evacuación. Se presentó un español en el que reconocí a Julián Grimau y nos preguntó si alguien sabía hacer fotografías y revelarlas. Le dije que estaba al corriente de este trabajo y decidí que aquella misma noche saldría en compañía de *Gregorio*. Nos entregó ropa y calzado. Al ver los zapatos, le pregunté si no tendría que andar mucho pues, por el estado en que se encontraban, me pareció que no resistirían una caminata.

“No te preocupes, hombre, -me dijo Grimau- se acabó eso de las caminatas. Si durante el camino os preguntan, decid que sois padre e hijo”. Ésta fue la única advertencia que se nos hizo.

Por la noche nos condujeron a una casa y montamos en una tracción delantera de dos que estaban esperando en la puerta. El chofer cruzó Ceret con los faros apagados y, al llegar a una gasolinera que había en la otra punta del pueblo, se detuvo para llenar el depósito. Recostado en el asiento trasero, vi aparecer una pareja de gendarmes en la portezuela del chofer, que le preguntaron a dónde se dirigía y por qué había cruzado el pueblo sin faros. Al reparar que el asiento trasero estaba ocupado, nos pidieron la documentación. Me hice el remolón, mas la pregunta la repitieron de forma tan directa que no pude eludir la contestación: *“no tenemos”* -respondí.

Nos hicieron apearse del auto y, tras colocarnos las esposas, nos condujeron a la gendarmería. Cuando íbamos camino de ella, por la carretera vi que se acercaba un auto en nuestra dirección y reconocí al que se había quedado en la puerta de la casa esperando. Para que sus ocupantes se dieran cuenta de que nos llevaban detenidos, levanté los brazos e hice como que me rascaba la cabeza. Al pasar a nuestra altura aún pude ver la cara de uno de sus ocupantes pegada al cristal de la portezuela. ¡Nos habían visto!

Llegamos a la gendarmería y, después de vaciarnos los bolsillos encima de la mesa escritorio, nos preguntaron los nombres en un mal español y lo que veníamos a buscar a Francia. Después nos metieron en la celda donde pasamos la noche, en espera de que al día siguiente nos interrogara el jefe del puesto.

Y en ella nos encontramos. No ceso de hacer cábalas de cómo era posible que personas acostumbradas al trabajo ilegal del PCE en Francia, pudieran cometer semejante descuido. ¿Cómo explicar que el auto se hallara sin gasolina? ¿Por qué no lo controlaron antes de meternos en él? Por la sencilla razón de que el trabajo ilegal del PCE en Francia se

realizaba casi a las vistas de todo el mundo.

Resonó una llave en la puerta de la celda y chirriaron los goznes. Recortada en el marco apareció la silueta de uno de nuestros guardianes, que se llevó a *Gregorio* para tomarle declaración.

No podía hacer nada. No me quedaba más remedio que esperar mi turno para ver lo que se guisaba entre los gendarmes. Si la noche había sido larga, ahora los minutos me parecían siglos y no terminaban nunca de pasar.

Otra vez oigo introducir la llave y el mismo chirrido de los goznes. Meten a *Gregorio* en la celda y el gendarme me hace señas para que le siga. Al poner los pies en la oficina y ver la cara de los tres gendarmes que en ella se encontraban, me dio la corazonada de que *Gregorio* había dicho su verdadero nombre. Por suerte yo lo sabía, como también el nombre del pueblo donde había nacido.

-¿Cómo te llamas? -me preguntaron.

-*Fulano de Tal y Tal*. (Repetí el nombre de *Gregorio*).

-¿Dónde has nacido?

-*En Tal pueblo*. (Volví a repetir el de *Gregorio*).

-¿Sois padre e hijo?

-Sí.

Uno de los gendarmes que estaba a mi lado me soltó tal bofetada que, de no estar la pared tan cerca, seguramente me hubiera tumbado al suelo.

Sin necesidad de un esfuerzo mental, comprendí que había algo que no concordaba con lo que pudiera haber dicho *Gregorio*. Repitieron la pregunta sobre mi parentesco e insistí en mi contestación anterior.

El mismo gendarme que me había soltado el bofetón me agarró por un brazo y, colocando uno de mis dedos junto a las bisagras de la puerta, empezó a darle empujoncitos. El dolor era fuerte, pero no tanto como para que no se pudiera resistir. Cesó en su “diversión” cuando el que me dirigía las preguntas le dijo: *Ça va, s'il ne dit pas la vérité, tant pis pour lui*. (Basta, si no dice la verdad, peor para él).

Yo les llevaba de ventaja el que me enteraba de todos sus comentarios en catalán o en francés. Así me enteré de que *Gregorio* había dado su verdadero nombre y negado lo de nuestro parentesco. Otra vez vuelven a la carga sobre todas las preguntas anteriores y me pareció que si no quería complicar las cosas más de lo que ya estaban, lo mejor sería decir la verdad sobre este aspecto y buscarme otro nombre. Tomé de mi padre el nombre y de un pariente lejano el apellido, que por ser tan estrafalario, desde pequeño se me había quedado grabado en la memoria. Puestos sobre este plan, los gendarmes parecieron satisfechos y me preguntaron cómo habíamos pasado la frontera y si había visto fortificaciones en territorio español.

A cada pregunta que me hacían estaba esperando que saliera a relucir al Partido Comunista.

Les dije que fortificaciones no había visto ninguna y que la frontera la habíamos pasado con un contrabandista de Barcelona que nos cobró tres mil pesetas por este servicio. Al tratar de nuestras posibilidades para quedarnos en Francia, me dijeron que era imposible porque el Gobierno francés no admitía más emigrantes españoles y tenían orden de devolver de nuevo a España a todo el que cruzara la frontera; que habían citado al chofer para tener con él un careo y que después nos llevarían a la frontera. Después de darle muchas vueltas para que nos dejaran en Francia, me propusieron como única solución alistarme a la Legión Extranjera. Les pregunté las condiciones del Gobierno francés si aceptaba y el resultado era que, después de pasar un par de años bajo la bandera francesa, podía quedarme en Francia como ciudadano francés si así lo deseaba.

El porvenir no se me presentaba color de rosa que digamos, pero me daba unos días de respiro y confiaba que en ellos el partido tendría tiempo de mover sus peones y sacarnos de este mal paso.

Me aseguraron que a *Gregorio* no lo entregarían a las autoridades españolas y que lo llevarían hasta la frontera para que regresara a España por su pie.

“Bueno -les dije-, mientras esperamos al chofer pensaré lo que me conviene hacer”. Me devolvieron a la celda con *Gregorio* y le expliqué todo lo que me habían dicho y que esperaban la llegada del chofer para tener con él un careo. Lo fundamental era decir que no lo conocíamos y que habíamos alquilado sus servicios hasta Perpignan.

El careo se limitó a un par de preguntas sobre si el auto tenía el motor en marcha y si lo conocíamos anteriormente. A la primera contestamos que lo tenía en marcha y a la segunda que nos era totalmente desconocido. Ambas cosas parece que coincidían con lo dicho por el chofer, pues lo dejaron marchar y a nosotros nos volvieron a la dichosa celda.

Al día siguiente se llevaron a *Gregorio*, y yo me quedé esperando al otro día en que vendría un soldado a buscarme para conducirme a Perpignan.

Antes de separarme de *Gregorio* le indiqué el camino que tenía que seguir para encontrar la casa donde subimos en el auto. Esto me fue posible porque conocía aquellos pueblos de cuando nos sacaron de los campos de concentración para trabajar en las carreteras que fueron destruidas por las inundaciones del año 1940.

En Perpignan, pasé una revisión médica que me dio por inútil para el servicio militar y sin más explicaciones, una pareja de CRS me condujo a Cervera y me dejó en manos de los guarda frontera franceses. Conversando con ellos, me aseguraron que no tenían intención de entregarme a las autoridades españolas y que para no llamar la atención, esperarían a que se hiciera de noche para llevarme a la frontera.

En el puesto fronterizo de Cervera, me dejaron con bastante libertad y hasta pude salir a la calle. La tentación de fugarme pasó como un rayo por mi cabeza y varios minutos estuve

vacilando entre escaparme o esperar a que me dejaran por la noche en la frontera. Pensando que si me escapaba, lo natural sería que comenzaran a buscarme, opté por la espera. Esto me daba un par de días de tranquilidad, que era lo que calculaba que tardaría en dar con la casa de los camaradas franceses. Entré en una tienda y me compré un par de alpargatas con un puñado de pesetas que llevaba por los bolsillos, pues los zapatos que me habían dado no podían resistir una marcha.

Tan pronto me vi solo en los montes fronterizos, enderecé mis pasos hacia los picos del Canigó y a las dos noches llegaba a la casa y me enteraba, con la consiguiente alegría, que *Gregorio* ya había llegado también.

Nuevamente se hacen preparativos para mi salida. Esta vez parece que todo está un poco mejor organizado, digo que parece pero no es así: tengo que viajar por tren y sin documentación hasta París. No sucedió nada, pero si llegan a pasar revisando las documentaciones, nadie me librara de ser otra vez detenido.

Escondido entre unas matas cerca de la carretera, estoy esperando la llegada de un auto para sacarme de la zona fronteriza. Los kilómetros van desfilando bajo las ruedas del auto y a nuestra espalda se van quedando los Pirineos. Los viñedos, con sus filas de cepas alineadas impecablemente como soldados en un desfile militar, se suceden en loca carrera. La camarada francesa que en el asiento trasero del auto viene sentada a mi lado, trata de sacarme de mi mutismo y me va explicando que tenemos que tomar el tren, que no iremos en el mismo compartimento, pero que me tiene que acompañar hasta París para dejarme en casa de unos camaradas franceses.

En esta casa (más que casa, un chalet bastante lujoso por la parte del Pont de Sèvres en París), recibí la visita de *Sebastián*. Nuestra conversación giró en torno a la evacuación de la AGLA. En ningún momento fue cosa que me dijera algo sobre la reunión que me imaginaba se tendría con la dirección del partido para analizar los seis años de existencia de la agrupación. Le pregunté por todos los guerrilleros y me dijo que no sabía nada en concreto, que seguramente vendría *Antonio* el catalán a verme y me podría decir algo. Finalmente hablamos de *Sole* y de *Celia* y de su matrimonio con esta última. Inmediatamente, cambió el tono de su voz. Me pidió que no le hablara de ella porque era una traidora, que era una de las enlaces que la dirección del partido envió para recoger a los guerrilleros que salían por ferrocarril y había sido detenida y “cantado” todo; que ya en el viaje con *Teo* para Francia había tenido algunas palabras con *Sole*.

Cuando *Teo* regresó con la orden de evacuación, le pregunté cómo le había ido el viaje con *Celia* y *Sole* y no me dijo ni media palabra de que hubiera surgido ningún problema. Pero tampoco tenía motivos para creer o dejar de creer lo que me decía *Sebastián* y, en mi fuero interno, alabé el momento en que decidimos salir todos a pie. Varias veces recibí la visita de

Sebastián y de *Antonio* el catalán y nunca pude sacar en claro si se tendría alguna reunión, ni si todos los guerrilleros habían llegado a Francia. Esta falta de tacto no he logrado llegar a comprenderla; en resumidas cuentas, el partido me había responsabilizado de la evacuación de la AGLA y me parece que tenía derecho a saber la suerte corrida por todos.

También me entrevisté con Julián Grimau y no pude por menos que darle las gracias por lo “bien” que había organizado mi salida del monte y la de *Gregorio*. Meses después, por *Antonio* el catalán me enteraba del fin trágico del camarada *Vías*. Había sido detenido por la Guardia Civil y conducido a la comisaría, donde recibió tremendas palizas que le arrancaron la vida. En torno a los restantes, se guardaba un silencio celoso y tengo para mí que tal vez seguirían la misma suerte de *Vías*. Acaso algún día, alguien que esté bien enterado pueda decirme toda la tragedia de los hombres que integramos la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón. Entretanto, nadie podrá evitar el que tenga mis dudas y reservas; nadie podrá evitar el que desconfíe de muchos dirigentes del PCE y de las dos docenas de camaradas incondicionales que les bailan el agua.

Transcurrieron como diez o quince años desde que saliera por segunda vez de Francia camino de Checoslovaquia y un día sonó el timbre de la puerta. Al abrirla me encontré delante de un fantasma: *Celia*, que venía acompañada de *Grande* a visitarme. Me quedé mirándola sin saber qué actitud adoptar, el que fuera *Grande* quien la acompañaba me daba confianza pero no podía deshacerme del recuerdo de la conversación sostenida años antes con *Sebastián* en París.

Posteriormente me he visto infinidad de veces con ella y siempre me he preguntado: ¿estará enterada de lo que a su cuenta se decía en París?

José Manuel Montorio Gonzalvo (Chaval)

En Praga, a 23 de mayo de 1971⁽³⁸⁾

(38) Revisado, corregido y ampliado en Praga, a 20 de abril de 2005. J.M.M.G.

VEINTE AÑOS DESPUES

Tenía escritas estas cuartillas cuando cayó en mis manos un librito de la Colección “Ebro” cuyo autor, José Gros (*Antonio* el catalán), titula *Abriendo camino*. “Cerrando camino” lo titulara yo, ya que estaría más en concordancia con su contenido. Desde la página 127 hasta la 267 está dedicado a los viajes que Gros hizo a España clandestinamente y 48 de estas páginas se refieren especialmente a la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón. Su lectura me causó la mayor de las sorpresas por conocer personalmente a Gros, y fue motivo para que le escribiera una carta que sé, sin lugar a dudas, que llegó a su poder y que no se tomó la molestia de contestar. La transcribo a continuación:

Praga, 30 de abril de 1973.

Estimado camarada José Gros:

Al llegar a mi conocimiento que te proponías escribir un libro en el que hacías referencia a la AGLA, me causó una gran satisfacción por considerar que estabas en posesión de datos que podrían dar luz a ciertos problemas. Después de leerlo varias veces y ver el modo en que enfocas los hechos, me he sentido un tanto defraudado en mis esperanzas. No es mi propósito desmenuzar tu libro, pues ello me llevaría muchas páginas, pero sí quiero indicarte aquellos aspectos en que discrepo francamente. Naturalmente que

esto no me impide reconocer que *Abriendo camino* es muy interesante por cuanto da a conocer facetas poco difundidas de la participación de la España republicana en el exilio en la guerra contra el fascismo. Por su número, unos 500.000 españoles, en cifras redondas, y por el tanto por ciento que en unos u otros frentes siguieron con las armas en la mano (solamente en Francia unos 20.000 hombres que representaban una población de 60.000 almas dedicadas a servicios de información, enlaces y puntos de apoyo a los que, en justicia, hay que considerar como resistentes), podemos decir sin ningún temor que la aportación de la España republicana en el exilio fue una de las más importantes de todos los pueblos en lucha contra el fascismo. Nombres españoles aparecen en la liberación de Foix, de Pau, de St. Giron, de Toulouse, de Burdeos; nombres españoles aparecen en el maquis de “La Crouzette”, de Payolle, de Bir-Hakeim, en La Parade; nombres españoles se extienden por La Rochelle y la Pointe de Grave y la misma liberación de París está estrechamente ligada a nombres íberos como los de Amado Granell, de Burriana, de Pacheco, Fernández, Ángel y Puerto y tantos otros que razones “patrióticas” no han permitido que fueran registrados en las páginas de la historia de Francia.

Nada tengo que objetar a la parte que dedicas a los hechos relacionados con la Unión Soviética. No lo he vivido y lo que desconozco ni lo discuto ni lo pongo en duda. No me sucede lo mismo en cuanto al capítulo dedicado a la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón. Te diré sinceramente que no eres objetivo al presentar los hechos. Te limitas al presente sin mirar su proyección en el reciente pasado. Desenterrar la historia y “dar al César lo que es del César” debe ser una de nuestras preocupaciones. Y puesto que de ello se trata, vamos a comenzar por nosotros mismos.

¿No te parece ridículo, Gros, ante la inmensidad de la tragedia, decir: “...*la ropa con que aguantamos tres meses en los campos de concentración*” sabiendo que muchos compatriotas aguantaron años enteros?

Después de tu primer viaje al país te propusiste “...*aprender lo bueno y suprimir lo malo para siempre*”. Y cuando en 1949 aquel grupo guerrillero se adentra más en territorio francés para pasar el día tú echas “cosas feas por tu boca”. Y yo me pregunto: ¿No tendría razón el grupo que se adentró en Francia para pasar el día en vez de hacerlo encima de la frontera y que para vigilar a las patrullas de la Guardia Civil con haberos desplazado dos o tres hubiera sido más seguro en prevención de que podíais ser descubiertos...?

Y seguidamente dices: “*estaban dormidos y les podíamos haber quitado el armamento sin que se dieran cuenta*”. No voy a justificar esta falla de no haber dejado por lo menos uno de guardia. Pero, volvamos unas páginas atrás y veamos qué hacíais los encargados de los pasos. “*Eran las cinco de la madrugada y mi buen amigo se quedó bien dormido... Yo no tardé en seguir su ejemplo. Esta vez los dos olvidamos las recomendaciones*”

(pág. 132 y 133). “A las ocho y media de la mañana me desperté y llamé a Pradal” (pág. 142). “El coñac nos hizo entrar en calor y nos permitió dormir hasta que el sol nos despertó” (pág. 148). “Eran las nueve de la mañana cuando nos acostamos... A las dos se despertó uno y nos llamó” (pág. 158). “Nos dormimos sin guardia y hacia las once nos despertaron las cabras”. (pág. 160). Y me sorprende que de un mismo hecho no llegues a idéntica conclusión. ¿O es que erais tan especiales que ni durmiendo se os podía desarmar...?

Prosigamos: “Caímos en un patio..., ladraron perros..., vimos que habían encendido luz” (pág. 138). “...bordeando una casa de la que salían ladridos de perros. Asomóse el dueño y seguramente nos vio... Era la misma en que se habían encendido luces en nuestro viaje de ida, pero ya nunca se volvió a pasar por allí” (pág. 148). Lo que no es cierto, porque en la página 151 dices: “...llegué a la casa donde habían ladrado los perros y encendido luz en el viaje con Pradal”. Y en otro lado: “no sé cómo se las ingenió para que no saliera ni una nubecilla de humo. Calentamos los botes de carne y asó tocino” que bien podíais haber comido frío sin peligro para vuestra salud, ¿no te parece?. De otro lado no me digas que no salió “ni una nubecilla de humo” porque asar tocino y que no caigan gotas de grasa en las brasas es bastante difícil.

“Dejamos un rastro que daba miedo (en la frontera) y precisamente en un trecho donde las patrullas eran frecuentes” (pág. 155).

¿Así pensabas “suprimir para siempre todo lo malo”?

Que sucedieron los hechos tal como los cuentas, no te lo discuto. Pero no es esto lo que me preocupa; lo que me preocupa es que “sentías vergüenza de aquellos guerrilleros”. Lo que, indiscutiblemente, te condujo a formarte una idea sobre los hombres que integraban la agrupación, y en 1950, cuando llegáis de Francia os consideráis, enfáticamente, los “salvadores de todos los camaradas de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón” que, sólo al veros, “parecían polluelos debajo del ala de la gallina”.

No me atrevo a dar a estas palabras ningún calificativo. Lo dejo a tu disposición. Pero no olvides, camarada Gros, que confundes las actitudes. ¿No sería mejor pensar que los guerrilleros, pese a toda su tragedia, eran hombres que tenían una gran fe y confianza en el Partido, como lo demuestra el que en condiciones extraordinariamente difíciles, teniendo la vida en un hilo, estuvieran dispuestos a permanecer en la sierra mientras el partido no tomara otra disposición? ¿Que cada grupo llegado de Francia era recibido con gran cariño y de buena voluntad nos colocábamos bajo su dirección sin un “pero”...? Creo que no te sucedió lo mismo con el camarada *Sebastián* y eso que teníais “otra mentalidad”, érais “hombres de partido” que una vez entre los viejos guerrilleros y viendo que éstos no ponían ningún obstáculo, comenzasteis a disputaros la jefatura de la AGLA., según tú mismo escribes.

Y si en 1949 tuviste la desgracia de guiar a un grupo de guerrilleros que dejaba algo que desear, no creo que eso te autorice a decir que te “*habías embarcado en un barco que hacía agua*” porque en este caso los mayormente embarcados fuimos nosotros. Si en vez de dedicarte a estas expresiones contestaras a preguntas como ésta:

¿Quién envió aquel grupo de guerrilleros a Francia...? ¿Por qué se aprovechó la ausencia de *Grande*, de visita en mi zona, para que salieran...? Quiero recordar que *Pedro* y *José María* estaban al frente de la agrupación en este momento.

Del mismo modo, afirmas que con las “*charlas políticas fue mejorando la moral de los guerrilleros*” que, “*entre nosotros, se sentían seguros y resguardados contra la Guardia Civil*”, que “*tenía miedo a los comunistas*”.

Hace falta ser candoroso y estimarse a sí mismo para asegurar en 1950 que la Guardia Civil tenía miedo a los comunistas que pudieran estar o llegar a las guerrillas. Ignoras, acaso, que las guerrillas hacía tiempo tenían todos los caminos cerrados; que no existía ninguna perspectiva; que se hallaban vencidas por una serie de circunstancias nacionales e internacionales y que sólo la ausencia de una información clara, concreta y objetiva de su vida y desarrollo hizo que el partido las siguiera alimentando. Desconocer esto es lo mismo que, no sabiendo el Catón, intentar dar lecciones de gramática. Del mismo modo te diré que la moral de los guerrilleros cuando saliste para Francia, distaba mucho de ser buena como presumes y que media docena de metralletas, ¡por muy comunistas que fueran las manos que las empuñaban!, no podían dar ninguna seguridad.

No argumento más estos puntos de vista por considerar que la historia es todavía demasiado reciente para escribir sobre ciertas medidas que adoptaste.

Leo en la página 237 de la *Historia del Partido Comunista de España*: “*la dirección del partido, de acuerdo con los jefes del movimiento guerrillero, decidió la disolución de dicho movimiento*”. (En octubre de 1948).

Y me encuentro ante una incongruencia: en 1949 haces un viaje de exploración por tierras de Cataluña y te dice Santiago “*que si se montaba todo esto* (aparato de propaganda, zona de tránsito hacia Levante y Aragón, etc.) *debería de ser yo* (es decir, tú) *el responsable de la Agrupación Guerrillera de Cataluña*”. Veo, pues, que “en todas partes cuecen habas, y en mi casa a calderadas”. No estaba entonces tan claro lo de la disolución del movimiento guerrillero.

Tampoco puedo compartir tu criterio cuando dices que: “*hablando con los guerrilleros, en aquellos días, (mediados de 1950), me di cuenta de su despreocupación cuando mataban a un camarada. Su comentario era: ‘hoy o mañana puedo ser yo, o tú...’. Yo no podía comprender aquella indiferencia, aquel fatalismo. Más tarde lo comprendería. En realidad, no pensaban en un mañana mejor. Habían llegado a tal situación por falta de*

vida política, de vida de militantes comunistas". (Aplausos).

Atribuyes a la vida política de militantes comunistas, con una ligereza que asombra, la virtud de ser el Jordán de nuestros pecados. La falta de vida política, de vida de militantes comunistas es, en todo caso, la panacea tras la que te escudas para no verte en la necesidad de entrar en el examen de muchos hechos. Ni comprendiste entonces ni comprendes ahora por qué se llega a tal situación. Y no lo comprendiste, como no lo comprendieron otros muchos, por la sencilla razón de que debido a la información que algunos guerrilleros y responsables dieron al partido sobre nuestra situación, llegabais a la agrupación con unas instrucciones y, al tropezaros con una realidad muy distinta a la que os habían informado, no supisteis o no quisisteis verla y os empecinasteis en aplicar unas directivas que no estaban en consonancia con la realidad que nos rodeaba. No te diste cuenta que sin antes darles un descanso, a los guerrilleros no se les podía acoplar en un trabajo de cara a las poblaciones.

Y no te asuste el fatalismo de los guerrilleros. Seis años y pico con la muerte entre los dientes me parece que son suficientes para explicar ciertas manifestaciones que tú interpretaste de modo bastante estrecho. ¿Qué querías, que nos mesáramos los cabellos ante la muerte de un camarada...? En este caso nos hubieras encontrado a todos calvos o..., no hubieras encontrado a nadie entre los pinos. Porque cuando se tiene todos los días y a todas las horas a la muerte por compañera y no se le desprecia y hasta en cierto modo se hace uno insensible, lo más seguro es que abandone la partida.

No veo tampoco en qué te fundas para decir que *Grande* estaba desmoralizado. Si el decir la verdad, si el decir que dentro de poco no quedaría guerrillero en vida, es estar desmoralizado, en este caso me puedes incluir también en ese grupo porque más de una vez le expuse idéntico pensamiento.

Regresaste a Francia y pasó lo de siempre: rodeado de los camaradas de la dirección del partido y de las atenciones (bien ganadas) que te dispensaron, olvidaste en las condiciones que habías dejado a la agrupación: sin puntos de apoyo, sin zonas donde poder hacer vida por los continuos "peinados" de la Guardia Civil, sin comida, mal vestidos y medio descalzos; perdiendo en cada encuentro algún camarada. Sin poder decir esta boca es mía porque inmediatamente surgían los calificativos más disparatados.

Cierras tu paso por la agrupación en la página 266 con estas palabras: "*y desde ese día se empezó a preparar esa gran tarea, hasta poder sacar de España a todos los guerrilleros*".

Y cuando los planes del partido fallan por culpa de un mal estudio de nuestras posibilidades para realizar ciertas compras que ponían a la media docena de puntos de apoyo que nos quedaban en manos de la Guardia Civil, ¿quién es el responsable...?, ¿quién saca a los guerrilleros hasta llegar a tres jornadas de la frontera...?

Se sacaron ellos, pasando miles de fatigas y privaciones, las que, dicho sea, no eran nuevas para nosotros.

Tengo que decirte también que hablar de la AGLA y dejar a la sombra a los puntos de apoyo que fueron su sostén y sin los cuales la lucha guerrillera no se hubiera mantenido, no digo seis años y medio, sino ni seis horas, es tanto como no decir nada. Porque era necesario tener mucho más valor para ser PUNTO DE APOYO que para subir al monte. Los PUNTOS DE APOYO ESTABAN TODAS LAS HORAS DEL DÍA Y DE LA NOCHE A MERCED DE LA GUARDIA CIVIL. SIN NADIE QUE LES PUDIERA TENDER UNA MANO. Los guerrilleros teníamos las sombras de la noche que nos albergaban y un arma para defendernos en caso de fuerza mayor. Así, pues, tus escritos y el aval que la camarada Dolores hace al estampar su firma en una introducción, con todo el respeto que me merece nuestra camarada presidente del partido, me llevan a pensar que se deja sentir el que el partido no reuniera a todos los supervivientes de la AGLA para analizar juntos todas sus fallas.

Por eso al escribir, camarada Gros, nos debería de guiar la sana idea de “dar al César lo que es del César” y el partido podría un día analizar mejor aquellos años que tantas vidas costaron.

Con esto doy por terminada mi carta y, repito, muchas cosas de tu libro *Abriendo camino* podría discutir de palabra, que por correspondencia es mejor no hacer.

Con saludos fraternales:
el Chaval

Hasta aquí la carta dirigida a José Gros, *Antonio* el catalán. Si el lector tuviera la oportunidad de pasear sus ojos por las 266 páginas de *Abriendo camino* se asombraría, como me asombro yo, que teniendo el Partido Comunista de España hombres de la “talla” de un José Gros, no los enviase antes al interior del país y seguramente con su presencia la vida del clan franquista se acertara en un par de decenas de años y evitara al pueblo español muchos sufrimientos. Sería curioso cotejar lo escrito por José Gros con algunas de las publicaciones del partido en aquellos años. Por ejemplo, “Treinta días con los guerrilleros de Levante”, de Jesús Izcaray, pone a los guerrilleros por las nubes; Gros los arrastra por el barro. ¡Así se escribe la historia! Izcaray escribe y con su pluma quiere hacer vibrar las cuerdas de las vanidades humanas. Son los días en que el partido vuelca todo su peso en la lucha guerrillera como medio para derribar al franquismo. José Gros lo hace veinte años después del fracaso del movimiento guerrillero, cuando ya no existen cuerdas que hacer sonar porque todas están rotas; cuando los hombres del monte han dejado de ser héroes para convertirse bajo su pluma en desmoralizados que se asemejan a “*polluelos debajo del ala de la gallina*”. Solamente él siente la pérdida de un camarada, sin comprender, porque Gros es así, que las

48 páginas que dedica a su paso por la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón son, precisamente, un insulto a los muertos que tanto lamenta.

La presidente del PCE, camarada Dolores Ibárruri, en el prólogo que escribe para *Abriendo camino* dice que “*la Victoria va forjándose con héroes nacionales como José Gros*”. Lo que me lleva a suponer, en buena lógica, que comparte las ideas que José Gros vierte en su librito.

Presiento que José Gros tiene buenas aldabas. Se pone a su disposición Ediciones el Globo para colgar sambenitos a un grupo de hombres que si no hicieron las cosas mejor es porque no sabían. Baila el agua a no sé quién con sus manifestaciones de militante comunista, que no sabe dar un paso sin que le indiquen dónde debe poner los pies y pasa poco menos que por alto el hecho por él conocido como fue la evacuación de los guerrilleros de Levante y Aragón. Claro, que como en esta fase -la más desesperada de todas las que vivimos en el monte- él no puede apuntarse ningún tanto, lo mejor es pasarla por alto.

Reconozco que la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón no fue ninguna cantera de héroes nacionales, a no ser que heroicidad se considere su sola existencia. Actuamos en una coyuntura política nacional e internacional que no se prestaba para las grandes hazañas pero que está plagada de sacrificios y privaciones diarias y es de lamentar que seis años y medio de luchas no hayan merecido la atención posterior del PCE y hayan dado pie a relatos como el de José Gros. Todo me hace pensar que el recuerdo de las guerrillas es como una piedra a la que hay que apartar del camino. Pero los hechos son los hechos, y con ellos hay que contar mal, nos pese a todos.

José Manuel Montorio Gonzalvo.
Chaval

En Praga, agosto de 1973.

LISTADO DE NOMBRES DE LOS GUERRILLEROS Y PUNTOS DE APOYO

Amador: Guerrillero autóctono. Perteneció al 17 sector. Pasó a Francia con el grupo de a pie en 1952.

Andrés: Vicente Galarza Santana, de Buñol (Valencia). Llegó de Francia. Jefe de la AGL. Ejecutado en Valencia en 1947.

Andrés II: Guerrillero autóctono. De la región levantina. Perteneció al 11 sector. Muerto en un encuentro con la Guardia Civil.

Andrés: Miguel Soriano. Llegó de Francia. Secretario general del Comité Regional en el monte. Muerto en Cerro Moreno el 7/11/1949.

Angelillo: Gonzalo Cuallado Salinas, valenciano. Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 y 11 sector. Pasó a Francia por tren en 1952.

Antonio o Maestro de Agüero: Ángel Fuertes Vidosa, natural de Agüero (Huesca). Llegado de Francia. Primer jefe de la AGL. Muerto por la Guardia Civil el 25/5/1948.

Antonio el Catalán: José Gros, catalán. Enviado especial a la AGLA desde Francia. En 1950-51 se marchó para Francia.

Antonio: Guerrillero autóctono. De la provincia de Cuenca. Perteneció al 5 sector. Muerto en un encuentro con la Guardia Civil en 1951.

Antonio: De Teruel. Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Ajusticiado por delator.

Argelio: Herminio Montero Martínez, de Mohorte (Cuenca). Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 sector. Muerto por la Guardia Civil en Cuenca, en 1949.

Arturo o Manquito: De Barcelona. Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 y 5 sector. Desertor.

Bernardino: Luciano Mamilo Muñoz, de Agüero (Huesca). Perteneció al 11 sector. Del grupo de los Maños. Murió ahogado en el río Gállego en 1948.

Bienvenido: Cardona López. De Campo Arcis (Valencia). Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 sector. Muerto por la Guardia Civil en 1947.

Bienvenido: Francisco Serrano Valero, de La Pesquera (Cuenca). Guerrillero autóctono, sobrino de *Fortuna*. Muerto por la Guardia Civil en 1951.

Blanca: Angelina Martínez García, de Atalaya (Cuenca). Guerrillera autóctona. Ingresó en octubre de 1949. Perteneció al 5 y 11 sector. Evacuada del monte, estuvo en casa del punto de apoyo de *la Madre*, en El Oroque, término de Cofrentes (Valencia).

Capitán: Anastasio Serrano Rodríguez. Pasó de Francia. Perteneció al 11 sector como responsable de grupo, y jefe del 5 sector. Muerto por la Guardia Civil en el término de Cañizares (Cuenca), en 1949.

Carlos: Jesús Caellas Aymerich. Guerrillero autóctono. Jefe del 23 sector. Desertor.

Ceferino: Roberto Alvaro Urbán, de la Cuesta del Rato (Rincón de Ademuz). Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Salió por tren para Francia en 1952.

Celia o Dolores: Remedios Montero Martínez, de Mohorte (Cuenca). Guerrillera autóctona. Ingresó en octubre de 1949. Perteneció al 5 y 11 sector. Pasó a Francia en el primer viaje de *Teo*. Estuvo en los servicios de pasos y en 1952 fue detenida. Ocho años de cárcel.

Comisario: Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Se le dejó marchar de las guerrillas porque tenía miedo.

Cristino: Corrales, de Losa del Obispo (Valencia). Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Desertor.

Cubano: Antonio Gan Vargas. Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Herido en el control de Requena (Valencia). Muerto por la Guardia Civil, junto con el *Practicante* en la zona de Nieva, Benagéber (Valencia).

Chatillo: De la provincia de Cuenca. Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 sector. Muerto por la Guardia Civil, junto con *Mauro* y *Loreto*.

Chato: De Calles (Valencia). Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Desconozco su fin.

Chato: Francisco Mariano. Pasó a España cuando los hechos del valle de Arán (Lérida). Perteneció al 11 sector. Salió para Francia por tren en 1952.

Chaval: José Manuel Montorio Gonzalvo. Natural de Borja (Zaragoza). Pasó de Francia en 1945. Perteneció al grupo de los “Maños” y como responsable de grupo al 5 y 11 sector. Pasó a Francia con el grupo de a pie en 1952.

Chingadito: Natural de Los Isidros (Valencia). Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 sector. Desertor.

Dedé: Andrés Petrel. Pasó de Francia cuando los hechos del valle de Arán (Lérida). Perteneció al 11 sector como responsable de grupo. Muerto por la Guardia Civil.

Delicado: Juan Ramón Delicado González. Pasó de Francia cuando los hechos del valle de Arán (Lérida). Ajusticiado por delator.

Eduardo: Pasó de Francia en 1950 con *Antonio el catalán* y *Sebastián*. Fue nombrado jefe del 17 sector. Muerto por la Guardia Civil.

Elías o Durruti: Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Murió a consecuencia de una bomba que le explotó al *Poeta* en las manos.

Emilio: Pasó de Francia en 1952 como guía para el grupo que tenía que marchar a pie. Muerto por la Guardia Civil en el asalto al campamento de Cofrentes (Valencia) el 27/4/1952.

Enrique: Nicolás Martínez Rubio, de Atalaya (Cuenca). Guerrillero autóctono. Padre de *Sole*, *Rosita* y *Blanca*. Perteneció al 5 sector. Muerto por la Guardia Civil junto con *Bienvenido* en La Pesquera (Cuenca).

Evaristo: Corrales. De Losa del Obispo (Valencia). Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Desertor.

Fernando: Guerrillero autóctono, de Teruel. Perteneció al 5 y 11 sector. Pasó a Francia con el grupo de a pie en 1952.

Ferrovionario: Guerrillero autóctono. Perteneció al 23 sector. Desertó después de lanzar una bomba que no explotó contra *Antonio el catalán*.

Flores: Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 sector. Desertor.

Fortuna o Manco de La Pesquera: Basilio Serrano, de La Pesquera (Cuenca). Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 sector. Herido en el asalto al campamento de Cofrentes (Valencia), cayó en poder de la Guardia Civil y delató todo lo que conocía y fue el causante de la muerte del *Paisano*. Ejecutado posteriormente por el franquismo.

Francesito: Perteneció al 11 sector. Muerto en 1947 en Valencia, junto con *Perico* (León Quílez Quílez).

Francisco: Emilio Argilés Jarque, de casas del Marqués (Cuenca). Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Pasó a Francia con el grupo de a pie en 1952.

Frasquito: Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Desconozco su fin.

Gabardina: Guerrillero autóctono. Desconozco su fin.

Galán: Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Enlace de *Pedro* (Francisco Bas Aguado). Desertó llevándose el dinero de un depósito.

Genaro: Guerrillero autóctono, casas del Marqués (Cuenca). Perteneció al 11 sector. Se suicidó.

Germán: De Manzanera (Teruel). Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Pasó a

Francia con el grupo de a pie en 1952.

Gonzalo: Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Muerto por la Guardia Civil.

Grande: Florián García Velasco. De Aldea del Cuervo (Segovia). Guerrillero autóctono. Jefe del 11 sector, miembro del Estado Mayor de la AGLA y secretario de Agitación y Propaganda del Comité Regional en el monte. Pasó a Francia con el grupo de a pie en 1952.

Gregorio: De Gúdar o de Valdelinares (Teruel). Guerrillero autóctono. Perteneció al 17 sector. Pasó a Francia con el grupo de a pie en 1952.

Guía de pasos: Condujo durante el paso de la frontera al 1º de Aragón (“Los Maños”), hasta la sierra de Santo Domingo en 1945.

Dionisio: Guillén Montoliú. Natural de Gúdar (Teruel). Hijo menor de *el Viejo* (Florencio Guillén García). Evacuado desde el 11 sector a Barcelona. Hermano de...

Jacinto. Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Muerto en un encuentro con la Guardia Civil.

Ibáñez o Fleta: Doroteo Ibáñez Alconchel. Natural de Azuara (Zaragoza). Jefe del 1º Grupo de Aragón (“Los Maños”). Responsable de grupo en el 11 sector y posteriormente enlace de la AGLA con la dirección del PCE en Francia. Detenido por la policía francesa, es entregado el 28 de octubre de 1952 a la policía franquista. Fusilado por el régimen franquista en noviembre de 1956.

Ismael: Guerrillero autóctono natural de Valencia. Perteneció al 5 sector. Muerto en un encuentro con la Guardia Civil.

Jacinto: Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Pasó a Francia con el grupo de a pie en 1952.

Jerónimo: Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 y 11 sector. Pasó a Francia por tren en 1952.

José: Francisco Otalora. Entró desde Francia. Perteneció al 11 sector. Pasó a Francia por tren en 1952.

José María: José María Galán. Entró desde Francia. Secretario de Organización del Comité Regional en el monte. Pasó a Francia por tren en 1952.

Juan: De San Blas (Teruel). Guerrillero autóctono. Ingresó en guerrillas en 1946. Perteneció al 11 sector. Muerto en un encuentro con la Guardia Civil.

Julio: Jesús Ardanuy Bardají. (Tal vez su nombre de pila sea Antonio), de Calasanz (Huesca). Entró en España con el grupo de “Los Maños” en 1945. Perteneció al 11 y al 5 sector. Muerto por la Guardia Civil en el transcurso de una operación en Las Monjas (Valencia), en 1946.

Lallave: Guerrillero autóctono. De la región valenciana. Perteneció al 5 sector. Desertor.

Lorenzo: Manuel Gracia Martín, de Libros (Teruel). Guerrillero autóctono. Perteneció al

11 sector. Muerto en el asalto al campamento de Cerro Moreno, término de Santa Cruz de Moya (Cuenca).

Loreto: Hilario César García Lerín. Yerno de *Enrique* (Nicolás Martínez Rubio). Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 sector. Muerto por la Guardia Civil, en marzo de 1951, en la zona de Los Cantarrales (Cuenca).

Lucas: De la región andaluza. Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 sector. Desertor.

Luis: Fernando Montero Martínez, de Mohorte (Cuenca). Hijo de *Ricardo* (Eustaquio Montero Cotillas). Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 sector. Muerto por la Guardia Civil en el término de Yemeda (Cuenca), en febrero de 1950.

Luis: José María Obrero Rojas. Radiotelegrafista llegado de Francia. Perteneció al 11 y al 5 sector. Muerto por la Guardia Civil en una calle de Cuenca.

Maleta Misteriosa (El de la): Pasó la frontera con el grupo de “Los Maños”. Radiotelegrafista. Cayó en una redada en Zaragoza. Desconozco su fin.

Manguan: Entró en España desde Francia con el grupo de *Delicado*. Perteneció al 17 sector mandado por *Medina*. Desconozco su fin.

Manolo: Radiotelegrafista. Pasó de Francia con *José María*. Perteneció al 11 sector. Pasó a Francia como responsable del grupo de a pie en 1952.

Manso: Germán Amorrortu Martínez. Pasó de Francia con el grupo de *Capitán* (Anastasio Serrano Rodríguez). Fue jefe del 17 sector después de *Medina*. Desconozco su fin.

Maquinilla: Guerrillero autóctono. Perteneció al 17 sector. Muerto por la Guardia Civil en un encuentro.

Marcos: Pasó de Francia con el grupo dirigente que envía el PCE dirigido por *Antonio el catalán*. Sale para Francia con *Pepito* pero no llegan a su destino.

Mateo: De Camarena de la Sierra (Teruel). Guerrillero autóctono. Desertor.

Mateo: Agapito Esteban Mínguez. Pasó a España con el grupo de *Capitán* (Anastasio Serrano Rodríguez). Perteneció al 17 sector. Desconozco su fin.

Matías: Pedro Alcorisa Peinado. Guerrillero autóctono. De Santa Cruz de Moya (Cuenca). Perteneció al 11 sector y fue enlace de *Grande* (Florián García Velasco). Pasó a Francia por tren en 1952.

Mauro: Guerrillero autóctono. Jefe del 5 sector. Muerto por la Guardia Civil en mayo de 1951, con *Loreto* y *Chatillo* en el paraje de Los Catarrales (Cuenca).

Medina: Antonio Gil Medina. De la región andaluza. Pasó a España en 1944. Jefe del 17 y 5 sector. Muerto por la Guardia Civil en Salinas de Valtablado (Teruel) en 1948.

Miguel: Padre de *Poeta*. Guerrillero autóctono. Muerto en un encuentro con la Guardia Civil.

Moreno o Jalisco: Emilio Cardona López. Entró de Francia en 1945. Perteneció al 5 sector

como responsable de grupo y al 11 sector como suplente del grupo del *Chaval*. Pasó a Francia con el grupo de a pie en 1952.

Pepito de Mosqueruela: José Vicente Zafón. Guerrillero autóctono. Posiblemente fuera natural de Mosqueruela (Teruel). Perteneció al 17 sector. Muerto por la Guardia Civil en Alcalá de la Selva (Teruel).

Nelson o Cojonudo: Francisco Jurado. Pasó de Francia en 1944. Perteneció al 11 sector como enlace de *Grande*. Desertor.

Noi: Catalán. Pasó de Francia con *Luis* (el radiotelegrafista). Muerto por la Guardia Civil en el asalto al campamento-escuela a finales de 1947.

Núñez: Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Ajusticiado por delator mientras estuvo en la cárcel de Teruel.

Paisano: Pedro Merchán Vergara, andaluz. Herido en una cadera, llegó hasta la serranía de Cuenca. Entró en España en 1944, tras los hechos del valle de Arán. Perteneció al 11 sector y al 5 como responsable de grupo. Murió en una emboscada tendida por la Guardia Civil en la zona de casas de Moya en 1952.

Pasa Curas: Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 sector. Desconozco su fin.

Pavito o Baúl: De Buñol (Valencia). Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 sector. Desertor.

Peca: Fernando. Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 y al 5 sector. Muerto en un choque con la Guardia Civil.

Pedro: Francisco Bas Aguado. Pasó de Francia. Jefe de la AGLA a la muerte de *Ricardo* (Pelegrín Pérez Galarza). Secretario político del Comité Regional en el monte.

Peñaranda: De la parte de Utiel (Valencia). Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 sector como responsable de grupo. Muerto en un choque con la Guardia Civil.

Peñaranda II: Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Herido en la cara por la bomba que le explotó al *Poeta*, perdió la nariz y fue evacuado a Francia donde lo operaron.

Pepín: De Bétera (Valencia). Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 sector. Desertor.

Pepito o Gafas: Francisco Corredor Serrano, madrileño. Guerrillero autóctono. Responsable de la escuela, jefe del Estado Mayor de la AGLA. Estuvo por los cuatro sectores de la AGLA. A la muerte de *Antonio*, con *Grande*, se hizo cargo de la agrupación. Desconozco su fin: Salió para Francia pero no llegó nunca.

Peret: De Valencia. Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 sector. Ingresó con *Angelillo* en guerrillas. Desertor.

Perico: León Quílez Quílez. De Camarena de la Sierra (Teruel). Entró en España formando parte del 1 Grupo de Aragón (Grupo de "Los Maños"). Enlace de la AGLA con Valencia. Después de más de dos horas de tiroteo con la Guardia Civil en casa de un punto de apoyo de Valencia, se

pegó un tiro en la cabeza para no caer vivo en sus manos. Primeros de marzo de 1947.

Poeta: Hijo del abuelo *Miguel*. Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 y al 17 sector. Muerto al explotarle una bomba en las manos. La misma que causó la muerte de *Elías* o *Durruti* e hirió a *Peñaranda II*.

Practicante: Manuel Torres Hervás. Natural de Vilches (Jaén). Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Muerto por la Guardia Civil, junto con el *Cubano*, en Nieva, Benagéber (Valencia).

Rabós: Fernando Castel. Actúa como guerrillero desde el final de la guerra de España. Muerto por la Guardia Civil en una masía de La Cerollera (Teruel).

Ricardo: Pelegrín Pérez Galarza. De Buñol (Valencia). Pasó de Francia y fue el tercer jefe de la AGLA. Muerto por la Guardia Civil en una refriega cerca de La Ginebrosa (Teruel), en agosto de 1948.

Ricardo: Eustaquio Montero Cotillas. Guerrillero autóctono. De Mohorte (Cuenca). Padre de *Argelio*, *Luis* y *Celia*. Perteneció al 5 sector. Muerto en un encuentro con la Guardia Civil en el término de Fuencaliente (Cuenca), en mayo de 1951 cuando iba con *Antonio*.

Roberto: Enlace de Requena (Valencia). Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 sector. Desertor.

Rosita: Amadora Martínez García, de Atalaya (Cuenca). Guerrillera autóctona. Ingresó en guerrillas en octubre de 1949. Perteneció al 5 y 11 sectores. Evacuada del monte a casa de un enlace de Yecla (Murcia). Detenida en 1952, pasó siete años en la cárcel.

Rubén o **Frasquito:** Florencio Guillén Montoliú. Natural de Gúdar (Teruel). Hijo del *Viejo*. Guerrillero autóctono. Perteneció al 17 sector. Muerto en un encuentro con la Guardia Civil.

Rubio: Manuel Pérez Cubero. Guerrillero autóctono. Jefe de grupo en el 17 sector y miembro del Comité Regional en el monte. Pasó a Francia con el grupo de a pie en 1952.

Salvador: Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 sector. Pasó a Francia con el grupo de a pie en 1952.

Sebastián: Félix Pérez Navacerrada. Enviado especial del grupo de *Antonio el catalán*. Marchó para Francia poco después de éste, en 1950-51.

Segundo: Marcelino García Ruipérez. De Tébar (Cuenca). Guerrillero autóctono. Ingresó en el 5 sector sobre el mes de diciembre de 1946. Pasó a Francia por tren en 1952.

Sevilla: Guerrillero autóctono. Posiblemente fuera sevillano. Ingresó en el 5 sector sobre el mes de diciembre de 1946. Murió en un encuentro con la Guardia Civil en Cueva del Hierro (Cuenca), en febrero de 1947.

Simón: De casas del Marqués (¿) (Cuenca). Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Enlace de *Grande*. Pasó a Francia con el grupo de a pie en 1952.

Sole: Esperanza Martínez García. De Atalaya (Cuenca). Hija de *Enrique* (Nicolás Martínez Rubio) y hermana de *Rosita y Blanca*. Guerrillera autóctona. Ingresó en guerrillas en octubre de 1949. Perteneció al 5 y 11 sector. Detenida en 1952, pasó catorce años en la cárcel.

Teo: Adelino Pérez Salvat. De la región levantina. Llegó de Francia en 1948. Perteneció al 5 y 11 sector. Ocupó siempre puestos de responsabilidad política. Salió para Francia por tren a finales de abril de 1952.

Tito: El mayor de los tres hermanos Corrales. De Losa del Obispo (Valencia). Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Desertor.

Tomás: Atilano Quintero Morales. Pasó de Francia. Primer jefe del 5 sector. Detenido por la policía en Valencia cuando la redada del año 1947. Ejecutado por el franquismo.

Tomás: Del Comité Provincial de Valencia. Pasó de Francia. Estuvo en Cerro Moreno (Santa Cruz de Moya) antes del asalto. Desconozco su fin.

Tomás: De Tormón (Teruel). Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Desertor.

Tomás: Del 17 sector. Guerrillero autóctono. Pasó a Francia con el grupo de a pie en 1952.

Tovarich: Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Intentó desertar en 1948. Se le juzgó en un campamento debajo de pico Ranera y se le condenó a muerte.

Tuerto de Fuencalderas: Mariano Navarro Acín. De Fuencalderas (Zaragoza). Guerrillero autóctono. En 1945 se encontraba en el campamento base de la sierra de Santo Domingo. Desconozco su fin.

Valencia: Guerrillero autóctono. Responsable de grupo del 11 sector. Muerto por la Guardia Civil en el asalto al campamento de Vallanca, Rincón de Ademuz (Valencia).

Valencia: Guerrillero autóctono. Jefe la partida que actúa desde después de la guerra por los Monegros. Desconociendo su fin.

Vaquero: De Buñol (Valencia). Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 y 11 sector. Murió en el asalto al campamento de Banagéber, en el mes de marzo de 1947.

Ventura o La Ciencia: De Benetúser (Valencia). Guerrillero autóctono. Perteneció al 5 y 11 sector. Pasó a Francia por tren en 1952.

Veterinario: Padre de *Víctor* o *Larry*. Guerrillero autóctono del Rincón de Ademuz. Perteneció al 11 sector. Desertor.

Vías: Pasó de Francia. Perteneció al 11 sector. Detenido por la policía cuando marchaba para Francia, en 1952. Muerto a palos en la Comisaría.

Vicente: Albacetense o murciano. Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Desertor.

Víctor o **Larry:** Hijo del *Veterinario*. Guerrillero autóctono del Rincón de Ademuz (Valencia). Perteneció al 5 y 11 sectores. Pasó a Francia con el grupo de a pie en 1952.

Viejo: Florencio Guillén García. Natural de Gúdar (Teruel). Guerrillero autóctono.

Perteneció al 17 sector. Pasó a Francia con el grupo de a pie en 1952.

Viriato: Urbán de apellido. De la Cuesta del Rato, Rincón de Ademuz (Valencia). Guerrillero autóctono. Perteneció al 11 sector. Murió en el asalto al campamento de *Valencia*.

Vitini o Bizco: Pasó de Francia cuando los hechos del valle de Arán (Lérida). Perteneció al 11 sector como responsable de grupo. Desertó con tres o cuatro guerrilleros más.

Zapatero: Simón Aparicio Modesto. Pasó de Francia cuando los hechos del valle de Arán (Lérida). Perteneció al 17 sector. Enlace con el partido en Francia. Enviado por el PCE con Emilio, como guía para el grupo que tenía que salir a pie para Francia en 1952.

Puntos de apoyo:

Aviador: De Cofrentes (Valencia).

casa de la Cañada: Puerto de Almansa (Valencia-Albacete).

casa del Conejo: Término de Navalón de Arriba (Valencia).

casa de la Madre: Adelina Delgado Correcher. El Oroque, Cofrentes (Valencia).

casa del Medio Mullau: José de nombre. Zona de Benalí (Valencia).

casa del Mojón: Sobre la carretera de Cofrentes a La Portera (Valencia).

casa de Pastrana: Zona de Benalí (Valencia).

casa de los Tíos del Medio Mullau: Zona de Benalí (Valencia).

casa del Valiente: sierra del Negrete, Requena (Valencia).

Chata: De Calles (Valencia).

Enlace de Riodeva: (Teruel).

Esposa de Fortuna o Manco de La Pesquera: La Pesquera (Cuenca).

Miguel: En la huerta cerca de Alberique (Valencia).

Morenas, Las: sierra de San Just (Teruel). Fue un punto de apoyo que delató a un grupo de guerrilleros.

Negrín: Posiblemente de Valdecuenca (Teruel). Cayó herido en poder de la Guardia Civil.

Padres de Moreno y de Bienvenido: De Campo Arcis (Valencia). A raíz de la muerte de *Bienvenido* fueron encarcelados. Al salir de la cárcel fueron desterrados a Valencia.

Peinado, molino del: De Torrijas (Teruel). En el año 1947 la Guardia Civil aplicó la Ley de Fugas al molinero y a su hijo y el molino fue evacuado meses más tarde.

Pérez Varela, Vicente: De Yecla (Murcia).

Ramos: De Yecla (Murcia).

Rajo: De Yecla (Murcia). Estos dos últimos tenían escondida a *Rosita* y subieron a las guerrillas para no ser detenidos por la Guardia Civil, en 1952.

Rubias, Las: De casas del Marqués (Cuenca).

Trini: Angelines López Rodríguez. Natural de Valdecuencia (Teruel). Enlace y punto de apoyo, dedicada a la compra de papel, clisés y tinta para la multicopista. Escapó de ser detenida por la Guardia Civil y llegó al campamento escuela, de donde salió evacuada para la ciudad.

Urban Práxedes: Padre de *Viriato*. De la Cuesta del Rato, Rincón de Ademuz (Valencia).

Otros nombres que aparecen en estos recuerdos

Aguado: De la escuela guerrillera de Cincla (Francia).

Álvarez, Santiago: Dirigente del PCE encarcelado en España.

Antón, Francisco: Secretario de Organización del PCE (Francia).

Artigot, Martín: Del barrio de San Blas, (Teruel).

Blázquez, José: General “César” en la resistencia francesa.

Blum, Leon: Presidente del Partido Socialista Francés y jefe del Gobierno.

Bowers, Claude G.: Embajador de los EE.UU. en Madrid durante la guerra (1936-1939).

Carrillo, Santiago: Miembro del Buró Político y secretario general del PCE.

Corachán, Enrique: De Buñol (Valencia).

Cossías, Tomás: Jefe de la Guardia Civil. Se destacó en la lucha antiguerrillera.

Churchill, Winston: Primer ministro del Gobierno británico.

Deborin, G.: Historiador soviético. Ha escrito sobre la Segunda Guerra Mundial.

Duclos, Jacques: Miembro del Comité Central del PCF.

Fernández, Luis: general “Luis” en la resistencia francesa.

Foerster: Dirigente de los nazis de Dantzig.

Franco, Francisco: Caudillo de España por la gracia de Dios y de las bayonetas.

Gaule, Charles de: Jefe del Gobierno Provisional en Argel y en París. Presidente de la Vª República.

Giral, José: Jefe del Gobierno de la República en el exilio.

Granell, Amado: De Burriana. Se distinguió en la liberación de París con la División Leclerc.

Grimau, Julián: Responsable de los pasos en territorio francés. Fusilado por el régimen franquista en 1963.

Ibárruri, Dolores: (*Pasionaria*). Secretario general y presidenta del PCE.

Izcaray, Jesús: Cronista de *Mundo Obrero* y escritor.

James O. Kelly: Corresponsal de prensa.

Kindelán y Núñez del Pino, Lola: Hija del general Kindelán.

Laporta Girón, Ramón: Destacado falangista.

Lenin: Vladimir Ilich Ulianov, llamado.

Limia Pérez, Eulogio: Destacado jefe de la Guardia Civil. Se distinguió en la lucha antiguerrillera.

Líster, Enrique: Destacado jefe del V Regimiento del Ejército Republicano. Miembro del Comité Central y del Buró Político del PCE. Después de la Primavera de Praga, se separó del PCE e intentó formar un PCOE, fracasando en su intento. Tras la muerte de Franco, volvió al PCE, sin que nadie le pidiera cuentas por su libro *¡Basta!*

Markos: Jefe guerrillero griego.

Mexicano: Participó en el asalto al local de la contribución en Requena (Valencia).

Miguel Ángel: Uno de los responsables de la Escuela de Cinclar (Francia).

Modesto Guilloto, Juan: Jefe del Vº Regimiento del Ejército Republicano.

Monzón Reparaz, Jesús: Durante la ocupación nazi, responsable del PCE en Francia. Expulsado y perseguido por la dirección del partido.

Muñoz Grandes, Agustín: Jefe de la “División Azul”.

Pacheco: Exiliado republicano que se destacó en la liberación de París.

Pata Palo: Hermano del *Rambla*. Después de haberle aplicado la “Ley de Fugas” la Guardia Civil, se salvó milagrosamente.

Pizarro Cenjor, Manuel: general de la Guardia Civil, jefe del Movimiento y gobernador de Teruel. Se destacó en la lucha antiguerrillera.

Prieto, Indalecio: Presidente del PSOE en el exilio.

Rambla: Hermano de *Pata Palo*. Ejecutado por la Guardia Civil en un barranco cerca de Mora de Rubielos (Teruel).

Renan, Ernest: Escritor francés nacido en Tréguier (1823-1892). Autor de *Letras Intimes*.

Richtofen, Wolfram von: Jefe del Estado Mayor de la “Legión Cóndor”. Luchó al lado de Franco.

Ridruejo, Dionisio: Ex falangista.

Roca (marqués de la): Conductor del auto detenido en el control de Játiva (Valencia).

Roosevelt, Franklin Delano: (1882-1945). Presidente de los EE.UU. en 1933, 1936, 1940 y 1944.

Ruiz Ibárruri, Amaya: Hija de Dolores Ibárruri (*Pasionaria*).

Sotoca: Natural de Agüero (Huesca). Muerto por la Guardia Civil en un choque en 1944 tras

los hechos del valle de Arán.

Sperrle, Hugo: general nazi, Jefe de la “Legión Cóndor”. Participó en la guerra de España del lado franquista.

Stalin: Yossif Vissariónovich Dzhugasvili (llamado). Secretario general del PCUS, jefe del Gobierno soviético.

Thoma, Wilhelm Ritter von: Jefe de las unidades blindadas de la Legión Cóndor. Participó en la guerra de España del lado franquista.

Thomas, Hugh: Ha escrito una *Historia sobre la guerra de España* bastante objetiva.

Tito: Josip Broz. Estuvo en la guerra de España con las Brigadas Internacionales. Jefe del Gobierno socialista yugoslavo. Acusado por el PCUS y por todos los partidos comunistas de ser un agente del imperialismo. Rehabilitado a la muerte de Stalin.

Truman, Harry: Presidente de los EE.UU. Bajo su presidencia tiene lugar el comienzo de la “Guerra Fría” y la “caza de brujas”.

Vallador: Miembro del PCE. Cabeza visible de la empresa forestal Vallador en Francia, después de la liberación.

Viejo: Número tres del Comité Provincial de Valencia, junto con *Tomás*.

Uribe, Vicente: Miembro del Comité Central del PCE.

Zapirain, Sebastián: Miembro del Comité Central del PCE. Encarcelado por el franquismo.



José Manuel Montorio Gonzalvo
Datos biográficos

José Manuel Montorio Gonzalvo

Datos biográficos.

Natural de Borja, nacido el 23 de diciembre de 1921. Hijo de Perpetuo Montorio y de Francisca Gonzalvo Lajusticia que tuvieron, además de él, cinco hijos más: Ascensión, Santiago-Eusebio, Máximo, Miguel y Félix.

Adquiere sus primeros conocimientos en el Colegio de Santa Ana de ésta ciudad. A finales de 1927 fallece su padre y a comienzos de 1928 nace Félix, el menor de los hermanos, por lo que en 1930 la familia se desplaza a Barcelona -de donde es natural la madre-, a casa de la abuela materna Anselma Lajusticia buscando mejores perspectivas económicas.

En la Ciudad Condal es llevado a un colegio privado relacionado con la Iglesia, para más tarde pasar a una escuela Municipal. En 1932 la Generalidad de Cataluña dispone unos pabellones escolares en la Plaza de España a donde son trasladados todos los alumnos de las escuelas Municipales. Este mismo año ingresa en el Hospital Clínico para someterse a una intervención de un tumor maligno formado en la cadera derecha, pero la operación no llega a efectuarse porque le eliminan el foco de infección a base de inyecciones de yodo que le producen una cojera durante una temporada.

En 1933, con poco mas de once años, entra

a trabajar como chico para los recados en un almacén de aceites y lubricantes, permaneciendo en él hasta 1937.

En 1936 su hermano Santiago es llamado a filas, incorporándose al servicio militar en Jaca por lo que toda la guerra la hizo en zona rebelde. No volvió a saber mas de él.

En 1937 su hermanos Máximo y Miguel salen para el frente. Máximo al de Madrid, y Miguel para el del Ebro, entrando a trabajar José Manuel en la vacante que ha dejado Miguel en la Central del Neumático, un taller de vulcanizados incautado por la CNT, sindicato al que se afilia siguiendo la corriente del momento.

Al comenzar 1939 José Manuel está solo en Barcelona. Su hermana (viuda de un Guardia Civil al que se le disparó la

1- Retrato de José con unos once años, cuando permanecía ingresado en el Hospital Clínico de Barcelona.

2- Francisca Gonzalvo Lajusticia, madre de José, en la década de los cuarenta en Barcelona.

3- José Montorio Gonzalvo, en su etapa adolescente.

En la página anterior, José y su hermano Miguel en el año 1940 en Prades (Francia) .



1



2



3

pistola hace un año) se ha ido a trabajar al aeródromo de Olot, y su madre con el pequeño Félix se han ido a Olot a ver a su hermana.

El 23 de enero es movilizada la quinta del 42, a la que pertenece, pero no llega a incorporarse por encontrarse vacío el cuartel de reclutamiento cuando se presenta en él al día siguiente.

Ante la inminente entrada en Barcelona de las tropas franquistas, en la madrugada del 26 de enero se une a la enorme caravana de gente que llena la carretera de Badalona camino de la frontera, con intención de llegar a Olot en busca de su familia, pero antes de llegar a Calella son ametrallados por los cazas de Franco que causan una auténtica carnicería entre la población civil. Ante tan espantosa visión, y mientras ayuda a cargar muertos y heridos en una camioneta (entre ellos a una joven madre con un niño de corta edad muerto en sus brazos), jura odiar a muerte al franquismo y no vivir nunca bajo su régimen. El 28 del mismo mes llega a Olot, encontrándose con que el personal del aeródromo ha sido evacuado a Francia por lo que prosigue su camino cruzando por fin la frontera en los primeros días de febrero por Prats de Molló, siendo internado en el campo de Saint Cyprien. Al poco tiempo de estar en este campo se encuentra fortuitamente con su hermano Miguel, quien le acompañará hasta 1941.

A comienzos de 1940 es enrolado en una Compañía de Trabajadores Extranjeros

y conducido al Departamento de Deux-Sèvres. Cuando en mayo de ese mismo año los alemanes invaden Francia, huyen a pie hasta Port Vendres en los Pirineos Orientales pero son detenidos por los gendarmes y conducidos al campo de concentración de Argèles-sur-Mer para pasar posteriormente al de Saint Cyprien. Estando trabajando en Prades la Compañía de Trabajadores Extranjeros a la que él pertenecía, el gobierno de Vichy hizo entrega de todos los exiliados españoles a las autoridades nazis de ocupación siendo llevado al campo de Saint Médard-en-Jalles próximo a Burdeos, donde habían sido concentrados más de 8000 refugiados republicanos que fueron utilizados en la construcción de una base submarina para las fuerzas de ocupación nazis.

En 1941 de acuerdo con un grupo de ferroviarios franceses que conducen los trenes de arena para la base, se organiza la fuga de una veintena de españoles



4- *Jaca, 14 de abril de 1936. El señalado es Santiago Montorio Gonzalvo, hermano de José, que permaneció en el bando sublevado durante toda la guerra.*

5- *José Manuel Montorio Gonzalvo, 1941.*

6- *José con su madre y su hermana Ascensión en Perpignan en 1968.*

7- *José Junto a su hermana (izquierda) y su mujer, Trinidad Sardina Merino.*



4



5



6



7

entre los que se encuentra su hermano Miguel, pero él tiene que quedarse por ser el único contacto que se tiene con los ferroviarios franceses. A comienzos del año 1942 logra fugarse también del campo y llega hasta Sabrés (Departamento de Landes) e ingresa en la 31ª Brigada de Guerrilleros Españoles. Coincidiendo con el desembarco de los aliados en junio de 1944 realizan diversas acciones contra las fuerzas de ocupación a las que combaten hasta comienzos de 1945. Tras recorrer diversas escuelas de formación para guerrilleros es destinado a la de Cincla, en el departamento del Aude, donde el Partido Comunista organiza los grupos guerrilleros con destino a España, y en la que es agregado a un grupo compuesto por cinco aragoneses seleccionados para entrar en nuestro país.

Forman este grupo Doroteo Ibáñez Alconchel, *Ibáñez*, jefe del grupo, nacido en Azuara (Zaragoza), León Quiles Quiles, *Perico*, de Camarena de la Sierra (Teruel), Antonio Ardanuy, *Julio*, de Calasanz (Huesca), Luciano Mamilo Muñoz, *Bernardino*, de Agüero (Huesca), y José Manuel Montorio Gonzalvo, *Chaval* o *Angel*, de Borja (Zaragoza). Este grupo sería conocido más tarde como el de *los maños*.

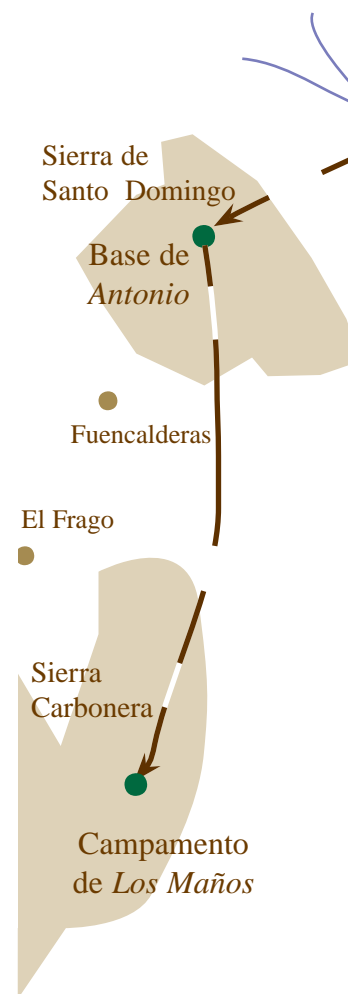
A primeros de agosto de 1945 fueron despedidos en Toulouse por Juan Modesto, Enrique Líster, y Francisco Antón comenzando un peligroso viaje desde la frontera francesa hasta la sierra

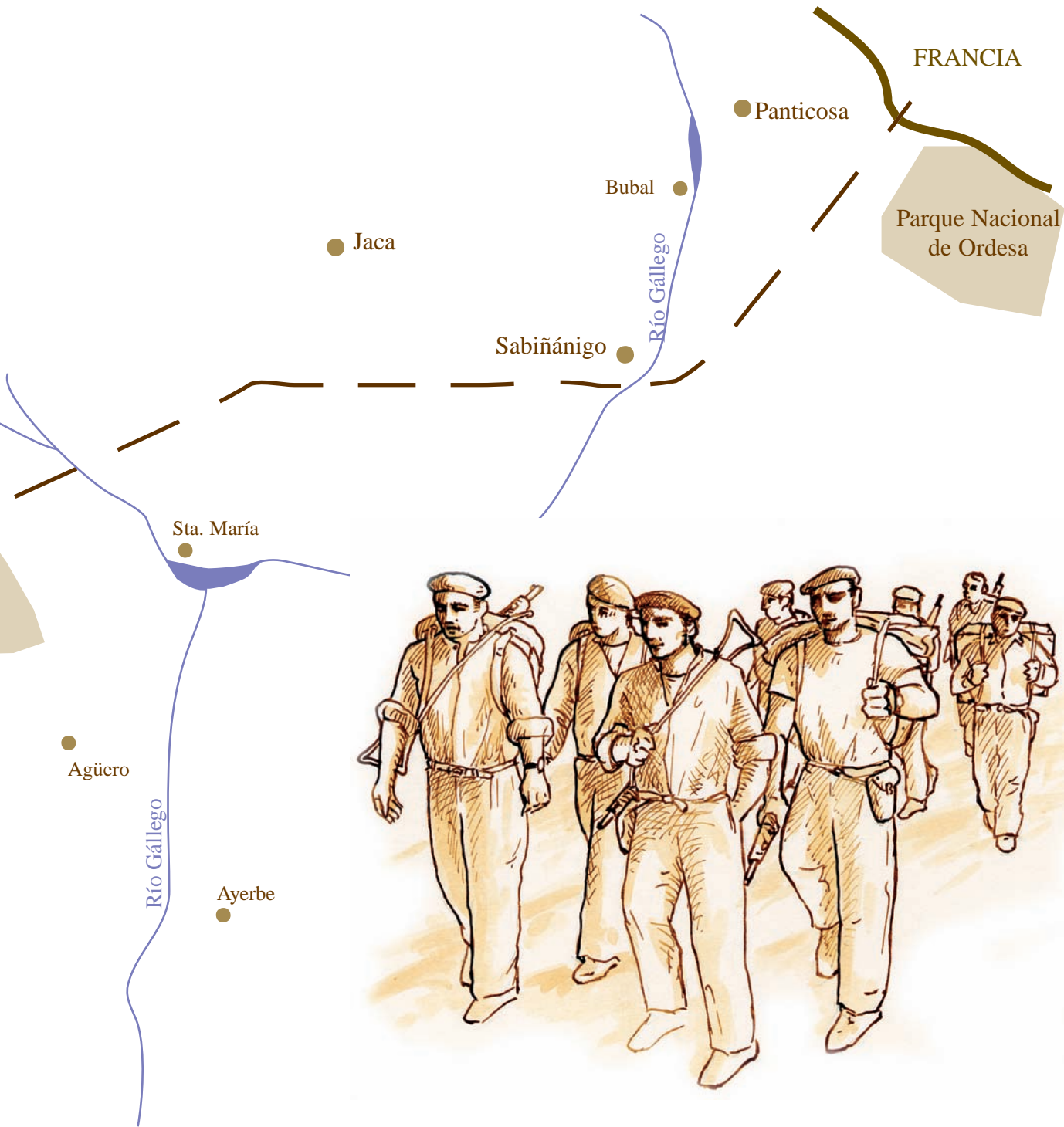
de Javalambre a la que llegarían en los primeros días de enero de 1946 instalando el campamento en el Barranco del Regajo, próximo a Camarena de la Sierra. Entran en contacto con un grupo guerrillero de los Montes Universales quien a su vez tiene conexión con otro grupo que acampa por la sierra de Gúdar, dándose a conocer el siete de julio de 1946 como Agrupación Guerrillera de Levante (AGL) -de la que era máximo responsable Antonio el de Agüero- con el asalto al tren pagador del Central Aragón en Caudé.

La Agrupación Guerrillera de Levante se divide en tres sectores que operan de manera continuada en este amplio territorio a pesar de la persecución permanente de la Guardia Civil apoyada por los Falangistas y el Somatén. El 7 de febrero de 1947 es desmantelada por la Guardia Civil la organización del PCE en Valencia, siendo detenidos y posteriormente ejecutados por el régimen

Ruta aproximada de entrada del I Grupo de Aragón "Los Maños" en 1945.

Según un mapa realizado por el propio José Montorio





de Franco el jefe de la AGL Andrés y el jefe del 5º sector Tomás. Por estas mismas fechas tienen lugar varios asaltos de la Guardia Civil a campamentos del 5º y 11º sector que traen como consecuencia, junto con las muertes mencionadas, que el 5º sector deje de existir una temporada pasando sus miembros a formar parte del 11º. Una serie de ingresos en el 17º sector de la guerrilla aconsejan dividirlo numéricamente en dos, surgiendo el 23º sector. A partir de este momento la AGL pasa a denominarse Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón (AGLA).

En 1948, perteneciendo al 11º sector, llega hasta Alcira y Cullera en una incursión por tierras levantinas. En esta última localidad se entrevista con un grupo de compañeros de la CNT quienes, al tratar sobre la unidad de acción en contra de la dictadura de Franco, anteponen intereses de partido a la lucha armada. Desilusionado de sus correligionarios, y ya de vuelta en el campamento, solicita el ingreso en el Partido Comunista de España que le es concedido de inmediato aunque, paradójicamente, nadie le exige que renuncie a su afiliación al sindicato anarquista, manteniéndose esta situación hasta nuestros días.

Desde 1947 la lucha guerrillera ha ido empeorando progresivamente por el continuo acoso a que les somete la Guardia Civil y por estar sin contacto con Valencia. En 1949 un punto de apoyo les informa que por Santa Cruz de Moya

(Cuenca) la Guardia Civil ha asaltado el campamento de Cerro Moreno dando muerte a los guerrilleros que lo ocupaban, lo que pueden comprobar al acercarse a la localidad para recabar datos: en la madrugada del 11 de noviembre, de los 18 guerrilleros que lo integraban, 13 se encontraban en él pues los otros cinco habían salido en busca de suministros, siendo todos muertos excepto uno que se salva herido en una pierna.

A comienzos de 1952 un enlace venido de Francia trae la orden de evacuación de la AGLA nombrándole responsable para la realización de esta tarea, pero todo se complica porque el 27 de abril la Guardia Civil asalta el campamento cayendo muerto uno de sus ocupantes, siendo herido otro y capturado un tercero que es obligado a hablar por las fuerzas asaltantes quienes desde este momento conocen todos los pormenores de la operación. En la refriega pierden el equipo transmisor lo que les 8- *Esperanza Martínez García (“Sole”) y Remedios Montero Martínez (“Celia” o “Dolores”), 1947.*

9- *De izquierda a derecha “Sole”, “Celia” y Amadora Martínez (“Rosita”). En la foto superpuesta aparece Angelina (“Blanca”), la pequeña de las hermanas Martínez Montero.*

10- *Croquis de la casita valenciana del punto de apoyo Miguel que realizó la Guardia Civil para el informe correspondiente de los sucesos que se describen en el capítulo Más sobre los puntos de Apoyo.*

11- *“Las Peques” entre un grupo de presas políticas en la cárcel de Alcalá de Henares.*

12- *Zona de Pajares de la Masía de Guimerans, Portell de Morella.*





8



9



10



11



12

impide toda comunicación de apoyo, y se quedan sin munición para sus armas.

Con estos enormes inconvenientes a sus espaldas comienzan a reagruparse para comenzar la evacuación, pero la Guardia Civil les tiende una emboscada en uno de sus encuentros con los demás grupos guerrilleros cayendo sin vida otro compañero el 14 de mayo de 1952. Todo se precipita y decide salir cuanto antes de la zona de la AGLA. Tras una durísima marcha de más de veinte días andando de noche, con grandes equivocaciones en el itinerario a seguir, consigue llegar a la frontera cruzando la raya por las proximidades de Arnélie-les-Bains en el mes de julio. Una mala organización del servicio de pasos en Francia le hace caer en manos de la Gendarmería a las pocas horas de su llegada a aquel país, y su devolución a España. Afortunadamente los gendarmes se limitaron a dejarlo en territorio español sin avisar a las autoridades de Franco por lo que dos noches más tarde encontró cobijo de nuevo en Francia.

José Montorio permanece en Francia sin documentación hasta abril de 1955 en que el PCE le envía a Checoslovaquia, destinado al colectivo de Usti-nad-Laben a trabajar en una fábrica metalúrgica.

Conoce a una camarada española que reside en Praga, Trinidad Sardina Merino, a la que se une sentimentalmente trasladándose a esta ciudad. Después de vivir con ella 42 años falleció el 22 de octubre de 2002 tras larga y penosa enfermedad.

En Praga conoce al embajador de Cuba quien le convence para que trabaje en la sede diplomática de este país. Durante 25 años –hasta 1990- prestó sus servicios en la embajada, cesando en este empleo cuando ya contaba 69 años.

En 1968 se ve con su madre y sus hermanos en Perpiñán. Han pasado 28 años desde aquel 1939 en que salió en su busca dirección a Olot comenzando su azarosa aventura. Su madre es anciana pero no ha perdido su carácter ni sus facultades, y sigue haciendo frente a las contrariedades que la vida le depara. Han muerto sus hermanos Santiago y Félix.

Durante su breve estancia en Perpiñán se entera por televisión de que las tropas soviéticas han invadido Checoslovaquia. Un abrazo a su madre es la despedida definitiva: no la volvió a ver. Junto a su esposa regresa a Praga y con el colectivo de comunistas españoles asiste a una reunión para exponer la opinión sobre este hecho.

13- Antonio Delgado. Punto de apoyo del Molino del Peinado.

14- Cementerio de Portell de Morella, donde yace "Antonio, el Maestro de Agüero".

15- Agrupación de españoles en Praga. 1- Manuel Pérez Cubero "Rubio". 2- Florián García Velasco "Grande". 3- José Manuel Montorio Gonzalvo "Chaval". 4- Trinidad Sardina Merino.

16- José Montorio.



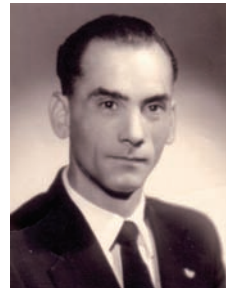
13



14



15



16

Asisten entre otros Juan Modesto, Enrique Líster y Sebastián Zapirain que no dudan, por unanimidad, en condenar la salvaje agresión del Pacto de Varsovia a la nación Checoslovaca haciéndolo constar en el acta que, a tal fin, se levanta de la reunión. Poco mas tarde Enrique Líster, tras un viaje a Moscú, cambiaría de opinión apoyando incondicionalmente la invasión rusa.

El 6 de diciembre de 1977 consigue el pasaporte español pero decide seguir en Praga fiel a sus ideas, aunque no abandona la esperanza de volver a su patria. En 2003 entra en contacto con una entidad cultural de Borja –el Centro de Estudios Borjanos-dependiente de la Diputación Provincial, pero es la Agrupación Local del Partido Socialista de esta ciudad la que inicia los trámites para que pudiera regresar a su tierra natal.

En 2004 llega a España requerido por La Gavilla Verde, asociación dedicada a la Recuperación de la Memoria Histórica y la figura de los Guerrilleros Republicanos, y también es recibido por el Presidente del Gobierno de Aragón, que a instancia del PSOE de Borja, impulsa el proceso burocrático para su regreso definitivo.

A comienzos de 2006 llega a Santa Coloma de Farnés (Gerona) donde se instala provisionalmente con la compañía de unos amigos, y en marzo de este año se desplaza definitivamente hasta Borja donde reside en la actualidad, efectuándosele un homenaje de bienvenida los días 2 y 3 de junio organizado por la

Agrupación Socialista de esta ciudad a la que acompañan multitud de amigos y colaboradores de la Recuperación de la Memoria Histórica de diversos puntos de España: La Gavilla Verde de Santa Cruz de Moya (Cuenca), la Asociación El Fendejo de Azuara (Zaragoza), Pamplona, Puzol (Valencia), Palencia y muchos de sus paisanos de Borja, que le brindan un cariñoso recibimiento esperando que su grata presencia en la ciudad que le vio nacer dure muchísimo tiempo y sea para él la meta deseada después de tan largo recorrido.

17- Trinidad Sardina en 1978, en Praga, junto a una amiga.

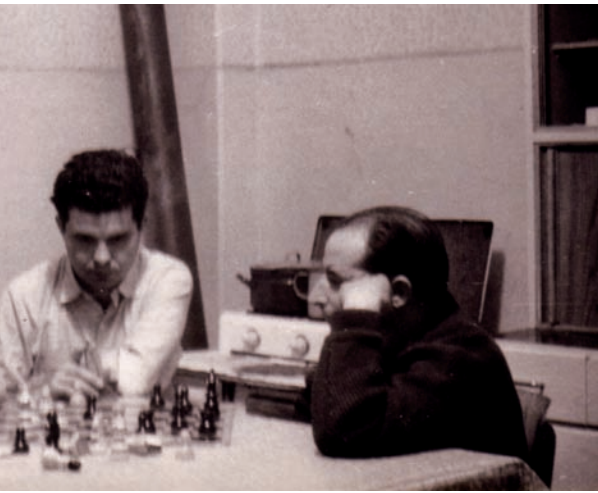
18- José en Ustid-ned-laben (antigua Checoslovaquia), con Florián ("Grande") y en el centro otro español más.

19- Visita oficial de D. Juan Carlos I en la residencia del Embajador español en Praga, en la década de los ochenta.





17



18



19



El campamento-escuela. Teruel

Vista aérea de la zona.

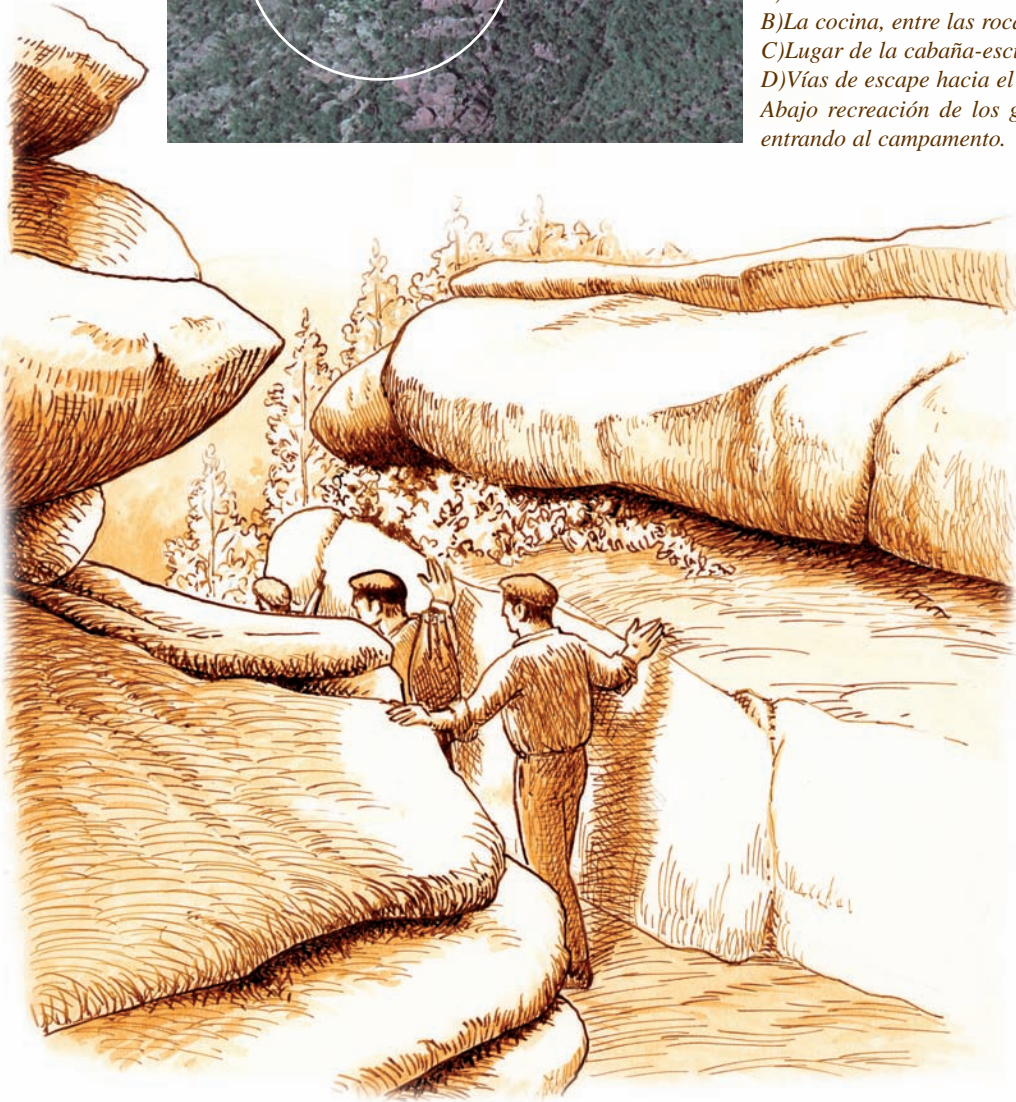
A) La entrada.

B) La cocina, entre las rocas.

C) Lugar de la cabaña-escuela.

D) Vías de escape hacia el barranco.

Abajo recreación de los guerrilleros entrando al campamento.





“En la cocina, bien camuflada, eso sí, el abuelo Miguel se afanaba y cumplía con sus funciones de cocinero ayudado por dos guerrilleros que se nombraban cada día por riguroso turno. La misión de estos dos ayudantes consistía en que al abuelo Miguel no le faltara leña seca para guisar las consabidas gachas de harina, ya que la menor espiral de humo daba lugar a críticas severas por parte de todos.”



“Entre un laberinto de rocas rojizas se habían construido un par de chabolas y, un poco retirada de todo el ajeteo del campamento, otra de mayores dimensiones destinada a las funciones de escuela donde el infatigable Pepito tenía organizados unos cursillos para el estudio del marxismo-leninismo-stalinismo, tácticos y culturales. Algunos guerrilleros puede decirse que tuvieron sus primeros contactos con las letras en esta escuela metida en el corazón de los Montes Universales.”

Al lado, reproducción de la cabecera de “El Guerrillero” del que se llegaron a editar dos números desde el campamento-escuela.





“... Pisando de piedra en piedra para no dejar rastros sobre la nieve que en las umbrías aun no se había deshelado, cruzamos un barranco y gateamos por la ladera que había frente al campamento”.



● Teruel

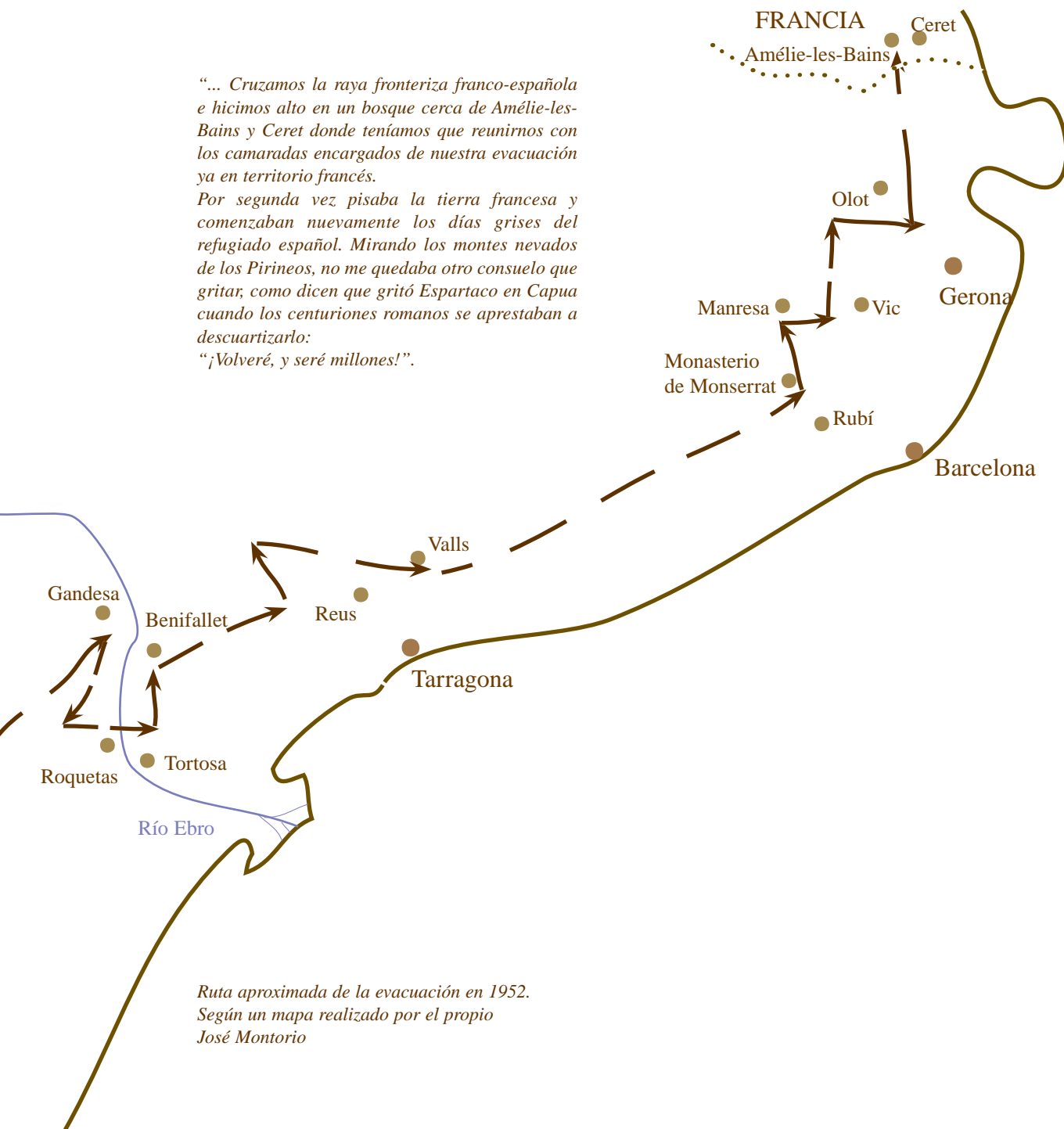
Peñarroya



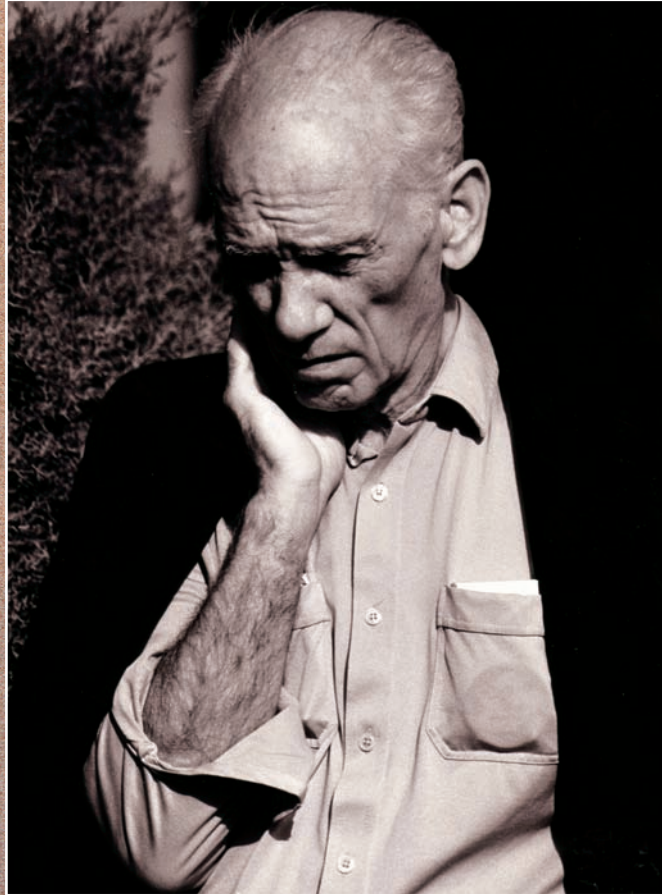
“... Cruzamos la raya fronteriza franco-española e hicimos alto en un bosque cerca de Amélie-les-Bains y Ceret donde teníamos que reunirnos con los camaradas encargados de nuestra evacuación ya en territorio francés.

Por segunda vez pisaba la tierra francesa y comenzaban nuevamente los días grises del refugiado español. Mirando los montes nevados de los Pirineos, no me quedaba otro consuelo que gritar, como dicen que gritó Espartaco en Capua cuando los centuriones romanos se aprestaban a descuartizarlo:

“¡Volveré, y seré millones!”.

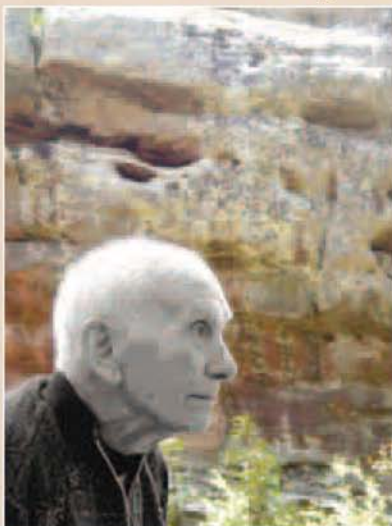


Ruta aproximada de la evacuación en 1952.
Según un mapa realizado por el propio
José Montorio



José Manuel Montorio Gonzalvo, el borjano conocido por el *Chaval* en la España de los años 40 y 50, es uno de los guerrilleros aragoneses que arriesgaron su vida aquellos años en la lucha contra la dictadura franquista, y hoy sigue aquí para contarnos el día a día de aquella guerra de guerrillas.

Tres años de resistencia francesa contra el invasor nazi y siete en la guerrilla española contra la opresión franquista



han marcado para siempre la vida de este luchador por la libertad y la democracia. Su libro *Cordillera Ibérica, recuerdos y olvidos de un guerrillero*, es un apasionante relato histórico que abarca desde 1945 hasta 1952, y en el que describe con magistral realismo ese oscuro periodo de nuestra posguerra.

El miedo, el frío, el hambre, la lucha contra un régimen impuesto al pueblo español por las armas, la represión, los intereses partidistas y el heroísmo de muchas personas, son situaciones que el protagonista ha vivido y nos

cuenta con un lenguaje directo en el que no faltan la pincelada de humor y su particular visión poética de esta terrible tragedia.

Cordillera Ibérica no es un libro más sobre la guerrilla. Es el libro que no se había escrito sobre la guerrilla; es un reconocimiento a todos aquellos guerrilleros, mujeres y hombres, y puntos de apoyo supervivientes, a los que Franco calificó de bandoleros y que no eran sino luchadores antifranquistas y por la libertad de los españoles.